

General de Ejército
S. SHTEMENKO

EL ESTADO MAYOR GENERAL SOVIETICO DURANTE LA GUERRA

LIBRO PRIMERO



Editorial Progreso
Moscú 1985

Traducido del ruso por J. Rodríguez

С. Штеменко
СОВЕТСКИЙ ГЕНЕРАЛЬНЫЙ ШТАБ В ГОДЫ ВОЙНЫ
Книга первая
На испанском языке

Impreso en la URSS

Ш $\frac{0505030202\text{-}212}{014(01)\text{-}85}$ 160-85



AL LECTOR

Han pasado seis años desde que salió a luz primera edición del presente libro. El autor recibió multitud de cartas en las cuales los lectores, al apreciar el libro, hablaban de las impresiones que les produjeron los acontecimientos referidos en sus páginas, puntualizaban algunos de los hechos y recomendaban insistentemente continuar el relato sobre la actividad del Estado Mayor General durante la guerra. Cumpliendo estas sugerencias, escribí el segundo libro de mis memorias que fue publicado en 1973 por la Editorial *Voenizdat*. Y ahora presento al público la segunda edición del primer libro — *El Estado Mayor General durante la guerra* —, complementada y corregidá partiendo de las observaciones y proposiciones de los lectores.

Es de notar que en los últimos años se ha ampliado considerablemente el círculo de los escritores de memorias. Se han publicado las memorias de nuestros famosos jefes militares G. Zhúkov, A. Vasilevski, K. Rokossovski, I. Kónev, K. Meretskov, A. Grechko, K. Moskalenko y otros, en las cuales se dedica una merecida atención a la labor del Gran Cuartel General y de los mandos de frentes y ejércitos. No obstante, estos interesantes trabajos, sin repetir lo escrito anteriormente, no agotan el tema de los Altos Mandos soviéticos.

El Cuartel General del Alto Mando Supremo y su órgano de trabajo, el Estado Mayor General, cumplían en aquellos penosos tiempos de guerra tareas de enorme importancia y responsabilidad. Mantuvieron firmes en su mano la planificación de las campañas de la guerra y la dirección de las operaciones, manejaron las reservas y siguieron atentamente el desarrollo de los acontecimientos en los extensos territorios que eran arena de los combates. Ni un solo cambio en ningún frente o ejército se hizo sin su conocimiento. Ni un solo minuto se interrumpieron los contactos activos con las tropas. Representantes del Gran Cuartel General y del Estado Mayor General estuvieron presentes en todo momento en los sectores decisivos del ejército de operaciones, controlando el cumplimiento de las directivas y órdenes del Jefe Supremo y haciendo sus propuestas en el curso de los combates. Los resultados de la Gran Guerra Patria son una prueba convin-

cente de que el Gran Cuartel General y el Estado Mayor General cumplieron con éxito sus tareas. En la confrontación de voluntades, conocimientos y maestría de dirección de tropas, los jefes militares soviéticos superaron a los altos mandos del cacareado Tercer Reich.

En mi libro se trata de cómo se logró y de cómo vivió y trabajó en los años de guerra el colectivo del Estado Mayor General, ante todo los generales y oficiales de la Dirección de Operaciones. Se trata en lo fundamental precisamente del colectivo, porque solo la inteligencia y la experiencia colectivas estaban en condiciones de abarcar con la debida plenitud los fenómenos de la guerra y encontrar la resolución acertada de las dificilísimas tareas que se planteaban ante las Fuerzas Armadas. Mas, por cuanto toda colectividad es una suma de individuos — dirigentes y ejecutores —, considero que no tengo derecho a silenciar el trabajo personal de quienes mantenían conmigo relaciones más estrechas en aquella época.

Quiero advertir una vez más que el título del libro no debe entenderse literalmente. No se trata de una descripción (y tanto menos de un estudio) detallada de todos los aspectos de la verdaderamente universal labor del Estado Mayor General. El autor ni se planteó tarea de semejante alcance. Tampoco se trata de una descripción cronológica de todo el curso de la lucha armada del pueblo soviético contra la Alemania hitleriana y sus satélites, aunque la Gran Guerra Patria es la base de mis memorias.

Confío como siempre en la atención del lector — joven, o que ha pasado ya por muchas tempestades de la vida — y recibiré agradecido la crítica y observaciones suscitadas por la segunda edición del libro.

EL AUTOR

Capítulo I — EN VÍSPERAS DE LA GUERRA

Un camino que yo no elegí. Mis preceptores y condiscípulos de la Academia del Estado Mayor General. Campaña liberadora en Ucrania Occidental. Mis prácticas en la Dirección de Operaciones. Me destinan al Estado Mayor General. Mayo— junio de 1941. La noche trágica. Meditaciones acerca de nuestra preparación para la guerra. Estado de las Tropas Mecanizadas. Aviación. Marina de Guerra. Preguntas, que con frecuencia no tienen respuesta.

Después de terminar la Academia de Motorización y Mecanización del EROC[1], mandé más de un año un batallón independiente de instrucción de tanques pesados, primero en Járkov y después en las cercanías de Zhitómir. Nos sentíamos orgullosos de nuestros acorazados terrestres T-35 y T-28, con los que anualmente desfilábamos en Moscú, incluidos en una brigada de carros pesados.

El carro T-35 tenía cinco torretas y estaba armado con tres cañones y cinco ametralladoras. Pesaba 50 toneladas y llevaba una tripulación de once hombres, incluidos dos oficiales subalternos: un teniente y el técnico del tanque. La oficialidad del batallón la componían casi un centenar de hombres monolíticamente cohesionados.

Me encantaba mi servicio y me entregaba plenamente a él, soñando sólo una cosa: en mandar el mayor tiempo posible aguella unidad querida. De pronto, llegó un telegrama de la Región Militar destinándonos al comandante N. Radkévich, Jefe del Estado Mayor de la Brigada (condiscípulo mío de academia), y a mí como alumnos de la Academia del Estado Mayor General. Ni él, ni especialmente yo, teníamos el menor deseo de reemprender tan pronto estudios por lo que empezamos, inmediatamente, a buscar las formas de evitarlo.

Yo tuve suerte. Como presidente de la comisión de la Región Militar en la promoción de alumnos de los cursillos de un año en el vecino regimiento de instrucción, yo estaba obligado a informar de los resultados de los estudios al general de brigada Y. Fedorenko, jefe de las tropas blindadas y mecanizadas de la

[1] Ejército Rojo de Obreros y Campesinos.

Región Militar de Kíev. Escogí el momento oportuno y pedí al general que en mi lugar enviara a otro oficial a la academia. En contra de lo que esperaba, aprobó inmediatamente mi petición, y dijo:

Siga trabajando tranquilo, que no marchará a ninguna parte.

Esto fue en agosto de 1938. En septiembre, encontrándome como intermediario en los ejercicios de campaña en la brigada de M. Katukov, me mandaron reintegrarme urgentemente a mi lugar de servicio, ordenándoseme que entregara el mando del batallón: se había recibido de Moscú la exigencia categórica de que me incorporase inmediatamente a los estudios. Al cabo de tres días Radkévich y yo nos pusimos en camino.

Supimos que entre los seleccionados para la academia había bastantes que pensaban como nosotros. Ante la comisión comprobadora de los mandatos hubo varios oficiales que recusaron su candidatura, temiendo que cuando acabaran los estudios ya no volverían a mandar tropas. En aquella época, eran poquísimos los que tenían conocimientos a escala de la Academia del Estado Mayor General por lo que suponíamos que de allí saldríamos destinados a los Estados Mayores.

A todos se lo negaron. Sólo se salió con la suya el coronel S. Biriuzov. Con la ayuda del subcomisario del Pueblo de la Defensa E. Schadenko, fue destinado al mando de una división.

En aquellos años la Academia del Estado Mayor General ya era un centro docente sólido. La fundación de esta institución de enseñanza militar superior la impuso la época. El Ejército Rojo, moderno en todos los aspectos, carecía aún de la plantilla necesaria de cuadros con buena preparación operativa y estratégica. Hasta 1936, el personal de mando del eslabón operativo sólo estudiaba un año en la Academia Frunze. Por el momento había bastado. Pero, en la segunda mitad de la década del 30 la vida exigía imperiosamente organizar una preparación masiva y más profunda de los cuadros militares de dirección. Aparte de que se precisaba asimismo desarrollar la teoría del arte operativo, cosa que la Academia Frunze no podía hacer, en la escala necesaria, por su programa de estudios.

La Academia del Estado Mayor General reunía a la flor y nata de los teóricos militares de aquel tiempo: V. Mélikov, D. Kárbishev, N. Shvarts, A. Gotóvtsev, G. Issersón, A. Kirpíchnikov, N. Levitski, N. Trubetskói, F. Shafalóvich, E. Shilovski y P. Iónov.

Un prestigio especial, me parece, disfrutaba entre los alum-

nos Dmitri Kárbishev, ingeniero y científico que sabía exponer su, a primera vista, "árida asignatura" con gran talento, con métodos originales y sencillos que nos ayudaban a recordar los complicados cálculos técnicos. Toda la vida recordaré su fórmula práctica para calcular las fuerzas y medios que se necesitaban para proteger las posiciones con alambradas: un batallón, una hora, un kilómetro, una tonelada de alambre, una hilera. Los chistosos modificaban así esta fórmula: un zapador, un hacha, un día, un zopenco. La guasa llegó a oídos de Kárbishev, pero éste no se enfadó lo más mínimo. El mismo era partidario de bromear cuando se presentaba la ocasión. Ninguna de sus conferencias pasaba sin chistes.

Más severas por el tono, yo diría, más "académicas", pero igualmente profundas y de contenido, eran las conferencias de arte operativo y estrategia de G. Issersón, así como las de táctica de grandes unidades que daba A. Gólubiev. Buen recuerdo nos dejaron también los talentosos profesores A. Kirpíchnikov, V. Mordvínov, E. Shilovski y S. Krasílnikov. Todos ellos conocían su asignatura magníficamente y eran unos formidables metodólogos.

También era escogido el grupo de historiadores militares de la academia. Sabían estructurar sus conferencias de manera que los alumnos no solo tuvieran clara la línea general de desarrollo de los ejércitos y de los métodos de acciones bélicas, sino para que también supieran aprovechar lo positivo del pasado y aplicarlo en las nuevas condiciones. En este aspecto se destacaba particularmente V. Mélikov, que daba historia de la primera guerra mundial y estaba encariñado literalmente con su tema. A veces, se abstraía tanto que hasta se sentaba cara a los esquemas suspendidos y seguía su relato interesante y pormenorizado, vuelto de espaldas al auditorio. Sonaba el timbre que anunciaba el descanso, pero la conferencia continuaba. Y hasta los fumadores empedernidos no se movían de sus asientos. Solo cuando entraba en el aula otro profesor nos abstraíamos, por fin, de la batalla en el Marne o de los dramáticos acontecimientos en los bosques de Augustow.

Con ideal apasionamiento daba sus conferencias de la guerra ruso-japonesa el profesor N. Levitski, quien con la misma facilidad exponía el tema y subyugaba a los oyentes con pormenores y peripecias de una batalla o combate, restableciendo un cuadro visible de la confrontación de voluntades y talentos de los jefes militares.

Había también entre los profesores hombres de nuestra edad y de igual graduación. Por ejemplo, el comandante I. Glébov,

que enseñaba artillería y el teniente coronel K. Skorobogatkin, que enseñaba defensa antiquímica. Los dos habían acabado la academia en 1938. Eran jefes de grupos de estudio y dirigentes de táctica los coroneles I. Bagramián, V. Kurásov y A. Gastilóvich. Debo decir que ya en aquel tiempo se advertían las cualidades destacadas de estos hombres. Disfrutaban entre los alumnos de un merecido respeto general, primero, por sus conocimientos y, segundo, por la armoniosa compaginación de una severa exigencia con la camaradería para con nosotros.

A últimos de agosto de 1939, durante las clases, nos ordenaron a un nutrido grupo de alumnos, entre ellos yo, que nos presentáramos al coronel V. Semiónov, jefe del curso. Sin poder imaginarnos qué podría significar aquella llamada, acudimos a su despacho, dándosenos a conocer que al día siguiente todos debíamos presentarnos en la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General. Por qué y para qué, Semiónov no nos lo dijo. Posiblemente él mismo lo ignoraba.

Los tiempos que corrían eran muy azarosos. La humanidad aún indignada no había podido acostumbrarse al estrangulamiento de la República Española por el fascismo, ni había olvidado todavía la violencia desaforada de Mussolini contra la débil Abisinia, cuando Hitler se apoderó ya de Austria, Checoslovaquia y de la región lituana de Klaipeda, transformando esta última en base de operaciones para el ataque contra Polonia. Los pueblos protestaban contra aquellas arbitrariedades sin precedentes, pero los pacificadores muniquenses, en la práctica, alentaban a los cabecillas del fascismo a realizar nuevas ferocidades. Tampoco había tranquilidad en las fronteras orientales de nuestro país, donde ya tuvimos dos veces que cruzar armas con los militaristas japoneses: primero en las cercanías del lago Jasán y, después, en Jaljyn-Gol. El fracaso de las negociaciones entre las misiones militares de Inglaterra, Francia y la URSS, urdido de antemano por nuestros enemigos, nos tenía alerta. En suma, que el ambiente olía a chamusquina y nos presentamos en el Estado Mayor General dispuestos a todo.

Nos recibió A. Anísov, subjefe de la Dirección de Operaciones. Nos comunicó que en la Región Militar de Kíev pronto empezarían grandes maniobras en las que deberíamos tomar parte.

— Serán de provecho para el ejército y para ustedes la práctica — dijo Anísov al despedirnos.

Cuando regresamos a la academia supimos que maniobras

idénticas se realizarían en la Región Militar Especial de Bielorrusia, a las que también se desplazaría otro grupo de alumnos de nuestra academia.

Como siempre, apreciando en nuestro círculo lo que ocurría tratábamas de relacionar los acontecimientos con nuestra propia vida, con nuestras perspectivas más próximas. Iba ya tomando cuerpo la costumbre de analizar los acontecimientos, incluidos los mundiales. Con nosotros se encontraban hombres que habían olido ya la pólvora en España y en el Extremo Oriente.

Educados en las ideas del marxismo-leninismo, no perdíamos un momento de vista el cerco capitalista. Cada cual comprendía, naturalmente, que todos nuestros quinquenios, cuyo fin era la construcción del comunismo en la URSS, estaban asimismo orientados a garantizar económicamente la victoria, en el caso de que tuviéramos que batirnos. El país había creado nuevas y modernas ramas de la industria como la de automóviles, de tractores y de aviación. Se desarrollaba a buen ritmo la extracción y refinación de petróleo. Mejoraba la calidad y aumentaba el número de armas y pertrechos para el Ejército Rojo. Sabíamos que los últimos modelos de tanques KV y T-34 eran magníficos y que nuestras tropas se equiparían con ellos en años próximos. Nuestros aviones, navíos de guerra, y especialmente los submarinos, eran cada vez mejores. Se modernizaban cardinalmente la Artillería y las Transmisiones.

¡Conocíamos también el aumento global de los efectivos del ejército, especialmente de los cuerpos técnicos de tropas! En aquel mismo período, de ocho a nueve años, las tropas de infantería se habían duplicado y los contingentes de fuerzas blindadas y mecanizadas habían crecido en 12 veces.

Era otro también el orden de completación de las Fuerzas Armadas. Se había desistido de las formaciones territoriales. Entró en vigor la Ley del servicio militar general obligatorio. El principio de organización de un ejército y una flota permanentes se convirtió en el único e indivisible. Simultáneamente se aumentaron los plazos del servicio militar en filas. El Gobierno y el Partido hicieron todo para salvaguardar la Patria si llegaba la ocasión.

Salimos para las maniobras firmemente convencidos de nuestra fuerza. Esta inesperada comisión de servicio nos agradó a todos. Nos prometía una práctica interesante en la aplicación de los conocimientos adquiridos durante un año de estudios. Tomamos el tren de Kíev en un inmejorable estado de ánimo.

Pero, mientras viajábamos, sucedió algo que no pudo por menos de estropear nuestro buen humor: la mañana del 1 de septiembre de 1939, la Alemania fascista había atacado a Polonia. Por los periódicos locales que conseguíamos lograr en las estaciones, no podíamos comprender como era debido nada de lo ocurrido. Sin embargo, el propio hecho de la invasión y el ritmo extraordinariamente rápido del avance alemán por el territorio de Polonia, nos obligaron a reflexionar acerca de consecuencias muy serias.

En aquellos años, la oficialidad del Ejército Soviético había estudiado con atención y conocía bastante bien el estado de las fuerzas armadas polacas. Tanto por su equipamiento técnico como por la preparación de su personal, al ejército de la Polonia de los panis le faltaba mucho para estar a un nivel que pudiese llamarse contemporáneo. En sus tropas había mucho de aparente. No obstante, no nos inclinábamos a sobreestimar demasiado las posibilidades del ejército alemán, pues hasta entonces aún no había librado verdaderas acciones combativas.

El monótono traqueteo de las ruedas del tren nos ayudaba a pensar. Las grandes maniobras en las fronteras occidentales de nuestro país las asociábamos, involuntariamente, con Jasán y Jaljyn-Gol. Desde este punto de vista comprendíamos mejor por qué se nos había destinado a las regiones militares especiales de Kíev y de Bielorrusia.

Cuando llegamos a Kíev nos presentamos a N. Vatutin, Jefe del Estado Mayor de la Región Militar, siendo inmediatamente distribuidos por secciones. A mí, como tanquista, me pusieron a las órdenes de Y. Fedorenko, jefe de las fuerzas blindadas de la Región Militar.

Nos adaptamos pronto a la situación y a los nuevos compañeros. No nos ocultaron que el desarrollo de las acciones bélicas en Polonia adquiría un carácter en extremo desagradable. Nos decían, que si las operaciones continuaban de aquel modo, no estaba excluido que nuestro país se viese también amenazado y que podían exigirse "medidas especiales" del Ejército Soviéico.

Desde el 1 de septiembre estaba reunida en Moscú la sesión extraordinaria del Soviet Supremo de la URSS, en la que ya se había aprobado la Ley del servicio militar general obligatorio.

Cuando el 3 de septiembre, Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania, la Región Militar recibió un telegrama del Comisario del Pueblo de la Defensa, proponiendo suspender el licenciamiento de los soldados que habían cumplido

su plazo. También quedaban anulados los permisos de todo el personal de mando. En seis regiones militares — Leningrado, Kalinin, Moscú, Járkov, en la de Kíev y en la Especial de Bielorrusia — todas las unidades grandes y medianas y todo el sistema de transmisiones se ponían en disposición combativa.

La entrada en guerra de Inglaterra y Francia debería, naturalmente, apremiar a Hitler y acelerar el desenlace con Polonia. ¿Qué pasaría después? ¿Trasladaría Alemania sus tropas al oeste o..? ¡No perdíamos de vista que avanzaban hacia el este!

Al cabo de dos días podía ya afirmarse con certeza que las fuerzas principales del ejército de la Polonia burguesa habían sido destrozadas en el flanco meridional del frente germano-polaco y que las grandes unidades de tanques fascistas se iban enfilando contra Varsovia. El Estado Mayor de la Región Militar de Kíev recibió la disposición de sacar a las tropas y a las instituciones militares a grandes concentraciones de instrucción y llamar a filas a los reservistas. Se fijó el 7 de septiembre como primer día de concentración.

Mientras tanto, el frente polaco continuaba derrumbándose. El gobierno de los panis de Moscicki huyó. El 7 de septiembre abandonó Varsovia Rydz-Smigly, Comandante en Jefe del ejército polaco. Al final del día siguiente supimos que los tanques alemanes combatían ya a las puertas de la capital polaca. Varsovia la defendían heroicamente los trabajadores, pero en otras regiones del país la situación era catastrófica. La situación de los ucranianos y bielorrusos que residían en Polonia, ya de por sí mala, empeoró aún más.

El Comisario del Pueblo de la Defensa previno al Comandante de las tropas de la Región Militar para que estuviese preparado a ponerse en campaña hacia Ucrania Occidental. La Región Militar de Kíev se transformaba en Frente de Ucrania bajo el mando del comandante de ejército de 1 rango S. Timoshenko. También pasó a ser Frente, mandado por M. Kovaliov, comandante de ejército de 2 rango, la vecina Región Militar de Bielorrusia.

Desde aquel momento ya no tuvimos tranquilidad ni de día ni de noche: controlábamos el despliegue de las tropas, su equipamiento con armas y pertrechos, su aproximación a las zonas de partida. En la zona de Perga, Olevsk y Belokoróvichi se concentraba el 15 Cuerpo de infantería independiente; en la zona Novograd-Volynski, Slavuta, Shepetovka se desplegaba el 5 Ejército; el 6 Ejército dislocaba sus fuerzas en la zona Kupel, Satanov y Proskúrov; en la zona Gusia-

tin, Kámenets-Podolski, Nóvaya Ushitsa y Yarmólintsy se concentraba el 12 Ejército. En el sector rumano de la frontera ocupaba posiciones el 13 Ejército. El Estado Mayor del Frente se trasladó a Proskúrov. Yo había sido destinado ya a las órdenes de V. Zlobin, jefe de la Sección de Operaciones.

Supimos que el Gobierno polaco había encontrado asilo en la Rumania boyarda. Esto cambiaba la situación: ahora ya no quedaba la menor esperanza de que Polonia ofrecería resistencia a las tropas hitlerianas que avanzaban desde el oeste. El Estado burgués polaco y su ejército no podían garantizar la seguridad a su pueblo.

En aquel momento tan crucial el Gobierno soviético decidió poner bajo su salvaguarda la vida pacífica de la población de Ucrania y Bielorrusia occidentales. Así se hizo saber al mundo entero. También se declaró que por nuesta parte se haría todo lo posible para eximir de la malhadada guerra a todo el pueblo polaco.

La decisión del Gobierno soviético se aseguraba con medidas de orden militar. El Frente de Ucrania recibió la directiva: al final del 16 de septiembre, las tropas deben estar dispuestas para una ofensiva resuelta y, el 17 de septiembre, cruzar la frontera. Al Grupo de Tropas de Shepetovka, bajo el mando de I. Soviétnikov, se le ordenaba avanzar sobre Rovno y tomar Lutsk al final del segundo día. Al Grupo de Tropas de Volochisk, mandado por F. Gólikov, se le enfilaba sobre Ternópol y Lvov, debiendo al final del 18 de septiembre ocupar Busk y Peremishlany, es decir, acercarse totalmente a Lvov. El Grupo de Tropas dislocado en Kámenets-Podolski, que mandaba I. Tiulénev, debería avanzar sobre Chortkov y al segundo día de ofensiva tomar Stanislav. Se ordenó: no recurrir a las armas si las tropas polacas no oponen resistencia armada. Se esperaba, sin embargo, lo peor.

Desde la frontera polaca nos informaban que por la carretera Lvov — Ternópol las unidades polacas derrotadas se replegaban en masa hacia el este y en dirección a Rumania, y sus restos carecían de mandos y armamento; los alemanes habían llegado a las proximidades de Lvov, la amenazaban por el sur, mientras que al norte de la ciudad combatían en el Bug Occidental. Sin embargo, incluso en aquellas condiciones, se advertía que se tomaban medidas para el caso de que emprendiéramos operaciones activas. En las proximidades de nuestra frontera aparecieron unidades de húsares polacos. En el puesto fronterizo de Podvolochisk se instalaban ametralladoras.

La noche del 17 de septiembre me encontraba en el ob-

servatorio del 6 Ejército. Como sucede en vísperas de grandes acontecimientos, allí reinaba un intenso ajetreo. Los teléfonos no cesaban de llamar y los enlaces de las divisiones llegaban y salían sin cesar. A pesar de todo, nos parecía que el tiempo transcurría con lentitud desesperante.

Llegó, por fin, condicionada por la orden, la hora de cruzar la frontera. A las 5 de la mañana en punto se ordenó a las tropas ponerse en movimiento. Pronto llegaron los primeros informes alarmantes. Recibimos los primeros partes, ya desde el territorio polaco:

— En ninguna parte se nos hace resistencia organizada...

— Las tropas avanzan sin contratiempos. En el edificio de la estación de Podvolochisk se han hecho prisioneros muchos soldados y oficiales del ejército polaco y se han tomado ametralladoras y otro armamento...

— Por todas partes muchedumbres de evacuados, incluidos militares...

También el Estado Mayor del 6 Ejército no tardó en desplazarse a vanguardia. Al final de la jornada regresé al Estado Mayor del Frente con el informe de la situación.

Acababa de cenar cuando Zlobin me llamó.

— Hay que modificar un poco la misión del Grupo de Tropas de Shepetovka.

Me indicó en el mapa en qué consistía el cambio de maniobra. Me comunicó que el Estado Mayor del Grupo se encontraba en Rovno, me entregó un sobre lacrado con la disposición escrita, advirtiéndome al despedirme:

— Estudie bien el itinerario. Tome en el puesto fronterizo un guía seguro y una escolta. Por la mañana debe estar en el punto de destino.

Monté en un pequeño "Ford" y no tardé en llegar al destacamento fronterizo en Slavuta. De allí me acopañaron hasta el puesto en la frontera, donde me dieron como guía un brigada con una ametralladora. Un segundo fusil ametrallador me lo entregaron a mí, más tres granadas de mano a cada uno. ¡La prudencia no estaba de más! Por los caminos merodeaban grupos aislados de húsares y no faltaban los bandidos.

Sin perder un minuto, el brigada instaló en la delantera del coche la ametralladora y se sentó junto al chófer. Yo, en el asiento trasero con mi fusil ametrallador. Cruzamos la frontera ya de noche, sabiendo solo allí que mi acompañante no conocía más que 3-4 kilómetros de camino al oeste del río Gorín. Continuamos el viaje orientándonos por el mapa y no tardamos en perdernos. Yo recordaba de memoria el itinera-

rio, pero, sobre el terreno, había el doble de caminos que en el mapa. Y, por si fuera poco, de noche. Elegíamos una ruta que nos parecía acertada y marchábamos cierto tiempo, hasta que el camino quedaba cortado por un caserío al parecer deshabitado. En derredor ni un alma.

Tenía el tiempo justo para llegar a mi destino. La situación se iba haciendo apurada: podía retrasarme con la orden. En la URSS estábamos habituados a grandes aldeas en las que siempre podíamos encontrar a alguien que nos indicara el camino. Allí, ni aldeas ni gente.

Me decidí, de todas maneras, a buscar una persona en los caseríos y preguntarle como llegar hasta Rovno. Nos acercamos a un caserón, pero a nuestros gritos y aporreos en la puerta nadie respondió. Seguimos a otro segundo, pues vimos en una ventana una mortecina lucecita. Mas, en cuanto el coche se aproximó, se apagó. Nos cerraba el paso una alta valla, con enormes puertas, la casa era de troncos, como una fortaleza, con una sola ventana al exterior.

Golpeamos la puerta. Silencio. Volvimos a aporrear. La callada por respuesta.

— Entremos por la ventana — ordené al brigada.

Abrimos la ventana. Alumbramos la pieza con la linterna y vimos que estaba vacía. Comenzamos a gritar. Nadie respondió.

— Entremos — repetí.

Pero no tuvimos tiempo de saltar por la ventana: en el umbral de la habitación apareció un anciano que, sin proferir palabra, levantaba sus temblorosos brazos.

Yo conocía mal el polaco, pues sólo un invierno asistí al círculo de este idioma en la Casa del Ejército Rojo de la 3 División de Caballería Kotovski. Y, además, hacía ya bastante, en 1931. Intenté hacer memoria de las palabras polacas semiolvidadas. Pero, sólo recordaba las innecesarias. De todas formas, a trancas y barrancas, hice comprender al anciano que buscábamos el camino que llevaba a Rovno.

El abuelo se tranquilizó un poco. Empezó a hablar atropelladamente, mezclando el ucraniano con el polaco y accionando con los brazos. El no podía valerse del mapa, yo no comprendía al viejo y así iba pasando el tiempo.

Pedí al anciano que nos acompañara. Sin saber por qué se encaramó a la ventana. El brigada y yo lo tomamos en brazos, le subimos al coche y al cabo de unos cuarenta minutos, después de laberínticas revueltas por el bosque, salimos, al fin, a la carretera de Rovno. Apeamos al abuelo. Este nos hizo

grandes reverencias acompañadas de exclamaciones de gratitud, que nosotros le correspondimos.

Al cabo de dos horas estábamas en Rovno. Encontré el Estado Mayor en el edificio del antiguo gimnasio. Pude cumplir a tiempo la misión.

Emprendí el camino de regreso con la salida del sol. ¡Qué estupendo era viajar de día! Ahora todo estaba completamente claro. Y el mapa coincidía con el terreno y hasta parecía que los caminos eran menos. Al mediodía me encontraba ya en el Estado Mayor del Frente.

Sin embargo, no pude descansar. Con el coronel Varmashkin, subjefe de las fuerzas blindadas, nos ordenaron presentarnos al jefe de la Sección de Operaciones. Debíamos salir para Ternópol y organizar allí el repuesto de combustible de los tanques que llegaban como refuerzo del Grupo de Tropas. Además, se nos ordenó impedir que se alojaran en la ciudad las unidades y servicios de retaguardia.

Llegamos a Ternópol cuando acababan de pasar la ciudad las unidades de vanguardia. Tras ellas seguía la 5 División de caballería, mandada por Y. Sharaburko, en aquella época muy conocido en el ejército. A su división no la dejamos entrar en la ciudad. Se armó un escándalo. El jefe se abalanzó sobre nosotros, pero Varmashkin le puso ante las narices la orden de que éramos portadores. Pero, incluso con el mandato, sentíamos nuestra impotencia ante el obstinado cabalista. Sólo cuando mencionamos a Timoshenko se aplacó un poco, y la división siguió su camino sin entrar en la ciudad.

Mientras tanto, habían llegado los tanques y todavía no sabíamos dónde estaban las cisternas de combustible. Ahora era el jefe tanquista quien nos lanzaba toda clase de improperios, exigiéndonos combustible. Por fin, se presentó el capitán que mandaba la columna del algibes, explicando que había sufrido un embotellamiento en el camino, razón por la que se había retrasado dos horas.

Los tanques se repostaron y comenzamos el cumplimiento de nuestra segunda misión: desalojar de la ciudad los servicios de retaguardia, cosa que nos fue muy difícil. Se hizo de noche y pocos eran los que deseaban salir de la ciudad antes del amanecer.

De pronto, desde la iglesia, situada en el centro de la ciudad, barrieron la calle unas espesas ráfagas de ametralladora. Relincharon las caballerías, la gente echó a correr. Se enzarzó un tiroteo de respuesta que fue imposible cortarlo hasta que se hizo de día. De vez en cuando, se oían tiros en

uno u otro extremo de la ciudad. Por la mañana, encontramos en la iglesia montones de vainas, pero no se pudo detener a los que habían tiroteado la calle. Acusaban de ello al preste, que ya había conseguido escapar por una salida secreta.

Pasamos un día más en Ternópol y regresamos al Estado Mayor del Frente. Este no tardó en trasladarse a Lvov, alojándose en el edificio del antiguo cuerpo de cadetes.

La ciudad era agradable y bonita a su estilo. Por ambos lados de sus anchurosas calles había lujosos hotelitos. Pero en el campo, sólo a 10-12 kilómetros de Lvov, comenzaba el reino de la pobreza, por no decir de la miseria. Los chiquillos aldeanos, habituados ya a nosotros — y esto sucedió al cabo de dos o tres días — se hicieron, como en todas partes, comunicativos y confiados. Primero, miraban cómo pasaban las tropas, después, de pronto, se ponían cabeza abajo, tiesos como postes a lo largo del camino. Al principio no sabíamos qué pensar, ¿qué significaba aquello? Después, nos explicaron que se valían de aquel truco para pedirnos lapiceros. Nuestra oficialidad se desprendió de cuantos lápices tenía, hasta el extremo, de que en algunas planas mayores no había con qué anotar la situación en el mapa.

El avance de nuestras tropas por el territorio de Polonia se detuvo en la línea Kóvel, Vladímir-Volynski, Lvov, Tishkóvnitsa, río Stry, Dolina. En la Sección de Operaciones se preparaba a toda prisa el parte de las acciones de las tropas del Frente de Ucrania en la liberación de Ucrania Occidental. Cuando estuvo terminado, N. Vatutin me llamó y me ordenó que llevara el informe al Estado Mayor General.

— Hasta Kíev irá en avión —dijo—, luego en tren. Responde con la cabeza por la cartera con los documentos. Una vez en el Estado Mayor General entrégueselo todo, en mano, al jefe de brigada Vasilevski.

Cuando llegué al aeródromo ya me aguardaba un aparato Po-2, que debía pilotar un joven teniente.

— ¿Conoce el itinerario?— le pregunté.

— Sí — me respondió, sin vacilar.

Para mayor seguridad comprobé su mapa. Todo estaba en el más perfecto orden: trazada la ruta, marcados los kilómetros y el tiempo que tardaríamos en recorrerlos. Podíamos emprender el vuelo.

Llevábamos media hora de vuelo cuando nos envolvió la niebla. Comenzamos a elevarnos, hasta la altura de mil metros. Allí estaba despejado, pero no veíamos la tierra.

— ¿Volamos bien?— pregunté, intranquilo.

— ¡Por el rumbo exacto!— informó el piloto.

Veinte minutos después divisamos tierra, pero el ferrocarril, a lo largo del cual habíamos volado antes, no aparecía por ninguna parte. Lo habíamos perdido.

— Se encuentra unos veinte kilómetros al norte — me tranquilizó el aviador.

— Dirígete hacia él...

Pero más al norte no encontramos nada y viramos en redondo hacia el sur. Tampoco allí vimos ninguna vía férrea. Empecé a intranquilizarme, pues podíamos cruzar la línea de demarcación y entrar en campo alemán.

Por fin, localizamos el ferrocarril perdido. Volamos a lo largo de la vía hasta la primera estación. Descendimos un poco y leímos: "Narkévich". Esto significaba que nos encontrábamos entre Ternópol y Proskúrov, territorio limpio de alemanes.

Luego, todo marchó como la seda. Tomamos gasolina en Proskúrov y llegamos sin novedad a Kíev. Al día siguiente ya me encontraba en Moscú y entregué la cartera con los documentos a Vasilievski. Me dijo que ya no tenía que regresar al Estado Mayor del Frente, pues todos los alumnos de la Academia de Estado Mayor General eran retirados de las tropas para reintegrarse al estudio.

Estudiamos unos meses, hasta que volvieron a llamarnos al Estado Mayor General. Había comenzado la campaña en Finlandia.

Un numeroso grupo de alumnos de la academia, entre los que figuraba yo, pasó a reforzar la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General.

Nuestra tarea residía en recopilar datos de la situación y analizarlos, llevar al corriente los mapas del frente, redactar los partes de operaciones y transmitir a las tropas directivas y disposiciones, es decir, nos iniciábamos en el trabajo operativo en toda su amplitud y diversidad. Me correspondió, primero, seguir las acciones del 9 Ejército, que combatía en la dirección de Suomussalmi, al que se me agregó después el 14 Ejército, de la dirección de Petsamo. Es sabido que estas dos direcciones eran secundarias. Los acontecimientos principales se desplegaban en el istmo de Carelia y en la zona del lago Ládoga.

Como el trabajo era ininterrumpido, todos fuimos distribuidos en dos turnos, cada uno de los cuales trabajaba 24 horas seguidas. Nos relevábamos a las siete de la tarde y nos íbamos a dormir inmediatamente. A la sazón, no temíamos

la palabra "dormir" ni la habíamos sustituido por la de "descansar", más fina.

Todo el día siguiente, como regla, estudiábamos en la academia, hasta la tarde, en que empezaba nuestra guardia de 24 horas en el Estado Mayor General. Pasábamos apuros, pero no nos quejábamos: ¡nuestro trabajo era interesante y, además, estábamos en guerra! Como éramos jovenes y pletóricos de energías, todo nos parecía fácil.

El invierno de 1940 se distinguió por su crudeza. Los fríos eran intensísimos. Las acciones maniobreras de las tropas las entorpecía mucho la gruesa capa de nieve. Los ejércitos 9 y 14 se estiraron a lo largo de las carreteras y avanzaban lentamente, rechazando los ataques de los batallones de esquiadores finlandeses que atacaban sus retaguardias. Sólo en el istmo de Carelia, donde combatían el 7 Ejército de K. Meretskov y el 13 de V. Grendal, había un frente continuo.

Debo decir sin rodeos que en aquellos años nuestras tropas demostraron estar mal adaptadas para una guerra en las condiciones del teatro de operaciones finlandés. Bosques y lagos, la falta de caminos y la nieve eran obstáculos muy serios para ellas. En particular, las pasó muy moradas la 44 División de infantería, mandada por A. Vinográdov, proveniente de Ucrania, que fue copada inmediatamente cerca de Suomussalmi.

Por indicación de Stalin, L. Mejlis salió para el 9 Ejército con la misión de investigar lo sucedido y prestar ayuda a los cercados. Sus partes pasaban a menudo por mis manos, dejándome siempre un mal resabio, pues eran oscuros como la noche. Aprovechando los grandes poderes de que estaba investido, destituía del mando a decenas de hombres, sustituyéndolos por otros, traídos con él. Exigió que Vinográdov, jefe de la división, fuese fusilado por haber perdido el control de su unidad. Posteriormente, en las varias veces que mantuve contacto con Mejlis pude convencerme definitivamente de que era un hombre siempre inclinado a las medidas más extremas.

El 12 de marzo de 1940 — después de la campaña finlandesa —, los alumnos de la Academia de Estado Mayor General reanudaron sus estudios normales. Nuestro curso se desplazó a Vínnitsa para practicar sobre el terreno diferentes misiones operativas y tácticas, así como la conducción de columnas. Para esto último, al alumno se le señalaba un determinado

itinerario, como regla por caminos vecinales, debiendo conducir una columna imaginaria, señalada convencionalmente por un solo camión. Por lo común, el ejercicio se realizaba de noche. El que hacía las veces de jefe iba en la cabina con el chófer y los restantes en la caja del camión, dispuestos a relevarle en cualquier momento.

Eran viajes interesantes y aleccionadores, aunque siempre acompañados de casos curiosos. A veces, ocurría que alguno nos metía en bosques tan intrincados de los que sólo podíamos salir, con esfuerzos mancomunados, cuando amanecía.

En la academia comenzaron a notarse las conclusiones sacadas por el Alto Mando de la experiencia de la guerra recién terminada. La disciplina fue reforzada considerablemente. Se retiró del proceso de estudios todo lo caduco y anticuado. Se hizo especial hincapié en el adiestramiento en condiciones de campaña y en la elaboración de formas complicadas de la operación y el combate. El trabajo educativo se reestructuró para hacer de nosotros mandos listos para cualesquiera pruebas.

Había necesidad de ponerse al nivel de las nuevas exigencias. Todos comprendíamos que esto era necesario y que nos ayudaría mucho en nuestro posterior servicio en las tropas, donde todo el sistema de preparación combativa y política se reconsideraba y se adaptaba a lo que era necesario en la guerra.

En otoño dimos los exámenes de diploma. Antes de egresar, nos preguntaron a cada uno qué trabajo deseábamos desempeñar. Yo pedí una función de mando, no importándome la Región Militar a que me destinaran. El territorio no era para nosotros objeto de elección.

A la velada de despedida de nuestra promoción acudió por el Estado Mayor General, A. Vasilevski. Nos felicitó y anunció que quienes se habían encontrado en el Estado Mayor General durante la campaña de Finlandia, seguramente, serían destinados a este órgano. Al dia siguiente, con Nikolái Antosenkov, condiscípulo mío en dos academias, solicitamos del mando que no nos destinaran al Estado Mayor General, sino a los cuerpos mecanizados, que a la sazón comenzaban a formarse. La petición de Antosenkov fue aceptada, mientras que A. Grízlov, S. Eniukov, V. Utkin, G. Ivanov, algunos otros y yo fuimos destinados a la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General.

El Jefe de la Dirección era a la sazón el teniente general N. Vatutin, que desempeñó este cargo varios meses, pasando luego a ser adjunto del Jefe del Estado Mayor General. Le

relevó el teniente general G. Malandin, que encabezó la Dirección de Operaciones hasta los primeros días de la guerra. Este apresuramiento en la selección y traslados de mandos de tanta responsabilidad apenas fue útil.

Quedé a las órdenes directas de general mayor M. Sharojin, en calidad de primer auxiliar. Enterado, seguramente, de que yo no deseaba servir en el Estado Mayor, me advirtió de buenas a primeras que debía olvidarme de esto y poner manos a la obra. Cuando comprendí que coceando contra el aguijón no ganaba nada, decidí seguir su buen consejo y dedicarme temporalmente al trabajo de Estado Mayor. No podía figurarme en aquel tiempo que llegaría a ser la profesión de toda mi vida.

El otoño de 1940 y el invierno de 1941 hubo que pasarlos estudiando y describiendo minuciosamente desde el punto de vista militar-geográfico el teatro de operaciones del Oriente Próximo. A partir del mes de marzo comenzamos a preparar ejercicios de mandos y EE. MM. en las regiones militares de la Transcaucasia y Asia Central, que deberían realizarse en mayo.

En abril, el teniente general N. Vatutin dirigió un juego militar de mandos y Estado Mayor en la Región Militar de Leningrado, adonde tuve que desplazarme con un informe. No le hizo ninguna objeción, aprobó nuestra elaboración, apenas sin observaciones, y me despidió diciéndome que las maniobras en la Región Militar de la Transcaucasia las mandaría el Jefe del Estado Mayor General o él, Vatutin.

A finales de mayo, la mayor parte de nuestra sección se desplazó a Tbilisi, siendo reforzada con personal de otras secciones. Nos acompañaron el coronel S. Gunéiev, el teniente coronel G. Ivanov, los comandantes V. Utkin y M. Kraskovets. Cuando nos disponíamos a ponernos en camino supimos que ni el Jefe del Estado Mayor General ni su adjunto podían desplazarse y que los ejercicios los dirigirían: D. Kozlov, Comandante de la Región Militar de la Transcaucasia, y S. Trofímenko, Comandante de la Región Militar de Asia Central. Sin embargo, al día siguiente de nuestra llegada a Tbilisi, el teniente general Kozlov fue llamado urgentemente a Moscú. Se advertía que en la capital pasaba algo muy extraño.

Mandó los ejercicios el general mayor M. Sharojin, desempeñando yo las funciones de Jefe del Estado Mayor de la dirección de aquéllos. Mandaba el Frente el adjunto del Comandante de las tropas de la Región Militar, teniente general

P. Bátov, que tenía al general mayor F. Tolbujin como Jefe de Estado Mayor.

Después de analizar los ejercicios en la Región Militar de Transcaucasia, nos dirigimos en una embarcación de Bakú a Krasnovodsk y luego, en tren, a Mary, donde ya nos aguardaba el general mayor M. Kazakov, Jefe del Estado Mayor de la Región Militar de Asia Central. Supimos que el comandante de las tropas de la Región, general S. Trofímenko, estaba enfermo. También aquí mandó los ejercicios M. Sharojin.

Al objeto de estudiar el teatro de operaciones, durante los ejercicios conseguí recorrer — junto con Sharojin y el coronel Chernyshévich, Jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor de la Región — la frontera desde Serajs hasta Ashjabad y después, pasando por Kizil-Atrek hasta Gasán-Kulí.

Regresamos a Moscú satisfechos. Los ejercicios habían resultado bien.

La mañana del 21 de junio, nuestro tren entró en el andén de la estación moscovita de Kazán. El día pasó formalizando y entregando los documentos. M. Sharojin logró que a los que habíamos participado en los ejercicios se nos dieran dos días de descanso: el domingo 22 y el lunes 23 de junio.

Pero no tuvimos tal descanso. En la noche del 22 de junio, a las dos en punto, se presentó en mi domicilio un enlace que me hizo entrega de la llamada de alarma. Media hora después ya me encontraba en el Estado Mayor General.

Había comenzado la guerra.

Ahora, cuando decenios nos separan de aquella trágica noche, han aparecido infinidad de apreciaciones, de las más diversas, acerca del estado en que se encontraban a la sazón nuestras Fuerzas Armadas.

Unos dicen que no estábamos absolutamente preparados para rechazar el ataque enemigo, que nuestro ejército se educaba en el espíritu de una victoria fácil. Y aunque este género de manifestaciones pertenecen, como regla, a gentes que no son militares, les rodea, por lo común, un valladar impenetrable de enmarañada y sutil terminología. Se afirma, por ejemplo, que por la injusta comprensión del carácter y contenido del período inicial de la guerra, no habíamos adiestrado adecuadamente a nuestras tropas para las operaciones que se desarrollarían en este período.

Esta afirmación es tan audaz como ignorante. No debe olvidarse que el concepto "período inicial de la guerra" es una

categoría operativo-estratégica que nunca ejerce ninguna clase de influjo sustancial sobre el adiestramiento del soldado, compañía, regimiento e incluso división. Todos ellos actúan, podríamos decir, de forma común en cualquier período de la contienda. Deben avanzar con decisión, defenderse tenazmente y maniobrar con habilidad en todos los casos, independientemente de cuando se combate: al comienzo de la guerra o al final de ésta. Los reglamentos jamás hicieron delimitación alguna a este respecto. No existen tampoco hoy.

Oímos decir frecuentemente que, de hecho, subestimábamos el peligro de guerra con Alemania. En defensa de esta errónea consideración se plantean a menudo argumentos totalmente risibles como el de que fue desacertada la dislocación de las tropas en las regiones militares, que tenían por misión cubrir y defender las fronteras occidentales. ¿Por qué desacertada? Pues por la razón, asómbrense, de que fuerzas muy importantes que componían las regiones militares fronterizas, no fueron desplegadas en la frontera, sino lejos de ésta. Se dice esto cuando la práctica y la teoría ya hace mucho demostraron que en cualquier tipo de acciones bélicas las fuerzas principales deben obligatoriamente escalonarse en profundidad. Dónde debe haber más fuerzas y a qué profundidad escalonarlas es un problema muy complejo. En este caso todo depende de la situación y de los propósitos del jefe militar.

Al desconocimiento más elemental de las cuestiones militares se deben, por lo visto, también, afirmaciones de ciertos camaradas que declaran errónea la conocida tesis de los Reglamentos del Ejército Soviético anteriores a la guerra acerca del papel subordinado que desempeña la defensa respecto a la ofensiva. A los que así piensan hay que recordarles que este precepto continúa vigente.

En suma, que en una serie de casos, las personas que entran en digresiones acerca de la guerra han emprendido, a nuestro juicio, un derrotero equivocado, sin tomarse el trabajo de analizar como es debido lo que tratan de criticar. Como resultado, su elogiable anhelo de explicarse las causas de los reveses que sufrimos en 1941, se transforma en todo lo contrario, engendra una dañina confusión. Se identifican conceptos y fenómenos que no tienen nada de común: por ejemplo, la preparación de la aviación para vuelos de combate, de la artillería para romper el fuego y de la infantería para rechazar los ataques enemigos con la disposición del país y del ejército en su conjunto para hacer la guerra contra un enemigo fuerte.

A este respecto quisiera expresar mi punto de vista, sin pretender, claro está, a una plenitud y originalidad de mis digresiones, sino guiado solamente por hechos históricos de todos conocidos, el sentido común y mi experiencia de trabajo en el Estado Mayor General.

¿Disponía nuestro país de la posibilidad potencial de combatir contra un enemigo fuerte? Sí, la tenía. ¿Quién, excepto nuestros enemigos, puede negar que al comienzo de la década del 40 la Unión Soviética, de un país económicamente atrasado, se había transformado en una verdadera y poderosa potencia socialista?

La feliz realización de los planes quinquenales de fomento de la economía nacional nos proporcionó todas las premisas necesarias, materiales y técnicas, para derrotar a cualquier adversario, y la guerra así lo confirmó. Habíamos construido ya nuestra siderurgia, poderosa para aquellos tiempos, y casi estábamos alcanzando a Alemania en la fundición de acero y arrabio. En 1940, la URSS dio más de 18 millones de toneladas de acero, contra algo más de 19 millones de Alemania; recibimos casi 15 millones de toneladas de arrabio, contra sólo 14 millones de Alemania. El Tercer Reich nos superaba un poco en la generación de fluido (cerca de 63.000 millones de kWh, contra 48.000 millones nuestros), quedando en cambio muy a la zaga de la URSS en la extracción de nafta. Creció también nuestra industria de elaboración del petróleo, sin la cual los tanques y los aviones soviéticos serían máquinas muertas. Fueron creadas las industrias de maquinaria, aviación, de tractores y de instrumentos de precisión. La economía agropecuaria se reestructuró cardinalmente sobre la base de la colectivización total. También eran grandiosas las conquistas culturales del régimen soviético, proporcionándonos, para asombro del mundo, científicos, diseñadores, ingenieros, técnicos, obreros y, como es lógico, combatientes, desde soldado hasta mariscal.

En los años anteriores a la guerra había comenzado la intensa organización de un ejército activo de muchos millones de hombres. Sólo un ejército de aquella naturaleza, ejército que a mediados de 1941 contaba con más de 5 millones de hombres, podría enfrentarse adecuadamente al enemigo. Simultáneamente se modernizaba su armamento. Y lo mismo ocurría en la Marina de Guerra y en la Aviación. Todas las Fuerzas Armadas Soviéticas se iban ajustando a las exigencias de una guerra moderna tanto en su aspecto organizativo como técnico.

Nuestras fuerzas blindadas eran cada día más fuertes. Este aserto puede confirmarse simplemente por el hecho de que en 1940 se formaron 9 cuerpos mecanizados, comenzando en febrero y marzo de 1941 la formación de nuevos cuerpos mecanizados (dos divisiones de carros y una motorizada en cada Cuerpo). Se aceleraba el ritmo de la producción de tanques. En 1941, la industria podía ya dar 5.500 de estas máquinas. No obstante, cuando comenzó la guerra estábamos mucho peor que el enemigo en cuanto al número de carros modernos, aún no habíamos terminado de reequipar las tropas con nuevas máquinas, saturar con potentes carros KV y T-34 los cuerpos mecanizados ya existentes y los que se estaban formando, incluso en las regiones militares fronterizas especiales del Báltico, Occidental y Kíev, y en la de Odesa, las de mayor responsabilidad. Estas regiones, que recibieron el golpe principal de la Alemania fascista, tenían muy pocos carros modernos. Los viejos sistemas no podían influir decisivamente en el desenlace de las próximas operaciones, aparte de que su plantilla estaba completada a medias. El que nuestras tropas tuvieran pocos KV y T-34 fue la causa de nuestros reveses. Otra cosa eran las posibilidades de la URSS para el desarrollo de las fuerzas blindadas, que resultaron ser suficientes para superar al adversario en el transcurso de la Guerra Patria.

A partir de 1939, en la URSS se adoptaron, así podemos decirlo, medidas extraordinarias para reforzar la base material de la industria de aviación, ampliar las organizaciones de diseño, para crear nuevos aviones de combate de todos los tipos y su producción en masa. El estado de la aviación en vísperas de la guerra recordaba, en cierto grado, la situación que teníamos con los tanques: la industria daba gran número de aparatos, pero por sus características táctico-técnicas, en parte, eran anticuados y, en parte, no eran los que precisaría la guerra. Se concedía primacía excesiva a los bombarderos de poca velocidad, con insuficiente radio de acción y, en esencia, indefensos contra los cazas.

Contando con lo principal — buena industria de aviación para aquellos tiempos — el Estado soviético se vio obligado a renovar en un breve plazo el parque de aviones. Nuestro mal consistió, otra vez, en que disponíamos de poco tiempo para ello, a pesar de que emprendimos un ritmo extraordinariamente elevado. En 1940 sólo conseguimos terminar 64 cazas Yak-1 y 20 cazas MiG-3 y no teníamos más que dos bombarderos en picado Pe-2. En el primer semestre de 1941 la producción

global de los cazas modernísimos Yak-1, MiG-3 y LaGG-3 fue de 1.946 unidades, 458 bombarderos Pe-2, hasta 249 aviones de asalto Il-2, en total, más de 2.650 aparatos.

En julio de 1940, el Comité Central del Partido y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS aprobaron la importante disposición "Acerca de la reorganización de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo", en la que se determinaba el plan de reequipamiento de las unidades de aviación, la formación de nuevos regimientos aéreos, zonas de defensa antiaérea y el orden que se debía seguir para adiestrar a los aviadores en el pilotaje de los nuevos aparatos. Es indudable que este documento aceleró la preparación de las Fuerzas Aéreas (FA) para la guerra.

Ya mucho antes de la contienda habíamos organizado grandes contingentes de tropas de desembarco aéreo, aún no existentes en ningún otro ejército extranjero. Nuestras realizaciones en este terreno se demostraron en las maniobras de 1935 en Kíev y después en Bielorrusia, asombrando no poco a los observadores extranjeros. Para 1940 los efectivos de las tropas de desembarco aéreo fueron duplicados.

La Marina de Guerra también dio un gran avance. En el transcurso de dos quinquenios los astilleros nacionales botaron para ella más de 500 navíos de diferentes clases. En vísperas de la guerra se hizo notable, especialmente, el rápido crecimiento de la plantilla combativa de la Flota. Cuando la Alemania hitleriana nos atacó teníamos en activo 3 acorazados, 7 cruceros, 54 destructores de escuadra y torpederos, 212 submarinos, 287 lanchas torpederas y más de 2.500 aviones.

La flotilla militar que existía en el Norte desde el 25 de junio de 1933, el 11 de mayo de 1937 fue transformada en Flota del Norte. Como resultado de la construcción naval acelerada, al comienzo de la Gran Guerra Patria estas Fuerzas navales, las más recientes de todas, disponían de impresionantes efectivos y continuaban incrementando sus fuerzas.

Aumentaron y se modernizaron nuestras antiguas flotas, particularmente la Flota del Báltico, condecorada con la Bandera Roja, que obtuvo nuevas bases en Tallinn, Hangö y otras, cada una de las cuales desempeñó un papel positivo durante la contienda en este teatro de operaciones navales.

Las Fuerzas Armadas Soviéticas se asentaban en una ciencia militar de vanguardia. Antes que otros países elaboramos la teoría de la operación profunda con empleo de grandes masas de carros, aviación, artillería y desembarcos aéreos. Las raíces de esta teoría arrancan del mismo comienzo de la

década del 30. También era avanzada nuestra doctrina militar, encauzada a la defensa de la Patria socialista y a hacer la guerra con objetivos decisivos mediante los esfuerzos unificados de todas las Armas. El papel de unos y otras, así como los principios de su empleo combativo, se determinaban, en lo fundamental, justamente.

Cierto que en el transcurso de la Gran Guerra Patria se puntualizaron algunas cosas, que se renunció totalmente a ciertos preceptos, como ocurre con la práctica, que siempre enmienda a la teoría. En su conjunto, nuestras doctrina y ciencia militares quedaron inalterables y sirvieron de magnífica base para la preparación de cuadros militares que superaron en maestría al generalato y a la oficialidad de la Alemania hitleriana.

Claro está que fue una gran desgracia para nuestro ejército y para el país que en vísperas de la Gran Guerra Patria nos viéramos privados de muchos jefes militares avezados. A los jóvenes les fue difícil, pues tuvieron que adquirir la experiencia necesaria en el fuego de los combates y, con frecuencia, pagaron por ella un precio demasiado caro. Mas fuera como fuese , al fin y a la postre, los cuadros jóvenes aprendieron también a golpear al enemigo.

Y, por último, otro problema que a menudo se nos plantea a los militares y cuya respuesta, no sé por qué, preferimos eludirla: ¿se admitía por nosotros la propia posibilidad de que atacase Alemania en 1941 y se hacía algo práctico para rechazar este ataque? ¡Sí, se admitía! ¡Sí, se hacía!

El Tratado de no agresión, concertado en 1939 a iniciativa de Alemania, no dejaba lugar a ilusiones. Estaba claro que este tratado no era sino una dilación, que tarde o temprano la Alemania fascista, estimulada por los círculos imperialistas de las potencias occidentales, se lanzaría hacia el Este. Por eso el Partido Comunista y el Gobierno soviético tomaban medidas enérgicas para fortalecer la capacidad defensiva del país.

Comencemos por el plan de operaciones. En nuestro plan de operaciones, plan de concentración y despliegue de las Fuerzas Armadas en caso de guerra, que los oficiales del Estado Mayor General llamaban entre sí el plan de rechazo de la agresión, precisamente la Alemania hitleriana figuraba como el enemigo más probable y principal. Se suponía, además, que los aliados de Alemania en la guerra contra la URSS serían Finlandia, Rumania, Hungría e Italia. El plan fue elaborado bajo la dirección de B. Sháposhnikov y con partici-

pación inmediata de N. Vatutin, A. Vasilevski, V. Ivanov, A. Anísov y, más tarde, G. Malandin.

El 5 de octubre de 1940, el Comisario del Pueblo, S. Timoshenko y el nuevo Jefe del Estado Mayor General, K. Meretskov, presentaron el plan a José Stalin. Estaba previsto que, desde el primer día de su comienzo, la guerra se llevaría a cabo en forma de operaciones muy complejas y tensas, realizadas por todos los tipos de Fuerzas Armadas en tierra, mar y aire. Se esperaba que el ataque de los fuertes grupos blindados y de infantería enemigos sería acompañado de golpes aéreos asestados contra las tropas soviéticas y los objetivos de retaguardia de gran importancia militar. El plan suponía que las tropas soviéticas estarían completamente preparadas para rechazar al enemigo y sabrían neutralizar sus golpes con las fuerzas y medios de las regiones fronterizas en el territorio adyacente a la frontera estatal. Posteriormente se preveía nuestra ofensiva decidida, también con la utilización de las tropas que avanzarían desde la profundidad del país.

Todos los componentes del plan estaban bien coordinados recíprocamente y con el funcionamiento de la economía nacional, el transporte y las comunicaciones. Más tarde, en base al plan del Estado Mayor General, se elaboraron los planes de despliegue de las tropas en las regiones militares.

De este modo, el plan de operaciones determinaba acertadamente el carácter de la posible guerra y resolvía la cuestión referente al enemigo probable y la dirección de sus acciones.

Como dijera K. Meretskov, José Stalin había expresado la opinión de que Alemania habría concentrado sus esfuerzos no en la dirección Oeste, como preveía el plan, sino en la dirección Sudoeste, a fin de apoderarse ante todo de las más ricas regiones industriales, agrarias y de materias primas de la Unión Soviética. El Comisario del Pueblo de la Defensa, que acababa de llegar de la dirección Sudoeste, compartía por lo visto esa opinión. En todo caso, ni él, ni el Estado Mayor General se habían opuesto a la conclusión hecha por Stalin.

Se ordenó al Estado Mayor General corregir el plan, lo que tuvo por resultado la concentración del grupo principal de tropas soviéticas en la dirección Sudoeste y no en la del Oeste como se preveía anteriormente.

Los acontecimientos de la Gran Guerra Patria demostraron el carácter erróneo del plan corregido. Hitler asestó el gol-

pe principal en la dirección Oeste y el mando soviético tuvo que corregir el error cometido concentrando las fuerzas principales en esta dirección, la de Smolensk-Moscú. Esa circunstancia provocó cierta confusión — ya que algunas de las tropas ya estaban desembarcadas, pero no allí donde combatirían posteriormente — y pérdida de tiempo inapreciable.

Cabe recordar también que, la víspera misma de la guerra, bajo un secreto rigurosísimo, se comenzó a concentrar tropas complementarias en las regiones militares fronterizas. De la profundidad del país se trasladaron al oeste cinco ejércitos: el 22, del general F. Ershakov, el 20 mandado por F. Rémezov, el 21 bajo el mando de V. Guerasimenko, el 19 mandado por I. Kónev y el 16 bajo el mando de M. Lukín. En total se desplazaron 28 divisiones. La Región Militar de Moscú destacó a Vínnitsa un grupo de operaciones que allí se amplió en Dirección del Frente Sur. El Comisariado del Pueblo de la Marina de Guerra dictó una disposición que reforzaba en las flotas la exploración y la vigilancia, trasladó parte de las fuerzas de la Flota del Báltico, ancladas en Libava y Tallinn, a otras bases más seguras. La misma víspera de la guerra las flotas del Báltico, del Norte y del Mar Negro fueron alertadas para el combate.

¿Cómo se puede olvidar esto? ¿Cómo se puede despreciar toda la inmensa labor que hicieron el Partido y el Gobierno antes de la guerra, preparando al país y al ejército para rechazar al enemigo? Otra cosa es que por la falta de tiempo no consiguiéramos en plena medida resolver las tareas que teníamos planteadas, tales como, por ejemplo, la formación de cuerpos mecanizados y de nuevos regimientos de aviación, la organización de zonas fortificadas en las nuevas regiones fronterizas y otros. Como ya hemos dicho, el país no logró pertrechar por completo las tropas con las nuevas armas y otros medios técnicos para junio de 1941, en virtud de lo cual no todas las divisiones soviéticas estaban completas y muchas de ellas experimentaban déficit de estas armas, vehículos de combate, medios de transporte y comunicaciones, mientras que las posibilidades de las viejas armas y otro material bélico estaban lejos de corresponder a las exigencias de la guerra.

Otra circunstancia que se debe tener en cuenta es que el enemigo hacía ya mucho había convertido toda la economía en industria de guerra. Utilizó el potencial bélico-industrial de casi toda Europa Occidental y logró en este sentido una gran superioridad sobre el País de los Soviets. El ejército

enemigo estaba todo movilizado y preparado para actuar. Debido a esos factores, el peso relativo de los nuevos armamentos y otro material de guerra y el nivel de motorización de las fuerzas de la Wehrmacht eran más elevados que los nuestros.

Hay que observar, por fin, que la Alemania fascista supo aprovechar el factor sorpresa. El agresor atacó a la URSS batiendo todas las marcas de perfidia. La situación se agravaba aún más por el hecho de que no se hubieran dado oportunamente órdenes uniformes a las Fuerzas Armadas proclamando una completa disposición combativa. Por eso las tropas (a excepción de la Flota y grandes unidades de la Región Militar de Odesa) no tuvieron tiempo para ocupar las posiciones defensivas previstas en el plan, cambiar de aeródromos, hacer que todos los aviones se encontrasen en el aire y poner en práctica otras medidas necesarias en aquella situación.

Tampoco se pueden olvidar los errores cometidos al pronosticar el orden de acción y la fuerza de los golpes iniciales del enemigo. El Alto Mando soviético suponía que el enemigo no emplearía simultáneamente sus fuerzas en todo el frente soviético-germano y que esto permitiría contener al agresor con las llamadas tropas de cobertura. Pero la guerra comenzó de otra manera: los invasores hitlerianos avanzaron impetuosamente sus grupos de choque en toda la extensión de la frontera occidental de nuestro Estado. No pudimos rechazar ese ataque con nuestras fuerzas ubicadas en la zona fronteriza, fuerzas que, por demás, no estaban lo suficientemente preparadas para actuar enseguida.

Los errores y equivocaciones en preparar las tropas para el rechazo del primer golpe de los invasores fascistas alemanes complicaron sin duda nuestra situación a la hora de enfrentarnos solos al colosal dispositivo militar de la Alemania hitleriana, asentado en los recursos económicos y militares de muchos países de Europa. Pero, a pesar de todo, el ejército fascista comenzó de inmediato a sufrir pérdidas enormes y al cabo de seis meses sus divisiones y cuerpos selectos fueron derrotados por completo a las puertas de Moscú, significando esa derrota el comienzo de un viraje radical en la marcha de la guerra.

Estas son lecciones de la historia que nunca deben olvidarse.

Capítulo II

DIAS DE AMARGURAS Y ESPERANZAS

El Estado Mayor General trabaja sereno. No es culpa, sino desgracia para los oficiales de operaciones. La dirección Suroeste. Primeros bombardeos aéreos de Moscú. La Dirección de Operaciones se traslada al Metropolitano. Uno de los meses más difíciles de la guerra. La aportación de Viazma y Tula en la defensa de la capital. La tradicional parada militar de Octubre. Balances del primer semestre de guerra. Mis entrevistas con B. Sháposhnikov.

Desde los primeros minutos de la guerra el ambiente en el Estado Mayor General adquirió un carácter, que si bien reflejaba alarma, era también de trabajo práctico. Nadie de nosotros dudaba que los cálculos de Hitler en la sorpresa sólo le proporcionarían una ventaja militar temporal. Tanto jefes como subordinados actuaban con la seguridad ordinaria. Los camaradas que trabajaban en las secciones Noroeste, Oeste y Suroeste transmitían las disposiciones a las tropas, se enlazaban por telégrafo Baudot con los EE.MM. de las regiones militares, ahora convertidos en direcciones de frentes. Las restantes secciones trataban de hacer su labor cotidiana, a pesar de que la guerra la desplazaba a un segundo plano. También el personal decrecía: algunos oficiales fueron trasladados inmediatamente en ayuda de las secciones de más actividad.

Los acontecimientos se desarrollaban con velocidad vertiginosa. El enemigo atacaba fieramente a nuestras tropas con su aviación y concentraba los esfuerzos de poderosos grupos de carros de combate en los intersticios de nuestros frentes. Desde el Frente Noroeste nos comunicaron la situación crítica en que se encontraban el 11 Ejército de su flanco izquierdo, mandado por el general V. Morózov, y su vecino 8 Ejército, de P. Sobénnikov. Ante la amenaza de verse copado, el último se había visto obligado a replegarse hacia Riga. No era menos apurada la situación del 4 Ejército de A. Korobkov, que se defendía en el flanco izquierdo del Frente Oeste. También le había correspondido soportar el ataque principal del grupo de tanques enemigo, fue arrollado y continuaba defendiéndose en una línea discontinua. En el Frente Suroeste

se combatía duramente en la zona de Przemysl, pero esta ciudad se mantenía. Las divisiones alemanas concentradas en Finlandia y Rumania estaban, por el momento, en las posiciones de partida.

El punto débil en nuestro trabajo resultó ser el enlace con los frentes y, en primer lugar, con el Frente Oeste, que era muy inseguro. Debido a los cortes frecuentes de las transmisiones no siempre conocíamos la situación en todos sus detalles. Los propios EE.MM. de los frentes se quejaban de lo mal que funcionaban las comunicaciones.

Absorbidos totalmente por nuestros trabajos y preocupaciones, nadie de nosotros reparó en cómo había pasado el primer día de guerra. En los mapas aparecieron infinidad de flechas azules, enfiladas amenazadoramente contra el mismo corazón del país.

El 23 de junio se supo que el Consejo de Comisarios del Pueblo y el CC del Partido habían acordado instituir el Gran Cuartel General de las Fuerzas Armadas de la URSS, del que pasaron a formar parte: S. Timoshenko, Comisario del Pueblo de la Defensa (presidente), G. Zhúkov, Jefe del Estado Mayor General; J. Stalin, V. Mólotov, K. Voroshílov, S. Budionny y el Comisario del Pueblo de la Marina de Guerra, N. Kuznetsov. Anejo al Gran Cuartel General se formó un instituto de consejeros permanentes, compuesto por B. Sháposhnikov, K. Meretskov, N. Vatutin, N. Vóronov, A. Mikoyán, N. Voznesenski, A. Zhdánov y otros. El Estado Mayor General se convirtió en órgano de trabajo del Gran Cuartel General, aunque no hubo ninguna disposición oficial al respecto.

En nuestra Dirección de Operaciones el personal fue también redistribuido. Ahora casi todos trabajábamos ya, prácticamente, por direcciones: Oeste, Noroeste y Suroeste. A fin de tener un contacto más estrecho nos trasladamos al salón de actos, disponiendo a lo largo de sus paredes las mesas de trabajo. El telégrafo lo teníamos al lado. Allí mismo se encontraban los despachos del Comisario del Pueblo de la Defensa y del Jefe del Estado Mayor General. En la sala estaban también las mecanógrafas, la estrechez y el ruido eran grandes, pero todos trabajábamos reconcentradamente.

Casi no se ausentaban del Estado Mayor General N. Vóronov, jefe de la Artillería; M. Gromadin, subjefe de las tropas de la Región Militar de Moscú; N. Yákovlev, jefe de la Dirección Principal de Artillería; N. Gápich, jefe de la Dirección de Transmisiones, y N. Trubetskói, jefe de Comunicaciones Militares. Los del Servicio de operaciones debía-

mos mantener contacto con el aparato de cada uno de estos jefes, especialmente con los organismos de comunicaciones militares, por cuanto los traslados de tropas de las regiones militares interiores hacia la línea del frente precisaban un control incesante.

Los convoyes militares marchaban hacia el oeste y el suroeste uno tras otro. A cualquiera de nosotros nos destacaban a las estaciones de descarga. La complejidad y la inconstancia de la situación nos obligaban, con frecuencia, a suspender el desembarco y enviar los trenes a otra estación. Se dieron casos en que el mando y el Estado Mayor de la división había bajado en una estación, mientras que los regimientos lo tenían que hacer en otra o en varias, muy distantes entre sí. Las disposiciones y las directivas dirigidas a las tropas, a veces, perdían su actualidad, aun antes de llegar a manos de los destinatarios. El oficial de operaciones estaba obligado a controlar todo eso y a tomar a debido tiempo las medidas pertinentes. Anotábamos la situación en los mapas, transmitíamos a las tropas indicaciones complementarias, recibíamos de ellas nueva información, redactábamos informes y partes. Los oficiales a las órdenes del coronel V. Kurásov, sintetizaban todos estos datos y preparaban los informes para el Gran Cuartel General.

También salíamos con frecuencia al ejército de operaciones, principalmente para precisar la configuración real de la primera línea defensiva de nuestras tropas y comprobar la veracidad de la ocupación por el enemigo de esta u otra localidad. En estos casos, el oficial de operaciones utilizaba, como regla, un avión mediano de bombardeo y se dirigía al punto de destino.

Volábamos más a menudo al Frente Oeste, donde la situación empeoraba por momentos y las transmisiones no funcionaban. El 28 de junio cayó Minsk y once divisiones nuestras, cortadas al oeste de la ciudad, tuvieron que continuar la lucha en la retaguardia del enemigo. El Estado Mayor General no conoció a su debido tiempo este percance. Tampoco se conoció al instante la heroica lucha de la guarnición de la fortaleza de Brest asediada, que duró casi un mes.

Los primeros días de la guerra revelaron la imperfección de la estructura organizativa de muchos eslabones del Estado Mayor General. En las nuevas condiciones no valía, ni mucho menos, todo lo que nos había parecido impecable en tiempos

de paz. Tuvimos que reordenarnos sobre la marcha.

Ya dije que desde el mismo comienzo de las hostilidades nos vimos precisados a reforzar, a costa de otras, las secciones Noroeste, Oeste y Suroeste. Posteriormente se vio claro que debíamos abandonar el sistema de secciones. Parecieron armonizar con su cometido hasta que en cada una de las direcciones estratégicas se desplegaron varios frentes. Desde este momento, se puso en claro, definitivamente, la inutilidad práctica de la vieja organización. Hubo que designar a cada Frente un grupo especial de oficiales de operaciones, encabezado por un jefe de experiencia. El trabajo se hizo mejor y en agosto de 1941 quedaron disueltas las secciones.

No nos faltaban otras complicaciones. Un día supimos que en el Frente Oeste, por haber perdido la dirección de sus tropas, habían sido destituidos su Comandante D. Pávlov, su Jefe de Estado Mayor V. Klimovski y el Jefe de la Dirección de Operaciones general mayor I. Semiónov. Después, comenzó también el trasiego de cuadros en nuestro aparato. G. Malandin sustituyó a V. Klimovski en la jefatura del Estado Mayor del Frente Oeste, siendo designado su Comandante G. Zhúkov, hasta entonces Jefe del Estado Mayor General, cargo que volvió a ocupar el mariscal B. Sháposhnikov. V. Zlobin fue ascendido a jefe de la Dirección de Operaciones y el comisario del Estado Mayor General N. Gúsev fue sustituido por F. Bókov.

Claro que esas sustituciones y traslados de jefes suscitaban el nerviosismo y a veces un sentimiento de protesta interna. Además, influidos por nuestros reveses temporales en el frente, algunos jefes se hicieron demasiado desconfiados. En cierta medida, aquel fenómeno insano contaminó también al Estado Mayor General. Recuerdo que uno de los jefes recién incorporados a nuestro aparato, observando en cierta ocasión cómo el coronel A. Gryzlov hacía anotaciones en el mapa, acusó a éste de exagerar la potencia del enemigo. Por fortuna, nuestra organización partidista resultó estar bastante madura y rechazó todos aquellos infundios. En ello desempeñó un gran papel el coronel M. Beriezin, recién elegido secretario del Buró del Partido. Hombre inteligente y audaz, experimentado en el trabajo de operaciones, supo cohesionar a los comunistas en la solución de las tareas principales.

No era culpa nuestra, sino desgracia el que no siempre dispusiéramos de datos suficientemente detallados acerca de la situación de nuestras tropas. Claro está, que las cosas tampoco marchaban mejor en cuanto a las noticias sobre el enemi-

go. ¡A qué ardides no tuvimos que recurrir! Recuerdo un día en que no podíamos en modo alguno establecer la situación de los bandos en uno de los sectores del Frente Oeste. Las líneas telefónicas militares estaban cortadas. En vista de ello, a uno de nuestros oficiales se le ocurrió llamar por teléfono ordinario a uno de los Soviets rurales del distrito que nos interesaba. Tomó el aparato el presidente del Soviet de la aldea. Le preguntamos: ¿hay en el pueblo tropas nuestras? Contestó que no. ¿Y alemanas? Nos dijo que tampoco, pero que los fascistas habían tomado las aldeas próximas, y el presidente las citó. El resultado de esta conversación telefónica fue que en los mapas de operaciones pudiéramos anotar la situación de los beligerantes, la auténtica en aquel distrito, como más tarde se pudo comprobar.

En el futuro, cuando teníamos dificultades, recurríamos a aquel procedimiento para precisar la situación. En casos necesarios preguntábamos a los comités ejecutivos distritales, a los comités distritales del Partido y a los Soviets rurales, recibiendo de ellos, casi siempre, la información necesaria.

Recordando los primeros meses de la guerra tengo que hablar también de las muchas veces que pedimos que se nos destinara al ejército de operaciones. De por sí, este afán no podía ser más noble, pues lo engendraban sublimes sentimientos. Pero, la cosa era que alguien debía trabajar también en el Estado Mayor General. La organización del Partido tuvo, en este orden, que influir sobre los hombres con toda la fuerza de su autoridad: convencer, explicar y demostrar. Y, a pesar de todo, los más tesoneros lograban, a veces, sus propósitos. Lo consiguió, por ejemplo, A. Grechko. Trabajó con nosotros nada más que unas dos semanas, se dirigió personalmente al Jefe del Estado Mayor General y fue destinado al mando de la 34 División de caballería, que él mismo formó y llevó al frente.

A mí, en cambio, me trasladaron a reforzar la sección Suroeste. En esta dirección se desarrollaban, a la sazón, combates muy enconados. Allí ya había estado de visita G. Zhúkov en calidad de representante del Gran Cuartel General. En la región de Lutsk, Brody y Rovno nuestro mando intentó derrotar al enemigo mediante un contragolpe y organizar un frente estable. Participaron en el contragolpe, además de la infantería, varios cuerpos mecanizados que entraban en combate a medida de su llegada: el 8 Cuerpo mecanizado bajo el mando del general

D. Riábyshev, el 9 de K. Rokossovski, el 15 de I. Karpezo, el 19 de N. Feklenko y el 22 de S. Kondrúsev.

Nuestras tropas no lograron detener y derrotar al enemigo pero sí debilitaron y detuvieron en aquella batalla su grupo de choque que apuntaba a Kíev. El 5 Ejército, mandado por el general mayor M. Potápov, mantenía firmemente Polesie y la zona adyacente y era, como se dice, una mota en los ojos de los generales hitlerianos. Ofrecía una fortísima resistencia al enemigo, causándole pérdidas considerables. En aquella zona, las tropas alemanas fascistas no pudieron romper rápidamente el frente. Las divisiones de Potápov las arrojaron de la carretera Lutsk-Rovno-Zhitómir, obligándolas a desistir del ataque inmediato sobre Kíev.

Hemos conservado curiosas confesiones del enemigo. El 19 de julio, en la directiva N° 33, Hitler hacía constar que el avance del flanco septentrional del Grupo de Ejércitos "Sur" había sido detenido por las fortificaciones de Kíev y las acciones del 5 Ejército soviético. El 30 de julio se recibió de Berlín esta orden categórica: "obligar al 5 Ejército de los rojos, que combate en los terrenos pantanosos al noroeste de Kíev, a que acepte combate al oeste de Dniéper, en el transcurso del cual debe ser aniquilado. Evitar oportunamente el peligro de que pueda abrirse paso a través del Prípiat hacía el norte...". Y continuaba, una vez más: "En cuanto se tomen las vías de acceso a Ovruch y Mózyr el 5 Ejército ruso debe ser totalmente aniquilado".

A despecho de estos propósitos del enemigo, las tropas de M. Potápov continuaron luchando heroicamente. Hitler estaba furioso. El 21 de agosto, firmado por él, aparece un nuevo documento por el que se obliga al Comandante en Jefe del Ejército de Tierra asegurar la entrada en acción de fuerzas del Grupo de Ejércitos "Centro", capaces de aniquilar al 5 Ejército ruso.

El 5 Ejército se mantuvo hasta la segunda quincena de septiembre de 1941. Tuvo que librar durísimos combates al este de Kíev y las bajas sufridas en aquella lucha tampoco fueron inútiles. Allí se colocó una de las primeras y sólidas losas en los cimientos de nuestras futuras victorias.

Casi dos meses y medio, desde el 5 de agosto, el enemigo estuvo detenido ante la heroica Odesa. El Gran Cuartel General, considerando a Odesa de importancia especial, ordenó: "Defender la región de Odesa... hasta el último combatiente". Los defensores de la ciudad —las tropas y la población civil— peleaban a muerte. Ni los bombardeos aéreos, ni los furiosos ataques de las tropas terrestres pudieron romper la resistencia ofrecida por el Ejército del Litoral, los marinos de la Flota

del mar Negro y los habitantes de la ciudad. Odesa pasó a ser una ciudad heroica y todo el país, así como todas las Fuerzas Armadas, conocieron en aquellos días los nombres de I. Petrov, N. Krylov, G. Zhúkov y los demás dirigentes y héroes de la defensa de Odesa.

El 30 de octubre de 1941 comienza la defensa de Sebastópol. Los combatientes soviéticos, apretados contra el mar por el enemigo, lucharon con abnegación y valor sin límites. Inmovilizar al enemigo en Crimea significaba en aquellos días cerrarle el camino que conducía, a través de la península de Tamáñ, al Cáucaso, a nuestro petróleo y otros recursos riquísimos. "No entregar Sebastópol en ningún caso", exigió el Gran Cuartel General. Del mando de la Zona de defensa de Sebastópol fue encargado por tradición el vicealmirante F. Oktiabrski, comandante de la Flota del mar Negro. Las tropas terrestres fueron dirigidas en Sebastópol por el general I. Petrov, trasladado de Odesa con el Ejército del Litoral bajo su mando.

El 22 de julio, los aviones enemigos bombardearon por primera vez Moscú. Salimos a la calle y miramos cómo centenares de relfectores surcaban la bóveda celeste y en ella reventaban las granadas de la artillería antiaérea.

En los sótanos del edificio del Estado Mayor General se equipó un refugio en el que todos cuantos estaban exentos de trabajo estaban obligados a encontrarse durante las incursiones aéreas.

Comenzaron a evacuarse de Moscú las familias de los militares. Después del primer bombardeo, yo también envié a mi esposa con su madre y dos hijos a Novosibirsk, sin saber dónde podrían alojarse.

La estación de Kazán estaba a oscuras. Miles de personas se agolpaban en los andenes, con grandes apuros pude meter a los míos en un vagón. A mi hijita tuve que subirla por la ventanilla, pues por la portezuela del coche era materialmente imposible.

Di a mi esposa una carta para el teniente general V. Zlobin, antiguo compañero de servicio, ahora adjunto del Comandante de las tropas de la Región Militar de Siberia.

Más tarde supe que no pudo ver a Zlobin. Gracias a que la organizadora del trabajo femenino del comité urbano del Partido ayudó cuanto pudo y a mi familia le destinó un apartamento.

En los frentes la situación se hacía por momentos más crítica. Recayó sobre todo el país un peso exorbitante. El 30 de junio fue creado el Comité Estatal de Defensa (CED), encabezado por José Stalin. El CED concentró en sus manos

toda la plenitud del poder. El 10 de julio decretó organizar tres mandos principales, por direcciones: K. Voroshílov, Comandante de la Noroeste; la Oeste, encabezada por S. Timoshenko, y la Suroeste, mandada por S. Budionny. El Cuartel General del Mando Principal fue transformado en Gran Cuartel General del Mando Supremo y, un poco más tarde, el 8 de agosto, en Gran Cuartel General del Alto Mando. Stalin fue designado Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas.

Nuestras miras y pensamientos se concentraban aquellos días en Smolensk, donde habíamos conseguido concentrar grandes reservas de tropas soviéticas y, asestándole sensibles golpes, parar al enemigo y cerrarle las puertas de Moscú. Y aunque Smolensk cayó el 16 de julio, al este de la ciudad, en un frente ancho, se libró una empecinada batalla hasta los finales del primer tercio de septiembre. En ella, por primera vez, se utilizaron con resultados inmejorables nuestras "katiushas", lanzacohetes que, posteriormente, adquirieron gran renombre.

Cerca de Yelnia se logró asestar al enemigo un golpe sensible y rechazarlo de esta zona.

Se intensificaron los bombardeos de Moscú. Casi todas las noches había alarmas aéreas. En ocasiones, las bombas cayeron cerca del Estado Mayor General. El refugio antiaéreo equipado en los sótanos ahora había que aprovecharlo también para nuestro trabajo, aunque estuviera completamente inadaptado para estos menesteres.

No tardó en tomarse la decisión de que por la noche el Estado Mayor General se trasladara a la estación del Metro "Bielorrússkaya", donde estaban montados el puesto de mando y el nudo de transmisiones.

Al final de cada tarde, recogíamos los documentos en una maleta y nos dirigíamos a la estación de Bielorrusia. Durante toda la noche, en una mitad del andén del Metropolitano funcionaba el puesto de mando central, mientras que la otra mitad, separada de la primera por un simple tabique de contrachapado, en cuanto anochecía se llenaba de moscovitas, la mayoría mujeres y niños. Igual que nosotros, se presentaban sin esperar que las sirenas anunciaran la alarma y allí pasaban la noche. Huelga decir que nos era harto incómodo trabajar en aquellas condiciones y, lo principal, que en los preparativos y traslados diarios perdíamos un tiempo precioso y se interrumpía el ritmo de trabajo.

No tardamos en renunciar a este procedimiento, trasladándonos a un edificio de la calle Kírov. La estación del Metro "Kírovskaya" quedó por entero a nuestra disposición. Los tre-

nes no se detenían en ella. El andén, ocupado por nosotros, quedaba separado de las vías por una alta compartimentación de contrachapado. En un ángulo estaba el nudo de transmisiones, en otro el despacho de Stalin, y, en el centro, las hileras de mesitas en las que trabajábamos. El Jefe del Estado Mayor General tenía su sitio junto al despacho del Jefe Supremo.

El otoño se echaba encima y el empuje del enemigo seguía siendo muy intenso: en las cercanías de Moscú, en las de Leningrado y en los campos de Ucrania. Por todo el frente...

Hoy está confirmado documentalmente que el mando fascista no podía ocupar Moscú sin tomar previamente Leningrado, sin crear en el norte un frente común con los finlandeses y sin destrozar en el sur a nuestra agrupación que se batía en la zona de Kíev. Además de consideraciones de orden puramente militar, la ocupación de Ucrania tenía para la Alemania fascista una gran importancia económica. Ya el 4 de agosto de 1941 Hitler reunió en Borísov a los comandantes de los ejércitos del Grupo "Centro", conviniendo unánimes en que aquélla debía ser la variante de las sucesivas operaciones ofensivas. De lo mismo se habló en la reunión con Hitler el 23 de agosto. Así, pues, el desenlace de la lucha en la dirección Oeste, la principal, en aquellas fechas dependía en mayor grado que nunca del aguante de los que defendían Leningrado y Kíev.

Septiembre de 1941 fue para nosotros uno de los meses más difíciles de la campaña. La población de Moscú disminuyó visiblemente. Los hombres se alistaban al ejército o a la milicia popular. Las mujeres y los niños se evacuaban en las máquinas u ocupaban los puestos de trabajo que los hombres habían abandonado. Otros muchos trabajaban en las fortificaciones que se levantaban en los accesos a la capital. En la propia ciudad, sus calles se cubrían con pilares y erizos anticarro, con obstáculos contra la infantería. Parte del Gobierno se trasladó a Kúibyshev. Los miembros del Comité Estatal de Defensa y del Gran Cuartel General no se movieron de Moscú.

De nuevo nos llegaban mal los datos de la situación. Otra vez volábamos en los aviones SB y Po-2, buscando las columnas de tropas y los lugares donde se encontraban sus EE.MM. Durante uno de estos vuelos fue herido el teniente coronel G. Ivanov, paisano mío del Don y condiscípulo en dos academias.

Varias horas se encontraba en el aire realizando exploración aérea. Cuando ya era hora de regresar, atacaron al avión seis "messerschmitts". Se logró derribar dos de ellos, pero tam-

bién nuestro avión fue acribillado. Ivanov recibió cinco heridas de bala. Sin embargo, el capitán A. Rudévich, jefe de la nave, supo llevar el avión hasta el aeródromo y aterrizar. Gravemente herido, Ivanov sacó fuerzas de flaqueza e informó a la dirección del Estado Mayor General sobre la situación en el Frente Oeste proporcionándole datos muy valiosos.

Las tropas alemanas fascistas se iban abriendo paso hacia Leningrado. Pero los combatientes de este Frente, de la Flota del Báltico y los habitantes de la ciudad juraron no entregar al enemigo la cuna de la revolución y lo cumplieron con honor. La ciudad resistió, a pesar del sitio.

Nuestras tropas conservaron en sus manos un importante sector de la costa sur del golfo de Finlandia: desde Peterhof hasta el río Voronka. En ese sector rechazaba los ataques enemigos el 8 Ejército del Frente de Leningrado, que, además de defenderse en el llamado palmo de Oranienbáum, asestaba golpes sensibles que distraían las fuerzas del enemigo de la dirección principal de su ofensiva sobre Leningrado.

El plan enemigo de establecer en ella un frente común germano-finlandés fracasó. El 4 Grupo Blindado alemán, el núcleo de su ariete, enfilado contra Leningrado, fue derrotado y seriamente quebrantado. Esto influyó directamente en el posterior desarrollo de la lucha, ya que después de tomar Leningrado, el enemigo se proponía lanzar desde allí todos sus tanques contra Moscú.

En el sur se iba formando una situación *sui generis.* Al objeto de asegurar el ala derecha, meridional, de su agrupación central, destinada para envolver posteriormente Moscú, Hitler se vio obligado a desviar temporalmente de la dirección el 2 Grupo de tanques de Guderián y enfilarlo contra Kíev. En septiembre, esta agrupación, conjuntamente con el Grupo de tanques de Kleist, los ejércitos enemigos 2, 6 y 17 y masas de aviación, tomó parte en la campaña para la ocupación de la capital de Ucrania. No obstante, también en esa dirección se resistió duramente al invasor. En la línea de fortificaciones defensivas levantadas por los habitantes de Kíev a lo largo del río Irpén, las tropas soviéticas replegadas a ella, junto con el 37 Ejército de reciente formación y la milicia popular de la ciudad, aguantaron impertérritos 70 días.

El enemigo tuvo que desistir de los ataques frontales, maniobrar y buscar intervalos en el dispositivo de nuestras fuerzas. Sólo de 15 de septiembre, los tanques de Guderián y Kleist, que rodeaban a Kíev por el norte y el sur, se

unieron, por fin, en la zona de Lójvitsa. En un territorio extenso al este de Kíev quedó cercado un tercio, aproximadamente, de las fuerzas de los ejércitos 5, 37, 26 y, en parte, de los ejércitos 21 y 38. La dura suerte de los cercados la compartió hasta el fin el mando del Frente Suroeste, que luchó hasta el último aliento. El general coronel M. Kirponós, su comandante, sucumbió. También cayeron muertos en lucha el teniente general V. Túpikov, jefe del Estado Mayor del Frente, y el comisario de División E. Ríkov, miembro del Consejo Militar. El Comandante de ejército M. Potápov, cubierto de heridas, y algunos jefes de grandes unidades fueron hechos prisioneros. A los supervivientes del Estado Mayor los sacó del cerco el general mayor I. Bagramián, jefe de la Dirección de Operaciones del Frente.

La batalla en la región de Kíev, así como la estoica defensa de los leningradenses, desempeñaron un papel positivo. Tuvieron como resultado que el 2 Grupo de carros alemán, destinado para la ofensiva general contra Moscú, sufriese pérdidas considerables. Además, la batalla de Kíev frenó el ritmo de esparcimiento del alud de tropas enemigas en la propia dirección Suroeste y nos permitió ganar tiempo para organizar la defensa en nuevas líneas. El mérito de los defensores de Kíev fue señalado dignamente con la adjudicación del título de ciudad heroica a la capital de Ucrania.

Con este mismo período coincidió nuestra nueva reorganización en la dirección de las tropas. La experiencia de la creación de mandos principales por direcciones no se justificó. Resultaron ser un eslabón intermedio, innecesario, entre el Gran Cuartel General y los frentes. Faltos de EE.MM. completos, sin medios de transmisiones ni reservas propios, los mandos principales no podían influir, realmente, en la marcha y desenlace de las operaciones, razón por la que fueron suprimidos en agosto-septiembre. Un poco más tarde, algunos de los mandos principales se fueron restituyendo temporalmente (el Oeste, por ejemplo, del 1 de febrero al 5 de mayo de 1942 y, el Suroeste, del 24 de diciembre de 1941 al 23 de junio de 1942), e incluso de nueva organización (el del Cáucaso del Norte, del 26 de abril al 20 de mayo de 1942), pero, después, la práctica combativa los rechazó totalmente.

A finales de septiembre de 1941, la situación general operativo-estratégica nos era desfavorable. De una u otra forma las tropas alemanas fascistas habían llegado a las mismas puertas de Leningrado, en la dirección Oeste tomaron Vítebsk y en el sur alcanzaron la línea Melitópol, Zaporo-

zhie, Krasnograd. Nos llegaban incesantemente noticias de que el enemigo reagrupaba sus fuerzas y las concentraba en las zonas de Dujovschina, Yártsevo, Smolensk, Róslavl, Shostka y Glújov. No ofrecía la menor duda de que se preparaba la ofensiva directa contra Moscú. El Estado Mayor General sabía que Hitler había designado para esta misión al Grupo de Ejércitos "Centro", que mandaba el mariscal de campo Bock, con unos efectivos de más de un millon de hombres, 1.700 tanques y cañones de asalto y un fuerte apoyo de aviación. Estos datos se confirmaron posteriormente.

El Comité Estatal de Defensa y el Gran Cuartel General tomaron las contramedidas correspondientes. Las fuerzas fundamentales del Frente de Reserva, creado ya en julio, y mandado por Budionny, se desplegaron a retaguardia del Frente Oeste, aumentando así la profundidad de la defensa. Para combatir en los accesos lejanos de la capital se invirtieron algunas divisiones de la Milicia Popular moscovita, formada por voluntarios ya en el mes de julio. En el interior del país, bajo riguroso secreto, se iban formando y adiestrando ejércitos de reserva, de cuya existencia sólo tenían noticia los miembros del Gran Cuartel General y algunas personas del Estado Mayor General, con ello relacionadas. Se preparaban para ser trasladadas al oeste algunas divisiones bien preparadas del Transbaikal y del Extremo Oriente. Se organizaban aceleradamente las regionas fortificadas de Viazma y Mozhaisk. Iba cristalizando la llamada zona defensiva de Moscú, cuyas líneas circundaban la capital en sus accesos cercanos, en las localidades suburbanas y, finalmente, en la misma ciudad, incluido el Anillo de los Bulevares.

El Gran Cuartel General destacaba sus representantes a las tropas para que sobre el terreno profundizaran en todos los detalles de la situación, se aconsejaran con los mandos de las grandes unidades y de las agrupaciones operativas para ver la mejor forma de resolver las cuestiones cruciales de la defensa de Moscú. En octubre, A. Vasilevski salió para el Frente Oeste con una comisión del Gran Cuartel General.

Las organizaciones del Partido de Moscú, Tula y de otras muchas ciudades, contiguas a la capital en las direcciones de probables ataques del enemigo, levantaron a la población en ayuda de las tropas. Cada día eran más los voluntarios que se enrolaban en la milicia popular, destacamentos caza-comandos, equipos de bomberos y otras formaciones militarizadas. La industria iba reestructurándose para la fabricación de municiones y otra producción militar.

Sobre el fondo del heroísmo general y verdaderamente masivo, de que estaban penetrados todos los soviéticos, desde los chicos hasta los mayores, recuerdo especialmente la hazaña heroica del soldado Alexéi Teterin. Este simpático mozo de la aldea Járino, región de Riazán, llamado a filas en la última primavera, servía en el batallón de guardia del Comisariado del Pueblo de la Defensa. Desde que el enemigo intensificó sus bombardeos nocturnos a Moscú, a todo el batallón se le encomendó una misión más: luchar contra los siniestros provocados por las bombas incendiarias. En la noche del 21 de septiembre una bomba incendiaria cayó sobre el tejado del Estado Mayor General y caló hasta la buhardilla. Teterin la tapó con su casco, pero como las chispas de termita continuaban volando en todas direcciones, con peligro de incendio, Teterin se echó sobre la bomba, apagándola con su propio cuerpo. Teterin murió de las quemaduras recibidas pero cumplió con su deber.

A últimos de septiembre celebramos en la Dirección de Operaciones la reunión ordinaria del partido. A pesar de que estábamos muy atareados, acudimos casi todos, incluido B. Sháposhnikov, Jefe del Estado Mayor General. El orden del día sólo constaba de un punto: "El momento actual y las tareas de los comunistas". Informó A. Vasilevski.

Llamando a las cosas por su nombre, Vasilievski dijo sin rodeos que la situación se iba tornando archicrítica y exigía de cada uno de nosotros entregar todas las fuerzas y, hasta posiblemente, la vida también. Probablemente, después, sería aún más difícil. Pero, no obstante, no había fundamentos para que nos desalentáramos. Leningrado se mantenía inexpugnable y el enemigo allí no pasaba. Esto permitía pensar que no surgiría ningún otro frente al norte de Moscú y nuestras reservas, conservadas para los apuros, no serían gastadas.

Cada palabra del informe estaba penetrada de una honda seguridad en nuestra victoria final, en la sagacidad del partido y del Gobierno soviético. Recuerdo esta reunión como una de las páginas más vivas en mi vida. Para mí, y para todos mis compañeros de servicio, fue como una inyección de bríos y coraje.

El 30 de septiembre, el enemigo comenzó su ofensiva general sobre Moscú. Empezó una gigantesca y sangrienta batalla. Las agrupaciones de choque de las tropas alemanas fascistas consiguieron ya en los primeros días de octubre

infiltrarse profundamente en nuestra defensa en algunas direcciones. El 3 de octubre los tanques hitlerianos irrumpieron en Oriol. El 6 de octubre cayó Briansk y el 12 del mismo mes Kaluga. Gran parte de las fuerzas de los ejércitos 19, 20, 24 y 32 y algunas otras tropas de los frentes Oeste, de Reserva y Briansk, fueron copadas cerca de Viazma y en la zona de Trubchevsk, pero siguieron peleando encarnizadamente y durante casi dos semanas retuvieron a 28 divisiones del enemigo.

La abnegada lucha de las tropas soviéticas bajo el mando del general M. Lukín, ex comandante de la ciudad de Moscú, en los campos de Viazma tuvo gran trascendencia también en otro plano: nos ayudó a ganar el tiempo mínimo necesario para guarnecer con nuestras tropas las dos líneas defensivas de Mozhaisk y terminar los últimos preparativos para rechazar al invasor en los demás accesos de la capital.

Igualmente valiosa fue la aportación de Tula, adonde llegrron las unidades de vanguardia del Ejército de tanques de Guderián en los últimos días de octubre. Todos sus intentos para apoderarse de la ciudad fueron rechazados. La población civil luchó hombro a hombro con el Ejército Rojo en la defensa de Tula. Fue organizado un regimiento obrero que encabezaron A. Gorshkov (jefe) y G. Aguéev (comisario).

Los hitlerianos batieron la ciudad con artillería y morteros. Hubo días en que la situación se hizo desesperada. Sin embargo, la tenacidad y el coraje de los defensores de Tula fueron más fuertes que el ariete blindado alemán.

Con el comienzo de la batalla por Moscú se hicieron más frecuentes los viajes al frente de representantes del Estado Mayor General, a fin de precisar la situación y controlar cómo cumplían las tropas las directivas del Gran Cuartel General. En esos viajes participaron M. Sharojin, V. Kurásov y F. Shevchenko, mientras que A. Vasilevski se encontraba casi permanentemente en el Gran Cuartel del Alto Mando Supremo.

La primera mitad de octubre fue particularmente alarmante. Se trataba ya del destino de Moscú. José Stalin retiró a Zhúkov del Frente de Leningrado, donde el enemigo fue detenido a las puertas mismas de la ciudad, y le encomendó el mando de las tropas del Frente Oeste cuyo Estado Mayor se alojaba en Alábino y posteriormente en Perjúshkovo.

En los primeros días de noviembre se consiguió parar al enemigo en todas las direcciones. Había fracasado la primera ofensiva general de los alemanes contra Moscú.

Para garantizar la dirección segura de las tropas en cualesquiera circunstancias, el Gran Cuartel General decidió

dividir el Estado Mayor General en dos grupos. Uno de ellos, pequeño, encabezado por A. Vasilevski, quedó en Moscú y el otro, la composición principal del Estado Mayor General, se estimó conveniente ubicarlo fuera de la capital. El traslado se efectuaba en dos convoyes ferroviarios, siendo jefe de uno de ellos F. Shevchenko y yo, del otro.

Desde la mañana del 17 de octubre se comenzaron a cargar en los vagones las cajas fuertes. El tren debía partir a las 7 de la tarde. A él sólo se podía subir con pases. No obstante, en el andén se congregó excesiva gente. Un ciudadano que se dirigió a mí para que le ayudara, se me presentó:

— Willy Bredel, escritor antifascista alemán.

Como no podía proporcinarle sitio en el tren del Estado Mayor General, traté de hacerlo en un tren sanitario que se dirigía al interior del país desde la misma estación.

Un compartimiento del tren en que viajaba B. Sháposhnikov, con permiso de M. Sharojin, estaba ocupado por el célebre escritor francés Romain Rolland y su esposa. Al enterarse de ello, el Jefe del Estado Mayor General les invitó a verle y conversó largo rato con ellos. Los cónyuges Rolland bajaron del tren en Gorki.

Llegamos al punto de destino el 18 de octubre. A la mañana siguiente me apresuré por regresar a Moscú. Según mis cálculos yo debía quedarme en la capital con el grupo de A. Vasilievski.

El regreso no lo hice en tren, sino en automóvil. Nos acercamos a Moscú ya de noche, en lo más intenso del bombardeo de la aviación enemiga. Severa y grandiosa me pareció la capital aureolada por luces multicolores. Decenas de proyectores, como puñales azulados, desgarraban la oscuridad. Refulgían y se apagaban instantáneamente las explosiones de los proyectiles antiaéreos. Ramalazos bermejos hacían vibrar la bóveda celeste sobre los emplazamientos de la artillería.

La vía derecha, que atravesaba Moscú, estaba cerrada y tuvimos que dar rodeo por Lefórtovo, barrio muy conocido por mí. Aquí empezó antaño mi servicio militar y pasé los años de mi estudio en la Academia. Ahora recordaba todo eso involuntariamente...

Llegué a Moscú en primavera de 1925, de la *stanitsa* (pueblo de cosacos) Uriúpinskaya, hoy la ciudad de Uriúpinsk, de la región de Volgogrado.

El apellido de mi padre y de mi abuelo, nacidos en la misma *stanitsa*, tenía la terminación "ov", como los apellidos de todos los cosacos del Don: los Shteménkov. Pero después

de la muerte del padre, en 1916, la madre modificó el apellido al estilo ucraniano quitándole la letra final "v". En Uriúpinskaya, frecuenté tres inviernos la escuela parroquial y ya después de la revolución terminé la escuela del II grado. Era difícil la vida en aquella época y en un consejo de familia se decidió que yo y uno de mis hermanastros como solían decir entonces, "saliésemos a ganarse el pan". Ni en Novocherkassk ni en Rostov tenía quien me diera asilo. Y en Moscú vivía la hermana del padrastro. Esta circunstancia predeterminó mi viaje a esa ciudad.

Huelga decir que un mozo de 18 años, como era yo, que por primera vez, diremos de paso, se calzó unas botas de verdad, tenía muchas ganas de estudiar, de "hacer carrera", de ser agrónomo. Pero después de intentar colocarme en un lugar y en otro, me convencí de que por el momento no iba a estudiar: no me prometieron beca, era difícil alojarse en una de las residencias de estudiantes y no tenía ningún aval.

Hasta el otoño avanzado de 1925 tuve que serrar leña, llevar ladrillos en la construcción del Telégrafo Central en la calle Tverskaya (hoy calle Gorki), trabajar de cargador... Es decir, ocuparme en lo que lograba conseguir en la Bolsa de trabajo que estaba cerca de las Puertas Rojas. Mi morada correspondía a lo que era: primero, la buhardilla del frigorífico en el que trabajaba el marido de mi tía y más tarde, una celda en lo alto del campanario de una iglesia en la que funcionaba a la sazón el monte de piedad urbano...

No sé cómo habría sido mi destino si no se hubiera presentado una ocasión. En una de las cartas que me escribieron mis familiares se decía que había venido a pasar unos días un muchacho cuya casa se encontraba en la misma calle que la de los míos y que este muchacho, llamado al servicio militar cuando yo estaba todavía en casa y que ahora cursaba los estudios en la Escuela de Caballería de Tver, afirmaba que se admitía a personas como yo y me invitaba a ir a esa escuela. Me agradaba la perspectiva de ser jinete y me fuí al Comisariado militar a pedir información. Allí me dijeron que si quería ingresar en un centro docente militar, tenía suerte: estaba en curso la admisión a la Escuela de infantería de Moscú "M. Ashenbrenner". Quien era M. Ashenbrenner yo no sabía, pero ir a servir en la infantería, no: en mi *stanitsa* se reirían de mí...

Después de pasar varios días sin saber qué hacer, decidí ir de reconocimiento. Encontré la susodicha Escuela de Infantería en Lefórtovo, en la calle Krasnokazármennaya, y no muy

lejos otras dos: la de Artillería de Moscú "L. Krasin" y la de Ingenieros Militares. Los ingenieros, me interesaban poco en aquellos tiempos. Y en la Escuela de Artillería supe que preparaba a jefes de sección para la artillería hipomóvil (!) y que el curso era de 4 años.

Me despedí, sin que me diera mucha pena, de mi viejo sueño de estudiar para agrónomo y entregué la solicitud de ingreso a la escuela.

Es cierto gue tenía pocas esperanzas de ser admitido. En un año y medio de mi vagabundeo no abrí, naturalmente, ningún libro, tenía olvidadas muchas cosas y hasta los exámenes me quedaba sólo un mes. Pero, como se dice, me veo y me deseo. En octubre de 1926, mi coterráneo Piotr Vasíliev y yo éramos ya cadetes de la Escuela de Artillería de Moscú. Ambos fuimos adscritos a la 3ª batería hipomóvil de artillería de montaña y estábamos muy contentos...

Otra vez vine a Lefórtovo en 1933, en calidad de alumno de la recién organizada Academia de Motorización y Mecanización del EROC.

En la Academia funcionaban entonces tres facultades: la de Mandos de Ingeniería, la de Explotación y la Industrial. Me cupo estudiar en la primera, que posteriormente se llamaba Facultad de Mandos y preparaba a jefes para las tropas blindadas. Las asignaturas militares se exponían de manera profunda y, además, interesante. A mí me gustaban más la táctica, el arte operativo, la historia y la geografía militares, el estudio y la conducción de carros de combate. Gran atención se dedicaba a las matemáticas superiores, la mecánica, la física, la termodinámica y las ciencias sociales. Estudiábamos también uno de los idiomas extranjeros, la administración militar y otras disciplinas. Y practicábamos muy activamente el deporte. Cambié definitivamente el caballo por la motocicleta. Tenía razón de sobra para ello: en los desfiles festivos la Academia iba en motocicletas. Participé incluso, en el segundo año de estudios, en la carrera de motos Moscú-Járkov-Moscú. Y en las prácticas ordinarias recibí el certificado de piloto-observador.

Viví aquí mismo, en Lefórtovo. El primer año, en una residencia comunal y el segundo, recibí un cuarto de nueve metros cuadrados y traje de Kíev a mis familiares. La madre dormía en la cama, mi mujer y yo — en el suelo y nuestra hija recién nacida, en una bañera de madera, al lado de nosotros. Por eso, al cabo de un año cuando nos alojamos en una gran habitación de la casa construida con nuestra participación

en el territorio de la Academia, creíamos que eso era ya comodidad. En aquellos años estudiaban y vivían junto a nosotros alumnos que habrían de ser destacados jefes militares: I. Cherniajovski, A. Epishev, P. Poluboyárov, G. Oriol, Z. Kotin (constructor de tanques), G. Sidoróvich y muchos otros camaradas...

Inmerso en mis recuerdos, no advertí cómo quedó atrás Lefórtovo, pues el coche ya iba a entrar en la calle Kírov...

La vida en el grupo operativo, como llamaban al primer escalón del Estado Mayor General, se distinguía por su tensión extraordinaria. Los conceptos día y noche desaparecieron totalmente para nosotros. Nos pasábamos días enteros en nuestros puestos de trabajo. Pero, como necesariamente había que dormir, lo hacíamos en un tren en la estación del Metropolitano. Al comienzo dormíamos sentados, pues en los viejos vagones no podíamos tumbarnos. Después, comenzaron a traer coches-cama ferroviarios, en los que ya nos acomodábamos con todas las de la ley.

Stalin bajaba a su despacho subterráneo sólo al declararse la alarma aérea, prefiriendo encontrarse en el pabelloncito destinado para él en el patio de una gran casa de la calle Kírov, ocupada para el Estado Mayor General. En aquel apartamento trabajaba y recibía los informes.

Mientras tanto, arreciaban los bombardeos de Moscú. Aviones aislados enemigos no sólo conseguían llegar a la ciudad de noche, sino también de día. En la noche del 29 de octubre una bomba rompedora cayó en el patio de nuestro edificio, destrozando varios coches, mató a tres chóferes e hirió a 15 oficiales, algunos de gravedad. El teniente coronel N. Ilchenko, que estaba de guardia en el Estado Mayor General, fue despedido del local por la onda explosiva, destrozándose el rostro al caer. Los restantes sufrieron lesiones, principalmente, por los cristales rotos y por golpes de los marcos de las ventanas, arrancados por la explosión. Entre los contusos se encontraba Vasilevski, pero no abandonó su trabajo.

En el momento de la explosión yo iba por el pasillo. Cuando quise darme cuenta de lo sucedido, el peligro ya había pasado. El edificio fue zarandeado como si de un terremoto se tratase (yo lo había experimentado en 1927 en Crimea). Oía cómo se rompían los cristales. Delante y detrás de mí, golpeaban las puertas. Las que estaban cerradas fueron arrancadas de las visagras. Después, por unos instantes, reinó

un silencio que me pareció especialmente profundo. Luego, mis oídos comenzaron a distinguir los cañonazos antiaéreos y el chirrido de los cristales rotos, pisados por las ensangrentadas personas que salían de las habitaciones.

Después de aquel incidente nos trasladamos definitivamente al Metro. Durante cinco días no comimos caliente, pues nuestro comedor y cocina habían sido muy destrozados por la explosión. Mientras los ponían en orden tuvimos que contentarnos con bocadillos.

Así vivimos y trabajamos en las jornadas, quizá las más críticas de la guerra, en los días de grandes amarguras y grandiosas esperanzas. Nos llenaba de dolor que los tanques y soldados alemanes hubiesen llegado a los lugares favoritos, donde antes de la guerra acudían los moscovitas a pasar sus domingos. Mas no nos abandonaba la convicción de que aquélla era una victoria pírrica, que el enemigo ya no podía más, que se ahogaba en su propia sangre. Todos esperábamos que allí, en aquellos campos, sería, por fin, derrotado.

La situación se distinguía por su complejidad y contradicción extraordinarias, pero ahora nos era mucho más facil reunir datos de ella. Por lo menos, en la dirección principal. Por lo común, en las primeras horas de la mañana varios oficiales del grupo de operaciones se dirigían en coche a Perjúshkovo, donde se encontraba el puesto de mando del Frente Oeste, recorrían los EE.MM. de los ejércitos, distantes nada más que 20 ó 30 kilómetros de Moscú. A su regreso, en el mapa del jefe de la Dirección de Operaciones se precisaba todo, hasta los detalles más mínimos.

Como siempre, el 6 de noviembre se celebró en Moscú la velada solemne de los trabajadores. Pero no en el Teatro Bolshói, sino en el andén de la estación del Metro "Mayakóvskaya". La mañana del 7 de noviembre tuvo lugar la tradicional parada de tropas en la Plaza Roja, preparada en el más riguroso secreto. Incluso a los que debían participar en el desfile no se les dijo de antemano para qué los instruían. Las suposiciones eran de lo más dispares, aunque la mayoría opinaba, simplemente, que se trataba de "ensamblar unidades" para el frente. Mandó la parada el teniente general P. Artémiev, a la sazón Comandante de las tropas de la Región Militar de Moscú y jefe de la zona defensiva de la capital. La orquesta la dirigió el intendente militar de primera V. Agapkin, director de orquesta de la división "Dzerzhinski" y autor de la famosa marcha "El despe-

dirse de la eslava" que desde 1912 conmueve los sentimientos de quienes la escuchen. También aquella mañana resonó esa marcha en la Plaza Roja.

En esta parada, sin precedentes en la historia, el Jefe Supremo saludó a las tropas con estas palabras:

— Todo el mundo ve en vosotros la fuerza capaz de aniquilar a las bandidescas hordas de los invasores alemanes. Los pueblos esclavizados de Europa, caídos bajo el yugo de los invasores alemanes, os miran como a sus liberadores. Os ha tocado cumplir una gran misión liberadora. ¡Sed dignos de esta misión!

Su discurso terminó con este deseo:

— ¡Que os inspiren en esta guerra las viriles figuras de nuestros grandes antepasados: Alexandr Nevski, Dmitri Donskói, Kuzmá Minin, Dmitri Pozharski, Alexandr Suvórov y Mijaíl Kutúzov! ¡Que flamee sobre vosotros la bandera victoriosa del gran Lenin!

Stalin habló en nombre del Partido y del Gobierno soviético y sus llamamientos fueron un toque a rebato, que resonó en todo el país.

Al cabo de una semana, exactamente, los hitlerianos emprendieron otra ofensiva sobre Moscú. Esta vez asestaron el golpe principal en la zona de los ejércitos 30 y 16 de los frentes de Kalinin y Oeste, respectivamente. Los combates duraron hasta diciembre, sin que el adversario pudiera lograr ningunos éxitos considerables. Con su flanco derecho consiguió sólo alcanzar Kashira y con el izquierdo llegó al canal Moscú-Volga, en las proximidades de Yájroma, logrando, incluso, cruzarlo en un sitio, aunque no por mucho tiempo. En la línea Konakovo, Dmítrov, Dédovsk, Kúbinka, Sérpujov, Tula y Serébrianie Prudí las tropas fascistas alemanas fueron definitivamente agotadas y detenidas. Así fracasó la segunda ofensiva de los hitlerianos contra Moscú.

Mientras tanto, las reservas del Gran Cuartel General, cuidadosamente conservadas, iban acercándose a la capital. Al norte de ésta aparecieron los ejércitos 1 de choque y 20, al sudeste, los ejércitos 10, 61 y el Cuerpo de caballería de la Guardia. Algunos otros ejércitos frescos fueron en aquellas fechas aproximados a otros sectores del frente soviético-alemán, en los que aún continuaba la presión enemiga.

En estos tiempos nuestros planes eran los siguientes: primero asestar golpes contra los grupos enemigos de Tijvin y de Rostov (del Don); derrotados estos grupos, inmovilizar al enemigo en la dirección Noroeste y la de Sur y pasar a la contraofensiva

en la dirección Oeste, desde Moscú. El 12 de noviembre comenzó la ofensiva sobre Tijvin y para el 7 de diciembre fueron rotas las posiciones enemigas. En el Sur, las tropas soviéticas liberaron el 29 de noviembre a Rostov. Y del día 5 al 6 de diciembre comenzó la contraofensiva de nuestras tropas en las cercanías de Moscú.

El enemigo no esperaba nada parecido. Más tarde supimos que ni siquiera había descubierto la concentración de dos nuevos ejércitos al norte de Moscú. Y, naturalmente, pagó caro este descuido.

El desarrollo y desenlace de nuestra victoriosa contraofensiva el invierno de 1941-42 ha sido descrita con bastante minuciosidad y no merece la pena repetirla. Me permitiré detener la atención del lector sólo en algunas conclusiones, las más generales, que sacamos para nosotros al finalizar el primer semestre de guerra.

Primera, que el Ejército Soviético había resistido el empuje del ejército más fuerte del mundo capitalista.

Segunda, que había desvanecido el mito de la invencibilidad de los hitlerianos, demostrando en la práctica que se les podía derrotar y, en definitiva, destrozar.

Tercera, que habíamos enterrado las esperanzas de Hitler en una victoria relámpago; en el transcurso de la campaña se había operado un viraje a favor nuestro; y aunque nos aguardaba una lucha larga y agotadora, las perspectivas eran de que el enemigo la perdería.

Cuarta, que la situación de nuestro país seguía siendo crítica: el enemigo se había apoderado de centenares de ciudades, miles de aldeas y bajo la bota de los invasores se encontraban muchas regiones de importancia económica: la zona del Báltico, Bierlorrusia, gran parte de Ucrania y del Donbáss; las tropas alemanas habían ocupado Crimea, bloqueado Leningrado y puesto sitio a Sebastópol; que las posibilidades potenciales del adversario para continuar la guerra eran todavía muy grandes y que nosotros tendríamos que hacer ingentes esfuerzos para derrotarle definitivamente.

Quinta, que nuestras posibilidades no estaban, ni mucho menos, agotadas. Todo lo contrario, aumentaban de mes en mes: la industria evacuada al este iba levantándose con firmeza, en la profundidad del país íbamos acumulando numerosas reservas y en la retaguardia del enemigo arreciaba cada vez más el movimiento guerrillero.

Sexta, que nuestras tropas habían adquirido temple en la lucha y cierta experiencia, que empezaban a actuar con más

organización y seguridad; que iba cristalizando su dirección firme.

Séptima, que se alejó la amenaza de la guerra en dos frentes. La derrota de los alemanes en las cercanías de Moscú enfrió el ardor de los militaristas japoneses.

Los acontecimientos de este medio año, especialmente la batalla a las puertas de Moscú, habían demostrado palmariamente, una vez más, cuán enorme era la fuerza organizativa e inspiradora del Partido Comunista y cómo sabía en los momentos cruciales levantar a todo el pueblo a la defensa de la patria.

También fue enorme la resonancia mundial que había tenido nuestra victoria bajo los muros de Moscú. Había echado por tierra todos los cálculos de los hitlerianos para el aislamiento de la URSS. El 1 de enero de 1942, veinticinco Estados suscribieron con nosotros una declaración de colaboración en la guerra contra la Alemania fascista.

En este período, ¿cambió algo en el propio Estado Mayor General? Sí, naturalmente. Ya en diciembre se reincorporó el segundo escalón. En su lugar de trabajo anterior no quedó más que un centro de enlace de reserva, con el mínimo de oficiales de operaciones.

Muchos de los expertos del Estado Mayor General fueron enviados a servir en las tropas. A los jefes de sección V. Kurásov, P. Kókorev y, más tarde, M. Sharojin se les nombró jefes de Estado Mayor de Frente o Ejército. Y a nosotros, los jóvenes, nos designaban a sustituirlos. A mí, en particular, me nombraron jefe de la sección de Oriente Cercano.

En el trabajo de nuestra dirección, y del Estado Mayor General en su conjunto, se estableció un ritmo más conciso. B. Sháposhnikov y A. Vasilevski pudieron concentrarse en los problemas de más envergadura y analizar más profundamente la situación. Diariamente, una o dos veces, se desplazaban a informar al Gran Cuartel General.

Todo lo restante se realizaba bien en las secciones. La nuestra, particularmente, llevaba el trabajo fundamental de los problemas relacionados con la permanencia de las tropas soviéticas en Irán.

Esta carga no era ni mucho menos ligera. Llegó a haber en Irán tres ejércitos nuestros: el 53 Independiente Centroasiático, el 47 y el 44, que habían entrado en aquel país a finales de agosto de 1941 sobre la base del acuerdo firmado entre Irán y la Rusia Soviética en 1921. El convenio estipulaba la posibilidad de tal acción si surgía el peligro de utilizar el territorio iranés por cualquier otro Estado con daño

para los intereses de la URSS. Es sabido que Hitler cifraba grandes esperanzas en Irán, desde donde se proponía atacar a la Transcaucasia soviética y, posteriormente, utilizar Irán como una especie de trampolín para salto de las divisiones alemanas desde los Balcanes a la India. Y como en ésta ya se lesionaban los intereses de Gran Bretaña, nuestra aliada llevó también sus tropas a las regiones meridionales de Irán. Esto añadió trabajo al Estado Mayor General, pues se precisaba coordinar muchas cuestiones con el Comisario del Pueblo de Relaciones Exteriores.

El Jefe Supremo no quitaba ojo a la situación en Irán, correspondiéndome la obligación de informar sistemáticamente de ella a B. Sháposhnikov. Este era un hombre amabilísimo y a los que, como yo, a la sazón eran jóvenes coroneles, nos trataba con verdadero cariño paternal. Si en algo nos equivocábamos no nos reñía, incluso no levantaba la voz, preguntándonos sólo con aire de reproche:

— Pero, ¿cómo se le ha ocurrido esto, amiguito?

Cuando nos preguntaba así hubiéramos preferido que nos tragara la tierra, recordábamos durante mucho tiempo nuestros errores y jamás los repetíamos.

En cierta ocasión fui llamado por Sháposhnikov mucho después de la medianoche. Le encontré en su despacho, en mangas de camisa y con tirantes. La guerrera colgaba en el respaldo de la silla.

— Siéntese, amiguito — me invitó con tono absolutamente familiar.

Despachamos relativamente pronto los asuntos, pero el Jefe del Estado Mayor General no se apresuraba a despedirme. Aquella noche estaba de un humor excelente y, examinando el mapa, comenzó, de pronto, a recordar cómo él mismo había servido en otros tiempos en Asia Central. Sháposhnikov sabía de memoria las particularidades de las direcciones operativas locales y conocía magníficamente el terreno. Yo también retenía en mi mente el teatro de operaciones y mantuvimos un atractivo coloquio.

En lo sucesivo, fueron frecuentes las entrevistas de aquella índole entre nosotros, de las que saqué mucha utilidad para el trabajo de mi sección y para mí.

Capítulo III — TEMPESTAD EN EL SUR

Estabilización del frente; las perspectivas. Pronósticos fallidos. Acontecimientos en Crimea. Medida de responsabilidad. Ofensiva en las cercanías de Járkov. Apreciaciones contradictorias. Una desgracia nunca viene sola. "En la guerra más vale habilidad que el número de combatientes". Una orden interceptada. La dirección de Vorónezh. La situación se agrava. Un nuevo frente, el de Stalingrado.

El Año Nuevo de 1942 no lo celebramos, nosotros, los del Estado Mayor General, pero todos estábamos con ánimo festivo, alegres por los éxitos de nuestras tropas a las puertas de Moscú. Nuestra moral se elevó aún más el 23 de febrero. Se debió ello a la orden del Comisario del Pueblo de la Defensa con motivo del 24 Aniversario del Ejército Rojo, que anunciaba a todo el pueblo que ya no estaba lejano el día en que el Ejército Rojo derrotaría al enemigo y en todo el territorio soviético ondearían de nuevo las banderas rojas.

Sin embargo, cuando llegó la primavera el frente se había estabilizado y su línea, el 1 de abril, iba desde Leningrado por el río Vóljov, al este de Stáraya Russa, circundaba por el este la zona de Demiansk, después continuaba por Jolm, Vélizh, Demídov, Biely, formaba el saliente de Rzhev-Viazma, todavía ocupado por el enemigo, incluía Kírov, Sujínichi, Bieliov, se acercaba a Mtsensk, dejaba en campo nuestro a Novosil, Tim, Volchansk, formaba un entrante en el dispositivo enemigo en la región de Balakleya, Lozovaya, Barvénkovo, cortaba Krasny Limán, Debáltsevo, Kúibyshevo y descendía hacia el sur por el río Mius.

En el Estado Mayor General se efectuó una reorganización. Se nombraba jefes de dirección a personas que hubieran mandado frentes y ejércitos o, por lo menos, hubieran sido jefes de EE.MM. de agrupaciones de tropas. Se suponía que con su prestigio y experiencia, sabrían influir mejor en los acontecimientos y realizar con más diligencia el enlace con el ejército de operaciones. Se les concedía asimismo el derecho de informar personalmente en el Gran Cuartel General. Hasta entonces, los que mandábamos las direcciones, no lo hacíamos.

Se puso en claro que con la "reforma" se perdía en balde una cantidad colosal de tiempo. Los datos de la situación tardaban mucho más en llegar hasta el Jefe del Estado Mayor General. Antes, por lo común, nosotros mismos recibíamos estos datos por telégrafo, los anotábamos allí mismo en el mapa y nos dirigíamos inmediatamente a informar al Jefe del E.M.G. o a quien le sustituía. Ahora, en cambio, había surgido un eslabón intermedio: la información telegrafiada la recibíamos los "subes", es decir, nosotros, los ex jefes de las direcciones, luego la poníamos en conocimiento del nuevo jefe de la dirección, éste la analizaba y, sólo después de esto, se dirigía a informar al Jefe del Estado Mayor General. Esta múltiple gradación en el trabajo traía, como consecuencia, naturalmente, más retraso que rapidez. Ciertas conclusiones y propuestas especiales sobre la situación, que se esperaban de los nuevos jefes, tampoco se hacían. Me parece que sólo fueron una vez al Gran Cuartel General, a lo sumo, dos veces. No tardó en reconocerse que el viejo sistema de trabajo era mejor y, al mes, aproximadamente, retornamos a las antiguas formas.

B. Sháposhnikov llevaba en sus hombros la carga principal de dirección de las actividades del Estado Mayor General. Estaba gravemente enfermo, pero hacía todo lo que debía hacer en el Estado Mayor General y, además, desempeñaba un papel no desdeñable en el Gran Cuartel General. Se nos oprimía el corazón cada vez que nos encontrábamos con nuestro jefe: estaba encorvado de manera insólita, tosía, pero no se quejaba nunca. Nos asombraba su capacidad de conservar serenidad de ánimo y su afabilidad. El general coronel A. Vasilevski, jefe de nuestra Dirección de Operaciones era, por el cargo que desempeñaba y por su importancia, el primer ayudante de B. Sháposhnikov y se parecía a él: un hombre competente, decidido y benévolo.

La reforma realizada en el Estado Mayor General no afectó a quienes como nosotros, no éramos más que ejecutores: continuábamos prestando en todo momento nuestro servicio. Reuníamos ininterrumpidamente los datos sobre la situación, los analizábamos, informábamos de las conclusiones y proposiciones a nuestros jefes inmediatos y hacíamos todo el trabajo relacionado con los cálculos, informaciones y otras cosas. La guerra exigía la tensión de todas las fuerzas y a nadie daba tregua ni por un momento. Sin embargo, los asuntos corrientes no eran lo único que nos interesaba. La resonancia de

la contraofensiva de Moscú y la espera de futuros cambios caracterizaban el estado de ánimo de los funcionarios del Estado Mayor General. Juzgando por el carácter de los cometidos y por muchos detalles, relacionados con los mismos, que, quizás, sólo podían advertir esos funcionarios, comprendíamos que "arriba" se estaban preparando para una nueva campaña.

Las cuestiones más importantes de la planificación estratégica se discutían previamente en el Gran Cuartel General por un reducido grupo de personas (J. Stalin, B. Sháposhnikov, G. Zhúkov, A. Vasilevski y N. Kuznetsov). Generalmente se tomaba primero una decisión de principio que se sometía al examen del Comité Central del partido o del Comité Estatal de Defensa. Sólo después, el Estado Mayor General comenzaba a planificar detalladamente y preparar una campaña u operación estratégica. En esa fase para participar en la planificación estratégica eran llamados los comandantes de los frentes y especialistas: A. Jruliov, jefe de apoyo logístico; N. Vóronov, comandante de la artillería del Ejército Rojo; A. Nóvikov, comandante de la aviación; Y. Fedorenko, comandante de las tropas blindadas y otros.

A principios de marzo de 1942, el Gran Cuartel General analizó las perspectivas del desarrollo de las operaciones en la campaña de verano. Aquí conviene señalar que ya en los primeros días del año, Stalin ordenó preparar la directiva, conocida por todos los jefes militares que participaban en la guerra, y dictó personalmente los planteamientos fundamentales de la misma. Los planes del enemigo y nuestras tareas se caracterizaban en esa directiva, del 10 de enero de 1942, de la siguiente manera: "Después de haber desgastado bastante a las tropas alemanas fascistas, el Ejército Rojo pasó a la contraofensiva haciendo retroceder hacia el Oeste a los invasores alemanes.

Los alemanes, a fin de impedir el avance de nuestras tropas, pasaron a la defensiva y comenzaron a organizar líneas de defensa con trincheras, obstáculos y fortificaciones de campaña. Ellos pretenden impedir de este modo nuestra ofensiva hasta la primavera y, llegada ésta, reunir sus fuerzas y comenzar de nuevo la ofensiva contra el Ejército Rojo. De lo que resulta que los alemanes quieren ganar tiempo y obtener una tregua.

Nuestra tarea consiste en no darles esa tregua, en hacerles retroceder ininterrumpidamente hacia el Oeste obligándoles a consumir sus reservas aun antes de que llegue la primavera

— y en la primavera tendremos grandes y nuevas reservas y los alemanes ya no las tendrán — y en asegurar de esta manera la derrota completa de las tropas hitlerianas en 1942".

Ahora, llegada la primavera, era necesario preguntarse si se justificaron o no esos planteamientos del Gran Cuartel General. Dando respuesta a esa pregunta, los del Estado Mayor General no rehuíamos la realidad: la situación en los frentes, complicada e inestable, estaba lejos de ser como la deseábamos. Se infligió al enemigo, incuestionablemente, una gran derrota en las cercanías de Moscú y durante la ofensiva general de las tropas soviéticas en invierno de 1942. Pero ahora nuestra ofensiva se ahogaba: no teníamos fuerzas y medios necesarios para desarrollarla. Y no habíamos conseguido aplastar al enemigo, ni mucho menos. Al contrario, él estabilizó la línea del frente y se aprovechó del período en que las acciones combativas eran relativamente poco intensas para complementar sus tropas raleadas, sus armamentos y otro material de guerra. El tiempo estaba sin duda a nuestro favor: la industria de guerra soviética funcionaba cada día mejor y se preparaba para poder suministrar al frente todos los armamentos y otro material de guerra necesarios. Se fortalecieron la moral y las cualidades combativas de los soldados soviéticos, a lo cual contribuyeron en no poca medida las victorias obtenidas cerca de Moscú, Tijvin y Rostov. La gente adquirió una capacidad mayor de resistencia, acumuló experiencia de combate y luchaba más hábilmente contra el enemigo. Los mandos iban perfeccionando la dirección del combate. Cundía el movimiento guerrillero en la retaguardia de las tropas fascistas alemanas.

En el Estado Mayor General no se dudaba de que el mando hitleriano comprendía perfectamente el peligro con que le amenazaba una guerra prolongada y procuraría impedir que la URSS organizase el funcionamiento de toda su industria de guerra y frustrar la preparación de nuestras reservas. Además, Alemania necesitaba consolidar sus posiciones internacionales, arrastrar a la guerra, del lado suyo, a Japón, Turquía y, posiblemente, a otros países y conservar su presitigio entre los satélites. Se suponía que todos esos factores juntos inducirían al mando militar fascista a emprender acciones enérgicas. Pero no estaba claro cómo, dónde, cuándo y con qué fuerzas comenzaría el enemigo la ofensiva. Sin embargo, en el Estado Mayor General todos estaban convencidos de que ya no podría atacar simultáneamente a lo largo de todo el Frente Oriental, pues se suponía que para eso la Alemania hitleriana no tenía ni fuerzas, ni medios. Por demás, la Wehrmacht había pagado caro la

experiencia de 1941, cuando sus tropas avanzaban en todas las direcciones. Esta experiencia no podía menos de ser tenida en cuenta y por eso era de esperar operaciones activas de las tropas fascistas alemanas únicamente en una sola dirección estratégica de particular importancia.

Al apreciar la importancia de uno u otro sector del frente estratégico saltaba a la vista ante todo el saliente de Rzhev y Viazma. Se acercaba mucho a Moscú y estaba ocupada por las tropas del grupo "Centro", el más fuerte grupo de ejércitos enemigos (más de 70 divisiones, entre ellas muchas blindadas y motorizadas), cuya zona de acción se extendía de Velikie Luki a Novosil. Y aunque en la retaguardia de este grupo de ejércitos enemigos, al sudoeste de Viazma, continuaban luchando heroicamente en las dificilísimas condiciones de cerco completo las tropas de los generales P. Belov y M. Efrémov, se mantenía el saliente de Rzhev como si fuera un ariete apuntado sobre Moscú.

Debo decir que el mando estratégico soviético, presidido por J. Stalin, estaba seguro de que, tarde o temprano, el enemigo volveriá a atacar a Moscú. Esa seguridad del Jefe Supremo se explicaba no sólo por el peligro que amenazaba desde el saliente de Rzhev. Según datos recibidos de fuentes extranjeras, el mando hitleriano no renunciaba por el momento a sus planes de apoderarse de nuestra capital. J. Stalin, considerando posibles distintas variantes de la acción enemiga, suponía que en todo caso Moscú sería el objetivo de las operaciones de la Wehrmacht y la dirección general de su ofensiva. Otros componentes del Gran Cuartel General, el Estado Mayor General y la mayoría de los comandantes de frentes compartían esa opinión.

Partiendo de ese supuesto se hacía la conclusión de que el destino de la campaña de verano de 1942, de la cual dependía el curso ulterior de la guerra, se decidiría en las cercanías de Moscú. De ahí que la dirección central, la de Moscú, sería la principal y a las demás direcciones estratégicas les corresponderia en esta etapa de la guerra un papel secundario.

Como se evidenció posteriormente, el pronóstico del Gran Cuartel General y del Estado Mayor General había sido erróneo. El mando hitleriano planteó a sus fuerzas armadas la siguiente tarea: en el sector central del frente, mantener las posiciones; en el Norte, apoderarse de Leningrado y establecer el contacto con las tropas terrestres de Finlandia; en el flanco Sur del frente, abrirse paso al Cáucaso. Al puntualizar la tarea, la Casa militar de Hitler señalaba en su directiva № 41 del 5 de abril de

1942: "... en primer lugar, todas las fuerzas disponibles se las debe concentrar para llevar a cabo *la operación principal en el sector Sur* (el subrayado es mío.— S. S.) con el objetivo de aniquilar al enemigo al Oeste del Don y luego apoderarse de las regiones petrolíferas del Cáucaso y atravesar la cordillera caucásica".

Este plan expresaba los intereses de los monopolios alemanes, su aspiración a hacerse con las riquísimas regiones industriales y de materias primas del País de los Soviets y a penetrar por tierra a Extremo Oriente. Los generales hitlerianos se proponían cortar nuestros contactos con los aliados, mantenidos a través de Irán, e impulsar a Turquía a que entrase en la guerra del lado de la Alemania fascista.

Una consecuencia lógica del error cometido por el Gran Cuartel General al pronosticar el golpe principal del enemigo fue la subestimación de la dirección Sur. Aquí el Gran Cuartel General no tenía reservas, medio principal con el que la dirección estratégica ejercía su influencia en el curso de las operaciones más importantes. Tampoco se estudiaron variantes de nuestras acciones para el caso de un cambio brusco de la situación. La subestimación del papel de la dirección Sur era a su vez un factor que explica la tolerancia hacia los errores cometidos por los mandos del Frente Sudoeste y, en parte, del Frente Sur.

Al mismo tiempo, en primavera, el Gran Cuartel General examinó las consideraciones sobre la acción de las Fuerzas Armadas soviéticas para el verano de 1942. La coincidencia de opiniones no era absoluta. Todos coincidieron en que nuestras tropas todavía no estaban preparadas para realizar una ofensiva decidida: las reservas necesarias estaban en proceso de formación. B. Sháposhnikov y G. Zhúkov se pronunciaron de manera categórica por la defensa estratégica temporal, considerando inconveniente la ofensiva en un frente extenso. G. Zhúkov hizo una reserva: opinaba que a principios del verano se debía llevar a cabo en la dirección central una operación con el objetivo de derrotar la agrupación enemiga de Rzhev y Viazma y liquidar el peligroso saliente de Rzhev. Stalin aceptó que hasta cierto tiempo era necesaria la defensa. Pero observó: hay que defenderse de modo más activo y no estar con los brazos cruzados. Exigió que, simultáneamente con la defensa estratégica, se realizase una serie de operaciones ofensivas parciales a fin de consolidar los éxitos alcanzados en el invierno, mejorar la situación operativo-estratégica de las tropas soviéticas, frustrar la preparación del enemigo para la ofensiva y mantener

de esta manera en nuestras manos la iniciativa estratégica. G. Zhúkov no compartía este punto de vista considerando que las operaciones ofensivas que proponía realizar el Jefe Supremo agotarían nuestras reservas y complicarían sobremanera la preparación para la sucesiva ofensiva general. Pero, por cuanto la palabra decisiva era del Jefe Supremo, se aceptó su propuesta, proyectando realizar las operaciones en Crimea, en las cercanías de Leningrado y Demiansk y en las direcciones de Smolensk y Lgov-Kursk.

El que las acciones ofensivas se planeasen en un gran número de sectores, amenazaba con un desastre: nuestras tropas serían embarcadas en operaciones de desenlace dudoso, se fraccionarían las fuerzas ya de por sí escasas. Al viraje desfavorable de los acontecimientos contribuían asimismo las insistentes propuestas del Consejo Militar de la Dirección Sudoeste de realizar con las fuerzas de los frentes de Briansk, Sudoeste y Sur una gran ofensiva cerca de Járkov, por cuyo éxito el mando de la dirección "respondía con la cabeza".

El Consejo Militar de la Dirección Sudoeste formuló sus propuestas en un documento (escrito a mano el 22 de marzo en dos ejemplares) que se llamaba *Informe sobre la situación existente a mediados de marzo en los frentes de la Dirección Sudoeste y sobre las perspectivas de las acciones combativas para el período de primavera y verano de 1942.*

En este informe el enemigo era apreciado de la siguiente manera: "Las acciones enérgicas de nuestras tropas han reducido al enemigo a un estado en que, sin recibir grandes reservas estratégicas y sin ser completado en medida considerable con efectivos y material, no puede emprender operaciones con fines decisivos". Se suponía que en primavera el enemigo, a pesar de su derrota sufrida en las cercanías de Moscú, trataría nuevamente de tomar la capital soviética. Se esperaba que asestaría el golpe principal desde las regiones de Briansk y Oriol rodeando a Moscú por el Sur y Sudeste y saliendo a las orillas del Volga cerca de Gorki con el propósito de aislar a Moscú de la cuenca del Volga y de los Urales y luego tomar la capital.

En el Sur, el mando de la Dirección Sudoeste consideraba posible la ofensiva de una agrupación de tropas enemigas secundaria, aunque bastante fuerte, con el objetivo de apoderarse del Don en su curso inferior y penetrar en el Cáucaso, hacia las fuentes de petróleo. También se consideraba posible otro golpe secundario: de Kursk a Vorónezh.

En el informe se hacía el cálculo de las fuerzas que el enemigo podría tener en la zona de la Dirección Sudoeste para

cuando comenzase a actuar activamente. Estas fuerzas eran muy imponentes: 102 divisiones (entre ellas 9 divisiones blindadas, 7 motorizadas y 3 divisiones SS), más de 3.100 tanques, casi 3.000 piezas de artillería y cerca de 1.000 aviones de combate.

"Independientemente de eso —rezaba el informe—, en el período de la campaña de primavera y verano las tropas de la Dirección Sudoeste deberán tratar de alcanzar *el objetivo estratégico principal: derrotar a las fuerzas enemigas opuestas y salir primero al curso medio del Dniéper (Gómel, Kíev y Cherkassy) y después, al frente Cherkassy, Pervomaisk y Nikoláiev.*" (El subrayado es mío.—S.S.)

Observaré de paso que las tropas soviéticas lograron llegar a esta línea sólo en otoño de 1943. Además, no se podía dejar de advertir que la agrupación enemiga era peligrosamente numerosa: ¡102 divisiones!

Pero, en el papel, también la idea de acción de nuestras tropas parecía buena, aunque el mando de la Dirección Sudoeste pedía ayudarle con personal, armamento y medios materiales. No obstante, sus consideraciones suscitaron dudas en el Estado Mayor General y en el Gran Cuartel General.

Al Estado Mayor General se le ordenó que hiciera —sin dejar de elaborar el plan de las operaciones de primavera y verano— cálculos necesarios con motivo de las propuestas del mando de la Dirección Sudoeste. Esos cálculos mostraron que la operación de Járkov necesitaría grandes reservas de medios y fuerzas, que el país no tenía. De los cálculos se informó al Jefe Supremo; él los aprobó y propuso personalmente al comandante de la Dirección Sudoeste, S. Timoshenko, no realizar una operación de tanta envergadura, sino elaborar un nuevo plan.

Tal vez puede surgir la pregunta: ¿Acaso era imposible, teniendo en cuenta la concentración de las tropas hitlerianas, hacer la conclusión, ya en primavera, de que su golpe principal se dirigiría hacia el Sur? ¡Sí, debió hacerse! Pero Stalin consideraba, por lo visto, que, a pesar de todo, la mayor parte de esa agrupación enemiga se lanzaría contra Moscú. Y si la operación propuesta por S. Timoshenko podía paralizar las fuerzas hitlerianas y debilitar su embestida en dirección a Moscú, ¿por qué renunciar a ella?

El 30 de marzo el nuevo plan ya estaba hecho y entregado por intermedio de A. Vasilievski a J. Stalin. Al Jefe Supremo se le informaba: "De acuerdo a las indicaciones dadas personalmente por Ud., hemos elaborado el plan general de acción de las tropas de la Dirección Sudoeste para abril-mayo de 1942.

1. El objetivo principal de la acción de las tropas de la Dirección Sudoeste en ese período: tomar la ciudad de Járkov, reagrupar las tropas y, asestando el golpe desde el Noreste, apoderarse de Dniepropetrovsk y Sinélnikovo y privar de esta manera al enemigo de los importantísimos pasos sobre el Dniéper y del nudo ferroviario de Sinélnikovo.

En toda la demás extensión del frente, las tropas de la Dirección Sudoeste defenderán firmemente las líneas que ocupan en la actualidad". Se proponía llevar a cabo la ofensiva sólo con las fuerzas del Frente Sudoeste, mandado tambíen por S. Timoshenko.

Luego se presentaba el cálculo de las fuerzas y medios necesarios para tomar Járkov y estaban formuladas la idea de la operación y las consideraciones acerca de su puesta en práctica y la composición de las tropas. El comienzo de la ofensiva se proyectaba para el 20 de abril.

Al analizar el plan, Stalin permitió esa operación, seductora a primera vista, aunque al mismo tiempo dijo a S. Timochenko que no cifrase esperanzas en las reservas del Gran Cuartel General. Y en cuanto a las dudas del Estado Mayor General, este problema quedó resuelto mediante la orden: "... considerar la operación asunto interno de la Dirección y no inmiscuirse en ninguna cuestión relacionada con aquélla".

Conforme a la decisión de José Stalin, se elaboró en la Dirección Sudoeste un otro *Plan de acción de las tropas de la Dirección Sudoeste para abril-mayo de 1942*, del 10 de abril del mismo año.

En este plan se decía: "Los objetivos parciales de los frentes son: para el Frente Sudoeste, derrotar la agrupación enemiga cerca de Járkov y salir a la línea Nikítovka, Kárlovka y Búzovka a fin de asegurar las acciones posteriores de las tropas del Frente Sur en dirección a Dniepropetrovsk; para el Frente Sur, defender firmemente las líneas ocupadas y proteger las direcciones de Rostov y Voroshilovgrad y también la región de Barvenkovo, Slaviansk e Izium".

Este fue el plan de la próxima operación, muy desafortunada para nosotros, de la cual trataremos más abajo.

En mayo logramos asir por el cuello en el Frente Noroeste a la agrupación enemiga cerca de Demiansk. La acorralamos en un corredor que hacíamos cada vez más estrecho. El enemigo nos oponía una resistencia encarnizada. En la operación participaron considerables fuerzas nuestras, pero el enemigo logró mantener sus posiciones, aunque a costa de grandes pérdidas.

En el mismo mes de mayo comenzaron otros acontecimien-

tos que cambiaban, no en nuestro favor, la situación en el frente soviético-germano. Los recuerdo bien, porque se producían principalmente en la dirección de la que yo era responsable. En primer lugar, sufrió un revés muy grave el Frente de Crimea. Formado a principios de 1942 para liberar a Crimea, defendía hacia mayo la península de Kerch en su parte más estrecha, en las llamadas posiciones de Ak-Monái. Integraban el Frente el 44, el 51 y el 47 Ejércitos con medios de refuerzo. El Frente lo mandaba el teniente general D. Kozlov; el comisario de División F. Shamanin era miembro del Consejo Militar y el general mayor F. Tolbujin, Jefe del Estado Mayor.

A fines de enero, el Gran Cuartel General envió allí en calidad de su representante a L. Mejlis, acompañado por el general mayor P. Vechny, del E. M. G. Tenían como misión ayudar al mando del Frente a preparar y realizar una operación que levantara el sitio de Sebastópol. Mejlis siguió fiel a sus costumbres: en vez de ayudar comenzó a cambiar de un lado para otro a los cuadros dirigentes. Su primer paso fue sustituir al Jefe del E. M. del Frente, Tolbujin, por el general mayor Vechny.

Durante febrero y abril, apoyado por la Flota del Mar Negro, el Frente de Crimea intentó tres veces romper la defensa de los alemanes, no lo consiguió y se vio obligado a pasar a la defensiva.

Mientras tanto, la formación operativa del Frente no armonizaba con las misiones de la defensa. La agrupación de tropas seguía teniendo un carácter ofensivo. El flanco izquierdo, que se apoyaba en el Mar Negro, resultó ser débil. El Comandante de las tropas lo motivaba, argumentando que en cuanto mejoraran un poco las posiciones el Frente pasaría obligatoriamente a la ofensiva. Pero ésta se iba demorando, mientras que las posiciones defensivas, desoyendo las recomendaciones del Estado Mayor General, no se fortificaban. Mejlis, por su parte, sólo se ocupaba de discutir con el Comandante del Frente.

Pero el enemigo no dormía. Preparaba su ofensiva con el propósito de expugnar a las tropas soviéticas de la península de Kerch, para poder después concentrarse por completo en un ataque contra el heroico Sebastópol, sitiado. Los fascistas lograron encontrar exactamente el punto débil en el flanco marítimo del 44 Ejército. En esta dirección fueron enfiladas fuerzas considerables de tanques y aviación. También se dispusieron a realizar un desembarco marítimo allí. La rotura de nuestra defensa en aquel lugar, con el subsiguiente desarrollo de la ofensiva hacia el norte y el nordeste, permitiría al enemigo salir a retaguardia de los ejércitos del Frente de Crimea.

Los preparativos de los alemanes para la ofensiva no pasaron desapercibidos para nuestros exploradores. La información del Frente estableció exactamente incluso el día en que el adversario emprendería acciones activas. Esto se comunicó a las tropas la víspera. Sin embargo, ni el representante del Gran Cuartel General ni el Comandante del Frente no tomaron las medidas de rigor para rechazar el ataque.

El 8 de mayo, los alemanes atacaron el sector débil del frente, rompieron nuestras posiciones y comenzaron a explotar rápidamente el éxito. La defensa del Frente de Crimea, sin reservas en la profundidad, fue desorganizada, perdida la dirección de las tropas. Después de doce días de combates, librados en aquellas condiciones, y a pesar del heroísmo de las tropas, el Frente de Crimea sufrió una dura derrota. El 4 de julio de 1942, con la caída de la fortaleza de Sebastópol, la península de Crimea quedó totalmente en manos del enemigo. Sólo la guarnición subterránea de la cantera de Adzhimushkái continuaba su resistencia, sin igual en la historia de la guerra, y combatían los guerrilleros en la montaña.

En los anales de la historia de la Gran Guerra Patria se han conservado dos elocuentes documentos. Uno de ellos, el telegrama de L. Mejlis el 8 de mayo al Jefe Supremo, en el que decía:

"Ahora no procede lamentarse, pero yo debo informar para que el Gran Cuartel General sepa quién es el Comandante del Frente. El 7 de mayo, es decir, la víspera de la ofensiva enemiga, Kozlov reunió al Consejo Militar para discutir el proyecto de la futura operación para la toma de Koi-Asán. Recomendé que se aplazara este proyecto y que se dieran inmediatamente indicaciones a los ejércitos con motivo de la ofensiva que se esperaba por parte del enemigo. La orden firmada por el Comandante del Frente orientaba en varios sitios a que la ofensiva enemiga se esperaba del 10 al 15 de mayo y proponía hasta el 10 de mayo estudiar con todos los mandos, jefes de grandes unidades y de EE. MM. el plan defensivo de los ejércitos. Se procedía así cuando toda la situación de la jornada transcurrida demostraba que el enemigo pasaría al ataque desde la mañana siguiente. A insistencia mía, esta orientación errónea en los plazos fue modificada. Kozlov se opuso también a que se destacaran fuerzas complementarias a la zona del 44 Ejército".

Al Jefe Supremo no le pasó desapercibido que el representante del Gran Cuartel General quería eludir su responsabilidad. Y en respuesta a estos propósitos telegrafió:

"Usted mantiene la extraña posición del mero observador

que no asume responsabilidad por los asuntos del Frente de Crimea. Esta actitud es muy cómoda, pero podrida hasta los huesos. En el Frente de Crimea, Usted no es un simple observador, sino un representante responsable del Gran Cuartel General que asume las consecuencias por todos los éxitos y fracasos del Frente y que está obligado a enmendar sobre el terreno los errores del mando. Junto con el mando Usted responde de que el flanco izquierdo del frente haya resultado ser tan débil. Si "toda la situación demostraba que el enemigo pasaría al ataque desde la mañana siguiente" y Usted no tomó todas las medidas para rechazarle, limitándose a una crítica pasiva, tanto peor para Usted. Esto quiere decir que Usted sigue sin comprender que no fue enviado al Frente de Crimea como control del Estado, sino como representante responsable del Gran Cuartel General.

Usted exige que sustituyamos a Kozlov con alguien parecido a Hindenburg. Pero Usted sabe bien que no tenemos reservas de Hindenburg. Los asuntos en Crimea no son difíciles y Usted mismo los hubiera podido solucionar. Si no hubiera empleado la aviación de asalto para misiones secundarias, sino contra los tanques y la infantería del enemigo, éste no habría roto el frente ni sus tanques habrían pasado. No hace falta ser un Hindenburg para comprender esta cosa tan simple, máxime después de pasarse dos meses en el Frente de Crimea."

Por todo lo que yo conozco, este telegrama fue el primer documento que especificó las obligaciones del representante del Gran Cuartel General y la medida de su responsabilidad. A propósito sea dicho, Mejlis, fue destituido del cargo de vicecomisario del Pueblo de la Defensa, rebajado en su grado militar y nunca más fue enviado a las tropas como representante del Gran Cuartel General.

El general Kozlov y otros mandos, culpables de la derrota en Kerch, también fueron destituidos de sus puestos y descendidos de graduación. Los restos de las tropas de los tres ejércitos, cruzaron a duras penas el estrecho y quedaron en la península de Tamáñ. Después, el 47 Ejército ocupó allí la defensa, el 51 Ejército, completados sus efectivos, pasó a formar parte del Frente Sur y el 44 Ejército fue enviado a completarse a la región de Majachkalá. Sobre la base del Estado Mayor del Frente de Crimea, el 20 de mayo de 1942 fue formado el Frente Norcaucásico, mandado por S. Budionny, con la misión de defender el litoral oriental del Mar de Azov, el estrecho de Kerch y la costa del Mar Negro hasta Lázarevskaya. A Budionny le quedaban subordinadas operativamente toda la Flota del Mar Negro y la Flotilla del Azov.

Mientras se combatía en la península de Kerch, los ejércitos del Frente Sudoeste pasaron a la ofensiva en los accesos a Járkov. El Estado Mayor General estaba muy preocupado por el desarrollo de los acontecimientos, que en un principio era favorable para nosotros, e incluso el Jefe Supremo le reprochó su actitud preconcebida hacia esa operación tan exitosa. Pero al poco tiempo todo cambió súbitamente.

Mientras las tropas soviéticas avanzaban, el mando alemán comenzó, a despecho de nuestros pronósticos, la más importante de sus operaciones proyectadas para 1942. La Wehrmacht, para cumplir las misiones que tenía planteadas, debía derrotar nuestros Frentes del Sudoeste y del Sur y, en primer término, liquidar la saliente de Barvenkovo de la que el grupo de choque del flanco izquierdo del Frente Sudoeste avanzaba hacia Járkov, saliente que desarticulaba la agrupación de fuerzas fascistas alemanas amenazando a Donbáss.

El servicio de información de nuestros frentes dejó pasar inadvertida la preparación del grupo de ejércitos de Kleist que concentró cerca de Kramatorsk once divisiones con gran número de tanques. Por eso el golpe asestado desde esa región en la madrugada del 17 de mayo fue absolutamente inesperado para el 9 Ejército y todo el Frente Sur. Ese ejército, que ya estaba debilitado por combates de importancia local, no pudo rechazar la embestida. En veinticuatro horas el enemigo avanzó 20 kilómetros, con la particularidad de que la potencia de su choque no disminuía sino que aumentaba: entraban en combate nuevos y nuevos grupos de tanques e infantería motorizada. Muy pronto surgió una amenaza para la retaguardia de nuestro 57 Ejército, que se encontraba al oeste del 9, y para toda la agrupación de choque del Frente Sudoeste, que avanzaba desde el sur a Járkov.

Las apreciaciones de esos sucesos eran contradictorias. El Consejo Militar de la Dirección Sudoeste no se preocupaba mucho, aunque informó al Gran Cuartel General que había que reforzar el Frente Sur a costa de las reservas del Alto Mando. J. Stalin asintió y destacó las tropas, pero éstas no podían llegar a la zona de operaciones sino al tercer y al cuarto día. Por cuanto la situación cambió, el comandante de la Dirección comenzó a preparar — lo cierto es que con lentitud— un contragolpe con las fuerzas propias, sin interrumpir la ofensiva sobre Járkov, que en su opinión se desarrollaba normalmente.

En cambio, en el Estado Mayor General las acciones del enemigo suscitaban una preocupación del todo fundada. Los especialistas en operaciones comprendían lo difícil que era

conjugar la defensa estratégica con grandes operaciones ofensivas y, además, no teníamos a la sazón posibilidades suficientes para recurrir a esa forma de lucha tan compleja. Escaseaban todavía los armamentos y material de guerra; la formación y, lo principal, el adiestramiento de las reservas estaban a la zaga del desarrollo de los acontecimientos y de las necesidades de la guerra. La situación que se creaba era peligrosa también para la Dirección Sur, donde, como ya hemos dicho, el Gran Cuartel General no disponía de ninguna reserva.

La tarde del 17 de mayo de 1942, A. Vasilievski se comunicó con el general A. Anísov, Jefe del Estado Mayor del 57 Ejército y su antiguo colega del Estado Mayor General. Anísov no ocultó la amarga verdad y dio a entender a Vasilievski que la situación en el Frente iba haciéndose crítica. El informe de Anísov, además de emocionar profundamente a Vasilievski, le permitió apreciar justamente la ofensiva comenzada por el enemigo como preludio de acciones en gran escala. El mando hitleriano se proponía liquidar primero la saliente de Barvenkovo y, después, lograr la derrota completa de las tropas soviéticas cerca de Járkov. Para emocionarse, Vasilievski tenía también motivos puramente personales: hacía una semana que había comenzado a ejercer el cargo de Jefe del Estado Mayor General y su actividad en ese alto puesto estatal se iniciaba, como vemos, cuando la situación militar era muy desfavorable (B. Sháposhnikov, por agravarse su enfermedad, pasó a desempeñar un trabajo más tranquilo, el de Jefe de la Academia Militar Superior).

Los oficiales que en el Estado Mayor General se ocupaban de la dirección de Oriente Cercano y de otras direcciones adyacentes, pasaron a ayudar a los camaradas responsables del Frente Sudoeste y Sur.

Unicamente con las fuerzas disponibles de estos frentes era posible detener a las tropas hitlerianas. Para eliminar el peligro que nos amenazaba desde el sur, era necesario suspender perentoriamente la ofensiva sobre Járkov. A. Vasilievski lo propuso en seguida al Jefe Supremo. Stalin conversó por aparato Baudot con el Consejo Militar de la Dirección Sudoeste. El Consejo Militar, que no dejaba de apreciar la situación de manera optimista, aseguró que en breve plazo nuestro contragolpe normalizaría el estado de cosas en el sur y consiguió el permiso para continuar la ofensiva.

Pero no se produjo ninguna mejora. Al contrario, las cosas marchaban de mal en peor. El 18 de mayo la situación se agravó en extremo: se reveló una cuña blindada de las tropas alemanas enfilada a la espalda de nuestros ejércitos 6 y 57 y del grupo

mandado por el general L. Bobkin. A. Vasilievski propone otra vez al Jefe Supremo suspender la operación de Járkov y orientar nuestra agrupación de choque hacia el sur, para rechazar al enemigo. Pero Stalin, también en este caso, se acercó al telégrafo y exigió que el Consejo Militar de la Dirección Sudoeste apreciara la situación. El Comandante en Jefe S. Timoshenko volvió a repetir sus aseveraciones tranquilizantes y la ofensiva continuó. Se perdieron otras veinticuatro horas inestimables.

Y la situación se agravaba más y más. Urgía poner en práctica unas medidas que nos permitiesen rechazar al enemigo. En la segunda mitad del día 19 de mayo se hizo evidente la amenaza de cerco de nuestras tropas en la saliente de Barvenkovo. Sólo entonces S. Timoshenko decidió suspender la operación de Járkov y volver las fuerzas de la agrupación Sur contra el enemigo atacante. La decisión llegó tarde: las tropas comenzaron a cumplir la orden sólo por la noche, otra vez se perdió precioso tiempo. Los tanques enemigos infligieron una dura derrota al 9 Ejército y éste tuvo que retroceder a la otra orilla del río Séverski Donets. Luego el enemigo atacó violentemente la retaguardia del 6 y el 57 Ejércitos y la del grupo del general Bobkin. Al poco tiempo, esas tropas quedaron cercadas.

La demora en tomar la decisión de suspender la ofensiva, replegar los ejércitos atacantes del Frente Sudoeste y organizar el rechazo del enemigo acarreó rápidamente graves consecuencias. Debido a las interrupciones habidas en la dirección de las tropas en la saliente de Barvenkovo y a la pérdida de carácter sistemático, de las acciones combativas, no se logró liberar del cerco al 57 y el 6 Ejércitos, ni al grupo del general Bobkin. Después de librar heroicas batallas, que duraron un mes y medio y costaron caro al enemigo, parte considerable de estas tropas pereció o cayó en poder del adversario. Murieron combatiendo K. Podlas, Comandante del 57 Ejército, A. Anísov, L. Bobkin y muchos otros generales y oficiales.

Tampoco era favorable la situación en la dirección de Kupiansk, donde el 28 Ejército del general D. Riábyshev avanzaba por el norte desde la región de Volchansk hacia Járkov. El éxito inicial alcanzado por el ejército también fue paralizado por los contragolpes del enemigo. Amenazado por el cerco, el ejército se iba replegando en forma desorganizada, porque se había interrumpido la dirección de las tropas.

Debido a todo eso, el Frente Sudoeste y el del Sur tuvieron que efectuar un repliegue rápido hasta la línea de los ríos Séverski Donets y Oskol.

Pero con ello no terminaron los reveses. Una desgracia nun-

ca viene sola. El Estado Mayor del Frente Sudoeste no había preparado de antemano el plan de acción para el caso de repliegue obligado de las tropas. No estaban organizadas las líneas de defensa intermedias. No existía un plan, asegurado con fuerzas y medios, para proteger el repliegue. Todo eso fue hecho de pronto, y sin preparación. Al poco tiempo, se dejaron sentir graves alteraciones del aseguramiento logístico: a las unidades les faltaban municiones y carburantes, aunque las bases de frentes y ejércitos los tenían. Simplemente no tuvieron tiempo para suministrarlos a los combatientes. Más tarde, las existencias de estas bases no se evacuaron oportunamente al Este y cayeron en manos del enemigo.

En la zona del Frente Sur, la situación no era tan difícil. Al perder en los combates fuerzas considerables, el Frente conservó sin embargo la dirección de las tropas, la organización y la capacidad de resistir firmemente. El enemigo percibió con rapidez esa circunstancia, reagrupó sus fuerzas y comenzó a desarrollar el golpe principal en la zona del Frente Sudoeste no cejando en su ofensiva ni por un día.

También en otros sectores del frente soviético-germano se complicaba la situación.

En abril, el enemigo comenzó a atenazar, en la región de Viazma, al grupo de tropas de P. Belov y M. Efrémov. Decidió por lo visto acabar con esas tropas que, junto a los guerrilleros, hostigaban las comunicaciones del 9, 3 blindado y 4 Ejércitos alemanes. Desde mediados de abril, el grupo sostuvo combates excepcionalmente duros tratando de salir del cerco. Una parte de esas tropas se dirigía, bajo el mando del general Belov, a la región de Kírov que le fue indicada por el mando de la Dirección Oeste. Marchaba por los bosques atravesando regiones guerrilleras; donde era posible, rodeaba fuerzas significativas del enemigo y donde era imposible eludir sus golpes, combatía porfiadamente. El 18 de julio de 1942, esa parte de las tropas rompió el cerco en la región indicada y salió a las posiciones del Frente Oeste. La otra parte también salió del cerco y al noroeste de Yártsevo se unió al Frente de Kalinin. Pero no toda. El largo caminar sosteniendo duros combates era superior a las fuerzas del teniente general M. Efrémov, valiente Comandante del 33 Ejército, y de los extenuados combatientes bajo su mando. Pidió permiso para salir del cerco por otra vía, más corta pero la más peligrosa. El general de ejército G. Zhúkov, Comandante en Jefe de la Dirección Oeste, estaba en contra por considerar ese plan demasiado arriesgado, pero el Gran Cuartel General dio su consentimiento comprendiendo que no había

otra opción. El 19 de abril de 1942, en un combate cerca de la aldea de Zhary, región de Smolensk, M. Efrémov fue cercado por los enemigos y gravemente herido. Se suicidó prefiriendo la muerte al cautiverio. Sus camaradas también perecieron.

Hasta finales de junio, las tropas raleadas del Frente Sudoeste libraron cerca de Járkov una lucha tenaz: salían del cerco, se replegaban y llevaban a cabo una acción defensiva en los accesos del río Oskol. Y las fuerzas enemigas seguían aumentando. El mando hitleriano concentró en el sur de nuestro país cuatro de sus Ejércitos de infantería (el 2, 6, 11 y 17) y dos de tanques (el 1 y el 4). Además, vinieron al sur el 2 Ejército húngaro, el 8 italiano y el 3 rumano. La dirección de las tropas alemanas se reorganizó radicalmente. Se formaron dos grupos de ejércitos: el grupo A, dirigido hacia el curso inferior del Don y de ahí, al Cáucaso, y el grupo B, dirigido hacia el curso medio del Don y la región de Stalingrado.

La situación no dejaba de ser extremadamente tensa. El enemigo dominaba en el aire y asestaba golpes aéreos masivos sobre nuestras tropas en retirada sin dejarles organizar posiciones y ponerse a la defensa. Los tanques e infantería enemigos, apoyados fuertemente por la artillería y la aviación, atacaban sin cesar.

El Gran Cuartel General y el Estado Mayor General estaban muy preocupados por la situación en el Frente Sudoeste. Las tropas que evitaron el cerco, sufrieron bajas sensibles y era difícil dirigirlas. S. Timoshenko pedía refuerzos deseando recibir ante todo divisiones de fusileros. Comprendiendo la situación, el Jefe Supremo asignó para el Frente cuatro cuerpos blindados — el 13, 22, 23 y 24 — que a mediados de junio llegaron a la región de operaciones, al oeste de Valuiki. Pero negó ayudarle con infantería.

— No podemos daros divisiones de fusileros — dijo al Consejo Militar de la Dirección Sudoeste durante las conversaciones sostenidas por línea directa el 13 de junio de 1942 —, porque ahora no las tenemos preparadas. Os remediaréis con las fuerzas propias, mejorando la dirección de las tropas.

Como S. Timoshenko aducía con frecuencia la potencia de las fuerzas blindadas enemigas, el Jefe Supremo observó:

— Tenéis más tanques que el enemigo. Lo malo es que ellos no se utilizan o participan en el combate dispersos, por brigadas. El Gran Cuartel General os propone concentrar las acciones del 22 Cuerpo blindado, el 23 Cuerpo blindado y el 13 Cuerpo blindado en un solo lugar, por ejemplo en la región de Veliki Burluk, y atacar los grupos de tanques del enemigo. Si

nuestros cuerpos blindados actuasen de manera concentrada y en gran masa, no surgiría la situación en que os encontráis.

Stalin propuso que se pensara en cómo organizar el empleo masivo de la aviación y envió al frente, para ayudar en la organización de los contragolpes aéreos sobre el enemigo, al general G. Vorozheikin, gran especialista en esa materia. Además, el Jefe Supremo exigió activar las acciones en el Frente Sur.

El Comandante de la Dirección recibía las indicaciones a cumplir, pero no dejaba de insistir en que le diesen infantería y armamentos. En vista de esas demandas, el Jefe Supremo respondió nuevamente, esta vez ya por escrito: "... el Gran Cuartel General carece de nuevas divisiones dispuestas a entrar en combate... Nuestros recursos de armamentos son limitados y tened en cuenta que además de vuestro Frente tenemos otros... En la guerra más vale la habilidad que el número de combatientes".

Los días de tenso trabajo en el Estado Mayor General no transcurrían sino corrían rápido. Todos esperábamos que de un momento a otro comenzaría la ofensiva activa del grupo de ejércitos "Centro" en dirección a Moscú. El tiempo pasaba, pero las acciones contra las tropas de P. Belov, que trataban de romper el cerco, eran el único indicio de que el enemigo se proponía repetir la ofensiva sobre la capital soviética. En la noche del 19 al 20 de junio se recibió el informe del Frente Sudoeste de que había caído en sus manos un plan de operaciones del mando alemán. El Estado Mayor General se agitó: éste no era un caso ordinario. Resultó que, debido a mal tiempo, un avión enemigo perdió la orientación, se encontró bajo el fuego de nuestra artillería antiaérea y fue derribado. Dos oficiales quedaron muertos en las llamas y uno, con el grado de comandante, con vida. Trató de destruir los documentos y huir, pero nuestros soldados lo alcanzaron y cayó en el tiroteo. Así nos apoderamos de un mapa — en el que estaban señaladas las misiones del 40 Cuerpo blindado y del 4 Ejército de tanques de los alemanes — y otros muchos documentos, algunos de ellos cifrados. La clave se logró encontrar rápidamente.

El mariscal S. Timoshenko consideraba que los documentos revelaban los planes del enemigo para el próximo tiempo; derrotar los ejércitos de ambos flancos del Frente Sudoeste — el 21 en el norte y el 9 en el sur — y, atacando el Frente por el centro, desarrollar el éxito en dirección a Vorónezh desde la línea Valuiki-Kupiansk. A. Vasilevski informó en seguida de esos documentos al Jefe Supremo. Stalin, sospechando que esos papeles los hubieran dejado caer en nuestro poder intenciona-

damente, para engañarnos respecto a los planes auténticos del mando alemán, llamó por telégrafo al Comandante del Frente. En Valuiki, estaban al aparato todos los miembros del Consejo Militar. Habló S. Timoshenko. Dijo con firmeza que no dudaba de la autenticidad de los documentos, expresó sus consideraciones acerca de los planes del enemigo e informó sobre las medidas adoptadas.

Stalin exigió mantener en secreto lo que supimos de los planes del mando alemán. "Es posible — dictó al telegrafista— que la orden interceptada descubre solamente un detalle del plan de operaciones del enemigo. Es de suponer que los alemanes tratarán de hacer una jugada en el día del primer aniversario de la guerra y fijan sus operaciones para esa fecha". Aprobó las medidas tomadas por el Frente, comunicó que el Gran Cuartel General a su vez adopta medidas para asegurar el intersticio entre el Frente Sudoeste y el de Briansk y dijo que el Frente debía tratar de aniquilar lo más pronto posible mediante ataques aéreos la fuerza viva del enemigo, sus tanques, sus centros de comunicaciones y su aviación en los aeródromos. Era necesario adelantarse al contrario, cuyos aviones se utilizaban muy activamente.

S. Timoshenko, satisfecho de la conversación, no se olvidó de pedir a la postre: "Sería bueno si en la región de Koroch se pudiera recibir de Usted una división de fusileros. Todo lo demás expuesto por Usted nos conviene, vamos a cumplirlo". Stalin respondió: "Si las divisiones se vendieran en el mercado, compraría para vosotros cinco o seis, pero, lamentablemente, no se las vende".

El otro día, el 21 de junio de 1942, el Gran Cuartel General decidió liquidar la Dirección Sudoeste. S. Timoshenko seguía siendo Comandante de las tropas del Frente Sudoeste. A. Vasilievski tuvo que volar a ese frente para precisar la situación en el lugar.

Vino a Valuiki a tiempo: a las 3 horas del 22 de junio, el enemigo comenzó la preparación artillera en los sectores del 38 y el 9 Ejércitos y luego su infantería y tanques pasaron en grandes masas a la ofensiva. Según informaba el Frente, algunos de los grupos blindados contaban de 100 a 150 tanques. Nuestra defensa se rompió en varios puntos. Para evitar el cerco, las tropas se retiraron al Este, a las líneas marcadas por los ríos Oskol y Séverski Donets.

En cuanto se conocieron estas noticias en el Estado Mayor General, se informó de ellas al Gran Cuartel General. El Jefe Supremo se acercó en seguida al telégrafo y exigió que S. Ti-

moshenko le informara de la situación. Después Stalin invitó a Vasilievski apreciar la misma. A. Vasilievski dijo que el enemigo realizaba la operación pretendiendo cercar y aniquilar cuatro divisiones del 38 Ejército, mandado a la sazón por el general K. Moskalenko. El representante del Gran Cuartel General confirmó la justeza de la decisión tomada por el Comandante del Frente sobre el retiro de las unidades. Cerca de Volchansk, la agrupación enemiga acababa de concentrarse exactamente en las zonas previstas por los documentos que llevaba el oficial de enlace en el avión derribado. Esto también era muy importante, pues significaba que en los próximos días había que esperar acciones decididas de las tropas hitlerianas también en otras direcciones.

El Jefe Supremo, al ver que no había divergencia en la apreciación de la situación por el representante del Gran Cuartel General y por el Comandante del Frente, sancionó la retirada de las tropas hasta los ríos Oskol y Séverski Donets, pero exigió detener allí al enemigo "cualesquiera que sean las condiciones". Además, no pasó por alto la observación alarmante de A. Vasilievski sobre la probabilidad de una gran ofensiva del enemigo y, al concluir la conversación, dijo brevemente: "Sería bueno que mañana o pasado mañana Vasilievski venga a Moscú". Se acordó que iría en avión no al siguiente, sino el tercer día, el 24 de junio.

El último tercio de junio de 1942 era muy importante también para el enemigo. Terminaba de concentrar y desplegar tres fuertes agrupaciones de choque: una, al noreste de Kursk; otra, al noreste de Járkov (en el Estado Mayor General la llamábamos la de Volchansk) y la tercera, en la región de Kramatorsk. Esas agrupaciones eran las que debían apoderarse del Cáucaso y de los ríos Volga y Don en sus cursos medio e inferior. Para completar sus fuerzas, el mando hitleriano trasladó 28 divisiones sólo a la dirección de Vorónezh.

Ahora se sabe a ciencia cierta que el objetivo de la operación enemiga, llamada convencionalmente "Azul", consistía en derrotar en dos etapas a las tropas soviéticas dislocadas en el flanco sur del frente soviético-germano. En primer término, querían alcanzar éxito en la dirección de Vorónezh, para lo cual estaban asignadas las agrupaciones de tropas de Kursk y de Volchansk, que asestarían el golpe sobre el intersticio de nuestros Frentes Sudoeste y de Briansk. Y los intersticios, lo comprenden todos, son siempre la parte más vulnerable de un frente estratégico-operativo.

Luego el mando alemán proyectaba, al llegar al Don, diri-

gir su 4 Ejército de tanques a lo largo de la orilla oeste, hacia el sur, y cortar las vías de retirada del grueso de nuestro Frente Sudoeste hacia el Este. Para ese momento, la agrupación de choque de las tropas alemanas (en la que entraba el 1er Ejército de tanques y que avanzaba desde la región de Kramatorsk) debía derrotar nuestro Frente Sur e irrumpir al Cáucaso a través de Rostov. Se proponía simultáneamente, con parte de sus fuerzas, atravesar las estepas de Salsk y calmucas y salir al curso inferior del Volga. De modo que los estrategas hitlerianos preparaban un cerco gigantesco de las tropas soviéticas en una extensa región, muy incómoda para la defensa. Lo demás sería, como se dice, asunto cuya solución dependería únicamente de la técnica: en las áridas estepas llanas como una mesa, quemadas por el sol austral, dominarían las agrupaciones de choque blindadas y aéreas del enemigo.

Lamentablemente, no estaba claro dónde se asestaría el golpe principal; los documentos del mando alemán traídos del avión derribado no podían ayudarnos a conocerlo. Estaba pasiva todavía la agrupación de tropas fascistas alemanas en los accesos de Moscú. Pero esto no significaba, ni mucho menos, que seguiría siendo pasiva, sobre todo cuando los alemanes entrasen en Vorónezh, de donde era posible emprender una maniobra desbordante y cortar las comunicaciones de Moscú con el Sur y el Este del país. El Jefe Supremo y el Estado Mayor General consideraban como antes que Moscú era el objetivo principal de los planes del enemigo.

Además de los datos corrientes sobre la situación en los frentes, el Estado Mayor General preparaba con mucho esmero los informes diarios sobre el estado en que se encontraban las reservas, especialmente las agrupaciones de ejércitos. Como quiera que los ejércitos de reserva se formaron en regiones que ofrecían la posibilidad de concentrar rápidamente estas fuerzas en las proximidades de Moscú, Vorónezh y en el curso medio del Don, el Gran Cuartel General no procedió a su reagrupación.

... El 28 de junio se informó desde el Frente de Briansk, mandado entonces por el general F. Gólikov, que el enemigo había asestado un fuerte golpe en la dirección de Vorónezh. Un día después se dejó sentir una fuerte presión en el Frente Sudoeste: avanzaba el 6 Ejército alemán con gran número de tanques. No se logró rechazar el ataque. Fue rota la defensa del 40 Ejército de M. Parségov en el Frente de Briansk y la de los Ejércitos 21 y 28, mandados respectivamente por los generales V. Gordov y D. Riábyshev, en el Frente Sudoeste. Los tanques

e infantería motorizada del enemigo avanzaban impetuosamente a través de Kastórnoie hacia Vorónezh por el oeste y a través de Volokónovka hacia Korotoyak por el sudoeste. Se asestaban asimismo fuertes golpes aéreos.

Luego que considerables fuerzas blindadas del enemigo penetraron en la zona del Frente Sudoeste, en la que pasaron el río Oskol cerca de Chernianka, se formó donde el intersticio con el Frente de Briansk un peligroso grupo blindado que podía salir a la retaguardia de ambos frentes.

También en la zona del Frente de Briansk una fuerte agrupación de tanques enemiga salió a la región de Gorshéchnoie (100 kilómetros al norte de Chernianka). Si esa agrupación se hubiera dirigido hacia el sur, al encuentro de las tropas alemanas que se hallaban cerca de Chernianka, las unidades de nuestros Ejércitos 40 y 21 habían caído en el cerco al oeste del Oskol. Además, el enemigo continuaba conservando la libertad de maniobra para cortar las vías de repliegue del grueso de nuestras fuerzas en ambos frentes hacia el Este.

El Estado Mayor General no tardó en darse cuenta del peligro que surgía en el intersticio de esos dos frentes. N. Vatutin, entonces Jefe interino de la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General, fue el primero en mostrar preocupación. Sabía que la correlación general de fuerzas en el sur, en las zonas de acción de los grupos de ejércitos A y B, no era en nuestro favor, ni mucho menos. Para el 1 de julio de 1942, el enemigo contaba 900.000 soldados y oficiales, más de 1.200 tanques, 17.000 piezas artilleras y morteros y 1.640 aviones de combate. El Frente de Briansk, el del Sudoeste y el del Sur podían oponerle 655.000 soldados y oficiales, 740 tanques, 14.200 piezas artilleras y morteros y cerca de 1.000 aviones de combate. De este modo, nuestros efectivos eran menos numerosos que los del enemigo que, además, tenía en sus manos la iniciativa estratégico-operativa. En las circunstancias imperantes, esto era una gran ventaja que permitía al mando hitleriano escoger libremente la dirección del golpe principal y crear la absoluta superioridad de fuerzas y medios en esta dirección.

N. Vatutin, comprendiendo lo difícil que sería maniobrar los efectivos de nuestros frentes en las condiciones existentes, informó inmediatamente a Stalin sobre la situación amenazante. El Jefe Supremo ordenó mandar con urgencia el siguiente telegrama:

"Al camarada Timoshenko, Comandante del Frente Sudoeste.

El enemigo pasó en su Frente el río Oskol y está concentran-

do las fuerzas en la orilla oriental, en la retaguardia del Frente Sudoeste. Esto ha creado un peligro mortal tanto para el Frente Sudoeste como para el Frente de Briansk.

Le ruego tome todas las medidas urgentes necesarias para liquidar esa ruptura. En espera de sus informes sobre las medidas adoptadas,

J. Stalin. 2 de julio de 1942,
a las 16 horas 05 minutos."

Sin embargo, en vez de cercar a las tropas soviéticas al oeste del Oskol, el enemigo, cumpliendo el plan de operaciones de su Gran Cuartel General, desarrollaba precipitadamente la ofensiva sobre Vorónezh.

Stalin prestaba en aquellos días una atención especial a la región de Vorónezh, suponiendo probablemente que, al llegar hasta ahí, las tropas alemanas pasarían a viva fuerza el Don y comenzarían el movimiento desbordante hacia la retaguardia de Moscú. Con el objetivo de consolidar la posición en la dirección de Vorónezh, el Gran Cuartel General dispuso el traslado de tres ejércitos de reserva: el 3, 6 y 5, que después pasaron a llamarse el 60, el 6 y el 63 Ejércitos, respectivamente, a la orilla izquierda del Don. Ellos ocuparon la defensa desde Zadonsk hasta Klétskaya. Simultáneamente al Frente de Briansk se le asignó el recién formado 5 Ejército de tanques, bajo el mando del valiente y experto general A. Liziukov, con el objetivo de contratacar por el flanco norte al enemigo que avanzaba hacia Vorónezh. El Mando estratégico y el Estado Mayor General soviéticos suponían que, de asestar sin demora el contragolpe, este ejército, en cooperación con el 17 Cuerpo blindado del Frente, podría cambiar la situación en nuestro favor. El Frente recibió, además, el 18 Cuerpo blindado.

En el Estado Mayor General se esperaban con impaciencia noticias sobre el comienzo del contragolpe. Y estas noticias no llegaban. Durante todo el día 3 de julio de 1942, el Comandante del Frente tampoco planteó la tarea a las unidades blindadas. En vista de esa circunstancia alarmante, Stalin ordena a Vasilievski salir en avión, el 4 de julio, al Frente de Briansk para ayudarle a organizar rápidamente el rechazo del enemigo en las proximidades de Vorónezh.

Sólo la mañana del 6 de julio comenzó el Frente de Briansk su contragolpe. No se logró que éste fuese concentrado y demoledor: los cuerpos y brigadas actuaban dispersos y los tanques del enemigo penetraron el mismo día en la parte occidental

de Vorónezh. Es cierto que el mando alemán se vio obligado a desplegar una parte de sus fuerzas contra el 5 Ejército de tanques. No conseguimos derrotar al enemigo, pero la parte oriental de Vorónezh quedó en nuestras manos. Aquí, la línea del frente se estabilizó.

En cuanto al Frente Sudoeste, allí el Gran Cuartel General desplazó urgentemente a una línea defensiva, organizada en nuestra retaguardia, las unidades de cinco zonas fortificadas. Pero la defensa, no asegurada adecuadamente por las unidades de campaña, fue superada por el enemigo en la parte norte de la línea. El grueso de las fuerzas del Frente Sudoeste continuaba la retirada.

En aquellos días penosos de nuestro retroceso en el sur, tampoco eran alegres las noticias que recibíamos de Crimea. La mañana del 30 de junio, el mando del Frente Cáucaso Septentrional — S. Budionny, G. Zajárov e I. Isákov — comunicó que los dirigentes de la defensa de Sebastópol le habían informado de la situación crítica en la ciudad: el enemigo había penetrado por el norte en el reparto Korabélnaya Storoná. El informe de los sebastopolianos, transmitido al Gran Cuartel General, decía textualmente: "Las acciones combativas van adquiriendo el carácter de lucha en las calles... El enemigo ha aumentado súbita y sensiblemente la presión ejercida por sus tanques y aviación; en vista de una notoria disminución de nuestra capacidad de combate, es de suponer que en esa situación no podremos resistir más que dos o tres días". El Consejo Militar del Frente pedía que se le permitiese evacuar a las tropas y la población y prometía oponer resistencia al enemigo hasta el último instante.

El Gran Cuartel General lo permitió, y comenzó la evacuación. Pero en algunas partes los defensores de la heroica ciudad siguieron combatiendo hasta el 9-12 de julio. Parte de los combatientes adoptó los métodos guerrilleros de lucha en la montaña. La heroica defensa de Sebastópol se concluyó. Los defensores de la ciudad inmovilizaron por mucho tiempo a todo un ejército de la Wehrmacht hitleriana, impidieron que el enemigo utilizara la excelente base naval en el mar Negro y amenazaron continuamente su flanco y su retaguardia por el sur. De ese modo, ellos cumplieron una importante tarea operativo-estratégica. "La abnegada lucha de los sebastopolianos es un ejemplo de heroísmo para todo el Ejército Rojo y el pueblo soviético", escribió el 13 de junio de 1942 José Stalin en su mensaje a los combatientes de la ciudad asediada. En los anales del heroísmo manifestado durante la Gran Guerra Patria, fue escrita una

nueva página sobre la hazaña realizada por la heroica ciudad de Sebastópol.

... En los entrañables campos del Don se percibía el amargo olor del cereal ardiendo, del hierro recalentado y de la sangre. Nubes de humo y de polvo se levantaban muy alto en el cielo en los caminos espinosos de nuestro retroceso... Los tanques y unidades motorizadas de las tropas alemanas ya estaban en Vorónezh y la infantería en larga columna, que parecía una víbora, reptaba y reptaba desde el Occidente. Atacados por tanques e infantería y bombardeados por aviones enemigos, los combatientes soviéticos se retiraban hacia el Este sosteniendo continuamente duros combates.

Ahora los caminos de guerra pasaban no lejos de mi patria chica, la stanitsa Uriúpinskaya. Me imaginaba cómo en esos penosos días del verano de 1942 salían allí al traspatio las desdichadas mujeres de soldados y, protegiéndose los ojos del sol con la palma de la mano, escudriñaban con la mirada desasosegada el horizonte escuchando el ruido sordo de la batalla que se libraba en el Occidente...

Después de haber llegado a Vorónezh y rechazado nuestro contragolpe, el enemigo debía dirigir al sur su 4 Ejécrito de tanques. Pero no consiguió realizar la maniobra lo suficientemente rápido, porque las tropas soviéticas detuvieron con sus acciones defensivas este ejército. Nuestros contraataques perseverantes invalidaron todos los plazos fijados por el mando hitleriano. De este modo, el heroísmo de los combatientes que en la dirección de Vorónezh obligaron al enemigo a demorar la ofensiva ayudó a las tropas del Frente Sudoeste a evitar una desgracia aún mayor. Sólo al cabo de varios días, amparados en el Este por el Don, los tanques enemigos salieron a la región de Róssosh. Se puso en claro el plan del mando alemán: cercar en el gran meandro del Don el grueso de las fuerzas del Frente Sudoeste.

Al poco tiempo, el Gran Cuartel General dividió el Frente de Briansk en dos: el de Briansk y el de Vorónezh. Esta medida mejoró considerablemente la dirección de las tropas. A ese mejoramiento contribuyó también el que los destacados generales soviéticos K. Rokossovski y N. Vatutin fueron nombrados comandantes de dichos frentes (del Frente de Briansk y del Frente de Vorónezh, respectivamente). Ellos intensificaron la acción de las tropas y se estabilizó la situación en esos frentes.

En esa situación extraordinariamente tensa, adquirían una importancia trascendental el carácter organizado de la reti-

rada de las tropas del Frente Sudoeste y la firmeza y flexibilidad en dirigirlas. El enemigo, que por su movilidad y maniobrabilidad superaba a nuestras tropas, lograba infiltrarse en nuestros órdenes combativos y cercar nuestras unidades y grandes unidades. Y la dirección de nuestras tropas dejaba mucho que desear. Para fortalecer la dirección del Frente Sudoeste, el Jefe Supremo ordenó enviar allí, en calidad de Jefe del Estado Mayor, al general P. Bodin, experto y fogueado funcionario de Estado Mayor. Pero ni el Comandante, ni el miembro del Consejo Militar del Frente prestaron atención al nuevo Jefe del Estado Mayor, aunque Bodin era maestro en su oficio y contribuyó en mucho a mejorar la dirección de las tropas del Frente. La distensión no podía mejorar la marcha de las cosas, sobre todo si se tiene en cuenta que la situación en el flanco Sur del frente soviético-germano se hacía cada vez más amenazante. El 6 de julio de 1942, el Comandante del Frente Sudoeste y el miembro del Consejo Militar se fueron, sin avisar al Jefe del Estado Mayor, al Puesto Auxiliar de Mando sito en Gorójovka. Ese PC estaba mal equipado con medios de comunicación y en él no había ningún oficial de la Sección de Operaciones. El traslado incomprensible del Comandante del Frente disminuyó notoriamente la influencia que éste ejercía en el curso de las operaciones. P. Bodin se vio obligado a enviar urgentemente a Gorójovka a oficiales de la Sección de Operaciones y medios de enlace.

En el momento crítico del retroceso, al Estado Mayor General cesaron de llegar del Frente Sudoeste los informes sobre la situación: en veinticuatro horas no se recibió ni uno solo. Y el enemigo ya avanzaba cerca de Róssosh, donde nuestras tropas trataban de organizar la defensa a lo largo de la orilla sur de río Chórnaya Kalitvá. Los oficiales de la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General se caían de cansancio procurando saber si se había logrado detener al enemigo. De no ser así y si pasaba a viva fuerza el río, sería posible su salida a Kantemírovka y entonces el cerco del grueso de las fuerzas de nuestro Frente Sudoeste por el Este sería un hecho consumado, con todas las consecuencias dimanantes.

Esa incertidumbre ponía, naturalmente, nerviosa a la dirección estratégica. A. Vasilevski, regresado del frente, escuchó los reproches del Jefe Supremo, pronunciados con tono irritado, que exigía que el Estado Mayor General esclareciera la situación en los frentes, aunque nosotros mismos comprendíamos que esa situación podía llegar a ser excepcionalmente grave.

Después de haberse ido N. Vatutin, las funciones de Jefe

de la Dirección de Operaciones se encomendaron temporalmente al general mayor P. Tijomírov. El nuevo Jefe no se apartaba del aparato Baudot "arrancándole" a Bodin los datos sobre la situación.

"Tome todas las medidas para aclarar lo más rápidamente posible la situación en su flanco derecho— telegrafió a Bodin el 8 de julio, por la mañana —. Ahora ésta es una de las cuestiones principales que preocupan al Gran Cuartel General. Sobre esta cuestión esencialmente quería hablarle el camarada Vasilievski. ¿Cuándo espera que se restablezca la comunicación con el PC auxiliar?"

Bodin respondió con discreción: "Tan pronto consiga comunicarme con el PC auxiliar por el cable y aclarar la situación en el río Chórnaya Kalitvá, le informaré en seguida... Comencé a enviar a los oficiales de enlace, en avión y en vehículos terrestres, a todos los puntos de donde necesito recibir datos".

El Alto Mando soviético hacía colosales esfuerzos para remediar radicalmente la situación en el Frente Sudoeste donde se nos planteaban dos tareas urgentes. En primer lugar, había que organizar a toda costa una defensa firme en el flanco derecho y detener al enemigo, cerrándole el paso hacia Kantemírovka. Esto se podía y se debía hacer con las fuerzas propias del Frente, ya que por los golpes enemigos fueron dañados principalmente dos ejércitos del flanco derecho, el 21 y el 28, y los demás se retiraban de modo más o menos planificado. En segundo lugar, era necesario asegurar, más que otros, el intersticio del Frente Sudoeste con el Frente Sur, cuyos flancos se separaban más y más en la región de Míllerovo, de modo que el enemigo podía utilizar la brecha para una maniobra envolvente. Estas eran las tareas en cuya solución se ocupaban en el Estado Mayor General los oficiales que tenían encomendados el Frente Sudoeste y el del Sur.

A. Vasilevski se dividía literalmente entre el Gran Cuartel General y el Estado Mayor General. Su energía fue inagotable. Exigía, aconsejaba, transmitía disposiciones personales del Jefe Supremo. La tarde del 8 de julio comunicó al Frente Sudoeste que Stalin había atendido a las solicitudes del Consejo Militar de dicho frente y sancionado que el general D. Nikíshev fuese nombrado Comandante del 57 Ejército. Luego Vasilievski dictó: "Además, el camarada Stalin me ordenó transmitirles que ' la tarea principal del Consejo Militar del Frente consiste actualmente en fortalecer el flanco derecho a fin de impedir a toda costa que el enemigo siga avanzando en la dirección Sur, puesto que este avance crea un peligro mortal no sólo para los

ejércitos del Frente Sudoeste, sino también para todo el Frente Sur.' De no cumplirse esta tarea, el Gran Cuartel General se verá obligado a tomar las más severas medidas incluida la entrega a tribunales".

El tono categórico del Jefe Supremo no presagiaba nada bueno, pero la situación en el frente no mejoraba. La mañana del 9 de julio Vasilievski otra vez se comunicó por telégrafo con Bodin. Las noticias fueron poco consoladoras: los tanques y la infantería del enemigo, al penetrar por entre Róssosh y Oljovatka y franquear el río Chórnaya Kalitvá, se habían lanzado hacia el Sur.

P. Bodin informaba al Estado Mayor General ya desde el nuevo Puesto de Mando ubicado en Kalach y el mariscal S. Timoshenko permanecía en el PC auxiliar de Gorójovka, que separaban de Kalach cuatro horas y media de viaje en automóvil. Bodin incluso se lamentó: "No se logra ni es posible dar a conocer al mariscal — ni por radio, en forma cifrada, ni por intermedio de oficiales de enlace — toda la complejidad de la situación que ha madurado en nuestro Frente. Expuse mis consideraciones al camarada Jruschov. Hemos llegado a la conclusión de que es necesario que el mariscal se traslade al PC central. No recibimos la respuesta, pero de quienes vinieron de donde el mariscal supimos que él no se da prisa en llegar al PC central. Su ausencia nos imposibilita realizar de manera necesariamente rápida y enérgica ninguna de las medidas urgentes orientadas a lograr la materialización de las decisiones... El tiempo corre, la situación será cada vez más compleja y ya estamos realizando todas las medidas, pero sin informar de ellas al mariscal. Temo que de todo eso no salga nada bueno. Considero necesario que el Gran Cuartel General dé indicaciones adecuadas".

Al precisar la cuestión referente al intersticio del Frente Sudoeste con el Frente Sur, A. Vasilievski volvió a hablar de las indicaciones del Gran Cuartel General: "...Se las transmití ayer, se las he repetido hoy... y repito otra vez que el Gran Cuartel General exige categóricamente que se tomen las más resueltas medidas para fortalecer su flanco derecho, pero resulta que, lamentablemente, esa exigencia no se ha cumplido todavía. ¿Qué indicaciones del Cuartel Gentral necesita más?".

P. Bodin aseguró que ya se habían dado las órdenes sobre la reagrupación de las tropas en correspondencia con la nueva situación. Luego repitió: "Para mejorar la marcha de las cosas, en las condiciones existentes sería más cómodo efectuar la dirección del Frente desde el PC central, renunciando al

PC auxiliar. Pido que al mando del Frente se le den indicaciones al respecto".

"Camarada Bodin — respondió Vasilievski —. Si lo considera necesario, puede decir al Comandante del Frente que el Gran Cuartel General opina: para que sea más cómodo efectuar la dirección, sería mejor que el Comandante del Frente se encontrase en el central."

P. Bodin no tardó en transmitir al Comandante del Frente la recomendación del Gran Cuartel General. Esa recomendación surtió efecto: el mariscal se trasladó a Kalach. Sólo ahora el Mando del Frente estaba reunido en el Puesto de Mando, de donde era cómodo dirigir las tropas según se desarrollase la situación.

El 9 de julio, a mediodía, Stalin se comunicó por telégrafo con el Comandante del Frente y exigió que éste le informara de la situación en el flanco derecho y expusiera su plan de acción y sus propuestas en cuanto a la ayuda que le podría prestar el Frente Sur. S. Timoshenko habló de la situación e hizo la siguiente conclusión: "De los datos proporcionados por el servicio de información táctica y por la aviación resulta que el enemigo ha lanzado todas sus fuerzas blindadas y su infantería motorizada en dirección al sudoeste, persiguiendo por lo visto el objetivo de aplastar los Ejércitos 28 y 38, que mantienen la línea de defensa, y amenazándonos de este modo con la salida de su agrupación a la profunda retaguardia del Frente Sudoeste y el Frente Sur". Así que el Comandante del Frente reconoció el gran peligro que cernía sobre las tropas soviéticas. Consideraba que, con las fuerzas disponibles, el Frente no podía sino detener temporalmente al enemigo en la dirección de Kantemírovka, Míllerovo, no estando en condiciones de oponerle una resistencia decidida, y pidió refuerzos, sobre todo en aviación.

También en el Frente Sur la situación se agravó seriamente. El mando hitleriano asestó un fuerte golpe a los Ejércitos 37 y 12, del flanco derecho. Se precipitada impetuosamente una avalancha de tanques e infantería motorizada del 1er Ejército de tanques al mando del general coronel Kleist, integrado por dos cuerpos de ejército y tres cuerpos blindados y que contaba con un fuerte apoyo aéreo.

Pronto se puso en claro que el enemigo dirigía sus esfuerzos principales hacia el intersticio de nuestros Frente Sudoeste y Frente Sur rodeando por el norte las regiones industiales densamente pobladas, incómodas para la acción de tanques. Se reveló por entero el plan del mando hitleriano: se proponía no sólo

salir a la retaguardia del Frente Sudoeste y el Frente Sur, sino también dividir nuestras tropas para luego destruirlas por separado.

El plan del enemigo estaba claro, pero el Frente Sur no disponía de fuerzas no empeñadas y suficientes para oponerse a él o, por lo menos, frenar el avance de sus tanques y su infantería motorizada. El general R. Malinovski, Comandante del Frente Sur, decidió primero detener a las tropas fascistas alemanas en la línea de Míllerovo, Petropávlovka y Cherkásskoie. Pero casi en seguida se renunció a esa decisión en vista de que las unidades enemigas, que poseían mayor movilidad, se nos adelantaban en salir a esa línea. El Frente Sur tuvo que desplazar hacia el Este su flanco norte a fin de evitar que el enemigo envolviese este flanco y penetrase en la retaguardia.

El Comandante del Frente Sur pidió al Gran Cuartel General que le ayudara asestando golpes de diversión por parte del Frente Sudoeste y que le asignara tanques y aviación complementarios, "para quitar al enemigo, de una vez y para siempre, las ganas de progresar por entre el Don y el Donets hacia mi profunda retaguardia en dirección a Stalingrado".

El Estado Mayor General comprendió la tendencia general de desarrollo de las operaciones y el plan estratégico del mando hitleriano en el flanco sur del frente soviético-germano. El enemigo procuraba salir a Stalingrado y al Cáucaso Septentrional con el propósito de cortar todas nuestras tropas en el sur. En dichas regiones se centraba ahora la lucha armada conducida en el frente soviético-germano. Y no era fácil cambiar rápidamente en nuestro favor el desarrollo de los acontecimientos.

El Estado Mayor General opinaba que era conveniente unir en un solo frente, subordinándolo a R. Malinovski, todas nuestras fuerzas que actuaban desde Liski hasta la desembocadura del Don. Cierto que ese frente ocuparía enorme espacio, pero su Estado Mayor, encabezado por el general A. Antónov, tenía experiencia, funcionaba muy bien y podría sin duda realizar exitosamente la dirección de las tropas.

A. Vasilievski informó al Jefe Supremo sobre las consideraciones del Estado Mayor General. Resultó que Stalin opinaba de igual manera. Durante unas conversaciones, cuando R. Malinovski hizo mención de Stalingrado, el Jefe Supremo le dictó:

"En la presente situación, el objetivo principal de los alemanes consiste en salir a Stalingrado, cortar el ferrocarril Stalingrad-Tijorétskaya — el único que nos queda y que enlaza el norte con el sur —, dividir de este modo todo el

frente soviético en dos e interrumpir la comunicación entre el norte y los tres frentes meridionales, a saber: el Frente Sudoeste, el Frente Sur y el Frente Norcaucásico. *Ahora esto es el mayor peligro* (el subrayado es mío. —*S. S.*).

El Frente Sudoeste no está en condiciones de rechazar el avance del enemigo, principalmente porque la dirección del Frente no tiene comunicación con las unidades y está un poco desorganizada. No tiene comunicación con el 9 Ejército y no lo controla. El 21 Ejército pasó a la otra orilla del Don y se está arreglando. Quedaron sólo dos Ejércitos — el 28 y el 38 — y el grupo de Nikíshev, con los cuales el Frente no tiene comunicación sistemática.

Las cosas no pueden seguir así. Consideramos oportuno que los ejércitos del Frente Sur y los ejércitos del Frente Sudoeste... se unan en el Frente Sur bajo su mando, extendiéndose la línea del frente desde Rostov hasta el Don en la región de Vióshenskaya.

En cuanto al Frente Sudoeste, es decir, en cuanto a su Estado Mayor y su aparato, nos proponemos trasladar todo este aparato a Stalingrado, subordinándole el 5 Ejército de Reserva, el 7 Ejército de Reserva, que se encuentra en dicha ciudad, y el 1 Ejército de Reserva, que pronto llegará a la misma, a fin de que estos tres ejércitos constituyan, junto con el 21 Ejército, el Frente de Stalingrado con la misión de impedir que el enemigo llegue hasta el Don en la región de esta ciudad."

Luego A. Vasilevski transmitió a R. Malinovski la directiva № 170495, del Gran Cuartel General, en la que la misión del Frente de Stalingrado, vecino del Frente Sur, se formulaba de la siguiente manera: "...ocupar firmemente la línea de Stalingrado, al oeste del río Don, y en ningún caso permitir la ruptura de la misma por el enemigo hacia el Este, en dirección a Stalingrado". La directiva fue transmitida el 12 de julio de 1942, a las 2 horas 45 minutos.

El Frente Sudoeste también recibió una directiva en cuyo preámbulo se explicaba el plan del enemigo, de la misma manera que el Jefe Supremo lo explicó a R. Malinovski, pero se señalaba que "el Gran Cuartel General advierte especialmente sobre la necesidad de impedir la penetración del enemigo a Stalingrado".

Así se formó el Frente de Stalingrado. En su composición entraban los tres ejércitos de reserva mencionados y el 21 Ejército. Posteriormente se les agregaron los Ejércitos 28, 38 y 57, el 8 Ejército Aéreo y la Flotilla del Volga. Desde

el 23 de julio el Frente lo mandaba el general V. Gordov, que sustituyó a S. Timoshenko; N. Jruschov era miembro del Consejo Militar y P. Bodin seguía siendo Jefe del Estado Mayor.

Ahora tuve que seguir con mucha mayor atención el desarrollo de la situación: las operaciones podían extenderse, de un momento a otro, al Cáucaso. El Jefe del Estado Mayor General llamó la atención del Jefe Supremo a que el enemigo también podía aparecer en el Cáucaso Septentrional sin atravesar la región de Rostov, o sea, pasando a viva fuerza el Don cerca de Verjne-Kurmoyárskaya o un poco al oeste. Stalin ordenó encomendar al Frente Norcaucásico la defensa de la orilla izquierda del Don, desde Verjne-Kurmoyárskaya hasta la desembocadura del río. Pero las unidades de ese Frente quedaron debilitadas por el urgente traslado a la dirección de Stalingrado, que corría mayor peligro, de las escuelas militares de infantería de Ordzhonikidze y de Zhitómir y de la Escuela de Tiradores de Ametralladora y Morteristas de Krasnodar. Las tropas del Frente Norcaucásico cumplían asimismo muchas otras tareas relacionadas con la retirada de las unidades del Frente de Stalingrado. Para el caso de surgimiento de circunstancias extraordinarias, en el Estado Mayor General calcularon las fuerzas que podrían ser utilizadas en la defensa del Cáucaso y estudiaban las variantes probables de avance de las tropas y las líneas ventajosas para su despliegue, las posibilidades de movilización existentes en la región y en general todo lo que guardaba relación con la organización del rechazo del enemigo en el Cáucaso.

Los acontecimientos seguían su curso, desfavorable para nosotros. Al poco tiempo, las fuerzas principales del 4 Ejército Blindado alemán rodearon por el Este a las unidades de nuestros ejércitos 38 y 9. El enemigo llegó, a través de Morózovskaya, a los pasos del río Don, cerca de Tsimliánskaya, donde encontró resistencia de las unidades de nuestro 51 Ejército, débilmente completadas. Simultáneamente, los tanques e infantería motorizada enemigos dieron una arrancada desde el norte hacia Lijaya, Shajty y Novocherkassk, aislando a las fuerzas principales del Frente Sur en el Donbass. La situación en este Frente se agravaba más y el 16 de julio, cumpliendo la indicación del Gran Cuartel General, Vasilevski informó al Comandante del Frente Norcaucásico de que "el Frente Sur comienza en los próximos días la retirada de la línea que está ocupando a otra, que pasa por la orilla sur del río Don, desde Verjne-Kurmoyárskaya y luego por la zona fortificada de Rostov". El responsable por mantener esta

línea seguía siendo el Frente Norcaucásico.

Mientras tanto, el mando hitleriano continuaba ejerciendo una fuerte presión con empleo de grandes masas de tanques e infantería del 6 Ejército del general Paulus contra el 62 Ejército del Frente de Stalingrado[1] en el gran meandro del Don, al oeste de Kalach. El enemigo se proponía envolver por ambos flancos el 62 Ejército, cercarlo y destruirlo al oeste del Don. Si este plan hubiera tenido éxito, el enemigo se habría abierto el camino y habría estado a las puertas de Stalingrado, cortando su comunicación con el Norte por vía férrea. Ante el mando estratégico soviético se planteaba a la vez multitud de problemas: detener al enemigo en los accesos lejanos de Stalingrado, rechazarlo en la región del curso inferior del Don, conjurar el golpe que amenazaba a los ejércitos del Frente Sur trasladándolos a otro lugar y cerrar para el enemigo el camino de Cáucaso.

Se iniciaban la epopeya de Stalingrado y la heroica defensa del Cáucaso.

---

[1] Los ejércitos de Reserva 1, 5 y 7 cambiaron de nombre, conforme a las directivas firmadas por el Gran Cuartel General el 12 de julio de 1942, y pasaron a llamarse respectivamente, 64, 63 y 62 Ejércitos. A las 6 horas del mismo día, entraron en la composición del Frente de Stalingrado.

Capítulo IV

EN VISPERAS DE LA BATALLA DE STALINGRADO

¿Dónde esperar el golpe principal del enemigo? Se agrava la situación en el curso medio del Don. El Jefe Supremo advierte: el peligro, en el flanco derecho del frente. A. Vasilevski entre las tropas. La orden "¡Ni un solo paso atrás!". Los estrategas hitlerianos dividen sus fuerzas en dos. No se aprueba el proyecto de directiva sobre las causas de la derrota sufrida en el sur. Oficial del Estado Mayor General informa de la situación en Stalingrado. El Gran Cuartel General y el Estado Mayor General analizan la situación. "Hay que buscar otra solución." Historia de la idea de la derrota del enemigo en Stalingrado. El plan de la operación.

El mes de julio de 1942 era bochornoso y seco. Parecía que los rayos abrasadores del sol derretían piedra y hierro. Por todas partes hacía calor, un calor insoportable, pero en los partes de operaciones que recibíamos de los frentes se hablaba de ese calor con tono oficial, brevemente. Pues no eran las condiciones meteorológicas lo que tenía valor decisivo. El desarrollo de los acontecimientos en el frente soviético-germano seguía siendo desfavorable para nosotros. El enemigo avanzaba en el sur. Había que encontrar los medios que nos ayudasen a frustrar los planes del enemigo y derrotar a sus tropas. Los cuarteles generales nuestro e hitleriano también constituían un campo de batalla *sui generis* en el que se confrontaban los intelectos de los estrategas. Mucho dependía no sólo de la cantidad y la calidad de las fuerzas y medios que tenían las partes, sino también de cuál de ellas encontraría procedimientos y formas de lucha armada mejores, capaces de cambiar en fin de cuentas el curso de la guerra. Todos los funcionarios del Estado Mayor General soviético lo comprendíamos y trabajábamos abnegadamente, dentro de los límites de la capacidad humana.

El Jefe Supremo no dudaba de que el objetivo principal de la Wehrmacht seguía siendo el mismo: la toma de Moscú. También el Estado Mayor General lo tenía en cuenta al analizar en julio de 1942 la situación operativo-estratégica en general y los acontecimientos producidos en el flanco sur del frente soviético-germano. Había que determinar cuál de las dos direcciones — la del Cáucaso o la de Stalingrado — era la prin-

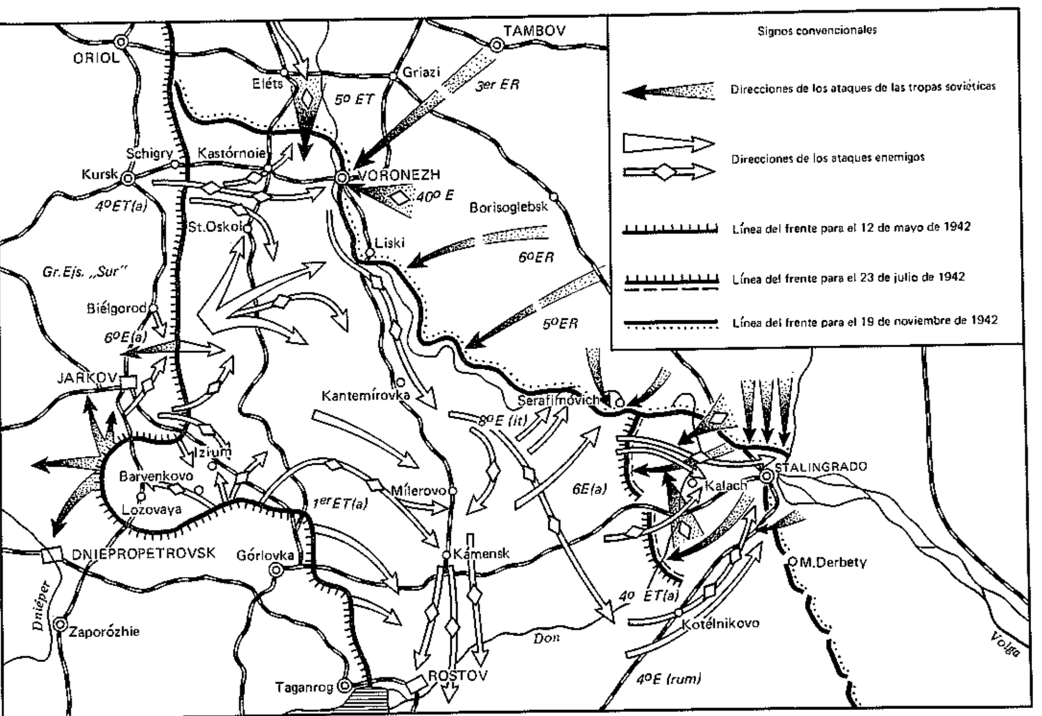
cipal. De esa determinación dependían la distribución de las tropas y medios materiales, la utilización de las reservas estratégicas, las formas de cooperación de los frentes, el carácter de las medidas preparativas y muchas otras cosas.

En el Estado Mayor General se tomaba en consideración que la dirección de Cáucaso suponía para el enemigo la necesidad de superar una difícil barrera montañosa disponiendo de una red de caminos de acceso relativamente poco desarrollada. Para romper nuestra defensa en la montaña se necesitaban grandes fuerzas disponibles y la posibilidad de completar posteriormente las tropas y los medios técnicos. Los numerosos tanques — la principal fuerza de choque del enemigo — podían operar a sus anchas sólo en los campos del Kúbañ y perdían en grado considerable sus capacidades combativas en el terreno montañoso. Además, la situación de las tropas hitlerianas en el Cáucaso se complicaría seriamente debido a que nuestro Frente de Stalingrado y nuestras tropas concentradas al sur de Vorónezh podían amenazar, dadas las condiciones favorables, a su flanco y su retaguardia.

En suma, el Estado Mayor General consideraba poco probable que las tropas hitlerianas iniciaran sus operaciones más importantes en el Cáucaso. La dirección de Stalingrado, opinaba el Estado Mayor General, era para el enemigo más prometedora. Allí el terreno favorecía operaciones de gran envergadura con empleo de todas las armas y, además del Don, no había grandes obstáculos acuáticos hasta el Volga. Con la salida del enemigo al Volga, la situación de los frentes soviéticos sería muy complicada y el país quedaría aislado de las fuentes de petróleo caucásico. Dejarían de funcionar también las líneas por las que nos abastecían los aliados a través de Irán.

A. Vasilievski, que en forma directa analizaba la situación en los frentes en estrecha colaboración con los especialistas en operaciones, en servicio de inteligencia y con otros oficiales del Estado Mayor General, dio a conocer todas estas consideraciones al Jefe Supremo que las examinó desde el punto de vista del peligro que pudiera amenazar a Moscú y ratificó nuestra suposición de que la dirección de Stalingrado era la principal.

Sin embargo, como se supo más tarde, los estrategas fascistas alemanes se proponían concentrar sus esfuerzos principales en la dirección del Cáucaso. Su plan consistía en irrumpir primero en el Cáucaso Septentrional para cercar y aislar después, mediante una acción envolvente de grandes masas de tanques, el Frente Sur en el curso inferior del



El verano de 1942: la situación en el sur

Don, al sur y al sudeste de Rostov. Calculaban que, mientras la infantería aniquilaría las tropas soviéticas cercadas, las fuerzas móviles de la Wehrmacht entrarían violentamente en la zona premontañosa de Cáucaso y se dirigirían por los desfiladeros principales hacia la costa del mar Negro, Bakú y Transcaucasia. Les ayudarían, por el lado del estrecho de Kerch, las grandes unidades del 11 Ejército trasladadas de Crimea. Se preveía que el cruce de los caminos intransitables de la cordillera principal de Cáucaso sería aseguurado por las grandes unidades alpinas, especialmente adiestradas. Y más allá del Cáucaso... Más allá del Cáucaso, los hitlerianos ya barruntaban atrayentes perspectivas de una marcha feliz a Oriente Cercano, para unirse con Rommel, y a la India.

Para salir al Cáucaso Septentrional y realizar un profundo envolvimiento del Frente Sur, el enemigo destacó las fuerzas principales del Grupo de ejércitos A, incluyendo el 1 Ejército blindado, mucha aviación e infantería motorizada. El 22 de julio, el enemigo intentó, en la región de Novocherkassk y Rostov, romper la defensa del 56 Ejército y otras tropas de nuestro Frente Sur, pasar, antes que ellos, el Don y, mediante una maniobra de envolvimiento inmediato por el Este, cercarlos y aniquilarlos. En un gran sector del frente, desde Tsimliánskaya (ya ocupada por el enemigo) hasta Rostov, se creaba una ventajosa posición de partida desde la que el ejército hitleriano podía entrar en el Cáucaso.

La Casa militar de Hitler proyectaba, simultáneamente con la campaña del Cáucaso, una amplia ofensiva en el curso medio del Don y en el curso inferior del Volga. En la dirección de Stalingrado, el Grupo de ejércitos B, que tenía en su composición el 6 Ejército y contaba con el apoyo de gran número de tanques del 4 Ejército blindado, de la aviación y de las tropas de los satélites, debía organizar posiciones defensivas en el Don y al mismo tiempo atacar a Stalingrado, derrotar las tropas soviéticas, ocupar la ciudad e interrumpir nuestros transportes por el Volga.

La misión aparecía compleja: por un lado, preparar posiciones defensivas para asegurar, por lo visto, el flanco y la retaguardia de las tropas hitlerianas en la dirección de Cáucaso y por el otro, tomar Stalingrado.

Para cumplir esa misión, el mando alemán se proponía, en primer lugar, cercar el 62 Ejército y aislarlo de los órdenes combativos de las tropas soviéticas. Esto conduciría a la formación de una amplia brecha en la defensa del Frente de Stalingrado y permitiría al enemigo salir al Volga, al norte de la

ciudad. Simultáneamente se preparaba otra penetración análoga al sur de Stalingrado. Gracias a esos golpes, el enemigo se hallaría en una situación favorable para cercar aún más a las tropas soviéticas, puesto que, en caso de que lograra llegar al Volga, todas nuestras fuerzas en esta dirección quedarían amenazadas por la salida de tropas enemigas a su retaguardia por el norte y por el sur. Los hitlerianos esperaban resultados verdaderamente grandiosos suponiendo que se aniquilaría a las tropas soviéticas y que toda la zona del curso inferior del Volga pasaría a sus manos. Tales eran los planes de la dirección estratégica germanofascista.

Adelantándome a los acontecimientos recordaré que los sucesos en el sur de nuestro país no se desarrollaron como lo deseaba el enemigo. Se puso de manifiesto la presunción de la cúspide castrense del cortejo de Hitler. Los generales alemanes consideraban inevitables no sólo el cerco y la derrota de las tropas soviéticas, que se retiraban más allá de Rostov, a las estepas del Cáucaso Septentrional, sino también la conquista por las tropas alemanas del litoral de mar Negro, de la región de Bakú y de la Transcaucasia. Hitler y su camarilla creían que estallaría la enemistad entre los pueblos del Cáucaso plurinacional y esperaban contar con la ayuda de estos pueblos o, por lo menos, con sus simpatías. Esto, opinaban los politicastros fascistas, daría paso libre a los invasores y conduciría a la separación del Cáucaso del País de los Soviets. En los trenes de campaña de las tropas enemigas ya viajaban algunos de los guardias blancos sobrevividos, príncipes y *beyes*, cuya misión era contribuir a la instauración del poder del Reich en el Cáucaso. Ni que decir tiene que desde el mismo principio estas esperanzas estaban condenadas al fracaso.

Los estrategas alemanes creían asimismo que el mando soviético no podría organizar oportunamente una sólida defensa del Cáucaso y tanto menos concentrar una gran masa de tropas en la dirección de Stalingrado para amenazar a la retaguardia de la agrupación caucásica del enemigo.

El Gran Cuartel General hitleriano decidió de antemano que, para cumplir las tareas militares en el sur, le bastarían las fuerzas que tenía allí. Por eso trasladó de Crimea su 11 Ejército no al Cáucaso, sino a la región de Leningrado, donde este ejército fue diezmado por las tropas del Frente de Vóljov en agosto de 1942.

En fin de cuentas, los planes enemigos en el sur no estaban asegurados por los efectivos necesarios y no pudieron condu-

cir al triunfo. Pero el enemigo luchó desesperadamente por su realización y nos causó muchos disgustos.

Del 17 al 22 de julio, al tomar en sus manos la iniciativa, el 6 Ejército alemán del general Paulus avanzó ya en la dirección de Stalingrado. Atropelló a nuestros destacamentos avanzados en los ríos Chir y Tsimla y se acercó al borde delantero de la zona de defensa de las fuerzas principales en la línea Klétskaya, Surovíkino y Verjne-Kurmoyárskaya. Ahora el enemigo comenzó a poner en práctica la idea de cercar y derrotar al 62 Ejército del Frente de Stalingrado, que estaba bajo el mando del general mayor V. Kolpakchí. Para conseguir este objetivo, procedió a asestar a ambos flancos de dicho ejército, desde el 22 de julio, potentes golpes convergentes en la región de Kalach.

El Estado Mayor General soviético previó con relativa exactitud cómo, adónde y con qué objetivo desarrollaría la ofensiva el ejército de Paulus. El análisis de los combates que libraron los destacamentos de vanguardia alemanes y las posteriores operaciones combativas demostraban que el enemigo trataba de llegar al Volga. En el Estado Mayor General no dudábamos de que el mando hitleriano actuaría conforme a los cánones del arte militar clásico e intentaría meter en tenazas al 62 Ejército atacándolo por el norte, desde la región de Bókovskaya, y por el sur, desde la región de Morózovskaya, en unas direcciones que se empalmarían cerca de Kalach. El dominio del aire daba al enemigo ventajas considerables.

En previsión de acontecimientos decisivos y para contrarrestar y luego frustrar los planes del mando hitleriano, al Frente de Stalingrado se le encomendó formar lo más rápidamente posible en la región de Ilovlia y en la de Kalach dos ejércitos de tanques: el 4 y el 1, respectivamente. El general mayor V. Kriúchenkin fue nombrado Comandante del 4 Ejército de tanques y el general mayor K. Moskalenko, del 1.

Considerables fuerzas de tanques e infantería enemigas, apoyadas por un fuerte grupo de aviación, penetraron el 23 de julio en nuestra defensa por el flanco derecho del 62 Ejército.

El Gran Cuartel General soviético analizó detenidamente los resultados que aportó al enemigo la embestida de sus tropas en los distintos sectores del flanco sur del frente soviético-germano. La conclusión fue que la dirección de Stalingrado era particularmente peligrosa. La tarde del mismo día Stalin se comunicó por telégrafo con el Consejo Militar del Frente. El ge-

neral V. Górdov, Comandante del Frente, le informó que de los 150 tanques alemanes participantes en el combate se había averiado a 35, pero que no se había logrado detener al enemigo. No quedaba la menor duda de que los hitlerianos se dirigían a Stalingrado.

"Ahora, lo principal — telegrafió el Jefe Supremo a Górdov — no son los pasos de Tsimliánskaya... sino el flanco derecho del Frente. Adelantando a sus tropas a la región del Tsimla, el enemigo consiguió distraer nuestra atención en el sur y al mismo tiempo procedió a concentrar a hurtadillas sus fuerzas principales en el flanco derecho del Frente. Esa estratagema del enemigo le ha salido bien, porque no hemos tenido un servicio de información seguro. Hay que aprender esa lección y hacer todo lo posible para reforzar el flanco derecho del Frente."

Stalin exigió concentrar en el flanco derecho nueve décimas de toda la aviación disponible. "No prestar atención a las diversiones y trucos del enemigo en la región del Tsimla y, repito, transferir toda la potencia de choque al flanco derecho del Frente", ordenó el Jefe Supremo e informó sobre las fuerzas y medios que el Gran Cuartel General enviaba a disposición del Frente y sobre la aprobación del plan de formar nuestros ejércitos de tanques 1 y 4.

"Tenga en cuenta — advirtió el Jefe Supremo a Górdov — que si el enemigo rompe el flanco derecho y llega al Don en la región de Gumrak o más al norte, cortará sus comunicaciones por ferrocarril con el norte. Por eso considero que ahora el flanco derecho de su Frente es decisivo."

El Jefe Supremo formuló para el Frente otra tarea importante que ejercería una influencia considerable en el curso de la batalla por Stalingrado:

"Exijo, sin admitir discusión, que se mantenga en nuestras manos la línea defensiva al oeste del Don, desde Klétskaya hasta Nízhniaya Kalínovka pasando por Rozhkóvskaya.

Aniquilar a toda costa al enemigo que penetró en esta línea en la región donde actúa la División de la Guardia (la 33 División de fusileros de la Guardia. — *S. S.*). Tiene fuerzas suficientes para hacerlo y debe hacerlo. Prohibo categóricamente el abandono de dicha línea defensiva...".

Aunque para V. Górdov todo estaba claro, Stalin hizo una explicación más, referente al general V. Kolpakchí, Comandante del 62 Ejército: "...tenga en cuenta que Kolpakchí es un hombre muy nervioso e impresionable. Sería bueno si se enviase allí a alguien más fuerte, para mantener el ánimo, y aún

mejor si este alguien fuese el mismo Górdov".

Previendo la maduración de importantes acontecimientos, el Jefe Supremo mandó al Frente de Stalingrado, en calidad de representante del Gran Cuartel General, a A. Vasilievski, con un pequeño grupo de oficiales, ordenándole orientarse en la situación y ayudar al mando del Frente.

La situación en la zona del 62 Ejército se agravaba más y más, literalmente ante los ojos del Jefe del Estado Mayor General. El enemigo continuaba presionando y logró éxitos considerables en el sector de Klétskaya y Evstrátovski: penetró en la profundidad de la defensa y cercó a dos divisiones nuestras. Al rodear las fuerzas principales del 62 Ejército, el enemigo se acercó al Don. Esto nos amenazaba con unos reveses aún más serios y con la irrupción de las tropas hitlerianas hacia Stalingrado.

A. Vasilievski, junto con el mando del Frente, tuvo que tomar una decisión forzada, pero la única correcta en la situación existente: realizar inmediatamente un contragolpe con los ejércitos de tanques 1 y 4, que todavía no habían terminado de formarse. El tiempo era más caro que nada. Si lo perdíamos, si tardábamos, el enemigo cruzaría el Don y se haría fuerte en la línea alcanzada. Entonces nos sería muy difícil recuperar la posición.

Los comandantes de los ejércitos de tanques recibieron la orden de derrotar sin demora, con las fuerzas disponibles, al enemigo que había penetrado en nuestros órdenes combativos y recuperar la defensa. La tarea consistía en cortar en la base la cuña de las tropas fascistas mediante los golpes asestados por el norte y por el sur. A las 10 horas del 25 de julio comenzó la ofensiva uno de los cuerpos del 1 Ejército de tanques de K. Moskalenko. Lo siguieron otras fuerzas del mismo. Actuando decididamente, las tropas del ejército obligaron al enemigo a pasar a la defensa y luego a retroceder. El 27 de julio, al rayar el alba, atacó el 4 Ejército de tanques de V. Kriúchenkin, apoyado activamente por la infantería y la artillería de los Ejércitos 62 y 64...

Estos días — como, diremos de paso, todos los demás — eran muy tensos para el Estado Mayor General. Me enfrasqué ahora en mi trabajo principal. El enemigo estaba a las puertas del Cáucaso Septentrional. El 24 de julio nuestras tropas abandonaron Rostov. Comenzó la acción defensiva en el curso inferior del Don, llevada a cabo por las tropas del Frente Sur y el Frente Norcaucásico. El enemigo tenía allí superioridad sobre nuestras tropas en tanques y aviación y, por ende, en movi-

lidad y maniobrabilidad. No disponíamos de ninguna línea defensiva seria, preparada para la batalla, al sur de Rostov.

En el Estado Mayor General, hacía las veces de Jefe el general P. Tijomírov. El Jefe Supremo le exigió que emitiera su opinión acerca de dónde y cómo se debía organizar la defensa del Cáucaso. Al calcular y sopesar todos los datos, nosotros, los de la Dirección de Operaciones, llegamos a la conclusión de que combatir contra los tanques enemigos en la estepa de Kubáñ sería difícil, sobre todo porque teníamos en el Cáucaso Septentrional mucha caballería y pocos medios antitanques y, además, no había a corta distancia ninguna línea natural en que pudiéramos organizar la defensa. Por eso considerábamos que había que organizarla por el río Térek y las estribaciones de la cordillera caucásica.

Stalin dispuso que consultásemos a S. Budionny, Comandante del Frente Norcaucásico, y al almirante I. Isákov, miembro del Consejo Militar. Ellos respondieron: "La línea principal y más importante de la defensa debe pasar por el río Térek y la cordillera del Cáucaso. El 47 Ejército con el Cuerpo de fusileros independiente deben ser subordinados, en el sentido operativo, a la Flota del mar Negro para defender las bases navales de Novorossiisk, Anapa y Tuapsé". De este modo, hubo coincidencia de los puntos de vista. Además, propusimos una serie de medidas que guardaban relación con la formación de reservas en el Cáucaso, con la organización del abastecimiento de las tropas a través del mar Caspio y por tierra, con la asignación de la aviación para el Frente y con otros asuntos de importancia vital para la defensa del Cáucaso.

Al organizar el contragolpe de los ejércitos de tanques en el Don, A. Vasilevski vino a Moscú y dio a conocer al Gran Cuartel General sus conclusiones y proposiciones respecto del Frente de Stalingrado. Pero mientras viajaba en avión, se produjeron cambios en tierra: el enemigo localizó el desarrollo de nuestro contragolpe. La noche del 25 de julio Stalin ordenó a Vasilievski ponerse personalmente en comunicación con el Frente de Stalingrado y transmitir la siguiente advertencia severa: "El Gran Cuartel General exige categóricamente que el Consejo Militar del Frente... haga todo lo posible para liquidar en seguida al enemigo penetrado y recuperar la situación". El 26 de julio el Jefe Supremo ordenó a Vasilevski que transmitiese al Frente una directiva aún más severa: "La actitud del mando del Frente de Stalingrado provoca indignación en el Gran Cuartel General... El GCG exige incondicionalmente que en los próximos días esté recuperado el frente de Stalingrado —

la línea defensiva desde Klétskaya hasta Kalmykí — y que el enemigo sea expulsado más allá de la línea del río Chir. Si el Consejo Militar del Frente no es capaz de hacerlo, que lo diga franca y honestamente.

El GCG exige del mando del Frente de Stalingrado una respuesta clara acerca de su disposición a cumplir la presente directiva".

A. Vasilievski permaneció al aparato largo rato esperando la respuesta del mando del Frente, pero no pudieron encontrar en seguida al general V. Górdov que estaba en las tropas del 62 Ejército. La respuesta llegó un poco más tarde: el mando aseguraba al Gran Cuartel General de que todas sus indicaciones serían cumplidas.

Hay que decir que el Jefe Supremo comprendía por lo visto que el tono excepcionalmente brusco de esta directiva no tenía fundamento suficiente. Es que el enemigo tenía superioridad, directamente en el campo de batalla, sobre todo en tanques y aviación. El Frente de Stalingrado contaba entonces con 38 divisiones, la mitad de las cuales estaba integrada por 6-8 mil hombres y la otra mitad, solamente por 1-3 mil hombres cada una. Esas débiles grandes unidades tuvieron que combatir en un frente de 530 kilómetros de largo. Había en el Frente, en total, 187.000 personas, 360 tanques, 337 aviones de combate en buen estado y cerca de 7.900 piezas artilleras y morteros, mientras que el enemigo disponía de 250.000 hombres, casi 740 tanques, 1.200 aviones y 7.500 piezas artilleras y morteros. De este modo, la correlación de fuerzas era en favor del enemigo, a saber: fuerza viva, 1,4:1; piezas artilleras y morteros, 1:1; tanques, 2:1 y aviones, 3,6:1. De ahí que para cumplir las tareas que estaban planteadas ante el Frente se exigía una tensión extraordinaria de las fuerzas de cada combatiente.

El Jefe Supremo tomó en consideración las aseveraciones del Consejo Militar del Frente de Stalingrado de que las directivas del Gran Cuartel General serían cumplidas, pero, no obstante, estimó necesario enviar a Vasilevski otra vez al punto más caliente del frente soviético-germano: lo exigían las circunstancias. A la una de la madrugada del 27 de julio de 1942, el Jefe del Estado Mayor General ya estaba en el Puesto de Mando del Frente de Stalingrado.

Luego el Jefe Supremo dispuso preparar una orden particularmente severa exigiendo que las tropas mantuvieran incondicionalmente las líneas ocupadas. Opinaba que ahora la retirada al Este sería un desastre para el país. Dictó los plantea-

mientos fundamentales de la orden y encargó al Estado Mayor General que controlara escrupulosamente su estricto cumplimiento por las tropas.

Considero que esta orden es uno de los documentos más importantes e interesantes de la pasada guerra. Pintaba un cuadro exacto de la situación general en los frentes y del estado en que se encontraba el enemigo y planteaba ante las tropas soviéticas tareas urgentes. La situación general del país se apreciaba concisa y expresivamente: "Nuestra Partia está viviendo días difíciles". En la orden se exigía: "... cortar de raíz las habladurías de que... nuestro territorio es extenso, nuestro país es grande y rico, con una población numerosa, y que nunca careceremos de pan. Semejantes habladurías son mentirosas y perjudiciales, nos debilitan a nosotros y fortalecen al enemigo, pues si no dejamos de retroceder, nos quedaremos sin pan, sin combustible, sin metal, sin materias primas, sin fábricas, sin ferrocarriles... Es hora de acabar con la retirada. ¡Ni un solo paso atrás! Este debe ser ahora nuestra consigna principal". Luego se decía que las tropas debían detenerse en las líneas ocupadas y posteriormente rechazar y derrotar al enemigo *a toda costa* (lo subrayado es mío.-*S. S.*).

Muy perspicaz fue la formulación referente a la situación del enemigo y al carácter de la próxima etapa de la guerra. Esta formulación es un ejemplo de la profunda previsión estratégica: "Los alemanes no son tan fuertes como parecen a los alarmistas. Ponen en tensión las últimas fuerzas. Resistir a su golpe ahora, en los varios meses próximos, significa asegurarnos la victoria... ¿Estamos en condiciones de resistir al golpe y luego repeler al enemigo hacia el Oeste? Sí, estamos, porque ahora nuestras fábricas funcionan en la retaguardia excelentemente y nuestro frente recibe cada vez más aviones, tanques, piezas artilleras y morteros".

Las causas de los reveses sufridos en el frente eran, naturalmente, distintas en cada caso concreto. La orden destacaba lo general, lo que concernía a todo combatiente, y subrayaba lo más imprescindible y perentorio: "Pues bien, ¿qué es lo que nos falta? Nos faltan el orden y la disciplina en las compañías, en los batallones, en los regimientos, en las divisiones, en las unidades de tanques, en las escuadrillas de aviación. En eso consiste ahora nuestra deficiencia principal. Si queremos salvar la situación y defender a nuestra Patria, debemos implantar en nuestro ejército un orden riguroso y una disciplina férrea...".

La orden contenía muchas exigencias prácticas. Citaré una de ellas que a mi juicio es bastante importante: "A partir de ese

momento, para cada jefe, para cada soldado rojo y para cada cuadro político una ley férrea de la disciplina debe ser la consigna: ni un solo paso atrás sin la orden del mando superior".

El 28 de julio de 1942, Stalin, siendo Comisario del Pueblo de la Defensa, firmó esta orden a la que le pusieron el número 227. Su texto fue multiplicado, distribuido entre las unidades del ejército de operaciones y leído a todos los combatientes. Al otro día, el 29 de julio, la Dirección Política General del Ejército Rojo publicó la directiva acerca del esclarecimiento de la orden entre los combatientes y mandos. La inmensa influencia política de los comunistas en el ejército se orientaba a lograr el cumplimiento incondicional de la consigna "¡Ni un solo paso atrás!". El Estado Mayor General obligó a sus oficiales en las tropas a comprobar en el lugar de su estancia cómo se ponía en práctica la orden en cuestión.

El CC del Partido y la Dirección Política General organizaron en las tropas un amplio esclarecimiento del sentido de la orden y de la importancia que tenía la defensa tenaz de cada línea de la tierra natal. Se fueron al frente, directamente a las unidades militares, muchos miembros del CC del Partido, entre ellos D. Manuílski y E. Yaroslavski, y también escritores y hombres públicos. La orden la esclarecían todos los cuadros políticos, todas las organizaciones del partido. Por eso no era casual que la orden N° 227 ejerciera una favorable influencia en la capacidad combativa de las tropas. Cada uno se compenetró profundamente con la idea de que era necesario luchar a muerte y hacía en aras de la victoria todo lo que estaba a su alcance. Y ante todo allí donde la situación era particularmente grave: en la dirección de Stalingrado.

El contragolpe efectuado por los Ejércitos de tanques 1 y 4 del Frente de Stalingrado, aunque no tuvo por resultado la derrota del 6 Ejército alemán, desorganizó en grado considerable la acción del enemigo y le privó temporalmente de la capacidad de atacar. No se logró cercar a nuestro 62 Ejército y, además, se frustró el intento del enemigo de apoderarse sobre la marcha de los pasos del Don y salir a Stalingrado. El mando hitleriano se dio cuenta de que, desarrollando la ofensiva únicamente con las fuerzas del 6 Ejército, no se podría llegar al Volga. ¿Y qué hacer si para el colmo de desgracias las tropas soviéticas arrollan ese ejército?

Para el Gran Cuartel General de la Wehrmacht llegó la hora de tomar una decisión importante. Era necesario en vista del agravamiento de la situación en el Don, decidir adónde irían las fuerzas principales en el flanco sur: ¿al Cáucaso o al Vol-

ga? Los estrategas hitlerianos decidieron: ¡A Stalingrado! Una consecuencia lógica de esta decisión fue que el 4 Ejército de tanques alemán, que desde la plaza de armas cerca de Tsimliánskaya amenazaba al Cáucaso, giró bruscamente en dirección a Stalingrado.

Muchos historiógrafos burgueses, sobre todo antiguos generales del ejército hitleriano, califican esta decisión de error cometido personalmente por el "profano" de Hitler. Pero en realidad no era así, ni mucho menos. El mando hitleriano expiaba ahora la sobreestimación de sus posibilidades, el menosprecio grosero de un enemigo tan fuerte como lo era el Ejército Soviético, el no haber previsto la posibilidad de creación por el mando estratégico soviético en la dirección de Stalingrado de una fuerte agrupación de tropas que entrañaba un peligro mortal para los ejércitos de la Wehrmacht apuntados al Cáucaso.

La situación que surgió a finales de julio en el flanco sur del frente soviético-germano significaba que en todo caso el enemigo, simultáneamente con las operaciones en el Cáucaso, debía de romper también nuestra defensa en la dirección de Stalingrado. Aunque el enemigo presumido suponía que ya no lograríamos prevenir la ocupación del Cáucaso, no podía menos de darse cuenta de que era muy peligroso dejar pendiente el Frente de Stalingrado en el flanco del Grupo de ejércitos A.

Observaremos que la decisión del enemigo de avanzar simultáneamente con las fuerzas disponibles hacia el Cáucaso y a Stalingrado era sin duda errónea. El resultado es bien conocido: un viraje en el curso de la guerra a nuestro favor. Pero, para que se produjera este viraje, nuestro ejército tuvo que superar muchas pruebas difíciles.

Como escribiera en su libro *La marcha sobre Stalingrado* el general alemán H. Dörr, el plan de utilización de las tropas germano-fascistas en la dirección de Stalingrado "fue sencillo y claro": ambos ejércitos (el 4 Ejército de tanques al sur de Stalingrado y el 6 Ejército al norte de la ciudad) atacaban en dirección al Volga, viraban cerca del río a la izquierda el primero y a la derecha el segundo y atenazaban toda la región de Stalingrado con las tropas que defendían la ciudad...

Pero poner en práctica este plan no fue tan "sencillo".

En el gran meandro del Don se libraron cambates encarnizados. Logramos estabilizar por un período la defensa de los ejércitos 62 y 64 del Frente de Stalingrado, ganando el tiempo que era de importancia trascendental. El Estado Mayor General adoptó todas las medidas a fin de concentrar cerca de Stalin-

grado las tropas de reserva: se dirigían a la ciudad diez divisiones de fusileros. Se creaban fortificaciones de campaña en los accesos lejanos y cercanos de la ciudad. El mismo Stalin, que conocía bien el terreno en esta región por haber estado allí en los años de la guerra civil, señalaba al Estado Mayor General líneas de defensa. La organización del partido de Stalingrado movilizó a la población a participar en los trabajos relacionados con la preparación de la defensa. Miles de habitantes de la ciudad abrían trincheras, zanjas antitanque, creaban puntos de apoyo en las líneas de fortificaciones de Stalingrado. Trabajaban intensa y apresuradamente, porque el servicio de información proporcionaba noticias alarmantes: las grandes unidades del 6 Ejército alemán, que ántes realizaban la acción defensiva en el sector Pávlovsk-Vióshenskaya, fueron reemplazadas por las unidades del 8 Ejército italiano y se concentraban en la dirección Stalingrado. El Estado Mayor General informó al Gran Cuartel General que en los próximos tiempos el enemigo comenzaría a actuar activamente en las proximidades de la ciudad.

En el Estado Mayor General calculamos las posibilidades de efectuar la dirección de las tropas en la región de Stalingrado. La extensión de la línea del frente era allí considerable y las acciones del enemigo podrían desarrollarse no sólo en dirección a Stalingrado, sino también al sur de la ciudad. Incluimos en la composición del Frente de Stalingrado al 51 Ejército, que estaba en la defensa al otro margen del Don, al sur de Tsimliánskaya, por haber considerado que sería mejor si en la dirección de Stalingrado actuasen dos agrupaciones de Frente en vez de una. Nos afirmamos en esa consideración cuando supimos que el 4 Ejército de tanques del enemigo volvía hacia el Este. El 5 de agosto el Gran Cuartel General dispuso dividir el Frente de Stalingrado en dos: el de Stalingrado y el del Sudeste. El límite lateral pasó por el intersticio del 62 Ejército con el 64 Ejército, desde Morózovskaya y a través de Verjne-Chírskaya hacia Stalingrado (para el Frente Sudeste, el último punto inclusive).

El 6 de agosto, después de haber concentrado y reagrupado las fuerzas, el enemigo pasó a la ofensiva. Los golpes correspondieron al flanco norte y al flanco sur de los ejércitos soviéticos que mantenían la defensa al oeste del Don. El Estado Mayor General comprendía la idea del mando fascista alemán — aislar de Stalingrado los Ejércitos 62 y 64 —, pero todavía no tenía qué oponerle: no habían llegado las reservas. En la zona del Frente de Stalingrado se creó una situación alarmante: el

enemigo se había apoderado de los pasos del Don. El mando del Frente nos dijo que estaba seriamente preocupado por la estabilidad de la defensa.

El 9 de agosto de 1942, cuando P. Tijomírov dio a conocer a Stalin el parte que recibimos del Frente, el Jefe Supremo mandó transmitirles: "Me asombran vuestras miopía y confusión. Tenéis muchas fuerzas, pero os ha faltado carácter para dominar la situación. Espero de vosotros el informe sobre la liquidación de la situación alarmante en vuestro frente".

En vano esperábamos recibir del Frente un informe optimista. El enemigo aumentaba la presión. Los combatientes soviéticos luchaban a muerte, pero la situación empeoraba cada día más. Stalingrado estaba por convertirse en escenario inmediato de los combates. A. Vasilevski, después de permanecer un breve plazo en el Estado Mayor General, fue enviado otra vez, por el Jefe Supremo, al Frente de Stalingrado.

En la Dirección de Operaciones del E.M.G nuevamente se produjo cambio de jefe. He aquí cómo fue eso. Aproximadamente en los mismos días en que se preparaba la orden N° 227, el Jefe Supremo encomendó al general P. Tijomírov analizar las causas de los reveses que habíamos sufrido en las inmediaciones de Járkov. Dijo que allí se habían cometido errores por jefes de todos los grados y que era preciso evitar su repetición por otros. Tijomírov se puso a preparar el proyecto de directiva. Entre otros oficiales, yo también tuve que facilitarle datos referentes al Frente Sur, cuyas tropas estaban ya en la composición del Frente Norcaucásico y sostenían duros combates defensivos al sur de Rostov, en la dirección que era, por decirlo así, mía. En la preparación de la directiva se utilizaron los partes de los frentes, datos sobre las bajas, cintas de las conversaciones telegráficas y otros documentos.

No sé cómo quería Stalin que fuese el proyecto de directiva acerca de las causas de los fracasos en el sur que habíamos sufrido en verano de 1942, pero la variante preparada no sólo no le gustó, sino que fue tildada por él de dañina. Al no dar su visto bueno, el Jefe Supremo ordenó despedir al autor del documento de su cargo de jefe de la Dirección de Operaciones y, más tarde, separarlo del Estado Mayor General. En septiembre de 1942, Tijomírov fue nombrado sustituto del comandante del 42 Ejército del Frente de Leningrado. El cargo de jefe de la Dirección de Operaciones fue encomendado al general mayor V. Ivanov.

Al avanzar en dirección al Volga, el enemigo aprovechaba espacios no ocupados, aunque fuesen los más mínimos, en la disposición operativa de las tropas soviéticas y en el acto lanzaba en ellos sus tanques apoyados fuertemente por el bombardeo aéreo y los golpes de la aviación de asalto. Detrás de los tanques avanzaba la infantería. Los encarnizados combates se acercaban implacablemente a Stalingrado.

El Estado Mayor General tuvo que ocuparse de la situación en la propia ciudad que ya era la retaguardia inmediata de las tropas y estaba por convertirse en un frente. De allí recibíamos malas noticias. La población evacuada de Occidente se asentó en Stalingrado y se hallaba en una situación difícil, bombardeada por la aviación fascista. A los oficiales del Estado Mayor General que, encabezados por N. Réznikov, se encontraban en el Frente Sudeste, se les encomendó comprobar la situación en la ciudad. Luego de dos o tres días, el 20 de agosto, recibíamos su informe.

"La ciudad está sobrepoblada — escribió Rézhnikov —. Se ha llegado incluso al punto de que la gente se aloja al pie de las tapias, en los huertos, a la orilla del río Volga, en las embarcaciones, etc. La evacuación de la ciudad se efectúa muy lentamente, lo que se debe a la insuficiencia de los medios de transporte y a que los burós de evacuación funcionan mal: los que esperan la llegada de los medios de transporte, pasan de 5 a 6 días en las bases de evacuación.

... Todas las escuelas y clubes están repletos de heridos. Los hospitales militares permanecen en la ciudad. El enmascaramiento de luces es malo...

Por mi parte, considero necesario proceder a las siguientes medidas:

1. Declarar el estado de sitio en la ciudad.

2. Acelerar la evacuación de la ciudad. En primer término, evacuar los hospitales y en el segundo, a los habitantes de la ciudad, dejando sólo a quienes trabajan en las empresas y son capaces de ayudar al ejército en la defensa de la ciudad. De los bienes materiales dejar sólo aquéllos que hacen falta para defender la ciudad.

3. Establecer el orden ideal en la ciudad, nombrando a tal efecto a un comandante exigente de la plaza de Stalingrado.

4. A fin de mantener el orden revolucionario en la ciudad, es absolutamente necesario subordinar las tropas del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores y la milicia al jefe de la plaza, y actuar y retroceder solamente a la orden de éste.

5. Impedir que, cuando comience el combate por la ciudad,

se trasladen por la misma trenes y otras unidades de tropas, organizando a este objetivo los rodeos al norte de Stalingrado."

Urgía la intervención de los más altos órganos dirigentes. V. Ivanov, puesto a la cabeza de la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General, transmitió al Comandante del Frente Sudeste instrucciones sobre la instauración del orden en la ciudad. Una copia de las mismas fue enviada "para la toma de medidas" a N. Shvérnik que era presidente de la comisión para la evacuación de las fábricas y otros bienes del Estado de la zona de operaciones a las regiones alejadas del país. El 22 de agosto apareció en el informe de N. Réznikov una nueva nota diciendo que las instrucciones del Jefe del Estado Mayor General y la directiva del Gran Cuartel General estaban en el poder de los interesados y que se había adoptado una disposición especial sobre Stalingrado.

Estas medidas fueron muy oportunas. El 23 de agosto de 1942, salieron al Volga, casi en el suburbio norte de Stalingrado, las unidades blindadas y motorizadas del enemigo que explotaban el éxito en el flanco derecho del 62 Ejército. Este Ejército quedó aislado de las fuerzas principales del Frente de Stalingrado. Al mismo tiempo, la 4 Flota aérea alemana bombardeó bárbaramente la ciudad y causó grandes destrucciones, perdiendo 90 aviones derribados por los pilotos y la artillería antiaérea soviéticos. Se interrumpió la comunicación telefónica y telegráfica con Stalingrado. Nuestro jefe superior, A. Vasilevski, que se encontraba en las tropas del 62 Ejército, se vio obligado a transmitir sus informes al Jefe Supremo por radio, mediante comunicaciones muy breves. Los telefonistas y telegrafistas adoptaban todas las medidas para restablecer la comunicación; lograron a duras penas transmitirnos el informe del Consejo Militar del Frente Sudeste sobre la salida del enemigo al Volga. Cerrada la noche, se restableció la comunicación alámbrica y el Gran Cuartel General recibió, directamente de A. Vasilevski, las características detalladas de la situación en Stalingrado.

La penetración del enemigo a las orillas del Volga, al norte de Stalingrado, fue localizada. El enemigo no consiguió apoderarse de la ciudad sobre la marcha. Los Ejércitos 62 y 64 mantenían firmemente sus posiciones aunque la situación era grave en extremo. Las tropas de la heroica ciudad, que resistían valientemente, inmovilizaron por mucho tiempo una gran agrupación de choque de la Wehrmacht. Allí mismo se concentraban los refuerzos principales del enemigo y de los ejércitos de sus satélites. En Stalingrado se decidía el cumplimiento de

la tarea estratégica fundamental de aquella etapa de la guerra.

A principios de septiembre, seguía empeorando la situación de los Ejércitos 62 y 64. No se logró liquidar al enemigo que había salido al Volga. Vinieron al campo de batalla G. Malenkov, representante del Comité Estatal de Defensa, y, en representación del Gran Cuartel General, el general de ejército G. Zhúkov y el general coronel A. Vasilevski. Su tarea más importante consistía en encontrar las vías para la liquidación del enemigo a las orillas del Volga y en asegurar el éxito de nuestra defensa en Stalingrado.

Aquellos días, ambas partes contendientes procuraban cumplir sus tareas en la región de Stalingrado sin cambiar, en lo fundamental, sus agrupaciones de tropas que se habían conformado a finales de agosto. La agrupación soviética no poseía una suficiente concentración en masa de sus fuerzas, tampoco al norte de Stalingrado, en lo que residía una de las causas de que fracasaran todos los intentos se aniquilar al enemigo irrumpido en el Volga. Además, el general Paulus, comandante del 6 Ejército alemán, adivinó que el Ejército Rojo asestaría los contragolpes precisamente al norte de la ciudad y concentró allí fuerzas y medios bastante considerables. Las tropas germanofascistas se hicieron fuertes en el corredor creado por ellas, que conducía al Volga, mientras que las fuerzas de nuestros Ejércitos — el 4 de tanques, el 24, el 1 de la Guardia y el 66—, agotados por los combates ininterrumpidos, disminuyeron notoriamente. En el mismo Stalingrado, el enemigo acrecentaba cada día más sus esfuerzos. Era imposible mantener la ciudad en nuestro poder sin prestarle ayuda desde fuera, sin obligar al enemigo a que trasladase una parte de sus fuerzas a otras direcciones. Por eso, cuando era necesario, los ejércitos soviéticos arriba mencionados volvían a atacar una y otra vez.

Hubo también deficiencias en la dirección de las tropas soviéticas que actuaban en las proximidades de Stalingrado, lo que muy pronto se dejó sentir en el Estado Mayor General: en el momento decisivo de la lucha por Stalingrado, comenzaron a llegar de allí con mucho retardo los partes de combate dirigidos al Gran Cuartel General. En la noche del 4 al 5 de septiembre de 1942, F. Bókov, que sustituía al jefe del Estado Mayor General y que recibió, por lo visto, una amonestación de José Stalin con motivo de un nuevo atraso de la información, tuvo una conversación telegráfica con el general D. Nikíshev, jefe del Estado Mayor del Frente de Stalingrado. He aquí lo que dice la cinta:

"—Camarada Nikíshev, ¿por qué siempre llegan tarde sus partes de combate dirigidos al camarada Stalin?

— Informo: Primero. No funciona del todo bien el sistema de dirección (comunicaciones) entre nosotros y los ejércitos y sobre todo en los ejércitos. Segundo. La Sección de Operaciones y las demás secciones del Estado Mayor trabajan en cuatro puntos: Stalingrado, Krásnaya Slobodá, Ivánovka y Oljovka. Digo francamente: me encuentro en una situación embarazosa. Ejecuto de hecho las funciones del jefe de la Sección y de todos los demás... Es por eso por lo que llegan tarde. En los próximos días se regulará la cuestión, se reunirá el Estado Mayor. Ahora voy a presentar el parte...

— Trate de organizar el trabajo del Estado Mayor de manera que funcione con precisión. Las directivas del Gran Cuartel General y las indicaciones del Estado Mayor General han de cumplirse exactamente en los plazos establecidos. He dicho.

— A sus órdenes. Trataré de hacerlo. Organizaré el trabajo en los próximos tiempos. Todo se cumplirá exactamente, como Usted exige".[1]

En honor del Estado Mayor del Frente hay que decir que al poco tiempo mejoró efectivamente la dirección de las tropas, a lo que contribuyó en gran medida la firme voluntad de los representantes del Gran Cuartel General.

El agotamiento de las fuerzas de algunos de los ejércitos del Frente de Stalingrado a causa de las insistentes tentativas de liquidar al enemigo penetrado a las orillas del Volga y unirse con el 62 Ejército, no pasó inadvertido por G. Zhúkov y A. Vasilevski. El 7 de septiembre de 1942, a la pregunta de Stalin, a quien interesaba saber si eran suficientes las fuerzas de nuestros frentes para alcanzar la derrota completa de las tropas fascistas alemanas cerca de Stalingrado, los representantes del Gran Cuartel General y el representante del Comité Estatal de Defensa dieron una respuesta clara: "Para la derrota completa del enemigo cerca de Stalingrado, no serán suficientes sin duda las fuerzas de las que disponen allí ambos frentes. Hace falta concentrar un grupo de tropas complementario a fin de asestar al enemigo en el plazo más breve un golpe más fuerte'[2].

Al mismo tiempo, los representantes del Gran Cuartel General y el mando de los frentes y ejércitos no cejaban en sus

---

[1] Archivo Central del Ministerio de Defensa de la URSS (ACMD), f. 16, inv. 1006, ex. l, h. 413.

[2] Ibid., pp. 414-415.

intentos de mejorar la situación en las proximidades de Stalingrado con empleo de las fuerzas disponibles. Al mando soviético le preocupaba mucho la falta de correspondencia entre la disposición lineal de nuestras tropas cerca de Stalingrado y las tareas que estaban planteadas ante ellas.

En la noche del 9 al 10 de septiembre de 1942, cuando se le informaba de la situación en los frentes, el Jefe Supremo manifestó el más alto grado de descontento por el hecho de que nuestros ejércitos estaban de plantón al norte de Stalingrado y una gran preocupación por el continuo agravamiento de la situación en la ciudad. A las 4 horas 30 minutos, el coronel I. Boikov (jefe del grupo que se ocupaba del Frente de Stalingrado) se puso en comunicación con I. Rujle, jefe de la Dirección de Operaciones del Frente, y le preguntó si no sería mejor formar un "cuajarón de fuerzas" en el frente de uno de los ejércitos (se señaló concretamente el 1 Ejército de la Guardia) y romper de un espolonazo la defensa del enemigo para aliviar la situación en Stalingrado, amenazar al flanco de la agrupación enemiga y luego asestar el propio golpe de flanco. Rujle contestó que toda reagrupación supone pérdida del tiempo y disminución de la presión ejercida sobre el enemigo, lo que era muy desfavorable para Stalingrado. La situación exigía aumentar la presión y efectuar la reagrupación en el proceso de la ofensiva[1].

Se procedió así, pero la ofensiva llevada a cabo en una situación extraordinariamente tensa, no se coronó con la victoria. El 10 de septiembre de 1942 fracasó un nuevo intento del mando soviético de restablecer el contacto con el 62 Ejército asestando el golpe por el norte.

¿Y cómo marchaban las cosas en el campo enemigo? El mando fascista no cumplió su tarea principal: la toma de Stalingrado. Aquí la ofensiva alemana se atascó, a pesar de que en la dirección decisiva, en el centro del frente, avanzaban formando una agrupación compacta las tropas germanofascistas más combativas, bien pertrechadas y dirigibles, mientras que los flancos estaban a cargo de los ejércitos húngaro, italiano y rumano, mucho menos combativos y peor armados. La batalla por el Cáucaso, aunque aportó éxitos territoriales considerables, no se concluyó: Bakú y el litoral del mar Negro continuaban siendo inaccesibles para las tropas hitlerianas. Las grandes unidades selectas de la Wehrmacht quedaron estancadas en el Térek y en los pasos de la Cordillera Caucásica.

[1] Ibid., pp. 417-418.

...El 11 de septiembre de 1942 fueron citados a la Casa militar de Hitler, cerca de Vínnitsa, el comandante del grupo de ejércitos "B" von Weihs, y el comandante del 6 Ejército, Paulus, a fin de que informasen sobre la situación en la región de Stalingrado. En general, esa situación se apreciaba como absolutamente favorable. En vísperas de la conversación con von Weihs y Paulus, el Jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra de Alemania, general Halder, hizo en su diario de guerra una breve anotación: "Cerca de Stalingrado, éxitos satisfactorios en ofensiva; en el sector norte, rechazo exitoso de los ataques enemigos". No obstante, los informes en la casa del führer se hicieron, como dice Halder, "en un ambiente glacial" A los generales se les exigió que tomaran la ciudad lo más rápidamente posible, considerando que les bastarían diez días para cumplir esta tarea y ordenando comenzar el asalto de Stalingrado el 14 o el 15 de septiembre. Y los generales opinaron que esto era irreal y presentaron argumentos que demostraban la existencia de un peligro que realmente amenazaba a las tropas hitlerianas en la región de Stalingrado. Paulus observó que el frente alemán era débil en esta región. El mayor peligro se veía en el flanco izquierdo del 6 Ejército donde se encontraban las tropas italianas y las de los demás aliados de Alemania. En opinión de Paulus, era necesario utilizar grandes unidades alemanas en el sector de los aliados como reserva del grupo de ejércitos.

La reunión duró dos días. Surgieron discrepancias en cuanto a los resultados definitivos de las acciones. Ambos comandantes proponían una "decisión intermedia": en vista de la resistencia tenaz que oponían las tropas soviéticas, no tratar de apoderarse de toda la ciudad, sino conseguir que Stalingrado perdiera su importancia como centro de la industria de guerra y nudo de comunicaciones. Este objetivo, decían, es posible alcanzar incluso con empleo de las armas pesadas. El más obstinado fue el comandante del 6 Ejército. Uno de los participantes en la discusión, Halder, expresó su impresión escribiendo en su diario el 12 de septiembre de 1942 una sola palabra: "¡Paulus!". Al otro día, el 13 de septiembre, Hitler firmó la directiva. Al Grupo de ejércitos "B" se le ordenaba preparar la "decisión intermedia" para el trazado de la línea del frente. Además, la directiva decía: "Si la ofensiva tropieza con una resistencia cada vez más débil del enemigo, se harán esfuerzos redoblados con el objetivo de aniquilar al adversario atacándolo con empleo de las tropas móviles a través de la línea final fijada de acuerdo a la "decisión intermedia".

El ataque en dirección a Astracán no se suspendía: se ordenaba prepararlo. En cuanto al flanco izquierdo del 6 Ejército alemán, que suscitaba gran preocupación del mando fascista, en ese flanco comenzaron a organizar las posiciones defensivas en el Don, al oeste y al sur de Vorónezh. El 3 Ejército rumano se trasladó en septiembre-octubre al sector del frente desde Klétskaya hasta Elánskaya. El mando alemán no se preocupaba por el flanco derecho del 6 Ejército suponiendo que el ataque sobre Astracán sería exitoso y que la necesidad de asegurar este flanco automáticamente dejaría de ser actual.

El análisis minucioso de la situación que sistemáticamente se hacía en el Gran Cuartel General y en el Estado Mayor General, permitía a mediados de septiembre llegar a la conclusión de que en un futuro no lejano sería posible mejorar drásticamente el estado de cosas. En la dirección de Stalingrado, el enemigo ya no podía avanzar y prácticamente fue detenido. No menos importante era el hecho de que en la profundidad de la parte europea del país, en Siberia y Asia Central acababan de formarse y prepararse grandes reservas del Gran Cuartel General, que podían ser trasladadas a Stalingrado. Estas tropas, sobre todo las unidades de tanques, constituían una gran fuerza capaz de cambiar radicalmente la situación en las proximidades de Stalingrado en nuestro favor.

Además de eso, en todas las tropas activas y de reserva sin excepción alguna ya se eliminaban, gracias a la labor política del partido bien organizada y multilateral, los elementos de indisciplina y desorganización señalados en la orden N° 227. Aumentó notoriamente la firmeza de nuestra defensa y se elevó la moral de las tropas. Se fortalecieron el mando unipersonal y el prestigio de los cuadros de mando. Ahora se necesitaban una planificación escrupulosa y la adecuada preparación material de las operaciones, así como cierto tiempo que nos permitiese cultivar entre los efectivos el alto espíritu ofensivo, la decisión y la disposición de demoler al enemigo.

El 12 de septiembre de 1942 se reunieron Stalin, Zhúkov y Vasilevski. El Jefe Supremo y ambos informantes no estaban satisfechos de los resultados de las operaciones llevadas a cabo en la dirección de Stalingrado. "Hay que buscar otra solución": ésta era la conclusión unánime de los reunidos, que discutieron la situación en dicha dirección. A Zhúkov y Vasilevski se les encargó elaborar la idea de la operación para derrotar las fuerzas de choque enemigas en el Volga.

La noche del 12 al 13 de septiembre, G. Zhúkov y A. Vasilevski la pasaron trabajando con el mapa del sector de Stalingrado. El personal de la Dirección de Operaciones del E.M.G, no informado oficialmente sobre el objetivo de este trabajo, adivinaba sin duda de qué se trataba. Facilitaba al jefe del Estado Mayor General los datos de carácter informativo sobre el enemigo y las tropas propias, especialmente sobre las reservas, las posibilidades y plazos de su concentración en la dirección de Stalingrado. Por fin, el mapa en que quedó reflejada la idea de Zhúkov y Vasilevski estaba listo. Stalin se puso de acuerdo con ellos: la clave de la victoria era una contraofensiva decidida en el flanco sur del frente soviético-germano.

Se decidió romper la defensa del enemigo en los flancos del 6 Ejército y el 4 Ejército de tanques de los alemanes al noroeste y al sur de Stalingrado, cercar y aniquilar la agrupación stalingradense del adversario. Posteriormente se proponía desarrollar la ofensiva de todas nuestras fuerzas en la dirección general de Rostov. Simultáneamente se proyectaba realizar operaciones ofensivas de distracción en la dirección Oeste.

Para efectuar la contraofensiva, se asignaban las fuerzas de tres frentes: un frente nuevo, que se creaba al sudeste de Vorónezh (todavía sin nombre), y dos existentes, el de Stalingrado y el del Sudeste, así como la Flotilla del Volga y la aviación de acción lejana. En la composición de los frentes entraban las grandes unidades y agrupaciones de la reserva estratégica del Gran Cuartel General, entre las cuales un peso relativo considerable correspondía a tropas móviles, especialmente a unidades blindadas.

G. Zhúkov y A. Vasilevski, y más tarde N. Vóronov y G. Vorozheikin, se fueron al frente en calidad de representantes del Gran Cuartel General para dar punto sobre el terreno, en las tropas, a la idea de la operación, concebida en términos generales. Se fueron también compañeros nuestros: con G. Zhúkov, el general mayor S. Teteshkin encabezando un pequeño grupo de oficiales; con A. Vasilevski, el coronel A. Gryzlov y un grupo de oficiales.

Una vez tomada por el Gran Cuartel General la decisión de principio sobre la contraofensiva, aumentó notablemente el volumen de nuestro trabajo: bien era necesario acelerar la preparación de las reservas, bien adoptar medidas orientadas a conseguir la concentración de los medios materiales, o preparar unos u otros cálculos operativos. Y cuando S. Teteshkin, A. Cryzlov y otros de nuestros camaradas, que ayudaban a G. Zhúkov y A. Vasilevski a preparar la contraofensiva sobre

el terreno, se pusieron al corriente de los asuntos, tuvimos que trabajar aún más. En los frentes, donde se encontraban representantes del Gran Cuartel General, los respectivos Consejos Militares se incorporaron al trabajo del plan de la derrota del enemigo en la dirección de Stalingrado.

De este modo, desde mediados de septiembre de 1942, la idea y el plan de la grandiosa contraofensiva de las Fuerzas Armadas Soviéticas se elaboraban simultáneamente en varios centros: en el Gran Cuartel General, en el Estado Mayor General y en los frentes, bajo la firme dirección del Gran Cuartel General. Aquel período era penoso, los soviéticos estaban muy preocupados por los acontecimientos que se desarrollaban en el flanco sur del frente soviético-germano, pero en el Estado Mayor General reinaba una atmósfera de profunda seguridad en que llegaba el momento crucial en la guerra.

Hay que observar que a finales de septiembre el mando alemán tomó varias medidas para asegurar los flancos de su agrupación de choque en la dirección de Stalingrado y aumentar la firmeza de las tropas de los satélites.

Al mismo tiempo, las tropas alemanas estaban amenazadas por la posibilidad de perder su maniobrabilidad, por cuanto el 6 Ejército y los tanques del 14 Cuerpo blindado ya combatían en la propia ciudad de Stalingrado. Para el enemigo era particularmente importante conservar la posibilidad de maniobra de los tanques, puesto que ya no disponía de reservas y no tendría con qué parar nuestros golpes. Pero este problema no era de fácil solución, ni mucho menos. Había que retirar las tropas que luchaban por la ciudad y trasladar el centro de gravedad de las operaciones, de Stalingrado al gran meandro del Don, donde existía espacio necesario para la maniobra. Los estrategas hitlerianos suponían que las operaciones basadas en la maniobra no permitirían a las tropas soviéticas tomar en sus manos la iniciativa[1].

Los planes del enemigo en la dirección de Stalingrado no se apoyaban en la necesaria superioridad en fuerzas y medios. El presuntuoso adversario cifraba sus esperanzas en la supuesta superioridad del pensamiento estratégico del generalato germanofascista. Confiando en la próxima victoria, los ejérci-

[1] Véase E. Manstein. *Victorias perdidas.* Traducción del alemán, Moscú, 1957, p. 294.

tos hitlerianos se iban desangrando, pero no dejaban de atacar.

Hitler, al ver que el general mariscal de campo List era incapaz de apoderarse del Cáucaso, tomó en sus manos la dirección de las tropas en este sector del frente. En la dirección de Stalingrado, no lo hizo, pero ejercía una influencia cada vez mayor sobre el mando del 6 Ejército alemán. Para obligar a los rumanos a que combatieran mejor y asegurar con su ayuda los flancos de la agrupación alemana, en el Estado Mayor del Ejército de Tierra de Alemania se elaboró el plan de creación de un nuevo grupo de ejércitos "Don", bajo el mando del dictador rumano I. Antonescu. Incluso se formó el Estado Mayor de ese grupo de ejércitos que, ciertamente, no fue puesto en funcionamiento[1]. La empresa de Antonescu no se hizo realidad, quedó enterrada por el Estado Mayor General de la Wehrmacht, donde trabajaban los jefes militares predilectos de Hitler, que no se proponían compartir con nadie el poder, ni siquiera nominalmente. Ellos mismos se opusieron a que se trasladase de Stalingrado a las estepas dilatadas ni siquiera una parte de las tropas del 6 Ejército. La concentración de las tropas en el gran meandro del Don se demoró. Sólo después de iniciada la contraofensiva de las tropas soviéticas, comenzaron a concentrarse en la región de Rychkovski, Nizhne-Chirskaya y Tormosin, y también de Kotélnikovo, las grandes unidades del enemigo.

Para no retornar a ese tema, me permitiré observar que el propósito del mando alemán de consolidarse en la base del gran meandro del Don fue descubierto por el Gran Cuartel General y el Estado Mayor General y frustrado mediante acciones enérgicas de las tropas soviéticas.

El Gran Cuartel General y el Estado Mayor General tenían previsto que el enemigo, al caer en el cerco, lucharía porfiadamente. Pero, ¿qué tipo de resistencia opondría a nuestras operaciones? Antes de todo cabía esperar que el enemigo intentaría salir del cerco asestando el golpe en la dirección oeste hacia el curso medio del Don. Al encuentro de este golpe podría estar dirigido otro, de desbloqueo, y no se descartaba que éste sería una operación independiente. En ambos casos, el gran meandro del Don desempeñaría un papel sustancial. Más tarde se supo que, efectivamente, en el campo enemigo se habían estudiado las dos variantes. Al elaborar la idea de la contraofensiva, el Gran Cuartel General y el Estado Mayor General

---

[1] Ibid., p. 293.

se daban cuenta de que el enemigo trataría de ayudar a las tropas que cayeran en desgracia cerca de Stalingrado. Por eso, teniendo en cuenta las exigencias del arte de organizar el cerco, las tropas soviéticas habían de recurrir a formas tales de ofensiva que excluyeran la posibilidad de liberación del enemigo cercado.

En vista de todo ello y como resultado de la labor conjunta del Gran Cuartel General, el Estado Mayor General y los Consejos Militares de los frentes, fue elaborada una forma clásica de su época para cercar a la agrupación stalingradense del enemigo, forma que, podemos decir sin pecar de exageración, eclipsó la fama de Cannes. Por decisión del mando estratégico soviético, se creaba no sólo el frente inmediato del cerco, sino también el frente externo, para neutralizar los intentos del mando alemán de proceder al desbloqueo de las tropas cercadas asestando golpes desde el exterior. La idea de ese frente externo se estudiaba detenidamente en los mapas; se calculaban escrupulosamente los efectivos necesarios para su creación; una atención especial se prestaba a la fijación de las líneas de acción eventual. El Estado Mayor General soviético concebía el cerco del 6 Ejército alemán sólo como comienzo de nuestra victoria en Stalingrado. Lo más importante — un amplio desarrollo de las operaciones ofensivas orientadas a derrotar al enemigo en el flanco sur del frente soviético-germano y la aniquilación de las fuerzas enemigas cercadas — estaba por delante.

En la tercera década de septiembre, el personal de la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General ya estaba empeñado de lleno en ventilar estas cuestiones, acumulaba las distintas consideraciones de carácter operativo-estratégico. También nosotros conocíamos, a través de S. Teteshkin y A. Gryzlov, las ideas y proposiciones de los representantes del Gran Cuartel General, por ellos expuestas directamente al Jefe Supremo. Incluso, en la Dirección de Operaciones, se llevaba al día un mapa especial cuyo ejemplar único era estrictamente secreto. Ese mapa, fechado el 27 de septiembre de 1942 y dibujado por I. Boikov bajo la supervisión del general V. Ivanov, se ha conservado. Muestra claramente cómo se puntualizaba la idea de la contraofensiva y que la tarea planteada a las tropas soviéticas era de carácter decisivo.

Los autores del mapa señalaron en particular la concentración de reservas estratégicas, la creación al sudeste de Vorónezh de un frente nuevo integrado por tres ejércitos inter-armas y dos fuertes grupos mixtos, de caballería y unidades me-

canizadas. De acuerdo al plan, el nuevo frente tenía que avanzar desde la plaza de armas que hubo al margen derecho del Don, cerca de Serafimóvich, y salir a Tátsinskaya, lo que permitiría interceptar las vías férreas y otras que el enemigo podía utilizar para su movimiento de la región de Stalingrado al Occidente. Posteriormente, el frente debía proseguir la ofensiva a través de Kámensk hacia Rostov, donde cruzarían las vías de retroceso de las tropas germanofascistas no sólo de Stalingrado, sino también del Cáucaso. Simultáneamente se proyectaba efectuar el cerco y la derrota del 6 Ejército alemán directamente en las proximidades de Stalingrado, con las fuerzas del Frente de Stalingrado y el Frente Sudeste y en cooperación con el Frente Transcaucásico. Este último tenía que asestar el golpe desde el sector de Gueórguievsk en dirección al noroeste a través de las estepas de Salsk, lo que amenazaría a la retaguardia de las agrupaciones enemigas del Cáucaso y de Astracán.

En el mapa en cuestión se ven asimismo claramente los defectos de la idea. Por ejemplo, para cercar el poderoso 6 Ejército alemán, se asignaron fuerzas relativamente débiles, sobre todo en el sur (por el norte debía actuar el 21 Ejército que contaba con 10 divisiones y por el sur, el cerco del enemigo debía realizar el 51 Ejército, integrado solamente por cuatro divisiones y una brigada). Las tropas móviles en la composición de las agrupaciones de choque, designadas para efectuar el cerco del 6 Ejército alemán, no estaban previstas. La acción envolvente de los frentes de Stalingrado y del Sudeste sería compleja: en un principio se planeaba que las tropas irían al pequeño meandro del Don y después volverían al Este, hacia Stalingrado, a fin de cortar y aniquilar al enemigo cercado. Dada la vuelta hacia Stalingrado, se necesitaría cruzar el Don. El frente exterior del cerco distaba mucho del frente interior, lo que complicaría la cooperación de las tropas soviéticas. Habida cuenta de que el enemigo tenía superioridad en tanques y aviación, el terreno despejado de las estepas de Salsk era poco conveniente para la ofensiva del Frente Transcaucásico. Además, el mando alemán tendría para su maniobra un gran espacio en el Cáucaso del Norte.

Ese mapa, firmado por I. Boikov, reflejaba sólo la etapa inicial de elaboración del plan de la derrota del enemigo en la dirección de Stalingrado y en el flanco sur del frente soviético-germano. Durante la preparación definitiva del plan general de la contraofensiva de nuestras tropas, la idea del golpe sobre Rostov a través de Kámensk halló su expresión en

el plan del Gran Cuartel General cuyo nombre convencional era "Saturno". Las agrupaciones de choque asignadas para el cerco del enemigo fueron reforzadas por cuerpos de tanques y mecanizados.

El profundo estudio de las cuestiones referentes a nuestra contraofensiva, llevado a cabo por el personal del Estado Mayor General, ayudó al mando soviético a resolver posteriormente las tareas relacionadas con la derrota de las reservas operativas del grupo de ejércitos "Don", que desde finales de noviembre de 1942 se concentraban en la región de Nizhne-Chírskaya y Tormosin, lo que contribuyó en gran medida al fracaso de los intentos del enemigo orientados a salvar del cerco el 6 Ejército asestando golpes desde el exterior.

El general V. Ivanov tuvo que ir, por indicación de A. Vasilevski, al sector de Stalingrado, donde participó en los reconocimientos junto al Jefe del Estado Mayor General, representante del Gran Cuartel General. Durante el trabajo sobre el terreno en la región de los lagos Sárninskie se estudiaron detalladamente las condiciones de acción de las tropas, grandes unidades y agrupaciones. Los resultados de los reconocimientos permitieron crear el plan de ofensiva del Frente de Stalingrado en forma definitiva, tal como lo conocemos en la actualidad. Un trabajo análogo fue realizado por G. Zhúkov en otros frentes.

Omito deliberadamente todo lo que guarda relación con la elaboración del plan de la contraofensiva en el sector de Stalingrado y con la preparación de la operación en las tropas. De eso se relata excelentemente en las memorias de G. Zhúkov, A. Vasilevski, N. Vóronov, G. Vorozheikin y muchos otros autores. El desarrolo y los resultados de la batalla de Stalingrado se conocen bastante bien. Esta operación ha entrado en la historia como obra maestra de arte militar. Me limitaré a decir que un papel no desdeñable desempeñó en el logro de la victoria la superioridad del pensamiento estratégico de los jefes militares soviéticos, del Gran Cuartel General y del Estado Mayor General soviéticos, sobre el pensamiento de los estrategas y de los órganos superiores de la dirección estratégica de la Alemania hitleriana. En esa batalla histórica librada en el sur del país, nuestro Estado Mayor General cumplió con éxito sus tareas y fue ayudante fiel del Alto Mando, mientras que la Casa militar de Hitler no supo alcanzar sus objetivos ni contrarrestar nuestros planes. Creó tarde el grupo de ejércitos "Don", destinado para liberar al 6 Ejército y al 4 Ejército de

tanques, y actuó de manera trivial desde el punto de vista operativo.

En el proceso de Nüremberg contra los criminales de guerra alemanes, el abogado de Göering observó irónicamente que, siendo prisionero, el mariscal de campo Paulus dictó conferencias de estrategia en la Academia Militar Superior soviética "K. Voroshílov" (lo que no ocurrió en realidad). Paulus, que estuvo presente en la sesión como testigo, replicó: "La superioridad de la estrategia soviética sobre la nuestra resultó tan grande que es poco probable que los rusos pudieran necesitarme aunque sea para dar clases en una de las escuelas de suboficiales. La mejor prueba de ello es el desenlace de la batalla en el Volga, que para mí terminó por la prisión, así como el que todos esos señores están aquí, en el banquillo de los acusados". ¿Acaso es posible hacer una estimación más humillante de los estrategas criminales de la Alemania fascista?

Capítulo V

EL PUNTO DE VIRAJE

Amenaza al Cáucaso. Mi primer informe en el Gran Cuartel General. Comisión de servicio a Transcaucasia. Cerrar a cal y canto los puertos en la montaña. Un baluarte en el litoral del mar Negro. Detenido el enemigo. Indicios de ofensiva en Cáucaso del Norte. La atención del Alto Mando se centra en el grupo de tropas del mar Negro. ¿No convendría crear un ejército de caballería? El plan "Montañas" y el plan "Mar". La plaza de armas de Tamáñ. Dos desembarcos cerca de Novorossiisk. El mariscal G. Zhúkov en el Kubán. La quiebra de la Línea Azul.

La ausencia de Vasilevski se notó mucho en el trabajo de este eslabón rector. En el transcurso de medio año se habían sucedido en él varios jefes: P. Bodin, dos veces A. Bogoliúbov y V. Ivanov, desempeñando en los interregnos este cargo P. Tijomírov, P. Vechny y S. Gueniatullin.

Por si fuera poco, por disposición del Jefe Supremo, A. Vasilevski pasaba gran parte del tiempo en los frentes, encabezando el Estado Mayor General durante su ausencia el comisario F. Bókov, hombre magnífico y excelente trabajador del Partido, pero falto de preparación para ejecutar funciones estrictamente operativas.

Las prolongadas salidas al ejército de operaciones del Jefe del E.M.G. y el cambio continuo de jefes de la Dirección de Operaciones creaban un ambiente de nerviosismo, que alteraba con frecuencia la precisión de nuestro trabajo. En un mes o dos que permanecían al frente de la dirección a ninguno le daba tiempo de ponerse como es debido al corriente de los asuntos, de profundizar en la situación y, por consiguiente, de sentirse seguro cuando tenía que ir a informar al Gran Cuartel General. No había más remedio que retener a su lado, "por si acaso", a los jefes de las direcciones por si se necesitaba de momento cualquier información. La Dirección de Operaciones siempre estaba llena de gente. Algunos intentaban hacer algo, incluso en aquellas condiciones, examinaban documentos, pero, la mayoría perdía el tiempo en vano... Esto causaba despecho, tanto más que la situación de nuevo se agravaba, lo que exigía de todos nosotros que trabajásemos con gran precisión.

Cuando se hizo evidente que las tropas germanofascistas

intentarían, sin duda, abrirse paso hacia el sur, a lo largo del litoral del Caspio y a través de la cordillera del Cáucaso, se nos planteó con toda agudeza una nueva e inminente cuestión: ¿no les apoyarían sus partidarios turcos? Aunque en aquella época todo estaba relativamente tranquilo en Irán, en Turquía la cosa era distinta. A mediados de 1942 nadie podía garantizar que este país no se aliara a Alemania, ni era casual que en la frontera con el Cáucaso soviético Turquía tuviera concentradas veintiseis divisiones.

Debíamos mantener inexpugnable la frontera soviético-turca, asegurándola contra toda clase de imprevistos con las fuerzas del 45 Ejército. Para el caso de que la ofensiva turca se hiciese a través de Irán sobre Bakú, también se adoptaron las medidas preventivas de rigor en la frontera irano-turca. En las nuevas condiciones la guarnecía nuestro 15 Cuerpo de caballería, reforzado con una división de infantería y una brigada de carros de combate.

Debo señalar que también en tiempos de paz existía el plan de protección de la Transcaucasia. En 1941, después de llevar nuestras tropas a Irán, fue precisado, aunque no se le concedió la debida atención. En cambio, a finales de 1941, cuando los alemanes tomaron Rostov e intentaron por primera vez penetrar en el Cáucaso, hubo necesidad de reelaborar cardinalmente este plan, incluyendo la necesidad de cubrir contra todo evento la Transcaucasia, no sólo del lado de Turquía, sino, asimismo, desde el norte, con la particularidad, de que en las nuevas circunstancias, esta última dirección adquiría importancia principal.

El Frente Transcaucásico, creado ya en 1941, incluía al principio los ejércitos 45 y 46 y las tropas que se encontraban en Irán. En junio de 1942 se le agregó el 44 Ejército, que había completado sus efectivos en la región de Majachkalá. La Transcaucasia se protegía también con las tropas del Frente Norcaucásico. Pero estaba claro que todas estas fuerzas no bastaban. A propuesta del E.M.G. se comenzó a trasladar allí, apresuradamente, tropas de Asia Central y de otras zonas.

El 23 de junio, el Consejo Militar del Frente Transcaucásico presentó en Moscú el plan reformado de defensa de la Transcaucasia. Cuando se analizó resaltaron aún más sus defectos. La insuficiencia de fuerzas se manifestó, naturalmente, en el plan de su utilización. Reforzando con toda justeza la dirección de Bakú, adelantando al río Térek el 44

Ejército, el mando del Frente dejaba casi indefensa toda la cordillera Principal Caucásica, misión que se encomendaba al poco numeroso 46 Ejército. Resultado de ello fue que el collado del Maruja, por ejemplo, lo defendía una sola compañía de infantería con una sección de morteros y otra de zapadores y Klujori lo cubrían dos compañías de fusileros, reforzadas con una sección de zapadores.

Con aquellas fuerzas tan escasas era inconcebible, claro está, mantener los pasos montañosos. Después de señalarle al Comandante del Frente estos defectos, el propio Estado Mayor General emprendió la búsqueda de reservas, con las que se pudiera reforzar la defensa de la Transcaucasia. En el transcurso del mes de agosto fueron trasladados complementariamente allí los cuerpos de infantería de la Guardia 10 y 11 y once brigadas independientas de infantería.

Para facilitar la dirección de las tropas, que se defendían por los ríos Uruj y Térek, fueron unificadas en el llamado Grupo Norte, bajo el mando de I. Máslennikov, integrado por el 44 Ejército, el grupo de tropas del general V. Kurdiúmov, transformado en 9 Ejército y, posteriormente, también el 37 Ejército que se retiró del Donbáss y del Don. Al general Máslennikov se le encomendó la misión de cerrar firmemente la dirección de Bakú y la Carretera Militar de Georgia, el paso fundamental a través de la cordillera del Cáucaso.

En el propio Frente Norcaucásico se llevaron a cabo considerables medidas de orden organizativo. Ya el 28 de junio pasaron a formar parte de él los ejércitos del disuelto Frente Sur, replegados a aquella zona. Fueron creados dos grupos operativos: el del Don, mandado por el teniente general R. Malinovski, y el de Primorie, bajo el mando del general coronel Y. Cherevíchenko.

A finales de julio y durante toda la primera quincena de agosto se libraron durísimos combates defensivos en los campos del Kubáñ. Las tropas soviéticas peleaban heroicamente, pero el enemigo, paso a paso, continuaba su avance y hacia el 20 de agosto alcanzó el río Térek. En esta línea entró ya en combate el Grupo Norte de tropas del Frente Transcaucásico, cuyo talón de Aquiles era su débil armamento. La 417 División de infantería, por ejemplo, según su estadillo de armamento del 10 de agosto, tenía 500 fusiles. La 151 Divisón estaba la mitad armada, y con fusiles de marcas extranjeras. Una de las brigadas de infantería sólo estaba armada en un 30% y con fusiles de estos tipos, y no tenía

una sola ametralladora ni pieza de artillería.

Todo esto nos alarmaba mucho. Y no sin motivos. El paso montañoso de Klujori el enemigo lo ocupó con un golpe de mano. El Estado Mayor del 46 Ejército sólo lo supo al tercer día.

La defensa de la Transcaucasia está íntimamente relacionada con los recuerdos de mi primer informe en el Gran Cuartel General. La cosa sucedió así.

Una noche telefoneó desde el Kremlin F. Bókov, ordenándonos al coronel K. Vasílchenko y a mí que nos presentáramos allí con nuestros mapas de trabajo. Nos enviaron para ello un coche. Nos recibió en el Kremlin un teniente coronel desconocido que nos acompañó al segundo piso, al recibimiento de Stalin. Ambos estábamos nerviosos, pues comprendíamos que nos iban a preguntar cómo estaban las cosas en nuestras direcciones. A los pocos minutos nos invitaron a pasar al despacho del Jefe Supremo. Sentados a una gran mesa, junto a la pared, estaban Mólotov, Malenkov y Mikoyán, teniendo enfrente a F. Bókov, P. Bodin, que acababa de ser nombrado jefe de la Dirección de Operaciones, y a Y. Fedorenko. Stalin paseaba por la habitación. Nos presentamos.

— ¿Pueden informar de la situación en las proximidades de Stalingrado y en el Sur?— nos preguntó Stalin.

— A la orden — respondimos a una.

Vasílchenko fue el primero en informar de lo que ocurría en Stalingrado. Al Jefe Supremo le interesaba cuáles eran la situación y estado de las tropas, quién y a qué línea se replegaba, a quién pasaban a subordinarse las fuerzas que se retiraban, dónde se encontraban sus segundos escalones, dónde las reservas y cuál era el abastecimiento de las tropas. Vasílchenko estaba al tanto de todo y su informe fue brillante.

Cuando me llegó el turno, extendí mi mapa e informé qué fuerzas se defendían por la margen del río Térek, qué otros refuerzos podrían enviarse allí, cómo cubrir la dirección a Bakú y la Carretera Militar de Georgia. No omití la débil defensa de los puertos de la cordillera Principal Caucásica, el peligro para las direcciones de Novorossiisk y Tuapsé, así como la necesidad de acelerar la construcción de líneas defensivas.

Stalin me escuchó sin interrumpirme. Las preguntas comenzaron cuando callé.

— ¿Qué otras tropas hay la Transcaucasia?

Las cité.

— ¿Se puede trasladar algo de Asia Central?

— La 83 División de tiradores de montaña que manda el general mayor Luchinski — respondí, y añadí a renglón seguido —: Es mejor desplegarla en la dirección de Tuapsé. De Asia Central puede sacarse una división más.

— ¿Qué podemos traer de Irán? — preguntó el Jefe Supremo.

— No más de una o dos divisiones — y expliqué las razones.

— Dedique especial atención a la dirección de Bakú — dijo Stalin, dirigiéndose a Bodin.

El Jefe Supremo se mantenía con gran naturalidad. Nuestra cortedad inicial desaparecía gradualmente. Cuando el informe tocaba a su fin, Vasílchenko y yo estábamos ya completamente tranquilos.

— Estos coroneles tendrán que llevárselos cuando emprendan el viaje — dijo el Jefe Supremo, sin dirigirse concretamente a nadie.

Nuestra misión terminó y salimos. Sólo al cabo de unos días de habernos llamado al Gran Cuartel General, el 21 de agosto, exactamente, Bodin me anunció:

— Prepárese, mañana, a las 4 de madrugada iremos al aeródromo. Tome un cifrador y algunos oficiales de su dirección.

En aquella época yo no tenía casi que prepararme. Conocía de memoria todo lo que concernia a mi dirección y vivíamos donde trabajábamos, en la calle Kírov. Por la mañana, a la hora fijada, salimos en el coche de Bodin para el aeródromo Central, donde ya nos aguardaba un avión Si-47. A Bodin se presentó el comandante del aparato, coronel V. Grachov.

Volamos a Tbilisi a través de Asia Central. La ruta directa ya estaba cortada por los alemanes. Aterrizamos por la tarde en Krasnovodsk y, cuando cerró la noche, volamos sobre el Mar Caspio a Bakú y Tbilisi.

Casi era ya medianoche cuando tomamos tierra en la capital georgiana y, sin perder minuto, nos dirigimos al Estado Mayor del Frente. La ciudad aún no dormía. Muchas calles estaban brillantemente iluminadas y llenas de gente.

Bodin escuchó inmediatamente el informe del jefe de E.M. del Frente, A. Subbotin, y le dio a conocer las misiones que allí nos habían llevado, que no eran pocas: precisar la situación sobre el terreno, fijar medidas complementarias para reforzar la defensa de la Transcaucasia y llevarlas a la

práctica, crear reservas con las tropas que ya se habían replegado y que se retiraban a la Transcaucasia desde el norte, así como a cuenta de movilizar nuevos contingentes de la población local y, por último, acelerar la preparación de líneas defensivas ante todo en la dirección de Bakú.

Bodin concluyó, dirigiéndose al Comandante del Frente:

— ¿Sabe Usted que los aliados intentan utilizar nuestra difícil situación en los frentes para arrancarnos el consentimiento de traer tropas inglesas a la Transcaucasia? Esto no podemos permitirlo, claro está. El Comité Estatal de Defensa considera la defensa de la Transcaucasia misión importantísima estatal y nosotros estamos obligados a tomar todas las medidas para rechazar el empuje del enemigo, desgastarle y después destrozarle. Las esperanzas de Hitler y los anhelos de los aliados hay que enterrarlos...

Prácticamente, nuestra labor en aquel frente comenzó el 24 de agosto, cuando se implantó el estado de guerra en la Transcaucasia. Todas las fuerzas que retrocedían organizadamente desde el norte, ocupaban posiciones defensivas por el río Térek, en las estribaciones de la cordillera Caucásica y en las direcciones de Tuapsé y de Novorossiisk mientras que las unidades medianas y grandes, muy debilitadas en los combates anteriores, que habían perdido los órganos de mando o el armamento, se llevaban a retaguardia. En la dirección de Bakú, la principal, el 28 de agosto comenzó a formarse el 58 Ejército. En la zona de Kizliar iba concentrándose un cuerpo de caballería, formado de distintas unidades.

Después de compenetrarnos bien con la situación, se decidió crear regiones defensivas en los centros de importancia operativa, que eran tres: el especial de Bakú, el de Grozny y el de Vladikavkáz. A sus jefes se les concedieron los derechos de adjuntos de los comandantes de los ejércitos que defendían los accesos a estas regiones.

La defensa de la Carretera Militar de Georgia se encomendó por entero a una división de infantería cuyas fuerzas principales cerraron la entrada en la zona de Ordzhonikidze, enviándose allí una división más de Gori.

La dirección de Bakú nos dio bastante trabajo. Pudimos establecer sobre el terreno que las obras de fortificación de las líneas defensivas se hacían con mucha lentitud. Se advertía claramente que faltaban fuerzas. A petición de los militares, el Comité Estatal de Defensa aprobó el 16 de septiembre una disposición especial que movilizaba diariamente para las

obras de fortificación en las zonas de Majachkalá, Derbent y Bakú a 90.000 habitantes locales. Después de esta medida, las obras se hicieron con rapidez. Día y noche se abrían trincheras, se establecían barreras y se cavaban zanjas anticarro. Además, el 29 de septiembre el Gran Cuartel General ordenó realizar varias medidas para consolidar la defensa y destinó 100 tanques para estos fines.

También se prestó gran atención a la defensa de la importante dirección de Tuapsé. Desde comienzos de agosto el E.M.G. no la perdía de vista en ningún momento, pues en caso de rotura hacia Tuapsé, el enemigo saldría por el norte a retaguardia de las tropas que defendían la Transcaucasia, logrando, además, el camino más expedito hacia Sochi y Sujumi a lo largo del litoral. La idea de maniobra del enemigo, que se distinguía por su decisión, no llegaría nunca a realizarse. El 5 de agosto el Gran Cuartel General dictó una directiva especial a este respecto y después de diez días de encarnizados combates el enemigo pudo ser detenido en las vertientes septentrionales de la cordillera Principal Caucásica, a 50 kilómetros de Tuapsé. No obstante, la situación continuó siendo muy crítica.

No menos difícil iba tornándose la situación en la península de Tamáñ y en Novorossiisk, donde se encontraban las bases de nuestra Flota. Desde estos puntos el enemigo se proponía coadyuvar al ataque sobre Tuapsé, siendo mayores sus éxitos en estas zonas. A fines de agosto y primeros de septiembre los fascistas ocuparon la península y gran parte de Novorossiisk, poniendo en situación apurada al 47 Ejército y a las unidades de la Flota que defendían este importantísimo puerto del mar Negro. El desenlace de la lucha lo decidirían la resistencia de las tropas, la maestría y el arrojo de los mandos, la conveniencia de las decisiones que se tomaran y la firmeza en llevarlas a la práctica. Nosotros considerábamos que en aquella zona se debía organizar, ante todo, una dirección segura de las tropas. Sobre la base del Frente Norcaucásico, el 1 de septiembre se formó en aquel sector el Grupo de Tropas del mar Negro, subordinado al Frente Transcaucásico. A los pocos días tomó el mando de este Grupo el teniente general I. Petrov. El Consejo Militar del Frente propuso nombrar Comandante del 47 Ejército y de toda la zona defensiva de Novorossiisk al general mayor A. Grechko y jefe de la defensa de la propia ciudad al contraalmirante S. Gorshkov. El Gran Cuartel General aprobó la propuesta. Sus resultados no se hicieron esperar. El 10 de septiembre las

tropas soviéticas pararon al enemigo en la parte oriental de Novorossiisk, entre las fábricas de cemento, obligándole a pasar a la defensiva.

La cordillera Principal Caucásica no entraba en la zona de acciones del Grupo de Tropas del mar Negro ni del Grupo de Tropas Norte. Según la idea de maniobra, el 46 Ejército que la defendía, debería subordinarse directamente al mando del Frente. Posteriormente, anejo al E.M. del Frente, surgió un organismo especial denominado "Estado Mayor de las tropas que defienden la cordillera Caucásica", encabezado por el general G. Petrov, del Comisariado del Pueblo del Interior. Debo decir francamente que se trataba de una instancia inventada, innecesaria e intermedia absolutamente. En la práctica, este E.M. sustituyó a la dirección del 46 Ejército.

Estaba claro que la defensa de las montañas no marchaba bien. El mando del Frente que había exagerado su inexpugnabilidad, el 15 de agosto pagó este error con la pérdida del paso de Klujori. Poco faltó para que los alemanes tomaran también el collado del Maruja, que habría permitido a los alemanes abrirse paso al sur, al mar Negro. Los descuidos cometidos se subsanaban con la mayor rapidez posible. Se formaron con toda urgencia y subieron a defender los puertos montañosos destacamentos de alpinistas y de lugareños de los distritos de alta montaña, particularmente entre los svanis. También se aproximaron a los collados fuerzas complementarias del ejército regular. En la zona de Krásnaya Poliana cerraron al enemigo el camino al mar, a Sochi, la 20 División de fusileros alpinos, mandada por el coronel A. Turchinski, y dos regimientos del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores: el 23 de guardafronteras y el 33 mecanizado. Al este de Krásnaya Poliana ocupó la defensa un nutrido destacamento bajo el mando del coronel I. Piyáshev. También participaron en la defensa las unidades de la 394 División de fusileros del teniente coronel I. Kantaria y otras tropas.

Ascendieron también a las montañas destacamentos de obreros armados. Toda la multinacional familia de los pueblos del Cáucaso se alzó a la lucha contra el enemigo. En las líneas de combate y en la retaguardia del invasor se desplegaba una lucha adversa para los intrusos. La fraternidad de los pueblos soportó todas las pruebas. Las esperanzas de los ocupantes en su debilidad fallaron completamente.

Precisamente corresponden a esta época los acontecimientos en la zona del collado del Maruja. En condiciones

sumamente difíciles, sus heroicos defensores rechazaron todos los intentos de los destacamentos alpinos alemanes para apoderarse del collado y abrirse allí paso hacia la cordillera Principal Caucásica. Sus defensores cumplieron su deber de soldados hasta el fin.

También se combatía encarnizadamente en el río Térek, donde atacaba el I Ejército de tanques y varios cuerpos de infantería enemigos. El golpe se asestaba calculando abrir brecha simultáneamente hacia el litoral del Caspio y hacia la Carretera Militar de Georgia. Sin embargo, ni en uno ni en otro sitio las tropas alemanas tuvieron éxito. La lucha en los accesos a Ordzhonikidze y Grozny terminó para ellas con el fracaso más rotundo y con grandes bajas. Por más que lo intentó, el enemigo no pudo alcanzar el petróleo de Grozny y de Bakú, malográndose también su propósito de irrumpir en el Oriente Próximo.

Asimismo fracasaron en la dirección del mar Negro, a pesar de que los alemanes derrocharon allí gran actividad, especialmente en las proximidades de Tuapsé. Desde finales de septiembre, después de una reagrupación sólida de sus fuerzas, atacaron por segunda vez con el claro propósito de cercar y aniquilar al grueso de las fuerzas del 18 Ejército. Nuevamente se cernió una amenaza sobre el litoral marítimo. En aquellas condiciones, el Gran Cuartel General y el Consejo Militar del Frente reforzaron las tropas con efectivos frescos, y a mediados de octubre designaron para mandarlas al general A. Grechko. Se activó también el trabajo político. Librando duros combates, las tropas soviéticas se aferraron a la última cadena montañosa, ya en los accesos a Tuapsé, pero cerraron el paso al adversario y, mediante contraataques posteriores, lo arrojaron al otro lado del río Pshish. En esta línea, de importancia para nosotros, las fuerzas se igualaron, primero, y después, incluso obtuvimos cierta superioridad numérica. Por eso, cuando a mediados de noviembre los hitlerianos quisieron irrumpir por tercera vez en Tuapsé, todos sus esfuerzos resultaron infructuosos. Es más, parte de las fuerzas atacantes adversarias fue copada y completamente aniquilada.

Los alemanes ya no volvieron a pasar a la ofensiva en la dirección de Tuapsé. Tampoco pudieron remontar la cordillera Caucásica, a pesar de que allí operaba un cuerpo de tiradores alpinos magníficamente adiestrado. En la zona del Elbruz el enemigo sólo pudo tomar el "Refugio de los once", sin avanzar un paso más.

Durante nuestro trabajo en la Transcaucasia no cesamos de apoyarnos firmemente en los oficiales del Estado Mayor General que cumplían misiones de servicio en las tropas. Nos acompañaban en los frecuentes desplazamientos, nos ayudaban a elaborar los datos de la situación, a preparar el parte de novedades diario para el Gran Cuartel General y tomaban parte activa en nuestras medidas de organización. Recuerdo con cariño, entre otros, a los camaradas N. Saltikov, A. Tamrázov y a otros muchos.

Al cabo de un mes regresamos a Moscú. A despecho de la jactanciosa declaración del mando del Grupo de ejércitos "A" alemán de que la resistencia de las tropas soviéticas sería pronto quebrantada, la situación en la Transcaucasia se iba estabilizando. Unicamente no se reintegró con nosotros el teniente general P. Bodin, designado Jefe del Estado Mayor del Frente, alto cargo que no desempeñó mucho tiempo. El 1 de noviembre Bodin sucumbió: sorprendido por un bombardeo de aviación cerca de Ordzhonikidze, no quiso echar cuerpo a tierra, para mayor seguridad, y pagó la imprudencia con su vida.

Cuando llegamos a Moscú conocimos la pieza teatral "El frente" del dramaturgo Alexandr Korneichuk. Apareció inesperadamente en las planas de *Pravda*, emocionando a toda la oficialidad del ejército. Y aunque en el Estado Mayor General teníamos los minutos contados, hasta los más atareados leímos la obra. Apoyábamos de todo corazón al joven Ognev y desaprobábamos a Górlov.

Pero, bien se dice que no hay regla sin excepción. También en el E.M.G. y fuera de él, incluso entre dirigentes militares muy prestigiosos, hubo quienes enfocaron la obra "El frente" como un sabotaje *sui generis* contra el Ejército Rojo. El Gran Cuartel General recibió varios telegramas, exigiendo que cesara la publicación de la pieza en "Pravda" y que se prohibiera su representación en los teatros como cosa "totalmente nociva". A uno de tales telegramas le siguió esta respuesta del Jefe Supremo:

"Son injustos en la apreciación que hacen de la pieza. Esta tendrá gran trascendencia educativa para el Ejército Rojo y sus mandos. La pieza señala justamente los defectos del Ejército Rojo y sería erróneo no querer ver estos defectos. Hay que tener la hombría de reconocer las deficiencias y tomar medidas para subsanarlas. Este es el único camino para mejorar y perfeccionar el Ejército Rojo".

La juventud del Estado Mayor General, si puede llamarse

así a los hombres del eslabón dirigente intermedio y, por su edad, aún no viejos, acogimos "El frente" como la expresión de la política del Partido, como su llamamiento para elevar el nivel de nuestro arte militar y de los métodos de dirección de las tropas.

La agrupación principal de tropas hitlerianas copada cerca de Stalingrado el 23 de noviembre de 1942 acabó completamente su existencia el 2 de febrero de 1943. Como resultado de durísimas operaciones, para ambos bandos, ofensivas y defensivas, la Alemania hitleriana perdió en Stalingrado más de millón y medio de hombres, una cantidad colosal de material bélico y, como demostraron los acontecimientos posteriores, esta fue una etapa importantísima en el camino hacia nuestra victoria completa en la Gran Guerra Patria. La historia no conocía hasta entonces otro ejemplo de que en menos de tres meses desapareciera un ejército tan numeroso, aún careciendo su vencedor de superioridad general en fuerzas y medios.

La consecuencia directa de la victoria en Stalingrado fue la liberación del Cáucaso del Norte, en la que tuve relación directa por el servicio que a la sazón desempeñaba en el E.M.G. De lo que hablo a continuación.

Stalingrado retuvo durante mucho tiempo a Vasilevski. A finales de 1942 y comienzos de 1943, estuvo casi constantemente en este sector del frente sovietico-alemán, el principal en aquellos meses.

Por cuanto el Jefe del Estado Mayor General estaba ausente, el Jefe Supremo telefoneaba a menudo a la misma Dirección de Operaciones, preguntando por la situación y dictando sus disposiciones. Había que estar siempre avizores y pasarse las veinticuatro horas del día en el puesto de trabajo. Particularmente yo, que desempeñaba en aquel período las funciones de subjefe de la Dirección de Operaciones. En algunos casos Stalin telefoneaba al general de guardia del Estado Mayor General y transmitía sus órdenes a través de éste. El cargo de general de guardia fue supernumerario. Introducido en su día por B. Sháposhnikov, lo ocupaban por turno los generales de las distintas direcciones del Estado Mayor General. El turno era reglamentado mediante una lista especial confeccionada por los oficiales de la Dirección de Operaciones. El General de guardia llevaba al día el mapa y siempre estaba al tanto de la situación en los frentes y de los asuntos en las direcciones fundamentales del Estado Mayor General.

El enemigo seguía presionando, las tropas soviéticas tensaban todas sus fuerzas para detenerlo. Mientras tanto, en el Gran Cuartel General y en el Estado Mayor General ya se hacían los planes de nuestra futura ofensiva, se ponían los cimientos a las operaciones decisivas para derrotar al enemigo a las puertas de Stalingrado y en el Cáucaso del Norte. Recuerdo la directiva del Jefe Supremo del 15 de octubre de 1942. En lo más enconado de los combates en el río Térek, llamaba la atención del mando del Frente Transcaucásico respecto al Grupo de Tropas del mar Negro:

"Por sus visitas más frecuentes a las tropas del Grupo Norte y porque una parte considerable de tropas ha sido destacada por Ustedes a reforzar este Grupo, el Gran Cuartel General advierte que Ustedes subestiman la importancia del Grupo del mar Negro y del papel operativo-estratégico de su litoral".

Como ejecutor directo del documento, del que ha sido sacado el extracto arriba citado, sé a ciencia cierta que le servía de base la preocupación por la futura ofensiva. En la última década del mismo mes, tuve ocasión de convencerme de que el Gran Cuartel General se preocupaba cada día más de esto. Una noche, F. Bókov me llamó a su despacho, ordenándome que expusiera mis consideraciones respecto a la creación de un Ejército de caballería en el Cáucaso del Norte.

— Se interesa Stalin — añadió.

La propuesta de transformar el 4 Cuerpo de caballería de la Guardia en Ejército, partía de I. Tiulénev, Comandante del Frente Transcaucásico. Se suponía unificar orgánicamente en esta gran unidad a siete divisiones de caballería: las 9 y 10 de la Guardia, del Kubáñ; las 11 y 12 de la Guardia, del Don, y las 30, 63 y 110.

Stalin acogió esta propuesta con gran calor.

— En verdad, ¿no nos convendría formar un Ejército de Caballería?— preguntó a Bókov, ordenando a renglón seguido que el Estado Mayor General analizara esta cuestión.

Además, el Jefe Supremo preguntó personalmente qué pensaba de ello el general N. Kirichenko, Comandante del Cuerpo de caballería de la Guardia.

La idea era muy tentadora. Todo parecía asegurar que en el Cáucaso del Norte había posibilidades plenas para llevarla a cabo: corceles y magníficos jinetes entre los cosacos del Kubáñ y del Don, así como extensos espacios que garantizaban maniobra libre a grandes masas de caballería. Por

añadidura, todos nos habíamos educado en un cariño profundo hacia el pasado heroico de la caballería roja. Sin embargo, como las condiciones de la Guerra Patria se diferenciaban sustancialmente de las condiciones en que se hizo la guerra civil, la cosa merecía pensarse.

Existían criterios dispares en cuanto al papel de la caballería en la guerra contemporánea, acerca de su organización y métodos de empleo. Unos, consideraban que la caballería ya no valía, que no podía realizar ataques en avalancha y hacer incursiones profundas por su vulnerabilidad ante el fuego de las armas automáticas, la existencia de gran número de tanques en el bando enemigo, las dificultades de suministrarse forrajes y por otras muchas causas. Se aducía también que en la guerra moderna era frecuente el paso a la defensiva y que la caballería, sin infantería, tanques y artillería no estaba en condiciones de crear una defensa sólida y que, por consiguiente, necesitaría ser reforzada con otras armas, acarreando con ello la pérdida inevitable de su cualidad más valiosa: la movilidad. Y puesto que se daban estas circunstancias, carecía de sentido tener caballería.

Otros, se inclinaban a que la caballería se emplease en cooperación con los carros de combate y las tropas mecanizadas, formando agrupaciones temporales de tropas montadas y mecanizadas, fuertemente apoyadas por la aviación. Esta solución acerca de la caballería era la que el E.M.G. consideraba más acertada, pues posibilitaba compaginar distintas armas en las proporciones que mejor respondieran a la situación.

Había, finalmente, partidarios de la caballería "pura". Estos puntos de vista estaban en pugna con la experiencia acumulada que, como es sabido, siempre sirve de criterio para encontrar la verdad. Utilizando la caballería sin medios de refuerzo ésta sufriría demasiadas bajas, con resultados muy limitados para sus incursiones, verdaderamente heroicas. Se presentarían ocasiones en que se necesitaría simplemente socorrerla, incluso suministrándola avena con aviones en la retaguardia enemiga, de donde sus grandes unidades no podrían salir por sus propios medios.

Todo esto se tuvo en cuenta cuando examinamos el problema de la creación de un Ejército de caballería. Al fin y a la postre, el Estado Mayor General dio una conclusión negativa a este respecto, suponiendo que tan voluminosa formación sería muy vulnerable desde tierra y desde el aire y que no justificaría las esperanzas que en ella se cifraban.

El Jefe Supremo aceptó nuestras consideraciones.

En diciembre de 1942, después de la derrota de Manstein, la situación en el Cáucaso del Norte cambió radicalmente a favor nuestro. En las nuevas circunstancias se iba vislumbrando la posibiladad real de que nuestro Frente Sur (antes de Stalingrado) pudiera salir a retaguardia del Grupo de ejércitos alemán "A", atrincherado en el río Térek en las montañas del Cáucaso y en las cercanías de Novorossiisk y cortar los caminos más probables para su retirada a través del Don y el Donbáss. El 29 de diciembre tomamos el poblado de Kotélnikovski, de donde partían los caminos invernales esteparios que conducían a Bataisk y Rostov. Había llegado la hora de emprender vastas operaciones ofensivas en el Frente Transcaucásico.

Previendo estos acontecimientos, el E.M.G. propuso que el Frente Sur, concentrando sus esfuerzos principales en la dirección de Rostov, tuviese en cuenta operar con parte de sus fuerzas sobre Tijorétskaya. La ocupación de este punto aislaría de Rostov a la agrupación enemiga que luchaba en el Cáucaso y llevaría a las tropas soviéticas a retaguardia del 1 Ejército de tanques alemán. El Gran Cuartel General aprobó esta propuesta. En la noche víspera del nuevo año 1943, se sancionó el plan de las futuras acciones de las tropas del Frente Sur.

Simultáneamente se adoptaban medidas para impedir que el enemigo se replegase del Cáucaso del Norte a la península de Tamáñ, desde donde podía pasar a Crimea, misión que debería realizar el Grupo de Tropas del mar Negro del Frente Transcaucásico, atacando sobre Krasnodar y Tijorétskaya, al encuentro de las tropas del Frente Sur. Al Grupo del Norte se le encomendaba una misión más reducida: fijar mediante combates al enemigo en las posiciones que éste ocupaba, mantenerse en contacto con él y no dejarle maniobrar.

Así, pues, a comienzos de 1943, en el Gran Cuartel General cristalizó totalmente la idea de aislar al enemigo en el Cáucaso del Norte con su posterior aniquilamiento. Las acciones en esta zona no eran más que un eslabón de la larga cadena de operaciones ofensivas de las Fuerzas Armadas Soviéticas que se desplegarían desde Vorónezh hasta Mozdok. La victoria de Stalingrado abrió también amplias perspectivas para otros frentes. El de Vorónezh debería atacar sobre Járkov, el del Sudoeste sobre Lisichansk-Krasnoarméiskoe-Mariúpol, y el Frente Sur, sobre Shajty, envolviendo Rostov. Esta orientación de golpes concordados en el tiempo debería que-



Moscú, 22 de junio de 1941. Escuchando la declaración del Gobierno soviético sobre la agresión alevosa de la Alemania fascista.



B. Sháposhnikov



M. Potápov



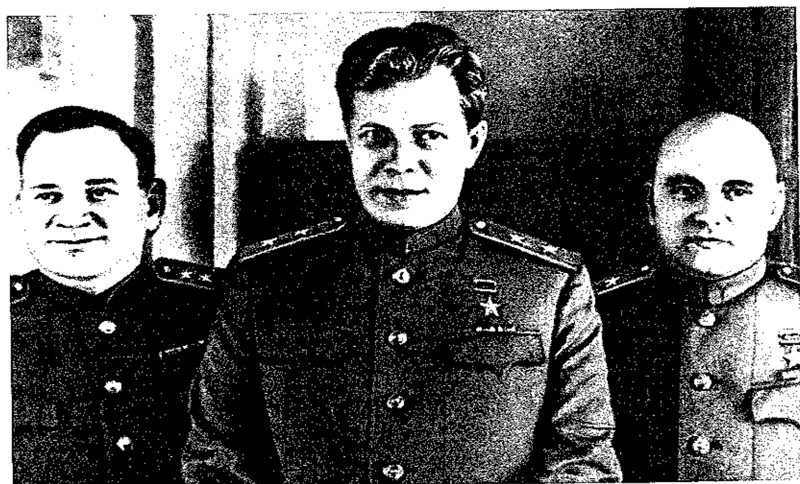
I. Tiulénev

La firma del Convenio entre los gobiernos de la URSS y Gran Bretaña sobre las acciones conjuntas en la guerra contra Alemania. 12 de julio de 1941



El contralmirante N. Jarlámov, jefe de la Legación militar soviética en Gran Bretaña, a bordo del crucero "Mauritius" (antes de haber comenzado el 6 de junio de 1944 el desembarco de los aliados en Francia)

José Stalin leyendo el informe sobre el 24° Aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Moscú, 6 de noviembre de 1941



De izquierda a derecha: A. Jruliov, Jefe de Logística del Ejército Rojo; D. Ustínov, Comisario del Pueblo para los armamentos; B. Vánnikov, Comisario del Pueblo para las municiones



El general mayor K. Rokossovski (segundo a la izquierda) y el comisario de división D. Léstev en el paso de Soloviovo. 1941



En la Odesa asediada. El contraalmirante G. Zhúkov (segundo a la izquierda) y el general I. Petrov con un grupo de jefes



En el Sebastópol asediado. N. Krylov, I. Petrov (en el centro) y N. Ryzhi. Abril de 1942

En la Carretera Militar de Georgia. 1942

P. Bodin



En el Frente Central (de derecha a izquierda): A. Antónov, A. Vasilevski (representantes del Gran Cuartel General), K. Rokossovski, K. Teleguin e I. Peresypkin





A. Gryzlov



N. Lómov

La Plaza Roja. Un grupo de generales del Estado Mayor General

brar el frente enemigo en muchos sitios, amenazar las retaguardias de sus agrupaciones principales y obligar al mando hitleriano fascista a dispersar sus fuerzas y actuar en múltiples direcciones.

En cumplimiento de la decisión del Gran Cuartel General, el Frente Transcaucásico preparó las operaciones de Krasnodar y Novorossiisk, para el Grupo de Tropas del mar Negro. La primera operación se llevó a cabo, en lo fundamental, con las fuerzas del 56 Ejército, y la segunda, con el 47 Ejército y la Flota y nos costó muchas preocupaciones. El Estado Mayor General recibió confidencias de que el enemigo conocía los preparativos de la operación en Novorossiisk, que hasta sabía la dirección del ataque principal a través del collado de Neberdzháevski, simultaneado con un desembarco marítimo. Si esto era realmente así se precisaba cambiar urgentemente los planes. Sin embargo, la investigación realizada no confirmó que nuestros propósitos se hubieran filtrado al campo adversario, continuándose los preparativos de la operación.

Mas el enemigo no esperó a que pusiéramos en práctica nuestros planes. Al mismo tiempo que nuestro Gran Cuartel General disponía que se atacara Tijorétskaya, el mando fascista alemán comenzó a retirar el 1 Ejército de tanques de Térek hacia el noroeste, viendo que sobre su retaguardia ya se cernía una amenaza inevitable por parte del Frente Sur. No hacía falta gran sagacidad militar para comprender en qué dirección se desarrollarían los acontecimientos.

El 1 Ejército de tanques intentaba unir su flanco al del 4 Ejército blindado del Grupo Manstein, deteniendo así la ofensiva de las tropas del Frente Sur por la depresión del Mánych y cerrándoles el paso a Rostov. Prácticamente, el enemigo nos oponía una barrera blindada de dos ejércitos de tanques. Es sabido que en las estepas éstos pueden maniobrar con facilidad, formar en poco tiempo fuertes agrupaciones móviles y asestar golpes poderosos. Precisamente en aquel sector, además del 1 Ejército de tanques, el adversario disponía del Cuerpo "F", gran unidad de organización especial, preparada exprofesamente para la guerra en desiertos y estepas[1]. Este Cuerpo lo componían tres batallones motori-

[1] El Cuerpo "F" lo formó el general Felmy, sirviendo la primera letra del apellido del general para denominar el Cuerpo.

zados, uno de tanques y otro de zapadores, pequeñas unidades de artillería de asalto y un destacamento de aviación. Nosotros teníamos, relativamente, pocos tanques, viéndonos obligados a combinarlos con la caballería para atenuar, en la medida de lo posible, la superioridad numérica del enemigo.

Las fuerzas principales del 1 Ejército de tanques alemán lograron perder contacto con nuestro Grupo Norte de tropas. La persecución del enemigo se emprendió con poca organización y con retraso. Las transmisiones resultaron estar mal preparadas para asegurar la dirección de las acciones ofensivas. Esto implicó que ya el primer día de persecución las unidades se entremezclasen. Los EE.MM. desconocían la situación y el estado exacto de sus fuerzas. El 58 Ejército quedó rezagado de su vecino, como si marchara en segundo escalón. El 5 Cuerpo de caballería de la Guardia del Don y los tanques no pudieron adelantarse a la infantería. El mando del Frente intentó poner orden, pero sin particular éxito.

Sin embargo, ante el Grupo de Tropas del mar Negro no se notaban indicios de repliegue. El enemigo se defendía allí obstinadamente, tratando a todo trance de mantener sus posiciones. Comprendía la amenaza que para él suponía la rotura de las tropas soviéticas en la dirección Krasnodar-Tijorétskaya y en la península de Tamáñ.

Por otra parte, el mando del Frente Transcaucásico no apreciaba con toda exactitud la situación creada. Seguía dedicando especial atención a las acciones del Grupo de Tropas Norte, aunque ya estaba claro que con la persecución frontal sólo se empujaba al enemigo. Mucho mejores eran las perspectivas que se vislumbraban en la zona del Grupo de Tropas del mar Negro. Pero, en este sector, el mando del Frente no emprendió ninguna medida sustancial.

El 4 de enero, a la una y media del día, Stalin llamó por teléfono al Estado Mayor General.

— Escriba y transmita al Frente — me dijo, y comenzó a dictarme una directiva. Hablaba despacio, reflexionando, seguramente, cada frase.

— "*Primero.* El enemigo se retira del Cáucaso del Norte, incendiando los depósitos y volando los caminos. El Grupo Norte de Máslennikov se transforma en grupo de reserva con la misión de perseguir al enemigo, sin presionarle mucho. No nos conviene expulsar al enemigo del Cáucaso del Norte. Nos favorece más retenerle y, atacándole con el Grupo del mar Negro, cercarle. Debido a esto, el centro de gravedad de las operaciones del Frente Transcaucásico se traslada

a la zona del Grupo del mar Negro, circunstancia que no comprenden ni Máslennikov ni Petrov.

Segundo. Ponga sobre ruedas inmediatamente al 3 Cuerpo de infantería y trasládelo con la mayor rapidez posible, de la zona del Grupo Norte a la zona del Grupo del mar Negro. Máslennikov puede empeñar en combate al 58 Ejército, que tiene inactivo en reserva, y que dada nuestra ofensiva exitosa podría rendir gran provecho.

El Grupo del mar Negro tiene como primera misión alcanzar Tijorétskaya, impidiendo así que el enemigo evacúe su material de guerra al oeste. Le apoyarán en ello el 51 Ejército y, posiblemente, el 28 Ejército.

La segunda misión, la principal, consiste en destacar una potente columna de tropas del Grupo del mar Negro para ocupar Bataisk y Azov, irrumpir en Rostov por el este, embotellando así al grupo de tropas enemigo norcaucásico, a fin de hacerlo prisionero o aniquilarlo. Le ayudará en esta operación el flanco izquierdo del Frente Sur, de Eriómenko, que tiene la misión de salir al norte de Rostov..." Al llegar aquí, Stalin hizo una pausa bastante prolongada y luego prosiguió:

"*Tercero.* Ordene a Petrov que comience la ofensiva en el plazo fijado, sin demorarla ni una hora y sin esperar a que le lleguen todas las reservas. Petrov siempre estuvo defendiéndose y no tiene mucha experiencia de ofensiva. Explíquele que ahora debe pensar en la ofensiva y economizar cada día y cada hora".

Al final, el Jefe Supremo agregó un punto en el que exigía que el mando del Frente se desplazase sin pérdida de tiempo a la zona de acciones del Grupo del mar Negro. Por consiguiente, se confirmó por segunda vez que los esfuerzos principales del Frente Transcaucásico debían precisamente concentrarse allí. Ahora, no los pronósticos, sino la propia situación aconsejaba este procedimiento, el más razonable.

El desplazamiento del centro de gravedad de las operaciones a la zona del Grupo del mar Negro no admitía, sin embargo, que decreciera la actividad del Grupo Norte de tropas. Cualesquiera que fueran las circunstancias, este grupo ya perseguía al enemigo y por su situación podía esperarse un considerable resultado operativo.

El Grupo Norte había progresado 20 kilómetros con su flanco derecho y se encontraba en la línea Soguliakin, donde a nuestro 4 Cuerpo de caballería de la Guardia se le enfrentaba el Cuerpo "F". El 44 Ejército, desalojando a las

unidades de cobertura de las dos divisiones de carros alemanas, avanzó 20 kilómetros al oeste de Súnzhenski. En su zona operaba también el 5 Cuerpo de caballería de la Guardia y el grupo de tanques del general G. Lobánov (tres brigadas, un regimiento y un batallón independiente, todos de carros, dos regimientos de artillería antitanque, en total, 106 carros y 24 autos blindados). En el centro de nuestro despliegue, el 58 Ejército había arrollado a las fuerzas de la 111 y la 50 divisiones de infantería alemanas, tomó el 3 de enero Mozdok y proseguía su avance lento en dirección a Projladni. Más a la izquierda, el 9 Ejército había rechazado a la cobertura de la 370 División de infantería y de la 5 División de aviación de campaña enemigas y progresó en una jornada más de 30 kilómetros. En la zona de este Ejército se encontraba el grupo de tanques del teniente coronel V. Filíppov (tres brigadas y dos batallones, con un total de 132 carros, una brigada de infantería y dos regimientos de artillería anti-carro). En el flanco izquierdo, persiguiendo a las unidades del Cuerpo de Steinbauer, el 37 Ejército tomó Nálchik y proseguía la ofensiva hacia el noroeste.

Ante el flanco derecho del Grupo Norte se extendía la estepa, donde las tropas móviles podían actuar con gran libertad. En el centro del despliegue y en el flanco izquierdo, en opinión del E.M.G., se podía escindir al enemigo con un ataque del 37 Ejército en dirección a Piatigorsk, combinado con la ofensiva del 9 Ejército sobre Gueórguievsk. De hacerse así, se podría derrotar a las fuerzas principales de la cobertura enemiga y, por consiguiente, se aceleraría el ritmo de las operaciones ofensivas posteriores. Con su salida a Nevinnomyssk, al Grupo Norte se le brindaba la posibilidad de atacar por la espalda a las tropas alemanas desplegadas en las montañas de la Cordillera Principal caucásica.

Pero, al mismo tiempo, comprendíamos que el Grupo Norte no estaba en condiciones de envolver con sus tropas móviles el flanco del enemigo y, menos aún, salir a retaguardia del grueso de sus fuerzas. Nuestros cuerpos de caballería estaban muy incompletos. La 10 División de caballería de la Guardia, por ejemplo, cuando comenzó la persecución, tenía menos de dos mil hombres, dos piezas de calibre 76 mm, cuatro de 45 mm y cuatro ametralladoras pesadas. La 9 División de caballería de la Guardia tenía 2.317 hombres, siete piezas de diversos calibres y ocho ametralladoras pesadas. Un poquito mejor se encontraban, en este aspecto, las demás divisiones. Los caballos estaban tan agotados en todas

las unidades que ya no podían recorrer más de 20 a 25 kilómetros diarios. Sin tanques y aviación, aquellas divisiones no podían, naturalmente, desempeñar un papel decisivo en la lucha contra el 1 Ejército de tanques alemán y su Cuerpo "F".

A pesar de todo, queríamos a toda costa adoptar medidas, que aunque no llevaran a un desastre completo al enemigo, le causaran, por lo menos, una derrota parcial y pérdida de su material bélico. Se precisaba crear un ariete en el flanco derecho. El E.M.G. propuso reforzar con tanques los cuerpos de caballería, utilizándolos para cortar los caminos de retirada al enemigo.

Estas consideraciones, el Estado Mayor General las envió al Consejo Militar del Frente, como recomendaciones que ayudaran a buscar la decisión más conveniente que, sin embargo, no fueron plenamente tenidas en cuenta. La orden de operaciones del Grupo Norte de tropas, presentada al Gran Cuartel General el 6 de enero y aprobada, seguramente, por el mando del Frente, adolecía de varios defectos sustanciales. En su conjunto, persistía en la idea anterior de empujar al enemigo, implicaba la dispersión de las tropas, especialmente de los cuerpos de caballería y de los tanques y se caracterizaba por una idea de maniobra extraordinariamente complicada que entorpecía su avance.

Se sobrentiende que este plan de acciones fuese desaprobado por el Gran Cuartel General. Se ordenó al E.M.G. que analizara detalladamente las acciones del Grupo Norte y remitiera este análisis a su Comandante y al del Frente Transcaucásico. Así lo hicimos. En la nota del Estado Mayor General del 7 de enero se señalaba que a las tropas del Grupo se les planteaban misiones irreales por su profundidad: al Cuerpo de caballería del Kubáñ, por ejemplo, se le proponía conquistar antes del 9 de enero Voroshílovsk, distante 200 kilómetros de su lugar de concentración; al 58 Ejército se le ordenaba avanzar, combatiendo, más de 100 kilómetros en dos días. También eran irrealizables las misiones planteadas al 44 Ejército. Sin embargo, al 9 Ejército, que era el que había progresado más, se le retenía premeditadamente en un mismo lugar durante tres días y se le iba sacando a reserva.

El Estado Mayor General propuso: continuar la ofensiva del 9 Ejército sobre Gueórguievsk y Mineralnie Vody, llevando en primer escalón tres brigadas de tanques, las fuerzas fundamentales de las tropas móviles empeñarlas en el flanco derecho y utilizarlas en los caminos de retirada del enemigo en la zona de Nevinnomyssk, o a mayor profundidad; desta-

car en el flanco izquierdo el mínimo de fuerzas a fin de no rechazar al enemigo de las estribaciones de la Cordillera principal Caucásica y evitar posteriormente reagrupaciones innecesarias; tener al 58 Ejército en segundo escalón. A la par de estas directivas se subrayaba la necesidad de planificar la operación, partiendo de las posibilidades reales, y asegurar la dirección ininterrumpida de las tropas y su abastecimiento.

Debo señalar, de pasada, que precisamente el día que enviamos nuestras recomendaciones, en el flanco derecho del Grupo Norte de tropas se perdió nuevamente el enlace con las unidades de tanques y de caballería. Los EE.MM. desconocían su situación exacta.

Después de leer el parte de operaciones de la jornada del 7 de enero en la zona del Frente Transcaucásico, a las 3 horas y 55 minutos de la madrugada del 8 de enero, Stalin dictó nuevamente un telegrama airado dirigido a I. Máslennikov, del que también debía entregarse copia a I. Tiulénev:

"...Usted se ha alejado de sus tropas y perdido el contacto con ellas. No está excluido que con tal desorden y falta de enlace en el Grupo Norte, sus unidades móviles puedan ser cercadas...

Esto es inadmisible.

Le ordeno restablecer el enlace con las unidades móviles del Grupo Norte y regularmente, dos veces al día, informar al Estado Mayor General de cómo está la situación en su Frente.

Usted responde personalmente de ello...".

En los días que siguieron, la dirección de las tropas del Grupo Norte mejoró un poco y la persecución del enemigo se hizo más planificadamente, en lo fundamental, a lo largo del ferrocarril a Armavir. Sin embargo, en la operación no se logró un viraje decisivo: el enemigo no se dejó envolver su flanco ni que nuestras tropas móviles salieran a retaguardia del Grupo de ejércitos "A". Cierto, que tampoco consiguió detener nuestra ofensiva. Los combates revestían un carácter extremadamente cruento.

El mando del Grupo de tropas del mar Negro, ahora piedra angular de los esfuerzos principales del Frente, no tuvo más remedio que reestructurar cardinalmente sus procedimientos. Esto se debió a que desde mediados de noviembre de 1942, aproximadamente, se preparaba en aquel sector la llamada operación de Maikop, adecuada en su tiempo y que había sido sancionada por el Gran Cuartel General. En la direc-

ción de Maikop se emprendieron trabajos para ampliar la red de caminos, crear stocks de material y concentrar tropas. Mas cuando llegó enero de 1943 desapareció la necesidad de llevar a cabo esta operación. El cambio de situación exigía que se emprendiera una ofensiva en las direcciones de Krasnodar y Novorossiisk. Hubo necesariamente que cambiar todo, y con la celeridad máxima.

El mando del Frente, que por indicación de Stalin llegó al puesto de mando del Grupo del mar Negro, en Molodiózhnoe (cerca de Tuapsé), empezó conjuntamente con I. Petrov a planificar dos nuevas operaciones, denominadas convencionalmente "Montañas" y "Mar". Simultáneamente, empezó el traslado de tropas, particularmente de artillería, a las direcciones de Krasnodar y Novorossiisk. Los caminos de montaña dificultaban mucho su concentración.

Los planes de estas dos operaciones del Grupo del mar Negro fueron presentados al Gran Cuartel General que los examinó ya el 8 de enero.

Por el plan "Montañas", el 56 Ejército, cuyo mando se entregó al general A. Grechko, debía resolver la misión principal. Este general ya se había distinguido mucho como jefe de la región defensiva de Novorossiisk y, más tarde, al mando del 18 Ejército en Tuapsé, donde el enemigo fue parado en los días críticos de la defensa del Cáucaso. El 56 Ejército tenía efectivos considerables: cinco divisiones y siete brigadas de infantería, tanques y otros medios de refuerzo.

La operación constaba de dos etapas claramente expresadas. En la primera (del 14 al 18 de enero), se suponía derrotar a las fuerzas enemigas que se oponían al 56 Ejército, tomar Krasnodar y apoderarse de los pasos a través del río Kubáñ. En la segunda etapa (del 19 al 30 de enero), se tenía en cuenta atacar desde la zona de Krasnodar sobre Tijorétskaya y conquistar la línea Tijorétskaya, Kanevskaya. En el plan no se decía nada acerca del ulterior avance en dirección a Bataisk.

"Nos va a costar un disgusto"— pensábamos, aunque a fuera de sinceros, nosotros mismos no teníamos seguridad de que el Grupo del mar Negro lograría entrar en Tijorétskaya, y ya no digamos en Bataisk, pues el enemigo que se replegaba ante el Grupo Norte llegaría allí, sin duda alguna, antes que nuestras tropas. Pero el Jefe Supremo citó Bataisk como objetivo final de la ofensiva y sus indicaciones jamás las olvidaba ni permitía que los demás las olvidaran.

La operación "Mar", que debía realizarse en cooperación

con la Flota del mar Negro, se dividía en tres etapas. En la primera (del 12 al 15 de enero), el 47 Ejército del teniente general F. Kamkov, debería romper la defensa del enemigo en el sector de Abinskaya y tomar la stanitsa Krímskaya, creando así condiciones favorables para apoderarse de Novorossiisk por tierra y desarrollar la ofensiva en la profundidad de la península de Tamáñ. En la segunda etapa (16-25 de enero), se liberarían el puerto y la ciudad de Novorossiisk con un ataque del 47 Ejército por tierra y un desembarco marítimo desde la zona de Yúzhnaya Ozereika. La tercera etapa preveía limpiar de enemigo la península de Tamáñ y se calculaba que duraría hasta el 1 de febrero.

El Gran Cuartel General aprobó íntegro el plan "Mar", sin objeciones, todo lo contrario del plan "Montañas", que tantas complicaciones suscitó. Como suponíamos, el Jefe Supremo manifestó su perplejidad al ver que no se decía una palabra de la ofensiva sobre Bataisk. A las dos de la tarde del 8 de enero, Stalin telefoneó otra vez al Estado Mayor General y tomé nota de la siguiente disposición que debería ser transmitida a los mandos del Frente Transcaucásico y del Grupo de tropas del mar Negro:

"*Primero.* Se ha recibido su plan de operación, que sólo refleja dos etapas de la misma: primera etapa — alcanzar la línea de Krasnodar y, segunda etapa, alcanzar la línea Tijorétskaya. Pero en su plan no figura la tercera etapa de la operación, prevista por mis indicaciones, es decir, llegar a Bataisk.

Ruego comunicarme qué motivos les han inducido para cortar la tercera etapa de la operación.

Es muy posible que debido a la ofensiva de los frentes Sur y Sudoeste se cree una situación favorable que permita que las unidades del mar Negro lleguen a Bataisk. Si Ustedes no se preparan ahora para esto, las circunstancias pueden sorprenderles.

En relación con esto les ruego comunicar al E.M.G. qué fuerzas tienen el propósito de destacar para llevar a cabo la tercera etapa de la operación.

Segundo. Su plan de operación, en lo que respecta a los puntos 1 y 2, se aprueba".

Después, recordando, por lo visto, el telegrama dictado la noche anterior a I. Máslennikov referente a su pérdida de dirección de las tropas, Stalin ordenó agregar un tercer punto, sólo para el Consejo Militar del Frente:

"Presten atención a Máslennikov, que ha perdido con-

tacto con sus tropas, no las dirige y nada en un mar de confusiones".

La parte del plan "Montañas", que faltaba, fue pronto presentada e íntegramente aprobada el 11 de enero por el Gran Cuartel General.

Todos los reagrupamientos y concentraciones de tropas en la zona del Grupo del mar Negro se hicieron con una premura extraordinaria, no sólo motivada por el continuo repliegue del 1 Ejército de tanques enemigo, sino también porque el 5 de enero los alemanes comenzaron a retirarse de los collados de la Cordillera Principal Caucásica.

Y aunque se tomaron todas las medidas posibles para terminar los preparativos de la operación en los plazos fijados por los planes esto no se logró. El tiempo se estropeó definitivamente, empezó a llover y a nevar. Las tropas y las cargas se atascaban en los caminos. Especialmente lo pasaba mal la artillería. El mando del Frente así nos lo hizo saber. En esta ocasión, Stalin fue paciente. A las 11 horas y 50 minutos del 13 de enero transmitió, mediante el general S. Bronevski, oficial de operaciones de guardia en el E.M.G., la siguiente respuesta al Comandante del Frente:

"Los plazos de comienzo y realización de la operación no deben entenderse como magnitudes absolutas e inmutables. Si el tiempo es malo puede comenzar la operación "Montañas" o "Mar" uno o dos días después de la fecha establecida".

Sobre la base de este telegrama, la ofensiva de los Ejércitos 56 y 47 fue comenzada el 16 de enero, pero, una vez más, sin haber acabado, ni mucho menos, toda la concentración de sus tropas. El comienzo de la operación no pudo demorarse más por el cambio, un tanto inesperado, de la situación ante el frente del Grupo del mar Negro y de los Ejércitos 46 y 18, sus vecinos por la derecha. El 46 Ejército, que había emprendido la ofensiva ya el 11 de enero con la modesta misión de distraer la atención del enemigo de las direcciones principales, lanzó ataques sobre Neftegorsk, Apsheronski y Maikop. Sus acciones fueron tan enérgicas que obligaron a las tropas adversarias a emprender el repliegue hacia el norte, poniendo en aprieto al enemigo que se defendía ante el dispositivo del 18 Ejército, desplegado más a la izquierda. Los fascistas también emprendieron la retirada en aquel sector. El 18 Ejército empezó a perseguirles, girando hacía el noroeste, maniobra que, a su vez, favorecía la ofensiva del 56 Ejército. El 16 de enero éste atacó al enemigo y en siete días de duros combates rompió su defensa en la dirección

de Krasnodar, acercándose a esta ciudad y al río Kubáñ.

El 47 Ejército, que descargaba su golpe principal sobre Krímskaya, no tuvo éxito. Aparte de que la resistencia del enemigo en la zona del 56 Ejército era cada vez mayor y no tardó en hacerse inexpugnable. La correlación de fuerzas iba igualándose e incluso tendía a cambiar a favor del enemigo.

En aquellas jornadas se manifestaron las leyes ineludibles de la dialéctica de la guerra: el empeoramiento de la situación general de las tropas germanofascistas, particularmente en Bataisk y Rostov, obligó a su mando a utilizar todas las posibilidades para reforzar la defensa en las direcciones de Krasnodar y Novorossiisk y mantener a toda costa sus vías de repliegue al Donbáss y Crimea. No debe perderse de vista que al mismo tiempo el Grupo del mar Negro combatía en los accesos a Krasnodar, los Ejércitos 2 de la Guardia, 51 y 28 del Frente Sur se encontraban ya a ocho kilómetros de Bataisk y las tropas del Grupo Norte del Frente Transcaucásico habían alcanzado ya la zona Peschanookópskoe, Kropotkin y Armavir, creándose una situación que amenazaba en convertirse para el enemigo en un nuevo "Stalingrado", cosa que los fascistas, naturalmente, trataban de evitar a toda costa, tomando contramedidas.

El 23 de enero, una directiva especial del Alto Mando soviético señalaba al Frente Sur su papel principal en el cerco del enemigo en el Cáucaso del Norte.

"La toma de Bataisk por nuestras tropas — se decía en la directiva —, tiene gran importancia histórica. Con la ocupación de este punto embotellaremos a los ejércitos del enemigo en el Cáucaso del Norte e impediremos que 24 divisiones alemanas y rumanas se retiren a la región de Rostov, Taganrog y Donbáss.

El adversario desplegado en el Cáucaso del Norte debe ser copado y aniquilado, de la misma forma que están cercadas y se liquidan las fuerzas enemigas en Stalingrado.

Las tropas del Frente Sur deben cerrar el paso a Rostov a las 24 divisiones enemigas que están en el Cáucaso del Norte y las tropas del Grupo del mar Negro del Frente Transcaucásico, a su vez, cerrar la salida de estas divisiones a la península de Tamáñ. En este sector, el papel principal lo desempeña el Frente Sur que, conjuntamente con el Grupo Norte del Frente Transcaucásico, debe cercar, hacer prisioneras o aniquilar a las tropas enemigas desplegadas en el Cáucaso del Norte."

El Gran Cuartel General ordenó al Frente Sur lanzar inmediatamente sobre Bataisk sus fuerzas fundamentales, desplegadas en la zona de Mánych y al sur del Don, tomar Bataisk y Azov. Esta orden empezó a cumplirse. Sin embargo, los incesantes ataques de nuestras tropas en el sector de Bataisk fueron rechazados, en lo fundamental, con tanques y aviación. Estaba claro que el Frente Sur carecía de efectivos suficientes para derrotar a la agrupación enemiga de Bataisk y cortarle los caminos de retirada a Rostov.

Coinciden también con aquellas fechas los cambios importantes de la situación en el Frente Transcaucásico. Las unidades móviles de su Grupo Norte tomaron contacto con el 28 Ejército, que ocupaba el flanco izquierdo del Frente Sur, y habían alcanzado la línea Sredni Egorlyk y Peschano-okópskoe, mientras que los Ejércitos 44, 58, 9 y 37 llegaban a los accesos lejanos a Tijorétskaya. Ahora ya no tenía objeto enfilar hacia este punto los esfuerzos del Grupo del mar Negro. Esta misión, planteada con anterioridad a sus fuerzas, era ya a todas luces innecesaria. Se precisaban otras nuevas decisiones, que no se hicieron esperar. El 23 de enero, el Grupo del Mar Negro recibió esta disposición:

"1) Adelantarse a la zona de Krasnodar, dominar sólidamente el río Kubáñ, extenderse por ambas márgenes y destacar las fuerzas principales para tomar Novorossiisk y la península de Tamáñ, al objeto de impedir que el enemigo se retire a esta península, de la misma forma que el Frente Sur corta el paso al enemigo junto a Bataisk y Azov.

2) Posteriormente, el Grupo del mar Negro tiene como misión principal apoderarse de la península de Kerch".

El mismo 23 de enero llegó a Moscú A. Vasilevski, llamado por el Gran Cuartel General. De acuerdo con su informe sobre la situación en los frentes, cuyas acciones él coordinaba, y tomando en consideración la situación en el Cáucaso del Norte, el Gran Cuartel General decidió transformar el Grupo Norte del Frente Transcaucásico en Frente Norcaucásico independiente. Pasaron a integrarlo los Ejércitos 9, 37, 44 y 58, los cuerpos de caballería de la Guardia del Kubáñ y del Don, otras unidades grandes y medianas y servicios antes pertenecientes al Grupo Norte. Siguió mandándolo I. Máslennikov, a quien el 24 de enero se le prescribía por una directiva del Gran Cuartel General:

"... 1. El grupo de caballería y mecanizado del teniente general Kirichenko lanzarle sobre Bataisk para atacar de revés al grupo enemigo de Rostov y Bataisk y, en coopera-

ción con el ala izquierda del Frente Sur, derrotar al enemigo y tomar Bataisk, Azov y Rostov.

2. A los Ejércitos 44 y 58, atacando en dirección Tijorétskaya, Kuschévskaya, plantearles la misión de derrotar a las unidades en retirada del 1 Ejército de tanques enemigo y alcanzar la línea Bataisk, Azov, Yeisk. Posteriormente, prever el cruce del golfo de Taganrog y ocupar su costa septentrional en el sector Krivaya Kosá, Budiónovka.

3. El 9 Ejército atacará sobre Timashévskaya, y el 37 el Grupo del mar Negro del Frente Transcaucásico, cercar, derrotar o hacer prisionero al enemigo".

Las acciones del Frente de Transcaucasia en enero de 1943 son un brillante ejemplo del papel dirigente que diariamente desempeñaban el Gran Cuartel General y su órgano de trabajo, el Estado Mayor General. Ningún cambio de la situación pasaba inadvertido, ningún error serio quedaba sin ser corregido. Lo prueban las directivas, disposiciones e indicaciones fundamentales, dadas por escrito, de las cuales hemos hablado más arriba.

Además de recolectar la información de los frentes sobre la situación y acción de las tropas propias y enemigas, se conversaba oralmente varias veces al día puntualizando la situación, etc. Y se conversaba con todos los frentes. Fue un colosal trabajo intensivo realizado por el numeroso personal del Estado Mayor General bajo la dirección del Gran Cuartel General.

En los primeros días de febrero, en la zona del Frente Norcaucásico, el enemigo fue desalojado de las estepas al noroeste y oeste de Tijorétskaya y de la costa del Mar de Azov hasta Primorsko-Ajtarsk. Nuestras tropas ocuparon la zona de Chepéguinskaya y continuaron su avance hacia Korenóvskaya. Sin embargo, Bataisk no pudo tomarse. Allí, en los accesos a Rostov, seguía cerrándonos el paso una especie de escudo acorazado.

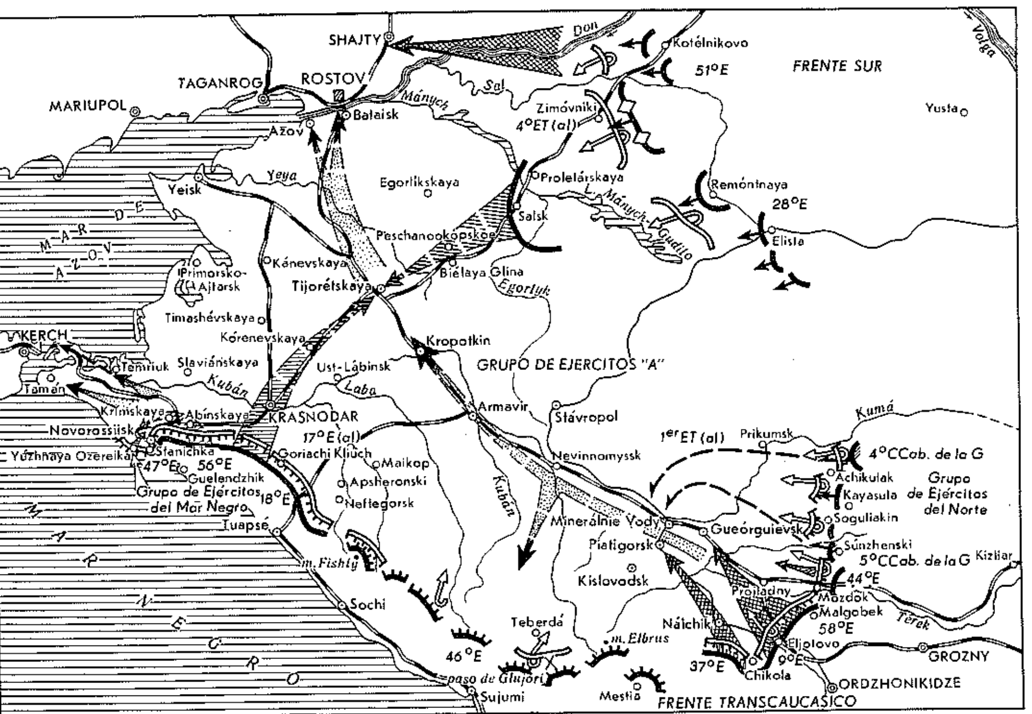
Tampoco tuvimos éxito en las cercanías de Novorossiisk. La ofensiva del 47 Ejército en dirección a las *stanitsas* Abínskaya y Krímskaya estuvo mal preparada: no se acumularon fuerzas suficientes para este objetivo, la rotura no se organizó debidamente y los ataques se extinguieron pronto. El desembarco en la zona de Yúzhnaya Ozereika no pudo llevarse a efecto por el temporal.

Un poco mejor marchaban las cosas en los ejércitos del ala derecha del Grupo del mar Negro, los cuales perseguían activamente al enemigo, causándole grandes bajas. El 46 Ejército atravesó combatiendo el Kubáñ y tomó la *stanitsa* Ust-Lábinskaya. El 18 Ejército arrojó al enemigo hasta el Kubáñ. El

56 Ejército sostuvo combates reñidos en los accesos a Krasnodar y, después, por orden del Gran Cuartel General, acudió en ayuda del 47 Ejército, descargando un ataque de flanco en dirección Novy Bzhegonái, Lvóvskaya y Krímskaya. Al cabo de dos días, este ataque fue reforzado con el 18 Ejército, aunque en vano. El objetivo fijado en el flanco derecho del Grupo del mar Negro tampoco se logró. Nuevamente se dejaron sentir la insuficiencia de medios materiales y la premura de tiempo para organizar la ofensiva. Y, no obstante, la causa principal residió en que los alemanes trasladaron allí las fuerzas fundamentales del 17 Ejército y supieron organizar de antemano posiciones defensivas de especial solidez. Esto tuvo como resultado que en febrero de 1943 se formara la llamada base de partida enemiga de Tamáñ, que tan grandes trabajos nos costó después liquidarla.

Cuántas veces nos preguntamos en el Estado Mayor General: ¿qué condiciona la situación de esta base de partida? ¿Es una medida forzosa o un acto premeditado? Estaba claro que las tropas del 17 Ejército enemigo, que no habían podido retirarse detrás del Don y estaban atenazadas por nuestros ataques, se habían visto obligadas a replegarse a la península de Tamáñ. Mas, mirado desde otro punto de vista, los alemanes no podían por menos de apreciar la importancia estratégica de la península de Tamáñ. Haciéndose fuertes en ella, amenazaban las retaguardias de nuestras tropas en el Bajo Don y en el Cáucaso y dificultaban las acciones de la Flota soviética en el mar de Azov. Por último, la base de partida en Tamáñ protegía a Crimea por el este de los desembarcos marítimos. Examinando desde este ángulo la situación, resultaba que el enemigo se había aferrado a la península de Tamáñ con propósitos concebidos. De cualquier manera nos inclinábamos por lo último y dedujimos que la base de partida de la península de Tamáñ se defendería a toda costa y que no sería muy fácil liquidarla.

Durante las operaciones anteriores, los frentes Norcaucásico y Transcaucásico habían soldado sus flancos y tenían enfiladas sus fuerzas principales contra la península de Tamáñ. No tenía sentido, pues, dejar estas tropas bajo la dirección de los estados mayores de dos frentes y con una misma misión. Por eso, a partir del 5 de febrero, el Gran Cuartel General transfirió el Grupo de tropas del mar Negro al Frente Norcaucásico, subordinando también operativamente al último la Flota del mar Negro. Dejó de pertenecer, en cambio, a este último Fren-



Idea de maniobra del Cuartel General para aislar al enemigo en el Cáucaso del Norte

te el 44 Ejército y el grupo móvil de Kirichenko, más afines operativa y territorialmente al Frente Sur.

Así, pues, toda la atención del Frente Norcaucásico fue centrada en derrotar a la agrupación enemiga en la península de Tamáñ. El Frente Transcaucásico siguió con la misión anterior de mantener la defensa en los límites de la Transcaucasia.

En vísperas de esta reorganización se repitió la operación de Novorossiisk, cuya idea de maniobra, en lo fundamental, no cambió: mediante acciones concordadas del 47 Ejército y desembarcos marítimos cercar y derrotar al enemigo en la zona de esta ciudad. Las tropas terrestres rodearían la ciudad por el noroeste, en tanto que las fuerzas marítimas desembarcarían en dos lugares: el fundamental, en la zona de Yúzhnaya Ozereika, y el auxiliar, en las cercanías de Stanichka. La hora de los desembarcos se fijaba en dependencia de las acciones del 47 Ejército: deberían realizarse después de que las tropas terrestres rompieran la defensa enemiga al norte de Novorossiisk y tomaran el collado de Markotj.

El 1 de febrero el 47 Ejército pasó a la ofensiva, pero no tuvo éxito. A pesar de lo cual, el Comandante del Frente Transcaucásico ordenó lanzar el desembarco marítimo. Este intento se hizo el 4 de febrero sin la correspondiente preparación. Estuvo mal organizada la cooperación entre los barcos de guerra y las fuerzas de desembarco y, lo principal, que el sistema de fuegos enemigo no había sido neutralizado por la artillería naval. Todo eso trajo resultados lamentables. En la zona de Yúzhnaya Ozereika sólo pudieron poner pie en tierra unos 1.400 hombres, una pequeña parte del desembarco principal. Estaba claro que estas fuerzas no podrían mantenerse en el terreno ocupado, por lo que se vieron obligadas a abrirse paso, con grandes bajas, hacia la zona de Stanichka, donde se había hecho el desembarco secundario. De este grupo fundamental se logró evacuar en lanchas unas decenas de hombres.

El desembarco auxiliar, casi 900 hombres, mandados por el comandante T. Kúnikov, llegó totalmente a tierra. Actuó con osadía y habilidad. Sus hombres consiguieron apoderarse y mantener una pequeña cabeza de puente, a la que después se trasladaron varias brigadas de fusileros y de infantería de Marina y el Estado Mayor del 16 Cuerpo de infantería. Estas fuerzas ensancharon el territorio ocupado por el primer comando hasta la montaña Misjako, atrajeron contra ellas a casi cinco divisiones enemigas, dieron prez a las armas soviéticas.

Casi simultáneamente a ésta, del 9 al 22 de febrero se realizó otra operación ofensiva en las cercanías de Krasnodar.

En el flanco derecho de esta zona actuaron los Ejércitos 58 y 9, en el centro los Ejércitos 37 y 46, constituyendo el ala izquierda, al norte de Novorossiisk, el ya citado 47 Ejército. Se atacó en direcciones que convergían en la *stanitsa* Varenikóvskaya. Los Ejércitos 18 y 56, desplegados directamente frente a Krasnodar, tenían como misión cercar y destrozar al enemigo que se defendía en la propia plaza.

El terreno nos era desfavorable: el 47 Ejército tenía que salvar una cadena montañosa, en tanto que los Ejércitos 58, 9 y 37 tenían que atacar a través de marismas, esteros, lagos y acequias, llenas de agua en esta temporada del año. De los caminos es mejor no hablar: eran torrentes de lodo impracticable que se tragaban literalmente a la infantería y a la artillería y, particularmente, a los servicios de retaguardia. El enemigo ocupaba las alturas dominantes, empleando cada hora para ahondar las trincheras y sumar a los innumerables obstáculos naturales que nos cerraban el camino, otros artificiales, en particular campos de minas.

Al mando del Frente se le planteaba un dilema: o prepararse para la rotura con todas las de la ley, pero perder tiempo, que el enemigo aprovecharía para fortificarse más, o pasar a la ofensiva sin una pausa sustancial, impidiendo que los fascistas reforzaran sus posiciones. Se eligió la segunda variante, reservando cinco días para preparar la operación.

El 9 de febrero, desde la línea de los ríos Beisug y Kubáñ, las tropas del Frente Norcaucásico se lanzaron al ataque, rompieron la defensa alemana en la zona de Korenóvskaya y, en dos días de combates, nuestro 37 Ejército profundizó de 25 a 30 kilómetros al oeste. En el flanco derecho del 18 Ejército se forzó también el Kubáñ, cerca de Páshkovskaya, y se progresó un tanto. Aprovechando el éxito de los vecinos, se lanzó también adelante el 46 Ejército. Con los esfuerzos conjuntos de estas tropas, el 12 de febrero se desalojó al enemigo de Krasnodar y durante todo el día siguiente nuestros ejércitos continuaron persiguiéndolo hasta una profundidad de 50 kilómetros. Bajo la influencia de este éxito mejoró un poco la situación en el flanco derecho y al sudoeste de Krasnodar. En el sector de Novorossiisk, en cambio, todos los ataques del 47 Ejército y de los héroes de Misjako fueron rechazados.

Los combates ofensivos prosiguieron, sin grandes éxitos, durante la segunda quincena de febrero, en marzo y en la primera mitad de abril. Se rechazó al enemigo a la línea de los ríos Kurka y Kubáñ hasta Prikubanski, río Adagum hasta Krasny, a las cotas próximas a las *stanitsas* Krímskaya y Ne-

berdzháevskaya, pero sin poder causarle una derrota sensible. Esto se explicó por muchas causas y, en parte por los defectos en la dirección de nuestras tropas. Se imponía la necesidad de adoptar medidas organizativas complementarias.

Ya el 16 de marzo del Gran Cuartel General liquidó el Estado Mayor del Grupo del mar Negro, reforzando con sus oficiales el Estado Mayor del Frente Norcaucásico. Unos días antes, el Estado Mayor del 18 Ejército se trasladó a las cercanías de Novorossiisk y unificó bajo su mando las tropas que actuaban en la península Misjako y cerca de la montaña Dólgaya. Las divisiones que seguían en el sector de Krasnodar pasaron a engrosar los Ejércitos 46 y 56.

Mientras tanto, el enemigo empezó a desplegar más actividad en tierra, mar y aire. En abril reforzó sus tropas en el sector de Novorossiisk y descargó fuertes contragolpes sobre los que se defendían en la cabeza de puente y también al este de la ciudad. No ofrecía la menor duda de que los alemanes se proponían liquidar nuestra cabeza de puente.

También eran atacados otros ejércitos nuestros. Desde el 15 de abril el enemigo emprendió contraataques en la dirección principal, contra el 56 Ejército. La aviación alemana no sólo volaba sobre aquel sector del frente desde los aeródromos de la península de Tamáñ, sino también desde los que tenía en Crimea, e incluso en Ucrania. Trataba a toda costa de hacerse con el dominio en el aire. En el cielo del Kubáñ se entablaban innumerables combates aéreos en los que participaban los novísimos cazas alemanes Me-109G-2 y Me-109G-4.

La actividad combativa de nuestra aviación era a todas luces inferior. El 9 de abril, por ejemplo, el enemigo realizó 750 vuelos-avión, contra 307, por nuestra parte; el 12 de abril los fascistas hicieron 862 vuelos-avión, contra 300 nosotros; el 15 de abril, 1.560 de ellos y 447 nosotros, y el 17 de abril, 1.560 vuelos-avión los alemanes, contra 538 la aviación soviética. En el mar, el enemigo tenía bloqueada la bahía de Guelendzhik.

Por consiguiente, la situación se nos iba presentando desfavorable para nosotros. El Gran Cuartel General se preocupó de reforzar el Frente Norcaucásico. Se trasladaron allí nuevas unidades aéreas, morteros reactivos de la Guardia, nuevos convoyes con municiones y combustible. Se sacaron a reserva del Frente el 47 Ejército, dos cuerpos y una división de infantería. Los ejércitos creaban sus propias reservas. Se ponía orden al trabajo de los Servicios de retaguardia.

En el flanco derecho de esta zona actuaron los Ejércitos 58 y 9, en el centro los Ejércitos 37 y 46, constituyendo el ala izquierda, al norte de Novorossiisk, el ya citado 47 Ejército. Se atacó en direcciones que convergían en la *stanitsa* Varenikóvskaya. Los Ejércitos 18 y 56, desplegados directamente frente a Krasnodar, tenían como misión cercar y destrozar al enemigo que se defendía en la propia plaza.

El terreno nos era desfavorable: el 47 Ejército tenía que salvar una cadena montañosa, en tanto que los Ejércitos 58, 9 y 37 tenían que atacar a través de marismas, esteros, lagos y acequias, llenas de agua en esta temporada del año. De los caminos es mejor no hablar: eran torrentes de lodo impracticable que se tragaban literalmente a la infantería y a la artillería y, particularmente, a los servicios de retaguardia. El enemigo ocupaba las alturas dominantes, empleando cada hora para ahondar las trincheras y sumar a los innumerables obstáculos naturales que nos cerraban el camino, otros artificiales, en particular campos de minas.

Al mando del Frente se le planteaba un dilema: o prepararse para la rotura con todas las de la ley, pero perder tiempo, que el enemigo aprovecharía para fortificarse más, o pasar a la ofensiva sin una pausa sustancial, impidiendo que los fascistas reforzaran sus posiciones. Se eligió la segunda variante, reservando cinco días para preparar la operación.

El 9 de febrero, desde la línea de los ríos Beisug y Kubáñ, las tropas del Frente Norcaucásico se lanzaron al ataque, rompieron la defensa alemana en la zona de Korenóvskaya y, en dos días de combates, nuestro 37 Ejército profundizó de 25 a 30 kilómetros al oeste. En el flanco derecho del 18 Ejército se forzó también el Kubáñ, cerca de Páshkovskaya, y se progresó un tanto. Aprovechando el éxito de los vecinos, se lanzó también adelante el 46 Ejército. Con los esfuerzos conjuntos de estas tropas, el 12 de febrero se desalojó al enemigo de Krasnodar y durante todo el día siguiente nuestros ejércitos continuaron persiguiéndolo hasta una profundidad de 50 kilómetros. Bajo la influencia de este éxito mejoró un poco la situación en el flanco derecho y al sudoeste de Krasnodar. En el sector de Novorossiisk, en cambio, todos los ataques del 47 Ejército y de los héroes de Misjako fueron rechazados.

Los combates ofensivos prosiguieron, sin grandes éxitos, durante la segunda quincena de febrero, en marzo y en la primera mitad de abril. Se rechazó al enemigo a la línea de los ríos Kurka y Kubáñ hasta Prikubanski, río Adagum hasta Krasny, a las cotas próximas a las *stanitsas* Krímskaya y Ne-

berdzháevskaya, pero sin poder causarle una derrota sensible. Esto se explicó por muchas causas y, en parte por los defectos en la dirección de nuestras tropas. Se imponía la necesidad de adoptar medidas organizativas complementarias.

Ya el 16 de marzo del Gran Cuartel General liquidó el Estado Mayor del Grupo del mar Negro, reforzando con sus oficiales el Estado Mayor del Frente Norcaucásico. Unos días antes, el Estado Mayor del 18 Ejército se trasladó a las cercanías de Novorossiisk y unificó bajo su mando las tropas que actuaban en la península Misjako y cerca de la montaña Dólgaya. Las divisiones que seguían en el sector de. Krasnodar pasaron a engrosar los Ejércitos 46 y 56.

Mientras tanto, el enemigo empezó a desplegar más actividad en tierra, mar y aire. En abril reforzó sus tropas en el sector de Novorossiisk y descargó fuertes contragolpes sobre los que se defendían en la cabeza de puente y también al este de la ciudad. No ofrecía la menor duda de que los alemanes se proponían liquidar nuestra cabeza de puente.

También eran atacados otros ejércitos nuestros. Desde el 15 de abril el enemigo emprendió contraataques en la dirección principal, contra el 56 Ejército. La aviación alemana no sólo volaba sobre aquel sector del frente desde los aeródromos de la península de Tamáñ, sino también desde los que tenía en Crimea, e incluso en Ucrania. Trataba a toda costa de hacerse con el dominio en el aire. En el cielo del Kubáñ se entablaban innumerables combates aéreos en los que participaban los novísimos cazas alemanes Me-109G-2 y Me-109G-4.

La actividad combativa de nuestra aviación era a todas luces inferior. El 9 de abril, por ejemplo, el enemigo realizó 750 vuelos-avión, contra 307, por nuestra parte; el 12 de abril los fascistas hicieron 862 vuelos-avión, contra 300 nosotros; el 15 de abril, 1.560 de ellos y 447 nosotros, y el 17 de abril, 1.560 vuelos-avión los alemanes, contra 538 la aviación soviética. En el mar, el enemigo tenía bloqueada la bahía de Guelendzhik.

Por consiguiente, la situación se nos iba presentando desfavorable para nosotros. El Gran Cuartel General se preocupó de reforzar el Frente Norcaucásico. Se trasladaron allí nuevas unidades aéreas, morteros reactivos de la Guardia, nuevos convoyes con municiones y combustible. Se sacaron a reserva del Frente el 47 Ejército, dos cuerpos y una división de infantería. Los ejércitos creaban sus propias reservas. Se ponía orden al trabajo de los Servicios de retaguardia.

Después de analizar detalladamente la situación creada en el Cáucaso del Norte, el 17 de abril el Estado Mayor General entregó sus conclusiones al Jefe Supremo con el plan del posible empleo de las fuerzas y medios disponibles en el Frente Norcaucásico y los que le llegarían en fechas próximas. Stalin consultó a G. Zhúkov, recién llegado del sector de Biélgorod. Este último no excluía que el mando alemán se propusiera emplear el 17 Ejército, atrincherado en la península de Tamáñ, para operaciones ofensivas en la primavera y verano de 1943, por lo que estimaba conveniente liquidar la base de partida en Tamáñ y arrojar de Crimea al enemigo.

Después de reflexionarlo, el Jefe Supremo dijo a Zhúkov:

— No estaría mal si Usted mismo comprobara sobre el terreno cómo están las cosas. Ultimamente hay algo que no le va bien a Máslennikov. Los esfuerzos del Frente no dan resultados tangibles... Llévese consigo a Shtemenko, del E. M. G., y vean qué pasa allí con sus propios ojos...

En aquella misma conversación, el Jefe Supremo permitió utilizar en los combates por Tamáñ a la división especial del Ministerio del Interior, reserva del Gran Cuartel General, que mandaba el coronel Piáshev, ya conocido por el lector. Esta gran unidad tenía a la sazón una plantilla de 11.000 hombres, la mejor completada.

A la mañana siguiente, el 18 de abril, volamos a Krasnodar. Zhúkov invitó a tomar parte en aquella comisión de servicio al Comandante en Jefe de las Fuerzas Aéreas A. Nóvikov y al Comisario del Pueblo de la Marina de Guerra, N. Kuznetsov.

En Rostov repostamos combustible y desde este punto hasta Krasnodar volamos a poca altura, pues sobre el Kubáñ se ensañaba la aviación enemiga, se libraba una encarnizada batalla aérea. Mientras el avión nos zarandeaba de lo lindo, veíamos cómo se sucedían bajo nuestras alas los huertos en flor y los campos de un subido verdor.

En el aeródromo de Krasnodar nos aguardaba Máslennikov, quien nos llevó a su Estado Mayor, adonde ya habían sido llamados los comandantes de los Ejércitos 58, 9 y 37. Las tropas de estos ejércitos habían entrado en las marismas, que se extendían en seis y más kilómetros. Las estrechas sendas a través de aquellos terrenos pantanosos estaban materialmente batidas por el fuego del enemigo. En aquel terreno sólo podían operar destacamentos relativamente pequeños y especialmente equipados.

Después de escuchar a los jefes, Zhúkov dijo:

— Buscaremos solución al problema más al sur del Kubáñ. Mañana mismo iremos al terreno.

La situación al sur del Kubáñ era la siguiente. En la dirección principal atacaba el 56 Ejército, que asestaba su golpe principal envolviendo a Krímskaya por el sur y flanquendo con su ataque secundario a la *stanitsa* por el norte. El enemigo había empeñado en combate fuerzas frescas de infantería y de carros, así como grandes masas de aviación. Esto tuvo como resultado que el 56 Ejército sólo pudiera acercarse a Krímskaya, pero no tomarla. En nuestras divisiones atacantes se dejaban sentir mucho la falta de municiones y la escasez de artillería y tanques. El 18 Ejército pasaba momentos de apuro. Ya hacía dos días que rechazaba fortísimos ataques alemanes en el sector de Misjako.

La mañana del 19 de abril llegamos al puesto de mando del 56 Ejército, situado detrás de la *stanitsa* Abinskaya. Su jefe, A. Grechko, al informarnos de la situación, declaró sin ambages que la ofensiva fijada para el día siguiente no estaba preparada. Zhúkov estuvo de acuerdo con él y aplazó en cinco días la ofensiva del Ejército, esto es, hasta el 25 de abril. Para aquella fecha se esperaban recibir municiones, combustible, artillería de la Reserva del Mando Supremo (RMS) y, lo más importante, que se podría emplear toda la aviación, incluida la recién incorporada, y hacerse con el dominio en el aire. Para este mismo plazo debería llegar la división del Ministerio del Interior. Se presuponía asimismo reforzar el 56 Ejército, trasladando a su zona a toda la artillería de los sectores pasivos del Frente, incluidos los morteros reactivos de la Guardia. Además de todas estas medidas, Zhúkov quería visitar personalmente los cuerpos y divisiones, ver todo con sus propios ojos.

Dispuso también que se montasen su puesto de mando y varias chabolas en el dispositivo del 56 Ejército para que pudiéramos estar más cerca de las tropas que operaban en la dirección principal y no gastar tiempo en balde en desplazarnos a Krasnodar. Zhúkov propuso también a Máslennikov que tuviera su observatorio en la zona de este Ejército.

Los días que siguieron los pasamos, principalmente, con las tropas, hablando con los jefes de cuerpos y divisiones, analizando todos los pormenores de la situación y organizando la cooperación sobre el terreno. Desde el puesto de observación del Jefe del Ejército, situado a unos dos kilómetros de la primera línea, fijamos dónde y cuándo se haría entrar en el combate a la división especial del Ministerio del Interior.

Al mismo tiempo que ayudaba a preparar la ofensiva del 56 Ejército, el representante del Gran Cuartel General dedicó gran atención a reforzar la defensa del grupo de desembarco del 18 Ejército en Misjako, a garantizar su estabilidad y a sumi-

nistrarle ininterrumpidamente todo lo necesario. Ya el 20 de abril nuestra aviación realizó dos incursiones masivas sobre las tropas enemigas dislocadas frente al grupo de desembarco. Cada ataque lo realizaron 200 aviones, después de lo cual, el enemigo cesó inmediatamente su ofensifa y comenzó a atrincherarse. Por indicación de Zhúkov, la Flota destacó unidades complementarias para los transportes a la cabeza de puente, se reforzó la artillería en la zona de la bahía del Tsemes y se perfeccionó el sistema de fuegos de artillería.

En la noche del 21 de abril, con esfuerzos conjuntos de la aviación de bombardeo de acción lejana, la del Frente Norcaucásico y la de la Flota del mar Negro se atacaron los aeródromos enemigos en Anapa, la parte de Novorossiisk que ocupaban los fascistas y nuevamente sus órdenes de combate. Estas incursiones aéreas fueron también muy eficaces.

Entre las medidas puramente organizativas llevadas a cado en aquellos días, sólo merecen mencionarse aquí dos: el traslado al litoral del mar de Azov del Estado Mayor del 58 Ejército, con la simultánea transferencia de sus divisiones al 9 Ejército y la formación del 11 Cuerpo de infantería de la Guardia sobre la base de tres divisiones de infantería de la Guardia del 56 Ejército.

Cierta noche, ya muy tarde, cuando terminé el parte de novedades diario para Moscú, lo llevé a Zhúkov para que lo firmara. Encontré a Gueorgui Konstantínovich en su chabola, estudiando ensimismado el plano desplegado sobre la mesa. Firmó el documento, casi sin correcciones, y me preguntó, como de costumbre:

— ¿Qué se propone hacer ahora?

— Enviaré el parte y me echaré a dormir — contesté, calculando que hasta el amanecer ya no quedaba mucho tiempo.

— Quizá tenga razón...

Y nos separamos.

La transmisión del parte no llevó mucho tiempo. Media hora después regresé a mi chabola y, cuando me disponía a acostarme, llegaron hasta mis oídos los apagados sonidos de un acordeón. Alguien tocaba dulcemente una nostálgica melodía, muy popular en aquella época. Me asomé a la puerta y vi a Zhúkov que, sentado en el umbral de la chabola, tocaba quedamente el acordeón. A la primera melodía le sucedieron una segunda, otra, igualmente añoradoras. Todas eran nuestras queridas canciones de campaña. Al acordeonista le faltaba maestría, pero la suplía el gran sentimiento con que tocaba. Permanecí mucho tiempo inmóvil a la puerta de mi alojamiento.

Desde la mañana del 21 de abril ya nos encontramos en el dispositivo del 18 Ejército, que se defendía en la zona de Novorossiisk. Escuchamos el informe de su Comandante K. Leselidze y nos hicimos cargo de sus peticiones. Le prometimos ayudar al Ejército con aviación, el trabajo de la cual Leselidze elogió mucho. Allí conocí a Leonid Brézhnev, jefe de la Sección Política del 18 Ejército.

Cuando por la tarde regresábamos, nos acercamos al observatorio de A. Luchinski, Comandante del 3 Cuerpo de infantería, dislocado en el flanco izquierdo del 56 Ejército. Desde el puesto de observación de Luchinski se divisaba perfectamente el sector de Neberdzháevskaya, fortificado por el enemigo. La aviación alemana bombardeó nuestras posiciones y después el observatorio. Cuando cesó el bombardeo pasamos a precisar el plan de acciones del cuerpo. Se decidió emplearlo para derrotar al adversario en Neberdzháevskaya y asegurar toda la operación ofensiva de la parte de Novorossiisk.

El 22 de abril Zhúkov trabajó con los jefes de las divisiones del 56 Ejército. Les aclaró que su ejército actuaba en la dirección principal del Frente, teniendo como misión inmediata romper la defensa enemiga en la zona de Krímskaya y tomar este nudo de resistencia, debiendo posteriormente proseguir la ofensiva sobre Gladkóvskaya y Verjne-Bakanski, a retaguardia de la agrupación de tropas fascistas alemanas que defendían Novorossiisk. Sobre este sector se suponía emplear las fuerzas fundamentales de nuestra aviación. Las tropas de este sector serían municionadas las primeras.

Asimismo se precisaron las misiones a otros ejércitos. Al 9, flanco derecho del Frente, que mandaba K. Korotéiev, atacando desde la zona al nordeste de Shaparskoi, debería forzar el Kubáñ y tomar Varénikovskaya y después desarrollar el éxito en la profundidad de la península de Tamáñ, sobre Dzhiguínskoe, y con parte de sus fuerzas sobre Temriuk. El 37 Ejército, del general P. Kozlov, debería atacar directamente al oeste desde Prikubanski y Remejovski, también en dirección general a Varénikovskaya. Al 18 Ejército se le encomendaba restablecer su situación en Misjako, anteriormente quebrantada por el enemigo.

El Gran Cuartel General aprobó íntegro, sin una enmienda, este plan de la operación. Pero la vida se preocupó de hacer sus correcciones: hubo que demorar la ofensiva unos cuantos días, hasta el 29 de abril. Sólo para aquella fecha podían estar plenamente dispuestos para la batalla todas las fuerzas y medios.

Los días eran de sol y templados. Desde la mañana hasta muy entrada la noche andábamos por divisiones y regimientos revisando escrupulosamente hasta lo más mínimo, tratando de no olvidarnos de nada. Regresábamos a nuestros alojamientos después de la medianoche. Yo, como de ordinario, en cuanto cenaba me ponía a redactar el parte de novedades al Gran Cuartel General, mientras Zhúkov, esperando que lo terminara, hablaba por teléfono con los comandantes de los ejércitos. Con frecuencia, antes de dormir, tocada el acordeón, pero sólo después de terminar todos los asuntos y cuando se quedaba completamente solo.

Por fin llegó el 29 de abril. Nos acomodamos en el observatorio del 56 Ejército. A las 7 horas y 40 minutos comenzó la preparación artillera. Durante 100 minutos toda la artillería del Frente, junto con la aviación, martilleó las posiciones defensivas del enemigo.

Cuando trasladó su fuego a la profundidad, la infantería se levantó al ataque, envolviendo por el norte y el sur Krímskaya, que veíamos perfectamente desde el puesto de observación. Krímskaya era el nudo principal de resistencia alemán. El enemigo lo defendía desesperadamente. Simultánea a la sarracina en tierra, en el aire tenían lugar reñidos combates. Hasta un centenar de aviones se encontraban en vuelo. En aquellos días luchaban allí nuestros mejores ases: A. Pokrishkin, G. Rechkálov y los hermanos Dmitri y Borís Glinka.

El enemigo, por lo visto, localizó el observatorio de A. Grechko y lo cañoneó. Algunos coches, que estaban a unos 600-700 metros de nuestro abrigo, fueron hechos trizas, pero la casamata resistió y no sufrió desperfecto alguno. Allí estuvimos sin movernos más de un día hasta el 1° de Mayo. Después, a eso de las dos de la tarde nos trasladamos al puesto de mando del Ejército, donde Grechko nos obsequió con una comida, aunque modesta, pero, de todas maneras, comida de fiesta.

Los encarnizados combates en la zona del 56 Ejército duraron varios días. El enemigo contraatacaba sin cesar y con fiereza, especialmente en el flanco derecho, donde rechazamos en una jornada de seis a ocho contraataques. La progresión media diaria de nuestras tropas no pasaba de uno y medio a dos kilómetros.

Al quinto día de la operación se decidió empeñar en combate a la división especial de Piáshev. Zhúkov cifraba grandes esperanzas en esta gran unidad y ordenó asegurar

enlace telefónico directo con ella, encargándome que yo asumiera personalmente todas las conversaciones con su jefe durante el combate.

La división había sido trasladada al primer escalón del Ejército durante la noche. Por la mañana, cuando se lanzó al ataque al sur de Krímskaya, cayó inmediatamente bajo un ataque masivo de la aviación enemiga. Los regimientos echaron cuerpo a tierra, se produjo una pausa.

Zhúkov, cuya presencia en el 56 Ejército se ocultaba bajo el seudónimo de Konstantínov, me dijo:

— ¡Ordene a Piáshev seguir el ataque! ¿Por qué han echado cuerpo a tierra?

Llamé por teléfono al jefe de la División:

— Konstantínov exige que no detenga la ofensiva.

El resultado no pudo ser más inesperado. Piáshev me contestó indignado:

Pero, ¿quién es ése? Si todos van a ordenar nos haremos un lío. Mándale a...— y precisó a dónde.

Zhúkov me pregunta:

— ¿Qué dice Piáshev?

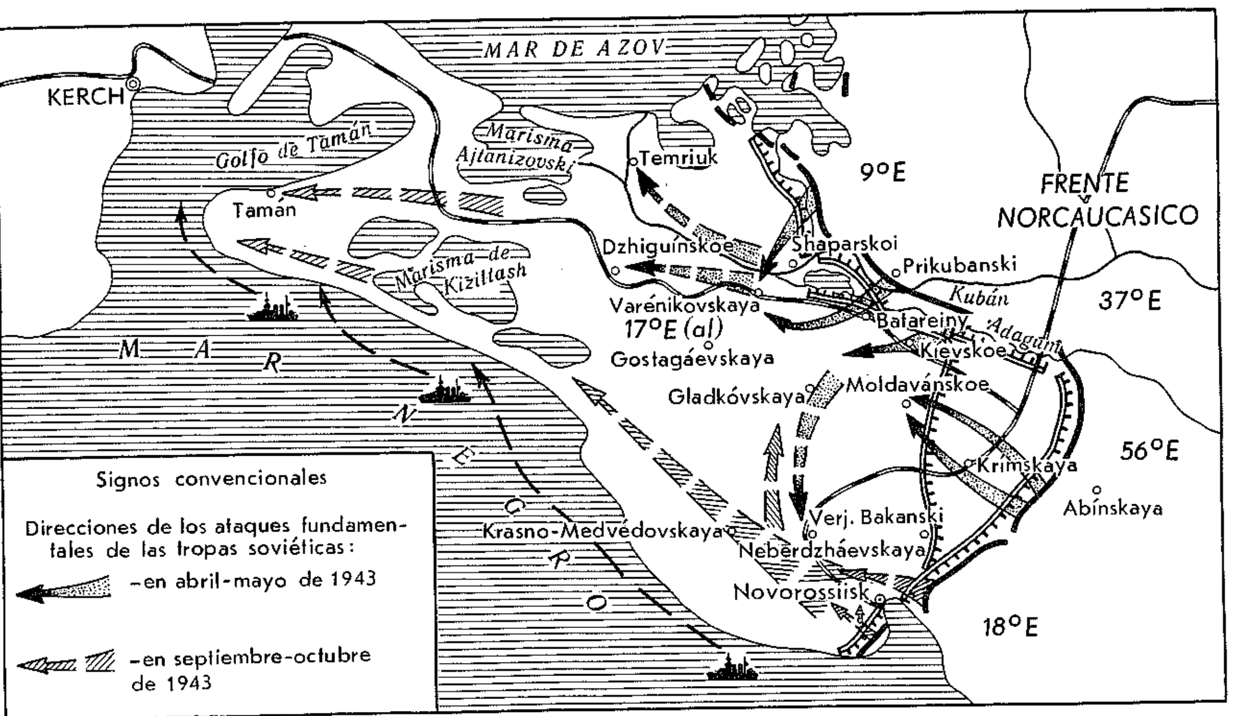
Le contesto de forma que lo oyera también el jefe de la división:

— Camarada mariscal, Piáshev toma medidas.

Esto fue suficiente. El coronel comprendió quién era Konstantínov y en lo sucesivo cumplió sin rechistar todas sus disposiciones.

Al final del 4 de mayo, como resultado de un doble envolvimiento, a pesar de su resistencia, el enemigo fue desalojado de Krímskaya. En cuanto el pueblo cayó en nuestras manos nos dirigimos a mirar las fortificaciones alemanas. Se trataba, efectivamente, de un hueso duro de roer. Además de una espesa red de trincheras, zanjas de comunicación, bunkers y otras obras de fortificación, con el cemento de Novorossiisk los alemanes habían convertido los sótanos de todas las casas de mampostería en fortificaciones permanentes. Y, por si fuera poco, los accesos a la *stanitsa* se batían por tanques protegidos en fosos.

En días sucesivos la ofensiva prosiguió con las mismas dificultades. Nuestras tropas las pasaron especialmente moradas en los sectores de Kíevskoe y Moldavánskoe, posiciones que no pudimos tomar. Todo nuestro movimiento quedó detenido en la línea de los ríos Kurka y Kubáñ y de los puntos Kíevskoe, Moldavánskoe y Neberdzháevskaya. La exploración informó que nos aguardaba otra zona fuertemente fortificada, guarneci-



Consideraciones para derrotar a la agrupación enemiga de Tamán en abril de 1943

da por las tropas que se habían retirado y a la que iban llegando las reservas del enemigo. Se trataba de la llamada Línea Azul. Fracasaron todos los intentos de romperla sobre la marcha. Como carecía de sentido el que nos obstináramos en ello, el 15 de mayo se dio por terminada la ofensiva. Para romper la nueva zona defensiva había que organizar otra operación, para la que se necesitaban tiempo y medios.

El representante del Gran Cuartel General ya no tenía nada que hacer en aquel Frente. Zhúkov y todos nosotros regresamos a Moscú. Volvíamos de mal talante, pues la misión de limpiar la península de Tamáñ no había sido cumplida. Sabíamos de antemano que esto no le gustaría a Stalin y nos disponíamos a escuchar sus reconvenciones. Mas todo salió relativamente bien. El Jefe Supremo se limitó a sustituir al Comandante del Frente: en vez de I. Máslennikov fue designado I. Petrov, bajo cuya dirección, al cabo de cinco meses, las tropas soviéticas limpiaron de enemigo la península de Tamáñ.

La preparación del Frente Norcaucásico para derrotar a los fascistas en la Línea Azul ocupó todo el mes de agosto y los primeros días de septiembre de 1943. En esta ocasión Timoshenko representaba allí al Cuartel General. En representación del Estado Mayor General, lo acompañaba mi sustituto N. Lómov.

La Línea Azul tenía una configuración complicada. La integraban unas líneas sucesivas de posiciones fortificadas en forma de arco que cruzaban la península de Tamáñ, aprovechando las alturas dominantes y otros obstáculos naturales del terreno como ríos, marismas y esteros. El sector de Novorossiisk era, quizás, el punto neurálgico de toda la defensa. La toma de esta plaza permitiría a nuestras tropas salir a los flancos y a retaguardia de las líneas y nudos de resistencia organizados en los poblados Kíevskoe, Moldavánskoe, Neberdzháevskaya y Verjne-Bakanski, donde se desplegaban las fuerzas principales del enemigo.

El plan de la nueva operación ofensiva tenía como objetivo destrozar a la agrupación adversaria del sector de Novorossiisk con los esfuerzos conjuntos del 18 Ejército, la Flota del mar Negro y la aviación, explotando después el éxito a retaguardia de las tropas fascistas dislocadas en Várénikovskaya, Kíevskoe y Moldavánskoe. Los golpes coordinados de los tres ejércitos debían, en definitiva, converger en Tamáñ.

La realización de este plan comenzó en la noche del 10 de septiembre de 1943 con intensa actividad de la aviación y la artillería contra los lugares fijados para los desembarcos marítimos. Les siguieron acciones de la Flota del mar Negro y del 18 Ejército, audaces hasta la temeridad, en la zona de Novorossiisk. Apoyados por la aviación y la artillería, los marinos se abrieron paso entre las barreras de minas y entraron con los barcos en la bahía del Tsemes, desembarcaron y se lanzaron al asalto de las barriadas urbanas. El 18 Ejército los apoyaba atacando al norte de la ciudad por la carretera de Tuapsé y desde Málaya Zemliá.

Un día después pasó a la ofensiva el 9 Ejército, desplegado en el flanco derecho de la agrupación de choque del Frente. Con sus acciones atrajo a las reservas del enemigo, impidiendo que fueran utilizadas en otros sectores.

El 14 de septiembre el 56 Ejército atacó directamente los nudos de resistencia enemigos en Kíevskoe y Moldavánskoe. Nuestras unidades de vanguardia entraron en cuña en el dispositivo defensivo de las tropas germanofascistas.

Los ataques de las tropas terrestres del Frente Norcaucásico, de los navíos de la Flota del mar Negro y de la aviación, distribuidos en el tiempo y el espacio y magníficamente coordinados entre sí, fueron tan duros e impetuosos que impidieron a los alemanes que los contuvieran por partes.

El 16 de septiembre, las divisiones del general Leselidze, en cooperación con la Flota, rompieron la resistencia del enemigo en Novorossiisk, liberaron totalmente la plaza y entablaron combate por el collado Neberdzháevski y también a unos ocho o diez kilómetros al noroeste del puerto. Esto amenazaba ya claramente por su retaguardia a las fuerzas principales enemigas que se defendían ante nuestros Ejércitos 9 y 56, obligando al mando fascista a comenzar el repliegue de sus fuerzas de la Línea Azul. El Frente Norcaucásico emprendió la persecución, venciendo la resistencia del enemigo, cada vez mas débil, en las posiciones intermedias. A retaguardia de las fuerzas que se retiraban se hacían nuevos desembarcos marítimos que las privaban de bases para la evacuación. Los aviadores soviéticos dominaban indivisos en el aire, castigando duramente no sólo a las tropas alemanas, sino también a sus barcos, a bordo de los cuales intentaban trasladarse a Crimea los restos del derrotado Ejército.

El 9 de octubre de 1943 se dispararon los últimos cañonazos en la penúnsula de Tamáñ. En un mes de cruentos combates se hicieron al enemigo cerca de 4.000 prisioneros y

cayeron en poder de nuestras tropas casi 1.300 piezas de artillería y morteros y 92 tanques.

El puñal dispuesto a clavarse en la espalda de nuestros frentes fundamentales que avanzaban hacia el Dniéper, fue arrancado de manos del enemigo. El Estado Mayor General comenzó a pensar la forma de trasladar las acciones combativas al territorio de Crimea.

Capítulo VI

SEGUNDO INVIERNO DE GUERRA

Desastre del 2 Ejército alemán. La operación "Estrella". Preocupaciones por las reservas. Cálculos y errores. Cambios en la dirección Estratégica central. Final del saliente Rzhev-Viazma. Formación del sector norte del Arco de Kursk. Nuevas complicaciones en el Frente de Vorónezh. Formación del sector sur del Arco de Kursk. Balances de la campaña invernal de 1943.

La memoria me retrotrae una y otra vez a los acontecimientos invernales del año de viraje en la guerra. El desarrollo de las operaciones de los frentes de Vorónezh, Sudoeste y Sur se complicaron mucho debido a las dificultades que a la sazón atravesaba el abastecimiento con medios materiales. Los torrentes de cargas para estos frentes seguían discurriendo por los mismos canales utilizados durante el período preparatorio de la contraofensiva en Stalingrado. Nuestras tropas continuaban alejándose mucho hacia el oeste, apartándose de los ferrocarriles a distancias que oscilaban entre los 250 y los 300 kilómetros y, en algunos casos, a 350 kilómetros.

El Ejército cercado de Paulus nos impedía que los cargamentos cambiaran de dirección y siguieran a las tropas por el ferrocarril que va de Stalingrado a Kámensk y continúa a través del Donbáss; los alemanes cortaban este ferrocarril junto a Stalingrado. Podía utilizarse plenamente para estos efectos el ferrocarril de Vorónezh a Míllerovo, pero el tramo Liski-Kantemírovka también estaba en manos del enemigo. En el Estado Mayor General iba predominando cada vez más la opinión de que sin tomar este ferrocarril no podríamos llevar a cabo grandes operaciones ofensivas en el sur.

A la misma idea, por lo visto, se iba inclinando el Gran Cuartel General del Alto Mando, siempre muy preocupado porque los frentes activos no carecieran de nada para la vida y para el combate. Ya el 21 de diciembre de 1942, Stalin había ordenado preparar una operación en la zona del Frente de Vorónezh, que tuviera como objetivo derrotar a la agrupación enemiga de Ostrogozhsk-Róssosh y restablecer el libre tráfico por el ferrocarril Liski-Kantemírovka.

La operación se preparó con la participación del general F. Gólikov, Comandante de Frente de Vorónezh. La idea de maniobra fue aprobada por el Gran Cuartel General, el plan sancionado y a comienzos de 1943 la operación pasó bajo su control directo. Zhúkov y Vasilevski se desplazaron al Frente de Vorónezh.

La idea de maniobra era muy resuelta: arrollar y cercar al grueso de las fuerzas del 2 Ejército húngaro en la zona Ostrogozhsk, Alexéievka y Róssosh. Se sabía que el sitio más débil de la defensa adversaria era el sector de Kantemírovka, donde después de nuestra ofensiva pasada aún no se habían organizado fortificaciones suficientemente sólidas. Contra este punto descargaba su golpe el 3 Ejército de carros de combate y, al sur de Vorónezh, el 40 Ejército.

Sin tener sobre el enemigo superioridad general de fuerzas, el Frente de Vorónezh sacó audazmente fuerzas y medios de sus sectores pasivos para crear la masa necesaria de tropas y pertrechos técnicos en las direcciones principales. Además, se tuvo en cuenta la experiencia de lucha contra la agrupación enemiga cercada en Stalingrado. A fin de poder terminar antes el cerco previsto, se planificó realizar un ataque que desarticulara al enemigo con el 18 Cuerpo de infantería independiente, posteriormente ejecutado con toda precisión.

El invierno de 1943 fue, como pocos, muy frío, con ventiscas y mucha nieve. ¡Pero éste era ya el segundo invierno de guerra! Las condiciones atmosféricas no eran un obstáculo para nadie.

Se fijó el comienzo de la operación para el 15 de enero. Sin embargo, de hecho, se anticipó. Dos días antes de la fecha establecida se entablaron combates de reconocimiento en las direcciones escogidas para los ataques. En la zona del 40 Ejército, las pequeñas unidades de exploración actuaron con tanta energía que el enemigo fue desalojado de sus posiciones y comenzó a replegarse. Percatado a tiempo de ello, el mando del Ejército lanzó sus fuerzas principales a la ofensiva y al final de la jornada se había incrustado en la defensiva enemiga a una profundidad de 7 kilómetros. Desde la mañana del día siguiente se logró desarrollar el éxito. Los acontecimientos no podían ser más favorables para nosotros. No había transcurrido una semana y la agrupación principal enemiga había sido desarticulada y copada en dos regiones: cerca de Róssosh y en las proximidades de Alexéievka. Las tropas soviéticas no dejaban que los fascistas se aferraran

al terreno, le atacaban con tesón y cuando llegó el 25 de enero, habían dejado de existir quince divisiones enemigas y otras seis quedaron destrozadas. Nos apoderamos de tramo del ferrocarril que une Liski con Kantemírovka. Para reanudar la circulación de trenes por esta vía se precisaban realizar obras de restauración relativamente pequeñas.

Los brillantes resultados de la operación Ostrogozhsk-Róssosh engendraron toda una cadena de nuevos acontecimientos que hubiera sido difícil prever totalmente y a ciencia cierta. La derrota del enemigo fue tan rápida que el mando alemán fascista no pudo tomar las medidas pertinentes para asegurar el flanco meridional del 2 Ejército alemán, retenido en Vorónezh. Con la pérdida de la línea Arjánguelskoe-Répievka, este Ejército quedó semirrodeado por las tropas de los frentes de Briansk y Vorónezh, aparte de que el sector meridional del saliente de su defensa había sido ocupada a toda prisa y mal preparada en el aspecto ingeniero. Por si fuera poco, el enemigo carecía también de suficientes reservas.

Surgió la idea de aprovechar sin demora la situación propicia que se nos brindaba, preparar y llevar a cabo una nueva operación sin aguardar a que levantase los brazos el último soldado de los copados cerca de Róssosh. Y así lo hicimos.

En la nueva operación de Vorónezh-Kastórnoe participaron las fuerzas de dos frentes: el de Briansk, que empeñaba al 13 Ejército de su flanco izquierdo, y el de Vorónezh, que descargaba el golpe principal con los Ejércitos 60 y 40. El 24 de enero emprendieron la ofensiva, y para el 29 del mismo mes ya estaba claro que el 2 Ejército alemán había sufrido un duro descalabro: su defensa fue rota en varias direcciones, parte de sus divisiones quedaron encerradas en una gran bolsa cerca de Kastórnoe y el resto fueron copadas por partes en otros sectores. El aniquilamiento del enemigo cercado costó muchos esfuerzos y sólo se concluyó a mediados de febrero. Unicamente pequeños restos del 2 Ejército alemán, meses antes tan amenazador, lograron eludir la suerte de la mayor parte, escaparse del cerco y retirarse apresuradamente hacia el oeste.

Como resultado de las dos operaciones de enero, el frente enemigo fue seriamente quebrantado en una considerable extensión. Mientras tanto, en el Gran Cuartel General y en el Estado Mayor General maduraron otras ideas respecto a la prosecución de la ofensiva. Se pensó aprovechar la súbita

debilidad del enemigo en la línea Kastórnoe, Starobelsk para apoderarse impetuosamente de Kursk, Biélgorod, Járkov y del Donbáss, tan necesario al país.

Combinada con las operaciones de los frentes Sur y Norcaucásico en el curso inferior del Don y en las estribaciones del Cáucaso, el desarrollo de la ofensiva del Frente de Vorónezh sobre Kursk, Járkov y del Frente Sudoeste sobre el Donbáss, según la opinión reinante entonces, debería ineluctablemente implicar la derrota de toda el ala sur del enemigo. "Se da una situación favorable para cercar y aniquilar por partes a las agrupaciones enemigas del Donbáss, Transcáucaso y del mar Negro", concluyó a la sazón el Gran Cuartel General. Al mismo tiempo se abrían también grandes posibilidades en la dirección central, donde el Mando Supremo se proponía emplear al Frente del Don, que estaba dando fin a la agrupación enemiga copada en Stalingrado.

Para que nuestros jóvenes lectores puedan hoy comprender mejor los acontecimientos bélicos en enero-marzo de 1943, me permitiré recordar cómo el Gran Cuartel General apreciaba a la sazón los resultados ya logrados. Consideraba que en el Volga, Don y Cáucaso del Norte, en las proximidades de Vorónezh, en la zona de Velíkie Luki y al sur del lago Ládoga, el Ejército Soviético había destrozado ciento dos divisiones enemigas. Los prisioneros ascendían a 200.000 soldados y oficiales fascistas y entre los trofeos había hasta 13.000 piezas de artillería. Simultáneamente se había liberado del cautiverio fascista millones de compatriotas y limpiado de ocupantes una enorme extensión de territorio soviético. Nuestras tropas habían avanzado hasta 400 kilómetros.

Sobre la base de estos datos tan impresionantes, publicados en la orden del Jefe Supremo del 25 de enero de 1943, se hacía esta importantísima conclusión: la defensa enemiga ha sido rota en un frente ancho, formándose en ella muchas brechas que sólo se cubren por destacamentos y grupos de combate sueltos, las reservas del enemigo están agotadas y sus restos se introducen al combate por partes, sobre la marcha.

La actitud general de las tropas germano-fascistas al sur de Vorónezh y hasta el mar Negro se entendía, a la sazón, por muchos comandantes de frentes y por el Cuartel General como un repliegue forzoso a la margen derecha del Dniéper con el propósito de fortificarse tras este serio obstáculo acuático. Se reconocía como indiscutible que la iniciativa tomada por nosotros en Stalingrado la manteníamos firmes y que el enemigo carecía, por el momento, de posibilidades

para arrebatárnosla. Es más, se estimaba como poco probable que el ejército hitleriano emprendiera en un futuro próximo contraacciones considerables en Ucrania, al este del Dniéper, o en el centro del frente estratégico.

De este enfoque de la situación se desprendía la correspondiente decisión: proseguir sin pausa la ofensiva, pues toda pérdida de tiempo por nuestra parte permitiría al enemigo aferrarse más sólidamente en las líneas ocupadas. Por indicación del Gran Cuartel General, el Frente de Vorónezh preparó urgentemente un plan para tomar la región industrial de Járkov. Esta operación fue designada convencionalmente con el nombre de "Estrella". En la medianoche del 23 de enero Stalin la aprobó y dictó personalmente a Bókov la directiva que correspondía en estos casos.

En el interregno, Zhúkov había regresado a Moscú del Frente de Vorónezh. Sobre la base de su informe al Gran Cuartel General, el Estado Mayor General calculó las posibilidades que existían de atacar en otra dirección, en la de Kursk. Tres días después, el 26 de enero, el Frente de Vorónezh recibió otra misión complementaria: atacar con el flanco derecho en dirección general a Kastórnoe y Kursk, aniquilar al enemigo que se le oponía y apoderarse de la zona de Kursk.

Tanto el Gran Cuartel General como el E. M. G. comprendían, naturalmente, que la ofensiva de un sólo Frente en dos direcciones operativas no era cosa fácil. Podía preverse que el enemigo no entregaría Kursk y Járkov sin una resistencia encarnizada. La situación, sin embargo, nos favorecía y la misión quedó tal y como se había planteado.

Los acontecimientos posteriores demostraron que, lamentablemente, habíamos sobreestimado las perspectivas que se nos ofrecían, que no tuvimos todo en cuenta.

Se fijó el comienzo de la operación "Estrella" para el 1 de febrero, dándosele una profundidad de casi 250 kilómetros. Según nuestros puntos de vista, en aquella época, el cumplimiento de tal misión, que no sólo exigiría de las tropas del Frente grandes esfuerzos, sino incrementarlos constantemente, debería efectuarse en una formación operativa profunda. Todo lo contrario de lo que hizo el Frente de Vorónezh: con todos sus ejércitos en línea y casi sin reservas.

La misma situación se daba con Vatutin, en el Frente Sudoeste. Estaba claro que el desarrollo del éxito y la liquidación de cualquier imprevisto era un problema sumamente

complicado en aquella situación, que no podía por menos de preocupar mucho al Estado Mayor General. Se informó al Gran Cuartel General de la necesidad de tener más reservas, y no sólo de empleo estratégico, sino también operativo. Calculando que los acontecimientos se desarrollarían favorablemente, estas reservas deberían ser bastante grandes, inclueyndo todas las Armas y especialmente tanques.

El Gran Cuartel General estuvo de acuerdo con los argumentos del Estado Mayor General, dándoles la necesaria forma organizativa. El 29 de enero de 1943 se envió a las frentes esta directiva:

"1. Desde febrero de este año todos los frentes sacarán a reserva divisiones y brigadas de infantería para completarlas, darles descanso y poder después empeñarlas en el combate, ocupando su lugar en la reserva otras grandes unidades de entre las más desgastadas.

2. Los comandantes de los frentes determinarán el número de divisiones y brigadas de infantería que sacan a reserva simultáneamente y los plazos de su completación, partiendo de la situación operativa y de la existencia de recursos necesarios para completar las grandes unidades retiradas...".

Un día antes, el Comité Estatal de Defensa dictó una disposición acerca de la formación del 1 Ejército de carros de combate, que constituiría la reserva del Mando Supremo. El 13 de marzo se creó un Frente Especial de Reserva, mandado por el general M. Réiter.

El trabajo sistemático posterior para organizar e incrementar reservas estratégicas y operativas, formar ejércitos, unidades grandes y medianas, incluidas de tanques, mecanizadas y artilleras de reserva, fue una de las condiciones indispensables que contribuyó al logro de nuestras históricas victorias.

Mas volvamos a los acontecimientos en el Frente de Vorónezh. Al principio, la operación "Estrella" se desarrolló con extraordinario éxito. El 60 Ejército, mandado por el joven y enérgico general I. Cherniajovski, liberó el 8 de febrero la ciudad de Kursk. Para esta fecha, las fuerzas principales del Frente se encontraban ya en los accesos a Járkov, donde se les enfrentaba un cuerpo de carros de SS, traído del Occidente de Europa.

Durante la ofensiva nuestras tropas sufrían bajas y, a medida que avanzaban, se dejaba sentir con más intensidad

la falta de municiones y combustible, pues los trenes quedaban rezagados. A la aviación tampoco le daba tiempo a ocupar nuevas bases a retaguardia de los ejércitos inter-armas.

A mediados de febrero, cuando las fuerzas del Frente de Vorónezh se aproximaban a Járkov, la ofensiva fue haciéndose más lenta, lo que no era óbice para que su Comandante, F. Gólikov, informase diariamente al Gran Cuartel General de que grandes fuerzas enemigas se retiraban hacia el oeste. Noticias análogas se recibían del Frente Sudoeste, que desplegaba extensas acciones al sur de Járkov contra la agrupación enemiga del Donbáss. Vatutin apreciaba también las acciones del enemigo como su huida a la margen occidental del Dniéper.

La realidad, no obstante, era que el mando alemán no se proponía retirar sus tropas a la margen derecha del Dniéper. Retrocediendo y defendiéndose preparaba, al mismo tiempo, una contraofensiva. La derrota en las proximidades de Kotélnikovo sólo le había obligado a desistir temporalmente de operaciones activas en gran escala. El enemigo no abandonaba la idea de tomarse la revancha por el desastre de Stalingrado ni la esperanza de recuperar la iniciativa estratégica. Todo lo contrario, el duro descalabro sufrido en las estepas del Don, la derrota del Grupo de Ejércitos "B" en las proximidades de Vorónezh, así como las consecuencias que de ellos se derivaban, impelían a los generales hitlerianos a tomar medidas de excepción.

No disponiendo en la retaguardia próxima de reservas suficientes para desplegar operaciones ofensivas de gran envergadura, el enemigo intentaba crear fuerzas de choque mediante reagrupaciones y trayendo tropas del Occidente de Europa. Mas para eso se necesitaba tiempo. Y para ganarlo, mantener el Donbáss y garantizarse líneas favorables de partida para la contraofensiva, los alemanes pasaron a la defensa, teniendo sus posiciones avanzadas por el Donets del Norte y por el curso bajo del Don. El campo principal de combate, como designaban los generales hitlerianos al terreno donde se concentraban los esfuerzos defensivos más considerables, se apoyaba en el río Mius. Las tropas de Manstein, atrincheradas en esta línea, formaban parte del Grupo de Ejércitos "Don" (Desde el 12 de febrero de 1943 pasó a llamarse Grupo de Ejércitos "Sur"), cuyas fuerzas fundamentales las constituían las unidades que lucharon antes en la dirección de Stalingrado y, en parte, en el Cáucaso del Norte. En la nueva línea fueron desplegados, entre otros,

los Ejércitos de tanques 4 y 1, que formaban el poderoso ariete de maniobra enemigo. Manstein disponía asimismo de gran cantidad de aviación, distribuida cómodamente en los aeródromos y complemente abastecida de gasolina.

El paso del Grupo de Ejércitos "Don" a la defensa no fue descubierto a tiempo, pues el movimiento de las columnas del enemigo para su reagrupación seguía apreciándose como una huida, como su afán de eludir la lucha en el Donbáss y replegarse lo antes posible a la margen derecha del Dniéper. El mando del Frente Sudoeste mantenía tercamente este erróneo punto de vista, a pesar de que ya habían surgido indicios que le obligaban a sospechar de que no era así.

La opinión personal de Vatutin se estimaba mucho en el Estado Mayor General y, naturalmente, ejerció gran influencia en la concepción de la idea operativa de las tropas soviéticas en el Donbáss. Todos conocíamos bien a Vatutin, considerándole, con fundamento, como un romántico original del arte operativo, siempre pletórico de energías y dispuesto a trabajar sin descanso. Recuerdo, como si fuera ahora, el verano de 1942 en que Vatutin, siendo adjunto del Jefe del E. M. G. para el Extremo Oriente, se pasaba noches enteras estudiando los mapas de otras direcciones operativas, elaborando diversas variantes de acciones de nuestras tropas en el frente soviético-germano. Sus planes los aceptábamos gustosos y utilizábamos de ellos lo que era posible. Encontrándose un día en el Gran Cuartel General, donde A. Vasilevski informaba acerca de la necesidad de dividir el Frente de Vorónezh, Vatutin solicitó que le destinaran al ejército de operaciones y que le confiaran el mando de un Frente. Aceptaron su petición y el 14 de julio de 1942, cuando en Vorónezh se iba formando una situación muy complicada, Vatutin encabezó el Frente de Vorónezh. Tres meses más tarde pasó a mandar el Frente Sudoeste. Bajo su dirección, estas tropas, en colaboración con las de los frentes de Stalingrado y del Don coparon a la agrupación de choque enemiga a orillas de Volga. Después, destrozaron por completo al 8 Ejército italiano en el curso medio del Don, penetraron al sur de Járkov y llegaron al Donets de Norte.

Cuando nuestras tropas alcanzaron la línea Starobelsk, Lisichansk y Voroshilovgrado, a Vatutin le asaltó la idea de aprovechar su posición flanqueante sobre el Donbáss y la debilidad del sector de Starobelsk, del frente enemigo. A través de este último punto se proponía lanzar un fuerte grupo móvil en dirección a Mariúpol, cortando al enemigo todos

los caminos de retirada del Donbáss y persiguiéndolo en otras direcciones.

Vatutin expuso sus consideraciones en el Gran Cuartel General y el 19 de enero, cuando estuvo claro que la agrupación de tropas germano-fascistas cercada en la zona de Róssosh, estaba condenada al aniquilamiento, se le permitió realizar la idea de su operación ofensiva en el Donbáss, a la que se dio el nombre de "Skachok" ("Salto"). La misión y los métodos de su realización se formularon así:

"Los ejércitos del Frente Sudoeste, asestando su golpe principal desde la línea Pokróvskoe, Starobelsk sobre el sector Kramatorsk, Artiómovsk y, posteriormente, en dirección a Stálino, Volnovaja, Mariúpol, y lanzando simultáneamente un fuerte ataque desde la zona al sudoeste de Kámensk en dirección a Stalino, aislando a toda la agrupación enemiga que se encuentra en el territorio del Donbáss y en la región de Rostov, la cercan y la aniquilan, impidiendo que se escape hacia el oeste ni que evacúe ninguna clase de material".

La zona de Mariúpol se presuponía alcanzarla ya al séptimo día de ofensiva. Paralelamente se fijaba la misión de tomar los pasos fundamentales sobre el Dniéper con las fuerzas móviles de las reservas del Frente. La operación se realizaría en cooperación con el Frente Sur, que debería desplegar su ofensiva a lo largo del litoral del mar de Azov.

Esta idea, surgida sobre la base de la errónea interpretación de los propósitos del enemigo, sólo en apariencia correspondía a la situación real. Sin embargo, en aquella ocasión, tanto el Frente como el E. M. G. y el Gran Cuartel General estaban convencidos de la veracidad de sus deducciones y cálculos. Esto era imperdonable, claro está, pero era un hecho. Los informes victoriosos de los frentes adormecieron la vigilancia tanto del Gran Cuartel General como del Estado Mayor General, aunque en honor a la verdad, debo decir que a nosotros nos asaltaban ciertas dudas y así se lo hicimos saber a Vatutin y más tarde se las comunicamos al Jefe Supremo en presencia del mariscal Zhúkov. Por desgracia, el informe lo hicimos a todas luces tarde.

El estado de las tropas del Frente Sudoeste no estaba, ni mucho menos, a la altura que exigía una operación tan complicada, que debía tener como desenlace cercar en el Donbáss a una agrupación enemiga, aún más numerosa que la de Stalingrado. Por otra parte, retirándose al Donbáss, el enemigo se aproximaba a sus bases de retaguardia, lo contrario que nuestro Frente Sudoeste, que se alejaba más y

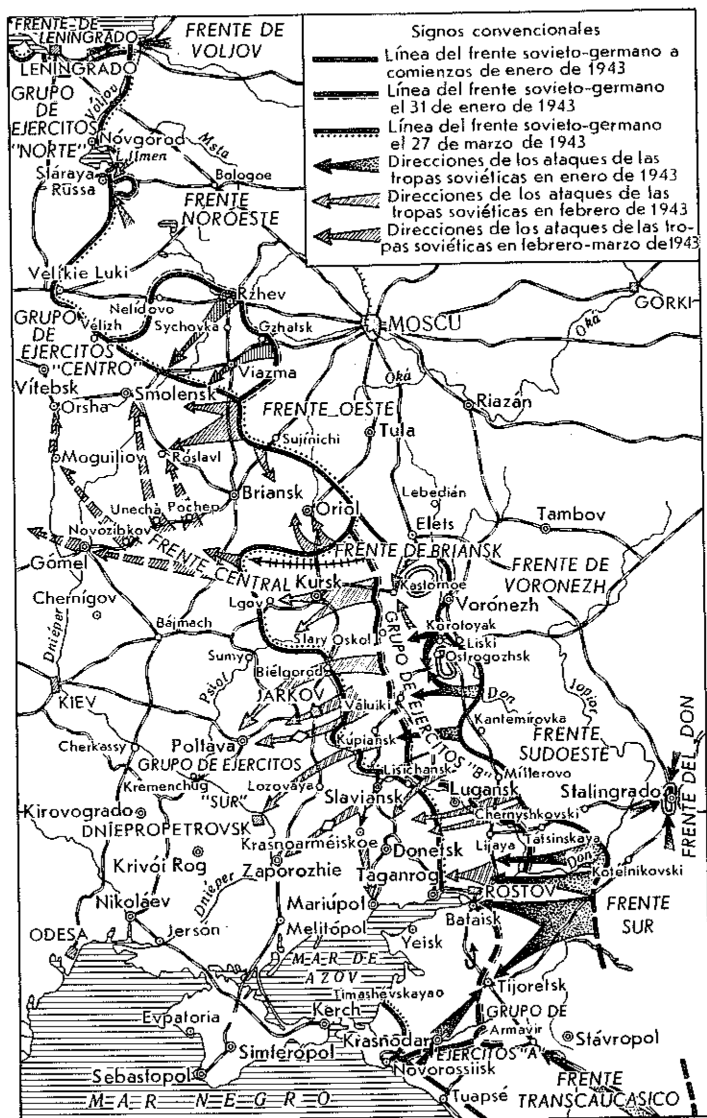
más de las suyas. La distancia entre las tropas y las estaciones de abastecimiento pasaba, en algunos casos, de los 300 kilómetros. El suministro había que hacerlo en transporte automóvil, por cierto, muy desgastado y escaso. El parque constaba de 1.300 camiones y 380 cisternas que sólo podían llevar 900 toneladas de combustible, en vez de las 2.000 que necesitaban las tropas. Pero, además de combustible, el frente necesitaba también municiones, víveres y forrajes.

Como todo hacía suponer que sólo tendríamos que perseguir al enemigo, en las tropas no se efectuaron reagrupaciones sustanciales: los ejércitos siguieron actuando en sus zonas anteriores y en la formación operativa en que estaban desplegados, preferentemente, lineal. El Frente no disponía tampoco de segundo escalón, teniendo solamente como reserva dos cuerpos de tanques, concentrados tras el flanco derecho. No estaban mejor las cosas en la aviación, la cual volaba poco y desde aeródromos muy lejanos. En aquellas circunstancias, naturalmente, la rotura de una posición defensiva fuerte del enemigo debería conducir, inevitablemente, al fracaso.

Para realizar un ataque profundo sobre Mariúpol crearon un grupo móvil bajo las órdenes del teniente general M. Popov, adjunto del Comandante del Frente. El Estado mayor de este grupo se equipó a toda prisa con radios de diversas potencias y otros medios de dirección. Formaron este grupo de tropas el 27 de enero y al cabo de dos días comenzó ya la operación.

Integraban el grupo móvil cuatro Cuerpos de carros (3 y 4 de la Guardia, 10 y 18 y las divisiones de infantería 57 de la Guardia, 38 y 52). En total tenía 180 tanques asegurados, como término medio, con una carga de combustible y uno o dos módulos de municiones. Las divisiones de infantería estaban aún peor abastecidas con municiones y combustible. El Comandante del Frente esperaba mejorar todo esto en el transcurso de la operación, pero no fue así.

Como era de esperar, la operación, el plan de la cual se elaboró sobre la base de una apreciación errónea de la situación, tuvo un desarrollo desfavorable. El grupo móvil, en la práctica, resultó ser poco maniobrero. Los cuerpos de carros, hundiéndose en la nieve, seguían itinerarios dispersos, muy distantes entre sí. Eran atacados a menudo por la aviación enemiga, que dominaba en el aire, y por las tropas terrestres. De vez en cuando, los tanques se detenían por falta de combustible.



Operaciones de las tropas soviéticas en el invierno de 1943

También tuvieron poco éxito los ejércitos de inter-armas, los cuales chocaron con una posición defensiva del enemigo sólida y bien organizada. Nuestros soldados, oficiales y generales derrocharon heroísmo, pero esto no bastaba. En algunas direcciones, varias divisiones y cuerpos soviéticos que se habían infiltrado en la defensa enemiga tuvieron que combatir cercados. En situación tan poco envidiable cayeron la 9 Brigada de carros de la Guardia y el 4 Cuerpo de tanques de la Guardia de Kantemírovka. El 11 de febrero tomaron Krasnoarméiskoe, importante nudo ferroviario y de carreteras, y cortaron las comunicaciones del enemigo. Este, a su vez, interceptó las comunicaciones de nuestras fuerzas con la retaguardia, obligando a los tanquistas a librar combate con muy poco combustible, municiones y víveres.

De todos los ejercitos del Frente Sudoeste, sólo el 6, que atacaba en el flanco derecho al sur de Járkov, continuaba su avance. Esto tenía su explicación en la derrota inflijida a los alemanes por el Frente de Vorónezh, que con un postrer esfuerzo tomó el 16 de febrero Járkov. Pero Vatutin pensaba de otra manera, sobreestimaba evidentemente los éxitos del 6 Ejército. Sus informes a Stalin seguían respirando optimismo. aumentado aún más por la salida de los tanquistas a Krasnoarméiskoe. El Jefe del Frente Sudoeste estimaba que la resistencia del enemigo no tardaría en ser quebrantada definitivamente. Esta misma y nefasta confusión la compartía F. Gólikov, criterio que, de los jefes de los frentes, se transmitía al E. M. G. y, de éste, al Gran Cuartel General. En Moscú se creía también que las operaciones ofensivas emprendidas se desarrollaban, en líneas generales, con arreglo a los planes. Hasta el punto de que el 8 de febrero se dictó esta orden al Frente del Sudoeste: impedir que el enemigo se retire a Dniepropetrovsk y a Zaporozhie, empujar a su agrupación del Donets hacia Crimea. El Frente de Vorónezh, que no mostraba intranquilidad especial por el desgaste de sus fuerzas, recibió esta misión: proseguir la ofensiva con el flanco derecho sobre Lgov, Glújov y Chernígov y, con el flanco izquierdo, en dirección a Poltava y Kremenchug.

En cumplimiento de las indicaciones del Gran Cuartel General, Vatutin lanzó hacia los pasos del Dniéper el 6 Ejército y toda su reserva, los cuerpos de carros 25 y 1 de la Cuardia. Entre el 17 y 19 de febrero sus vanguardias alcanzaron Dniepropetrovsk y Zaporozhie, disponiéndose ya a cruzar el río. Su misión no la pudieron realizar hasta el fin, pues les faltó combustible, y lo principal, que inesperadamente para

ellos, el 19 de febrero el enemigo pasó a la contraofensiva.

En este caso, es cierto, la afirmación de que se trataba de una sorpresa no reflejaba exactamente el verdadero estado de cosas. El mando del Frente Sudoeste sabía que podía chocar contra fuertes reservas enemigas en la zona de Dniepropetrovsk e inclusive advirtió de ello a los Estados Mayores inferiores, pero interpretaba a su manera los datos que le llegaban sobre la creciente resistencia del enemigo y los partes del 6 Ejército de que combatía contra unidades frescas. La Jefatura del Frente encuadraba todos estos datos en el marco de que las tropas germano-fascistas se retiraban, su versión preferida. Siguió creyendo en ella, incluso cuando el 21 de febrero estuvo absolutamente clara la ofensiva de varias divisiones de SS. En las indicaciones, transmitidas aquel día al general M. Popov, que mandaba el grupo móvil, se decía inequívocamente: "La situación creada, en la que el enemigo trata por todos los medios de sacar sus tropas del Donbáss y replegarlas al otro lado del Dniéper, exige acciones resueltas".

Hasta ahora sigue siendo un enigma de cómo Vatutin, hombre sin duda alguna precavido y que siempre dedicó la atención debida al reconocimiento del enemigo, estuviese en aquella ocasión tanto tiempo sin poder apreciar las magnitudes del peligro que se le avecinaba al Frente. Su actitud sólo puede explicarse por su extraordinaria seguridad de que el enemigo ya no estaba en condiciones de reunir fuerzas para emprender acciones resueltas lo que, en realidad, distaba mucho de ser así. Los generales hitlerianos no estaban dispuestos a cedernos la victoria. Hacían cuanto estaba a su alcance para recuperar la iniciativa estratégica, perdida en Stalingrado.

Nuestras tropas fueron detenidas en el río Mius. Simultáneamente, el enemigo había tenido tiempo de reagrupar sus fuerzas al sudoeste de Járkov y para el 19 de febrero disponía de dos grupos de choque: el primero, en la zona de Krasnograd con tropas de SS de las divisiones de tanques "La calavera", "Adolfo Hitler" y la División motorizada "Reich", y el segundo grupo, concentrado al sur y sudoeste de Krasnoarméiskoe, integrado, en lo fundamental, por divisiones de los Ejércitos de tanques 4 y, en parte, del 1.

Los ataques de siete divisiones de carros y motorizadas enemigas contra los flancos y retaguardia del 6 Ejército y del grupo de M. Popov, obligaron a estas fuerzas a replegarse con durísimos combates al sur de Járkov y hacia Barvénkovo

y, finalmente, tras el Donets del Norte. El Gran Cuartel General exigió al Frente de Vorónezh que ayudase a su vecino. Los Ejércitos 69 inter-arma y el 3 de tanques, ambos muy debilitados, fueron virados hacia el sur. Sin embargo, tampoco estas fuerzas pudieron contrarrestar el golpe concentrado del enemigo. El 4 de marzo, éste se reagrupó de nuevo y emprendió una maniobra ofensiva profunda sobre Járkov y Biélgorod. La situación se tornaba mas grave y, por último, adquirió un carácter crítico.

Coinciden con aquel período los cambios importantes operados en la dirección central.

Este sector del frente germano-soviético siempre suscitó mucha atención por parte del Estado Mayor General y del Gran Cuartel General. Allí se nos oponía el Grupo de Ejércitos "Centro", la agrupación enemiga más fuerte, desplegada en posiciones defensivas magníficamente preparadas. El enemigo seguía amenazando a Moscú con el entrante de Rzhev-Viazma, muy adentrado hacia el este, también excelente base de partida para atacar a nuestras tropas desplegadas al norte de Rzhev.

La experiencia de muchos combates y de las frecuentes e infructuosas operaciones del Frente Oeste había demostrado que los alemanes mantenían firmes el saliente y que para liquidarlo habría que organizar una operación de gran envergadura en la que participaran las fuerzas de varios frentes.

También nos preocupaba el saliente de Oriol, que el enemigo defendía con igual tenacidad.

Durante mucho tiempo, el Estado Mayor General no tuvo posibilidad de proponer una decisión radical respecto a estos dos salientes. Para romper con un ataque frontal la sólida defensa de los alemanes se hubieran necesitado muchas fuerzas y medios. Pero, después de la derrota del enemigo en las proximidades de Vorónezh y Kursk, la situación había cambiado sustancialmente. En una gran extensión al norte de Kursk el flanco del enemigo, antes guarnecido por el Grupo de Ejércitos "B", ahora estaba al descubierto. Desde que este grupo de tropas había dejado de existir no se había excluido el envolvimiento de su flanco y la salida de las tropas soviéticas a retaguardia de las agrupaciones alemanas de Oriol y Briansk y, con un desarrollo favorable de los acontecimientos, interceptar también las comunicaciones del

Grupo de Ejército "Centro" en algún punto de la zona Smolensk, Vítebsk, Orsha.

Esta gran misión operativo-estratégica sólo se podía llevar a cabo paulatinamente: primero, destrozar al enemigo en el sector de Oriol y luego, apoyándose en las líneas allí ocupadas, explotar el golpe en profundidad. Las fuerzas necesarias para la etapa inicial se tenían a mano: las tropas de los frentes Oeste, de Briansk y de Vorónezh. Mas para acciones posteriores se precisaban reservas ya dispuestas, de las que se carecía. Sólo el 2 de febrero, cuando capituló el enemigo en el Volga, apareció la posibilidad real de trasladar todo el Frente del Don a la dirección central.

El 5 de febrero de 1943 se formó el Frente Central. Su Comandante fue nombrado Konstantín Rokossovski. La dirección de campaña del Frente del Don pasó a llamarse la dirección de campaña del Frente Central.

En la noche del 6 de febrero, el Gran Cuartel General planteó a Rokossovski la misión de concentrarse en una zona al norte de Kursk, desplegar sus tropas entre los frentes de Briansk y Vorónezh y, para el día 15 del mismo mes, emprender la ofensiva en dirección a Róslavl y Smolensk. Para aquella fecha, según la idea de la operación, elaborada por S. Teteshkin, subjefe de la Dirección de Operaciones del E. M. G., la defensa del Grupo de Ejércitos "Centro" debían haberla roto ya los frentes Oeste y de Briansk. Aprovechando sus éxitos, las tropas de Rokossovski se lanzarían adelante, ocuparían Róslavl y Smolensk y, con parte de sus fuerzas, también Orsha, poniendo al enemigo en situación muy parecida al cerco. Y para que el Frente Central pudiera realizar sobre seguro esta misión, se le afectaron el 2 Ejército de carros y varias grandes unidades de caballería.

Stalin controlaba personalmente los preparativos de la operación. Cuando el Comandante del Frente de Briansk insinuó que se aplazara un día el comienzo de la operación, el Jefe Supremo le amonestó con severidad.

Con Rokossovski fue más condescendiente. Quizás porque él mismo veía las dificultades que implicaba el traslado de sus tropas desde la zona de Stalingrado. Los ferrocarriles perjudicaban claramente a Rokossovski, por lo que éste pidió al Gran Cuartel General que aplazara el comienzo de la ofensiva del Frente Central del 15 al 24 de febrero. El Gran Cuartel General accedió.

Entretanto, la pérdida de días tan preciosos tuvo sus consecuencias. El enemigo sacó del saliente de Rzhev-Viazma,

donde aún no atacábamos, varias divisiones y las trasladó apresuradamente al sector de Oriol y Briansk, adonde traía también fuerzas del Occidente de Europa.

Pero, una vez que sacó hasta 16 divisiones de las zonas de Viazma y Rzhev, el mando del Grupo de Ejércitos "Centro" no tuvo más remedio que renunciar a mantener aquella importante base de partida. El 2 de marzo, el enemigo comenzó a abandonar las posiciones del saliente de Rzhev-Viazma. Las tropas de los frentes Oeste y de Kalinin emprendieron inmediatamente su persecución. Durante 20 días progresaron en aquel sector más de 150 kilómetros, apoderándose de gran número de prisioneros y de trofeos. Hasta que el 22 de marzo fueron detenidas por el enemigo en la línea Ríbshevo, Safónovo, Miliátino.

En aquellas mismas fechas el Frente de Briansk realizaba una difícil ofensiva en las cercanías de Oriol, consiguiendo rechazar al enemigo sólo unos kilómetros. Por fin terminó de concentrar sus tropas el Frente Central y el 26 de febrero comenzó también la ofensiva en la dirección de Briansk. Como era de esperar, el enemigo ofreció una dura y organizada resistencia. El 65 Ejército de infantería y el 2 Ejército de carros tuvieron poco éxito. No así el grupo de caballería e infantería que, atacando en el flanco izquierdo del Frente en dirección a Starodub, Novozíbkov, Moguiliov, dio un salto de 100 a 120 kilómetros y alcanzó el río Diesná, al norte de Nóvgorod-Siéverski. Y aunque se creó una amenaza real para las comunicaciones del Grupo de Ejércitos "Centro", lamentablemente carecíamos de fuerzas y medios para explotar este éxito.

La infiltración de la caballería soviética, que actuó con la intrepidez que le era peculiar, preocupaba mucho al enemigo. Contra el grupo montado y a pie, compuesto solamente por dos divisiones de caballería y tres brigadas de esquiadores, los alemanes lanzaron nueve divisiones. Se entablaron combates cruentos, durante los cuales nuestros jinetes e infantes fueron rechazados el 20 de marzo a la zona de Sievsk. El 21 de marzo todo el Frente Central pasó a la defensiva por la línea Mtsensk, Novosil, Sievsk y Rilsk, formando el sector norte del famoso Arco de Kursk.

Por consiguiente, las esperanzas de causar un desastre al Grupo de Ejércitos "Centro" no se justificaron, por el momento. No obstante, como resultado de nuestras acciones, el enemigo quedó muy quebrantado y perdió mucho terreno. Nosotros logramos reducir el frente en casi 300 kilómetros.

Pero las tropas germano-fascistas siguieron manteniendo una situación favorable en las proximidades de Oriol.

¿Qué cariz fue adquiriendo la situación en las zonas de los frentes Sudoeste y de Vorónezh?

Nuestros Ejércitos 3 de tanques y 69 inter-arma, que operaban en la región de Járkov, estaban desgastados al máximo por los incesantes combates. No pudieron rechazar los golpes de las divisiones blindadas de SS, en las que por primera vez aparecieron batallones de carros de nuevo tipo, a los que más tarde se denominó "tigres". En desiguales combates, los tanquistas soviéticos sufrieron nuevas bajas, viéndose obligados a abandonar Járkov el 16 de marzo. El enemigo salió a la carretera de Biélgorod y se lanzó hacia el norte.

Con la penetración de los alemanes en el sector de Biélgorod, la situación del Frente de Vorónezh se hizo aún más crítica, hasta el extremo de que surgió el peligro de que las tropas enemigas saliesen a retaguardia del Frente Central. Para evitar nuevos males hubo que adoptar medidas urgentes.

Ya el 13 de marzo se le había retirado al Frente Central el 21 Ejército para lanzarlo al encuentro del adversario, con la misión de cortar la importante carretera de Oboyán y cubrir por el sur la dirección a Kursk, y, simultáneamente, asegurar la concentración al sudeste de Kursk de nuestro 1 Ejército de tanques que, con el 21 Ejército, debía derrotar al enemigo lanzado hacia el norte. Cuando el 20 de marzo el 21 Ejército ocupó la línea que le designaron, el enemigo ya había ocupado totalmente Biélgorod la tarde del 18 de marzo.

En aquellos días, en los que se desenvolvían los acontecimientos más críticos en el Frente de Vorónezh, no hubo manera de forjarse un cuadro objetivo de la situación por los informes de F. Gólikov. El Gran Cuartel General envió allí a sus representantes G. Zhúkov y A. Vasilevski con la misión de establecer exactamente la posición de los bandos, determinar la tendencia del desarrollo de los acontecimientos y adoptar sobre el terreno cuantas medidas fuesen necesarias para cortar de raíz otros posibles éxitos del enemigo.

Todo el 19 de marzo los representantes del Gran Cuartel General se lo pasaron en la línea de contacto directo con el enemigo, al norte de Tamárovka. No sólo consiguieron re-

velar, sino también subsanar en parte los grandes defectos existentes en la dirección de nuestras tropas. Al Estado Mayor del Frente le ordenaron trasladarse a la zona de Oboyán y, lo principal, le ayudaron a sacar una conclusión acertada de los propósitos futuros del enemigo. Según el criterio de Zhúkov y Vasilevski, comunicado aquella misma noche al Jefe Supremo, en la dirección de Biélgorod-Kursk podía esperarse la ofensiva de una de las más fuertes agrupaciones de tropas germano-fascistas, apoyadas por una gran masa de tanques.

Los representantes del Gran Cuartel General analizaron también la situación en el intersticio de los frentes Oeste y Central, otra dirección peligrosa, donde también había fundamentos para alarmarse seriamente, ya que un poco antes de los acontecimientos a que nos referimos y para centralizar la dirección de las tropas que actuaban contra la agrupación enemiga de Oriol, había sido disuelto el Frente de Briansk. Cuando surgieron complicaciones y tuvimos que desistir de acciones ofensivas y pasar a la defensa, se puso en claro que la dirección Oriol-Tula precisaba asegurarse con especial solidez. Mas como se encontraba en los flancos alejados, tanto del Frente Oeste como del Frente Central, ni Sokolovski ni Rokossovski podían prestarle la atención debida. Los representantes del Gran Cuartel General consideraron necesario restablecer en esta dirección un Frente más, recomendando designar como su Comandante a F. Gólikov y reintegrar a N. Vatutin al puesto que aquél dejaba.

En un principio, a la nueva agrupación se la denominó Frente de Kursk. Pero ya el 27 de marzo pasó a llamarse Frente de Oriol. Hasta que, por último, volvió a llamarse como antes, Frente de Briansk. Mas esto no fue un simple cambio de rótulos. En la sucesión de nombres se reflejaban, el bloqueo de Leningrado y el establecimiento de comunicaciones por tierra entre la ciudad-héroe y el resto del país. El enemigo fue desalojado del sector de Demiansk, de las cercanías de Viazma y Rzhev y rechazado muy lejos en el flanco meridional. Las tropas soviéticas liberaron de ocupantes 480.000 kilómetros cuadrados de tierra patria y en algunos sectores avanzaron de 600 a 700 kilómetros. El propio enemigo confesó más tarde que en aquel invierno Alemania había perdido, ella sola, en Rusia, cerca de 1.200.000 soldados y oficiales, y junto con los ejércitos satélites, las bajas del enemigo ascendieron a 1.700.000 hombres. Con cifras enormes se expresaba el desastre enemigo en material de

guerra: 24.000 piezas de artillería, 7.400 tanques y 4.300 aviones.

Es posible que nuestros éxitos pudieran haber sido mayores de no ser por los tropiezos a que antes hice mención. ¿De dónde dimanaban las causas de tales desaciertos? Pienso que sobre el fondo de las grandiosas victorias logradas por nuestras tropas a las puertas de Moscú y de Stalingrado, en algunos jefes militares, incluidos varios del Gran Cuartel General y del Estado Mayor General, se forjó cierta subestimación en cuanto a las posibilidades del enemigo. Esto se manifestó negativamente en la preparación de varias operaciones y en lo infundado de nuestra ofensiva en la dirección de Járkov, sobre Dniepropetrovsk y Mariúpol. Hubiera sido más sensato, por lo visto, detener ya en enero la ofensiva de los frentes de Vorónezh y Sudoeste, pasar temporalmente a la defensiva, acercar las retaguardias, completar las di-

en cierta medida, las vacilaciones en la apreciación de la situación y del desarrollo que tendrían las futuras acciones del enemigo: si atacaría del lado de Oriol hacia el este o sobre Kursk, al encuentro de otro ataque suyo desde Biélgorod. En dependencia de esto tratábamos previamente de enfilar nuestras tropas en una determinada dirección, dándole el nombre de Frente.

El traslado a las cercanías de Oboyán del 21 Ejército, la concentración al sudeste de Kursk del 1 Ejército de carros, otras reagrupaciones de fuerzas, y, finalmente, el refuerzo en la dirección de las tropas del Frente de Vorónezh y la ayuda práctica que sobre el terreno le prestaron dos representantes del Gran Cuartel General de tanta experiencia como Zhúkov y Vasilevski, todo eso, en definitiva, permitió, primero, contener y, el 27 de marzo, parar totalmente al enemigo en la línea Gapónovo, Trefílovka, Biélgorod, Volchansk formándose así el sector sur del Arco de Kursk.

Los resultados de la campaña invernal de 1943, a pesar de ciertos errores y esperanzas frustradas, fueron extraordinariamente considerables para las Fuerzas Armadas Soviéticas. A las puertas de Stalingrado se había acabado con los 330.000 hombres cercados del ejército de Paulus. Sufrieron un desastre completo las tropas de los aliados italianos de Hitler, enviadas al frente del Este. No fue menos dura la derrota asestada a otros satélites de la Alemania fascista.

Aquel invierno fue asimismo memorable por la rotura

visiones con hombres y crear los depósitos necesarios de medios materiales.

La etapa final de la ofensiva de estos dos frentes en el invierno de 1943 se caracterizó por la dispersión de fuerzas. Prácticamente no existieron potentes agrupaciones de choque en las direcciones principales.

Y, por último, el servicio de información nos jugó una mala pasada, equivocándonos de medio a medio cuando tratamos de determinar los propósitos del enemigo.

Tales son, en opinión mía, las causas fundamentales, origen de algunos de nuestros reveses y de las frustradas esperanzas en el invierno de 1943. A pesar de que, lo remarco una vez más, en su conjunto, los balances de la campaña de invierno fueron buenos para nosotros. Había acrecido la potencia ofensiva del Ejército Soviético.

Capítulo VII
HECHOS Y HOMBRES DEL ESTADO MAYOR GENERAL

De los "apresuramientos" al trabajo sistemático. A. Vasilevski y A. Antónov. Mis compañeros de servicio. El núcleo de trabajo de la Dirección de Operaciones. El ciclo cotidiano de trabajo. Informe matinal al Jefe Supremo. El informe vespertino. Desplazamientos nocturnos al Gran Cuartel General. El Cuerpo de oficiales del Estado Mayor General. Acerca de quienes encabezaban los EE. MM. de los frentes.

En páginas anteriores he intentado analizar ciertos acontecimientos militares, desde las posiciones de oficial del Estado Mayor General. Pero apenas traté de la vida interna de este propio organismo, sus hombres sólo se recordaban de pasada, siendo, por el contrario, objeto de mucho interés para el análisis.

Ahora quisiera narrar cómo vivimos y trabajamos en los años de la guerra y, lo principal, recordar a camaradas y compañeros de servicio para mí muy queridos, sobre cuyos hombros recayó todo el peso del multifacético trabajo en el Estado Mayor General durante la guerra.

Como ya se ha dicho antes, desde el primer día de la guerra se manifestó la imperfección de la estructura del E. M. G. Hubo algo que sobraba, completamente innecesario, careciéndose en absoluto, en cambio, de otras cosas sumamente necesarias. La guerra puso todo en su lugar: lo innecesario se desechó y se creó lo que se precisaba. Hacia mediados de 1942, las formas organizativas del Estado Mayor General entraron en armonía con el contenido de su labor. Para esa misma época se hizo estable su personal. Desaparecieron los "apresuramientos". Fue estableciendose un orden que permitía analizar profundamente la situación y pensar en las tareas que de ella dimanaban, calcular todo en el tiempo y en el espacio, argumentar como era debido cada operación, cualquier propuesta. El E. M. G. era el organismo de trabajo del Gran Cuartel General y sólo se subordinaba al Jefe Supremo.

La actividad del Gran Cuartel General y, por consiguiente, también del E. M. G., era muy tensa y no se encerraba entre

sus cuatro paredes. En su trabajo siempre se percibía el pulso del ejército de operaciones, con el que no sólo nos ligábamos por los hilos del teléfono o del telégrafo, sino también por vínculos vivos ininterrumpidos, contacto personal con las tropas, con sus Estados Mayores y con los mandos de los frentes.

Después de suprimir los mandos principales por direcciones se hizo mayor la necesidad de un enlace más ágil del Gran Cuartel General y el E. M. G. con los frentes. La coordinación de sus acciones combativas, el control del cumplimiento de las directivas del Jefe Supremo y la ayuda en la planificación, preparativos y realización de las operaciones con objetivos decisivos, todo eso exigía desplazarse regularmente a los lugares de acción a personas con responsabilidad, capaces de adoptar por su cuenta decisiones importantes y dar las indicaciones que al caso correspondían. Fue entonces, propiamente dicho, cuando surgió el instituto de representantes del Gran Cuartel General, ya conocido por el lector.

Representaban con más frecuencia al Gran Cuartel General en el frente G. Zhúkov, primer adjunto del Jefe Supremo, y A. Vasilevski, Jefe del Estado Mayor General. Algunos, que a la sazón mandaban frentes, afirmaron más tarde que la constante permanencia a su lado de Zhúkov o Vasilevski se reflejó negativamente en la dirección de las tropas. En esta crítica (principalmente posterior a la guerra) es posible que existiera cierta parte de verdad. Pero, en su conjunto, me parece que la actividad de los representantes del Gran Cuartel General estuvo justificada. La situación exigía que se encontraran en los frentes hombres cuya experiencia y poderes les permitieran resolver con rapidez problemas de importancia que, a menudo, rebasaban la competencia del Comandante del Frente. El trabajo prolongado, directamente en el ejército de campaña de Zhúkov en las direcciones principales se predeterminaba, ante todo, por su cargo de primer adjunto del Jefe Supremo. Por lo que a Vasilevski se refiere, éste, naturalmente, debería haber estado más tiempo en el Estado Mayor General. Pero el Jefe Supremo no se aconsejaba con nadie, cuando de esto se trataba. Considerando, por lo visto, que tal estado de cosas era normal, casi siempre, en cuanto tenía ocasión de entrevistarse con Vasilevski o Zhúkov a su regreso del frente, Stalin les preguntaba si se iban a reintegrar pronto al ejército de operaciones.

El servicio en el E. M. G. nunca fue fácil y, menos aún, durante la guerra. Su labor principal la absorbían, claro esta, la obtención y análisis de los datos del reconocimiento y de

la situación que se formaba en los frentes, la elaboración de propuestas prácticas y disposiciones que de ello dimanaban, ideas y planes de futuras operaciones, planificación, aseguramiento de los frentes con armamento, municiones y otros medios materiales, así como creación de reservas humanas. Todo eso era muy complicado y no siempre se llevaba a cabo como se hubiera deseado.

Stalin estableció un orden por el que el E. M. G. trabajaba las 24 horas del día y, personalmente, reglamentó el tiempo de su plantilla de dirección. Al subjefe del Estado Mayor General, por ejemplo, cuyo cargo ocupó en diciembre de 1942 A. Antónov, le correspondía encontrarse en el ejercicio de sus funciones de 17 a 18 horas diarias, reservándose para descansar desde las 5 ó las 6 de la mañana hasta las 12 del día. A mí, que desde mayo de 1943 desempeñé las funciones de jefe de la Dirección de Operaciones, se me permitía descansar desde las 2 hasta las 6 ó 7 de la tarde. Exactamente igual estaban distribuidas las horas de trabajo y descanso para todos los demás cargos dirigentes.

Los informes al Jefe Supremo se hacían, como regla, tres veces al día. El primero, entre las 10 y las 11 de la mañana, de ordinario por teléfono, y a mi me correspondía hacerlo. Por la tarde, entre las 4 y las 5, informaba el subjefe del E. M. G. Por la noche, en cambio, nos presentábamos los dos en el Gran Cuartel General con el parte de novedades de la jornada. Antes de salir, se dibujaba la situación por frentes en mapas de escala 1 : 200.000 indicando el despliegue de nuestras tropas hasta división inclusive y, en algunos casos, por regimientos. A pesar de que conocíamos en todos sus pormenores lo ocurrido durante el día, de todas maneras, antes de cada informe nocturno, estudiábamos minuciosamente durante dos o tres horas la situación, nos poníamos al habla con los comandantes de los frentes y sus jefes de EE. MM., puntualizábamos con ellos detalles aislados de las operaciones que acababan de terminar o que se planeaban, nos aconsejábamos y comprobábamos por ellos mismos la justeza de nuestras suposiciones, examinábamos las peticiones y solicitudes de los frentes y, en la última hora, redactábamos los proyectos de directivas y disposiciones del Gran Cuartel General, preparados para su firma.

Toda la documentación que exigía ser sancionada por el Alto Mando la clasificábamos de antemano y la disponíamos en tres carpetas de diferentes colores. En la carpeta roja figuraban los documentos de importancia primordial, de los

que se daba cuenta en primer lugar: en lo fundamental, órdenes, directivas, disposiciones y planes de distribución de armamentos entre las tropas que operaban y las reservas. La carpeta azul se destinaba para documentos de segundo orden, por lo común, peticiones de orden diverso. La carpeta verde contenía solicitudes para ascensos y condecoraciones, propuestas y órdenes de traslados y nombramientos.

Los documentos de la carpeta roja se informaban obligatoriamente y se les daba curso en el momento. Los de la carpeta azul se exponían seleccionados, "a medida de las posibilidades", pero, como regla, diariamente. Del contenido de la carpeta verde sólo se informaba si el momento era adecuado para ello. En ocasiones, no la abríamos durante tres o cuatro días. Nos esforzábamos por acertar cuándo podíamos dar cuenta de tal o cual cuestión y casi nunca nos equivocábamos. Stalin no tardó en percatarse de nuestro simple método. En ocasiones, él mismo advertía:

— Hoy sólo examinaremos documentos de importancia.

Otras veces, decía:

— Bueno, veamos ahora su carpeta verde...

En honor a la verdad, debo decir que Stalin tenía en gran estima a los oficiales del E. M. G., destinándolos a los puestos de mayor responsabilidad en el ejército de operaciones. Ya en los primeros meses de la contienda, Zhúkov, a la sazón Jefe del Estado Mayor General, pasó a mandar un Frente. Su adjunto, Vatutin, le sucedió en la jefatura de E. M. G. siendo más tarde nombrado Comandante de Frente. Los jefes de direcciones G. Malandin y A. Anísov, los jefes de secciones V. Kurásov, M. Sharojin, P. Kókorev, F. Shevchenko y otros fueron nombrados jefes de EE. MM. de frentes y de ejércitos, llegando posteriormente, algunos de ellos, a ser buenos comandantes de ejércitos. No faltó quien, V. Karpujin, por ejemplo, pasara a mandar una división.

Contraviniendo los cánones establecidos, Stalin consideraba que un buen oficial de E. M. siempre podría ser un buen mando, mas, para ser un oficial completo de E. M. se precisaba conocer la vida de las tropas. Por eso a todos nosotros, sin excepción, nos mandaban a menudo en comisión de servicio a los frentes, a veces, para mucho tiempo. En algunos casos, esta práctica debilitaba la plantilla del E. M. G. y creaba dificultades complementarias para su labor. Sin embargo, también a este respecto, el Jefe Supremo tenía su propio punto de vista, firmemente establecido: suponía y, por lo visto, no sin fundamento, que "en su medio, el E. M. G.

siempre encontraría alguna salida", mientras que la práctica en las tropas, en condiciones de campaña, le era útil a cada uno de nosotros.

Al propio tiempo, siempre advertíamos su preocupación por mantener el prestigio del Estado Mayor General. Cuando los comandantes de los frentes informaban en el Gran Cuartel General, Stalin siempre preguntaba: "¿Cuál es la opinión del E. M. G.?", o bien: "¿Ha examinado este problema el Estado Mayor General?". Y el E. M. G. siempre daba su opinión que en muchos casos no difería de la de los jefes de los frentes, mas como le preguntaban había que exponerla.

El Jefe Supremo no soportaba la mentira o el adorno más ínfimo de la realidad y castigaba con mano dura a quienes incurrían en ello. Recuerdo perfectamente cómo en noviembre de 1943 fue destituido de su cargo el jefe del Estado Mayor del 1 Frente de Ucrania por haber silenciado que el enemigo había tomado un pueblo de importancia, creyendo que podríamos recuperarlo. Es natural que cuando informábamos en el Gran Cuartel General cuidásemos mucho las formulaciones. De por sí arraigó en nosotros la costumbre de no informar nunca acerca de hechos no comprobados o que infundían dudas, que no eran pocos. En los partes, por ejemplo, figuraba a menudo esta frase: "Las tropas *han irrumpido* en el punto N", o bien, "Nuestras tropas *mantienen* las afueras del punto X". En tales casos informábamos al Jefe Supremo así: "Nuestras tropas *libran combates* por el punto N o por el punto X".

Los informes del Estado Mayor General en el Gran Cuartel General se hacían ateniéndose a un orden riguroso. Después de la llamada telefónica nos dirigíamos en un coche por el Moscú desierto al Kremlin o a la "Próxima", la casa de campo de Stalin en Kúntsevo. Entrábamos siempre al Kremlin por las puertas Borovitski y, rodeando el edificio del Soviet Supremo de la URSS por la plaza Ivánovskaya, torcíamos hacia la llamada "rinconada", donde se encontraban los apartamentos y el despacho de trabajo de Stalin. A través del gabinete de Poskrióbishev pasábamos a la pequeña pieza del jefe de la guardia personal del Jefe Supremo y, finalmente, nos presentábamos a él.

En la parte izquierda del despacho, con techo abovedado y paredes revestidas de roble claro, había una larga mesa rectangular. Extendíamos en ella nuestros mapas y, por ellos, informábamos de la situación en cada frente, comenzando por el en que en el momento dado se desarrollaban los aconte-

cimientos principales. No utilizábamos ninguna clase de apuntes previos. Conocíamos la situación de memoria y la llevábamos dibujada en el plano.

Detrás de la mesa, en un rincón, estaba un globo de gran tamaño. Debo observar que, al visitar centenares de veces aquel despacho, nunca vi utilizar dicho globo para examinar cuestiones operativas. Son absolutamente infundadas las afirmaciones de que la dirección de los frentes se efectuaba con ayuda del globo.

Además del Jefe Supremo asistían a los informes, como regla, los miembros del Buró Político del CC del PC(b) y los miembros del Gran Cuartel General. En caso de necesidad se convocaba a los comandantes N. Vóronov, de la Artillería; Y. Fedorenko, de las Tropas Blindadas y Mecanizadas; A. Nóvikov, de las Fuerzas Aéreas; M. Vorobiov, de las Tropas de Ingenieros; N. Yákovlev, jefe de la Dirección Principal de Artillería; A. Jruliov, jefe de Logística del Ejército Soviético, y a otros, que informaban y asesoraban sobre sus problemas específicos.

Los miembros del Buró Político se sentaban, ordinariamente, a lo largo de la mesa, de espaldas a la pared, frente a nosotros, los militares, y a los grandes retratos de Suvórov y Kutúzov que pendían del lado opuesto del despacho. Stalin escuchaba el informe paseando a lo largo de la mesa, de nuestro lado. De vez en cuando se acercaba a su mesa de escritorio, situada al fondo del despacho, a la derecha, tomaba dos emboquillados, los deshacía y llenaba con su tabaco la cachimba. A la derecha de la mesa de escritorio, sobre un pedestal especial, en una urna de cristal, estaba la mascarilla mortuoria de escayola de Lenin.

Nuestro informe comenzaba por la característica de las acciones de nuestras tropas durante la jornada concluida. Los frentes, ejércitos, cuerpos de tanques y mecanizados se citaban por los apellidos de sus jefes y las divisiones, por sus números orgánicos. Tal fue el orden establecido por Stalin. Con el tiempo, todos nos habituamos a ello y también en el Estado Mayor General seguíamos el mismo sistema.

Después, dábamos cuenta de los proyectos de directivas que debían hacerse llegar a las tropas. Las directivas del Gran Cuartel General las firmaba el Jefe Supremo y su primer adjunto o el Jefe del E. M. G., y cuando estaban ausentes de Moscú Zhúkov y Vasilevski, firmaba el segundo adjunto, Antónov. Las disposiciones de menor importancia terminaban con la frase "Por delegación del Gran Cuartel General",

firmadas por A. Vasilevski o por A. Antónov. Con frecuencia, estas disposiciones se dictaban en el mismo Gran Cuartel General por Stalin y yo las escribía. Cuando terminaba, me ordenaba leerlas en voz alta y hacía las enmiendas necesarias. Estos documentos, como regla, no se escirbían a máquina, sino que directamente, en original, se enviaban a la sala de aparatos de transmisiones, situada cerca, y se cursaban inmediatamente a los frentes.

En el interregno, sacábamos nuestra carpeta azul y comenzábamos a exponer las solicitudes de los frentes que, principalmente, pedían refuerzos humanos, suministros de armas, pertrechos y combustible. Ni que decir tiene que todas aquellas peticiones las habíamos examinado previamente en el E. M. G. con los comandantes de las Armas y Servicios.

Al E. M. G. regresábamos, después de informar, a las 3 ó 4 de la madrugada.

A veces, teníamos que ir al Gran Cuartel General dos veces al día.

El riguroso orden de trabajo del Estado Mayor General, establecido por Stalin, nadie lo pudo cambiar. El colosal volumen de esta labor y su urgencia hacían que el servicio en este organismo fuera en extremo agotador. Trabajábamos hasta más no poder, a sabiendas de que por el error más ínfimo se nos castigaría con severidad. No todos pudieron soportar aquella tensión. Algunos de mis camaradas padecieron después durante mucho tiempo agotamiento del sistema nervioso y dolencias cardíacas. En cuanto acabó la guerra muchos pidieron el retiro, sin aguardar a cumplir el plazo establecido para la edad.

Debo señalar que el régimen de tiempo de guerra continuó en el Estado Mayor General, casi invariable, hasta la muerte de Stalin: como antes, terminábamos nuestra jornada laboral de 3 a 4 de la madrugada y de 10 a 11 de la mañana estábamos obligados a presentarnos al servicio.

Desconozco por qué cuando se habla de personas de trabajo intelectual y creador sólo se tiene en cuenta a los trabajadores del arte, de la literatura, más raramente a los técnicos, y casi nunca, a los militares.

Mas el caso es que la profesión de militar también exige inspiración creadora y un intelecto altamente desarrollado. Con frecuencia, los militares tienen que manejar un número inconmensurablemente mayor, que otros especialistas, de da-

tos de partida y componentes, la comprensión de los cuales permite hacer determinadas conclusiones y, sobre su base, encontrar la solución más justa.

Esto atañe, en primer lugar, naturalmente, a los cuadros militares de dirección. El dirigente militar no sólo debe conocer a la perfección los asuntos militares y saber adivinar las perspectivas de su desarrollo. El militar está obligado a saber orientarse en el laberinto de los problemas políticos, económicos y técnicos, a comprenderlos justamente y a prever su posible influencia en la teoría y en la práctica militares, en la guerra en su conjunto, en la operación y en el combate.

Estas cualidades las necesita particularmente el Jefe del Estado Mayor General. El diapasón de su actividad es verdaderamente colosal. Sobre él recae la enorme responsabilidad por la preparación de las Fuerzas Armadas en tiempos de paz y su acertado empleo durante la guerra. A él, en mayor medida que a ningún otro, le corresponde siempre prever el futuro lejano.

Mas por muy inteligente que sea el Jefe del Estado Mayor General, él solo no puede hacer todo. Además de las cualidades expuestas, necesita saber apoyarse en una colectividad de trabajo, especialmente seleccionada, preparada y organizada. No puede prescindir de adjuntos y ayudantes de experiencia que asuman una parte rectora del trabajo de esta colectividad, con iniciativa y perspicacia y cualidades organizativas extraordinarias.

Al describir el trabajo del Estado Mayor General durante la guerra estoy obligado, naturalmente, a hablar con más o menos detalle de sus dos dirigentes más destacados, A. Vasilevski y A. Antónov. El primero, fue Jefe del E. M. G. desde mediados de 1942 hasta febrero de 1945. El segundo, se hizo cargo de este alto puesto ya al final de la guerra, aunque ya mucho antes, siendo adjunto del Jefe del E. M. G. y debido a la prolongada permanencia de Vasilevski en los frentes, desempeñó exitosamente sus funciones.

Así, pues, comenzaré por Alexandr Mijáilovich Vasilevski.

Trabajé con él casi 12 años en diferentes grados de subordinación y en distintos peldaños, por decirlo así, de la escala jerárquica de servicio. En 1940 él era subjefe de la Dirección de Operaciones y yo, auxiliar superior del jefe de una sección. Después, Vasilevski ascendió a jefe de la Dirección de Operaciones y yo, a jefe de una dirección estra-

tégica. Al cabo de algún tiempo, Vasilevski fue designado Jefe del Estado Mayor General, pasando yo a desempeñar sus funciones anteriores en la Dirección de Operaciones. Finalmente, ya después de la guerra, fui casi cuatro años Jefe del Estado Mayor General y Vasilevski Ministro de la Guerra. Este contacto cercano y bastante prolongado de servicio me permitió estudiar muy bien las cualidades personales de Vasilevski. Y cuanto mejor le conocía tanto más se enraizaba en mí un sentimiento de profunda estima por este hombre de corazón, sencillo como un soldado y siempre modesto, auténtico jefe militar.

En capítulos sucesivos, de una u otra forma, tendré, en más de una ocasión que referirme al trabajo de Vasilevski, tanto en el E. M. G. como en los frentes, unas veces en calidad de representante del Gran Cuartel General y, otras, en funciones de Comandante de Frente o Comandante en Jefe, como sucedió en el Extremo Oriente. Por el momento, sólo trataré algunos de sus rasgos personales.

En primer lugar, de sus profundos conocimientos militares.

Vasilevski había pasado por la experiencia de la primera guerramundial, el trabajo organizativo para formar las primeras unidades regulares del Ejército Rojo y su servicio en los frentes de la guerra civil. Cuando fue destrozada la contrarrevolución interna y arrojados de la tierra soviética los intervencionistas extranjeros, Vasilevski mandó siete años un regimiento. Todo este lapso estudió con tesón, destacándose ya entonces como jefe de extensos conocimientos, reflexivo y de iniciativa. Tampoco pasaron desapercibidas para los jefes superiores la modestia y la serenidad de Vasilevski.

Se fijó también en él V. Triandafílov, destacado teórico militar y a la sazón subjefe del Estado Mayor del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos. Por recomendación de este último se traslada a Vasilevski a la Dirección de Preparación Combativa del Ejército Rojo, donde ante el antiguo jefe de regimiento se abren nuevos horizontes. Vasilievski participa en la elaboración de problemas operativos, en la confección de instrucciones de táctica para el llamado "combate profundo" y escribe en la prensa militar.

En 1936, después de un breve servicio en la Región Militar del Volga, Vasilevski ingresa en la Academia del Estado Mayor General. En este centro docente enriqueció sus conocimientos y su destreza para elaborar problemas opera-

tivos, se pulieron sus hábitos y tuvo más posibilidad de poner en juego su iniciativa creadora. Cuando terminó la academia, ya con el grado de comandante de brigada Vasilevski fue destinado al Estado Mayor desempeñando, primero, las funciones de ayudante del Jefe de la Sección de Operaciones y, desde mediados de 1939, cuando se formó la Dirección de Operaciones, las de ayudante y, luego, las de adjunto del jefe de la Dirección Estratégica del Oeste. En este puesto, las aptitudes operativas de Vasilevski se consolidaron aún más. Se hizo el hombre principal en la elaboración de los planes más importantes del mando soviético.

Después de comenzada la Gran Guerra Patria, el 25 de agosto de 1941, el general mayor A. Vasilevski es nombrado jefe de la Direccíon de Operaciones, con la función simultánea de adjunto del Jefe del Estado Mayor General. Participa directamente en la planificación de las operaciones para rechazar los ataques enemigos y derrotar a las tropas germano-fascistas en los accesos a Moscú.

Ya he descrito anteriormente las dificultades de aquella época y el lector puede imaginarse lo que pasó entonces Vasilevski. Aunque todos los contratiempos que surgían los superaba con tranquilidad envidiable y serenidad asombrosa. El profundo conocimiento de la naturaleza de la guerra y su capacidad para adivinar el desarrollo y desenlace de las más complicadas batallas no tardaron en situar a Vasilevski en la primera fila de los dirigentes militares soviéticos.

Vasilevski se distinguió siempre por su confianza en los subordinados, por su profundo respeto hacia las personas y en el cuidado para no herir su dignidad. Comprendía exactamente cuán difícil era mantener el espíritu de organización y la exactitud en aquella situación crítica del período inicial de la guerra, desfavorable para nosotros, esforzándose por ensamblar una colectividad, crear un ambiente de trabajo en el que no se advirtiera en absoluto la presión del poder y sí nada más que la ayuda sólida del superior, compañero de más experiencia, con la que se pudiera contar en caso de necesidad. Su cordialidad, nobleza y sinceridad era plenamente correspondidas por nosotros. Vasilevski no sólo disfrutaba en el E. M. G. de un gran prestigio, sino también del cariño general.

Desde los primeros meses de la contienda, Vasilevski tuvo que tratar personalmente a Stalin, el cual, como ya he señalado, no soportaba contestaciones aproximadas, al azar, y que exigía con frecuencia que se precisara personalmente

la situación sobre el terreno. En muchas ocasiones, el trabajo de Vasilevski en el ejército de operaciones puso en peligro su vida, lo que no fue obstáculo para que siempre lo cumpliera a tiempo y con una exactitud impecable, de la misma forma que sus informes en el Gran Cuartel General se distinguían por su caráter exhaustivo y claridad. Estas cualidades las valoraba en plena medida el Jefe Supremo, y a menudo enviaba a Vasilevski al frente, cuando surgía la necesidad de analizar más a fondo uno u otro problema y elaborar la decisión más justa, formulada bajo el aspecto de propuestas ya terminadas.

La naturaleza donó a Vasilevski de la rara aptitud de cazar al vuelo lo principal, hacer conclusiones acertadas y prever, de cierta manera especial, en qué dirección se desarrollarían los acontecimientos. Y, sin embargo, jamás hizo ostentación de ello, al contrario, siempre escuchaba con atención reconcentrada las opiniones e ideas de los demás, no acostumbraba a interrumpir al interlocutor, aunque no estuviese de acuerdo con él, sino que trataba de persuadirle pacientemente, le demostraba su criterio y, al fin y a la postre, se lo ganaba. Al mismo tiempo, Vasilevski sabía defender su propio punto de vista ante el Jefe Supremo, con tacto, pero con suficiente firmeza.

El estilo operativo de Vasilevski se caracterizaba por gran decisión, por el afán de cercar al adversario, de cortarle los caminos de retirada o desmembrar su agrupación para que, a medida que avanza la operación, sienta cada vez más la amenaza de su aislamiento. Tales fueron los rasgos típicos de las operaciones de Ostrogozhsk-Róssosh, Stalingrado, Bielorrusia, Mémel y de otras muchas en cuya preparación y ejecución participó personalmente Vasilevski. Esta misma decisión distingue a la operación de Prusia Oriental, durante la que Vasilevski mandó el 3 Frente de Bielorrusia, en sustitución de I. Cherniajovski, sucumbido en febrero de 1945. Siempre estuvo dispuesto a responder incondicionalmente de sus actos ante su Patria, cualidad que, como se sabe, es la expresión más sublime del pundonor de un jefe militar. Jamás alardeó de sus éxitos y odió exaltarlos. Vasilevski nunca puso en primer plano su propia persona aunque, a menudo, su papel fuera decisivo.

Comprendiendo perfectamente cuán perniciosas eran para el trabajo del E.M.G. las frecuentes ausencias de su Jefe, Vasilevski buscó con insistencia, y lo encontró, un digno sustituto. El 11 de diciembre de 1942 supimos que, por

recomendación de Vasilevski, se había puesto a la cabeza de la Dirección de Operaciones, y como adjunto del Jefe del E.M.G., al teniente general Alexéi Antónov, hasta entonces Jefe del Estado Mayor del Frente Transcaucásico.

Muchos le conocían y tenían buen criterio de él. Sin embargo, no faltaron escépticos quienes estimaron que sólo podría juzgarse si Antónov valía para trabajar en el Estado Mayor General después de dos o tres presencias en el Gran Cuartel General: ¡allí se vería de lo que era capaz! Recordaban que casi todos sus antecesores habían sido destituidos del cargo después de varios informes al Jefe Supremo.

Antónov se condujo con mucha habilidad. Conoció en todos sus pormenores a los hombres de la Dirección, estudió minuciosamente la situación en los frentes y no se apresuró por acudir a informar al Gran Cuartel General. Sólo al cabo de seis días, cuando ya se orientaba libremente tanto en la situación de los frentes como en los asuntos del Estado Mayor General, Antónov se presentó en el Gran Cuartel General. Y todo salió a pedir de boca. Entonces hasta los escépticos comprendieron que el jefe de la Dirección de Operaciones era precisamente el hombre que se necesitaba. Gradualmente nos fuimos deshaciendo de las esperas en el recibimiento. Con ayuda de Antónov, el Jefe Supremo estableció un reglamento para el trabajo del E.M.G., riguroso y difícil, pero, en general, necesario y aceptable, que duró años. Por cierto, que el propio Antónov compartió con nosotros todas las dificultades del servicio.

Aún no llevaba Antónov un mes en el Estado Mayor General cuando se le encomendó una misión de extraordinaria responsabilidad: como representante del Gran Cuartel General aclarar la situación en los frentes de Vorónezh y Briansk y, un poco más tarde, también en el Frente Central, al objeto de hacer proposiciones concretas para el empleo ulterior de sus fuerzas. Esta comisión de servicio duró desde el 10 de enero hasta el 27 de marzo de 1943. Todos comprendimos que con esta misión se quería probar la madurez del nuevo jefe de la Dirección de Operaciones. El Jefe Supremo deseaba convencerse definitivamente si había acertado, designando a Antónov a uno de los puestos militares de mayor responsabilidad.

En aquellos momentos, las tropas de los frentes de Vorónezh y Briansk atravesaban una especie de crisis en su ofensiva, realizada en las difíciles condiciones de invierno. Después de varias brillantes victorias se habían agotado

visiblemente y, en definitiva, se vieron obligadas a cesar su ofensiva. Antónov tuvo que trabajar allí bajo la dirección de Vasilevski, lo que, naturalmente, facilitó el cumplimiento de su misión. Mas también Vasilevski tuvo en Antónov un auxiliar seguro y calificado. Con sus esfuerzos y, ni que decir tiene, con la participación activa de los mandos de los frentes, previeron muy acertadamente cómo se desarrollarían los acontecimientos en la dirección Oriol-Kursk, a la más importante.

Su excelente preparación teórica, altas cualidades de organizador, diáfano talento y gran serenidad, aunadas a sus grandes dotes operativas hacían suponer que Antónov estaría mucho tiempo al frente de la Dirección de Operaciones. Pero las ausencias de Vasilevski, cada vez más frecuentes, echaban sobre Antónov la pesada carga de las obligaciones de Jefe del Estado Mayor General. Simultanear estos dos responsables cargos, especialmente, en tiempo de guerra, era insoportable, incluso para Antónov. Convencido de ello, el Gran Cuartel General le eximió de la jefatura directa de la Dirección de Operaciones, medida que permitió a Antónov encabezar prácticamente el Estado Mayor General. Aunque manteniendo, claro está, el más estrecho contacto con Vasilevski, informándole constantemente de todo lo esencial y recibiendo a su vez indicaciones, consejos y el apoyo correspondientes.

Gran trabajador y brillante conocedor del servicio de Estado Mayor, Antónov mantenía firme en sus manos todos los hilos de la dirección operativa de un ejército de muchos millones de hombres. A costa de su riquísima erudición y de sus energías, a la sazón aún jóvenes, cumplía a las mil maravillas este trabajo. Cuando los representantes del Gran Cuartel General dirigían sus informes al Jefe Supremo, siempre remitían copia de ellos al "camarada Antónov", pues todos sabían que, basándose en sus informes, Antónov haría todo lo necesario con exactitud y en el plazo debido.

La elevada cultura general, y especialmente militar, de Antónov se reveló en la amplitud y profundidad de su enfoque respecto a todos los problemas, sin excepción, del trabajo del E.M.G., en sus discursos, conducta y en su actitud para con las personas. En seis años de servicio conjunto no le vi una sola vez "fuera de sí", alterado o que riñese a cualquiera. Tenía un carácter asombrosamente equilibrado que, sin embargo, no tenía nada de común con la debilidad. Este equilibrio mental de Antónov se conjugaba con una

firmeza poco común y, hasta yo diría, con cierta sequedad, incluso severidad, en las relaciones oficiales. Algunos le llamaban pedante. Pero éste era un buen pedantismo. Las gentes más segaces no tardaron en sentir gratitud hacia Antónov por su rectitud de principios y exigencia consecuente, absolutamente necesaria en el servicio militar, y más aún, durante una guerra tan dura. Antónov no soportaba la superficialidad, las prisas, las cosas inconclusas ni la actitud formalista para con los deberes del servicio. Era parco en las recompensas, que sólo podían merecerlas quienes pensaran, mostraran iniciativa y exactitud en el trabajo. Valoraba mucho el tiempo y lo planificaba con minuciosidad. Seguramente por eso, hasta la forma de su conversación se distinguía por su laconismo y diafanidad. Enemigo de toda charlatanería, no abusaba en modo alguno de las reuniones, que sólo convocaba en los casos más imprescindibles y siempre muy breves.

Antónov disfrutaba de prestigio indiscutible ante el Jefe Supremo. Supongo que en este aspecto desempeñara un papel no despreciable la hombría franca de Antónov, la veracidad de sus informes, en los que siempre y en todo correspondía rigurosamente a la realidad, por muy amarga que fuera. Si era preciso, Antónov se atrevía a contradecir a Stalin o, por lo menos, a manifestar su opinión.

A primera vista muy distintos, Vasilevski y Antónov, de hecho, tenían mucho de común. Representaron dignamente al Estado Mayor General durante la Gran Guerra Patria, hicieron mucho para nuestra victoria sobre el enemigo, y nosotros, sus colaboradores, auxiliares cercanos y discípulos, siempre nos enorgulleceremos de ellos.

Ahora pasaré a describir la Dirección de Operaciones, el núcleo fundamental del Estado Mayor General, el organismo que planificaba todas las operaciones, recopilaba y analizaba los datos de la situación en los frentes y que controlaba el cumplimiento de las directivas del Alto Mando. Además de las obligaciones enumeradas, eran también de su competencia otros muchos asuntos, incluida la redacción de las órdenes en honor de las victorias conseguidas por las tropas de los frentes.

Los restantes órganos del E.M.G. actuaban en estrecho contacto con la Dirección de Operaciones, ejecutando sus peticiones y recibiendo de ella los datos de partida para su labor.

Sólo el jefe de la Dirección de Operaciones o su adjunto acompañaban al Jefe del Estado Mayor General a informar al Gran Cuartel General. Esto les obligaba a conocer todo lo que se hacía en el E.M.G. y de lo que éste disponía: datos del enemigo, noticias sobre la marcha de los transportes operativos, acerca del completamiento de los frentes y el estado de las reservas. Sin esto no se podían elaborar las propuestas operativas.

Los órganos de Información, que adquirían datos del enemigo, los encabezaron en diferentes períodos de la guerra A. Panfílov, general mayor de tropas blindadas, I. Ilichiov, teniente general, y F. Kuznetsov, general coronel. Con cada uno de ellos el jefe de la Dirección de Operaciones mantenía contacto diario y personal. Aún más estrechamente nos ligábamos al incansable Leonid Oniánov, en cuya competencia entraban el análisis y proceso de todos los datos acerca de la composición, acciones y propósitos de las tropas fascistas alemanas. El mismo y sus oficiales suborinados velaban rigurosamente por que los datos sobre el enemigo se reflejasen con veracidad en los planos operativos. A través de ellos planteábamos las misiones para el reconocimiento de los objetivos enemigos que nos interesaban particularmente.

El teniente general A. Karponósov dirigía los problemas de estructura organizativa de todas las Armas. El también planificaba el completamiento de los frentes, controlaba la preparación de las reservas y la existencia de formaciones instruidas de reclutas. Además, en manos de su aparato estaban la dislocación y cálculo de contingentes humanos en las regiones militares y el registro de las bajas en el frente. Se le subordinaban también las secciones de escuelas militares y de transportes operativos. A través de las últimas se planteaban misiones a los órganos de comunicaciones militares para el traslado de tropas durante los preparativos y desarrollo de las operaciones.

Y aunque los órganos de comunicaciones militares pasaron con frecuencia a depender de tal o cual jefe, no pudieron en modo alguno separarse del Estado Mayor General. Al comienzo de la guerra, la dirección de los organismos de comunicaciones militares pertenecía organizativamente al E.M.G. Después, durante cierto tiempo, fue un organismo independiente que tenía como jefe al Comisario del Pueblo de Vías de Comunicaciones. Luego, su dirección la pusieron a las órdenes del jefe de Servicio de Retaguardia, que simultaneaba las funciones de Comisario del Pueblo de Vías de

Comunicaciones. Al final de la guerra, las comunicaciones militares se reintegraron al Estado Mayor General. La experiencia había confirmado una verdad irrefutable: que, independientemente de a quién se subordinaran las comunicaciones militares, separadas del Estado Mayor General no podían trabajar. Por cuanto en tiempo de guerra los transportes operativos se suceden ininterrumpidamente y de ellos depende en gran medida la suerte de las operaciones, el Estado Mayor General debe planificar y controlar su trabajo diariamente y, en algunas ocasiones, cada hora, darles indicaciones concretas y velar insomne por su cumplimiento.

La estructuración de los servicios y la planificación de los recursos materiales incumbía a un aparato encabezado por A. Shimonáev y, luego, por N. Mijáilov. Este organismo se ocupaba primordialmente del estudio y preparación de las cuestiones que atañían al aseguramiento del frente con armas y pertrechos, cálculo de los recursos movilizables del país para cubrir las necesidades de la guerra y reunía todos los datos referentes a la producción que rendía la industria militar. En este aparato figuraban grandes conocedores de la economía nacional como, por ejemplo, N. Potápov, a quien llamaban con justicia "enciclopedia viviente". Trabajó en el Estado Mayor General muchos años y sólo en 1963 pasó al retiro merecido. El general D. Nélip, otro veterano de estos servicios, era también un hombre de gran erudición que trabajó aún más tiempo en el E.M.G., hasta 1964.

En la organización de las transmisiones militares desempeñó un papel destacado I. Peresipkin, durante toda la guerra jefe permanente de las Transmisiones del Ejército Soviético. Merecen elogios también los generales N. Naidiónov y N. Borzov, sus más próximos auxiliares, y especialmente, M. Bélikov, jefe de la central de enlace del Estado Mayor General. Gracias a ellos tuvimos garantizada comunicación permanente a cualquier hora del día con el ejército de operaciones durante toda la guerra, incluso en los más difíciles meses de 1941. De las posibilidades de nuestras Transmisiones puede juzgarse aunque no sea más que por el siguiente hecho. Durante la Conferencia en Teherán de los jefes de las tres potencias — URSS, EE.UU. e Inglaterra —, el autor de estas líneas se encontraba en la capital de Irán, desde donde dos veces al día debía ponerme al habla con los frentes y con el Estado Mayor General, reuniendo datos de la situación para el Jefe Supremo, sin que ni una sola vez fallaran las transmisiones.

El topográfico militar del E.M.G., lo encabezaba el general M. Kudriávtsev, brillante conocedor de esta especialidad. Se precisaba gran número de mapas para distintos fines y a diferentes escalas. A este respecto debo señalar que antes de la guerra no existían cartas, necesarias a nuestras tropas, de una considerable extensión de nuestro territorio. Disponíamos de mapas topográficos modernos sólo hasta la línea Petrozavodsk, Vítebsk, Kíev, Odesa. Cuando el enemigo nos desalojó de esta línea, se nos agregó una desgracia más, la falta de mapas topográficos. Hubo que formar con toda urgencia nuevas unidades topográficas, crear nuevas imprentas de cartografía militar, movilizar las posibilidades de los departamentos civiles de esta rama. Se trabajó día y noche. Sólo en el primer medio año de la guerra, la nueva cartografía abarcó una extensión de terreno que pasaba del millón y medio de kilómetros cuadrados.

Las magnitudes de los levantamientos topográficos militares y la producción de mapas siguieron siendo extraordinariamente grandes en los tiempos que siguieron. En los años de la guerra se abarcó con levantamientos y reconocimientos un territorio de cinco millones y medio de kilómetros cuadrados y se confeccionaron y editaron diversas agendas y descripciones geográfico-militares en un área mayor de siete millones de kilómetros cuadrados.

En la producción de mapas para el ejército de operaciones se distinguió la fábrica Dunáev, cuya monolítica colectividad laboral cumplió los encargos más apremiantes y dificultosos del Estado Mayor General.

El Servicio del mando secreto de las tropas traba en las manos firmes del teniente general P. Beliúsov y del coronel I. Budiliov, hombre de mucha experiencia. El teniente general N. Slavin, de pureza acrisolada, modesto a más no poder, tenía a su cargo, con un aparato reducido, pero muy calificado, la delicada función de mantener contacto con el Ministerio de Asuntos Extranjeros respecto a las relaciones del Estado Mayor General con los aliados. En aquella época participaba siempre en las conversaciones con los representantes militares de los EE.UU. y de Inglaterra, en las entrevistas con los jefes de las potencias aliadas y asistió a muchas conferencias internacionales. Después de la guerra, y hasta el fin de sus días, N. Slavin representó dignamente a la Unión Soviética en Dinamarca.

Finalmente, no puedo por menos de presentar al lector a las personas más íntimas y más queridas por mí de la Direc-

ción de Operaciones. Con alguna rara excepción, todos eran magníficos oficiales y generales. Nuestro personal se distinguía, en su conjunto, por su cohesión, acoplamiento y una capacidad de trabajo extraordinaria. Todos estaban entregados en cuerpo y alma a la causa común.

Eran adjuntos del jefe de la Dirección de Operaciones: los tenientes generales A. Grizlov y N. Lómov. El primero se distinguía por su aptitud para captar rápida y exactamente lo más esencial del problema, su energía parecía inagotable, dominaba bien la pluma y, en unos minutos, podía magistralmente dibujar la situación en el plano. La vivacidad y optimismo permanente de Grizlov creaban siempre en torno a él un ambiente de animación. Lómov, por su carácter más tranquilo y equilibrado, trabajaba un poco más lento, pero siempre con gran contenido y profundidad. Ambos parecían complementarse recíprocamente. Mi corazón les sigue guardando un gran reconocimiento por su inapreciable ayuda y su gran aporte al trabajo de la Dirección de Operaciones en los años de la guerra.

El general mayor I. Rizhkov era el adjunto del jefe de la Dirección para asuntos políticos. Ponía verdaderamente todo su corazón en la educación política del personal y, con su sencillez, don de gentes y sensibilidad para todos, se granjeó entre nosotros la mayor estima. En él no veíamos tanto a la persona que desempeñaba un cargo como a un auténtico educador político.

Hasta hoy me parece estar viendo a los oficiales de la Dirección de Operaciones, sobre los que recaía todo el peso del trabajo: reunir datos de la situación, su análisis, puntualizaciones inevitables, comprobaciones repetidas de las noticias. Toda esta labor era particularmente ardua en los primeros días de la guerra.

Los jefes de direcciones eran los mejores oficiales de Estado Mayor. La mayoría de ellos ocuparon ese cargo hasta los últimos días de la guerra. El general mayor Mijaíl Kraskovets, por ejemplo, era impulsivo, impaciente y, en cierta medida, ambicioso. Si se terciaba llevaba la contraria incluso al jefe, pero la orden que recibía podíamos estar seguros de que se cumplía. Kraskovets fue siempre un cumplidor exácto.

Diametralmente opuesto al último, era el general mayor Seguéi Gunéiev: tranquilo, equilibrado, incluso en circunstancias graves. Estuvo varias veces en el Leningrado asediado.

El general mayor Grigori Chumakov, excelente oficial

de operaciones, siempre me pareció un poco caprichoso. Indudablemente, tenía conciencia de lo que valía, pero conocía aún mejor la situación en su sector y siempre estaba dispuesto a informar sobre sus puntos de vista y sus propuestas.

El general mayor Vladímir Utkin era, en cierto modo, original. Le gustaba filosofar, escribía versos y a muchos de ellos él mismo les puso música. Los camaradas le denominaban, en broma, "compositor de operaciones". Mas esto no impedía que Utkin continuase siendo un excelente especialista de la Dirección de Operaciones.

Los generales mayores Vasili Mernov y Semión Eniukov se destacaban, sin duda alguna, por su erudición general y amplios conocimientos de su especialidad. A Nikolái Sokolov y Nikolái Póstnikov los recuerdo, ante todo, como trabajadores infatigables.

Al general mayor Konstantín Vasílchenko se le consideraba, con razón, como uno de los mejores oficiales de operaciones. Después de la guerra desempeñó acertadamente la jefatura del Estado Mayor de una Región Militar.

El general mayor Yákov Kútsev se distinguía como hombre reflexivo. Su modo analítico de pensar le permitía ver lo que otros no percibían. Cuando acabó la guerra fue ascendido merecidamente como adjunto del jefe de la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General.

El general mayor Mijaíl Kocherguín era entre nosotros el mejor especialista del Extremo Oriente y del Transbaikal. Stepán Petrovski también conocía a fondo el Extremo Oriente y tenía reputación de saber educar muy bien a sus subordinados. El tiempo así lo confirmó, pues casi todos los oficiales que trabajaron a sus órdenes — A. Chumakin, G. Eliséiev, N. Yanin y A. Bashnaguián — llegaron a generales.

Conservo los recuerdos más agradables del teniente general Semión Platónov, que guiaba con mano firme a todos los oficiales de operaciones. Muchos de ellos, con fundamento, estimaban que era más difícil informar a Platónov que al propio Jefe del E.M.G., pues era exacto hasta la exageración. Mas también era verdad que, sabiendo que todos los oficiales estaban recargados por el trabajo diario, nunca esperaba a que le trajeran los documentos terminados, sino que él mismo iba de uno a otro, cuaderno en mano, examinaba los planos de trabajo, escuchaba los informes verbales y al final del recorrido ya tenía, de hecho, el parte de operaciones preparado.

Una cualidad particularmente valiosa de S. Platónov era

su asombrosa movilidad y destreza para trabajar muy de prisa. Si se precisaba, podía reunir personalmente los datos y redactar el parte de novedades para todos los frentes en el transcurso de una hora. En esto le ayudaba su conocimiento impecable de la situación en toda su amplitud.

Por lo común, los partes de novedades se redactaban tres veces al día. Pero había, además, comunicaciones extraordinarias. Todo esto se incluía después en el parte de operaciones diario, que llegaba a constituir un extenso documento de hasta 20, y a veces más, páginas de apretado texto escrito a máquina. Este parte de la jornada exponía el desarrollo de las acciones combativas en todos los frentes, hasta división inclusive, y es sabido que en el ejército de operaciones y en los de reserva del Gran Cuartel General había hasta 488 divisiones.

Los oficiales que trabajaron a las órdenes de S. Platónov realizaron un enorme trabajo, inapreciable para la historia. En el archivo del Ministerio de Defensa se guardan cuidadosamente millares de páginas escritas por ellos que reproducen el cuadro real de la lucha de nuestras Fuerzas Armadas contra la máquina de guerra hitleriana.

Además de los partes de novedades y del parte de operaciones, el general Platónov preparaba comunicaciones diarias "Del Buró de Información Soviético" para la prensa y la radio. Estos documentos se informaban personalmente a A. Scherbakov, que durante la guerra simultaneó varios puestos de responsabilidad: sin dejar de ser secretario del Comité de Moscú y del Comité Central del Partido, encabezaba al mismo tiempo la Dirección Política General del Ejército Soviético y dirigía los asuntos del Buró de Información Soviético, organización muy grande y laboriosa. Me correspondió entrevistarme a menudo con él y me parece que en cada ocasión me preguntaba yo mismo cómo a este hombre tan enfermo le daba tiempo para atender a tal cúmulo de asuntos, de dónde sacaba fuerzas y cómo lograba en aquel torbellino de trabajo conservar su trato cariñoso con las personas, su humanismo.

A semejanza de S. Platónov, había también otros jefes. Los asuntos de la Marina de Guerra los encabezó el contraalmirante V. Sumín, y, después, el contraalmirante V. Kasatónov, insuperable conocedor de todos los teatros navales de operaciones, de la teoría y la práctica del arte de la guerra en el mar que, posteriormente, figuró entre los más destacados marinos militares soviéticos.

El general mayor N. Máslennikov — hombre agradable y distraído, que jamas ofendió a nadie — era el encargado de

la Artillería y de toda la defensa antiaérea (DA) en su conjunto.

N. Kolésnikov, antiguo aviador naval, atendía a los problemas de las Fuerzas Aéreas. Fogoso, a veces en demasía, necesitaba mucho una especie de contrapeso, encontrándolo en el general mayor de aviación N. Vóronov, su adjunto, que posteriormente fue jefe de la sección.

Las Tropas Blindadas las conocía bien el general mayor P. Kalinichenko, ascendido después a jefe del Estado Mayor de un Ejército de carros. Le sustituyeron, primero, el general mayor V. Baskákov y, luego, el general mayor L. Kitáev.

Las Transmisiones las dirigía el general mayor K. Nikoláev, y las tropas de Ingenieros, el general mayor V. Boliatko, gran conocedor de su especialidad que llegó hasta el grado de general coronel.

En este trabajo, aunque sea de la forma más somera, no puedo dar la característica de cada uno de los oficiales de la Dirección de Operaciones. Una cosa puedo decir: que no buscaba mejores auxiliares y que hubiera sido difícil encontrarlos pues, ya de por sí, para el Estado Mayor General, se seleccionaba lo mejor de entre lo mejor.

¡Me enorgullezco de haber tenido el honor de trabajar con tan magníficos compañeros!

El ciclo diario de trabajo en la Dirección de Operaciones, como en todo el Estado Mayor General, comenzaba a las siete de la mañana. A esta hora, los jefes de las direcciones estratégicas comenzaban a reunir noticias de la situación de la noche anterior. A cada uno de ellos se presentaba un oficial del Servicio de Información que precisaba en el plano los datos acerca del enemigo. Simultáneamente, se sintetizaban las noticias sobre la situación y estado de las fuerzas propias. A los jefes de direcciones les ayudaban en esta labor otros órganos del E.M.G., cada uno según el género de su actividad.

Al jefe de la Dirección de Operaciones le llamaban incesantemente por teléfono. Hablaba con los jefes de los EE.MM. de los frentes, puntualizaba personalmente la situación. Ellos mismos telefoneaban obligatoriamente si durante la noche se había logrado un gran éxito o se había tomado una localidad importante. Cuando las cosas no marchaban bien no se apresuraban a tomar el teléfono. Pero como cuando la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la

montaña, nosotros mismos llamábamos al aparato el "retrasado" y la verdad se esclarecía.

A medida que preparaban los documentos se iban presentando con sus informes los jefes de las direcciones estratégicas. Se sobrentiende que estos informes no eran largos. Todos nosotros conocíamos la situación al dedillo y por eso, a menudo, el informante no decía una palabra, sino que se limitaba a confrontar su carta con la del jefe de la Dirección de Operaciones, extendida sobre la mesa. Si en algo no coincidían, el informante se lo hacía ver al jefe y decía qué debía completarse. A veces, el jefe de la Dirección de Operaciones disponía de datos más recientes, recibidos en sus conversaciones telefónicas con los EE.MM. de los frentes. Cuando así ocurría, el jefe de la dirección estratégica hacía las correcciones debidas en su plano. Y sólo en casos excepcionales, cuando los datos diferían mucho o por otras causas surgían dudas respecto a la situación real de las tropas, acto seguido se llamaba de nuevo por teléfono directo al Estado Mayor del Frente para precisar la situación.

La exactitud con que se hacían las anotaciones en los mapas puede decirse que era ideal. En la Dirección de Operaciones se utilizaban unos colores y signos únicos convencionales, con los que se determinaba el tiempo y cualquier tipo de acciones combativas. El cumplimiento invariable de este orden, establecido de una vez y para siempre, más la prolongada experiencia, ayudaban a entender con facilidad la situación en el mapa, en cualquiera dirección sin necesidad de explicaciones. La escrupulosidad extrema de los oficiales y generales para con todas las "nimiedades" del servicio nos evitaba perder mucho tiempo improductivo y, lo principal, nos preservaba de errores. Creo que ninguna instrucción hubiera podido prever sutilidades de Estado Mayor General.

A las nueve de la mañana, aproximadamente, el teniente general Oniánov se presentaba al jefe de la Dirección de Operaciones con los datos sintetizados del enemigo. A esta misma hora le traían de los órganos de Comunicaciones Militares el gráfico de transportes, por el que no era difícil ver qué se suministraba a qué Frente y dónde se encontraba esto en aquel momento. Después, se examinaban los estadillos de las reservas y se comenzaba a redactar el parte de novedades matutino.

A las 10 de la mañana se firmaba el documento y el jefe de la Dirección de Operaciones ya podía informar al Jefe

Supremo. Sobre dos grandes mesas inclinadas, muy bien alumbradas, se extendían cartas de escala 1:200.000 por cada Frente, y una general, de escala 1:1.000.000, que reflejaba la situación en todos los frentes a la vez. Allí mismo, puede decirse que a la mano, había tres documentos informativos: sobre el estado de las reservas de toda clase, el gráfico de transportes y el libro del personal del ejército de operaciones hasta regimiento en el que figuraban los nombres de todos los jefes, hasta división inclusive. Los restantes datos estaban dibujados en los mapas.

La Dirección de Operaciones estaba enlazada con el Jefe Supremo por teléfono directo. En otro tiempo, esta línea no existía y Stalin nos llamaba por el teléfono departamental. Hasta que un día no pudo ponerse al habla inmediatamente por estar el número ocupado. A los pocos minutos, el jefe de la Dirección oyó la correspondiente reprimenda, acompañada de esta orden: "Indicar a quien corresponde que instale un teléfono especial". Y apareció en nuestro despacho un aparato más, con un cordón de 10 metros de largo, que nos fue muy cómodo cuando teníamos que informar de la situación por el mapa.

Entre las 10 y 11 de día, raramente un poco más tarde, el Jefe Supremo nos telefoneaba. A veces, nos saludaba, pero, más a menudo, preguntaba directamente:

— ¿Qué hay de nuevo?

El jefe de la Dirección de Operaciones le informaba de la situación, pasando de una a otra mesa con el auricular al oído. En todos los casos, el informe se comenzaba por el Frente donde las operaciones revestían un carácter más tenso y, como regla, por el sector más crítico. La situación se informaba sucesivamente, cada Frente por separado y sin ajustarse a un orden.

Si nuestras tropas habían tenido éxitos, el informe, por lo común, no se interrumpía. Por el teléfono se oían sólo una tosecilla entrecortada y el chasquear de los labios, característico para el fumador de pipa.

Stalin no permitía que se pasara por alto cualquier Ejército, aunque durante la noche no hubiera ocurrido nada de importancia en su zona. Cuando así sucedía, interrumpía de sopetón al que informaba, preguntándole:

— ¿Y de Kazakov, qué se sabe?

Otras veces, durante el informe, el Jefe Supremo daba indicaciones para que se transmitieran al frente. El que las recibía las iba repitiendo en voz alta y uno de los auxiliares del jefe de la Dirección las anotaba allí mismo, palabra por palabra,

redactándolas después bajo la forma de disposiciones a directivas.

Cerca del mediodía, el jefe de la Dirección de Operaciones se presentaba al Jefe del Estado Mayor General. En el despacho de éste, como en el nuestro, había un juego idéntico de mapas, en los que para aquella hora ya había sido dibujada la situación en toda su magnitud y últimos detalles. Sólo restaba comunicar cómo había transcurrido el informe al Jefe Supremo, qué indicaciones se habían recibido de él y presentar a la firma las disposiciones a las tropas, ya redactadas.

Este orden de hacer los informes, un tanto insólito — primero al Jefe Supremo y sólo después de esto, al Jefe del Estado Mayor General —, había sido establecido personalmente por Stalin. Y se debía a que, según el horario de nuestro trabajo, de 10 a 11 de la mañana el Jefe del E. M. G. aún estaba descansando.

Después del informe matutino de la Dirección de Operaciones, el Jefe del E. M. G. recibía a los jefes de otras direcciones, a los jefes de las Armas y Servicios, hablaba por teléfono con los comandantes de los frentes y leía los partes de los representantes del Gran Cuartel General.

Parte importantísima del trabajo del Jefe del E. M. G. era el análisis de la situación en los frentes. Por lo común, en el proceso de este análisis surgían propuestas operativas que después, argumentadas con cálculos minuciosos, se sometían al examen del Gran Cuartel General.

Cuando los comandantes de los frentes venían a Moscú, el Jefe del E. M. G. los recibía siempre en presencia del jefe de la Dirección de Operaciones y de los representantes de la correspondiente dirección estratégica. Juntos examinábamos todas las propuestas del mando del Frente y preparábamos las conclusiones respecto a ellas. Si el Comandante del Frente estaba de acuerdo con nosotros, sus propuestas y las correcciones a ellas se presentaban conjuntamente en el Gran Cuartel General. Si las opiniones eran distintas, se ponían en conocimiento del Gran Cuartel General.

Estas últimas surgían, de ordinario, no por la idea de la operación o el orden de realizarla, sino por la composición de las tropas y por su abastecimiento. Se comprende que cada comandante tratara de recibir más reservas del Gran Cuartel General y disponer en abundancia de artillería, tanques y municiones. Jamás dijimos a ninguno de ellos de qué disponía concretamente el Gran Cuartel General, pero, sin preguntárnoslo, por conductos sólo conocidos para ellos, se enteraban de

lo que les interesaba. En el Estado Mayor General exigían, en el Gran Cuartel General rogaban.

No debo ocultar que a los frentes, en los que se encontraban representantes del Gran Cuartel General, se les aseguraba por lo común, mejor. Primero, porque el Gran Cuartel General destacaba sus representantes a las direcciones más importantes. Segundo, por la sencilla razón de que cada representante del Gran Cuartel General tenía él mismo poderes, especialmente el mariscal G. Zhúkov. En ocasiones, éste colocaba al E. M. G. en situación muy difícil: de una parte, no podíamos acceder a su petición y, de otra, no era cosa muy fácil, que digamos, negársela al primer adjunto del Jefe Supremo.

A las 3 de la tarde, en la Dirección de Operaciones se daba por terminada la procesación de los datos referentes a la primera mitad del día, los cuales se ponían en conocimiento del Jefe del E. M. G. por mi adjunto, el teniente general A. Grizlov. A esta hora yo descansaba. Con frecuencia, iba con Grizlov el jefe de la dirección estratégica en la que, en el momento dado, la situación era particularmente grave. El propio Jefe del E. M. G. le preguntaba, luego puntualizaba todo por teléfono y, cerca de las 4 de la tarde, informaba de la situación al Jefe Supremo. Simultáneamente, según lista especial, se distribuía al Gran Cuartel General y a todos los miembros del gobierno, un segundo parte de novedades.

Hacia las 9 de la noche se recopilaban y se sintetizaban de nuevo los últimos datos de la situación, después de lo cual, nos preparábamos a presentarnos en el Gran Cuartel General para informar de todas las novedades de la jornada. Como regla, la llamada para que acudiéramos, la hacían después de las 11 de la noche.

Cuando las cosas marchaban bien en el frente, el informe, ordinariamente, transcurría más de prisa. Después, a veces, Stalin nos invitaba a ver una película, más a menudo crónicas de guerra. Y aunque no lo deseábamos, pues en nuestros puestos nos aguardaba un trabajo interminable, no nos atrevíamos a negarnos. Yo ocupaba mi asiento, sujetando en mis brazos la cartera con las cartas de operaciones. Nos retenían, particularmente, cuando Stalin tenía invitados extranjeros, a los que siempre mostraba los documentales de la lucha en los frentes, incluso aquellos que ya habíamos visto.

Al final de la jornada, además de nuestro informe global, el Gran Cuartel General recibía también, por separado, los partes de operaciones de cada Frente, firmados por los respectivos Consejos militares, en tanto que el E. M. G. sólo los recibía por

teletipo, se escribían a máquina y en copias certificadas se distribuían con arreglo a una lista.

Por consiguiente, durante todo un día, el Gran Cuartel General recibía tres partes de novedades, dos de ellos confeccionados en el E. M. G. y uno recibido directamente de los frentes. Además, personalmente para Stalin, preparábamos cartas de escala 1:200.000 por cada frente y una general de escala 1:2.500.000. Según iba siendo necesario, las cambiábamos: las de 1:200.000 cada dos o tres días y, la general, cada cinco o seis días. S. Platónov era el encargado de hacerlo personalmente.

Así, un día tras otro, transcurrió el trabajo de la Dirección de Operaciones hasta que acabó la guerra. En otros departamentos del E. M. G. el orden era mismo, pero, el contenido del trabajo, naturalmente, otro.

Debo mencionar también al llamado Cuerpo de Oficiales del Estado Mayor General. Comenzó su labor en 1941, siendo al principio muy numeroso.

Ya dije al comienzo del libro que en los primeros y duros meses de la guerra había ocasiones en que el Estado Mayor General recibía los datos más exiguos y contradictorios acerca de la situación en los frentes. Con frecuencia, sabíamos mucho más del enemigo que de las fuerzas propias. Para compensar, de alguna forma, esta falla, nuestros propios oficiales utilizaban la aviación para esclarecer dónde se encontraba nuestra primera línea defensiva y saber a dónde se habían trasladado los Estados Mayores de los frentes y de los ejércitos. En el cumplimiento de esta misión unos sucumbieron, otros quedaban mucho tiempo fuera de servicio por heridas, y eran muchos a quienes los comandantes de los frentes no los dejaban regresar, designándolos por cuenta propia a distintos puestos en las tropas.

La mengua de oficiales de operaciones se hizo tan considerable que la dirección del E. M. G. tuvo, al fin y a la postre, que tomar la decisión de crear un grupo de oficiales para enlace con el ejército de operaciones. Al principio, formó parte de la Dirección de Operaciones y, luego, a propuesta de B. Sháposhnikov, nos lo quitaron y lo hicieron independiente. El Gran Cuartel General llamó a este grupo Cuerpo de Oficiales del Estado Mayor General. En toda la historia del Ejército Rojo se aplicó por primera vez la palabra "oficial", subrayando con ello el carácter específico del trabajo y la subordinación: mientras que a todas las demás personas que ocupaban cargos en nuestras

Fuerzas Armadas se las denominaba mandos o jefes, las que representaban al E. M. G. en las tropas recibieron el nombre de oficiales del Estado Mayor General.

A la cabeza del Cuerpo de Oficiales del E. M. G. fue colocado el general mayor N. Dubinin, hombre de extraordinario pundonor y cariño al trabajo, posteriormente sustituido por el general mayor S. Gueniatulin, otro veterano de la Dirección de Operaciones. El general mayor F. Peregúdov fue adjunto de los dos para el trabajo político.

Al comienzo, después de cumplir su misión en el ejército de operaciones, nuestros oficiales regresaban a Moscú. Al cabo de cierto tiempo se creyó más racional mantener permanentemente oficiales del E. M. G. en los frentes y ejércitos y, en algunas direcciones, incluso en cuerpos y divisiones. Simultáneamente se fue estableciendo un riguroso sistema de dirección y subordinación: a nuestro oficial superior en graduación, adjunto al Estado Mayor de un Frente, se le subordinaban los oficiales del E. M. G. agregados a los ejércitos, y a los últimos, sus colegas en los cuerpos de ejército y divisiones.

El círculo de obligaciones de estos oficiales era bastante amplio. Comprobaban la situación y el estado de las tropas, su aseguramiento con todo lo necesario para la vida y acciones combativas e informaban los resultados directamente al E. M. G.

Se dedicaba especial atención a la veracidad de los informes. El oficial del E. M. G. sólo tenía derecho a comunicar lo que había visto con sus propios ojos y no por referencias o por los documentos de las planas mayores. Cuando desapareció el desorden de los primeros meses de la guerra, este oficial ya no informaba de la situación del momento.

Muchos oficiales del E. M. G. se encontraron varias veces envueltos en difíciles refriegas combativas, demostrando un verdadero heroísmo. Recuerdo perfectamente lo ocurrido con el capitán V. Bliúdov y el teniente coronel A. Márkov, quienes encontrándose agregados al 2 Cuerpo de tanques del 3 Ejército blindado el 24 de marzo de 1943, cerca de la aldea Kítsevka, al oeste de Kúpiansk, tomaron el mando de varias pequeñas unidades de artillería que se encontraban en situación apurada. Bliúdov pronto fue herido pero se consiguió salvarle. Márkov continuó evacuando una pieza tras otra, salvándolas de los ataques enemigos, hasta que fue muerto por el disparo directo de un tanque. Por su heroísmo fue condecorado a título póstumo con la Orden de la Guerra Patria del I grado.

En circunstancias distintas, pero con el mismo heroísmo,

sucumbieron en sus puestos de combate los capitanes S. Beriozkin, S. Safónov, N. Shijaliov; los comandantes V. Tkachiov, K. Nikulin, E. Kujar, M. Dishlenko, A. Shiyán y P. Zargarián; los tenientes coroneles I. Burlak, V. Venedíktov, V. Liskin y A. Pozdniakov. De los oficiales que sobrevivieron a la guerra, rindo tributo de especial respeto al coronel A. Písarev, que encabezó posteriormente una de las direcciones estratégicas, a los coroneles M. Kostin y A. Jaritónov, a quienes con toda razón se consideraba como nuestros mejores representantes en los Estados Mayores de los frentes, hombres de gran sagacidad que planteaban ante el E. M. G. problemas importantes.

También se adoptaron decisiones de importancia sobre la base de los informes de otros oficiales del E. M. G. El teniente coronel N. Réznikov, por ejemplo, que trabajaba en el Frente Oeste, informó reiteradamente de que el 33 Ejército gastaba inútilmente sus fuerzas en las llamadas "operaciones parciales" para la toma de algunas cotas y de pueblos, hacía ya mucho inexistentes. Con este motivo, salió para el Frente Oeste una comisión especial del Comité Estatal de Defensa. Las conclusiones de Réznikov se confirmaron plenamente y fueron seguidas inmediatamente de varias serias medidas. Se reforzó la dirección del 33 Ejército, destituyéndose a su jefe, el teniente general V. Górdov, por los errores cometidos.

En un trabajo intenso los hombres se desarrollaban con rapidez. Del Cuerpo de Oficiales del E. M. G. se seleccionaban incesantemente a los mejores para el servicio en el aparato central, particularmente, en la Dirección de Operaciones, sustituyéndoseles en las tropas por otros. Así, pues, el Cuerpo de Oficiales del E. M. G. era una especie de cantera inagotable para completar el aparato con hombres que habían olido la pólvora. Al mismo tiempo fue en todo momento un apoyo seguro para los representantes del Gran Cuartel General.

A mediados de 1943, la actividad del Cuerpo de Oficiales del E. M. G. se redujo un tanto. Para aquella época, los comandantes de las grandes agrupaciones de tropas y los jefes de grandes unidades, así como los EE.MM. de todos los grados, habían acumulado mucha experiencia combativa y habían aprendido a trabajar con exactitud y organización y analizaban perfectamente la situación. Como desapareció casi por completo la necesidad de conocer mediante oficiales del E.M.G. la situación en el ejército en campaña, éstos pasaron a formar parte orgánica de la Dirección de Operaciones.

Los oficiales del E.M.G. desempeñaron un relevante papel en la formación y participación en las acciones combativas de los nuevos ejércitos nacionales: checo, polaco y rumano. Particularmente nos ayudó mucho y al mando en estas formaciones, el general mayor N. Molotkov, oficial del E.M.G. agregado a las tropas polacas.

Rememorando aquellos tiempos, no puedo silenciar que los oficiales del Estado Mayor General tropezaron en ocasiones, en su cometido, con una hostilidad abierta. Había mandos y jefes que los llamaban despreciativamente soplones. Sin embargo, no recuerdo un solo caso en que un oficial del E.M.G. fuera acusado de indecorosa conducta, falta de objetividad o abuso de autoridad. Por el contrario, miles de hechos demostraron que el flexible mecanismo de control y comprobación del cumplimiento de las ordenanzas, que existió en el Estado Mayor General durante la pasada guerra, funcionó con toda escrupulosidad.

Pasaron la escuela del E.M.G. muchos jefes de los EE.MM. de los frentes y, sólo por esta circunstancia, no puedo dejar de mencionar aquí a algunos de ellos.

Durante el tiempo que duró la guerra fueron jefes de los EE.MM. de los frentes 44 personas. De este número merece destacarse a 12 generales: S. Biriuzov, A. Bogoliúbov, D. Gúsev, M. Zajárov, S. Ivanov, F. Korzhzenévich, V. Kurásov, G. Malandin, M. Malinin, A. Pokrovski, L. Sandálov y V. Sokolovski. Cada uno de ellos, excepto G. Malandin, encabezaron los Estados Mayores de los frentes más de dos años y, otros dos, M. Zajárov y L. Sandálov, desempeñaron este cargo durante toda la guerra.

Sin temer a ser exagerado, puedo asegurar que todos ellos juntos y cada uno por separado son hombres de valía. No es casual que a tres de este fuerte grupo — Biriuzov, Zajárov y Sokolovski — se les concediera el grado de mariscales de la Unión Soviética y, ya después de la guerra, se sucedieran en la jefatura del Estado Mayor General. Y otros tres — Ivanov, Malandin y Malinin — fueron más tarde adjuntos del Jefe del E.M.G.

El nombre de Serguél Biriuzov, como un gran oficial de Estado Mayor se hizo conocido en los días de la batalla de Stalingrado, cuando dirigía el Estado Mayor del 2 Ejército de la Guardia. Posteriormente, Biriuzov encabezó los EE.MM. de los frentes Sur 3 y 4 de Ucrania. A él se deben muchas iniciativas creadoras en las operaciones para la liberación de Rostov, litoral norte del Azov y Crimea. Biriuzov era un

hombre muy exigente, incluso severo, que no soportaba que se le contradijera. Tampoco le gustaba encerrarse entre cuatro paredes, pasando mucho tiempo con las tropas. Su afán de concentrar en sus manos la dirección de las acciones de las tropas llegaba en ocasiones a ser hasta excesiva. Pero con todo y con eso Biriuzov supo seleccionar y organizar bien el Estado Mayor, desarrollaba y mantenía por todos los medios entre sus subordinados una elevada cultura funcional, dando él mismo ejemplo con su dominio perfecto en el arte de confeccionar los documentos operativos.

Alexandr Bogoliúbov fue jefe de los EE.MM. de los frentes Noroeste, 1 de Ucrania y 2 de Bielorrusia. Se distinguía por su carácter impulsivo y por su excesiva insociabilidad, defectos que le obligaron dos veces a salir del E.M.G. y a ser trasladado repetidamente de uno a otro E.M. de Frente. Pero, al mismo tiempo, Bogoliúbov, conocía a las mil maravillas el servicio de Estado Mayor, y por eso se le apreciaba.

Durante toda la guerra, Matvéi Zajárov estuvo reputado como el jefe de Estado Mayor de Frente con más experiencia. Cosa completamente justa, pues Zajárov ligó toda su vida a la lucha armada por la causa de la revolución, desde el asalto al palacio de Invierno, ascendiendo después por toda la escala jerárquica, en casi todos los puestos de mando y de Estado Mayor, comenzando desde el más bajo. Ya antes de la guerra (desde el 1 de julio de 1938 hasta el 19 de julio de 1940) desempeñó las funciones de auxiliar del Jefe del E.M.G. para asuntos de organización, movilización y estructura de los Servicios de Retaguardia, desempeñando después la jefatura del Estado Mayor de la Región Militar de Odesa.

Cuando comenzó la guerra, Zajárov fue Jefe del E.M. de la dirección Noroeste, participando directamente en la preparación de los planes operativos del Frente de Kalinin en el período de la contraofensiva en las cercanías de Moscú. Su nombre está ligado a las acciones del Frente de la Estepa en la batalla de Kursk y en el Dniéper, del 2 Frente de Ucrania en el desastre causado al enemigo en la margen derecha del Dniéper y en las operaciones de Iasi-Kishiniov, a las puertas de Budapest, en Viena y Praga. Finalmente, ya durante la guerra contra el Japón imperialista, le correspondió trabajar como Jefe del E.M. del Frente del Transbaikal.

Su enlace vivo con las tropas enriqueció constantemente al pensamiento creador de Zajárov. Tanto en la guerra como después de ella, sirvió muchos años a las órdenes de Rodión

Malinovski, constituyendo ambos un ejemplo envidiable de comprensión mutua. Los últimos años de su vida desempeñó en dignidad el cargo del jefe del Estado Mayor General.

A Semión Ivanov puede caracterizársele como hombre muy firme y decidido, que entiende perfectamente cuál es su puesto en la dirección de las tropas y que jamás y a nadie le permite menoscabar sus derechos. Durante la guerra, Ivanov dirigió acertadamente los EE.MM. de los frentes Suroeste, de Vorónezh, 1 de Ucrania, Transcaucásico, 3 de Ucrania y, por último, el Estado Mayor del Comandante en Jefe de las tropas soviéticas en el Extremo Oriente. Las batallas de Kursk y del Dniéper, la operación de Viena y la ofensiva en Checoslovaquia son algunos de los hitos que señalan su camino de guerra. Aunque pasó muchos años de trabajo en el Estado Mayor, que llegó a conocer en todas sus facetas, me atrevo, no obstante, a afirmar que su inclinación por las funciones de mando prevalecen en él sobre todas las demás. Después de la guerra mandó las tropas de la Región Militar de Siberia, fue jefe de la Academia del Estado Mayor General.

Vladímir Kurásov fue un jefe de Estado Mayor, por decirlo así, del tipo clásico. General tranquilo, extraordinariamente reflexivo, con mucho tacto e inclinado al análisis científico de los problemas que se plantean al E.M. y que sabe compaginar magníficamente la teoría con la práctica. Durante la guerra estableció una estrecha comunidad con I. Bagramián, altamente apreciada por nosotros, oficiales del E.M.G. Todos los datos referentes a las operaciones del 1 Frente del Báltico no sólo los recibíamos a su debido tiempo, sino también perfectamente elaborados. Después de la guerra, Kurásov dirigió durante mucho tiempo la Academia del Estado Mayor General.

A Kurásov se parecía en algo, por el carácter y su estilo de trabajo, el general Guerman Malandin, hombre también muy equilibrado, siempre correcto, extraordinariamente modesto y afable que se entregaba abnegadamente al trabajo y que sabía cumplir cualquier misión, por complicada que fuera. Malandin disfrutaba en el Estado Mayor General de gran respeto por su puntualidad y análisis profundo de la situación. También llegó a ser un gran científico militar y a dirigir la Academia de Estado Mayor General.

Por su carácter, muy impaciente y fogoso, Mijaíl Malinin era casi lo contrario de Kurásov y Malandin. K. Rokossovski sabía mejor que nadie cuáles eran los lados fuertes de su Jefe de Estado Mayor, conocedor magnífico del servicio

(trabajó con Malinin ya en el 16 Ejército y, después, en los frentes del Don, Central y 1 de Bielorrusia), y sabía limar sus defectos. Malinin, por su parte, siempre trataba de actuar al unísono con su comandante. Esto hizo que el E.M. encabezado por Malinin siempre figurase entre los mejores, sus hombres trabajaban muy cohesionados y ordenadamente. Desde 1952 y hasta los últimos días de su vida trabajó en el puesto del primer adjunto del jefe de E.M.G.

Alexandr Pokrovski, que encabezó los EE.MM. de la dirección Suroeste y de los frentes Oeste y 3 de Bielorrusia, ejercía su labor con uniformidad asombrosa. Parecía poseer un secreto especial que le permitía lograr una sistematización y orden riguroso en el trabajo, en cualesquiera condiciones. Pero este "secreto" no residía más que en los grandes conocimientos y experiencia de Pokrovski, en su habilidad como organizador aunque, así me lo parece, siempre trabajó más con los documentos que con los hombres.

Leonid Sandálov empezó la guerra como jefe de Estado Mayor, primero, del 4 Ejército y, después, del 20 Ejército, desempeñando posteriormente la jefatura de los EE.MM. de los frentes de Briansk y 2 del Báltico. Su dominio de si mismo, cordura y el saber conjugar su presencia en las tropas con el trabajo en el E.M. eran bien conocidos por todos. Se destacó siempre también como especialista en la documentación de Estado Mayor. Merece asimismo destacarse especialmente que Sandálov era un hombre con gran fuerza de voluntad que supo encontrar su sitio en la vida después de la tragedia personal que le aconteció, como resultado de la cual tuvo que abandonar prematuramente el servicio de las armas.

La relación de personas que desempeñaron las funciones de Jefe de E.M. de Frente entre seis meses y año y medio, cuenta con cerca de dos decenas de nombres. Entre ellos figuran A. Antónov, P. Bodin, I. Bagramián, V. Vashkévich, N. Vatutin, G. Zajárov, M. Kazakov, B. Pigarévich, M. Popov, L. Skvirski, G. Stélmaj, M. Sharojin, A. Krútikov, A. Kudriashov, A. Subbotin, S. Rozhdiéstvenski, L. Miniuk, F. Ozerov e I. Laskin. De esta pléyade muchos fueron ascendidos a puestos de mando, entre otros, I. Bagramián, N. Vatutin, G. Zajárov y M. Popov, que fueron comandantes de frentes; M. Kazakov y M. Sharojin, que mandaron ejércitos hasta el final de la guerra.

Hubo quienes encabezaron los EE.MM. de frentes menos de seis meses: V. Golushkévich, V. Zlobin, P. Vechny,

I. Varénnikov, A. Zabalúev, S. Liubarski, D. Nikíshev, I. Shlemin, A. Pilipenko y V. Kolpakchí.

El general coronel I. Smoródinov y los tenientes generales E. Trotsenko y F. Shevchenko fueron jefes de los EE.MM. de los frentes del Extremo Oriente y del Transbaikal, cuando éstos aún no combatían.

A todos estos hombres los recordamos y los consideramos nuestros compañeros más próximos. Ellos compartieron con los que trabajábamos en el Estado Mayor General muchas alegrías y amarguras, éxitos y fracasos.

Capítulo VIII

ANTE LA BATALLA DE KURSK

¿Dónde y cómo resolver los objetivos principales de la campaña de verano: defenderse o atacar? Propuesta de G. Zhúkov. Opinión del mando del Frente Central. Plan flexible de N. Vatutin. Decisión del Gran Cuartel General del 12 de abril de 1943. El Frente de reservas estratégicas. Plan "Kutúzov". Se esboza un plan de contraofensiva. Operaciones aéreas. Tres avisos a las tropas. El enemigo emprende la ofensiva.

En la primavera de 1943, la atención fundamental del Gran Cuartel General y, naturalmente, del Estado Mayor General, su órgano de trabajo, se concentró en la situación existente en el centro del frente estratégico.

A finales de marzo, la situación de los bandos en la zona de Kursk se estabilizó. El enemigo motivó, posteriormente, el cese de su ofensiva por el comienzo del deshielo primaveral. Nada más lejos de la realidad. Aunque el adversario había logrado expugnar a nuestras tropas de Járkov, de todas maneras, el resultado general de la campaña de invierno había sido para él muy desfavorable: el ejército germano-fascista era ahora más débil y en aquellos momentos carecía de posibilidades para proseguir, con mayor o menor fortuna, operaciones ofensivas de gran envergadura. La iniciativa estratégica seguía en nuestras manos. El enemigo pudo tomarse la revancha por la derrota sufrida en Stalingrado.

Era natural que se nos plantease el problema de las perspectivas de la lucha en un futuro próximo. En el Estado Mayor General no desechaban, en modo alguno, la posibilidad de que el enemigo hiciese nuevos intentos para recuperar la fortuna bélica. Mas para lograrlo necesitaba fuerzas complementarias, que precisaría aún traer de Occidente y acumular, a costa de llamamientos de reservistas. ¿Y si nosotros malográramos estos intentos y asestáramos al enemigo dos a tres nuevos golpes, equivalentes por sus consecuencias a Stalingrado? Nadie dudaba que entonces se conseguiría el viraje definitivo en la marcha de la guerra y que la máquina militar hitleriana sería colocada en los umbrales de la catástrofe completa. El Jefe Supremo confiaba más que otros en esto, pero, recordando la lección recibida en las cercanías de Járkov, se mostraba cauto.

Los acontecimientos iban tomando un cariz cada día más favorable para nosotros. Los nobles fines de la guerra garantizaban al Ejército Soviético el apoyo máximo de todo nuestro pueblo. En el territorio de la URSS, ocupado por el enemigo, continuaba desarrollándose la lucha guerrillera. También era más intensa y organizada la resistencia a los ocupantes en los países del Occidente y del Sudeste de Europa. Las tropas germano-fascistas habían sufrido una seria derrota en Libia y en Tripolitania y la guerra arreciaba en Túnez. La aviación aliada castigaba duramente los centros industriales de Alemania e Italia.

Con todo eso, nuestro ejército disponía ahora de riquísimo material bélico no inferior, por su calidad y cantidad, al del adversario. Claro está, así sucede siempre en la guerra, el material era menos del que se hubiera deseado, pero ya habían desaparecido para siempre los tiempos en que distribuíamos el armamento en proporciones míseras y, hasta nos parecía extraño, que hubiera existido una época en la que el propio Stalin repartía cada fusil antitanque, mortero o tanque.

Ahora, la cosa era por completo distinta. Y, sin embargo, el partido y el gobierno arreciaban en sus esfuerzos por seguir pertrechando a las Fuerzas Armadas Soviéticas. Preocupaciones, que en previsión de nuevas batallas decisivas, se hicieron aún más intensas. A los dirigentes del Estado Mayor General se los llamaba más a menudo al Gran Cuartel General conjuntamente con los representantes de la industria de guerra y los diseñadores de armamento para resolver las cuestiones acuciantes respecto al incremento del ritmo de producción militar y perfeccionamiento de las cualidades combativas de nuestros aviones, tanques y artillería. En el propio E. M. G. se trabajaba a fondo en problemas como la conquista del dominio en el aire o la ruptura de una defensa escalonada estática del enemigo con la subsiguiente explotación del éxito y se pensaban en todos sus detalles los métodos del empleo de grandes masas de artillería, aviación y carros de combate.

En la preparación de las futuras operaciones se tenía en cuenta, obligatoriamente, el aseguramiento multilateral político de las acciones de las tropas. La elevada moral, característica para los hombres de nuestro ejército desde los primeros días de la guerra, seguía creciendo. La gente se templaba, día tras día se afianzaba su seguridad en la sabiduría del Partido y en la invulnerabilidad del régimen soviético. La victoria de Stalingrado alentó a todos, desde el soldado hasta el mariscal. También los trabajadores políticos trataban por todos los medios

de consolidar este auge, este ímpetu. Hubiera sido imposible no valorar la importancia de su papel en la realización de cualquiera de nuestros planes operativos. La comunidad combativa entre los EE.MM. y los órganos políticos se fortalecía cada vez más.

Me correspondió tener contacto, más que con ningún otro, con Alexandr Scherbakov, jefe de la Dirección Política General y secretario del CC del Partido. Nos veiamos casi a diario. Y le informaba de la situación en los frentes y de los proyectos de partes para el Buró de Información Soviético. En cierta ocasión le acompañé al Frente Oeste. Paulatinamente, estas relaciones puramente oficiales fueron transformándose para mi en sentimiento de profunda simpatía personal. Hombre de principios, enérgico y severo en el trabajo, Scherbakov era al mismo tiempo un hombre sencillo y afable. No puedo ovlidar mi última conversación con él, una mañana temprano, la víspera misma de la victoria sobre la Alemania hitleriana. Scherbakov me telefoneó desde el hospital:

— Hablo con Usted a escondidas de los médicos. Me han prohibido que me ocupe de ningún trabajo. Dígame, rápido, ¿cómo van nuestras cosas en el frente?

Yo no pude negárselo y le informé brevemente de todas las noticias esenciales.

— Muchas gracias — me respondió agradecido—. Yo también voy mejorando. Pronto podré trabajar.

Pero sus días estaban ya contados. El 12 de mayo de 1945, a la edad de 44 años, Alexandr Scherbakov falleció, iluminado por nuestra grandiosa victoria, para la cual entregó tantas fuerzas y su salud...

En los frentes, la dirección política del Partido se cristalizaba, ante todo, en los miembros de los consejos militares, hombres muy avezados por su enorme experiencia de vida y política. Antes de la guerra casi todos ellos habían dirigido comités regionales y territoriales del Partido y Comités Centrales de los Partidos Comunistas de las Repúblicas Federadas.

El miembro del Consejo Militar compartía toda la plenitud de responsabilidad con el comandante por el estado y combatividad de las tropas, participaba en la elaboración de los planes operativos y se preocupaba de que cada operación estuviese asegurada en el aspecto material. El Gran Cuartel General llamaba al Comandante y al miembro del Consejo Militar. Pero, con todo y con eso, la misión principal del último era la de mantener una sólida moral entre el personal. Organizaba también todo el trabajo político del Partido en las tropas, encabezaba la dirección política

de un Frente y era de su competencia la distribución de los cuadros del Partido, mediante los cuales se aseguraba el papel de vanguardia en el campo de batalla de cada comunista y komsomol.

En el vasto círculo de obligaciones de los miembros de los consejos militares entraba también el asegurar adecuadas relaciones mutuas entre las tropas y la población cercana al frente, su participación en el restablecimiento del Poder soviético en el territorio de la URSS, que se liberaba de la ocupación, y mantener contactos con los órganos locales de poder fuera de nuestro país, cuando las tropas soviéticas cruzaron la frontera estatal.

Considero necesario hacer la salvedad de que todo el trabajo enumerado concierne exclusivamente al primer miembro del Consejo Militar, a diferencia del cual, sus otros miembros, el jefe de Estado Mayor o el jefe de Artillería, por ejemplo, sólo se ocupaban de las funciones directas de sus cargos.

Durante la guerra pasada ocuparon el alto cargo de primer miembro del Consejo Militar más de 40 personas. Tres de ellas, A. Zhdánov, A. Zheltov y K. Teleguin, desempeñaron este puesto casi desde el comienzo de las hostilidades y hasta el mismo fin de la guerra. Durante dos y más años fueron primeros miembros de los consejos militares de los frentes V. Bogatkin, P. Efímov, K. Krainiukov, D. Leónov, L. Mejlis, I. Susáikov, N. Jruschov y T. Shtikov. Permanecieron en este cargo desde seis meses hasta dos años doce hombres: F. Bókov, N. Bulganin, D. Gapanóvich, K. Gúrov, A. Zaporózhets, I. Larin, V. Makárov, M. Rudakov, N. Subbotin, A. Tevchenkov, A. Fominij y F. Shamanin. Fueron menos de medio año primeros miembros de los Consejos Militares P. Batrakov, F. Kuznetsov, M. Burmístenko, N. Kleméntiev, G. Kupriyánov, A. Kolobiákov, A. Kirichenko, V. Layok, P. Mazépov, P. Ponomarenko, E. Ríkov, P. Selezniov, N. Shabalín, I. Shikin y E. Schadenko.

En las flotas, estos cuadros cambiaron menos. Durante toda la guerra fueron primeros miembros del Consejo Militar, en la Flota del Norte, A. Nikoláev, y en la Flota del Pacífico, S. Zajárov. Un plazo casi igual lo fue de la Flota del Báltico, condecorada con la Bandera Roja, N. Smirnov. N. Kulakov desempeñó estas funciones casi dos años de guerra en la Flota del mar Negro.

Mas retornemos al objeto fundamental del presente capítulo, a las cuestiones operativas que se resolvían en el E.M.G. en la primavera de 1943. El viraje definitivo en la contienda

sería imposible lograrlo sin la creación de reservas fuertes y diversas. En este sentido se hacía un ingente trabajo. El 1 de marzo el Alto Mando contaba en su reserva con sólo cuatro Ejércitos (24, 62, 66 y 2 de reserva) número que aumentó en el mes de marzo hasta diez Ejércitos. El 1 de abril formaban la reserva del Gran Cuartel General los Ejércitos: 24, 46, 53, 57, 66 y 6 de la Guardia, los 2 y 3 de reserva y dos Ejércitos de carros, el 1 y el 5 de la Guardia.

Mientras tanto, el E.M.G. no perdía un momento de vista al enemigo. Los datos que de él nos llegaban eran un tanto contradictorios. Tanto el Servicio de Información como la Dirección de Operaciones coincidían en que se advertían en el adversario indicios de precaución que, a veces, llegaban hasta la indecisión. Y sin embargo, en la zona de Oriol, Biélgorod y Járkov seguía manteniendo agrupaciones inconfundibles de choque de aviación y tanques, cuya potencia no cesaba de incrementar. Esta circunstancia se apreciaba como prueba inequívoca de los propósitos ofensivos del enemigo.

A finales de marzo y en abril, en el Gran Cuartel General y en el E.M.G. hubo cambios de opiniones para ver cómo resolver las tareas fundamentales de la guerra en el verano de 1943. A este respecto se recabó el parecer de prestigiosos jefes militares que representaban al Gran Cuartel General en el ejército de operaciones, así como a ciertos comandantes de frentes.

La cuestión de "dónde" no era a la sazón demasiado difícil de adivinar. La respuesta sólo podía ser una: en el arco de Kursk, pues en esta zona se encontraban, precisamente, las fuerzas principales de choque enemigas que entrañaban dos posibilidades peligrosas para nosotros: el envolvimiento profundo de Moscú o su desviación hacia el sur. De otra parte, también nosotros, allí mismo, era donde podíamos emplear con mayor eficacia nuestras fuerzas y medios y, en primer lugar, nuestras agrupaciones blindadas. Todas las demás direcciones, aun suponiendo que pudiéramos tener éxito en ellas, no ofrecían tales perspectivas a las Fuerzas Armadas Soviéticas como el arco de Kursk. Al fin y a la postre a esta misma conclusión llegaron el Gran Cuartel General, el Estado Mayor General y los comandantes de los frentes.

El segundo problema — cómo resolver los objetivos principales de la guerra — era más complicado. Las respuestas a esto no se dieron al mismo tiempo y fueron muy distintas.

G. Zhúkov, que se encontraba el 8 de abril en el Frente de Vorónezh, escribió al Jefe Supremo:

"El paso de nuestras tropas a la ofensiva en fechas próximas, con el fin de adelantarse al enemigo, lo considero inconveniente. Mejor será si desgastamos al enemigo contra nuestra defensa, le destruimos los tanques y, después, introduciendo reservas frescas, emprendemos una ofensiva general y acabamos definitivamente con la agrupación fundamental del enemigo".

A. Vasilevski compartía este punto de vista.

Stalin no manifestó su parecer, limitándose a convocar una reunión especial en el Gran Cuartel General el 12 de abril, para discutir el plan de la campaña de verano. Para esta fecha, el Estado Mayor General tenía ya que saber los criterios de los comandantes de los frentes, respecto al posible carácter de las acciones y la dirección probable de los ataques de las tropas germano-fascistas. En esta ocasión, el Jefe Supremo rehusó a su acostumbrado principio de "no enfrascarse en hacer pronósticos que corresponden al enemigo". La situación así lo exigía.

— Redacte una interpelación a los comandantes de los frentes — me ordenó Antónov en la noche del 10 de abril, cuando regresamos de hacer el informe acostumbrado en el Cuartel General.

Para esto bastaron unos minutos. La interpelación la formulamos muy breve:

"Ruego para el 12.4.43 comunicarnos su apreciación del enemigo que se le enfrenta y las posibles direcciones de sus acciones".

Antónov firmó este telegrama.

Cuando llegó la fecha fijada, los comandantes de los frentes y sus jefes de EE.MM. confirmaron la situación anterior del enemigo y todos expresaron la firme convicción de que los fascistas atacarían en la dirección de Kursk. Con todo y con eso, el mando del Frente Central se manifestó partidario de anticiparse al enemigo, consideraba posible y necesario destrozar a su agrupación de Oriol, mientras ésta no estaba aún preparada para la ofensiva. Malinin, Jefe del Estado Mayor del Frente, escribió así el 10 de abril al E.M.G.:

"El enemigo puede comenzar la reagrupación y concentración de tropas en las probables direcciones de ofensiva, así como a crear los stocks de material necesarios, cuando acaben el deshielo y la crecida de aguas primaverales. Por consiguiente, su paso a una ofensiva resuelta puede esperarse, aproximadamente, en la segunda quincena de mayo de 1943.

En las circunstancias que se dan en la actual situación

operativa estimaría conveniente emprender las siguientes medidas: con esfuerzos conjuntos de las tropas de los frentes Oeste, de Briansk y Central aniquilar a la agrupación enemiga de Oriol, evitando que pueda atacar desde la zona de Oriol a través de Livna sobre Kastórnoe, tomar la importantísima línea ferroviaria, tan necesaria para nosotros, de Mtsensk, Oriol, Kursk y privar al enemigo del nudo ferroviario y de carreteras de Briansk".

El Consejo Militar del Frente de Vorónezh no se apresuró a dar sus propuestas sobre las acciones de nuestras tropas. Pero, respecto al enemigo, se manifestó también con bastante claridad:

"El enemigo tiene el propósito de asestar golpes concéntricos: desde la zona de Biélgorod hacia el nordeste y desde la zona de Oriol hacia el sudeste, al objeto de cercar a nuestras tropas, desplegadas al oeste de la línea Biélgorod, Kursk.

Posteriormente, podemos esperar que el enemigo ataque en dirección sudeste, al flanco y retaguardia del Frente Sudoeste, para poder después operar en dirección norte. Sin embargo, no está excluida la posibilidad de que este año el enemigo desista del plan de ofensiva en dirección sudeste y realice otra idea de maniobra, que puede ser la siguiente: después de sus ataques concéntricos desde las zonas de Biélgorod y Oriol, emprender una ofensiva hacia el nordeste para envolver Moscú. Esta posibilidad debemos tenerla en cuenta y preparar las reservas correspondientes".

Al final del informe se hacía la siguiente conclusión:

"El enemigo aún no está preparado para una ofensiva de gran envergadura, cuyo comienzo debemos esperarlo no antes del 20 de abril de este año y, con más seguridad, en los primeros días de mayo... Ataques parciales puede emprenderlos en cualquier momento".

La tarde del 12 de abril, en la reunión en el Gran Cuartel General, después de un análisis minucioso de la situación, todos coincidieron en que el objetivo más probable de la ofensiva de verano de las tropas germano-fascistas sería el cerco y aniquilamiento de las fuerzas principales de los frentes Central y de Vorónezh, desplegadas en el arco de Kursk. Posteriormente no se excluía que explotase el éxito en las direcciones este y sudeste incluida la de Moscú. A este respecto, Stalin manifestó especial preocupación.

Como resultado de la discusión se acordó concentrar nuestros esfuerzos fundamentales en la zona de Kursk, desan-

grar allí al enemigo en una operación defensiva, pasar después a la contraofensiva y destrozarlo definitivamente. Para evitar cualquier sorpresa se reconocía necesario crear una defensa sólida y profunda en todo el frente estratégico, particularmente inexpugnable en la dirección de Kursk.

Para el caso de que el mando hitleriano no emprendiera la ofensiva en un futuro próximo y la demorara por mucho tiempo, se preveía otra variante: el paso a operaciones activas por las tropas soviéticas, sin aguardar a que el enemigo nos atacase.

Después de esta reunión, el Estado Mayor General se ocupó por completo de preparar el plan de la campaña de verano y de sus operaciones más importantes. Y sólo después de esto, el 21 de abril, el Gran Cuartel General recibió las tardías consideraciones del mando del Frente de Vorónezh, también partidario de una defensa premeditada con el paso sucesivo a la contraofensiva, admitiendo, sin embargo, el que también asestáramos un golpe anticipado, si el enemigo tardaba en atacar. La formulación de las futuras misiones, en general, era muy elástica.

Trabajando en los planes de la campaña del verano de 1943 necesitábamos, como se dice, medir siete veces antes de cortar. Nosotros tampoco podíamos emprender la ofensiva inmediatamente. Aparte de que para malograr la ofensiva del enemigo deberíamos prepararnos minuciosamente: completar y concentrar las tropas, las reservas, acumular municiones y combustible. Se consideraba, por ejemplo, que antes de una operación de tal envergadura era preciso disponer de hasta 20 cargas de combustible. Para que los ejércitos aéreos pudieran disponer de estos recursos había que suspender, temporalmente, incluso los ataques a los aeródromos y comunicaciones del enemigo.

Durante la preparación de la operación, el Estado Mayor General tuvo que coordinar las cuestiones referentes a la organización de la misma con una multitud de jefes, cada uno de los cuales tenía su carácter, su estilo predilecto de trabajo, sus costumbres... Recuerdo cómo "actuaba" el general E. Smirnov, jefe de la Dirección General de Sanidad Militar del Ejército Rojo, mi gran amigo. Más de una vez me hacía rechinar los dientes presentándose en el momento menos oportuno, precisamente cuando yo, como jefe de la Dirección de Operaciones, daba más vueltas que una ardilla.

El "primer jefe médico" se sentaba en una silla y sin más ni más me preguntaba:

— ¿Por dónde avanzaremos? ¿A dónde debo hacer correr a mis fuerzas?

— Efim, por el momento no puedo decírtelo. Cuando llegue la hora, te lo diré.

— Ya lo sé, es un secreto. Pero tú puedes simplemente aconsejarme adónde trasladar los hospitales. Si no lo haces, podemos perder tiempo.

— No puedo ni aconsejártelo.

— Bueno. Dime por lo menos ¿en qué dirección?

— Efim —¡por Dios!—, tampoco esto puedo decírtelo.

Y siempre así. El no se indignaba, no montaba en cólera, pero seguía con sus preguntas sugestivas... Llegaba la hora, nosotros mismos le decíamos adónde mover las fuerzas. El se iba satisfecho y el trabajo comenzaba a bullir.

Durante la guerra, nuestro servicio de sanidad salvó la vida y rehabilitó a muchos millones de combatientes, haciendo un gran aporte a la causa común del logro de la victoria sobre el enemigo.

El 25 de abril el Gran Cuartel General analizó la situación en el Frente de Vorónezh, al que se oponía la agrupación adversaria más potente, la de Biélgorod-Járkov. Se aprobó el plan de la defensa del Frente, la cual debía estar dispuesta para el 10 de mayo. El plazo de preparación para la ofensiva se estableció para no más tarde del 1 de junio. La idea del ataque anticipado aún no se descartaba, pero quedaba en segundo plano.

Probábamos una y otra variante. La gran labor de organización y creadora, necesaria en los preparativos de cualquier operación de gran envergadura, se desplegó exhaustivamente.

En aquellos momentos se esclareció definitivamente que el enemigo no podría emprender una ofensiva decisiva ni a finales de abril ni a comienzos de mayo. Pero los fascistas tampoco se dormían en las pajas. En cuanto se estabilizó la situación en las cercanías de Biélgorod, las tropas germanofascistas empezaron inmediatamente a organizar un profundo campo defensivo atrincherado, idéntico al que tropezamos en el río Mius. Esto lo tuvimos en cuenta y, previendo que la contraofensiva empezaría por la rotura de una posición defensiva de aquellas características, el Gran Cuartel General intensificó la formación de cuerpos de artillería de asalto, divisiones de cañones de la Reserva del Mando Supremo y brigadas artilleras antitanque. Todas estas grandes unidades de artille-

ría las necesitaríamos también, en igual medida, para rechazar los ataques del enemigo, si pasaba a la ofensiva.

El Estado Mayor General concentró en la zona de Kursk material bélico y tropas en cantidades desconocidas en todo lo que iba de guerra. Tuvimos que reconsiderar las posibilidades de los ferrocarriles y aumentar los planes de transporte.

Solucionábamos paralelamente las cuestiones teóricas aún inclaras, que se planteaban con motivo de nuestro paso a una defensa premeditada, a la que debería seguir la contraofensiva. Estos problemas eran muchos. ¿Cómo garantizar la inexpugnabilidad de una tal defensa, y era o no viable realizarla con menos fuerzas que el enemigo? ¿Se precisaba o no disponer de fuerzas superiores en número, creadas de antemano? ¿En qué eslabón tener esta superioridad, en el táctico o en el operativo, en escala de Ejército o de Frente? ¿No sería lo mejor concentrar las reservas en manos del Gran Cuartel General y con su ayuda, en el momento preciso, crear una superioridad decisiva de fuerzas al pasar a la contraofensiva? Debíamos decidir también cuándo y en qué momento de la operación convenía pasar a la contraofensiva, pues había que impedir que el enemigo causara grandes bajas a nuestras tropas que se defendían. Sin embargo, tampoco podíamos apresurarnos, lanzarnos prematuramente, sin haber desgastado antes al enemigo.

En la solución de estos problemas, además del E.M.G., se ocuparon también los comandantes y los EE.MM. de los frentes, comenzando por el del Oeste y todos los que le seguían hacia el sur. Fue una época de gran tensión, pues los preparativos para la campaña de verano se entrelazaban con los asuntos diarios, el trabajo teórico se hacía a la par del práctico, reforzándose e impulsándose mutuamente.

Cuando preguntaron al Jefe Supremo en qué momento debería emprenderse la contraofensiva, respondió así:

— Eso es cosa que deben resolver los propios frentes, a tenor de la situación. El Estado Mayor General sólo tiene la obligación de velar por que no se interrumpa la cooperación y no se produzca una pausa prolongada, durante la cual el enemigo pueda aferrarse a las líneas alcanzadas. También tiene mucha importancia introducir oportunamente al combate las reservas del Gran Cuartel General.

Nadie dudaba de que en las acciones defensivas desempeñarían el papel principal los frentes Central y de Voró-nezh. No se excluía la participación en ello de los Frentes

de Briansk y Sudoeste. Zhúkov y Malinovski estaban incluso convencidos de que el enemigo descargaría sus ataques sobre el Frente Sudoeste. Y como carecían de reservas propias, lo suficientemente fuertes, insistían en la necesidad de que se desplegara detrás del intersticio entre los frentes Sudoeste y de Vorónezh un ejército o, por lo menos, un cuerpo de tanques de las reservas del Gran Cuartel General.

El análisis minucioso de los métodos operativos, empleados por el enemigo en campañas anteriores, nos obligó a tomar en consideración una circunstancia más: sus operaciones principales o de diversión las podría emprender en las zonas de cualquiera de nuestros frentes del ala sur. Por eso mismo, el Gran Cuartel General y el E.M.G. ya el 20 de abril comprobaron el estado de la defensa en las zonas cercanas al frente, en casi todos los lugares, poniéndose de relieve, naturalmente, muchas deficiencias. El 21 de abril Stalin firmó una directiva especial a este respecto para todos los frentes, excepto los de Leningrado y Carelia.

Como de lo que se trataba era de lograr un viraje definitivo en la marcha de la guerra, el Alto Mando Soviético manifestó una preocupación extraordinaria por sus reservas estratégicas: su dislocación y el orden de su empleo. A comienzos de marzo, el Gran Cuartel General pensó ya en tener un Frente especial de reserva, y como ya hemos dicho, el 13 del mismo mes fue formada esta agrupación, integrada por tres Ejércitos (2 de reserva, 24 y 66) y tres Cuerpos de carros (4 de la Guardia, 3 y 10). En abril, esta agrupación de tropas se reforzó mucho. Fue engrosada complementariamente con tres Ejércitos (46, 47 y 53), un Ejército de tanques (5 de la Guardia), un Cuerpo de tanques más (1) y dos Cuerpos mecanizados (1 y 4). Este grupo de tropas cambió varias veces de nombre: en un tiempo se llamó Frente de Reserva (del 10 al 15 de abril), después, Región Militar de la Estepa y, finalmente, Frente de la Estepa (del 9 de julio al 20 de octubre). El lector verá un poco más adelante que este cambio de nombres tenía un determinado sentido, aunque, en principio, la esencia de las reservas estratégicas siguió invariable. El Gran Cuartel General y el E.M.G. no suponían empeñarlas en batalla durante la etapa defensiva de la operación fraguada. A las reservas estratégicas se las destinaba el papel principal para cuando emprendiéramos la contraofensiva. No obstante, Stalin consideraba que para salir al paso de cualquier

imprevisto, las fuerzas de la Región Militar de la Estepa había que desplegarlas previamente en la dirección central, acoladas a los frentes de primera línea, teniendo en cuenta la posibilidad de utilizarlas también para cumplir misiones defensivas, si la situación obligaba a ello. El 23 de abril la Región Militar de la Estepa recibió estas instrucciones, que debía cumplir al mismo tiempo que completaba y adiestraba al personal:

"Para el caso de que el enemigo emprenda la ofensiva antes de que las tropas de la Región estén dispuestas, tener previsto cubrir sin idea de repliegue las direcciones: 1) Livny, Elets, Ranenburg; 2) Schigrí, Kastórnoe, Vorónezh; 3) Valuiki, Alexéievka, Liski; 4) Róvenki, Róssosh, Pávlovsk; 5) Starobelsk, Kantemírovka, Boguchar y la zona Chertkovo, Míllerovo".

Simultáneamente, con el concurso de la población local y bajo la dirección de las organizaciones del Partido, se preparó antes del 15 de junio la llamada línea de defensa estatal, cuyo trazado pasaba por la orilla izquierda del Don hacia Voéikovo, Lebedián, Zadonsk, Vorónezh, Liski, Pávlovsk y Boguchar. La Región Militar de la Estepa hizo el reconocimiento de esta línea y se preparó a cubrirla en cuanto fuera necesario. También se reconoció nuestra antigua línea defensiva: Efrémov, Borki, Alexéievka, Bielovodsk y Kámensk en el Donets del Norte.

Esto tuvo como resultado que a retaguardia de los frentes de primera línea, y en la zona más probable de ofensiva del enemigo, se organizara una defensa que tenía hasta 300 kilómetros de profundidad. En aquel espacio nuestras fuerzas estratégicas deberían aniquilar al enemigo, si éste conseguía romper nuestra defensa. Al mismo tiempo, a la Región Militar de la Estepa se le ordenó: "Las tropas, Estados Mayores, y mandos de las grandes unidades deben prepararse, principalmente para el combate y operación ofensivos, para la rotura de la zona defensiva del enemigo y también para lanzar fuertes contraataques y contrarrestar los ataques masivos de los tanques y la aviación enemigos".

Como tales misiones no correspondían, en principio, al concepto Región Militar, y precisamente por ello, el 9 de julio cambió su nombre por el de Frente de la Estepa, ahora compuesto por el 27 Ejército del teniente general S. Trofimenko, el 47 Ejército del teniente general A. Rizhov, el 53 Ejército del teniente general I. Managárov, el 5 Ejército de la Guardia (antiguo 66) del teniente general A. Zhádov, el 5 Ejército de carros de la Guardia del teniente general P. Rótmistrov,

el 5 Ejército Aéreo del teniente general S. Goriunov, los Cuerpos de tanques 4 de la Guardia y 10, el 1 Cuerpo mecanizado de la Guardia y los Cuerpos de caballería de la Guardia 7, 3 y 5.

La defensa profunda de los frentes en campaña y la disposición tras ella de fuertes reservas estratégicas y, por último, la organización por la margen del Don de la línea defensiva estatal nos aseguraban, indudablemente, la posibilidad de parar al enemigo en cualesquiera circunstancias. Mas todo eso no garantizaba aún totalmente la derrota completa de las tropas germano-fascistas. Para tener tal garantía continuamos buscando nuevas posibilidades.

Con este objeto nos dirigíamos repetidamente a los frentes Oeste y de Briansk, suponiendo que la ofensiva del enemigo sería allí de menor envergadura que contra los frentes Central y de Vorónezh. Al mismo tiempo, según nuestras suposiciones, la agrupación enemiga de Oriol debería ser participante obligatoria activa en la ofensiva decisiva de las tropas germano-fascistas en la zona de Kursk. Esperábamos que entraría en batalla cuando las fuerzas de choque hubiesen agotado sus posibilidades ofensivas y el mando hitleriano se viera obligado a superar la crisis operativa. Y esto era, precisamente, lo que teníamos que impedir a toda costa. Cuando llegara el momento de que la agrupación enemiga de Oriol entrara en combate, deberíamos derrotarla con los esfuerzos mancomunados de los frentes Oeste y de Briansk. Por eso preparamos previamente una operación ofensiva en esta dirección, cuyo comienzo se fijaba en dependencia de cuándo hiciera crisis la batalla del arco de Kursk. Esta operación era, indudablemente, una garantía complementaria y de mucha importancia para el éxito general de las tropas soviéticas. Su plan se denominó convencionalmente "Kutúzov".

En su conjunto, el desenlace de los futuros acontecimientos nos lo imaginábamos así. Durante la ofensiva, el enemigo se apoyaría principalmente en los tanques y en la aviación. A la infantería le reservaría el papel secundario, puesto que era más débil que en años anteriores.

El despliegue de sus agrupaciones de choque nos permitía prever que atacaría por direcciones convergentes: la agrupación Oriol-Kromy sobre Kursk, desde el norte, y la agrupación Biélgorod-Járkov también sobre Kursk, desde el sur. Se consideraba posible un ataque auxiliar que escindiera nuestro

frente, desde el oeste, de la zona Vorozhbá, entre los ríos Seim y Psiol, sobre Kursk.

Enfilando así sus tropas blindadas, la aviación y la infantería, el mando germano-fascista calculaba, por lo visto, cercar y derrotar en corto espacio de tiempo a todos nuestros ejércitos que se defendían en el arco de Kursk. Se suponía que el enemigo quisiera en la primera etapa de su ofensiva alcanzar la línea Korocha, Tim, Droskovo y, en la segunda etapa, atacar sobre el flanco y retaguardia del Frente Sudoeste, a través de Valuiki, Urázovo. También admitíamos que al encuentro de este ataque se realizase una ofensiva desde la zona de Lisichansk, hacia el norte, en dirección Svátovo, Urázovo. Tampoco excluíamos, que los alemanes intentaran ocupar la región Livny, Kastórnoe, Stary y Novy Oskol, tomando el ferrocarril al Donbáss, importante para nosotros. Después era inevitable, naturalmente, que las tropas enemigas se reagruparan para alcanzar la línea Liski, Vorónezh, Elets, desde donde podrían organizar una ofensiva que envolviese a Moscú por el sudeste.

Para el 8 de abril, el enemigo había concentrado contra los frentes de Vorónezh y Central de 15 a 16 divisiones blindadas con 2.500 carros de combate. Además, disponía en aquel sector de un número mucho mayor de divisiones de infantería. Estos efectivos aumentaban incesantemente. El 21 de abril, N. Vatutin localizó, sólo contra el Frente de Vorónezh, en la zona de Biélgorod, hasta veinte divisiones de infantería y once de tanques.

A tenor de estos datos y de las suposiciones del Alto Mando Soviético iban perfilándose gradualmente los contornos de los planes operativos para cada uno de los frentes que debían participar en la operación estratégica en las cercanías de Kursk.

El Consejo Militar del Frente de Vorónezh informó que toda su actividad práctica inmediata estaba basada:

"a) en la organización de una defensa escalonada en profundidad, para lo que no sólo se preparan varias líneas, sino que éstas ya se guarnecen por las tropas. Tal medida debe impedir que el enemigo pueda llevar a cabo una ruptura operativa del frente;

b) en la organización de una defensa anticarro, muy saturada y desarrollada en gran profundidad, especialmente en las direcciones más peligrosas de irrupción de tanques, para lo cual se confeccionan con tódo detalle planes de defensa anticarro (DAC), se crean regiones anticarro, escalonadas en

profundidad, se levantan obstáculos antitanque y se disponen campos de minas, tanto a vanguardia de la primera línea como en la profundidad de la posición defensiva, se utiliza armamento lanzallamas y se prepara el fuego de la artillería, de las instalaciones de cohetes y bombardeos de la aviación en las direcciones de posible movimiento de las fuerzas blindadas enemigas. Se preparan también obstáculos operativos a gran profundidad. En todas las unidades medianas y grandes hay reservas de medios móviles anticarro;

c) en la organización de una sólida defensa antiaérea (DAA), mediante la construcción de abrigos para los órdenes de combate, enmascaramiento y empleo masivo de las armas antiaéreas en las direcciones más importantes. No obstante, el medio más eficaz de la DAA es el aniquilamiento de la aviación enemiga en los aeródromos y la destrucción de los depósitos de combustible, para lo cual debe emplearse oportunamente la aviación de todos los frentes, así como la de acción lejana;

d) en la preparación y realización de la maniobra como fundamento del éxito en la defensa.

Se han adoptado medidas que aseguren la maniobra de los medios anticarro, de la artillería y de las unidades de lanzacohetes, de los tanques, de los segundos escalones y de las reservas al objeto de poder crear rápidamente en las direcciones de ataques del enemigo una densidad aún mayor en la profundidad de la defensa, acumular con rapidez fuerzas para los contraataques y lograr superioridad en efectivos para pasar a la contraofensiva".

Una labor análoga se realizó en el Frente Central, Zhúkov, que se encontraba allí como representante del Gran Cuartel General, informó al Alto Mando:

"La defensa de los Ejércitos 13 y 70 está bien organizada y escalonada en profundidad. La posición defensiva del 48 Ejército es frágil y con débil artillería y densidad... Estimo que a Romanenko[1] hay que reforzarle a costa de la reserva del Gran Cuartel General con dos divisiones de infantería, tres regimientos de carros T-34, dos regimientos de artillería anticarro (RAAC) y dos regimientos de morteros o artillería de la Reserva del Mando Supremo (RMS). Si se da todo eso a Romanenko, él podrá organizar una defensa sólida y, cuando sea necesario, con una agrupación de fuerzas bastante

[1] P. Romanenko mandaba a la sazón el 48 Ejército.

densa, pasar a la ofensiva". El Gran Cuartel General estudiaba detalladamente todas las peticiones de esta naturaleza y, al contrario de lo que ocurría al principio de la guerra, ahora podía satisfacerlas casi totalmente. Para esta época nuestro país tenía ya una economía militar perfectamente engranada. La metalurgia, la energética y la industria de maquinaria de los Urales, Siberia Occidental y Kazajstán eran ya una extensa base que proporcionaba todas las armas y pertrechos bélicos necesarios al frente. En mayo de 1943, en cada compañía de fusileros apareció una sección de metralletas. Estas armas comenzaron también a distribuirse entre las tropas blindadas y mecanizadas.

Simultáneos a los preparativos defensivos se pensaban y sopesaban todos los detalles para la contraofensiva. El Gran Cuartel General y el Estado Mayor General se preocupaban, particularmente, de elegir la dirección del ataque principal. Se caviló en ello desde todos los ángulos, pero la mejor solución no se encontró de buenas a primeras.

En un principio, muchos se interesaron por la propuesta del mando del Frente de Vorónezh: concentrar las fuerzas principales al sur de Kursk y atacar en dirección a Járkov y Dniepropetrovsk, tratar de ocupar una extensa cabeza de puente en la margen derecha del Dniéper, tomar posteriormente la línea Kremenchug, Krivói Rog, Jersón y, si las condiciones son favorables, llegar al meridiano Cherkassy, Nikoláev. El Consejo Militar del Frente opinaba que la contraofensiva en esta dirección permitiría "lograr resultados decisivos para la guerra". Destrozaría al Grupo de Ejércitos "Sur", la fuerza más activa en aquella época del mando alemán fascista, privaría al enemigo de la base más rica en víveres y de regiones industriales de tanta importancia como el Donbáss, Krivói Rog, Járkov y Dniepropetrovsk. Además, nos acercaríamos a las fronteras de los aliados meridionales de la Alemania hitleriana, acelerando el que éstos salieran de la guerra. En la operación se suponía utilizar los frentes de Vorónezh, Sudoeste y Sur y, en la etapa culminante, también el Central con el subsiguiente refuerzo a costa de las reservas del Gran Cuartel General.

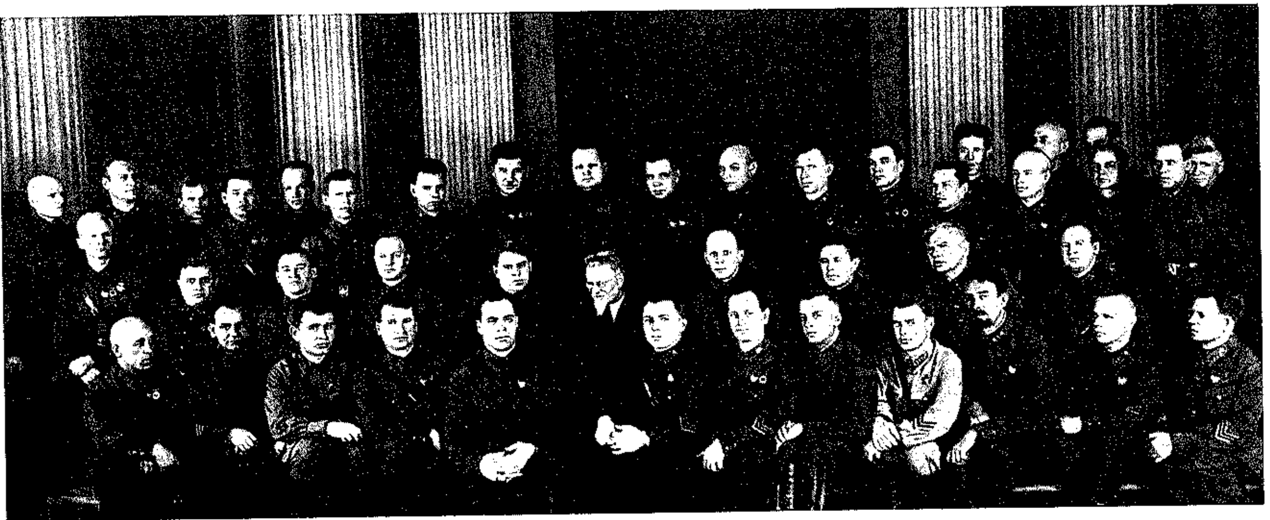
La idea de acabar con el flanco meridional del enemigo era seductora. Pero, a pesar de todo, este plan fue rechazado, pues no afectaba al centro del frente soviético-alemán y, lo principal, a la dirección estratégica occidental,



Y. Fedorenko (en el centro) y A. Liziukov con los tanquistas del 5° Ejército blindado cerca de Vorónezh. Julio de 1942

En el Cáucaso





Personal de mando y político del Estado Mayor General momentos después de haber recibido condecoraciones. Kremlin, 26 de mayo de 1942. Primera fila (de izquierda a derecha): S. Krasnoyarski, Y. Kútsev, A. Chuyánov, F. Peregúdov, I. Ryzhkov, S. Shtemenko, P. Kalinovski, P. Tijomírov, A. Zvezdin, A. Zhítnik, I. Titov y M. Kostin. Segunda fila: F. Guerásimov, A. Karponósov, P. Beliúsov, F. Shevchenko, A. Vasilevski, M. Kalinin, F. Bókov, S. Gueniatullin, A. Shimonáev e I. Boikov. Tercera fila: G. Nóvikov, V. Utkin, M. Kocherguín, A. Koroliov, D. Mijáilov, A. Zamkov, V. Karpujin, M. Kudriávtsev, S. Platónov, S. Teteshkin, I. Budiliov, N. Sokolov, V. Chernyshov, S. Lébedev, K. Jramtsovski, G. Safrónov, V. Stepánov, K. Fiódorov, A. A. Vasilevski. M. Nezadórov e I. Ilchenko



Durante un reconocimiento cerca de Stalingrado. En pie, el Jefe de la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General V. Ivanov. Octubre de 1942

De izquierda a derecha: Otto Pieck, Erich Veinert, Walter Ulbricht y Evgueni Dolmatovski. El Frente del Don, noviembre de 1942



A. Antónov (sentado) y S. Shtemenko

Stalingrado combatiente



Un grupo de asalto en combate. Stalingrado, diciembre de 1942

Una calle del Stalingrado liberado. Febrero de 1943

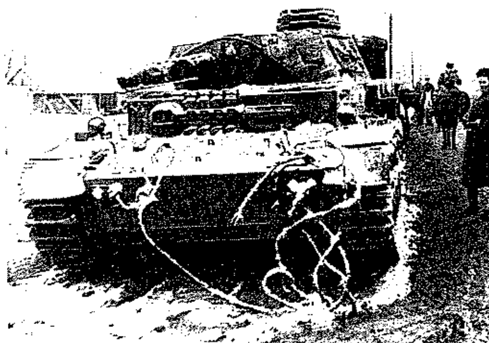




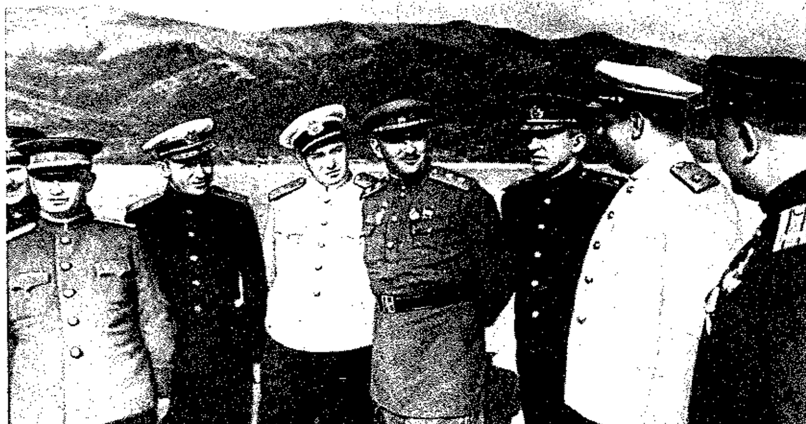
Y. Sharaburko. Octubre de 1942

A cumplir una misión de combate. El Frente de Transcaucasia, 1942





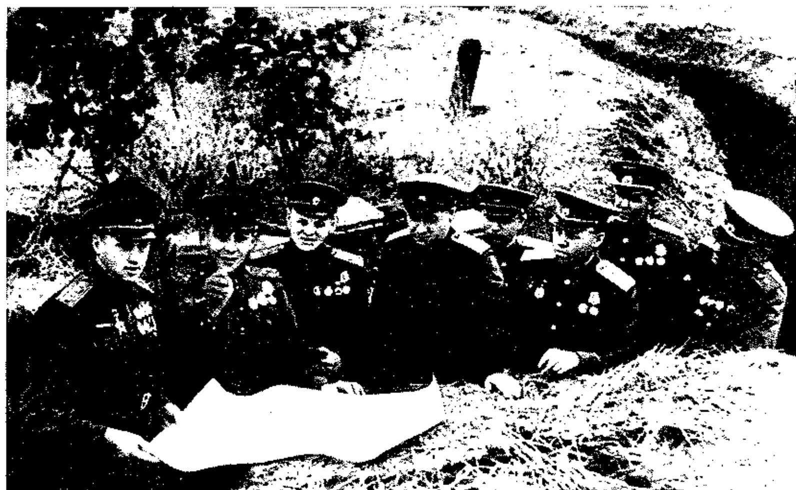
Trofeo. Cáucaso Septentrional, 1942



En el Novorossiisk liberado. De izquierda a derecha: K. Leselidze, N. Basisty, L. Vladímirski, I. Petrov, V. Ermachénkov y N. Kulakov

En el estero del Kubáñ





En vísperas de la batalla de Kursk. El jefe de la brigada especial de ingenieros, M. Ioffe, informa sobre la organización definitiva de la defensa en el sector. El Frente Central, finales de junio de 1943

P. Rybalko, comandante del 3er Ejército de tanques de la Guardia (a la derecha); V. Mitrofánov, jefe del Estado Mayor del Ejército e I. Yakubovski, jefe de la 91 Brigada blindada independiente



A. Vasilevski y F. Tolbujin dando instrucciones a los cuadros de mando del 3er Frente de Ucrania en vísperas de la ruptura del frente del Miús. Agosto de 1943

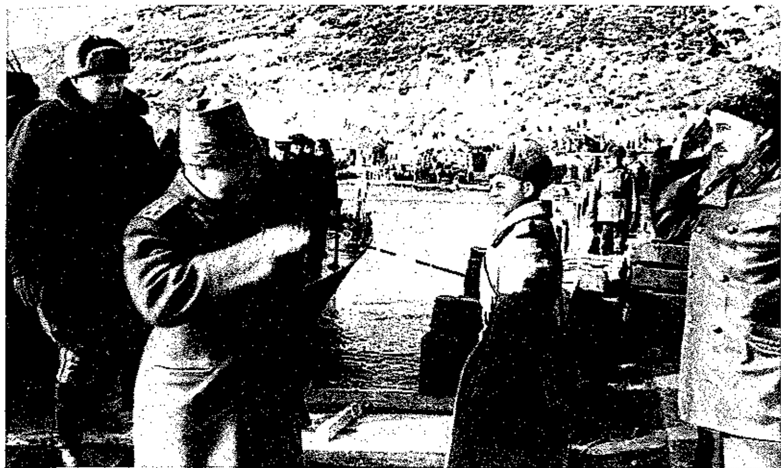
El grupo de oficiales del Estado Mayor General, que trabajó con A. Vasilevski durante sus viajes al frente. Sentados (de izquierda a derecha): A. Beliatski, A. Oréjov, M. Potápov, A. Strogy y S. Lialin; en pie: I. Gúsev, A. Jrómov, I. Kólobov, A. Orlov y B. Smirnov





El representante del Gran Cuartel General G. Zhúkov, el jefe del Estado Mayor del Ier Frente de Ucrania A. Bogoliúbov y el comandante del Frente N. Vatutin elaborando el plan de la operación. Diciembre de 1943

En el Estado Mayor del Frente de Bielorrusia (de izquierda a derecha): K. Rokossovski, M. Malinin, K. Teleguin e I. Lénchik. Octubre de 1943



K. Voroshílov en la plaza de armas de Kerch. Diciembre de 1943

Cerca del tren del representante del Gran Cuartel General K. Voroshílov. De izquierda a derecha: L. Scherbakov, L. Kitáev y S. Shtemenko. 1943

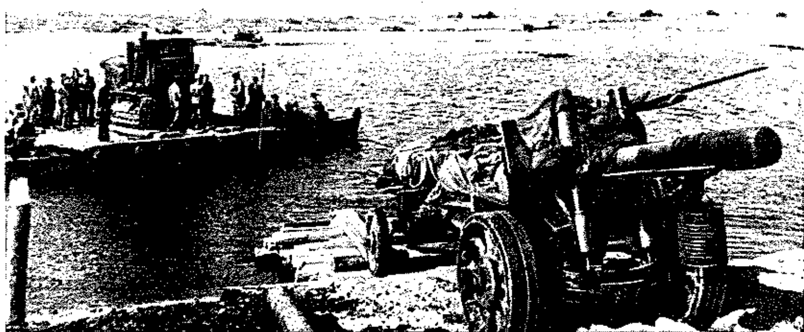
¡Por delante, Kíev! 1943

L. Vladímirski (a la derecha), comandante de la Flota del mar Negro; G. Jolostiakov (en el centro), comandante de la base naval de Novorossiisk, y B. Protsenko, comandante de la brigada de lanchas torpederas. Septiembre de 1943

Exploradores soviéticos en los suburbios de Smolensk. 1943

Un desembarco marítimo durante la travesía a Crimea. Diciembre de 1943





El paso de la artillería pesada a través del Dniéper. Diciembre de 1943

La admisión al partido en la primera línea. El 4° Frente de Ucrania, 1944





Artilleros antiaéreos del tren blindado. Crimea, 1943

Paso del golfo de Sivash. 1943



P. Rótmistrov, comandante del 5° Ejército blindado de la Guardia (a la izquierda), A. Zhádov, comandante del 5° Ejército de la Guardia. Las cercanías de Prójorovka, julio de 1943

Los Urales, para el frente. 1943



no neutralizaba al Grupo de Ejércitos "Centro", la agrupación fundamental del enemigo que, en este caso, podría amenazar los flancos de nuestros frentes más importantes, dejaba también a un lado la dirección de Kíev, de suma importancia tanto en el aspecto político y económico como en el puramente militar.

El ataque en la dirección de Járkov, Poltava y Kíev era el que, en opinión del E. M. G., tenía mejores perspectivas. La llegada del Ejército Soviético a la capital de Ucrania — importante centro económico del país — proporcionaría grandes resultados estratégicos. Se conseguiría todo cuanto prometía la ofensiva en dirección a Dniepropetrovsk, más la escisión del frente enemigo (especialmente si las tropas soviéticas llegaban a los Cárpatos), dificultándose la colaboración entre sus agrupaciones principales. Desde la zona de Kíev se podía amenazar, en igual medida, los flancos y la retaguardia, tanto del Grupo de Ejércitos "Sur" como (¡y esto era de especial importancia!) el ala derecha del Grupo de Ejércitos "Centro". Por último, con esta variante ocuparíamos una situación favorable para operaciones ulteriores, y se adoptó. Su primera parte — la derrota de la agrupación enemiga de Biélgorod-Járkov — se plasmó bajo el aspecto de un plan de operación de varios frentes, denominado convencionalmente plan "Rumiántsev".

Con el golpe sobre Kíev compaginaba perfectamente el plan operativo "Kutúzov", ya conocido por el lector, es decir, la ofensiva con las fuerzas de los frentes de Briansk y Oeste directamente hacia occidente con la misión de derrotar a la agrupación de Oriol y la subsiguiente liberación de Bielorrusia, seguida de la entrada en Prusia Oriental y en el este de Polonia. Debo recordar que, según los cálculos del E. M. G., estos dos frentes se suponía lanzarlos adelante sólo cuando el enemigo se atascase definitivamente en las zonas defensivas de los frentes Central y de Vorónezh, escalonadas en profundidad. Así sucedió en la práctica: los frentes Oeste y de Briansk pasaron a la ofensiva el 12 de julio, a los siete días de haber empezado el ataque enemigo contra los frentes Central y de Vorónezh. El Frente Central emprendió acciones ofensivas sólo el 15 de julio.

Mas todo ello era cosa del futuro. Por el momento, las tropas enemigas y las nuestras se atrincheraban. En los altos EE. MM. enemigos y en casa militar de Hitler se preparaba febrilmente la operación llamada "Ciudadela", en la que el enemigo cifraba grandes esperanzas, pues debía

culminar con el desastre de las tropas de los frentes Central y de Vorónezh y poner nuevamente en manos del mando alemán fascista la iniciativa estratégica. Para conseguir este objetivo se traían a la línea del frente nuevas tropas, armas, máquinas bélicas, especialmente tanques y aviación.

Se iba formando una situación *sui generis:* ambos bandos perfeccionaban minuciosamente sus obras defensivas, preparándose simultáneamente para la ofensiva. En relación a esta última cedíamos voluntariamente la prioridad al enemigo.

Sin embargo, nuestra defensa no era pasiva. Previendo la ofensiva del adversario, realizamos grandes operaciones aéreas. La primera de ellas duró toda una semana, del 6 al 13 de mayo. Participaron en ella las fuerzas de aviación de los frentes de Kalinin, Oeste, Briansk, Central, Vorónezh, Sudoeste y Sur. Se atacaron, principalmente, los aeródromos donde se basaban las flotas aéreas alemanas 4 y 6. Paralelamente se cumplían otras misiones, como la desorganización del tráfico enemigo por ferrocarril y carretera.

El primer golpe masivo de nuestros bombarderos y aviones de asalto cogió desprevenido al enemigo y por eso fue de mucho efecto. Se le destruyeron más de 200 aparatos, con el mínimo de pérdidas por nuestra parte. Los resultados de las incursiones siguientes fueron, naturalmente, más modestos, pues la réplica fue mayor. Y, no obstante, sólo en tres días (6-8 de mayo), según nuestros datos, el enemigo perdió cerca de 450 aviones.

La segunda operación aérea se llevó a cabo un mes después, del 8 al 10 de junio. En ella sólo participaron tres Ejércitos aéreos, el 1, 2 y 15 y la aviación de bombardeo lejano. El objetivo fue el mismo. Mas esta vez no logramos la sorpresa y, en su conjunto, la operación tuvo menos éxito. Pero el balance general de las pérdidas aéreas del enemigo en mayo y la primera decena de junio fue más de 1.000 aviones, lo que debilitó mucho su agrupación de choque.

Así, pues, el término "pausa estratégica", empleado con frecuencia en la literatura para caracterizar este período, es sumamente convencional. ¿De qué pausa puede hablarse cuando atacábamos en el Cáucaso del Norte y realizábamos operaciones aéreas de gran envergadura?

Estas últimas sugirieron al E. M. G. y al Gran Cuartel General algunas conclusiones de importancia. Nos convencimos

definitivamente de que el aniquilamiento de la aviación enemiga en los aeródromos sólo era posible en determinadas condiciones y que el dominio indivisible del aire sería imposible lograrlo sin grandes batallas aéreas. La aviación de caza debía jugar el papel decisivo en ello. Pero, en este aspecto, nuestra situación seguía siendo difícil, nos faltaban aparatos. A esto podíamos agregar que la aviación de caza estaba diseminada por todos los frentes y no podía emplearse en masa para hacerse con el dominio del aire en la dirección principal.

De todo esto se informó a Stalin, junto con ciertos resultados de la grandiosa batalla aérea en el Kubáñ. El Jefe Supremo convocó inmediatamente una reunión de personas competentes para examinar nuestras posibilidades de poder continuar aumentando la fabricación de cazas y estructurar una organización más racional de este tipo de aviación. Debo decir que no tardamos en recoger los frutos de esta reunión: aumentó la producción de cazas y, lo principal, mejoró visiblemente su empleo.

A comienzos de mayo, el paso del enemigo a la ofensiva adquirió visos de absoluta realidad.

El Servicio de Información comunicó que Hitler se proponía reunir a los altos mandos de sus fuerzas armadas para resolver definitivamente la cuestión de la ofensiva en el frente soviético-alemán. Reunión que tuvo lugar, efectivamente, el 3 y 4 de mayo en Munich, la ciudad que fue cuna del partido nazi. Durante estos dos días se dieron los últimos retoques al plan "Ciudadela" y se aprobó. Ahora teníamos que estar ojo avizor, pues un ataque inesperado del enemigo con la densidad de tanques y aviación de que disponía contra nuestras tropas en el arco de Kursk podía costarnos muy caro.

Desde comienzos de mayo de 1943, el Estado Mayor General aprovechó cualquier oportunidad para recordar a los EE. MM. de los frentes la necesidad de estar alerta. En nombre del gran Cuartel General se les propuso, entre otras medidas, abstenerse de hacer reagrupaciones internas complicadas de fuerzas que aunque brevemente, pudieran debilitar su disposición combativa.

El 8 de mayo de 1943, por distintos conductos, el Estado Mayor General Central recibió datos de que la ofensiva del enemigo en las direcciones Oriol-Kursk y Biélgorod-Járkov podía esperarse entre el 10 y 12 de mayo. Se lo hicimos

saber a Vasilevski, a la sazón en Moscú. Este ya tenía indicaciones de Stalin para advertir a las tropas en cuanto hubiera necesidad de ello. Inmediatamente se cursó a los comandantes de los frentes de Briansk, Central, Vorónezh y Sudoeste el siguiente telegrama:

"Según datos que obran en nuestro poder, el enemigo puede pasar a la ofensiva entre el 10 y el 12 de mayo en la dirección Oriol-Kursk o en la de Biélgorod-Oboyán, o simultáneamente en ambas direcciones.

El Gran Cuartel General ordena: para la mañana del 10 de mayo tener todas las tropas, tanto las de la primera línea de defensa como las reservas, dispuestas plenamente para recibir el posible ataque del adversario. Prestar atención particular a que nuestra aviación esté lista, si el enemigo pasa a la ofensiva, no sólo para rechazar las incursiones de la aviación fascista, sino desde el primer momento, con su actividad, a conquistar el dominio en el aire.

Confirmar el recibo de esta orden. Informar de las medidas adoptadas".

A continuación, se envió un telegrama especial al Comandante de la Región Militar de la Estepa, en el que se le prescribía: "Acelerar por todos los medios el completamiento de las tropas de la Región Militar y para la mañana del 10.5 tener todas sus tropas dispuestas plenamente al combate, tanto para la defensa como para acciones activas por orden del gran Cuartel General".

Este despacho lo firmó también Vasilevski, pero poniendo encima el apellido de Stalin. Tal era nuestra práctica siempre que el texto del documento se comunicaba por teléfono a Stalin o cuando su contenido había sido concordado previamente. En el último caso, al Jefe Supremo se le daba a conocer la copia para su aprobación, en nuestra próxima presencia en el Gran Cuartel General.

Rokossovski no tardó en informarnos que para hacer fracasar la ofensiva del enemigo había organizado una contrapreparación en la dirección Oriol-Kursk en la que participarían toda la artillería del 13 Ejército y la aviación del 16 Ejército aéreo. Posteriormente, también en el Frente de Vorónezh se planificó para contrapreparación.

Sin embargo, el enemigo no pasó a la ofensiva ni el 10 ni el 12 de mayo. Por lo visto, aún no estaba preparado. Hitler trataba de saturar lo más posible sus tropas con nuevos tanques y cañones autopropulsados, pero este armamento llegaba con lentitud.

Vatutin explicaba el aplazamiento de la fecha de la ofensiva como vacilaciones del enemigo. Al Comandante del Frente de Vorónezh le pareció que, en aquella situación, sería conveniente asestar un golpe preventivo. N. Jruschov, miembro del Consejo Militar, apoyó su idea. Estas consideraciones se discutieron en Moscú, pero G. Zhúkov, A. Vasilevski, A. Antónov y la Dirección de operaciones del E. M. G. estuvieron en contra de ellas y, al fin y a la postre, fueron rechazadas por el Gran Cuartel General.

Diez días después, el 19 de mayo de 1943, el Estado Mayor General recibió nuevas noticias fidedignas, así nos pareció entonces, de que el enemigo fijaba empezar la ofensiva entre el 19 y el 26 de mayo. El texto de la segunda advertencia a los mismos frentes lo preparó A. Antónov y, después de dárselo a conocer por teléfono al Jefe Supremo, se envió a los destinatarios a las 3 horas y 30 minutos de la noche del 20 de mayo. Igual que la primera vez, se les conminaba a no debilitar la vigilancia y el apresto combativo de las tropas, incluida la aviación, y mediante reconocimiento y captura de prisioneros descubrir la agrupación del enemigo y sus verdaderas intenciones.

Previendo acontecimientos decisivos, el Gran Cuartel General dedicó enorme atención a las tropas que se defendían en el arco de Kursk. Sus representantes, los mariscales Zhúkov y Vasilevski, se encontraban casi todo el tiempo allí, no sólo trabajando en los Estados Mayores, sino también en la primera línea.

El 21 de mayo, particularmente, G. Zhúkov y K. Rokossovski, Comandante de las tropas del Frente Central, y los jefes de ejércitos I. Galanin, N. Pújov y P. Romanenko, recorrieron las líneas avanzadas del 13 Ejército, donde se esperaba el ataque principal de la agrupación de Oriol de tropas germanofascistas. Examinaron las líneas defensivas del enemigo, observaron sus movimientos y llegaron a la conclusión de que, por el momento, no existía peligro inmediato de ofensiva. Consultaron a los jefes de las divisiones y éstos dijeron lo mismo. La opinión general fue de que el enemigo, por lo visto, no podría pasar a la ofensiva hasta finales de mayo.

Vasilevski se encontraba a la sazón en el Frente Oeste, primero, y después, en el de Briansk. También analizó minuciosamente el estado de las tropas enemigas, llegando a la conclusión de que en días próximos no podrían atacar.

Todo el mes de mayo pasó en una tensa situación de espera. Al E. M. G. le llegaban datos de traslados en masa de tanques enemigos, del oeste al este. Sin embargo, excepto las noticias acerca de las concentraciones de tropas, carecíamos de otros indicios demostrativos de que los alemanes se preparaban para la ofensiva.

Comenzó el primer mes de verano. Por lo común, el mando alemán fascista adaptaba a este período, de las noches más cortas y de magníficas condiciones de vuelo, las acciones más activas de sus tropas. ¿Se repetiría lo mismo en el año 1943? ¿Y, no nos habríamos equivocado al apreciar los propósitos del enemigo? Si por un casual así era ¿quién sabe cuáles podrían ser aún las consecuencias?

Stalin manifestaba cierto nerviosismo. Quizás, precisamente por eso, en cierta ocasión se desencadenó una tempestad en el Gran Cuartel General. Llegó allí la noticia de que se habían enviado al arco de Kursk cazas con un revestimiento inservible. Esto indujo a Stalin a deducir que toda nuestra aviación de caza no estaba en condiciones de combatir. Este hecho se describe con todo detalle en el magnífico libro de A. Yákovlev "La finalidad de la vida". Por fortuna, la cosa no fue tan grave como creíamos y se subsanó relativamente pronto.

Hubo también otros días de grandes preocupaciones.

El 6 de junio, por ejemplo, analizando la situación, la Dirección de Operaciones reparó en la conducta del enemigo, un tanto extraña. Nos asaltaron dudas referentes a la dislocación de sus divisiones de tanques. Se puso en claro que las mismas dudas tenía Antónov. Convenimos en comprobar a través de los EE. MM. de los frentes el despliegue verdadero de los tanques del enemigo. El mismo día, firmado por Antónov, se distribuyó un telegrama con el siguiente contenido:

"Ahora nos es de suma importancia saber si la agrupación de grandes unidades de carros enemigos sigue sin moverse o ha cambiado de sitio. Por eso, plantee a todos los tipos de reconocimiento, la misión de localizar el lugar donde se encuentran las divisiones blindadas del enemigo".

Para la respuesta dimos un plazo de cinco días, al terminar el cual, los EE. MM. nos remitieron las afirmaciones tranquilizadoras de que en el frente todo seguía igual, la agrupación de tanques enemiga no había sufrido modificación alguna. Esto significaba que todo estaba en orden.

Entretanto, Zhúkov y Vasilevski no abandonaban las tro-

pas. De una mañana a otra, dedicando sólo unas pocas horas a un descanso inquieto, trabajaban con los comandantes de los frentes y de los ejércitos, con los jefes de las grandes unidades. El duro trabajo de los representantes del Gran Cuartel General lo compartían también los oficiales del E. M. G., que constituían sus improvisadas planas mayores. En aquellas fechas se elaboraba con especial minuciosidad la coordinación de acciones en los intersticios de los frentes de Vorónezh, Sudoeste y también del Oeste y de Briansk. El mando de las tropas de este último lo tomó M. Popov, uno de los jefes militares de más prestigio, que al comienzo de la guerra encabezó el Frente Norte (de Leningrado) y después mandó ejércitos y fue adjunto de los comandantes de los frentes de Stalingrado y Sudoeste. Como suele decirse, Vasilevski le puso prácticamente al corriente de sus nuevas funciones y de la situación.

Pasó también junio de 1943... Nuestra defensa ya hacía mucho que estaba preparada para rechazar el ataque enemigo. Se puntualizaban los últimos detalles de nuestra contraofensiva.

Stalin dispuso que Zhúkov quedase en la dirección de Oriol para coordinar las acciones de los frentes Central, de Briansk y Oeste. A Vasilevski se le propuso dirigirse al Frente de Vorónezh.

En aquella fecha el Estado Mayor General recibió (por tercera vez) datos de que el enemigo estaba dispuesto, por fin a emprender operaciones activas.

A propósito, el teniente A. Kozhévnikov, nuestro piloto de caza, derribó en esos días, cerca de Vorónezh, un avión de reconocimiento enemigo. El piloto alemán fue hecho prisionero y durante el interrogatorio llevado a cabo en el Estado Mayor del Frente de Vorónezh declaró que los alemanes tenían proyectado comenzar la ofensiva en junio, pero la aplazaron para los primeros días de julio. De este modo quedaron conformados los datos del Estado Mayor General.

A las 2 horas y 15 minutos del 2 de julio, Antónov comunicó por teléfono a Stalin la tercera advertencia a las tropas, por él redactada, en la que se decía:

"Tenemos noticias de que los alemanes pueden pasar a la ofensiva en nuestro frente entre el 3 y 6 de julio.

El Gran Cuartel General ordena:

1. Intensificar el reconocimiento y la observación del

enemigo con el fin de descubrir oportunamente sus propósitos.

2. Las tropas y la aviación deben estar dispuestas a rechazar el posible ataque del enemigo".

Stalin aprobó el texto sin ninguna enmienda. Por indicación suya se remitieron copias de este telegrama a G. Zhúkov, N. Vóronov, A. Nóvikov y a Y. Fedorenko.

Todos estábamos seguros de que ahora el enemigo no aplazaría el golpe planeado. Como es sabido, al amanecer del 5 de julio, las tropas germano-fascistas pasaron, realmente, a la ofensiva.

Capítulo IX

DESDE KURSK HASTA KIEV

La "Ciudadela" se derrumba. Dificultades en el sector de Oriol. Final del nudo de Mtsensk. El 3 Ejército de tanques de la Guardia maniobra. Hitler dialoga con el general Warlimont. ¿Cercar o no al enemigo? El plan "Caudillo Rumiántsev". Peligro en las proximidades de Ajtirka. Stalin a Vatutin: "Le ruego no desperdigar las tropas ni dejarse seducir..." La variante de Bukrín. Nuestro error. El Jefe Supremo cambia su decisión. Kíev liberado.

Así, pues, en la mañana del 5 de julio comenzó la batalla de Kursk. El enemigo lanzó adelante sus fuerzas principales: en la dirección Oriol-Kursk, siete divisiones de carros, dos motorizadas y once de infantería y, en la dirección Biélgorod-Kursk, diez divisiones de carros, una motorizada y siete de infantería. En total, según los datos que obraban en nuestro poder, participaban en la ofensiva diecisiete divisiones de tanques, tres motorizadas y dieciocho de infantería enemigas.

Llevando a cabo el plan "Ciudadela", preparado con toda minuciosidad, pero de modo estereotipado, el mando hitleriano concentró estas fuerzas en sectores estrechos de frente. El cálculo no podía ser más claro: romper nuestra defensa simultáneamente desde dos lados opuestos del saliente de Kursk y, con golpes convergentes, o, como entonces se decía, concéntricos, desde el norte y sur en dirección general a Kursk, copar y después aniquilar a los ejércitos soviéticos allí desplegados.

Nosotros no nos dejamos sorprender. Nuestras tropas no sólo estaban preparadas para rechazar estos ataques, sino también para descargar potentes contragolpes. No me atrevo a apreciar el papel desempeñado en esa batalla por una u otra Arma, ni rendirle honores preponderantes. A decir verdad, todos ellos —infantes, artilleros, tanquistas, aviadores y las llamadas tropas especiales— hicieron una gran contribución a nuestra victoria común sobre el enemigo. Y hay que decir que todos ellos combatieron perfectamente. Testimonio de ello son los resultados de la encarnizada lucha librada entonces en el "arco en llamas". A costa de colosales pérdidas el

enemigo sólo consiguió infiltrarse en nuestras líneas defensivas.

En la dirección Oriol-Kursk, la profundidad de esta infiltración sólo fue de 9 kilómetros y en la dirección Biélgorod-Kursk de 15 a 30 kilómetros. Después, las tropas de los frentes Central y de Vorónezh pasaron ellas mismas a la contraofensiva, arrojando a sus posiciones iniciales a las agotadas y diezmadas divisiones enemigas. Ya antes de que se restableciera la situación, que ocupaban los beligerantes hasta el 5 de julio, pasaron también a la ofensiva los frentes Oeste y de Briansk, que después de romper la defensa germano-fascista se lanzaron en avalancha arrolladora hacia Oriol.

Cuando el 24 de julio preparábamos en el E. M. G. la orden del Jefe Supremo sobre los resultados de la etapa defensiva de la batalla de Kursk, estuvimos mucho tiempo sin encontrar palabras suficientemente expresivas para calificar lo que se había hecho. Hasta la imaginación más fogosa no ayudaba. Al fin y a la postre, nacieron estas líneas:

"Los combates librados para liquidar la ofensiva alemana han demostrado el alto adiestramiento combativo de nuestras tropas, ejemplos de tenacidad insuperables, firmeza e intrepidez de los soldados y mandos de todas las Armas, incluidos artilleros y morteristas, tanquistas y aviadores".

Ahora, estas palabras suenan como algo muy corriente, puede ser que hasta parezcan un cliché. Pero, a la sazón, creíamos que por fin habíamos encontrado lo que buscábamos. Estas palabras fueron como un toque a rebato y reflejaban la tensión de la encarnizada lucha, el afán incontenible de todo el pueblo soviético por quebrar la desesperada y, como queríamos creer, la última ofensiva de los invasores germano-fascistas.

El Alto Mando Soviético evaluó los resultados de la etapa defensiva de la batalla a las puertas de Kursk como el testimonio del fracaso completo del plan enemigo para la ofensiva de verano. La orden señalaba que en esta ocasión ha sido desmentida definitivamente la "leyenda de que en su ofensiva de verano los alemanes siempre vencen, mientras que las tropas soviéticas se ven obligadas a retirarse".

Los días sucesivos reportaron a las tropas soviéticas nuevas y brillantes victorias y al enemigo, una derrota desastrosa. Los resultados de la batalla de Kursk son ampliamente conocidos, aunque me parece que ciertos pormenores de ella necesitan ilustrarse complementariamente. No me propongo polemizar aquí con otros autores, sólo quiero comunicar algunos hechos que permiten juzgar con más exactitud, por

ejemplo, el papel y el lugar que ocupó en esta batalla el 3 Ejército de tanques de la Guardia y describir los esfuerzos combativos de nuestras tropas en la liberación de Biélgorod y Járkov y en el paso del Dniéper, junto a Bukrín.

Empezaré por orden.

El 12 de julio de 1943, en las proximidades de la aldea Prójorovka, hasta entonces ignorada, se desplegó una grandiosa batalla de tanques. La cuña de acero del ejército hitleriano chocó contra los carros de combate soviéticos. Hizo crisis la ofensiva alemana en el arco de Kursk.

Aquel mismo día comenzó al norte de Oriol la operación "Kutúzov", en la que, como ya hemos dicho, participaron las tropas de los frentes Oeste y de Briansk.

Ya en el período preparatorio de esta operación se planteó agudamente el problema de reforzar con tanques el Frente de Briansk. En aquel sector la defensa enemiga era muy fuerte, con numerosos puntos de fuego permanentes. La infantería no hubiera podido en modo alguno superarlos sin el apoyo de las fuerzas blindadas.

Por más cálculos que hicimos, se necesitaban no menos de dos cuerpos de carros. G. Zhúkov reconoció personalmente el terreno, informó después a Stalin y el Frente recibió el refuerzo pedido. Sin embargo, para explotar el éxito, faltaban nuevamente tanques. Fue entonces cuando se habló del 3 Ejército de carros de la Guardia, que se estaba formando en la zona del Frente, cerca de Plavsk. Lo componían dos cuerpos de carros y uno mecanizado, más una brigada de tanques independiente. Mandaba este Ejército el teniente general P. Ribalko.

La ofensiva del Frente de Briansk progresaba con relativa lentitud y, al cabo de cinco días, el 17 de julio, a la profundidad de 22 kilómetros, frente a la posición defensiva da retaguardia por el río Oleshnia, se atascó definitivamente. Guarnecían esta línea las tropas de la llamada agrupación enemiga de Mtsensk, cuyo dispositivo formaba una cuña encajada entre las fuerzas principales de los frentes Oeste y de Briansk que entorpecía mucho la coordinación entre los frentes. Pasaba especialmente dificultades el Frente de Briansk, que hacía las veces de eslabón de enlace en el sistema de tres frentes. Avanzando sobre Oriol desde el este, debía con su flanco derecho, conjuntamente con las tropas del Frente Oeste, golpear al enemigo en las cercanías de Bóljov. Al mismo tiempo, con sus fuerzas principales, le correspondía ayudar al Frente Central, quien el 15 de julio había comenzado

el aniquilamiento del enemigo en la zona de Kromy. Las fuerzas iban separándose y agotándose poco a poco. Se barruntaba el peligro de que se malograse el plan de derrotar al enemigo en las proximidades de Oriol. Para superar esta situación crítica el Frente de Briansk necesitaba ayuda.

Se informó de ello a Stalin, el cual accedió a que se enviara allí el 3 Ejército de tanques de la Guardia y aprobó las propuestas del Estado Mayor General en cuanto a sus misiones. No obstante, la disposición escrita se demoraba, por el momento.

—Hay que conocer la opinión del Comandante del Frente —dijo Stalin, y él mismo telefoneó al general M. Popov.

En su conversación con éste, al apreciar la situación en el sector de Oriol, el Jefe Supremo subrayó que la misión más importante del Frente de Briansk era la de acabar con la agrupación enemiga de Mtsensk y la salida del 3 Ejército de A. Gorbátov al río Oká. Después le comunicó su decisión de subordinarle el 3 Ejército de carros de la Guardia, con la misión de abrir brecha en la defensa del enemigo en la zona de ofensiva del 3 Ejército, primero, y, después, frente al 63 Ejército de V. Kolpakchí. El Jefe Supremo recomendó introducir al combate, cuanto antes mejor, los tanques de Ribalko para impedir que el enemigo pudiera hacerse fuerte. Pero, al mismo tiempo, advirtió:

— Los carros pueden ser destrozados si avanzan directamente sobre Oriol. No hay que enredar en combates callejeros, en una ciudad tan grande, a un Ejército de tanques. En cuanto esté asegurado el avance de las fuerzas principales del Frente, el Ejército blindado debe enviarse sobre Kromy, en ayuda del vecino de la izquierda.

M. Popov emprendió inmediatamente el cumplimiento de estas indicaciones y, sin perder minuto, transmitimos por teléfono a Ribalko la orden de que su Ejército pasaba a formar parte del Frente de Briansk.

El 3 Ejército de tanques de la Guardia realizó diestra e inadvertidamente la marcha y se concentró detrás del Frente de Briansk. Después del mediodía del 19 de julio, en cuanto la infantería se incrustó en la defensa enemiga, entraron en acción sus vanguardias y, luego, el grueso de sus fuerzas. N. Vóronov, representante del Gran Cuartel General, informó que la introducción del 3 Ejército de carros de la Guardia en la brecha abierta en la defensa enemiga se había hecho a su debido tiempo y con bastante organización.

El combate confirmó las noticias logradas por el reconocimiento: en la zona de acción de nuestro Ejército de carros se defendían las unidades de las divisiones enemigas 2 y 8 de tanques, 36 motorizada y 262 de infantería, que se resistían encarnizadamente. A pesar de ello, al final de la jornada las tropas de P. Ribalko forzaron el río Oleshnia y profundizaron de 10 a 20 kilómetros, atravesando felizmente la posición defensiva de retaguardia de los alemanes. Iban cristalizando las condiciones favorables para atacar por detrás a la agrupación de Mtsensk. Puede decirse que la retirada del enemigo en las cercanías de Mtsensk y por toda la línea del curso bajo del río Oleshnia estaba ya predeterminada.

En la noche del 20 de julio así se hizo saber al Gran Cuartel General. En el Estado Mayor General temíamos mucho que el Ejército de carros no pudiera seguir sus acciones organizadas, por cuanto la maniobra que le aguardaba era complicada y la resistencia del enemigo, por el momento, no se debilitaba. Sopesando, sin embargo, todos los "pros" y "contras", confiamos en la maestría y la experiencia de P. Ribalko y M. Popov. A las 2 horas de la madrugada fue firmada y remitida una disposición de suma urgencia, dirigida al mariscal de Artillería N. Vóronov, representante del Gran Cuartel General, y al Comandante del Frente de Briansk, general coronel M. Popov. He aquí algunos de sus fragmentos:

"El Gran Cuartel General ordena:

1. El Frente de Briansk tiene como misión inmediata derrotar a la agrupación enemiga de Mtsensk y alcanzar con el 3 Ejército el río Oká.

Con este objeto, el 3 Ejército de carros de Ribalko, desde la mañana del 20.7 atacará en dirección Protásovo, Otrada, al final del 20.7 cortará la carretera y el ferrocarril Mtsensk, Oriol y, desarrollando desde el sur durante el 21.7 la ofensiva sobre Mtsensk, en colaboración con el 3 Ejército de Gorbátov terminará de aniquilar esta agrupación enemiga y liberará la ciudad de Mtsensk.

2. Una vez cumplida esta misión, enviar hacia el sur al 3 Ejército de tanques de Ribalko con el objetivo de cortar el ferrocarril Mojovoe, Oriol y colaborar a que el 63 Ejército de Kolpakchí salga también al río Oká.

3. Posterioramente, el 3 Ejército blindado de Ribalko debe cortar el ferrocarril Oriol-Kursk en el punto que decida el Comandante del Frente y, si las condiciones son favorables, tomar la ciudad de Oriol.

Si la conquista de Oriol no correspondiera a la situación, el 3 Ejército de tanques de Ribalko seguirá avanzando al oeste, en dirección de Kromy".

En esta parte fundamental de la directiva están reproducidas fielmente las indicaciones de Stalin, dadas por teléfono ya el 17 de julio y cuya realización había comenzado y transcurría con todo éxito.

En la noche del 20 de julio, el enemigo abandonó Mtsensk. Para proteger su repliegue, lanzó desde por la mañana contra las fuerzas principales del Frente de Briansk, incluido el Ejército de tanques, una gran masa de aviación. Mas la ofensiva no se detenía. A las 17 horas del mismo día, el Ejército de carros cortó la carretera Mtsensk-Oriol junto a Kámenevo, continuando su avance hacia el ferrocarril y el río Oká. Las tropas del 3 Ejército alcanzaron este río al día siguiente, relevaron allí a los tanquistas y entablaron combates por los pasos.

El 21 de julio, cumpliendo la directiva del Gran Cuartel General, los tanques de Ribalko se desviaron hacia el sur, en dirección a Stanovói Kolódez, en la zona de ofensiva del 63 Ejército. Para continuar la ofensiva en la nueva dirección, Ribalko utilizó el 12 Cuerpo y la 91 Brigada de carros, que integraban su segundo escalón. Los cuerpos que hasta entonces atacaban en el primer escalón del Ejército de tanques se acolaron tras las grandes unidades citadas. Esta reagrupación de fuerzas fue racional y completamente normal por su carácter. Por cierto que, posteriormente, Ribalko recurrió repetidamente a ella, cuando las tropas actuaban simultáneamente en varias y, a veces, hasta en direcciones opuestas. En el caso que nos ocupa, el Ejército de carros, verdad es, no operaba al mismo tiempo en direcciones contrapuestas, sino en forma sucesiva, pero la reagrupación de fuerzas fue igualmente necesaria y su comandante la realizó con brillantez, si bien es cierto en una variante complicada.

Los tanquistas cumplieron con éxito su nueva misión. Quebrantaron la resistencia del enemigo en la zona de Stanovói Kolódez y en todo el flanco meridional del Frente de Briansk, después de lo cual, el 3 Ejército de carros de la Guardia fue subordinado al Frente Central y enviado hacia Kromy.

Tal fue el desarrollo real de los acontecimientos. Sobre su fondo resultan bastante extrañas las afirmaciones de ciertos autores de que en la operación "Kutúzov" el 3 Ejército de tanques de la Guardia "se utilizó para fijar al enemigo en un frente ancho" y que sus maniobras de una a otra direc-

ciones sólo estuvieron determinadas por las decisiones de M. Popov. Los hechos evidencian que P. Ribalko actuó todo el tiempo ateniéndose a un plan concreto, sancionado por el Gran Cuartel General, y que el Ejército de carros cumplió con honor sus misiones. Sus acciones influyeron decisivamente en el desarrollo de la ofensiva de las tropas del Frente de Briansk y desempeñaron un papel destacado en el desenlace feliz de toda la operación para la derrota de la agrupación enemiga de Oriol.

A la operación "Kutúzov" me ligan recuerdos muy desagradables de orden personal. Uno de los días en que acompañé a A. Antónov a su informe acostumbrado de la situación en el Gran Cuartel General, como siempre, extendí sobre la mesa los mapas, uno para cada frente y otro general. El informe se prolongaba un poco más de lo ordinario, pero transcurría en un ambiente tranquilo. Como había que resolver varias cuestiones relacionadas con el empleo de los tanques, Stalin había invitado a Y. Fedorenko. Este entró en el despacho y, sin aguardar a que termináramos nuestro informe, comenzó a extender sus relaciones, notas, listas y otros documentos encima de mis cartas. Respondiendo a las preguntas del Jefe Supremo, Fedorenko no siempre encontraba a mano los datos necesarios, pasando de un sitio a otro sus papeles, hasta el punto de poner sobre la mesa su usada cartera, cosa que jamás hicimos nosotros.

Cuando terminamos de informar toda la situación, fui doblando mis cartas y, antes de salir del despacho del Jefe Supremo, una vez más, por una costumbre arraigada en mí, eché una mirada escrutadora a la mesa. Vi que sólo quedaban sobre ella los documentos de Fedorenko.

En el Estado Mayor General, como siempre, me esperaban los jefes de las direcciones y de las secciones. En cuanto regresaba del Kremlin les devolvía inmediatamente todos sus documentos y les daba unas breves indicaciones de lo que debían hacer. Esta vez, sin embargo, dos jefes no recibieron sus cartas: en mi cartera faltaban dos, entre ellas la principal, la general.

Mi primera idea fue que Fedorenko había tomado casualmente mis cartas. Llamo por teléfono y me dicen que ya ha regresado del Kremlin, pero que aún no ha revisado sus documentos.

— ¡Anatoli Alexéievich! — digo a Grízlov —. Preséntese

inmediatamente a Fedorenko y en su presencia revise toda su documentación, incluso la que se guarda en la caja fuerte. Puede ser que las cartas estén allí.

Grízlov sale disparado y yo telefoneo a Poskrióbishev, rogándole que mirara si me había olvidado alguno de nuestros documentos en el despacho del Jefe Supremo. No, me contesta, la mesa está limpia y todos se han marchado.

Grízlov regresó también con las manos vacías: nuestras cartas no las tenía Fedorenko.

Puse a A. Antónov en antecedentes de la desaparición. Este me aconsejó que por el momento no diera cuenta al Jefe Supremo, pues podía ser que las cartas aparecieran.

El mismo día fui por segunda vez al Gran Cuartel General y, como habíamos convenido, no dije una palabra de lo sucedido. Stalin tampoco dijo nada.

Regresé al E.M.G. Aquí tampoco había ninguna novedad: las cartas parecían haberse esfumado. Ahora ya no me quedaba la menor duda de que las tenía Stalin, pues excepto al Gran Cuartel General, yo no había ido a ningún otro sitio.

Era imposible seguir callando. Al otro día, durante el informe de turno al Jefe Supremo, esperé el momento propicio y declaré con toda firmeza:

— Camarada Stalin, ayer me dejé aquí olvidadas dos cartas con la situación. Le ruego devolvérmelas.

Stalin se fingió asombrado:

— ¿Por qué piensa Usted que obran en mi poder? Yo no tengo nada.

— No puede ser — insistí yo —. Excepto el Gran Cuartel General y el E.M.G., otros sitios no visitamos. Las cartas no pueden haber desaparecido. Las tiene Usted.

Stalin tampoco dijo una palabra a esto. Salió del despacho a la habitación de descansar y regresó con las cartas. Las traía cogidas del pico, con el brazo extendido y, después de sacudirlas, las arrojó sobre la mesa.

— Tómelas y no vuelva a dejárselas... Menos mal que dijo verdad...

Nadie volvío a mencionar nunca este caso, ni en el Gran Cuartel General ni en el Estado Mayor General, aparte de que ya no hubo necesidad de ello, pues lo ocurrido me sirvió de lección para muchos años.

Ahora, trasladémonos por unos instantes a otro Gran Cuartel General, al de Hitler. El 25 de julio de 1943, es decir, un

día después que nosotros, se discutieron también allí los resultados del fracaso de la operación "Ciudadela". Actualmente obran en nuestro poder parte de los apuntes taquigráficos de aquella reunión, en particular, el diálogo de Hitler con el teniente general Walter Warlimont, adjunto del jefe de la dirección operativa de las fuerzas armadas de Alemania.

"*Hitler*. A propósito, Usted ha leído el informe de Stalin, la orden de ayer, donde cita exactamente la cantidad de divisiones motorizadas, de tanques y de infantería. Supongo que esto es exacto palabra por palabra.

Warlimont. ¿Respecto a "Ciudadela"?

Hitler. Respecto a "Ciudadela"... Tengo la sensación de que esto significa el cese de su propia ofensiva, esto es, que él presenta la situación queriendo hacer ver que nuestro plan se ha malogrado. Se crea la impresión de que, al mismo tiempo, él fundamenta en esto sus decisiones. Seguramente le han llegado noticias de que la cosa no va adelante y que en todas partes se ha producido un atasco, de forma que él ha renunciado a la idea de que todo seguirá desarrollándose a ritmo acelerado. Tal es la sensación."

Me es difícil decir qué prevalece en estas adivinanzas en los posos del café: las verdaderas confusiones o la acostumbrada hipocresía. Puede admitirse que el desbocado dictador se animara, simplemente, a sí mismo y a sus generales. Mas sea como fuere, sus "sensaciones", en la práctica, resultaron ser pura ilusión.

Una vez recuperadas sus posiciones anteriores, las tropas soviéticas sólo detuvieron temporalmente la ofensiva a fin de concentrar fuerzas y medios y, a continuación, desencadenar un nuevo golpe demoledor. Tal medida era absolutamente necesaria por cuanto se proyectaba destrozar en el plazo más corto posible a la poderosa agrupación de tropas alemanas fascistas de Biélgorod-Járkov. La cuestión de cómo se lograría este objetivo tenía preocupado a todo el Estado Mayor General.

La experiencia nos había demostrado que por consideraciones de tiempo, complejidad de maniobra y otras condiciones no todas las agrupaciones enemigas convenía cercarlas. Por esta modalidad de la batalla, el cerco de las tropas germano-fascistas que se defendían en la zona de Biélgorod y Járkov, se manifestó el primero el Comandante del Frente de Vorónezh. Claro está que también en el E.M.G. hubo partidarios de este punto de vista. Pero, en su conjunto, el E.M.G. mantuvo otro criterio.

En el caso presente, había muchos argumentos contra la

operación de cerco. Ante todo, había que tener en cuenta las fuerzas del enemigo, que eran muy considerables: el 4 Ejército de tanques alemán y el grupo operativo denominado "Kempf", en total, dieciocho divisiones, incluidas cuatro de tanques. No había tampoco que perder de vista el fuerte sistema defensivo del enemigo, escalonado en dos zonas, comenzado a construirse ya en marzo, en un principio como posición de partida para la ofensiva y adaptado a finales de julio para poder rechazar nuestros ataques. Las fuerzas fundamentales enemigas estaban desplegadas al norte de Járkov y, en caso de necesidad, podían apoyarse en esta gran ciudad, como en una especie de fortaleza. Resumiendo, que el cerco y liquidación posterior de la agrupación alemana de Biélgorod-Járkov habría retenido para mucho tiempo a considerables tropas nuestras, las habría distraído de su ofensiva sobre el Dniéper y, con ello, facilitado al adversario la posibilidad de crear otra posición defensiva sólida por la margen derecha del Dniéper.

También pensamos en destruir a la agrupación de Biélgorod-Járkov sucesivamente, separando, primero, a sus fuerzas principales desplegadas al norte de Járkov. A primera vista esto parecía viable si atacábamos por direcciones convergentes, por ejemplo, desde la zona de Sumy hacia el sudeste y desde Volchansk hacia el oeste. Mas para cumplir esta misión precisábamos disponer en Sumy y en Volchansk de tropas preparadas para el golpe, de las que carecíamos. Para llevar a cabo los ataques desde Sumy y Volchansk se necesitaba hacer grandes reagrupaciones de fuerzas y, como es natural, bastante tiempo. La situación dictaba que no había que perder ni un minuto, impedir que el enemigo pudiese reagrupar sus fuerzas, aprovecharse de que aún se encontraba bajo los efectos de la conmoción sufrida después del fracaso del plan "Ciudadela". Por consiguiente, esta variante tampoco respondía en modo alguno al momento de la guerra.

Después de hacer muchos cálculos y de confrontar distintas propuestas, en el Estado Mayor General llegaron a esta conclusión definitiva: en primer lugar, a la agrupación germanofascista de Biélgorod-Járkov había que aislarla, de forma que no le pudieran llegar reservas desde el oeste, para lo que se precisaba utilizar los dos ejércitos de carros, ya dispuestos al norte de Biélgorod, quebrar y desorganizar con su ayuda todo el sistema defensivo del enemigo, articularlo con golpes profundos y, sólo después de esto, aniquilar por partes al enemigo. La operación así concebida recibió la denominación convencional de "Caudillo Rumiántsev".

De hecho, los combates no habían cesado. A nuestra contraofensiva no la había precedido una pausa prolongada, razón por la que el planteamiento de esta operación se distinguía también por su peculiaridad. Los preparativos se hicieron, en su mayor parte, en las tropas, sobre el propio terreno. El 27 de julio, por ejemplo, el mariscal Zhúkov se entrevistó con el general Managárov, jefe del 53 Ejército, informando aquel mismo día: "He puntualizado con él la decisión para "Rumiántsev".

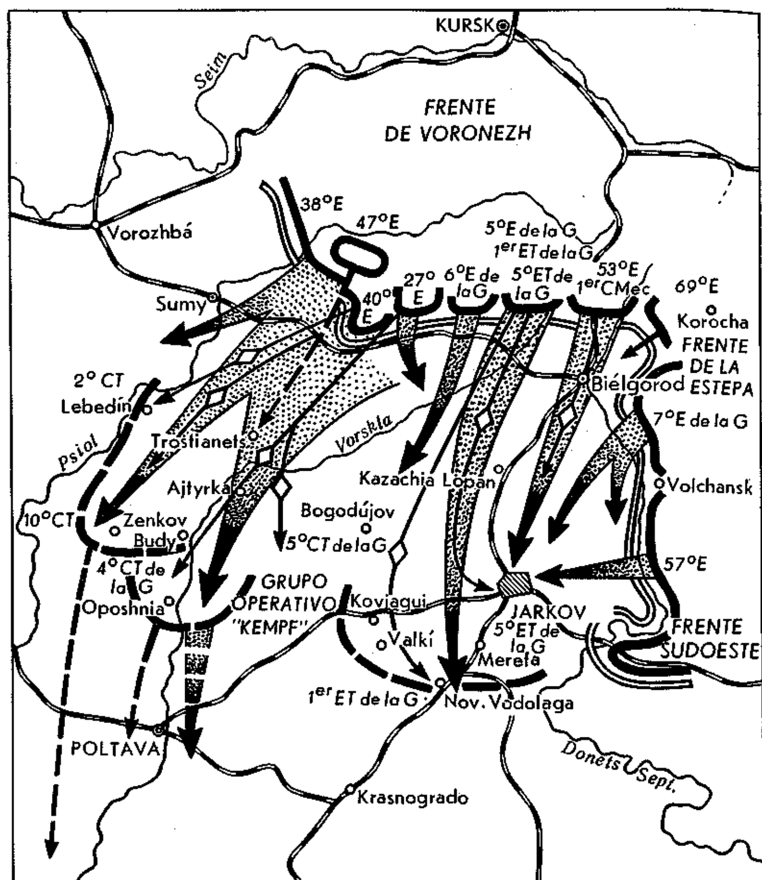
Además de los representantes del Gran Cuartel General tomaron parte activa en los preparativos de esta operación los Consejos Militares de los frentes de Vorónezh, de la Estepa y Sudoeste. El 1 de agosto Zhúkov llegó a Moscú y concordó con Stalin las partes fundamentales del plan, después de lo cual, los frentes plantearon inmediatamente las misiones a los ejércitos y comenzó la operación.

Desconozco en absoluto cualquier documento único, escrito o gráfico, con el plan de la operación "Caudillo Rumiántsev". No existió tal. El Gran Cuartel General y el Estado Mayor General sobrentendieron bajo esta denominación convencional no un documento, sino las acciones conjuntas de las tropas de los frentes de Vorónezh y de la Estepa y, en parte, también del Frente Sudoeste en agosto de 1943, fundidas en un objetivo común y bajo una sola dirección.

La operación que tenía como finalidad derrotar al enemigo en la región de Biélgorod y Járkov, dejaría expedito el camino hacia el Dniéper y posibilitaría tomar allí los pasos e impedir la retirada hacia el oeste del enemigo desplegado en el Donbáss. En su conjunto todo eso nos prometía grandes ventajas operativas.

Prácticamente, la operación comenzó el 3 de agosto, pero sólo el 5 y el 6 del mismo mes, cuando ya habían sido liberados Tomarovka, Alexándrovka y Biélgorod, el representante del Gran Cuartel General, conjuntamente con los comandantes de los frentes de Vorónezh y de la Estepa, comunicó al Jefe Supremo los planes precisados de la ofensiva, de cada frente por separado. El Gran Cuartel General los aprobó el 6 y el 8 de agosto. Propiamente dicho, esta es la base documental del plan para la operación "Caudillo Rumiántsev".

La operación se dividió en dos etapas. Empezaría derrotando a las tropas germano-fascistas dislocadas al norte, este y sur de Járkov, lo que constituía la primera etapa. Después, en la segunda etapa, se tenía en cuenta liberar el propio Járkov, y con ello, en esencia, se daba por terminada toda la batalla de Kursk.



Operación "Caudillo Rumiántsev"

Por cuanto la operación "Caudillo Rumiántsev" era en aquella época la principal, las acciones de nuestras tropas en otras direcciones, particularmente en el Donbáss, se coordinaban absolutamente con ella y se adaptaban a sus intereses. Vasilevski velaba particularmente de que así fuera, como representante del Gran Cuartel General en los frentes Sudoeste y Sur. Después de calcular las posibilidades de los frentes de Vorónezh y de la Estepa, el Gran Cuarel General dispuso el 8 de agosto retirar del Frente Sudoeste el 57 Ejército del General N. Gaguen y transferírselo al Frente de la Estepa para lanzarlo a un ataque envolvente desde el sur contra Járkov. Al

resto de las fuerzas del Frente Sudoeste se las prescribía, conjuntamente con el Frente Sur, derrotar a la agrupación enemiga del Donbáss y apoderarse de la zona Górlovka, Stálino. Con esto quedó constituida definitivamente la composición de las fuerzas y precisadas las misiones de las tropas para la operación "Caudillo Rumiántsev".

El grueso de las fuerzas de los frentes de Vorónezh y de la Estepa lo constituían seis Ejércitos (6 y 5 de la Guardia, 53, 69, 7 de la Guardia y 57), dos Ejércitos de carros (1 y 5 de la Guardia) y dos Ejércitos aéreos (2 y 5). Mediante ataques por el norte, nordeste y este debían aniquilar al enemigo en los accesos a Járkov. Además, los ejércitos blindados y un cuerpo independiente de tanques se destinaban para escindir a la agrupación enemiga de norte a sur en dirección Bogodújov, Valkí, Nóvaya Vodolaga y cortar al enemigo todos los caminos de retirada desde Járkov hacia el oeste y el sudoeste.

Simultáneamente se asestaba otro golpe muy fuerte con dos Ejércitos inter-armas (40 y 27) y con tres Cuerpos de carros de combate (10, 4 y 5 de la Guardia) en dirección general de Ajtyrka. Con esta idea de maniobra se aseguraba a nuestras fuerzas principales desde el oeste y se aislaba la región de Járkov de la afluencia de reservas enemigas. El enlace con el Frente Central se garantizaba, además, con el 38 Ejército de infantería y un cuerpo de tanques. El 47 Ejército, que constituía el segundo escalón del Frente de Vorónezh, avanzaría tras su flanco derecho en dirección a Trostianets, desde donde podría actuar, en dependencia de la situación, bien sobre Zenkov o bien hacia el sur, a través de Ajtyrka.

Una vez realizada la primera etapa de la operación, es decir, la derrota del enemigo en los accesos a Járkov, se iría creando una nueva agrupación de fuerzas propias que garantizaría el logro del objetivo final de la operación. Al mismo tiempo, parte de las tropas debería encontrarse dispuesta para lanzar un ataque contra Poltava.

Se comprende que tal idea de maniobra exigiera la concentración maxima de las fuerzas de los frentes en las direcciones elegidas, desde el comienzo hasta el fin de la operación. El Estado Mayor General controlaba atentamente que así se hiciera.

Al cuarto día de la ofensiva se puso en claro que el 5 Ejército de la Guardia de A. Zhádov y el 1 Ejército de tanques de M. Katukov se olvidaban del empleo masivo de sus fuerzas. Cuando la noche del 7 de agosto informábamos de la situación señalamos este error al Jefe Supremo. Esto tuvo como consecuencia que el Comandante del Frente de Vorónezh recibiera la

siguiente disposición:

"Por la disposición de las tropas del 5 Ejército de Zhádov se ve que el grupo de choque del Ejército se ha diseminado y sus divisiones operan en direcciones divergentes. El camarada Ivanov[1] ha ordenado conducir el grupo de choque del Ejército de Zhádov en masa compacta, sin disgregar sus esfuerzos en varias direcciones. En igual medida esto se refiere al 1 Ejército de carros de Katukov".

En aquellos momentos, la concentración de los esfuerzos de las tropas adquiría extraordinaria importancia, por cuanto la batalla en las cercanías de Járkov había entrado ya en su fase decisiva. En la noche 10 de agosto se cursó desde Moscú un nuevo telegrama, dirigido esta vez al representante del Gran Cuartel General G. Zhúkov, en el que se decía:

"El Gran Cuartel General considera necesario aislar Járkov, cortando lo más rápidamente posible los ferrocarriles y carreteras fundamentales que van a Poltava, Krasnogrado y Lozovaya, a fin de acelerar la liberación de Járkov.

Con este fin, el 1 Ejército de carros de Katukov debe cortar las vías fundamentales de comunicación en la zona Koviagui, Valkí y el 5 Ejército de carros de la Guardia de Rótmistrov, rodeando Járkov por el sudoeste, interceptar los caminos en la zona de Merefa".

Los dos ejércitos de tanques mencionados no tardaron en lanzarse hacia las líneas indicadas. Mientras tanto, el Frente de la Estepa iba alcanzando los cinturones defensivos de Járkov por el norte y por el este. El enemigo se encontraba en una situación crítica.

Posteriormente, sin embargo, la situación adquirió un desarrollo un tanto inesperado. El enemigo comenzó a concentrar urgentemente sus reservas en la zona de la batalla (en lo fundamental, divisiones blindadas), con el propósito de contener nuestra ofensiva e impedir que destrozáramos al grupo operativo "Kempf" y al 4 Ejército de tanques. El mando del Frente de Vorónezh subestimó el peligro que se avecinaba, sería más justo decir, incluso, que no lo advirtió. Nuestras tropas continuaban progresando sin asegurar como es debido las líneas conquistadas y sin proteger los flancos. El enemigo se aprovechó de eso y descargó fuertes contraataques: el 11 de agosto desde una zona al sur de Bogodújov y el 18-20 de agosto, desde una zona al oeste de Ajtyrka. En estos contraataques participó un total de

[1] Tal era en aquella época el seudónimo de Stalin.

once divisiones enemigas, en su mayoría de tanques y motorizadas. Desde la dirección de Ajtyrka el enemigo enfiló sus esfuerzos contra el asiento de la profunda cuña incrustada en su defensa en la dirección principal. Como resultado de los reñidos combates librados del 17 al 20 de agosto, las tropas del Frente de Vorónezh sufrieron pérdidas sensibles. En algunos sitios fueron rechazados hacia el norte nuestros dos ejércitos de tanques. Iban perdiéndose las posibilidades de salir a retaguardia de la agrupación de Járkov.

Tal fue la conclusión hecha por A. Antónov cuando informaba de la situación al Jefe Supremo la noche del 22 de agosto.

— Siéntese y escriba esta directiva a Vatutin — me ordenó Stalin —. Remítale copia al camarada Zhúkov.

El tomó un lápiz rojo y, paseando a lo largo de la mesa, me dictó la primera frase:

"Los acontecimientos de las últimas jornadas han demostrado que Usted se olvidó de la experiencia pasada y continúa repitiendo los viejos errores tanto en la planificación como en la realización de operaciones".

Después siguió una pausa: Stalin pensaba cómo continuar. Luego, como se dice, sin respirar, me dictó todo un párrafo:

"El afán de avanzar en todas partes y conquistar el mayor territorio posible sin asegurar el éxito y sin garantizar sólidamente los flancos de las agrupaciones de choque es una ofensiva irracional. Tal ofensiva conduce a la dispersión de fuerzas y medios y posibilita al enemigo atacarnos al flanco y a retaguardia de nuestras agrupaciones, profundamente infiltradas y con los flancos descubiertos".

El Jefe Supremo calló un minuto y leyó por encima de mi hombro lo escrito. Al final de la frase agregó de su puño y letra: "y golpearlas por separado". Después, continuó dictando:

"En las circunstancias dadas, el enemigo logró salir a retaguardia del 1 Ejército de tanques, desplegado en la zona de Alexéievka, Koviagui, después golpeó el flanco descubierto de las divisiones del 6 Ejército, que habían alcanzado la línea Otrada, Viazovaya, Panásovka y, por último, aprovechando vuestra negligencia, el 20 de agosto atacó desde Ajtyrka en dirección sudeste contra las retaguardias del 27 Ejército y de los cuerpos de carros de la Guardia 4 y 5.

Estas acciones del enemigo han originado que nuestras tropas sufrieran pérdidas considerables, totalmente injustificadas, y de que se frustrara una situación ventajosa para poder derrotar a la agrupación enemiga de Járkov".

El Jefe Supremo cesó nuevamente de dictar, leyó lo escri-

to, tachó las palabras "aprovechando vuestra negligencia" y prosiguió:

"Una vez más me veo obligado a señalarle sus inadmisibles errores, repetidos incesantemente durante las operaciones que Usted lleva a cabo. Exijo que la misión de liquidar a la agrupación enemiga de Ajtyrka, su tarea más importante, la cumpla en días próximos.

Usted puede hacerlo, pues tiene medios suficientes para ello.

Le ruego no dejarse seducir por la posibilidad de envolver la plaza de armas enemiga de Járkov desde el lado de Poltava, sino concentrar toda su atención en la misión real y concreta de liquidar la agrupación enemiga de Ajtyrka, pues sin la derrota de este grupo enemigo el Frente de Vorónezh no conseguirá grandes éxitos".

Cuando terminé de escribir el último párrafo, Stalin lo leyó de pasada, otra vez por encima de mi hombro, y reforzó aún más el sentido de lo escrito, poniendo después de las palabras "Le ruego no" la palabra "desperdigarse" y me ordenó leer en voz alta el texto definitivo.

"Le ruego no desperdigarse, no dejarse seducir por la posibilidad de envolver..." — leí.

El Jefe Supremo asintió con la cabeza y firmó el papel. Al cabo de unos minutos, el telegrama ya había sido enviado al Frente.

Debo, no obstante, señalar que cuando fue cursada esta directiva, la situación ya había cambiado, el contragolpe del enemigo se había rechazado. Las acciones del ala derecha del Frente de Vorónezh se hicieron más organizadas y fracasaron los intentos para contener nuestra ofensiva.

Iván Kónev se aprovechó inmediatamente de la oportunidad. Sus tropas tomaron Járkov por asalto. A las nueve de la noche del 23 de agosto Moscú saludó con veinte salvas artilleras de doscientas veinticuatro piezas a las valerosas tropas del Frente de la Estepa, que, en colaboración con las fuerzas de los frentes de Vorónezh y Sudoeste, habían liberado la segunda, por su importancia, ciudad de Ucrania.

Con la liquidación de la agrupación enemiga de Járkov se dio fin a la batalla de Kursk, una nueva etapa histórica en el camino hacia nuestra victoria completa sobre la Alemania fascista. Ahora nos esperaba el Dniéper.

Las operaciones ofensivas de las Fuerzas Armadas Soviéticas el verano de 1943 se caracterizaron por su envergadura crecien-

te. Sus golpes se sucedían, abarcando un espacio cada vez más extenso. Esto lo dictaba la necesidad de derrotar a las tropas alemanas fascistas en dos direcciones a la vez, impidiéndoles trasladar sus fuerzas de un frente a otro.

La ofensiva sobre el Dniéper comenzó en la dirección occidental, de la que Smolensk y Róslavl eran zonas clave.

Las tropas del Frente Oeste y parte de las fuerzas del Frente de Kalinin emprendieron la operación ofensiva de Smolensk el 7 de agosto de 1943, mucho antes de haber concluido la batalla de Kursk. El Frente Oeste, el más antiguo, lo mandaba a la sazón Vasili Sokolovski, jefe militar muy precavido que prefería siete veces medir antes de cortar. En la época azarosa de la batalla por Moscú desempeñó permanentemente la jefatura del Estado Mayor de este Frente, después tomó el mando que dejó vacante G. Zhúkov y, en marzo de 1943, realizó con éxito la difícil operación de liquidar el saliente de Rzhev-Viazma. En la batalla de Kursk, las tropas del Frente Oeste coadyuvaron con su ala izquierda a derrotar la agrupación enemiga de Oriol y, después, avanzaron sobre Smolensk. Como resultado de una reñida lucha, en colaboración con los vecinos, lograron tomar Smolensk y alcanzar a finales de septiembre los accesos de Gómel, Moguiliov, Orsha y Vítebsk.

A mediados de agosto emprendieron la ofensiva los ejércitos de los frentes Sudoeste y Sur, teniendo como misión liberar el Donbáss y las regiones meridionales ucranianas situadas al este del Dniéper. Después, arreciaron de nuevo los ataques de los frentes de Vorónezh y de la Estepa: había llegado la hora de liberar del yugo de los ocupantes al antiguo Kíev y las tierras ucranianas al oeste del Dniéper.

En el Estado Mayor General se comprendía toda la profundidad y grandiosidad de los acontecimientos que se desarrollaban. Nos dábamos perfecta cuenta de la necesidad de llevar a feliz término lo más rápida y plenamente posible los resultados de la grandiosa victoria de Kursk. Para nadie era ya un secreto que los hitlerianos levantaban una poderosa línea defensiva por los ríos Molóchnaya, Dniéper y Sozh. Debíamos impedir que el enemigo pudiese replegar allí sus tropas y recibirnos con todas las de la ley. También en esta ocasión el factor tiempo adquirió trascendencia decisiva. Considerando todo esto se planificaron la operación, sus plazos y ritmo.

La ofensiva de las tropas soviéticas hacia el Dniéper y su cruce en la dirección principal, la de Kíev, debía comenzarse en septiembre. Las consideraciones del Frente de Vorónezh, bajo las que había puesto su firma el mariscal Zhúkov, fueron concor-

dadas con el E. M. G., preparadas ya el 8 de septiembre y sometidas a la aprobación del Jefe Supremo en forma de plan, dibujado en la carta. El Frente se proponía avanzar por el camino más corto y, si las circunstancias lo exigían, en línea recta. Para extender el dispositivo enemigo y desconcentrar su atención, nuestras tropas debían salir simultáneamente al río en todo el frente de ofensiva. El 38 Ejército tenía como misión apoderarse de los pasos en Dárnitsa, arrabal de Kíev. Para que no pudiera retardarse en el cumplimiento de esta tarea, a tres de sus divisiones se las preparaban para ser transportadas en camiones. Servía de base de partida para todo el Frente de Vorónezh la línea Nedrigáilov, Véprik, Borki, Oposhnia. La distancia hasta el Dniéper, de 160 a 210 kilómetros, se suponía hacerla en siete u ocho días, del 18 al 26-27 de septiembre. El ritmo medio de ofensiva se calculaba de 20 a 30 kilómetros diarios.

A fin de aplastar rápida y decisivamente al enemigo, en el primer escalón del Frente se incluyeron el 3 Ejército blindado de la Guardia y tres cuerpos independientes de carros de combate: el 5 de la Guardia, el 2 y el 10.

El paso del Dniéper y el ulterior desarrollo de la ofensiva se fijó hacerlos sobre la marcha, al sur de Kíev, en el meandro cerrado del río, orientado hacia el este, donde se encontraban las aldeas Maly y Bolshói Bukrín, de las que tomó nombre la cabeza de puente ocupada posteriormente por nosotros. No habría estado tampoco de más haber previsto una segunda variante de cruce del Dniéper frente a Kíev, para el caso de que no tuviera éxito la ofensiva desde la cabeza de puente de Bukrín. Mas ni el Estado Mayor General ni el mando del Frente, lamentablemente, no lo tuvieron en cuenta.

Al amanecer del 22 de septiembre irrumpió en el meandro de Bukrín el batallón de cabeza motorizado del 3 Ejército de carros de la Guardia y atravesó felizmente el Dniéper. Fue lástima que no hubiera allí otras tropas para haberlas empleado inmediatamente en ampliar la cabeza de puente ocupada. El 40 Ejército de K. Moskalenko, vecino de la derecha, se apoderó de otra cabeza de puente, pero de menores dimensiones, en las proximidades de Rzhíschev. En los restantes sectores del frente nuestros propósitos, por el momento, no se realizaron.

Para facilitar el paso a viva fuerza del Dniéper, difícil en cualquiera situación, el plan tenía previsto lanzar a la margen derecha un nutrido desembarco aéreo, integrado por dos brigadas, con la misión de ocupar y mantener hasta la llegada del grueso de las fuerzas una cabeza de puente delimitada por el perímetro Rzhíschev, Mizhirich, Moshin y Cherkassy, con cerca

de 110 kilómetros de ancho y de 25 a 27 kilómetros de profundidad, dimensiones, naturalmente, superiores a las posibilidades de las dos brigadas de desembarco aéreo.

El desembarco se efectuó en la noche del 24 de septiembre. Una brigada fue lanzada totalmente y, la otra, en parte. Además, la insuficiente preparación acarreó toda una serie de fatales errores: los paracaidistas se diseminaron en una zona muy extensa, por falta de orientación una parte de ellos cayó en el dispositivo de las tropas propias, otra en las aguas del Dniéper y el resto se encontró sobre las divisiones enemigas en marcha, sin que pudieran cumplir sus misiones.

Las circunstancias hacían ahora más difícil el cruce del Dniéper por nuestras fuerzas principales. Al amanecer del 24 de septiembre el enemigo había concentrado frente a las cabezas de puente de Rzhíschev y de Bukrín varias divisiones, incluida una de tanques.

Después de analizar detalladamente la situación creada, en el Estado Mayor General coincidimos en que la ofensiva desde la base de partida de Bukrín tenía pocas probabilidades de éxito. El elemento sorpresa lo habíamos perdido. Acreció la resistencia enemiga. El terreno era allí sumamente desfavorable para los tanques: con muchos barrancos y lomas, podía ocultar bien a las tropas, pero su maniobra se dificultaba. Todos comprendimos que no debíamos habernos limitado a una sola variante de paso del Dniéper, que precisábamos haber tenido varias.

El 25 de septiembre Zhúkov hizo saber a Stalin las dificultades que encontraba la ofensiva desde la cabeza de puente de Bukrín y la aguda insuficiencia de municiones, opinando que debía ocuparse otra cabeza de puente más. Su punto de vista coincidió plenamente con el criterio del E. M. G. Y aunque el Jefe Supremo no refutó nuestros argumentos, tampoco los aceptó. Stalin dijo:

— Aún no han probado a atacar como es debido y ya desisten de la ofensiva. La rotura hay que hacerla desde la base de partida existente. Por el momento no sabemos si el Frente podrá apoderarse de otra.

Le había enojado mucho el fracaso del empleo en la operación de las tropas de desembarco aéreo. En una orden especial con este motivo, se señalaba: "El lanzamiento nocturno de la masa de paracaidistas evidencia el desconocimiento de quienes lo organizaron, pues la experiencia demuestra que el desembarco aéreo nocturno en masa, incluso en el territorio propio, presenta grandes dificultades". Las tropas de la brigada y media de paracaidistas que quedaron fueron retiradas del frente y pasadas a la

reserva del Gran Cuartel General.

Más esperanzadoras resultaron ser las acciones del 38 Ejército, el cual salió al Dniéper en el punto exacto que se le había ordenado, ante el propio Kíev y un poco más al sur de la ciudad, teniendo su agrupación principal en el flanco izquierdo. Forzar el Dniéper frente al mismo Kíev era empresa demasiado compleja, pues el enemigo disponía allí de una sólida fortificación. Con la autorización del Comandante del Frente, el jefe del 38 Ejército, N. Chíbisov, comenzó inmediatamente a trasladar fuerzas al norte de Kíev y entre el 27 y el 29 de septiembre se apoderó allí de dos pequeñas bases de partida, una en Svaromia y, la segunda, en Liútezh, que posteriormente se logró unirlas y ampliar hasta 15 kilómetros de ancho y 10 en profundidad. A este pedazo de terreno le estaba predestinado ser el principal en la liberación de Kíev.

Las repetidas tentativas de emprender la ofensiva en octubre desde la base de partida de Bukrín no dieron ningún fruto. Al Jefe Supremo le disgustó mucho esto, reprochando de indecisión al mando del Frente de Vorónezh y al representante del Gran Cuartel General y poniéndoles como ejemplo a I. Kónev, Comandante del Frente de la Estepa, cuyas tropas habían forzado exitosamente el Dniéper en la zona de Kremenchug y al sur de este punto. Ya muy avanzada la noche del 25 de octubre, Stalin decidió, por fin, reagrupar al 3 Ejército de tanques de la Guardia al norte de Kíev, firmando la correspondiente directiva, que decía:

"El Gran Cuartel General señala que el fracaso de la ofensiva en la cabeza de puente de Bukrín se debío a que no fueron tenidas en cuenta, a su debido tiempo, las condiciones del terreno que dificultan las acciones ofensivas de las tropas, particularmente del ejército de tanques...

2. El Gran Cuartel General ordena reagrupar las tropas del 1 Frente de Ucrania[1] al objeto de reforzar su ala derecha, teniendo como misión inmediata derrotar la agrupación enemiga de Kíev y tomar esta ciudad".

Para la operación de Kíev se emplearon el 60 Ejército del general I. Cherniajovski, el 38 Ejército, que para entonces empezó a mandar K. Moskalenko y el 3 Ejército de tanques de la Guardia, de P. Ribalko. Las acciones desde la base de partida de Bukrín continuaron por las tropas que allí quedaron, con

[1] El 20 de octubre los frentes cambiaron su denominación: el de Vorónezh comenzó a llamarse 1 de Ucrania y los de la Estepa, Sudoeste y Sur, correspondientemente, 2, 3 y 4 de Ucrania.

la misión de atraer sobre ellas la mayor cantidad posible de fuerzas del enemigo y, si se daban condiciones favorables, romper su frente.

El 3 de noviembre de 1943 comenzó la ofensiva al norte de Kíev. El 3 Ejército de tanques de la Guardia que se había reagrupado inadvertido para el enemigo, sorprendió al mando alemán. La mañana del 6 de noviembre, el antiguo Kíev, cuna de las ciudades rusas, fue liberado de la ocupación fascista.

La ofensiva del 1 Frente de Ucrania seguía desarrollándose con éxito. Los contraataques del enemigo se rechazaban con grandes pérdidas para él. En el transcurso de diez días la agrupación de tropas alemanas fascistas que defendía Kíev sufrío una derrota total. Nuestros ejércitos alcanzaron la línea Chernobyl, Malin, Zhitómir, Fástov, Tripolie, que sirvió como base de partida para operaciones sucesivas.

Capítulo X

VIAJE A TEHERAN

Nueva misión. Del tren al avión. En la capital de Irán. Adiciones al plan "Overlord". Roosevelt apoya a Stalin. Nuestros compromisos ante los aliados. Churchill y su mapa de Yugoslavia. Contrastes de Teherán. Se planea la campaña para la primera mitad del año 1944. De la ofensiva por todo el frente al sistema de golpes sucesivos.

La tarde del 24 de noviembre de 1943, Antónov me dijo:

— Prepárese para salir de viaje. Llévese las cartas de todos los frentes y que le acompañe un cifrador. A dónde y cuándo saldrá, lo sabrá después.

No estábamos acostumbrados a preguntar. De por sí todo estaba claro, me esperaba un viaje de importancia.

A las dos de la madrugada vino a buscarme en un coche un enlace del Kremlin. Avisé a Antónov, tomé la cartera con los mapas y nos pusimos en camino.

Las calles de Moscú nocturno, cubiertas de nieve y oscuras, como corresponde a los tiempos de guerra, estaban desiertas. Sólo de vez en cuando veíamos patrullas abrigadas, con pellizas de piel de cordero y botas de fieltro.

Ibamos a buena velocidad. No me habían dicho el itinerario. Sentado detrás del chófer trataba de orientarme por las calles y travesías que cruzábamos, mirando por el cristal de la portezuela, no tapado totalmente por la cortinilla. Por fin reconocí el camino: íbamos hacia la estación de Kíev. Pronto la dejamos atrás.

Cuando entramos en la carretera de Mozhaisk, donde a la sazón las altas moles grises de los modernos edificios se intercalaban con las bajas casitas de dos plantas del siglo pasado, el coche aceleró la marcha. Pasamos el cementerio hebreo. Habíamos salido de Moscú.

Después de dar vueltas y revueltas detrás de Kúntsevo, salimos, por fin, a una plataforma ferroviaria militar, para mí desconocida. En la vía negreaba un tren. Mi acompañante me llevó a uno de los vagones, despidiéndose con estas breves palabras:

— Aquí hará el viaje.

En el vagón no había nadie, excepto el mozo de tren, el cual me indicó mi apartamento. Me asaltó esta suposición: "Por lo visto se trata de acompañar al frente a alguien del Gran Cuartel General".

No tardé en oír al otro lado de la ventanilla que la nieve crujía bajo unos pasos. Entraron en el vagón Kliment Voroshílov y dos hombres más. El mariscal me saludó y dijo:

— Cuando se presente el comandante del tren dígale dónde y a qué hora debe pararse el convoy, de forma que a las once de la mañana Usted tenga los datos de la situación en todos los frentes y pueda comunicárselos al camarada Stalin. En lo sucesivo, informará, cómo en Moscú tres veces al día...

El convoy se puso en marcha. Quedé nuevamente solo en el vagón. Después apareció el comandante del tren y me comunicó que íbamos en dirección a Stalingrado. Nos pusimos pronto de acuerdo: a las 9 horas y 40 minutos llegaríamos a Michúrinsk, donde deberíamos detenernos media hora y conectar inmediatamente el aparato telegráfico con la línea de transmisión gubernamental.

— Todo se hará — afirmó el oficial y se retiró.

Estuve un poco tiempo con la luz apagada. Por la ventanilla veía cómo pasaban fugaces los postes del telégrafo, los oscuros bosquecillos y los altozanos cubiertos de nieve. De vez en cuando vislumbraba los contornos difusos de las aldeas.

Comencé a pensar: "¿Para qué vamos a Stalingrado? ¿Qué tenemos que hacer allí, cuando se lucha ya al otro lado del Dniéper?.. Por lo visto, el objetivo del viaje no es Stalingrado...".

Me encaramé, como tenía por costumbre, a la litera alta, mi vieja y fiel amiga, y me dispuse a dormir. La litera superior siempre me evitó las muchas incomodidades del viaje, que están obligados a pasar quienes ocupan los sitios bajos. Siempre sentí sincera lástima de las personas, que por su edad u otras causas, no podían encaramarse a las literas altas.

En aquellos años me quedaba dormido inmediatamente. Me desperté cuando la incierta luz del nublado día entró por la ventanilla. El reloj marcaba las 8 de la mañana. Me puse a pasear por el vagón. La guardia en la plataforma y el mozo de tren estaban en sus puestos.

Tomé la cartera y pasé al salón donde estaba instalado el teléfono de comunicación gubernamental. Extendí los mapas sobre la mesa y en cuanto llegamos a Michúrinsk me puse acto seguido en comunicación con Grízlov que, como siempre, estaba

ya listo. Recibí de él todos los datos necesarios y dibujé la situación en las cartas.

Cerca de las 10 de la mañana entró en el salón Kliment Voroshílov. Resultó que le había despertado con mis conversaciones por el teléfono.

— Vaya unos gritos que da Usted — se quejó- ¿Cómo van los asuntos de la guerra?

Le informé en pocas palabras, sin desplegar las cartas. En aquel período los frentes 1 y 2 del Báltico libraban duros combates ofensivos en los sectores de Idritsa, Gorodok y Vítebsk, sin ningún progreso sustancial. Se había atascado también el Frente Oeste, cercano a Vítebsk y a los accesos a Moguiliov. Mucho mejor marchaban las cosas en el Frente de Bielorrusia, donde nuestras tropas, mandadas por K. Rokossovski, habían rebasado Gómel, cuya liberación se esperaba de un momento a otro, y explotaban la ofensiva sobre Zhlobin y en la dirección de Polesie.

La situación se iba complicando en el 1 Frente de Ucrania. Después de tomar Kíev, sus tropas ocuparon una extensa zona hasta la línea Malin, Zhitómir, Fástov, Tripolie. El 17 de noviembre fue liberado Kórosteñ. En este punto el enemigo localizó nuestros éxitos. Se reagrupó, introdujo al combate refuerzos frescos y pasó a la contraofensiva, descargando sus golpes en dirección a Kíev, contra el mismo arranque de nuestra agrupación. Particularmente era fuerte la presión de los tanques alemanes en las zonas de Zhitómir y Fástov. El 19 de noviembre, el enemigo tomó Zhitómir y el 25 logró cercar Kórosten, donde continuaba luchando heroicamente la 226 División de infantería del 60 Ejército.

En las zonas de los 2 y 3 frentes de Ucrania, se reñían difíciles combates ofensivos en las direcciones de Kirovogrado y Krivói Rog y al oeste de Zaporozhie.

A las 11 de la mañana, el teniente general Vlásik, jefe de la guardia personal de Stalin, invitó a Voroshílov al salón del Jefe Supremo. Quedé en mi departamento, advirtiendo a Vlásik que estaba dispuesto para informar de la situación. Al cabo de cinco minutos vinieron por mí.

Además de Stalin y Voroshílov, en el salón estaba Mólotov. El Jefe Supremo me preguntó si había algún cambio en los frentes. Como las novedades eran pocas, me dejaron pronto libre.

Por la tarde reuní los datos de la situación, ya en Stalingrado. Después me preparé para abandonar el tren: plegué los

mapas, los guardé en la cartera y esperé la orden de bajar. Esta no se dio, nadie abandonó el convoy y, al cabo de media hora éste reanudó su camino.

Cuando me requirieron que me presentara otra vez a Stalin, le encontré en compañía de las mismas personas, todos sentados a la mesa, servida para comer.

Informé de la situación por la carta de escala 1:1.000.000. Después presenté al Jefe Supremo algunas solicitudes y propuestas de los frentes, recibidas a través de Antónov. Stalin accedió a todas las peticiones, aprobó las propuestas y me invitó a comer.

La comida duró hora y media, aproximadamente. La conversación giró todo el tiempo en torno a cierta conferencia próxima, en la que participarían Roosevelt y Churchill, y de la cual yo no sabía una palabra.

Pasó la noche y llegó un nuevo día. El orden establecido seguía invariable. Tres veces informé de la situación a Stalin en su vagón. Pasamos Kizlar y Majachkalá. Al caer la tarde llegamos a Bakú. Todos, excepto yo, subieron a unos coches y se marcharon. Pernocté en el tren. A las 7 de la mañana vinieron a buscarme en un coche y nos dirigimos al aeródromo.

En el aeródromo había varios aviones Si-47. Junto a uno de ellos paseaban A. Nóvikov, jefe de las Fuerzas Aéreas y A. Golovánov, jefe de la aviación de bombardeo de acción lejana. Al pie de otro aparato vi al piloto V. Grachov, conocido mío. A las 8 de la mañana llegó al aeródromo Stalin. Nóvikov le informó que dos aviones estaban listos para levantar vuelo inmediatamente: uno de ellos lo pilotaría el general coronel Golovánov y el segundo, el coronel Grachov. Dentro de media hora saldrían otros dos aparatos con un grupo de funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Nóvikov invitó al Jefe Supremo a que subiera al avión de Golovánov. Stalin pareció aceptar la oferta, pero, después de dar unos pasos, se paró en seco.

— Los generales coroneles pilotan raramente los aviones —dijo Stalin—, volaremos mejor con el coronel.

Y se dirigió hacia el aparato de Grachov, seguido de Mólotov y Voroshílov.

— Shtemenko nos acompañará y por el camino informará de la situación— dijo Stalin, cuando ya subía por la escalerilla.

No me hice esperar. El segundo aparato lo ocuparon A. Vishinski, varios funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores y la escolta.

Sólo en el aeródromo supe que volábamos a Teherán. Nos

protegían tres escuadrillas de nueve cazas cada una: dos a los costados y otra delante y a más altura.

Informé de la situación en los frentes, que en Kórosteñ se había hecho aún más crítica. Poco faltaba para que nuestras tropas evacuaran la ciudad. Todo indicaba que el enemigo quería abrirse paso hacia Kíev y arrojar a nuestras tropas de la cabeza de puente conquistada allí...

Teherán se nos apareció al cabo de unas tres horas. Nos recibió allí el general coronel Apolónov, vicecomisario del pueblo del Interior enviado con antelación para organizar la guardia de la delegación soviética. Le acompañaban unos paisanos, desconocidos para mí, en total unos cinco o seis hombres. Se aproximó al avión un automóvil en el que tomaron asiento Stalin y otros miembros del Gobierno. El coche arrancó velozmente y, tras él, el primer coche de la escolta. Yo seguí en el segundo.

No tardamos en llegar a nuestra Embajada.

La Embajada soviética ocupaba varios edificios en un frondoso parque rodeado de una sólida verja. A poca distancia se encontraban los edificios de la misión inglesa, custodiados por una Brigada mixta de tropas anglo-hindúes. Bastante más lejos de nosotros estaba la Embajada norteamericana.

A mí y al cifrador nos alojaron en el primer piso de la casa donde vivían Stalin y otros miembros de la delegación, en una pequeña pieza con una sola ventana. Contiguo estaba el telégrafo. Por la tarde, cuando Stalin se disponía a dar un paseo por el parque, se interesó por conocer en qué condiciones vivíamos. Nuestra habitación no le gustó.

— ¿Dónde van a extender aquí los mapas? Y, ¿por qué hay tan poca luz? ¿Es que no se les puede alojar mejor?..

Los resultados de la visita surtieron inmediatamente efecto. En el acto nos destinaron una galería con mucha luz, trajeron tres mesas y trasladaron de sitio el teléfono de comunicación gubernamental.

El 28 de noviembre, al atardecer, se abrió la Conferencia de los dirigentes de las tres grandes potencias. Se reunió en un edificio dentro del recinto de la Embajada soviética. A mí me dieron-también pase para entrar allí y lo utilicé. Montaba la guardia del edificio un retén internacional: en cada uno de los puestos había tres centinelas, uno de cada país: URSS, Estados Unidos e Inglaterra. El relevo lo hacían tres cabos de guardia. En general, era una ceremonia especial y, debo decir,

bastante entretenida.

Invitado por Stalin, Roosevelt no tardó en pasar a vivir definitivamente al recinto de la Embajada soviética. Así lo impusieron consideraciones de seguridad: había circulado el rumor de que se fraguaba un atentado contra el Presidente estadounidense.

Churchill estaba muy descontento de que Roosevelt se alojara en la Embajada soviética. Suponía, y por lo visto tenía razón, que esto fuera una astucia por parte de Stalin, astucia que le ofrecía la posibilidad de encontrarse con Roosevelt en un ambiente no oficial, discutir sin él, Churchill, problemas importantes y atraer a Roosevelt a su bando.

La delegación soviética se comportaba en la Conferencia con mucha seguridad. Por las conversaciones que pude oír, ya en el tren, comprendí que los nuestros estaban dispuestos a plantear enérgicamente ante los aliados el problema del segundo Frente cuya apertura los últimos demoraban a todas luces. Stalin me obligó varias veces a precisar la cantidad de divisiones enemigas y de sus satélites desplegadas en el frente soviético-alemán y en los frentes germano-aliados.

Estos datos se utilizaron ya el primer día de labor de la Conferencia. Fueron una especie de naipe de triunfo en manos de la delegación soviética, cuando se trató de acortar los plazos de la guerra, de la inaplazable apertura del segundo frente o, como decían los aliados, de la realización del plan "Overlord". Las cifras que caracterizaban la correlación de fuerzas daban entre ceja y ceja a Churchill, desaprobando todos sus intentos de sustituir el Segundo Frente por operaciones secundarias. Apoyándose en las cifras, Stalin demostró, que por la pasividad de los aliados, en 1943 el mando alemán había podido concentrar contra nuestro ejército nuevas agrupaciones de choque, comunicando a renglón seguido que las cosas habían empeorado en el frente soviético-germano, incluido Kórosten, y, en su conjunto, de toda la situación en las proximidades de Kíev.

El problema de qué debía considerarse Segundo Frente y dónde abrirlo fue uno de los centrales en la Conferencia. La delegación soviética obligó literalmente a la delegación británica a reconocer que el plan "Overlord" debería ser la operación principal de los aliados, comenzarse no más tarde del próximo mes de mayo y realizarla, obligatoriamente, en el norte de Francia. Para defender este punto de vista justo, Stalin tuvo que hacer una breve, pero completa exposición crítica de las posibilidades de ofensiva de los aliados contra Alemania en otras direcciones. Se examinó con más detalle la variante de

operaciones en el Mediterráneo y en la Península de los Apeninos, donde las tropas aliadas ya estaban a las puertas de Roma.

Las operaciones en el Mediterráneo se estimaban por el Alto Mando Soviético como secundarias, pues el enemigo tenía allí relativamente pocas fuerzas y este teatro de operaciones se encontraba lejos del territorio de Alemania. La delegación soviética concedía mucha importancia al teatro de operaciones italiano para asegurar la navegación expedita de los barcos aliados en el Mediterráneo, pero absolutamente impropio para golpear directamente al Reich, pues los Alpes cerraban el camino a sus fronteras.

Tampoco eran adecuados para la invasión de Alemania los Balkanes, en los que Churchill tenía puestas, ante todo, sus miras.

Los representantes soviéticos propusieron a sus aliados occidentales una variante, profundamente argumentada en el aspecto militar, para realizar tres operaciones intervinculadas y que correspondían plenamente a la esencia y a la envergadura de un verdadero Segundo Frente: actuar con las fuerzas principales, siguiendo el plan "Overlord", en el norte de Francia, descargar un golpe secundario en el sur de este país seguido de una ofensiva para unirse con las fuerzas principales y, por último, utilizar la operación en Italia para distraer los esfuerzos enemigos. Todas aquellas razones fueron acompañadas de una exposición bastante detallada del orden más conveniente para coordinar las operaciones citadas en el tiempo y por las misiones.

Se habló, especialmente, respecto al desembarco de los aliados en el sur de Francia, operación ligada a grandes dificultades, pero que facilitaría mucho las acciones de las fuerzas principales. Resumiendo el punto de vista soviético en cuanto al sur de Francia, Stalin declaró:

— Personalmente yo, me arriesgaría a ello.

Como es sabido, Roosevelt apoyó a Stalin y la propuesta soviética acerca de los plazos de la operación "Overlord", así como de las acciones secundarias en el sur de Francia, fue aceptada. Tal decisión contribuyó, indudablemente, a consolidar la coalición antihitleriana de las tres grandes potencias y fue un triunfo para las ideas de su lucha conjunta.

Durante la conferencia yo estuve ocupado en mis asuntos: regularmente, tres veces al día, reunía por telégrafo y por teléfono noticias de la situación en los frentes y se las comunicaba a Stalin. Mis informes, como regla, se escuchaban por la

mañana y después de la sesión de los jefes de los gobiernos (que, por lo común, se reunían por las tardes).

Casi diarimente, Antónov me transmitía los proyectos de disposiciones que debían sancionarse con la firma del Jefe Supremo. Después de que Stalin los firmaba, yo lo comunicaba a Moscú, guardando los documentos originales en una caja fuerte en la habitación del cifrador.

Una o dos veces Stalin habló con Antónov. También se enlazó personalmente con Vatutin y con Rokossovski para aclarar con ellos la posibilidad de liquidar la contraofensiva enemiga sobre Kíev. Especialmente le interesaba conocer la opinión de Rokossovski, cuyas tropas debían ayudar al Frente de Vatutin en la dirección de Mózyr.

A mí, como jefe de la Dirección de Operaciones, me interesaba vivamente, claro está, la coordinación entre el Ejército Soviético y las tropas de los aliados en las futuras operaciones. Este problema se lo planteó Stalin a Churchill el 30 de noviembre y, el mismo día, en la tercera sesión de los jefes de gobiernos, fue formulado bajo el aspecto de compromiso de la URSS. En la declaración del jefe de la delegación soviética sobre esta cuestión no se descartaba la posibilidad de que el mayor peligro para las tropas aliadas no existiera en la etapa inicial del plan "Overlord", sino ya en el transcurso de la operación, cuando los alemanes trataran de trasladar sus tropas del frente Oriental al frente Occidental. Sin embargo, adelantándome un poco a los acontecimientos, debo hacer constar aquí que, fiel a los compromisos asumidos como aliado, el Ejército Soviético emprendió en 1944 acciones tan resueltas que no sólo impidieron al enemigo sacar tropas del frente Oriental y trasladarlas al Occidental, sino que, por el contrario, obligaron a que Hitler retirara divisiones del último para lanzarlas al primero.

No sin roces resolvió la cuestión del nombramiento de Comandante en Jefe de las tropas aliadas en occidente. La persona que se designara para este puesto debería asumir responsabilidad plena por los preparativos y realización de la operación "Overlord". Sin responsabilidad personal, en un asunto de tanta importancia, no podrían evitarse serias fallas e incluso el fracaso completo de la maniobra ideada. Así lo comprendieron perfectamente todos los participantes de la Conferencia y, al fin y a la postre, convinieron en designar Comandante en Jefe al general Eisenhower.

La Conferencia de Teherán resolvió felizmente también otros aspectos importantes que atañían al Segundo Frente entre

otros, el de las fuerzas aliadas que desembarcarían en el continente. Churchill determinó los efectivos de las tropas de invasión en un millón de hombres, o una cifra aproximada.

Allí mismo, en Teherán, nuestros aliados obtuvieron el consentimiento, en principio, de que la URSS declararía la guerra al Japón imperialista en cuanto fuera derrotada la Alemania hitleriana.

Recuerdo cuántos quebraderos de cabeza me dio el mapa de Yugoslavia, entregado por Churchill a Stalin. La de San Quintín se armó cuando se comprobó que los datos del primer ministro británico sobre Yugoslavia no coincidían con los datos aportados en la Conferencia por el jefe de la delegación soviética.

Al mediodía del 30 de noviembre me fue remitida la carta con esta orden categórica: "Comprobar". Yo no tenía a mano ningunos datos de Yugoslavia. Tuve que enlazarme telefónicamente a toda prisa con A. Grizlov, el cual me dictó las últimas noticias de la situación en Yugoslavia. Se puso en claro que el mapa de Churchill era menos exacto que el nuestro. Pero, por todo lo que conozco, en sus ulteriores entrevistas con Churchill, Stalin no volvió a mencionar este asunto.

Recuerdo también la ceremonia de la entrega de la Espada de Honor, donada por el Rey de Inglaterra a Stalingrado. El 29 de noviembre, Churchill, en nombre del rey, entregó la Espada a Stalin. Roosevelt asistió a este acto solemne, al que también fueron invitados los miembros de las delegaciones de las tres potencias, los funcionarios de nuestra Embajada, oficiales y soldados soviéticos. Churchill pronunció un breve discurso. Stalin tomó en sus manos la Espada y la besó.

Durante la Conferencia, Churchill cumplió 69 años. Con este motivo se dio un gran banquete en la misión inglesa. El homenajeado, que no soltaba de la boca su tradicional cigarro puro, tenía a su derecha en la mesa a Roosevelt y a la izquierda, a Stalin. Delante había una descomunal tarta, con tantas velas encendidas como años vividos por Churchill. En honor de este último se pronunciaron muchos brindis, incluido el de Stalin.

En los días ordinarios de labor de la Conferencia, los jefes de los gobiernos comían, unas veces en casa de Stalin, otras en la de Roosevelt y, después, en la residencia de Churchill. Se comía muy tarde (casi a las 8 de la noche, hora de Moscú), cuando nosotros ya habíamos cenado. Roosevelt no siempre se

quedaba después de la comida. Era más frecuente que se retirara en seguida a sus apartamentos. Todo lo contrario de Stalin y Churchill, que se entretenían mucho en sus llamadas "entrevistas no oficiales". A Roosevelt, en cambio, le gustaba hablar con Stalin al mediodía, antes de reunirse la Conferencia. Estos encuentros suyos contribuyeron mucho al éxito de las conversaciones oficiales.

Nadie dudaba de que el servicio de información hitleriano en Teherán conocía lo de la Conferencia, a lo cual, digamos de paso, contribuyó en mucho el recibimiento pomposo de W. Churchill. Pero los hitlerianos no se atrevieron a realizar actos de diversión. La guardia estaba alerta y los propios iraníes se mostraban pacíficos, incluso cordiales, sobre todo para con los soviéticos. Esto se explicaba por la aspiración de ambos países a vivir en paz y amistad.

Se comprende que yo deseara mucho ver Teherán. Un día se me brindó la ocasión de hacerlo. Los funcionarios de la Embajada me advirtieron que no debía salir a las calles de Teherán vestido de militar. Alguien me proporcionó una gabardina y un sombrero, ocultando bajo estas prendas mi uniforme militar. Y aunque la gabardina me estaba larga y el sombrero pequeño los adapté como pude y, con el aspecto de un auténtico detective, me dispuse a recorrer en coche el Teherán nocturno. Era algo desacostumbrado ver las calles centrales iluminadas profusamente, las multicolores luces de los anuncios. Me asombraban también los contrastes: los magnificentes palacios de la aristocracia con suntuosos jardines y parques cubiertos de parterres floridos y la horrorosa miseria de los arrabales de la capital, donde mujeres con el rostro oculto por el velo tomaban el agua directamente de turbias acequias.

Mi recorrido no duró más que una hora y media. Y, claro está, sólo pude ver Teherán de pasada.

El camino de regreso a Moscú, después de terminar la Conferencia, lo realizamos en la orden anterior: en el avión de Grachov hasta Bakú y en tren hasta Moscú. Como de ordinario, reunía datos de la situación e informaba de ella. Todas las conversaciones, como era natural, giraron en torno a la Conferencia.

Al cabo de unos días, del otoño templado del pacífico Irán nos reintegramos al invierno de guerra del querido Moscú.

Después de la Conferencia de Teherán, el Estado Mayor General no recibió ningunas indicaciones especiales. Sin em-

bargo, todas las misiones provenientes del Gran Cuartel General estaban claramente calculadas para que nuestros compromisos como aliados, relacionados con la perspectiva de la apertura del Segundo Frente, se cumplieran exhaustivamente. El lugar fundamental en estas misiones lo ocupaba, como era natural, el aniquilamiento de la máquina bélica hitleriana y, un lugar más modesto, los preparativos para la guerra contra el Japón.

No olvidábamos, naturalmente, que la naturaleza de la coalición antihitleriana era contradictoria e implicaba toda clase de imprevistos. Particularmente engendraba muchas dudas el plazo de apertura del Segundo Frente, convenido en la Conferencia de Teherán, que en esta misma ciudad había sido objeto de toda clase de reservas por parte de los aliados. Por eso, tanto el Gran Cuartel General como el E.M.G. se guiaban por esta divisa: ¡confía en los aliados, pero no te duermas!

Entre la infinidad de problemas que en aquel tiempo determinaban el trabajo práctico del Estado Mayor General surgió uno más: ¿necesitaba enmiendas el plan de la campaña de invierno, elaborado en septiembre de 1943?

El objetivo político de las operaciones venideras de las tropas soviéticas consistía, ante todo, en liberar totalmente nuestro país de los invasores alemanes fascistas. Ahora, bajo su bota, sólo se encontraba un tercio de la tierra soviética que antes ocupaban. El próximo año el Ejército Soviético debería estar listo para llevar a cabo su magna misión internacional: tender su mano de ayuda a los pueblos de otros países. En aras de este fin se precisaba realizar operaciones ofensivas de mayor envergadura que en el año finalizado. La antigua y probada regla —golpear incesantemente al enemigo, sin darle tregua—, seguía en pie.

Sin embargo, la ofensiva, excesivamente prolongada, ya dejaba sentir sus efectos en nuestras tropas, agotadas y necesitadas de completarse con hombres y armas. Durante los combates de otoño e invierno de 1943, el enemigo empeñó en la lucha reservas numerosas y había conseguido ponernos, temporalmente, en peligro en Ucrania, frenar nuestra ofensiva en Bielorrusia y rechazar nuestros ataques en los accesos al Báltico. El mando alemán fascista intentaba a toda costa estabilizar los frentes. La situación, por consiguiente, había cambiado sustancialmente y las decisiones tomadas ya no valían.

El Gran Cuartel General y el Estado Mayor General comprendían diáfanamente que, cualesquiera que fueran las

circunstancias, nosotros no podíamos perder la iniciativa estratégica ni permitir al enemigo pasar a la lucha de posiciones. Se necesitaban nuevas y grandes reagrupaciones de tropas, en primer lugar, en Ucrania.

La simultaneidad de la ofensiva de las Fuerzas Armadas Soviéticas en todo el frente, desde el Báltico hasta el mar Negro, rasgo característico del plan otoñal de 1943, prácticamente, era ahora imposible. La realidad militar obligaba a desistir de la ofensiva simultánea, sustituyéndola por potentes operaciones sucesivas, más a tenor del momento, o, como se decía y se escribía entonces, por golpes estratégicos.

Al determinar el objetivo de un tal ataque, el número y naturaleza de las fuerzas y medios que deberían tomar parte en él, la fecha de su comienzo y su coordinación con otras operaciones semejantes, el Estado Mayor General tenía en cuenta, en primer lugar, qué agrupación de tropas alemanas fascistas debería ser aniquilada. A comienzos de 1944, el enemigo tenía concentraciones de fuerzas claramente definidas en el sector de Leningrado, en las regiones ucranianas al oeste del Dniéper, en Crimea y en Bielorrusia. La derrota de cada una de estas agrupaciones equivaldría a la apertura de brechas en la defensa del enemigo, las cuales sólo podría cerrar maniobrando con las fuerzas de otros sectores del frente, ya que carecía de suficientes reservas estratégicas. El mando alemán no tenía en reserva, como regla, grupos operativos de tropas, actuando con cuerpos y divisiones diversos, fundamentalmente de tanques.

Para perforar el frente enemigo, demolerlo en una gran extensión e impedir restablecerlo, la estrategia soviética debía, a su vez, prever la posibilidad de crear agrupaciones de tropas más potentes que las alemanas. A cada una de estas agrupaciones debía dársele un acusado carácter de choque, aumentando para ello el papel de los carros de combate, de la artillería y de la aviación. Se precisaba tener en reserva grupos de tropas y grandes unidades que nos permitieran en un breve plazo, y por sorpresa, crear una superioridad decisiva de fuerzas en las direcciones elegidas. Para dispersar las reservas del enemigo, convenía más alternar nuestras operaciones en el tiempo y llevarlas a cabo en zonas muy distantes entre sí.

Todo eso se consideró en los planes para la campaña de la primera mitad de 1944. En ellos se reflejó, asimismo, el compromiso contraído en la Conferencia de Teherán: “Organizar para mayo una gran ofensiva contra los alemanes en

varios sitios".

Las fechas del comienzo de las operaciones fijadas se determinaban, ante todo, por la disposición de nuestras fuerzas para la lucha. No faltaron consideraciones de otro tipo sobre tal o cual zona de operaciones, por ejemplo, "levantar el asedio" de Leningrado, minar las posiciones políticas de Alemania en Finlandia y Rumania. Todo eso se tuvo también en cuenta durante la planificación.

Como anteriormente, el golpe principal se decidió asestarlo en las tierras ucranianas al oeste del Dniéper, donde se preveía derrotar a los ejércitos de Manstein y con la llegada a los Cárpatos de los Frentes de Ucrania 1 y 2, escindir el frente enemigo. Al mismo tiempo, las tropas del 3 Frente de Ucrania deberían arrollar a la agrupación hitleriana desplegada en Níkopol y Krivói Rog. En la zona de Níkopol les ayudaría el 4 Frente de Ucrania, el cual emprendería después la liquidación del 17 Ejército alemán en Crimea.

El 2 Frente del Báltico era quien primero debía pasar a la ofensiva (el 12 de enero) según el plan de la campaña. Luego, (el 14 de enero), le seguirían los frentes de Lenigrado y de Vóljov. A la operación conjunta de estos tres frentes se la denominó, a la sazón, "1er golpe". Diez días después (el 24 de enero), comenzaría la ofensiva al oeste del Dniéper, la dirección principal. Las acciones de nuestras tropas en este sector recibieron el nombre de "2° golpe". En marzo y abril se suponía descargar el "3er golpe": liberar Odesa con las fuerzas del 3 Frente de Ucrania y, posteriormente, acabar con el enemigo de Crimea, irrumpiendo en esta península las tropas del 4 Frente de Ucrania. A continuación, estaba planeado emprender la ofensiva en el istmo de Carelia y en Carelia Meridional.

Este sistema de "golpes", disperso por el lugar y el tiempo, se justificó plenamente. El enemigo se vio obligado a trasladar sus fuerzas de una a otra dirección, incluidos los flancos lejanos, gastándolas por partes.

Capítulo XI

EN CRIMEA

Idea y variantes de la operación. Propuesta de A. Vasilevski. Decisión definitiva. Acompaño a K. Voroshílov al Ejército del Litoral. La cabeza de puente de Kerch. Conversaciones con los marinos, protocolo con diez firmas y la reacción que provocó en Stalin. Los reptadores. Intrepidez de las fuerzas de desembarco. Sustitución inesperada del Comandante del Ejército. Informo en el Gran Cuartel General. Regreso de nuevo a Crimea. Final en Jersonés.

A comienzos de octubre de 1943 las tropas soviéticas ocupaban la línea Stáraya Russa, Pústoshka, Usviaty, se acercaron por el este a Vítebsk, Orsha, Moguiliov y casi estaban encima de Polesie y Kíev. Luego, la línea del frente continuaba, en lo fundamental, por el río Dniéper, en la margen derecha del cual nos habíamos apoderado de varias cabezas de puente, y por el río Molóchnaya. En los planes del Gran Cuartel General, que preparaba la derrota del enemigo al norte de Polesie, en la región de Kíev y en el gran meandro del Dniéper, la conquista de Crimea ocupaba un lugar hasta cierto punto especial. Las tropas de F. Tolbujin (Frente Sur) habían llegado a los accesos septentrionales de la península y debían en un futuro próximo atravesar Perekop. El Frente Norcaucásico, mandado por I. Petrov, el 9 de octubre había terminado la liberación de la península de Tamáñ. Las aguas marítimas que bañaban Crimea se controlaban por los barcos de la Flota del mar Negro y de la Flotilla del mar de Azov.

En la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General se examinaron detalladamente las ideas y variantes de las acciones para liberar Crimea. Se recordó la historia y la experiencia de la lucha de M. Frunze contra Wrángel en 1920. Los criterios eran dispares. Unos proponían no tomar Crimea, por el momento, sólo bloquearla, aislando allí fuerzas considerables enemigas, quedando al mismo tiempo libre una parte considerable de tropas propias para ser empleadas en otras direcciones. A los partidarios de este punto de vista los llamábamos en broma “aislacionistas”.

Obrando nosotros de tal manera, el enemigo habría podido amenazar, desde Crimea, las retaguardias de nuestros frentes

en ofensiva al oeste del Dniéper, habría conservado una base para operaciones activas contra las comunicaciones en Táurida del Norte, el litoral de los mares Negro y Azov y contra las explotaciones petrolíferas del Cáucaso del Norte. Las posiciones de los "aislacionistas" adolecían también de otros lados flacos, razón por la que su punto de vista fue desechado, en principio, y se dio preferencia a la conquista de Crimea, a la derrota del enemigo allí aferrado.

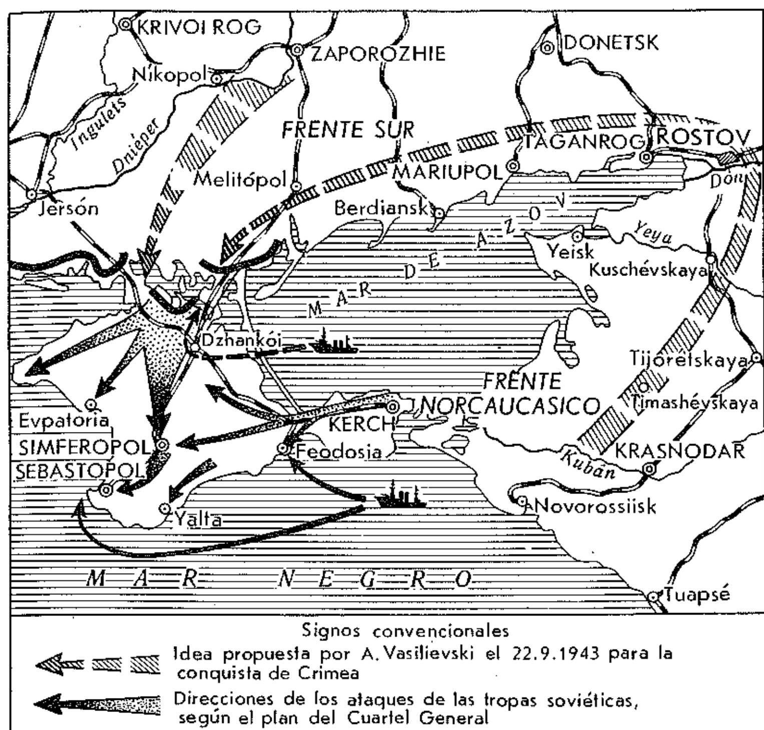
Ahora debíamos resolver cómo tomar la península. En un principio tampoco hubo unanimidad respecto a este problema.

El 22 de septiembre, por requerimiento del Gran Cuartel General, A. Vasilevski dio su opinión respecto a este problema. Su idea de maniobra consistía en que las tropas del Frente Sur, al mismo tiempo que rebasaban Melitópol por el sur, se apoderaran rápidamente del Sivash, Perekop, de la zona de Dzhankói y entraran en Crimea, como se dice, a hombros del enemigo. Con este objeto se proponía reforzar el Frente Sur a costa del Frente Norcaucásico. Además, en las cercanías de Dzhankói deberían lanzarse paracaidistas, reservándole a la Flotilla del Azov la misión de hacer un desembarco marítimo, también en la zona de Dzhankói, a retaguardia del enemigo que defendía el Sivash, y atacar en dirección norte al encuentro de las tropas del Frente Sur.

Lo positivo de este plan residía en que preveía el empleo de grandes masas de fuerzas en la dirección elegida para el ataque. Pero exigía grandes reagrupaciones de tropas que no podrían pasar desapercibidas para el enemigo. Amén de que se condenaba a inactividad a la dirección de Kerch, circunstancia que permitiría al enemigo sacar de allí gran parte de sus tropas y enviarlas como refuerzo a la dirección de Dzhankói.

Bien es verdad que antes de emprender la ofensiva sobre Crimea, el Frente Norcaucásico debería atravesar el estrecho y tomar una plaza de armas en la península de Kerch. Esta, naturalmente, sería una operación independiente y ni mucho menos sencilla. Sin embargo, la cosa valía la pena. La mayoría de los dirigentes del Estado Mayor General era partidaria de que se realizase una operación preliminar para ocupar una cabeza de puente en la zona de Kerch y poder después abalanzarse sobre Crimea desde dos direcciones.

Cuanto más tiempo pasaba tanto mayor sentido práctico adquiría el problema de Crimea. A finales de octubre, las



Consideraciones para la liberación de Crimea

tropas del Frente Sur ya habían roto la potente posición defensiva del enemigo por el río Molóchnaya y en los primeros días de noviembre tomaron el istmo de Perekop y varias cabezas de puente en la margen meridional del Sivash. El 17 Ejército alemán quedó bloqueado en la península. Por aquellas fechas, del 1 al 11 de noviembre, aproximadamente, por decisión del Gran Cuartel General, el Frente Norcaucásico en colaboración con la Flota realizó una operación de desembarco y ocupó una plaza de armas al nordeste de Kerch, no muy grande, pero que con una buena organización de las acciones combativas podía servir de trampolín para explotar posteriormente la ofensiva en Crimea. Esta operación fue difícil y complicada. Al éxito de las fuerzas principales contribuyó sensiblemente un desembarco auxiliar realizado al sudoeste de Kerch, cerca del poblado Eltiguen, por las unidades de la 318 División de fusileros, la 255 Brigada de marina y el 386 Batallón

independiente de infantería de marina. Las tropas de desembarco establecieron una pequeña cabeza de playa y durante 40 días rechazaron en dificilísimas condiciones los contraataques del enemigo cuyas fuerzas eran muchas veces superiores. Cumplida la tarea principal del desembarco —inmovilizar las reservas del enemigo e impedirle su utilización contra el grueso de nuestras fuerzas—, los héroes de la "tierra en llamas" se abrieron camino hacia los suyos, en la región de Kerch. El Frente Norcaucásico, ya innecesario, fue disuelto el 20 de noviembre. Sobre su base y a costa del 56 Ejército, que actuaba en Crimea, se organizó el Ejército Independiente del Litoral, mandado por el general I. Petrov.

Como se dice, cada cosa ocupó su lugar, y el Jefe Supremo nos encomendó preparar un plan de acciones desde la península de Kerch.

— La misión para la conquista de Crimea debe resolverse por un golpe conjunto de las tropas de Tolbujin y de Petrov y con la participación de la Flota del mar Negro y la Flotilla del Azov —dijo Stalin—. Enviaremos al camarada Voroshílov con Petrov. Que vea e informe cómo es mejor hacerlo. Del E. M. G. le acompañará Shtemenko.

Stalin siempre prefería los informes desde el lugar de los acontecimientos.

Hasta entonces, nunca me había relacionado de cerca con Voroshílov, aunque, como todos los militares, había oído hablar mucho de él. Razón por la que mi comisión de servicio a Crimea la acepté con sumo interés.

Salimos de Moscú en el vagón de Voroshílov, al que acompañaban dos auxiliares, el general mayor L. Scherbakov y el coronel L. Kitáev, mis condiscípulos de academia. Me acompañaba, como de ordinario, un cifrador. En el lugar de destino deberían agregársenos varios oficiales más del E. M. G.

Ya en mis primeras palabras con Voroshílov, de camino a Crimea, pude convencerme de que era un hombre muy erudito, que amaba y entendía la literatura y el arte. En su vagón había una gran biblioteca, seleccionada con gusto. En cuanto agotamos las cuestiones de servicio más urgentes y nos sentamos a cenar, Kliment Voroshílov me preguntó qué óperas conocía y me gustaban. Le cité "Carmen", "Rigoletto", "Evgueni Oneguin", "La dama de pique", "Boris Godunov" y "Madame Butterfly".

— Ah, amiguito —rió Voroshílov—, eso es muy poco.

Y comenzó a enumerar títulos de óperas, de las cuales yo no había oído hablar hasta entonces.

— ¿Cuál es su compositor preferido? — siguió atacándome Voroshílov.

No me fue fácil responder a esta pergunta. Jamás me había considerado un sutil conocedor de la música, aunque no me era, ni mucho menos, indiferente y había frecuentado óperas y conciertos. Cuando aún éramos estudiantes de la Academia de Tropas Blindades, mi amigo Grigori Orlov y yo ahorramos dinero y adquirimos unos gramófonos, para los que todo el invierno buscábamos discos. En aquel tiempo no era fácil comprarlos. Casi todos los domingos nos levantábamos muy tempranito y nos dirigíamos en uno de los primeros tranvías al centro de la ciudad para ponernos en la cola de cualquier comercio que vendía grabaciones de arias de óperas ejecutadas por Kozlovski, Lémeshev, Mijáilov o Reizen y discos de los cantantes de opereta Kachálov, Lázareva, Guedroits y otros artistas populares en aquella época. Nos gustaban mucho las romanzas, las canciones populares y también nuestro cancionero soviético.

Arriesgando quedar mal ante Voroshílov me decidí, no obstante, a contarle todo, sin ocultar nada. Mi interlocutor sonrió comprensivo, haciendo la sola observación de que la música embellece siempre la vida, hace mejor a la persona.

El "examen" de literatura pasó mejor. No sólo contesté a las preguntas que me hizo sobre los clásicos nacionales, sino que demostré también tener ciertos conocimientos respecto a las obras de los escritores europeooccidentales anteriores y contemporáneos.

Por las tardes, Kliment Voroshílov rogaba, por lo común, que Kitáev leyera en voz algo de Chéjov o de Gógol durante una hora u hora y media. Kitáev leía con gusto y el rostro de Voroshílov reflejaba la dicha que le proporcionaba.

Al amanecer, nuestro tren arribó a la estación Varenikóvskaya, destruida y quemada en los recientes combates. Nos esperaban I. Petrov y A. Baiukov, miembro del Consejo Militar.

— Llévennos directamente a la cabeza de puente —ordenó Voroshílov. Y todo el grupo tomó asiento en automóviles.

Viajábamos con rapidez. Pronto pasamos Temriuk. Tamáñ, según definición de Lérmontov, "la villa más calamitosa", quedó a un lado. Llegamos sin contratiempos a la punta Chushka.

— No se detengan aquí, por favor, la punta se bate por la artillería —nos advirtieron.

Tampoco había seguridad en el estrecho, a través del cual navegábamos hacia las costas de Crimea en una lancha

blindada. En tiempos de paz había visto más de una vez cómo los koljosianos del Kubáñ transportaban en barcas, por este mismo paso, sandías de un tamaño descomunal. Lentamente, como con desgana, los bogadores bajaban y subían los remos. Los toletes golpeaban rítmicamente. El sol brillaba cegador. Todo respiraba tranquilidad y bienestar. Sentía deseos de tumbarme en el fondo de la barca y no apartar la mirada del acariciador azul del cielo.

Otro cuadro, totalmente distinto, era el de ahora. Nuestra lancha, levantando oleadas de espuma, avanzaba por las aguas frías del inhóspito estrecho. Por ambas bandas se movían en todas direcciones "medios flotantes" grandes y pequeños, con cargas para las tropas y con heridos. Estos eran buques de la Flotilla del mar de Azov que soportaba entonces todo el peso de un trabajo demasiado grande para ella y verdaderamente heroico, que consistía en transportar a la península de Kerch todo lo necesario para las acciones combativas del Ejército del Litoral. El enemigo cañoneaba sistemáticamente el estrecho y, con frecuencia, bombardeaba desde el aire las embarcaciones que lo cruzaban.

Valoramos plenamente la precaución de I. Petrov, poniendo a nuestro servicio una lancha blindada. K. Vershinin, Comandante del 4 Ejército aéreo, cruzaba el estrecho en un Po-2, "el rey del aire". Consideraba este procedimiento de cruce como el más seguro, a pesar de que los cazas alemanes volaban incesantemente. Posteriormente, tuve ocasión de convencerme de las ventajas de este procedimiento. Varias veces tuve que pasar a la margen opuesta en el Po-2. Volábamos, de ordinario, a cinco metros de altura sobre el agua y los cazos enemigos no podían hacernos nada. Por lo visto, hasta pasábamos desapercibidos para ellos.

Mientras tanto, desde nuestra lancha blindada no apartábamos nuestra mirada recelosa de la montana Mitrídates, donde se encontraban los observatorios del enemigo que dominaban el estrecho de Kerch. El timonel gobernaba seguro la embarcación y, con la misma seguridad, atracó y saltamos a la orilla.

¡Tierra de Crimea!.. En otros tiempos nos la imaginábamos como un venero de salud y alegría, comarca de olorosos huertos y playas doradas, acervo de singulares monumentos de la cultura de diversas épocas y de muchos pueblos. Yo conocía Crimea, verdad es, principalmente, desde otro plano.

...Personalmente, tengo de Crimea recuerdos felices. Llegué allí desde la Escuela de Artillería "L. Krasin", de Moscú. Estudiar en la capital era interesante y un año pasó

L. Góvorov, comandante del Frente de Leningrado (a la izquierda), y A. Zhdánov, secretario del CC del PC(b) de la URSS y miembro del Consejo Militar del frente

Los leningradenses agradeciendo a los combatientes del Ejército soviético por haber roto el bloqueo enemigo. 27 de enero de 1944





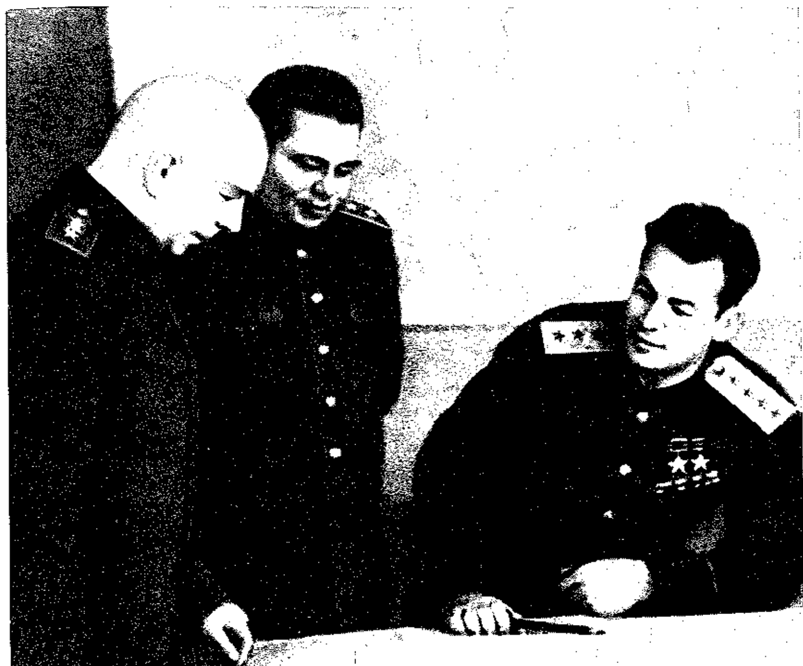
Ultimos disparos. Sebastópol, mayo de 1944



El material de guerra dejado por los alemanes en el cabo Jersonés



¡Ya han dejado de volar! Crimea, 1944



El Consejo Militar del 3[er] Frente de Bielorrusia. De izquierda a derecha: el general coronel V. Makárov, jefe del Estado Mayor del Frente, y el general de ejército. I. Cherniajovski, comandante de las tropas del Frente

N. Pújov, comandante del 13er Ejército (a la derecha), y M. Kozlov, miembro del Consejo Militar. 1943

Las reservas de las tropas soviéticas rumbo al saliente de Kursk. 1943



El general de ejército I. Bagramián (a la derecha), comandante del I Frente del Báltico, y el general coronel V. Kurásov, jefe del Estado Mayor del Frente

El teniente general V. Smirnov, jefe de la Dirección General de Sanidad Militar del Ejército Rojo. El arco de Kursk, 1943



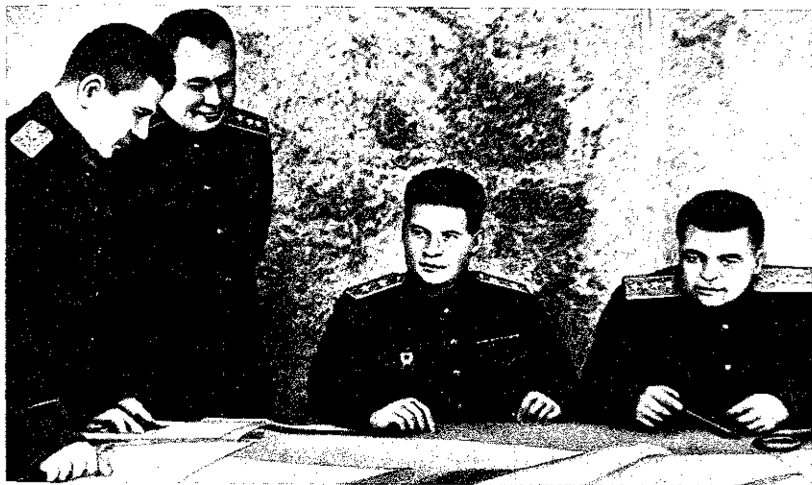


De izquierda a derecha: el Mariscal de la Unión Soviética A. Vasilevski, el general coronel K. Rokossovski, el teniente general S. Rudenko, el general mayor K. Teleguin, el general mayor G. Orel y el teniente general de artillería *V. Kazakov. 1948*



El general coronel P. Rybalko, comandante del 3er Ejército blindado de la Guardia, haciendo ejercicios con su Estado Mayor

Una reunión del Consejo Militar del 2° Frente de Ucrania en vísperas de la operación de Jasi-Kishiniov. De derecha a izquierda: el general de ejército R. Malinovski, el teniente general M. Stajurski, el general coronel M. Zajárov y el teniente general I. Susáikov





En vísperas de la operación del Jasi-Kishiniov. De izquierda a derecha: M. Sharojin, I. Shlemin, S. Timoshenko, F. Tolbujin, N. Gaguen y N. Berzarin. Agosto de 1944

en un abrir y cerrar de ojos. Estudiaba bien, sobre todo progresaba en equitación. Un día de principios de septiembre de 1927, el jefe de la batería nos dijo durante la revista matutina que en Sebastópol se formaba una nueva escuela de artillería, que en ella ingresaban los aspirantes al primer curso y que a otros tres cursos superiores se buscaba a los alumnos en todas las escuelas de artillería del país. Nuestra batería debía destacar dos alumnos de cada curso para que fuesen a estudiar a Sebastópol.

— Si hay voluntarios, que den dos pasos adelante. Si no los hay, voy a decidir yo mismo quién será—, concluyó el jefe de la batería.

Sin pensarlo mucho, empujé a mi coterráneo Piotr Vasíliev y ambos dimos dos pasos adelante. De otros cursos también salieron de la fila una persona de cada uno y en seguida fueron nombrados los que faltaban. Y nada más. El otro día ya estuvimos por la noche en la estación Kurski, con sendos maletines de madera en la mano.

Llegamos a Sebastópol. Se aclaró que se formaba la primera escuela de artillería antiaérea en la Unión Soviética. Cerca de un mes no tuvimos ninguna clase, sólo cuidado de caballos —limpiar, dar de beber y de comer dos veces al día— y participación en la construcción de las cuadras. Vimos por primera vez el mar, nos bañamos, pasamos un rato tendidos en la playa y estuvimos muy contentos de haber dado "dos pasos adelante".

Además de nosotros, los moscovitas, llegaron alumnos de Kíev, Sumy y Leningrado. Todo se arregló y comenzaron los estudios. Vimos que Sebastópol era reino de marinos. Frente a nuestra escuela se encontraba el Destacamento de Aprendizaje de la Flota del mar Negro. Al poco tiempo entablamos conocimiento con muchos de los "hermanitos" y, en general, éramos amigos.

Nos íbamos de permiso a la ciudad como en Moscú: el sábado, después de las clases hasta las 24.00 horas; el domingo, una parte de alumnos antes del almuerzo y la otra, después del almuerzo. Pero dondequiera que se encontrase uno, debía volver obligatoriamente a la hora de limpiar y abrevar los caballos, a menos que se hubiera puesto de acuerdo con uno de sus camaradas en que él lo habría hecho todo en su lugar, informándose de ello al auxiliar de batería. En Moscú, limpié los domingos de 3 a 4 caballos. Las reglas en Moscú, y en Sebastópol eran las mismas, pero en la capital había entre los alumnos muchos moscovitas, que tenían a

quién visitar, y nosotros, los "forasteros", limpiábamos por ellos los caballos. Y en Sebastópol casi todos éramos "forasteros" y no encomendamos a nadie nuestro trabajo.

A propósito, la pasión por la equitación y el saber montar bien a caballo me colocaban en situaciones inesperadas y me salvaban. He aquí uno de los ejemplos más memorables.

Un día de primavera de 1950, Stalin preguntó al Mariscal de la Unión Soviética A. Vasilevski, Ministro de la Guerra, que le hacía informe, quién pasaría revista el 1° de Mayo. Tradicionalmente lo hacían por turno los Mariscales de la Unión Soviética.

Vasilevski respondió evasivamente:

— Quien recibirá su orden, camarada Stalin.

— Debe ser Usted o Bulganin. Budionny la ha pasado hace poco — dijo Stalin y añadió —: Creo que debe hacerlo el Ministro de la Guerra. ¿Usted sabe montar a caballo?

Vasilevski quedó sorprendido.

— Presté servicio en la infantería — respondió —. Tuve, naturalmente, oportunidad de montar a caballo, pero ya hace mucho.

Alguno de los presentes propuso pasar revista en automóvil.

Stalin se volvió a quien había sugerido esa idea y sentenció bruscamente: no, no vamos a faltar a nuestras tradiciones.

— ¿Usted creo que no sabe montar a caballo en absoluto? — dirigió la pregunta a N. Bulganin.

— No he tenido la oportunidad, camarada Stalin —, respondió.

— Entonces, ¿quién pasará revista? No vamos a invitar a mariscales de las regiones militares, pues eso sería violento — continuó la conversación Stalin. Se volvió de repente hacia mí preguntando —: ¿Y el jefe del Estado Mayor General, ha montado alguna vez a caballo?

— Sí, camarada Stalin. Y no he dejado de hacerlo: lo hago casi cada día —, respondí.

Efectivamente, paseaba a caballo en el bosque casi cada mañana, de las 7 a las 8 horas, y los domingos lo hacía varias horas seguidas.

— Entonces, será Usted quien pasará revista. Prepárese y sea bravo.

Este, quizás, fue el único caso en la historia de las Fuerzas Armadas Soviéticas en que un jefe de Estado Mayor General pasó revista.

Aunque yo sabía cabalgar, comprendía perfectamente que una cosa era hacerlo en el picadero o en el bosque y otra,

totalmente distinta, en la plaza principal del país, a la vista de todos.

Hasta el 1° de Mayo me quedaba un mes. S. Budionny encontró un caballo que correspondía a mi complexión y comencé a entrenarlo diariamente y a prepararme para el momento responsable de pasar revista a las tropas. Budionny llegaba casi cada día al picadero y luego al Aeródromo central donde nosotros, yo y el comandante de la parada P. Artémiev, jefe de la guarnición de Moscú, hacíamos ejercicios. Galopaba junto con nosotros, al son de la música, y no dejaba inadvertido ningún error nuestro, ni el más insignificante.

El paso de revista me salió bien y hasta me hicieron elogios por el buen porte y estilo de montar.

Y volviéndome a Sebastópol diré que, al comenzar el año lectivo 1929/30, se ordenó que seis alumnos del curso final (es decir, dos de cada una de las baterías) se presentasen ante el jefe de la escuela Vukótich y el comisario Jéifets. Allí mismo estuvieron el jefe del grupo Kriúkov y los tres jefes de las baterías.

— Sabéis, naturalmente, que en la producción hay gente que se compromete a trabajar mejor y sobrecumple los planes. Se les llama obreros de choque —, comenzó el comisario y luego nos dictó toda una conferencia sobre el tema de quiénes son los obreros de choque, cómo trabajan y qué utilidad prestan al país.

No podíamos captar la intención de sus palabras y lo único que hacíamos era mirarnos silenciosamente unos a otros.

— La escuela ha decidido apoyar este nuevo movimiento, no quedarse a la zaga de los trabajadores y contar con sus alumnos de choque — prosiguió Vukótich —. Es por eso que estáis aquí. Consideramos que seréis dignos de ese alto título. Debéis contraer compromiso de cursar el año final en seis meses y el próximo mes de mayo rendir todos los exámenes reglamentarios. Será nuestra primera promoción de alumnos de choque.

— Todos vosotros sois bolcheviques — añadió el comisario — y no defraudaréis la esperanza que tiene nuestra escuela. Estudiaréis juntos los seis, os daremos ciertos privilegios en cuanto a la instrucción en orden cerrado. Tendréis claro está que consagrar más horas al estudio renunciando a las vacaciones de invierno y días libres. Esto es todo. ¿Hay preguntas?

Seguimos guardando silencio.

— ¿Qué dirá el auxiliar del grupo —, me preguntó repentinamente Vukótich.

Me levanté bruscamente y dije sin pensarlo mucho:

— El auxiliar del grupo está agradecido por la confianza y cumplirá la tarea planteada.

— Está bien. A partir de mañana estudiaréis en calidad de alumnos de choque, señalándose eso en una orden especial. Pueden irse todos —, concluyó Vukótich.

Y comenzamos a vivir la vida de "los de choque". Los privilegios no eran muy grandes y las dificultades eran bastantes. Estudiábamos los seis por un programa especial, diez horas al día, sin dejar de prestar el servicio militar, pues todos eran subjefes de sección o jefes de pelotón y yo, auxiliar del grupo, y nadie nos eximía de nuestras obligaciones.

Para el 1° de Mayo terminamos el curso, pasamos los exámenes y he aquí la muy esperada orden del Comisario del Pueblo de la Defensa acerca de nuestra promoción y nombramiento. ¡Adiós, escuela, comenzamos a vivir por nuestra propia cuenta!

Recuerdo que esta promoción de alumnos de choque fue la primera y última. En aquel período se hacían experimentos, se buscaban nuevas formas de emulación socialista. No todas estas formas convenían a las escuelas militares. Las formas erróneas eran rechazadas por la propia vida.

Según el reglamento vigente, los egresados de entre los alumnos sobresalientes tenían derecho a escoger el lugar de su destino y hablábamos, ya por enésima vez, de adónde iría cada uno de nosotros. Mi deseo era estar más cerca de los lugares natales y quería que me enviasen a Rostov o Stalingrado. Pero también esta vez todo no fue como debía de ocurrir.

Poco antes de celebrarse la promoción, a mí y a otros dos alumnos (Egor Mélnikov y Dmitri Ilichkóvich) nos llamaron al despacho del comisario, donde estaba presente también Mazépov, secretario del buró del partido. El asunto residía en que el 121 Regimiento de artillería antiaérea, que estaba acuartelado en Sebastópol y en que todos los alumnos pasaban sus prácticas, necesitaba tres jefes de sección. Nos explicaron que este regimiento era algo como nuestro patrocinado y que sus vacantes serían cubiertas por los mejores alumnos de la escuela. En una palabra, nos propusieron ir a servir en ese regimiento. Otros tres egresados se fueron adonte quisieron.

El servicio en el regimiento comenzó por el que el jefe de la batería de instrucción a la que me habían designado, P. Chesnyj, me condujo a la cuadra, me dio un caballo y se fue conmigo al picadero donde comprobó mi maestría en cabalgar, sal-

var obstáculos, asestar sablazos, etc. El mismo era cosaco del Térek, jinete inveterado y deportista. Llevaba un modo de vida espartano y exigía que los subordinados le imitasen. Después del picadero nos esperaba el campo de deportes. El jefe de la batería quiso ver qué sabíamos hacer en aparatos gimnásticos. Quedó satisfecho de todo, excepto una cosa: yo no sabía caminar patas arriba. Y él se quitó el sable y caminó así a lo largo del cuartel de la batería diciendo que dentro de dos meses tendríamos el gusto de recorrer esa distancia juntos.

Asumí el cargo de jefe de una sección de reconocimiento integrada por 25 personas. Todos los mozos eran buenos, pero 8 de ellos habían terminado sólo tres grados de escuela primaria. Y eso, en una batería de instrucción en la que se preparaba a suboficiales. En las baterías de línea había a la sazón muchos analfabetos.

En verano el regimiento recibía al personal adscrito que iba a formar un grupo independiente. Se enviaba a servir en ese grupo, por un tiempo, a jefes de todos los grados, de cada una de las baterías. En una de las reuniones, me enviaron a mí. Lo recuerdo porque allí el destino me hizo conocer a una persona magnífica. El jefe de ese grupo independiente era Semión Makéev. Se distinguía por su elevada cultura general y extraordinaria cortesía, prefiriendo el libro a la cuadra. De estatura alta, siempre apuesto y vestido impecablemente (antes de la revolución, prestó servicio en el Regimiento de la Guardia "Pávlovski"), era quizás el jefe más erudito e inteligente de nuestro regimiento. El y P. Chesnyj tenían de común una alta exigencia, el celo en cumplir con su deber, la solicitud por la gente, su franqueza y el que ambos eran personas abordables. Todas sus mejores cualidades las cultivaban entre nosotros, nos transmitían sus conocimientos y sus hábitos. Desde entonces han pasado casi 45 años, pero nosotros, los sobrevivientes antiguos compañeros de trabajo del 121 Regimiento de artillería antiaérea, nos reunimos cada año y recordamos los días pasados. Los tenientes generales P. Chesnyj y S. Makéev ya están en la situación de reserva y los antiguos jefes de sección V. Kruchinin y Y. Tabúnchenko ostentan actualmente el grado de general. Ya no está entre nosotros el general coronel G. Oriol. Nuestras carreras iban por vías diferentes y se cruzaban, pero nunca hemos interrumpido nuestras relaciones y siempre nos hemos apoyado uno a otro.

Expiró un año de servicio en el regimiento. Se produjo un acontecimiento importante: recibí por fin una vivienda y terminaron mis traslados de un rincón a otro. Hasta el momento,

para mí y un camarada mío servía de residencia la sala de billar del club regimental. Nos acostábamos en las mesas sólo después de haberse ido los jugadores y cerrado el club. Los demás camaradas míos ya tenían familia, ahora llegó mi turmo.

Había dejado en la *stanitsa* a mi novia, Taisia Andrósova, que llevaba más de cinco años esperándome. Manteníamos correspondencia, nos encontrábamos una vez al año y hacía mucho que nos habíamos prometido juntarnos tan pronto yo tuviera donde vivir. Quería yo mismo ir por ella, pero me fijaron las vacaciones para después del período de ejercicios en el campamento. Tuve que pedirle que viniera sola. Al cabo de unos diez días recibí el aviso de su partida. Vino con mi madre. Al segundo día de su llegada, en julio de 1931, nos casamos por lo civil y desde entonces yo comparto con ella todas las penas y alegrías.

No era tan dulce la vida en el regimiento. Efectuando las marchas, llegábamos hasta las alturas de Ak-Monái. Los exploradores siempre marchábamos, como nos correspondía, con la infantería y estábamos hartos de todo tipo de dificultades. Desde las alturas realizábamos un simulacro de ofensiva sobre Kerch. Casi cinco años de servicio militar en Sebastópol dejaron grabados en mi memoria no tanto el mar azul y las playas doradas, cuanto el bochorno de las estepas y las inhóspitas montañas, en las que nos cupo la suerte de salar de sudor más de una guerrera.

Y ahora a finales de 1943, estoy de nuevo en Crimea.

También ahora se yergue frente a nosotros una costa rocosa y hosca, muy escarpada. En derredor no se ve un solo árbol, ningún matorral. Nada más que embudos de bombas y proyectiles, huellas de los recientes combates. Me costaba trabajo creer que, por el momento, sólo nos pertenecía esto, mientras que toda Crimea estaba aún en poder del enemigo y habría que perder bastantes vidas para recuperarla.

La profundidad de la cabeza de puente del Ejército del Litoral no pasaba de 10 a 12 kilómetros. Su flanco derecho se apoyaba en el mar de Azov y el izquierdo se aproximaba a las afueras nordeste de Kerch. El terreno era muy accidentado. Cadenas quebradas de lomas volcaban sus abruptas laderas hasta el mismo mar. Las cotas más altas las tenía el enemigo. Desde ellas se veía perfectamente nuestra primera línea de defensa y sólo una fila de lomas de poca altura protegía la acantilada orilla del estrecho de Kerch.

El terreno de la cabeza de puente estaba removido en todos los sentidos: trincheras, bunkers, zanjas de comunicación y

abrigos formaban un caprichoso entrelazamiento. Allí estaban desplegados dos cuerpos de infantería (11 y 16) y la reserva, fuerzas principales del Ejército del Litoral, en total, nueve divisiones y dos brigadas de infantería. También se había trasladado a la cabeza de puente una parte de los tanques, artillería y hasta aviación; nuestro primer aeródromo se guarnecía junto al mismo mar, en la zona de Opásnaya.

A Voroshílov, a mí y a todos los que con nosotros llegaron, nos reservaron tres chabolas, abiertas en la ladera de una cota, frente al estrecho. A unos seiscientos metros de nosotros se encontraba la casita de troncos del Comandante del Ejército Iván Petrov. Debajo de la casita había un refugio pequeño, y no muy seguro. En las chabolas de alrededor se alojaba el Estado Mayor del Ejército del Litoral.

Comenzamos a trabajar en cuanto llegamos. Voroshílov escuchó los informes de Petrov y de L. Vladímirski, Comandante de la Flota del mar Negro. Al día siguiente estuvimos en los dos cuerpos de infantería, en el 11 del general mayor B. Arshíntsev, y el 16, del general mayor K. Proválov. El infatigable Voroshílov no se limitó a escuchar a los jefes de los cuerpos y a lo que vio personalmente desde sus observatorios. No hubo manera de impedirle que fuera a las trincheras de primera línea y aunque, a decir verdad, allí no tenía nada que hacer, fue imposible hacerle desistir de este empeño.

— Jamás bajé la cabeza ante las balas ni temí a ningún enemigo — refutaba él todos nuestros argumentos —. Y si alguien considera que allí pueden pasarse sin nosotros, puede abandonarme.

Después de aquella reprimenda no hubo manera de quedarse en el puesto de observación o en el Estado Mayor. Todos, naturalmente, le acompañaron a las divisiones y a los regimientos de primera línea.

Aquel año hacía un invierno muy riguroso en la península de Kerch. Los fríos llegaron a diez grados bajo cero. El furioso vendaval azotaba unas veces del norte y otras del este. Quemaba el rostro, hacía llorar y obligaba a todo el mundo a refugiarse en las chabolas o en los abrigos. Del mar llegaban, rasantes, plomizos nubarrones que descargaban sobre la helada tierra una espesa llovizna o punzante granizo. Por las noches cubría el estrecho una bruma lechosa que sólo al amanecer, con gran trabajo, se disolvía.

Un día que entramos en una chabola de soldados notamos desde el mismo umbral que dentro reinaba una temperatura parecida a la de un baño bien calentado. En el centro de la

chabola vimos una estufita de hierro al rojo vivo en la que ardían vivamente las llamas. Un sargento ya entrado en años, con aspecto de buen amo de casa, saludó marcial y nos invitó a "acercarnos al hogar".

— ¿Dónde consiguen la leña?— preguntamos, interesados. Sabíamos que en la cabeza de puente había poca madera, la leña se traía a través del estrecho y sólo para las cocinas.

— De aquí cerca — señaló el sargento por encima del hombro con el pulgar de la mano derecha, ennegrecido por el hollín donde había una casa de ladrillo... Con ella nos calentamos.

Rompimos en una carcajada unánime, pensando que el patrón de la chabola quería, sin parar mientes, "descubrirnos" alguna vieja anécdota que nos pusiera a todos de buen humor. ¡Quién de nosotros no había oído decir cómo un soldado veterano había hecho sopa de un hacha! Pero, que una casa de ladrillo sirviera de combustible para la estufa era algo que aún no habíamos escuchado. Volvimos la cabeza, interesados, hacia el narrador. Mas, el sargento enmudeció de pronto. Conocía el servicio y callado "no quitaba ojo de los jefes". Luego, sin apresurarse, abrió la puertecilla de la estufa y vimos que en ella, realmente, ardían ladrillos. ¡Auténticos ladrillos!

Hubo a quien la estupefacción le dejó de una pieza. Comenzaron las preguntas: ¿cómo y por qué arden?

El sargento indicó con la cabeza un cubo en un rincón de la chabola, también con ladrillos, y lleno hasta el borde de keroseno. Después de remojarlos unas horas en el líquido podían emplearse perfectamente como combustible.

— No pueden compararse, claro está, con la verdadera leña — explicó el sargento —. Proporcionan algunas incomodidades, encender el cigarro, por ejemplo, es algo difícil. Cuando sacamos un tizón de la lumbre huele a bosque y el pitillo no se estropea. En cambio, el ladrillo, llamea y no deja acercarse. No obstante, nos las arreglamos. Sólo las pasamos mal cuando tropezamos con un ladrillo mal cocido: en cuanto arde se deshace. Los verdaderos ladrillos, en cambio, duran mucho; arden, arden, los empapamos otra vez de keroseno y de nuevo a la estufa. Y así una y otra vez...

En otra chabola se calentaban de manera distinta. Se albergaban en ella zapadores, hombres con grandes conocimientos técnicos. Estos utilizaban las minas anticarro alemanas: fundían la trilita que les servía de carga y la quemaban en la estufa. Ardía con llama uniforme y sin humo. Los vecinos no cesaban de preguntar a los zapadores con qué calentaban, pero és-

tos no revelaron su secreto. El jefe de la sección se lamentaba de que los explosivos de trofeo pronto se terminarían y, entonces, tendrían que sacarlos de los campos minados alemanes. Voluntarios no faltaban para ello.

Estuvimos muchas veces en los regimientos, regresando siempre de ellos optimistas y pletóricos de ánimo.

Las primeras semanas que permanecimos con I. Petrov, centramos nuestra atención principal en la elaboración del plan para liberar a Crimea, a la operación conjunta de las tropas del Ejército del Litoral, la Flota del mar Negro y la Flotilla del Azov. Se puso de relieve la plena unanimidad de criterios respecto a las misiones y métodos de llevar a cabo esta operación. Las fuerzas de tierra, mar y aire llegaron a esta conclusión única: una vez rota la defensa enemiga en la plaza de armas de Kerch hay que explotar el éxito con las fuerzas principales en la profundidad de Crimea sobre Vladislávovka y Karasubazar, contribuyendo así al éxito de las tropas del Frente Sur desde Perekop, la dirección principal, pero sin dejar de avanzar simultáneamente con parte de las fuerzas a lo largo de la costa meridional. Este plan se dio a conocer al Gran Cuartel General.

Después de un estudio minucioso de la situación aceptamos la opinión del Comandante del Ejército del Litoral acerca de la necesidad de realizar previamente una operación parcial, pues nuestra primera línea en la cabeza de puente, en su mayor parte, era en extremo desfavorable, tanto para pasar a la ofensiva como para mantener las posiciones que ocupabamos. Ya hemos señalado que las alturas dominantes estaban en poder del enemigo, que sus observatorios eran magníficos y que podía batir con fuego de puntería casi toda la profundidad de nuestra defensa.

Realizamos un reconocimiento minucioso del terreno, calculamos los medios y las fuerzas y determinamos el tiempo necesario para la preparación. El 22 de diciembre Voroshílov, con participación de Petrov y Vladímirski, examinó el plan de acciones, según el cual se preveía romper la defensa alemana en el flanco derecho de la cabeza de puente. Para asegurar el éxito de la rotura y la toma de las cotas dominantes, que había sido difícil atacar frontalmente, así como para distraer la atención, fuerzas y armas del enemigo de la dirección de nuestro ataque principal, se fijó hacer desde el mar de Azov un desembarco táctico en la retaguardia próxima de las tropas alemanas, a unos tres a cuatro kilómetros de nuestra primera línea.

En los primeros momentos todos estuvimos de acuerdo con esta idea. Sin embargo, cuando llegó la hora de resolver los

problemas de la cooperación y del aseguramiento recíproco de la operación, surgieron las dificultades. Mientras que Petrov reservaba a la Flota un papel primordial en el aseguramiento de la operación con todo lo necesario, Vladímirski suponía que el empleo de la Flota para transportes marítimos y desembarcos tácticos era para el una misión secundaria. Y, por lo mismo, no destacaba fuerzas suficientes para esto. El cruce de tropas y cargas del Ejército del Litoral intentaba encomendárselo solamente a la base naval de Kerch, que en modo alguno podría cumplirlo.

Con este motivo, Petrov manifestó con dureza su descontento y declaró a Voroshílov que los problemas de la coordinación con la Flota deberían resolverse a fondo y en correspondencia con el orden vigente en nuestras Fuerzas Armadas. Voroshílov ordenó convocar una reunión y en ella terminar con todas las discusiones y lograr una comprensión única de las misiones y de los procedimientos de llevarlas a cabo. Se celebró la reunión el 25 de diciembre en el Estado Mayor de la Flotilla Militar del Azov, en Temriuk. Del Ejército del Litoral acudieron a la reunión I. Petrov, el teniente general K. Mélnik, su adjunto, y los generales mayores V. Baiukov y P. Solomko, miembros del Consejo Militar. A la Flota del mar Negro la representaron el vicealmirante L. Vladímirski y el contraalmirante N. Kulakov, miembro del Consejo Militar. Asistieron también el teniente general I. Rógov, vicecomisario del Pueblo de la Marina de Guerra, y representantes de la Flotilla del Azov y del 4 Ejército aéreo. Presidió la reunión Voroshílov.

Los debates entre Petrov y Vladímirski adquirieron mayor virulencia, con la particularidad, de que el Comandante del Ejército del Litoral demostró conocer perfectamente las fuerzas y medios de la Flota en la zona del despliegue de sus tropas y esclareció como es debido las obligaciones y la responsabilidad de aquélla respecto a los transportes. Al mismo tiempo, en la reunión se puntualizaron las misiones del Ejército del Litoral y fueron convenidos los plazos y el orden de todas las medidas conjuntas para el aseguramiento de la operación.

Al final de la reunión, di lectura al proyecto de informe diario al Gran Cuartel General, donde la discusión llevada a cabo se presentaba como una medida preparatoria ordinaria en vísperas de la próxima operación. Sin embargo, Voroshílov decidió de otra manera: propuso redactar un protocolo especial, referente a la cooperación de la Flota y del Ejército, insertando en el documento todo lo que se encomendaba a la Flota y lo que se ordenaba al Ejército, y, a continuación, avalarlo

todo con las firmas de representantes responsables de cada una de las partes interesadas. En total, el protocolo, según definición de Voroshílov, debía ir avalado por diez firmas, incluidas la suya y la mía.

Para aquella época yo conocía ya magníficamente el trabajo del Gran Cuartel General y la actitud de quienes lo componían, especialmente de Stalin, en cuanto al orden de resolver los problemas importantes. Recordaba que cuando llegaban al Gran Cuartel General documentos firmados por muchas personas, el Jefe Supremo los criticaba duramente, viendo en tal género de acciones falta de deseos por parte del mando unipersonal o del Consejo Militar de asumir la responsabilidad por la decisión adoptada o, lo que aún era peor, su desconfianza en la justeza de sus propias propuestas.

— Ahí los tienen —decía Stalin—, reúnen firmas para convencer a sí mismos y a nosotros.

El Jefe Supremo exigía que todos los documentos que se presentasen al Gran Cuartel General estuvieran firmados por el Comandante y el Jefe del Estado Mayor y, los más importantes (por ejemplo, los resúmenes diarios operativos y los planes de operaciones), vinieran avalados con tres firmas: agregando a las dos primeras la del miembro del Consejo Militar.

Hice saber francamente a Voroshílov mis recelos acerca del protocolo que él proponía y le rogué que, en caso extremo, no firmaran el documento más de tres personas. Voroshílov entendió mi sugerencia como una falta de respeto para los presentes, como un intento de arrogarse una decisión tomada colectivamente. Insistió en su punto de vista y el documento firmado por diez personas. Se le denominó así: "Protocolo de la reunión conjunta respecto a los transportes de tropas y cargas a través del estrecho de Kerch de los consejos militares del Ejército del Litoral (general coronel Petrov, general mayor Baiukov, general mayor Solomko y teniente general Mélnik) y de la Flota del mar Negro (vicealmirante Vladímirski y contraalmirante Kulakov) con participación del Mariscal de la Unión Soviética camarada K. Voroshílov, del jefe de la Dirección de Operaciones del E. M. G., general coronel camarada Shtemenko, del vicecomisario del Pueblo de la Marina de Guerra, teniente general camarada Rógov, y del inspector principal del Comisariado del Pueblo de Control del Estado, capitán de navío ingeniero, camarada Eraizer".

Cuando el escalafón de firmas quedó completo hice saber una vez más que no actuábamos bien y que forzosamente yo

sufriría las consecuencias por esta inobservancia en las reglas de redacción de documentos operativos de importancia. A Voroshílov le causaron risa mis temores y se envió el protocolo. En mi primera conversación telefónica con Antónov supe que Stalin nos había censurado mucho por este documento.

Aquel mismo día se recibió de Moscú la comunicación de que se aprobaba el plan de la operación fundamental del Ejército del Litoral. De las reservas del Gran Cuartel General se afectó a Petrov la 9 División de exploradores, condecorada con la Orden de la Bandera Roja, formada por cosacos del Kubáñ y del Térek. A su jefe, el general mayor P. Metálnikov, el Comandante del Ejército le ordenó preparar inmediatamente sus tropas para acciones ofensivas. A estos efectos, se eligió un terreno en el continente en el que se reprodujo con toda fidelidad el dispositivo de ambos bandos en la cabeza de puente: la primera línea enemiga y nuestras trincheras, los órdenes de combate y las distancias entre sus elementos.

Presenciamos varias veces los ejercicios de esta división. En su primera salida, Voroshílov exigió que todos fuéramos a caballo. Intenté resistirme, alegando que no tenía ningún objeto zarandearse en la montura 20 kilómetros y perder un tiempo precioso. Mas fue inútil. Voroshílov repuso que yo no conocía bastante la psicología de los cosacos. No hubo más remedio que acceder. De mala manera, en caballos mal domados, llegamos hasta el punto de nuestro destino. El camino de regreso lo hicimos en automóvil. Sin embargo, durante varios días hubo algunos que, como se dice, tardaron en recuperar la forma. Ni el propio Voroshílov volvió a utilizar tal medio de transporte.

No se decidió de buenas a primeras cómo debía utilizarse esta división en el combate. Se propuso, por ejemplo, que los exploradores se arrastraran de noche, sin el menor ruido, hacia la primera línea de trincheras alemanas (¡para eso eran exploradores!), entraran en ellas sin disparar un tiro, aniquilaran al enemigo con arma blanca y, después, nuestra artillería abriera el fuego sobre la profundidad de la posición defensiva enemiga y se emprendiera el ataque normal.

Este método entrañaba toda clase de imprevistos. Atacar la defensa de los alemanes, no neutralizada por la artillería, arrastrándose hacia ella sobre el vientre, era algo muy arriesgado. Aunque se lograra ocupar sin contratiempos la primera trinchera, eso no bastaba para derrumbar una posición defensiva contemporánea. De todas maneras se precisaría preparación artillera y, luego, lanzarse al ataque. Lo más probable, por el

contrario, sería que la maniobra romántica de toda una división, arrastrándose por el terreno, fuera descubierta por los fascistas y se hiciera fracasar con grandes pérdidas, para nosotros.

No obstante, los partidarios de este método de acciones defendían firmemente su criterio. En vista de ello, comprobamos prácticamente, después de lo cual, todos comprendieron que debíamos atacar por el procedimiento ordinario. Estaba bien saber arrastrarse por el campo, pero los tiempos de tales ataques ya hacía mucho que habían pasado a la historia. Ahora no se trataba de la guerra de Crimea.

La división de exploradores producía inmejorable impresión, desde todos los puntos de vista. Las pequeñas unidades tenían las plantillas completas y los soldados ofrecían un aspecto marcial a cual mejor. También eran muchos los bravos viejos voluntarios con cruces de San Jorge en el pecho. Todos iban bien vestidos.

Esta gran unidad se había formado por iniciativa del Comité territorial del PC(b), con el apoyo de Stalin quien la tenía bajo su control personal. Llamaba a P. Metálnikov, el cual le informaba de cómo iba su formación. Estos exploradores sólo podían utilizarse con permiso del Gran Cuartel General. Esto implicaba, naturalmente, preocupaciones complementarias que la división compensó con largueza en sus posteriores acciones combativas. Tuvo una actuación brillante en la liberación de Crimea y terminó con honor la guerra.

Con todo lujo de pormenores se preparaba también la operación parcial, especialmente los desembarcos marítimos. Se decidió que el núcleo del desembarco principal lo constituyesen los soldados y oficiales, especialmente seleccionados, del 166 Regimiento de infantería de la Guardia, mandado por su jefe, teniente coronel G. Glavatski, bien conocido por su experiencia e intrepidez y que se desenvolvía magníficamente en el combate. Era una de esas personas de las que suele decirse que pasaron la prueba del agua y del fuego. En las circunstancias a que nos referimos, tal aforismo era literalmente justo. En el pecho de Glavatski refulgía la estrella de Héroe de la Unión Soviética. Además de su 166 Regimiento, le subordinaron el 143 Batallón independiente de fusileros de marina, mandado por el capitán Lévchenko, también hombre avezado e intrépido, y una compañía de exploradores. El grupo de desembarco contaba con un total de más de 2.000 hombres.

El segundo desembarco, el auxiliar, era menos numeroso, no

pasaba de los 600 hombres. Lo mandaba el comandante Alexéienko.

El contraalmirante G. Jolostiakov respondía de la preparación de estos grupos, su embarque y travesía marítima. Los componentes de los comandos se entrenaban intensamente, desde la mañana hasta la noche.

Hubo dificultades con embarcaciones. Tuvimos que recurrir a los barcos pesqueros, muchos de los cuales necesitaban reparación. Se completaban allí mismo sus tripulaciones y se las adiestraba para la lucha, formando parte de la caravana, y durante el desembarco de las tropas en la costa.

No era menos intenso el trabajo que se hacía en la cabeza de puente. Los Cuerpos de infantería de la Guardia 11 y 16 intensificaron el reconocimiento del enemigo, acumulaban municiones y víveres y se completaban con hombres y material. I. Petrov se pasaba días enteros y, a veces, tambíen noches, con las tropas. Sólo la víspera de Año Nuevo regresó antes de lo acostumbrado, invitándonos a cenar en su casita. Acudieron también los auxiliares más íntimos del Comandante del Ejército. Juntos celebramos los éxitos de nuestras Fuerzas Armadas en el año 1943, que finalizaba, y, como hermanos, nos deseamos mutuamente que el nuevo 1944 fuera aún más dichoso. Voroshílov mandó una felicitación a los jefes de cuerpos y divisiones y a los mandos de la Flota del mar Negro y de la Flotilla del Azov.

Luego, todo adquirió su ritmo acostumbrado. El comienzo de la ofensiva se fijó para la mañana del 10 de enero.

Los días de invierno son de por sí cortos, pero el 9 de enero, absorbidos por completo en los últimos preparativos para la operación, no advertimos, incluso, cómo se hizo de noche. Quedaba aún mucho tiempo para comenzar el ataque contra el enemigo. Las fuerzas de desembarco debían subir a los transportes a las 8 de la tarde. La impaciencia pudo más que nosotros.

— Vamos al puesto de observación — propuso Voroshílov.

El observatorio de Petrov se encontraba a unos dos kilómetros de la primera línea, en un abrupto promontorio, junto al mismo mar de Azov. De día se dominaba desde allí todo el sector de la costa donde debía desembarcar el grupo principal, pero en aquellos momentos, la visibilidad era nula. Cubrían el cielo nubarrones plomizos.

— ¿Cómo está el mar? — preguntamos al representante de la Flota.

— Pronostican una pequeña marejada — respondió. Y, des-

pués de un breve silencio, agregó—: No obstante, puede ocurrir cualquier cosa. El mar es una fuerza ciega...

Mirando continuamente el reloj, aguardábamos el momento en que las fuerzas de desembarco salieran del cordón de Ilich. En la cabeza de puente, los jefes de los cuerpos ya hacía mucho que habían informado que estaban listos para la ofensiva. Jolostiakov, mientras tanto, no daba señales de vida. No nos preocupábamos, pues sabíamos que los marinos son gente puntual: si callaba quería decir que todo iba de acuerdo al plan.

En esta ocasión, sin embargo, la cosa se prolongaba. Ya era la medianoche cuando, por fin, pidieron que Petrov tomara el teléfono. Las fuerzas habían emprendido la travesía...

Al cabo de hora y media o dos, nos llegó un nuevo informe: la agitación de las aguas en el Azov era ya de cuatro y cinco grados de intensidad. Esto significaba que empeoraba la travesía de las fuerzas de desembraco hacia el punto donde debían bajar a tierra.

Como obedeciendo a una voz de mando salimos a mirar el mar. Despedía un sordo rumor, arrojando grandes olas sobre la orilla. La marejada de cuatro o cinco grados de intensidad es insignificante para los transatlánticos, pero podía ser fatal para muchas de las frágiles embarcaciones, abarrotadas con tropas, que navegaban en medio de la más densa oscuridad.

Petrov estaba pálido, pero exteriormente tranquilo. Preguntaron a Jolostiakov cómo marchaban sus asuntos. La respuesta nos tranquilizó: de sus fuerzas de desembarco no llegó ninguna señal desagradable.

Cuando las agujas del reloj se aproximaron a la hora fijada para el desembarco, el Comandante de la artillería miró interrogante a Petrov. Este, a su vez, fijó su mirada en Voroshílov y ambos movieron negativamente sus cabezas, mientras las fuerzas no bajaran a tierra no se podía empezar.

Aparecían ya los primeros reflejos del tardío amanecer de enero, cuando, de pronto, se oyó tiroteo en las alturas que debían tomar las fuerzas de desembarco. La artillería alemana comenzó a disparar desordenadamente. Las fuerzas estaban en su sitio, habían bajado a tierra, desapercibidas por el enemigo, y el teniente coronel Glavatski, sin aguardar a que llegaran los últimos barcos, emprendió un ataque inesperado y furioso. Sin tiros y sin gritos de "hurra" entraron en las trincheras. El enemigo sólo se apercibió de lo que ocurría cuando los atacantes tomaban sus ametralladoras en las cotas.

Ahora entró también en acción nuestra artillería. A continuación, pasaron a la ofensiva las fuerzas de los cuerpos de

infantería, destinadas para esta operación, concentradas en la cabeza de puente.

Mientras tanto, los barcos cargados con fuerzas seguían llegando al lugar de desembarco. No todos pudieron atracar en la misma orilla. Los marineros y soldados de muchos de ellos saltaban al agua, levantando los armas sobre sus cabezas. Algunos fueron revolcados por el oleaje, llegaron como pudieron a la orilla y, aferrándose a la arena, hundiendo en ella sus manos para que la resaca no los arrastrara hacia atrás, tomaban aliento, se ponían en pie y trepaban a las alturas, donde sus camaradas ya peleaban a brazo partido con los fascistas.

El desembarco luchó con arrojo tanto contra el enemigo como contra el mar. En sus puestos de combate perecieron el capitán de fragata N. Kirílov y el teniente de navío, N. Shatáev.

Pasaron otras tres largas horas. Los cuerpos de infantería daban noticias muy escuetas. Todo hacía presentir que el ataque se desarrollaba con poco éxito y, en algunos sectores, se había atascado por completo. Petrov ordenó concentrar el fuego de la artillería sobre las zonas donde se vislumbraba éxito para nuestras fuerzas. Pero el enemigo aguantaba de firme.

Sabíamos que las fuerzas de desembarco continuaban luchando en las cotas, que habían tomado dos baterías antiaéreas, muchos fusiles y 60 prisioneros. De hecho, la cadena de alturas era ya nuestra. Los desembarcados reordenaron sus filas, acercaron más fuerzas y organizaron su defensa.

Después del mediodía la situación se complicó. El enemigo comenzó a contraatacar a las fuerzas desembarcadas desde el lado del edificio del "Ribprom" (del departamento de la industria pesquera), de la granja lechera y de la hondonada Griázevaya. Su aviación bombardeaba incesantemente a nuestras fuerzas. A las siete de la tarde aparecieron en el campo de batalla los cañones autopropulsados "Ferdinand", que también resultaron impotentes: nuestros soldados no dieron un paso atrás y rechazaron todos los contraataques del enemigo, haciéndole muchas bajas.

Durante la noche, la infantería alemana, armada con metralletas, intentó varias veces infiltrarse a retaguardia de nuestras fuerzas de desembarco, siendo rechazados todos sus intentos.

Durante muchas horas no tuvimos noticias del comandante Alexéinko. Hasta que, por fin, se presentó él mismo, comunicándonos que el desembarco auxiliar había cumplido su misión: tomó la cota que necesitábamos y una de nuestras divisiones de infantería enlazaba con él.

Todo lo contrario de las unidades del 11 Cuerpo de infan-

tería de la Guardia, que no habían podido tomar contacto con el desembarco de Glavatski y que durante la jornada sólo progresaron de uno a dos kilómetros. Al día siguiente se siguió combatiendo. Empleamos a nuestra división del segundo escalón. El enemigo también metió sus reservas. La aviación alemana se lanzó de nuevo sobre las posiciones ocupadas por las fuerzas de desembarco. Comenzó un encarnizado cañoneo. Los tanques atacaron a los hombres de Glavatski, viéndose éstos obligados a batirlos a ciencia cierta, pues se les acababan las municiones.

Después del mediodía adivinamos totalmente los propósitos del enemigo. Los alemanes querían aislar a las fuerzas desembarcadas del mar, cercarlas y aniquilarlas. Petrov ordenó a Glavatski abrirse paso al encuentro del 11 Cuerpo. Sus hombres, también esta vez, actuaron con gran decisión. Al final de la jornada se unieron a nuestras fuerzas principales, les entregaron las cotas que habían tomado, pasando a reserva de la 55 División de infantería de la Guardia.

Como resultado de estos combates, la situación mejoró un poco en el flanco derecho, mas no tanto como hubiéramos deseado. Voroshílov estaba nervioso. Para colmo de males, una de las escuadrillas de aviones de asalto de la Flota del mar Negro, que ayudaba al 11 Cuerpo de infantería de la Guardia, bombardeó equivocadamente a los nuestros, aunque, por fortuna, sin causarles bajas. En aquellos momentos me encontraba con el coronel Kitáev en el observatorio del cuerpo y no sólo presenciamos este cuadro, sino que sufrimos también el bombardeo.

El 15 de enero, con las primeras luces del alba, nos dispusimos a recorrer las cotas tomadas por las fuerzas de desembarco. Los soldados empezaban a construir el nuevo observatorio del Ejército: abrían zanjas y abrigos para los puestos de mando. Se trabajaba, en lo fundamental, de noche.

Allí encontramos al general mayor Arshíntsev, jefe del 11 Cuerpo de infantería de la Guardia, que también había trasladado su observatorio mas cerca de la primera línea y se dirigía a él. No teníamos preguntas que hacerle y, sin detenerse más, Arshíntsev siguió su camino. A las 15 horas y 30 minutos murió. Durante una de las incursiones de fuego artillero enemigo, en la casamata donde se encontraban el propio general, el jefe de la artillería del cuerpo, coronel A. Antípov, el jefe del Servicio de información, teniente coronel T. Lobakin y el ayudante de la sección de Operaciones, comandante A. Ménshikov cayó un proyectil de grueso calibre. Los rollizos no aguantaron y el proyectil reventó dentro del abrigo. Murieron todos, excepto Ménshikov, herido de gravedad.

Aquel día, la artillería enemiga no cesó de cañonearnos furiosamente. Al caer la tarde, cuando nos encontrábamos con Petrov, destruyó también la chabola de Voroshílov, matando al centinela que estaba a la puerta. Los nuestros tampoco se quedaban atrás: sus densas incursiones de fuego y los ataques de la aviación contra los órdenes de combate, los puestos de mando y las retaguardias próximas del enemigo, se sucedían. Por las noches actuaba incesantemente el Regimiento femenino de bombarderos nocturnos Po-2, que formaba parte del 4 Ejército aéreo.

El enemigo que se hizo fuerte en la misma Kerch causó muchos disgustos al Ejército Independiente del Litoral. De la montaña Mitrídates veía y batía perfectamente todo el estrecho de Kerch y parte considerable de la península, ocupada por el ejército. La misma montaña con barrios urbanos a su pie y varias otras poblaciones se convirtieron en una fuerte zona defensiva. Si el Ejército del Litoral desarrollaba la ofensiva en la profundidad de la península de Kerch y luego hacia la parte central de Crimea, esta zona podría constituir el punto de partida para la acción enemiga de respuesta en la retaguardia de nuestras tropas.

Al organizar la ruptura de la defensa germano-fascista en las proximidades de Kerch, el Comandante del Ejército del Litoral debía encontrar la forma de asegurar su flanco contra los posibles ataques enemigos del lado de Kerch. Por eso previó la liquidación de las tropas germano-rumanas que estaban en la ciudad, destacando para cumplir esta tarea una parte de sus fuerzas. Sin embargo, los cruentos combates librados en las calles de Kerch no se coronaron con éxito.

Los informes que el Gran Cuartel General recibía del Ejército Independiente del Litoral sobre la situación en la península de Kerch siempre eran muy objetivos y en ellos no se pretendía embellecer las acciones desafortunadas de las tropas en Kerch. Al recibir esos informes, el Gran Cuartel General se puso inquieto, por cuanto es del dominio de todos que los combates urbanos originan generalmente grandes pérdidas entre las tropas y dificultan el empleo de la artillería, tanques y aviación.

En vista de ello, se envió un telegrama a Petrov y Klímov (Voroshílov), en el que se decía que el Ejército del Litoral aventajaba considerablemente al enemigo en tropas, artillería, tanques y aviación. Pero —se subrayaba— "el Ejército pierde esa ventaja al entablar combates en la ciudad donde el enemigo se hizo fuerte, donde es necesario llevar a cabo una duradera

acción ofensiva luchando por cada calle y por cada edificio y donde no hay condiciones para utilizar eficazmente todos los medios de refuerzo disponibles.

Esa táctica a que se atiene el mando del Ejército, el Gran Cuartel General la considera errónea en absoluto, favorable para el enemigo y completamente desfavorable para nosotros.

El Gran Cuartel General considera que el objetivo de los esfuerzos principales del Ejército debe ser la acción en terreno descubierto, donde existe la plena posibilidad de utilizar eficazmente contra el enemigo todos los medios de refuerzo de los que dispone el Ejército.

Las afirmaciones de que en un terreno descubierto es imposible romper la sólida defensa enemiga carecen de todo fundamento, porque incluso la defensa que tenían organizada los alemanes cerca de Leningrado, tres veces más sólida que cerca de Kerch, fue rota gracias a una hábil dirección... El Gran Cuartel General dispone:

1. Trasladar las acciones combativas más importantes de las tropas de Ejército al terreno descubierto.

2. Limitar las acciones en la ciudad a operaciones auxiliares de la acción de las fuerzas principales del Ejército en el terreno descubierto.

3. Partiendo de esas indicaciones, reagrupar las fuerzas y presentar al Estado Mayor General, no más tarde del 28 de enero de 1944, sus consideraciones sobre el plan de acción posterior".

El telegrama fue firmado por José Stalin y A. Antónov.

Ya hacía un mes que permanecíamos en la cabeza de puente, sin que cesaran un momento los preparativos para la operación fundamental de la liberación de Crimea: se acumulaban municiones, se completaban las tropas con hombres y en los segundos escalones no cesaba el adiestramiento combativo de las tropas. De pronto, llegó a Varenikóvskaya un tren especial que traía al general A. Eriómenko, nuevo Comandante del Ejército del Litoral. Sin haber comunicado nada al representante del Gran Cuartel General, y menos aún, sin habérsele preguntado su opinión sobre un problema de tanta importancia, I. Petrov fue destituido de su cargo, puesto a disposición del Gran Cuartel General y llamado a Moscú.

No tardó en telefonear Antónov y transmitirme la orden de que me presentara también al Gran Cuartel General para infor-

mar de cómo estaban las cosas en Kerch. Por lo visto, los acontecimientos de los últimos días intranquilizaron mucho a Stalin. Voroshílov siguió en su sitio.

Informé sólo en presencia de los miembros del Gran Cuartel General y de Antónov. A Petrov no se le invitó. Stalin dudaba en la conveniencia de la operación parcial realizada por el Ejército del Litoral. Me esforcé, como pude, en demostrar su necesidad.

Cuando llegó el turno de hablar de los asuntos del Ejército del Litoral, el Jefe Supremo sacó a colación nuestro protocolo con diez firmas, amonestándonos de nuevo por ello.

— Ni que fuera un koljós. Por casualidad, ¿no votaron?.. A Voroshílov se le puede disculpar tal cosa, pues no es de Estado Mayor, pero Usted tenía la obligación de saber el orden.— Después, dirigiéndose a Antónov y señalándome con la cabeza, dijo —: Hay que castigarle de alguna forma por esto.

Antónov no dijo una palabra.

Volviendo de nuevo a los problemas de la operación para liberar Crimea, Stalin ordenó que se presentaran en el Gran Cuartel General Vasilevski y Voroshílov para resolver definitivamente todas las cuestiones relacionadas con su plan, después que Voroshílov fuera a la dirección principal, hablara con F. Tolbujin, y allí, sobre el terreno, con participación de Vasilevski, organizar la coordinación de las tropas.

De Petrov no se dijo ni una palabra. Reflexionando más tarde sobre este asunto, en el Estado Mayor General llegamos a la conclusión de que los resultados exiguos de la operación parcial y las divergencias con el mando de la Flota hicieron dudar a Stalin de Iván Petrov. Le sustituyeron en el mismo comienzo de la gran operación, cuando el Ejército del Litoral, de hecho, ya estaba preparado para ella. Petrov no pudo recoger los frutos de su trabajo, pero la operación tuvo éxito.

En mayo, después de la liberación de Crimea, muchos de los que participaron en ella fueron condecorados. Pero Stalin recordó de nuevo nuestro malhadado protocolo. Cuando vio mi nombre en las relaciones de los propuestos para condecoración, dijo a Antónov:

— A Shtemenko le rebajaremos un grado la recompensa para que en adelante sepa cómo deben firmarse los documentos.

Y con el lápiz azul hizo una gruesa raya.

Del 14 al 23 de mayo de 1944 tuve nuevamente que ir a Crimea. Esta vez, como representante del Gran Cuartel Ge-

neral, debía ayudar a confeccionar el plan de la defensa de la península, limpia de enemigo, y organizar el paso a la reserva del Alto Mando de los Ejércitos 2 de la Guardia y 51. La cosa urgía, pues el 22 y el 23 de mayo se había fijado discutir en el Gran Cuartel General el plan "Bagratión", operación para derrotar a las tropas enemigas en Bielorrusia, y debíamos saber exactamente con qué reservas contábamos.

Como siempre, tuve que trabajar de sol a sol, que en mayo casi no desaparece. Especialmente eran complicados los transportes de tropas. Faltaba combustible para llevarlas en camiones hasta las estaciones ferroviarias. La distribución de vagones y locomotoras en Crimea, a la sazón, dependía enteramente de Serov, vicecomisario del Pueblo del Interior, a quien había que arrancarle el material a viva fuerza. Las estaciones fundamentales de embarque se encontraban en las zonas de Jersón y Sniguiriovka, hacia donde las tropas se dirigían, en su mayor parte, a pie. Los generales y oficiales de mi grupo organizaron la protección de estas estaciones contra la aviación enemiga y se preocuparon de conservar los pasos a través del Dniéper.

La defensa de Crimea se le encomendaba ahora totalmente al Ejército del Litoral. Con su nuevo Comandante, el general K. Mélnik, puntualizamos todos los detalles del plan preparado por el Estado Mayor del Ejército, en lo que nos prestó gran ayuda el general S. Biriuzov, Jefe del Estado Mayor del 4 Frente de Ucrania. Para cubrir las partes occidental y meridional de la costa de Crimea, desde el Bastión Turco hasta el estrecho de Kerch, de una longitud total de más de 700 kilómetros, no teníamos más que una decena de divisiones, dos brigadas de infantería y una brigada de carros. Esto debía que pensar.

A esto podíamos añadir otra dificultad: comenzaron a llevarse los cuadros del Ejército del Litoral. De tres jefes de cuerpo, dos recibieron otros destinos. También fueron llamados el comandante de la artillería y el jefe de la Sección de Personal. De un momento a otro se esperaba que marcharan también el intendente del Ejército, los jefes de suministro de víveres, del Estado Mayor de Servicios y de la sección de Información. Con la aquiescencia del Gran Cuartel General terminamos con ello, designándose inmediatamente para los cargos vacantes a los adjuntos de los que cesaron. Casi todos ellos resultaron ser hombres con experiencia, conocedores de sus funciones.

Visitamos también en Sebastópol al Comandante de la Flota del mar Negro, almirante F. Oktiabrski. Tratamos de la cooperación de las tropas de tierra con la Flota.

Objeto de particulares preocupaciones eran las escasas

unidades de la defensa antiaérea. El enemigo no había cesado aún sus incursiones aéreas contra Crimea. Hubo días en que bombardeó simultáneamente las estaciones ferroviarias de Dzhankói, Kurmán-Kemelchí, Biuk-Oilar, Tashlik-Tair y Evpatoria, aunque, a decir verdad, los resultados de los bombardeos fueron muy insignificantes.

Un día me dispuse con S. Biriuzov e I. Rizhkov volar desde Sarabuz a la zona de la montaña Sapún, donde se encontraba el Estado Mayor del Ejército del Litoral. Biriuzov me aconsejó, de camino, ver lo que ocurría en el cabo Jersonés, donde se había desarrollado la etapa final de la batalla por Crimea. Volamos en tres aviones Po-2. Hacía un tiempo magnífico y en el aire no se advertía enemigo. Veíamos cómo por las carreteras marchaban lentamente las columnas verdosas de prisioneros, corrían nuestros camiones. De pronto, al otro lado de Bajchisarái, el aparato de Biriuzov comenzó inesperadamente a perder altura. Aguardamos a que tomara tierra en un campo, dimos también una vuelta y aterrizamos junto a él. Supimos que le fallaba el motor. Como no podíamos hacer nada, abandonamos el avión y nos dirigimos a pie a la carretera, detuvimos allí un coche del Ejército Independiente del Litoral y en él llegamos a Jersonés, donde ya nos esperaba K. Mélnik.

Ante nosotros se extendía el campo de la reciente batalla. El cabo estaba literalmente abarrotado de tanques, camiones, morteros y cañones alemanes. Por doquier se advertían las huellas de fuego de nuestra artillería y aviación. En las vaguadas y en las pendientes laderas ribereñas había innumerables depósitos de todas clases. Los cadáveres ya habían sido recogidos, pero el aire estaba saturado de un fétido olor. En todo lo que abarcaba la vista, el mar estaba cubierto de caballerías muertas, hinchadas y reventadas por el calor, que se balanceaban lentamente sobre las olas. El propio enemigo sacrificó todos sus caballos, cuando llegó al límite de nuestra tierra...

No tardamos en regresar a Moscú, donde nos aguardaban nuevos e indemorables trabajos, relacionados con los preparativos de la operación "Bagratión".

Capítulo XII

"BAGRATION"

Balances de la ofensiva del invierno de 1943 y pronósticos para el futuro. Se divide el Frente Oeste. I. Cherniajovski e I. Petrov. Camuflaje operativo. G. Zhúkov coordina las acciones de los Frentes 1 y 2 de Bielorrusia. A. Vasilevski en los Frentes 3 de Bielorrusia y 1 del Báltico. La artillería y los carros en la operación de Bielorrusia. Ataques aéreos. Particularidades de la dirección de las tropas. El fin corona la obra.

Rompiendo todas las concepciones teóricas acerca de la influencia que ejercen en las acciones combativas el invierno y el deshielo primaveral, como rezultado de nuestra enérgica ofensiva, a mediados de abril de 1944 nuestras tropas llegaron al lago Peipus y al río Velíkaya, a los accesos de Vítebsk, Orsha, Moguiliov, Zhlobin y se abrían paso hacia Kóvel. Las fuerzas principales de los frentes ucranianos irrumpieron en las extensiones de la antigua tierra de Volynia y se batían en las estribaciones de los Cárpatos. Habían tomado Ternópol y Chernovitsy, e iban enfilándose contra Iasi y Kishiniov. Se abrieron direcciones sobre Lublín, Lvov y Bucarest que posibilitaban al Ejército Soviético presionar sobre los flancos y las retaguardias de las agrupaciones fundamentales del enemigo.

Todo eso se apreciaba en el Estado Mayor General como muy positivo. Sin embargo, no dudábamos, tampoco, que a pesar de las grandes pérdidas sufridas por el enemigo y de la aguda necesidad de reponer sus fuerzas, su resistencia, lejos de menguar, se haría aún más encarnizada. Se precisaba incrementar nuestros ataques para impedir que los generales hitlerianos pudieran reagrupar sus fuerzas y organizar una defensa sólida.

La situación operativo-estratégica en el verano de 1944, en general favorable a nosotros, seguía siendo, a pesar de todo, sumamente complicada. Por el momento no podíamos proseguir la ofensiva en Ucrania y en Moldavia, pues en los sectores de Lvov, Iasi y Kishiniov habían chocado poderosas, y casi iguales por sus efectivos, agrupaciones de tropas. Todos nuestros seis ejércitos blindados habían convergido allí en lucha contra la masa fundamental de tanques alemanes. Las tropas estaban

cansadas y su abastecimiento necesitaba mejorarse cardinalmente. La sorpresa estaba excluida. Si hubiéramos intentado avanzar inmediatamente en estas direcciones nos habríamos visto obligados a librar una larga y cruenta lucha en condiciones desfavorables y con un desenlace dudoso.

Por el momento, tampoco nos prometía grandes perspectivas la llegada de nuestras tropas a las propias fronteras de las tierras del Báltico, donde tampoco podíamos contar con la sorpresa. El enemigo esperaba la ofensiva de importantes fuerzas del Ejército Soviético y tomaba las medidas oportunas para rechazarla. Tenía la ventaja de poder maniobrar por las líneas operacionales interiores, aprovechando la bien desarrollada red de ferrocarriles y carreteras, mientras que para nuestras fuerzas blindadas existían infinidad de obstáculos. El terreno nos era francamente desfavorable. Surgieron, asimismo, serias dificultades en cuanto a la concentración de nuestras tropas y su abastecimiento. El Gran Cuartel General estaba persuadido de que en la situación creada el Báltico no podía ser la dirección principal de nuestros esfuerzos.

Tampoco nos prometía mucho el Norte, donde la derrota del enemigo sólo podía tener como resultado que Finlandia saliera de la guerra, sin que esta circunstancia creara una situación de peligro directo para Alemania.

Una situación un tanto distinta iba cristalizando en la dirección occidental, al norte y sur de Polesie. El llamado "balcón de Bielorrusia", que fue formándose en el transcurso de las operaciones, cerraba el camino de nuestros ejércitos a Varsovia y podía servir como base de partida al enemigo para atacar el flanco de nuestras tropas en el caso de que éstas emprendiesen la ofensiva hacia las fronteras de Prusia Oriental, amenazando en igual medida a nuestro flanco y retaguardia en la dirección sudoeste, donde mediante contraacciones podía frustrar nuestra ofensiva sobre Lvov y Hungría. Sin contar que desde Bielorrusia podían realizarse incursiones aéreas sobre Moscú. Por último, las tropas enemigas dislocadas en el "balcón de Bielorrusia", que podían maniobrar con rapidez por sus bien desarrolladas redes de ferrocarriles y carreteras, fijaban en este sector a grandes contingentes del Ejército Soviético. Todas estas circunstancias, es natural, nos obligaban a ver la ofensiva en Bielorrusia como nuestra misión más importante, puesto que se planteaba como objetivo destrozar a la importante agrupación enemiga allí dispuesta.

Ya habíamos probado a resolver esta tarea, pero sin éxito. Los repetidos intentos del Frente Oeste de avanzar en la zona de Vítebsk y Orsha fueron poco fructíferos y se pagaron muy caros. El "balcón de Bielorrusia" se defendía firmemente.

Más al sur de Polesie las cosas marchaban mejor: nuestras tropas habían profundizado mucho, enfiladas ya sobre las direcciones de Lublín y Lvov, pero sus fuerzas se agotaron. El éxito en este sector sólo podía explotarse a condición de que llegasen importantes reservas del interior del país y sobre la base de reagrupaciones de orden local.

Por consiguiente, a primera vista, ni en Bielorrusia ni en Ucrania Occidental se vislumbraban ningunas perspectivas risueñas. Sin embargo, un estudio más detallado de la situación proporcionaba, a pesar de todo, ciertas conclusiones prometedoras. El Estado Mayor General consideraba que la causa principal de nuestros fracasos al norte de Polesie no dimanaba tanto de la solidez de las posiciones enemigas como de las flagrantes infracciones de las reglas y de organización, aseguramiento y dirección de la ofensiva por ciertos jefes y EE.MM. Esto se debía y se podía evitar en el futuro. En cuanto a la dirección de Lvov, repito, para lograr los fines propuestos, se necesitaba, ante todo, reforzar y completar los efectivos del 1 Frente de Ucrania.

Un lugar especial correspondía en los cálculos del Estado Mayor Central a la situación en la retaguardia enemiga. En Bielorrusia esa situación se caracterizaba por un poderoso movimiento guerrillero. Allí actuaba contra los hitlerianos un ejército de 150.000 guerrilleros y militantes de las organizaciones clandestinas de Bielorrusia, que arrebataron al enemigo un territorio extenso. Regiones enteras de la república vivían según las leyes del Poder soviético. El Estado Mayor General se proponía apoyarse en las fuerzas guerrilleras organizadas, dirigidas por los órganos del partido (entre los guerrilleros bielorrusos había más de 11.000 comunistas y 31.000 komsomoles), en sus firmes contactos con nuestros frentes. También los guerrilleros lituanos actuaban sistemática y enérgicamente. Los guerrilleros y militantes de las organizaciones clandestinas de Bielorrusia y Lituania podían desorganizar la retaguardia operativa del grupo de ejércitos "Centro", sobre todo sus comunicaciones militares, y causar al enemigo grandes pérdidas.

El análisis de la situación estratégica creada nos convencía cada vez más de que el éxito de la campaña del verano de 1944 había que buscarlo, precisamente, en Bielorrusia y en Ucrania Occidental. Una gran victoria en esta zona permiti-

rá a que las tropas soviéticas alcanzaran por el camino más corto las líneas de importancia vital para el Tercer Reich. Al mismo tiempo, se crearían también condiciones más favorables para descargar potentes golpes sobre las tropas enemigas en todas las demás direcciones y, en primer lugar, en la meridional, donde ya contábamos con una poderosa agrupación propia.

Adquirió particular importancia el problema de los plazos y la sucesividad de las operaciones. Había que privar al enemigo de tiempo para preparar reservas, reponer sus diezmadas divisiones y consolidar la defensa en las direcciones más importantes. La ofensiva de verano debía comenzarse sin una larga pausa, teniendo en cuenta, al mismo tiempo, la necesidad de hacer grandes reagrupaciones de tropas.

Estas consideraciones previas del E.M.G. recibieron luego su plasmación concreta en la idea de la campaña de verano y en su plan, así como en una serie de medidas de organización.

La más importante de las últimas fue la de dividir el Frente Oeste. Previamente, se personó allí una comisión con plenos poderes del Comité Estatal de Defensa que analizó a fondo los pasados fracasos de este Frente. Además de varias causas de orden subjetivo, se pusieron de manifiesto otras de carácter objetivo. El invierno 1944, el Frente Oeste contaba con cinco ejércitos, que arrojaban un total de 33 divisiones de infantería, tres de artillería, dos de cañones, dos antiaéreas y una división de morteros. Además, disponía de un ejército aéreo y se le subordinaban un cuerpo de tanques, nueve brigadas independientes blindadas y ocho de artillería, una brigada de morteros reactivos de la Guardia, dos regiones fortificadas y otras unidades grandes y medianas especiales. El Frente tenía que resolver sus tareas en cuatro direcciones operativas —Vítebsk, Bogushevsk, Orsha y Moguiliov— lo que implicaría dispersión de sus esfuerzos. Además, la maniobra de sus tropas se veía atenazada por la extrema escasez de caminos laterales, mientras que el enemigo, como ya dijimos antes, disponía de excelentes carreteras que enlazaban Vítebsk, Orsha y Moguiliov, por las que podía mover sus refuerzos con rapidez a la dirección más amenazada y detener nuestros ataques.

Partiendo de los resultados del trabajo de la comisión, el Gran Cuartel General decidió dividir el Frente Oeste en dos —el 2 y el 3 Frentes de Bielorrusia— a fin de aproximar la dirección a las tropas y hacerla más eficiente. Simultáneamente se presuponía reforzar los dos nuevos frentes con reservas.

Se examinó asimismo la cuestión referente al reforzamiento del Frente de Bielorrusia. El Jefe Supremo había pedido previamente la opinión de varios comandantes de frentes al respecto y con algunos de ellos había conversado personalmente por teléfono. Un coloquio de esta naturaleza tuvo lugar con el general de ejército K. Rokossovski, Comandante del Frente de Bielorrusia (posteriormente del 1 Frente de Bielorrusia) las tropas del cual estaban en la dirección de Bobruisk. Rokossovski pidió que se le entregaran los ejércitos del 1 Frente de Ucrania que se encontraban en Polesie y en las cercanías de Kóvel. Opinaba que esta medida mejoraría la cooperación y la maniobra si se emprendían ofensivas en las direcciones de Bobruisk y Lublín. Después de un examen muy crítico de todos los "pros" y "contras" el Gran Cuartel General aceptó sus consideraciones. También se resolvió positivamente la de dividir el Frente Oeste. Sobre su base se formaron los Frentes 3 y 2 de Bielorrusia. A este último se le transmitió también el 50 Ejército del 1 Frente de Bielorrusia. Se designaron para mandar los nuevos frentes a los generales coroneles I. Cherniajovski e I. Petrov, respectivamente. El reparto entre ellos de las divisiones de infantería, artillería, tanques, aviación y de todo el material de guerra del antiguo Frente Oeste debería realizarse con participación del representante del Gran Cuartel General.

En calidad de tal salí de Moscú con mi compañero de academia Iván Cherniajovski. Al atardecer del 14 de abril llegamos a la aldea Krásnoe, donde se encontraba el puesto de mando del Frente Oeste. Iván Petrov ya nos aguardaba allí. Se le conocía en nuestras Fuerzas Armadas como dirigente militar reflexivo, precavido y en sumo grado humano, muy erudito y con gran experiencia de vida con las tropas. Su nombre está indisolublemente vinculado a la heroica defensa de Odesa y Sebastópol.

A diferencia de Petrov, I. Cherniajovski aún no disfrutaba de amplia popularidad. Pero ya se había destacado como un brillante jefe de Ejército, tenía una sólida preparación operativa y conocía inmejorablemente la artillería y las tropas blindadas. Era joven (38 años), enérgico, exigente y estaba entregado por completo a su dura y difícil profesión.

Empezamos a trabajar en cuanto llegamos y en pocos días solucionamos todos los problemas de organización. El Estado Mayor del antiguo Frente Oeste pasó entero a Cherniajovski, quien dejó su puesto de mando en Krásnoe. Petrov, por su parte, tuvo que formar todo el aparato de dirección del Frente y se despla-

zó a la zona de Mstislavl.

Antes los tres examinamos minuciosamente la situación y apreciamos las posibilidades de cada uno de los frentes. Estaba claro que la derrota de las agrupaciones adversarias de Vítebsk, Orsha y Moguiliov debía realizarse simultáneamente. Se precisaba asimismo una estrecha cooperación con el 1 Frente de Bielorrusia, que tenía por misión liquidar al enemigo en la zona de Bobruisk. Estas cuatro agrupaciones constituían un todo único, pertenecían al grueso del Grupo de Ejércitos "Centro" y eran el espinazo de la defensa hitleriana en Bielorrusia.

Toda la potencia de las tropas enemigas se concentraba, en lo fundamental, en la zona táctica, cosa que, en general, era característica para la defensa alemana de aquel período. Prácticamente, esto significaba que para romper las posiciones del enemigo había que tener gran cantidad de artillería que lo neutralizara y derrotara sobre seguro en la zona táctica, precisamente. Sin embargo, había que influir también sobre sus reservas dislocadas en profundidad, por más débiles que fueran. Esto nos indujo a examinar también la variante de un ataque profundo con un poderoso ariete blindado en dirección a Borísov y Minsk que aplastara a las reservas enemigas antes de que entraran en combate. Este golpe, según nuestros pronósticos, debería desempeñar un papel decisivo para que la operación se desarrollara con elevado ritmo en todas las direcciones, incluida la de Bobruisk.

Pero, ninguno de los tres frentes bielorrusos tenía ejército blindado. Había que pedírselo al Gran Cuartel General. Convinimos que hiciera la petición Cherniajovski y que el E.M.G. la apoyaría.

Una vez decidido dónde concentrar los esfuerzos principales en la campaña del verano de 1944, tuvimos que ocuparnos a renglón seguido de los plazos de las acciones. Cálculos aproximados demostraron que antes de comenzar la ofensiva en Bielorrusia se necesitaba una pausa operativa para reagrupar las tropas, acumular y transportar los medios materiales necesarios, especialmente municiones y combustible. Estaba claro que eso implicaría inexorablemente una colosal tensión en el trabajo de los ferrocarriles. Las dificultades con el transporte fueron también una de las causas que nos obligaron a pasar inevitablemente a una defensa temporal.

La defensa no se entendía por el E.M.G. como un objetivo en sí, sino como una medida forzosa que nos permitiría prepa-

rarnos bien para una ofensiva decisiva. Se suponía, asimismo, que el paso a la defensa en todo el frente germano-soviético, combinado con el enmascaramiento operativo, desorientaría al enemigo respecto a los verdaderos propósitos del mando soviético.

A mediados de abril, cuando se hizo por primera vez esta propuesta en el Gran Cuartel General, Stalin no la aceptó. Estaba inclinado a continuar las acciones ofensivas.

— Lo pensaremos aún — dijo el Jefe Supremo, aunque sabía perfectamente que muchos comandantes de frentes eran reacios a las operaciones parciales, como regla, poco exitosas.

Sólo al día siguiente Stalin accedió a pasar a la defensa en las direcciones noroeste y oeste, para lo cual se cursaron las correspondientes directivas el 17 y el 19 de abril. Respecto a los restantes frentes, el Alto Mando ordenó no apresurarse y, según sus palabras, "pasarlos a la defensa gradualmente", según fuese deteniéndose la ofensiva. Prácticamente, sólo del 1 al 7 de mayo recibieron la indicación de pasar a la defensa. Debo remarcar que, en todos los casos, el contenido de estas indicaciones estaba penetrado del espíritu de preparación para la ofensiva. El Gran Cuartel General exigió:

"1. Organizar una minuciosa y diaria observación del enemigo con la misión de revelar sus sistemas defensivo y de fuegos, inclusive cada punto de fuego, emplazamiento de morteros y batería artillera. Todos los cambios que se operen en la situación del enemigo tenerlos oportunamente en cuenta y registrarlos en los esquemas de reconocimiento y de objetivos.

2. Al objeto de ocultar nuestro sistema defensivo, el dispositivo de nuestros medios de fuego y acumular municiones, hay que reducir la actividad de la artillería, morteros y armas de infantería, designando para hacer fuego medios especiales. Todos los asentamientos localizados por el enemigo, cambiarlos.

Permitir efectuar el tiro solamente desde posiciones provisionales o de reserva.

Establecer para cada unidad de armamento activo, especialmente de grueso calibre (morteros de 120 mm y obuses de 122 y 152 mm) un riguroso límite de gasto diario de municiones".

La elaboración de la idea operativa general y también del plan de acciones para la campaña del verano de 1944, se iban realizando en el E.M.G. sobre la base de las propuestas de los comandantes de los frentes, que conocían la situación al detalle.

El Consejo Militar del 1 Frente de Bielorrusia veía su misión en la derrota de las tropas alemanas fascistas que ocupaban la extensa zona de Minsk, Baránovichi, Slónim, Brest, Kóvel, Luninets y Bobruisk. Una vez logrados los objetivos de la operación, se fijaba que nuestras tropas alcanzaron la línea Minsk, Slónim, Brest y el río Bug Occidental, con lo cual quedarían cortados todos los caminos laterales fundamentales, ferroviarios y por carretera, del enemigo en una profundidad de hasta 300 kilómetros y, por consiguiente, interrumpida la cooperación de sus agrupaciones operativas en la dirección occidental.

La operación prometía ser complicada. Rokossovski, Comandante del Frente, opinaba que no podría realizarla simultáneamente con todas sus fuerzas, por cuanto la defensa del enemigo al este de Minsk era de suma solidez y habría sido arriesgado querer romperla con un golpe frontal. Proponía, por eso, efectuar la operación en dos etapas. En la primera (de hasta 12 días de duración), con los cuatro ejércitos del ala izquierda del Frente había que, digámoslo así, socavar la solidez de la defensa enemiga, por el sur. Para ello, se proyectaba derrotar al adversario que se le oponía y tomar posiciones por la margen oriental del río Bug Occidental, en el sector desde Brest hasta Vladímir-Volynski, flanqueando así el ala derecha del Grupo de Ejércitos "Centro". En la segunda etapa, se pensaban acciones simultáneas de todas las tropas del Frente para derrotar a las agrupaciones enemigas de Bobruisk y Minsk. Apoyándose en las posiciones tomadas en el Bug Occidental y protegiendo su flanco izquierdo de contraataques desde el oeste y el noroeste, los ejércitos del ala izquierda del Frente, partiendo de la zona de Brest, deberían irrumpir con sus fuerzas principales en la retaguardia del enemigo en dirección a Kobrin, Slónim y Stolbtsí. Simultáneo a este ataque, se asestaría un segundo con el ala derecha del Frente, desde la línea de partida Rogachov-Zhlobin, en dirección general sobre Bobruisk y Minsk. Para cumplir estas misiones, contando con las reagrupaciones, se exigirían no menos de 30 días. El éxito de la maniobra envolvente sólo se garantizaría a condición de que se reforzara el ala izquierda con uno o dos ejércitos de tanques.

Esta idea de maniobra suscitó gran interés y fue un ejemplo de solución original de la ofensiva en un frente muy ancho. Al jefe del Frente se le planteaban problemas de suma complejidad para dirigir las acciones de las tropas en direcciones separadas por Polesie. En el Estado Mayor General se llegó incluso a pensar si, por esta circunstancia, no convendría más

dividir el 1 Frente de Bielorrusia en dos. Sin embargo, Rokossovski supo demostrar que las acciones por un plan único y con un solo mando de Frente, eran las más adecuadas en aquella zona. Estaba seguro que en este caso, Polesie no sería un factor desarticulante de las accones de las tropas, sino, por el contrario, un factor aglutinador.

Lamentablemente, el Gran Cuartel General no pudo en aquella situación destacar y concentrar en la región de Kóvel los efectivos necesarios, en particular ejércitos de tanques. Por eso, la idea extraordinariamente interesante de Rokossovski no pudo llevarse a efecto. No obstante, la propia idea de la dirección elegida para los ataques y la sucesividad de las acciones de las tropas, condicionada en sumo grado por las enormes extensiones de terreno cubiertas de bosques y pantanos que dividían el 1 Frente de Bielorrusia, fue utilizada por la Dirección de Operaciones del E.M.G. cuando hubo que planificar las siguientes operaciones.

G. Zhúkov, que a la sazón había sido designado jefe del 1 Frente de Ucrania en sustitución de N. Vatutin, muerto, envió también sus consideraciones acerca de las futuras acciones ofensivas: cuando se acabara con la agrupación enemiga de Proskúrov-Kámenets-Podolski y se tomara Chernovitsy, se proponía derrotar al enemigo en el sector de Lvov y salir con sus tropas a la frontera estatal. Las fuerzas principales del Frente tenían como misión inmediata ocupar Vladímir-Volynski, en el ala derecha, Lvov, en el centro, y Drogobych en el ala izquierda. La misión posterior consistiría en limpiar de alemanes la zona de Peremyshl. La idea de la operación de Lvov se basaba nuevamente en la maniobra envolvente.

Sin embargo, esta operación tampoco pudo realizarse entonces, principalmente por la insuficiencia de fuerzas. Pero el núcleo racional de la idea del comandante no se perdió. La apreciación detallada del posible desarrollo de la situación mediante la ofensiva, reveló la interrelación más estrecha de los ejércitos del flanco izquierdo del 1 Frente de Bielorrusia y de las tropas del 1 Frente de Ucrania, circunstancia que influía decisivamente en el orden y realización en aquel sector de las operaciones de verano.

En la segunda quincena de abril, el Estado Mayor General resumió en un todo las consideraciones respecto a la campaña de verano, que se presentaba como un sistema de operaciones, las de mayor envergadura en la historia de las guerras, desplegadas en un enorme espacio, desde las tierras del Báltico hasta los Cárpatos. En las operaciones deberían participar, casi simultá-

neamente, no menos de cinco o seis frentes. El análisis posterior de la esencia del problema determinó, no obstante, la conveniencia de llevar a cabo una gran operación independiente en la dirección de Lvov y otras operaciones en las direcciones de Víborg y del Svir-Petrozavodsk.

La campaña de verano nos la imaginábamos ahora en esta sucesividad. La inauguraba a comienzos de junio el Frente de Leningrado con su ofensiva sobre Víborg. Después, le seguiría el Frente de Carelia, teniendo como objetivo derrotar a la agrupación enemiga del Svir-Petrozavodsk. Como resultado de estas dos operaciones, debería abandonar la lucha el aliado finlandés de la Alemania hitleriana. Tras el Frente de Carelia, sin la menor dilación, seguían las acciones de Bielorrusia, calculadas para sorprender al enemigo. Luego, cuando el mando hitleriano comprendiera ya que en Bielorrusia era donde se desarrollaban los acontecimientos decisivos y llevara allí sus reservas, sacadas del sur, empezaría una arrolladora ofensiva del 1 Frente de Ucrania en dirección a Lvov. La derrota de las agrupaciones enemigas de Bielorrusia y Lvov era el contenido del golpe principal de las Fuerzas Armadas Soviéticas en la campaña del verano de 1944. Al mismo tiempo, se presuponía activar a las fuerzas del 2 Frente del Báltico para fijar a las tropas del Grupo de Ejércitos enemigo "Norte" que, indudablemente, intentaría garantizar la estabilidad del Grupo de Ejércitos "Centro", su vecino por la derecha. Y, por último, cuando como resultado de todos estos demoledores golpes el enemigo fuese derrotado, se podía considerar asegurada la ofensiva en otra dirección: sobre Rumania, Bulgaria, Yugoslavia y también sobre Hungría, Austria y Checoslovaquia.

Bajo tal aspecto se presentó el esbozo de la campaña de verano al Gran Cuartel General ya a finales de abril, que sirvió de base para formular en la Orden del Primero de Mayo del Jefe Supremo los fines políticos de las Fuerzas Armadas Soviéticas, en la que se exhortaba a las tropas a limpiar de enemigo toda la tierra de nuestra Patria y a eximir del cautiverio hitleriano a los pueblos hermanos de Polonia, Checoslovaquia y de otros países de la Europa Oriental.

Emprendiendo los preparativos de la operación de Bielorrusia, el Estado Mayor General trataba de hacer creer al mando hitleriano que en el verano de 1944 los golpes principales del Ejército Soviético se asestarían en el sur y en la zona del Báltico. Ya el 3 de mayo se dio la siguiente disposición al Co-

mandante del 3 Frente de Ucrania:

"Al objeto de desorientar al enemigo a Usted se le encomienda la ejecución de medidas de desinformación operativa. Es necesario hacer ver tras el flanco derecho de su Frente la concentración de ocho o nueve divisiones de infantería, reforzadas con tanques y artillería... La falsa zona de concentración hay que darle vida, mostrando movimiento y vivaques de grupos de fuerzas, camiones, tanques, piezas de artillería y preparación ingeniera de la zona; los lugares donde se coloquen maquetas de tanques y cañones "protegerlos" con piezas antiaéreas, señalando simultáneamente la DA de toda la zona mediante el emplazamiento de cañones antiaéreos y el patrullamiento de cazas.

Valiéndose de la observación y fotografía aéreas, comprobar la visibilidad y la verosimilitud de los falsos objetivos... La desinformación operativa realizarla del 5 al 15 de junio del año en curso".

Una directiva análoga se envió al 3 Frente del Báltico, cuyos trabajos de camuflaje deberían realizarse al este del río Chérej.

El enemigo picó inmediatamente en estos cebos. El mando alemán dio muestras de gran intranquilidad, especialmente en la dirección meridional. Mediante un reconocimiento aéreo intensivo trataba insistentemente de conocer qué fraguábamos al norte de Kishiniov y cuáles eran nuestros propósitos.

También contribuyó a desinformarle el que dejáramos los efércitos de tanques en la dirección sudoeste. El reconocimiento enemigo no los perdía de vista y, por cuanto estos ejércitos no se movieron del sitio, llegó a la conclusión de que allí, precisamente, era donde con toda seguridad emprenderíamos la ofensiva. En realidad, preparábamos ocultamente un golpe blindado en un lugar totalmente distinto. Completamos en primer lugar con hombres y material las grandes unidades de carros y mecanizadas que no tardarían en reagruparse en la dirección de Bielorrusia.

Se tomaron medidas para no descubrir nuestras intenciones. Un círculo muy reducido de personas participó en la elaboración directa del plan de la campaña de verano, en general, y de la operación de Bielorrusia, en particular. En toda su escala, estos planes los conocían sólo cinco personas: el primer adjunto del Jefe Supremo, el Jefe del E.M.G. y su adjunto, el Jefe de la Dirección de Operaciones y uno de sus adjuntos. Quedaron prohibidas categóricamente toda clase de comunicaciones por escrito y conversaciones telefónicas relacionadas con estos planes, controlándose todo ello rigurosísimamente. Las considera-

ciones de orden operacional de los frentes las confeccionaban también dos o tres personas, se escribían, por lo común, a mano y se daban a conocer, como regla, personalmente por los comandantes en jefe. Se desplegaron trabajos en las tropas para perfeccionar la defensa. Los periódicos de frente, ejército y división sólo insertaban temas defensivos. Toda la agitación verbal estaba orientada a mantener con firmeza las posiciones defensivas. Cesó temporalmente el funcionamiento de potentes radioemisoras. En la red de radio de instrucción y adiestramiento sólo se sintonizaban emisoras de poca potencia, dislocadas a no más de 60 kilómetros de la primera línea, que trabajaban con antena reducida y bajo un radio-control especial.

Todo este complejo de medidas de enmascaramiento operativo, al fin y a la postre, se justificó. La historia testimonia que el enemigo sufrió un error craso, respecto a nuestros verdaderos propósitos. K. Tippelskirch, que a la sazón mandaba el 4 Ejército alemán, escribió posteriormente que el general Model, Comandante del Frente en Galitzia, no creía que los rusos emprendieran la ofensiva en otro sector que no fuera el suyo. También el Alto Mando hitleriano fue de la misma opinión, aunque estimaba que nuestro ataque en Galitzia podía compaginarse con otro golpe en el Báltico. Al despliegue de las tropas soviéticas frente al Grupo de Ejércitos "Centro" se le dio un significado secundario.

Toda la primera quincena de mayo de 1944 transcurrió esbozando el plan de la campaña de verano. Se precisaron una y otra vez los detalles de la ofensiva en Bielorrusia. Debido a la carencia de reservas hubo que desechar la propuesta de Rokossovski para realizar la ofensiva a través de Kóvel y atacar luego a la retaguardia del enemigo al oeste de Polesie. Nos centramos en la variante limitada de la operación al norte de los bosques y pantanos del Prípiat. Previamente, recabamos de nuevo la opinión del Comandante del 1 Frente de Bielorrusia, apuntándole la perspectiva de que se le subordinarían el 28 Ejército y el 9 Cuerpo de tanques.

Rokossovski y su Estado Mayor analizaron todo y nos comunicaron sus consideraciones el 11 de mayo. Estimaban que el objetivo de la operación para el 1 Frente de Bielorrusia debía ser la derrota de la agrupación hitleriana de Zhlobin, con la posterior explotación del éxito sobre Bobruisk, Osipóvichi y Minsk. Además, las fuerzas principales del Frente no asestarían un solo golpe, sino dos simultáneos de igual potencia: el pri-

mero, sobre la margen oriental del río Bereziná y salida a Bobruisk, y el segundo sobre la margen occidental, envolviendo por el sur dicha ciudad. En primer lugar, la realización de dos ataques, iguales en potencia, desorientaría al enemigo y le sorprendería y, en segundo lugar, le impediría contrarrestar nuestra ofensiva mediante la maniobra. Se planearon también acciones secundarias en la dirección de Slutsk y Baránovichi.

Rokossovski dedicaba atención particular a la ofensiva continua. Para excluir las pausas tácticas y, posteriormente, también las operativas, se presuponía que ya al tercer día de la operación, en cuanto fuese perforada la defensa táctica de los alemanes, se introduciría en la zona del 3 Ejército al 9 Cuerpo de tanques, para explotar el éxito en la dirección de Bobruisk. Cuando se acercaran los Ejércitos 3 y 48 al río Bereziná, se pensaba meter en su intersticio al 28 Ejército de refresco, con la misión de tomar la ciudad de Bobruisk y proseguir la ofensiva en dirección de Osipóvichi y Minsk.

Actuando por este procedimiento, un tanto inusitado para aquella época, el Comandante del 1 Frente de Bielorrusia se proponía desmembrar las fuerzas enemigas que se le oponían y destrozarlas sucesivamente sin esforzarse, no obstante, por cercarlas inmediatamente. La Dirección de Operaciones del E.M.G. tuvo en cuenta estas consideraciones.

Hacia el 14 de mayo se dieron los últimos toques a los preparativos de la operación de Bielorrusia. Todo fue resumido en un plan único bajo el aspecto de un breve texto y una carta. El texto lo escribió de puño y letra el general A. Grizlov y después de varios días de reflexiones, el 20 de mayo, lo refrendó con su firma A. Antónov.

Cavilamos mucho cómo denominar este plan, hasta el punto de que cuando se lo presentamos al Jefe Supremo no tenía aún nombre alguno. Stalin propuso llamarlo "Bagratión", en honor de nuestro famoso compatriota que glorificó las armas rusas en la lucha contra los invasores extranjeros en 1812.

Según la variante inicial del plan "Bagratión", la operación tenía como objetivo liquidar el saliente de la defensa enemiga en la zona de Vítebsk, Bobruisk y Minsk y alcanzar la línea Disná, Molodechno, Stolbtsí y Starobin. La idea de maniobra preveía destrozar las agrupaciones en las alas del enemigo, envolver sus flancos y romper el centro de sus posiciones con un posterior desarrollo del éxito en direcciones que convergían en Minsk. Todas las fuerzas de cuatro de nuestros frentes — tres de Bielorrusia y el 1 del Báltico — se enfilaban contra el Grupo

de Ejércitos "Centro". La operación se aseguraba desde el norte y el sudoeste con efectivos insignificantes.

Las reservas del Gran Cuartel General se iban acercando a toda prisa a la dirección del esfuerzo principal. En los primeros días de junio debían estar ya concentrados allí los dos Ejércitos que quedaron inactivos en Crimea: el 51, al sudeste de Gómel, y el 2 de la Guardia, en la zona de Yártsevo.

Las fuerzas principales que participaban en la ofensiva se subdividían en dos grupos. El grupo "A" lo integraban los frentes 1 del Báltico y 3 de Bielorrusia, en total, 39 divisiones de infantería, dos cuerpos de carros, uno de caballería, seis divisiones de artillería (incluidas dos divisiones de proyectiles reactivos de la Guardia). El grupo "B" lo componían el 2 Frente de Bielorrusia y los ejércitos del flanco derecho del 1 Frente de Bielorrusia, en total, 38 divisiones de infantería, un cuerpo de tanques y otro mecanizado, tres divisiones de artillería (de ellas, una de proyectiles reactivos de la Guardia).

En su conjunto, contra las 42 divisiones enemigas (según nuestros cálculos, a la sazón un poco rebajados) que se defendían en el saliente de Bielorrusia, deberían lanzarse 77 divisiones de infantería soviéticas, tres cuerpos de carros de combate, uno mecanizado, otro de caballería, seis divisiones de artillería y tres divisiones de lanzacohetes de la Guardia.

El Estado Mayor General suponía que estos efectivos garantizaban el logro del objetivo de la operación. Sin embargo, no tardó en saberse que la cantidad de divisiones enemigas era un poco mayor de lo que creíamos. Por otra parte, el débil 2 Frente del Báltico no estaba en condiciones de inmovilizar a las tropas del Grupo de Ejércitos "Norte", razón por la que este último podía asestarnos un golpe al flanco, extraordinariamente peligroso para nosotros, desde el sector de Grupo de Ejércitos "Centro", su vecino de la derecha. A medida que iban precisándose los efectivos del enemigo, corregíamos también nuestro plan, inevitabilidad que, en cierta medida, habíamos previsto. Precisamente para eso se organizó su discusión con los comandantes de los frentes un mes antes de la ofensiva, aproximadamente, a fin de contar con los datos más frescos de la situación y las posibles tendencias de su desarrollo en las primeras jornadas.

La idea de maniobra es el elemento más importante del plan de cualquiera operación. Por el plan "Bagratión" se pensaba aniquilar totalmente a las fuerzas fundamentales del enemigo,

que se defendían en Bielorrusia. Este problema se examinó repetida y multifacéticamente con el Jefe del Estado Mayor General, A. Vasilevski, y con G. Zhúkov, primer adjunto del Jefe Supremo. Se estimaba que el destrozo de una parte considerable de las tropas enemigas, de más capacidad combativa, podría conseguirse ya durante el período de ruptura de la defensa, cuya primera zona estaba especialmente saturada de hombres. Por cuanto el enemigo reservaba pocas fuerzas, se cifraban grandes esperanzas en la primera avalancha de fuego sobre su zona táctica. Para lograr estos efectos se dio a los frentes gran número de divisiones artilleras de ruptura.

Respecto a los métodos que se emplearían en acciones posteriores, éstos se perfilaban de manera distinta. La zona de Vítebsk no suscitaba duda alguna. Allí la situación operativa de las tropas soviéticas, que envolvían profundamente este centro fortificado, hacía que conviniera más la operación de cerco con la simultánea desmembración y aniquilamiento por partes de la agrupación enemiga. El término "cerco" no se aplicaba a otras direcciones. En cuanto a los procedimientos de acción, igual que en la operación "Rumiántsev", se manifestaba gran prudencia. La experiencia de Stalingrado y de otras grandes batallas, evidenciaba que el cerco y liquidación del enemigo copado exigía grandes contingentes de tropas y material bélico, más la pérdida de mucho tiempo. Por otra parte, cualquier disminución del ritmo de ofensiva en un frente tan ancho como el de Bielorrusia, posibilitaría al adversario traer reservas y detener nuestros ataques. Además, el peculiar terreno cubierto de bosques y pantanos, en el que debería desplegarse la ofensiva de Bielorrusia, impediría hacer un cerco compacto.

En la situación concreta que se nos planteaba, los métodos anteriores de aniquilamiento del enemigo los considerábamos inadecuados. Debíamos pensar algo nuevo. Entre otras, surgió esta idea: con un ataque demoledor de la artillería y la aviación, derrotar a la masa fundamental de tropas enemigas en la profundidad táctica de su defensa, después, desalojar sus restos de las posiciones fortificadas y rechazarlos hacia los bosques y tremedales, donde se encontrarían en condiciones peores que nos permitirían golpearlos frontalmente, de flanco, desde el aire, ayudándonos por su espalda los guerrilleros. Como por sus resultados esto equivalía al cerco, estimábamos este método de acciones indudablemente ventajoso.

El ritmo de ofensiva ocupó un lugar especial en la elaboración del plan "Bagratión". Es sabido que el rápido progreso de las tropas en ofensiva impide o dificulta al enemigo organi-

zar y realizar acciones defensivas metódicas. Al fin y a la postre esto conduce a la pérdida absoluta de la iniciativa y a la derrota completa del que se defiende. Mas, para que la ofensiva se desarrollase con gran ritmo se necesitaban fuerzas móviles, de las que casi carecíamos cuando preparábamos el plan de la operación de Bielorrusia. Todos nuestros ejércitos de carros continuaban en el ala meridional de frente soviético-germano. Aparte de que comprendíamos perfectamente que en el terreno de Bielorrusia, cubierto de bosques y pantanos, sólo podría emplearse un número relativamente pequeño de tropas móviles, principalmente, cuerpos, brigadas y regimientos independientes de tanques y, en el mejor de los casos, un ejército blindado.

La inclusión de una gran unidad de esta naturaleza en la agrupación de ataque, no cabe duda que podía aportar a la operación una impetuosidad mucho mayor. El Estado Mayor General decidió pedir esto cuando se discutiera el plan en el Gran Cuartel General.

El plan se discutió el 22 y el 23 de mayo en el Gran Cuartel General con participación de G. Zhúkov, A. Vasilevski, I. Bagramián, Comandante del 1 Frente del Báltico, K. Rokossovski, Comandante del 1 Frente de Bielorrusia, los miembros de los consejos militares de estos dos frentes y también A. Nóvikov, N. Vóronov, N. Yákovlev, A. Jruliov, M. Vorobiov, I. Peresipkin y oficiales del E.M.G. encabezados por A. Antónov. I. Cherniajovski no asistió por enfermedad. I. Petrov, que actuaba en la dirección secundaria, no fue llamado al Gran Cuartel General.

Durante estos días fue formulado definitivamente el objetivo de la operación de Bielorrusia: cercar y aniquilar en la zona de Minsk a fuerzas importantes del Grupo de Ejércitos "Centro". Ya he señalado que el E.M.G. no quería utilizar la palabra "cerco", pero nos enmendaron. Al cerco debía precederle una derrota simultánea de las agrupaciones enemigas de los flancos, la de Vítebsk y la de Bobruisk, y también de sus fuerzas concentradas en las proximidades de Moguiliov. Esto abriría inmediatamente el camino hacia la capital de Bielorrusia por direcciones convergentes.

Paralela al examen de la idea de maniobra se iba precisando la composición de las agrupaciones de choque de los frentes, se resolvían los problemas de cómo reforzarlas con tropas móviles. Se accedió, en particular, a nuestra petición de que se empleara un ejército de carros en la dirección principal del 3 Frente de Bielorrusia: la elección recayó en el 5 de la Guardia. La

profundidad y ritmo de la operación se presuponía aumentarlos también a costa de introducir al combate ejércitos de la reserva del Gran Cuartel General. Se acordó comenzar la ofensiva del 15 al 20 de junio.

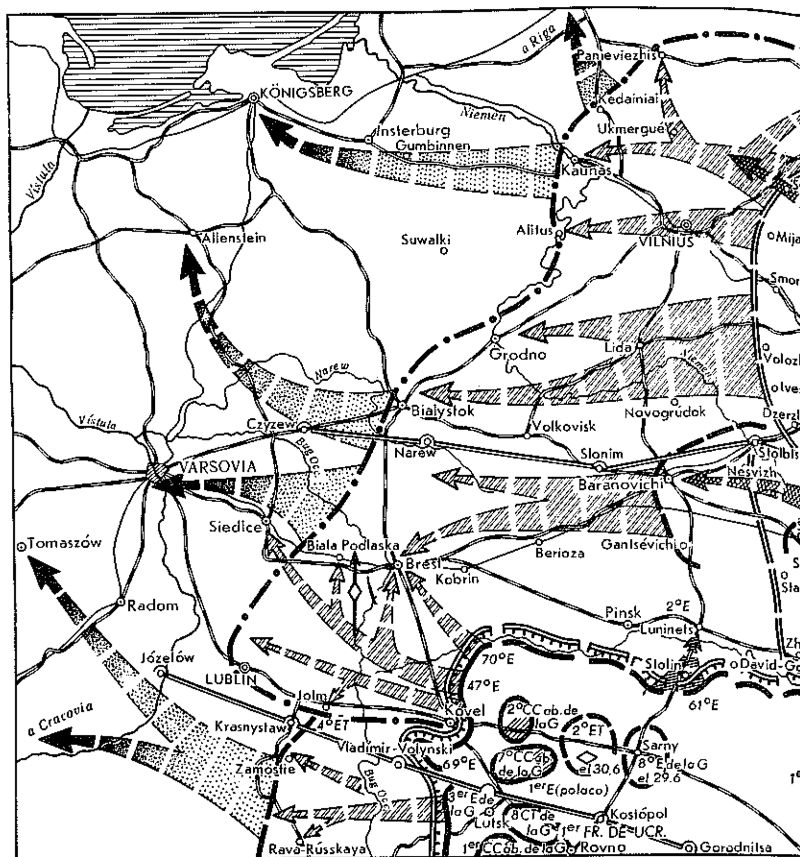
Bagramián propuso encauzar los esfuerzos del 1 Frente del Báltico, principalmente, a preservar la operación contra un probable contraataque por el Grupo de Ejércitos "Norte". Su propuesta fue aceptada y la misión del Frente fue un tanto modificada. Ahora, ya no se preveía que participase directamente en el cerco del enemigo al este de Minsk, sino que debería avanzar, rodeando Pólotsk por el sur, separando a las fuerzas principales del Grupo de Ejércitos "Norte" de las tropas enemigas que actuaban en el sector central. Además, se suponía proteger la operación por el norte con acciones activas del 2 Frente del Báltico.

El flanco sur nos preocupaba menos. Polesie lo aseguraba bien, limitando la contramaniobra del enemigo al solo ataque desde la profunidad de su dispositivo. Como complemento, durante la operación "Bagratión" debería emprender la ofensiva el 1 Frente de Ucrania en dirección a Lvov. Por lo tanto, no había necesidad alguna en destacar grandes fuerzas para proteger este flanco.

Al 2 Frente de Bielorrusia se le encomendaba la misión de fijar el número mayor de fuerzas posible e impedir al mando hitleriano que pudiera emplearlas para contrarrestar la maniobra de rodeo de los Frentes 1 y 3 de Bielorrusia. En este sentido, Iván Petrov tenía bastante experiencia y también nos sentíamos tranquilos por él.

Cherniajovski llegó a Moscú el 24 de mayo, después de su enfermedad, acompañado por V. Makárov, miembro del Consejo Militar del Frente. El plan que presentaron de la operación de sus tropas lo examinaron personalmente Zhúkov y Vasilevski, aprobándolo, en lo fundamental. Sin embargo, la tarde del 25 de mayo, cuando se informó del plan en el Gran Cuartel General, se propuso que el 3 Frente de Bielorrusia lanzara dos ataques simultáneos: sobre las direcciones de Bogushevsk y Orsha, respectivamente. Durante toda una noche trabajaron en ello Cherniajovski, Makárov y el coronel V. Mernov, jefe de ésta dirección operativa. En el nuevo gráfico de la operación se indicó también que el Frente se reforzaba con el 5 Ejército de carros de la Guardia y con una división más de artillería de ruptura.

Aún no había amanecido cuando el automóvil nos llevaba a Cherniajovski, a Makárov y a mí por la carretera de Dmítrov, a



Operación "Bagratión"

la "Villa lejana" de Stalin. El Jefe Supremo escuchó nuestro informe y aprobó el plan sin hacer ninguna observación.

Después, nos absorbieron por completo las preocupaciones para el aseguramiento material de la ofensiva en Bielorrusia. De todos los puntos corrían en dirección a Bielorrusia numerosos trenes con tropas, armas, pertrechos y otras cargas militares. Cada día adquiría mayor envergadura el traslado de dos ejércitos desde Crimea. Tratábamos por todos los medios de mantener en secreto este movimiento de tropas. Ya el 21 de mayo se envió al Comandante del 4 Frente de Ucrania un telegrama en el que se le prescribía adoptar medidas rigurosísimas para ocultar los traslados ferroviarios. Quedó prohibida toda correspondencia



relacionada con esto y cesaron, casi por completo, los viajes a Moscú en comisión de servicio de oficiales y generales. En las estaciones, los convoyes eran acordonados inmediatamente por fuertes retenes de vigilancia y los soldados sólo salían en grupos de los vagones. A los organismos de Etapas y a los empleados de ferrocarriles no se les daban ningunos datos, excepto los números de los convoyes.

Cuando comenzaba la reagrupación del 5 Ejército de carros de la Guardia se descubrió que querían quitarle, en el sitio donde se encontraba, parte de los tanques y los regimientos de artillería autopropulsada. Comprendíamos, naturalmente, el deseo del Frente, mas no entraba en modo alguno en los cálculos

del Estado Mayor General debilitar esta gran unidad. Con este motivo se cursó la siguiente disposición al 2 Frente de Ucrania:

"Enviar al 5 Ejército de carros de la Guardia compuesto por los cuerpos de Vóvchenko y Kirichenko, con su plantilla íntegra de personal, máquinas y material. Ambos cuerpos deberán tener no menos de 300 tanques".

Durante todo el tiempo que estuvimos reagrupando las tropas y acumulando los medios materiales necesarios para la ofensiva, no cesamos de intranquilizarnos por el transporte ferroviario, excesivamente recargado y que podía jugarnos una mala pasada. El pensamiento de terminar a su debido tiempo los traslados ferroviarios martilleaba el cerebro de los oficiales de la Dirección de Operaciones del E.M.G. Varias veces dimos cuenta a Stalin de nuestras preocupaciones. Pero el Jefe Supremo confiaba en el Comisario del Pueblo de Vías de Comunicación y, como pronto se puso en claro, sobrestimó a todas luces las posibilidades de este último. Los ferrocarriles no cumplieron su tarea para la fecha fijada, por culpa de lo cual hubo que demorar la operación en varios días.

Paralelo al gigantesco trabajo para la concentración de tropas y acumulación de recursos para la ofensiva en Bielorrusia, continuamos, como es natural, puliendo el aspecto operativo del plan de la campaña de verano, en su conjunto. El Estado Mayor General estudió las propuestas para las operaciones de Víborg y del Svir-Petrozavodsk, presentadas, correspondientemente, por el general de ejército L. Góvorov, Comandante del Frente de Leningrado, y por el general de ejército K. Meretskov, jefe del Frente de Carelia. Ya dijimos anteriormente, que con las acciones de estos dos frentes, de cuyo desenlace feliz nadie dudaba, debería comenzarse la ofensiva triunfal de Ejército Soviético en el verano de 1944. Después, les llegaría el turno de victorias a las tropas de la dirección de Bielorrusia, la principal, y ya durante la ofensiva de éstas, a los ejércitos del 1 Frente de Ucrania, mandados por I. Kónev.

La envergadura de las operaciones activas de las tropas soviéticas debería ir constantemente en aumento de forma que, a finales de verano, nuestra ofensiva se hubiera convertido ya en una impetuosa avalancha que arrollara cuantos obstáculos encontrara a su paso y a la que no pudiera oponerse la máquina bélica del Tercer Reich. Nuestro gobierno no ocultaba estos propósitos a sus aliados. El 30 de mayo, las ideas operativas del Alto Mando Soviético fueron definitivamente insertadas en el mapa del Estado Mayor General, el 31 del mismo mes se dieron

las correspondientes directivas a los frentes y ya el 6 de junio Stalin escribió a Churchill:

"La ofensiva de verano de las tropas soviéticas, organizada según lo convenido en la Conferencia de Teherán, comenzará a mediados de junio en uno de los sectores importantes del frente. La ofensiva general de las tropas soviéticas se desplegará por etapas, mediante la introducción sucesiva de ejércitos en las operaciones ofensivas. A finales de junio y durante el mes de julio, las operaciones ofensivas se transformarán en una ofensiva general de las tropas soviéticas".

En esta carta se hacía una característica exacta, y bastante detallada, de nuestros propósitos operativos.

Tras las directivas para la ofensiva en Bielorrusia salieron inmediatamente para los frentes representantes del Gran Cuartel General, quienes deberían, en primer lugar, cerciorarse de si se había comprendido justamente esta directiva, si todos los jefes de frentes tenían claras sus misiones y si no se interpretaban por cada uno de ellos a su manera. Después, los representantes del Gran Cuartel General deberían, junto con los mandos y los EE.MM. de los frentes, establecer los procedimientos mejores para emplear las fuerzas y medios disponibles, organizar la cooperación y, posteriormente, controlar rigurosamente el cumplimiento del plan aprobado. También estaban obligados a prestar ayuda a los frentes en el aseguramiento material y técnico de la operación.

A Zhúkov se le encomendó coordinar las acciones de los Frentes 1 y 2 de Bielorrusia. Vasilevski fue enviado a los Frentes 1 del Báltico y 3 de Bielorrusia, los jefes de los cuales aún carecían de experiencia suficiente en la organización y dirección de operaciones de tanta envergadura en escala de todo un Frente. Como Cherniajovski aún no había mandado una agrupación de tropas semejante, Vasilevski, que no sólo era un jefe militar de talento, sino que tenía grandes cualidades como educador, debería ser de más utilidad en aquel frente.

A mí, a la cabeza de un grupo de oficiales del E.M.G., me enviaron al 2 Frente de Bielorrusia. Mi situación resultó ser un tanto *sui generis*: de una parte, yo estaba subordinado al representante del Gran Cuartel General, Zhúkov, mientras que, de otra, tenía derecho a enlazarme directamente con el Jefe del E.M.G y resolver con él todos los problemas que surgieran durante los preparativos de la operación.

Además de otras muchas obligaciones, debería poner al co-

rriente a G. Zajárov, que acababa de sustituir a I. Petrov en la jefatura del Frente, y ayudarle, por lo menos, en los primeros días. Incluyeron en mi grupo al general coronel Y. Cherevíchenko, principalmente para organizar el control de la preparación combativa de las tropas.

El relevo de Petrov se realizó por disposición personal de Stalin. Un día en que Antónov y yo nos presentamos en el Gran Cuartel General con el informe ordinario, el Jefe Supremo nos dijo que L. Mejlis, miembro del Consejo Militar del 2 Frente de Bielorrusia, le escribía acerca de la debilidad de carácter de Petrov, de su incapacidad para asegurar el éxito de la operación. Mejlis informó también que, al parecer, Petrov estaba enfermo, pasándose mucho tiempo con los médicos. Esto fue para nosotros una sorpresa completa. Conocíamos a Petrov como un jefe combativo abnegado, entregado por completo a su profesión, jefe militar muy juicioso y hombre magnífico. Había defendido Odesa, Sebastópol y organizado la defensa en el Térek. Tuve ocasión de estar varias veces con él en el Grupo de Tropas del mar Negro, en el Frente Norcaucásico, en el Ejército del Litoral y estaba persuadido de sus excelentes cualidades como jefe militar y como comunista. Por lo visto, Stalin tenía cierta idea preconcebida acerca de Petrov. En el mes de enero le destituyeron del mando del Ejército del Litoral, designándole en mayo, con ascenso, a la jefatura del 2 Frente de Bielorrusia. Al cabo de mes y medio le quitaron de nuevo el mando, para, pasados dos meses, el 5 de agosto del mismo 1944, designarle de nuevo Comandante de Frente, ahora del 4 de Ucrania. En honor a Petrov debo decir que soportó todo esto con entereza y que en cualquier puesto dio a la Patria cuanto tenía: conocimientos, experiencia y salud.

El general coronel G. Zajárov, sucesor de Petrov en el mando del 2 Frente de Bielorrusia, era un hombre sumamente terco y desmedidamente acalorado. Me temía mucho que comenzara a interpretar a su manera el plan de la operación, ya aprobado por el Gran Cuartel General, y a empeorar las relaciones con el teniente general A. Bogoliúbov, Jefe del Estado Mayor del Frente, oficial de gran experiencia, pero también de carácter muy irascible.

Me correspondió la ardua misión de realizar, con el mayor tacto, el relevo de los comandantes. En el puesto de mando del Frente, en mi presencia, Petrov informó personalmente de la situación y del plan de las futuras acciones.

A la sazón, integraban el Frente tres Ejércitos inter-armas: el 33, que mandaba el teniente general V. Kriuchenkin, el

49, bajo el mando del teniente general I. Grishin, y el 50, del teniente general I. Boldin. El Ejército aéreo lo mandaba el coronel general K. Vershinin. El Estado Mayor del Frente estaba perfectamente ensamblado; constituían su núcleo oficiales y generales que habían pasado ya un largo camino de guerra y que conocían perfectamente su cometido.

Teniendo en cuenta el estado de ánimo de Petrov, podía esperarse que su informe lo recargara de tonos sombríos y que exagerase las dificultades. Tal actitud me parecía indeseable, pues hubiera podido engendrar inseguridad en el nuevo Comandante. Más nada parecido sucedió. Todo fue como la seda. Petrov informó con veracidad. Para él, en aquellos momentos, los intereses de la guerra estaban por encima de todo, relegando a sequndo plano el agravio sufrido.

Durante el informe no surgieron ninguna clase de incomprensiones, respecto a las misiones del Frente o a los procedimientos para llevarlas a cabo. Y no pudieron surgir porque hacía medio mes que el 2 Frente de Bielorrusia había entregado al Gran Cuartel General sus consideraciones, perfectamente razonadas. El objetivo de la ofensiva era diáfano: destrozar a la agrupación enemiga de Moguiliov y alcanzar el río Bereziná. La dirección del ataque principal y el sector de ruptura, en principio, habían sido elegidos acertadamente: desde la línea Dribin, Dednia, Riasna, rebasando Moguiliov por el norte para escindir las tropas enemigas que se enfrentaban y aniquilarlas por partes. Durante el desarrollo de la ofensiva se presuponía ocupar una cabeza de puente en la margen oeste del Dniéper, al norte de Moguiliov, y tomar esta ciudad.

El Estado Mayor General sólo mostró su disconformidad, en aquella ocasión, con la disposición de fuerzas del Frente y con la maniobra un tanto complicada, para romper la posición defensiva enemiga. Resultaba que el 49 Ejército no sólo descargaría el golpe principal, sino, además, otro auxiliar sobre Bordínichi, Gorbóvichi y Slobodka. Otros ejércitos actuaban en sus propias direcciones. Esto habría acarreado un fraccionamiento de las fuerzas del Frente, peligroso para el desenlace de la operación, lo que, naturalmente, no podía permitirse. Por eso, en la directiva del Gran Cuartel General, enviada el 31 de mayo, al Frente se le proponía concentrar en la dirección principal no menos de 11-12 divisiones de infantería, con los correspondientes medios de refuerzo, y lanzar un solo ataque general. Así se conseguiría concentrar en masa sus esfuerzos, garantizando la ruptura de la defensa enemiga en toda su profundidad.

Cuando entregaba el mando de las tropas al nuevo Coman-

dante, Petrov señaló esto con franqueza, subrayando, inclusive, la conveniencia de la enmienda hecha por el Gran Cuartel General. Después de su informe, se escuchó al Jefe del Estado Mayor, a los comandantes de las Armas y a los jefes de los servicios. Cuando terminaron, Petrov, se despidió de todos y abandonó el pueblo.

A la mañana siguiente, el nuevo comandante quiso revistar las tropas. Juntos fuimos al 49 Ejército e inspeccionamos en sus posiciones un regimiento de cada una de las divisiones de infantería 290 y 95. Los dos regimientos nos produjeron buena impresión: tenían la plantilla casi completa y su personal estaba bastante bien adiestrado. Sin embargo, nos causó extrañeza que en sus compañías y batallones casi no había combatientes condecorados. Ni siquiera tenían órdenes ni medalles los soldados, sargentos, jefes de sección, compañía y batallón que luchaban desde el comienzo de la guerra y que en distintas ocasiones habían demostrado su heroísmo y sido heridos varias veces. Todo lo contrario de los servicios de retaguardia, donde los condecorados excedían de lo normal. Ni que decir tiene que traté de hacer cuanto pude para enmendar tamaña injusticia.

Como esperábamos, Zajárov no tardó en declarar que todo lo que había antes de su llegada estaba mal y que, de hecho, tendría que corregir durante mucho tiempo los errores ajenos. A renglón seguido intentó desaprobar la dirección del ataque principal, en la ofensiva que se preparaba. A primera vista, sus argumentos parecían tener cierta lógica: ¿para qué, se preguntaba, obligar a que las tropas en el proceso de la ofensiva tengan que pasar el río Pronia, cuando el vecino 50 Ejército tiene ya una cabeza de puente preparada? Sin tomarse la molestia de reconocer el terreno, Zajárov insistía en que los esfuerzos del Frente se trasladaran a la zona del 50 Ejército, a pesar de que el terreno ocupado por el enemigo en aquel sector era dominante, impidiéndonos emplear plenamente la artillería, nuestro medio principal de choque. Por el contrario, en el sector fijado por Petrov para la ruptura, y aprobado por el E.M.G., la artillería podía neutralizar a buen seguro toda la zona táctica de la defensa enemiga, circunstancia que compensaba plenamente tener que cruzar el río Pronia, que no era en aquel lugar un obstáculo serio. Sólo cuando se le hicieron todas estas consideraciones y se le dijo en forma categórica que no se podía cambiar la decisión aprobada por el Gran Cuartel General sin su consentimiento, Zajárov, haciendo de tripas corazón, desistió de su empeño.

El segundo disgusto con él sucedió el 7 de junio. Aquel

día se había convocado una reunión de jefes de cuerpos y divisiones en el puesto de mando de I. Grishin para escuchar sus informes acerca de la situación y plantearles ciertas misiones, respecto a la preparación de las tropas y de los organismos de dirección para la ofensiva.

Nos reunimos en una gran tienda de campaña, tipo hospital. Todos miraban con interés reconcentrado al nuevo Comandante. Zajárov se percató de ello y comenzó la reunión relatando con todo lujo de pormenores su biografía, deteniéndose especialmente en su práctica combativa. A continuación, sin motivo visible para ello, entró en disquisiciones acerca de la diferencia que existe entre una reunión de jefes militares y las reuniones ordinarias. La palabra "militares" fue pronunciada con remarcado énfasis, siguiéndole esta tirada:

— Aquí nadie hablará más que yo, a Ustedes sólo les corresponde escuchar y anotar mis indicaciones.

Y, a renglón seguido, el Comandante exigió que le enseñaran en qué se disponían a hacer las anotaciones. Se alzaron los brazos con cuartillas y cuadernos de apuntes muy usados. Zajárov ordenó distribuir inmediatamente otros, preparados de antemano, explicando largo y tendido su significado.

Ya cuaderno en mano, todos, naturalmente, se dispusieron a tomar nota de sus indicaciones. Pero nada de eso sucedió. En lugar de disposiciones, el Comandante comenzó a poner en pie, uno tras otro, a los asistentes a la reunión, preguntándoles acerca de los reglamentos y de la táctica del combate con toda clase de tropas. Muchos se turbaron, respondían al azar. Zajárov se irritaba por momentos, hasta llegar a una actitud grosera. El ambiente se iba poniendo al rojo vivo. Se precisaba tomar alguna medida que cortara aquella situación. Como la reunión ya duraba demasiado propuse hacer un descanso.

Mientras los jefes fumaban fuera de la tienda de campaña y cambiaban impresiones en voz baja, Zajárov y yo tuvimos tiempo de darnos explicaciones. Intenté persuadirle de que era improcedente proseguir la reunión en aquel tono. Después del descanso, se comportó de manera completamente distinta. Habló con sentido y dio, realmente, varias indicaciones sustanciales respecto a los preparativos para la ruptura de la defensa enemiga.

Pronto pudo advertirse que, a pesar de todas las asperezas de la primera parte de la reunión, entre el Comandante y el auditorio comenzaba a establecerse contacto. Los jefes se tranquilizaron y le escuchaban atentos. Mas, cuando en calidad de ejemplo a imitar, se citó sin ninguna clase de salvedades la

"Memoria para la ruptura de la defensa", escrita y utilizada en los combates por Crimea, los presentes volvieron a intranquilizarse. Su actitud era comprensible, pues en Táurida el terreno era típicamente estepario, llano como una mesa, y las posiciones de los bandos en el Frente del 2 Ejército de la Guardia, que allí mandara Zajárov, estaban casi pegadas unas a otras. En aquella situación, la "Memoria" recomendaba justamente, en cuanto la artillería trasladara su fuego a la profundidad, mediante una carrera impetuosa, salvar la distancia que separaba a nuestras tropas de las trincheras enemigas. Otra, distinta por completo, era la situación en Bielorrusia, donde ante nuestra primera línea se extendían las riberas anegadizas del río Pronia, de casi dos kilómetros de ancho, tras de las cuales nos aguardaba el enemigo, y por si fuera poco, oculto por el bosque. Tal extensión de terreno no podíamos salvarla de una carrera. Allí no valían los métodos de ataque, que se justificaron en Táurida.

La agitación de los reunidos no se le escapó al Comandante. Se enmendó diciendo que el empleo de cualquier experiencia debe abordarse de manera creadora. La "Memoria" traída de Crimea no se distribuyó y la reunión acabó con toda normalidad. Posteriormente, el propio Zajárov veló celoso por que los metodos de acciones de las tropas respondieran siempre a las condiciones de la situación, se conjugaran con sus peculiaridades.

La elección de los procedimientos más adecuados para las acciones de las tropas en la ofensiva prevista se convirtió en objeto de preocupación especial para los jefes de todos los grados. Se pensó en ello en cada Estado Mayor. También los representantes del Gran Cuartel General cavilaron mucho a este respecto.

Gueorgui Zhúkov, por ejemplo, se ocupó no menos de dos semanas, desde la mañana hasta la noche, en ver la mejor forma de acabar con el enemigo en la zona de Bobruisk. Buscando respuesta a su preocupación, Zhúkov se desplazó al ala derecha del 1 Frente de Bielorrusia, al norte de Polesie, y junto con Rokossovski reunió en consejo a los jefes de ejército P. Bátov, A. Gorbátov, P. Romanenko y S. Rudenko. Asistieron también los comandantes de la artillería del Frente V. Kazakov y, de las tropas blindadas, G. Oriol. Después de estudiar la configuración del terreno y el sistema defensivo enemigo, todos convinieron en que si se ocupaba un extenso sector del último y después de la ruptura se cercaba a los alemanes, quedaría al descubierto toda la base de su agrupación en Bielorrusia, la cual

se derrumbaría totalmente. Sólo la seguridad absoluta de que conseguiríamos el cerco rápidamente, y de que en un plazo aún más breve el enemigo sería liquidado, podía decidirnos por tal método de ofensiva. En otros casos, la operación amenazaba con prolongarse, lo que nos hubiera acarreado graves consecuencias.

El representante del Gran Cuartel General trabajó sobre el terreno en la zona de cada ejército, sopesando y calculando una y otra vez distintas variantes de la operación, hasta que, por fin, se reconoció que el mejor procedimiento para realizar la misión del 1 Frente de Bielorrusia sería el copo del enemigo en las proximidades de Bobruisk, seguido de su aniquilamiento. Este torturante problema puede considerarse que sólo se resolvió el 19 de junio.

Lo mismo ocurrió en otras direcciones, particularmente en los Frentes 3 de Bielorrusia y 1 del Báltico, donde trabajaba A. Vasilevski, quien con idéntica minuciosidad estudió la situación en la zona de cada Ejército.

Los procedimientos para el empleo de las Armas fueron sometidos a un análisis especial, prestando particular atención a la artillería y a la aviación, pues según la idea de la operación ellas deberían descargar una masa de fuego sobre la zona defensiva táctica de los alemanes que nos permitiera salir rápidamente al espacio operativo.

En cómo realizar mejor la preparación artillera del ataque pensaban todos, desde el representante del Gran Cuartel General y el Comandante del Frente hasta los jefes de compañías y baterías. Se precisaban por todos los medios los objetivos de más importancia, se calculaban las posibilidades de los diversos sistemas artilleros y sus procedimientos de fuego, se iban perfilando las condiciones y el contenido de la cooperación entre la artillería y la aviación, los tanques y la infantería.

Aparecieron originales dispositivos. En el 2 Frente de Bielorrusia, por ejemplo, se ideó un llamado torpedo volante, muy sencillo por su construcción. A un proyectil reactivo M-13, mediante aros de hierro, se sujetaba un barril de madera de formas aerodinámicas, relleno de trilita líquida. El peso total del artefacto era de 100 a 130 kilógramos. Para su estabilidad en vuelo, en la parte de cola se incrustaba un estabilizador de madera. Se disparaba sobre un cajón madera con deslizadores de hierro, que hacían las veces de guías. Este cajón se emplazaba previamente en un foso, dándole el ángulo de elevación necesario. Si se deseaba, los torpedos podían dispararse en series simultáneas de cinco o diez proyectiles.

El 9 de junio ensayamos su tiro. Lanzamos 26 torpedos,

uno a uno y por series. Su alcance fue de 1.400 metros y sus explosiones de tal fuerza, que en el terreno arcilloso quedaron embudos de seis metros de diámetro y hasta tres metros de profundidad. El mando del Frente consideró de utilidad emplear durante la preparación artillera no menos de 2.000 de estos artefactos. Pero antes debíamos conseguir un número igual de proyectiles reactivos M-13, de los que tan necesitados estaban todos los frentes. Hubo que recurrir a la autoridad del Estado Mayor General. Los proyectiles se recibieron y los torpedos de fabricación propia fueron un buen complemento para el fuego que descargamos sobre la defensa enemiga.

También cavilamos de lo lindo para ver la forma de utilizar los tanques. El terreno les era desfavorable, los bosques y pantanos restringían su maniobra. Basándose en esto, muchos opinaban que los carros se emplearan en aquel sector sólo en pequeñas unidades, como apoyo directo de la infantería. Surgió el peligro real de diseminar los cuerpos blindados, cosa que debíamos impedir a toda costa. En el E.M.G. existía la firme convicción de que para explotar el éxito de la operación deberíamos obligatoriamente lanzar ataques masivos de carros a gran profundidad del dispositivo enemigo.

Las necesidades más perentorias de los Ejércitos 28 y 48 en carros de apoyo directo a la infantería fueron cubiertas a costa de regimientos blindados independientes y de artillería autopropulsada. Los cuerpos blindados conseguimos mantenerlos compactos y posteriormente actuaron con gran eficacia en las direcciones de Bobruisk y Slutsk.

También encontró solución acertada el empleo del 5 Ejército de tanques de la Guardia, poderosa agrupación, con oficialidad y combatientes muy fogueados, mandada por P. Rótmistrov. En un principio se pensó empeñarla en combate en cuanto se abriese brecha en la defensa táctica del enemigo, a fin de explotar el éxito en la dirección de Orsha, que a la sazón considerábamos la principal. Mas el 17 de junio, cuando Vasilevski informaba al Jefe Supremo del plan de operaciones de los Frentes 1 del Báltico y 3 de Bielorrusia, la dirección de Orsha fue reconocida como de pocas perspectivas. Surgió la idea de emplear el Ejército de tanques al norte de Orsha, en la zona de acción del 5 Ejército, donde los alemanes tenían posiciones menos fuertes. En este sector se supuso que los tanques entrarían en batalla en cuanto fuese perforada la defensa táctica del enemigo. Al representante del Gran Cuartel General se le confirió el derecho a elegir la variante más adecuada para emplear los carros, mientras que el momento de poner el Ejército blindado a dispo-

sición del Frente se determinaba por el E.M.G. y se aprobaba personalmente por el Jefe Supremo. Por consiguiente, hasta que se decidiera definitivamente dónde y cuándo utilizar el Ejército de tanques, éste quedaba en manos del Gran Cuartel General.

El 2 Frente de Bielorrusia debería explotar el éxito de la ofensiva con otros medios, pues carecía de grandes unidades blindadas. Sin embargo, el análisis minucioso de su misión demostró que forzosamente debería contar con un grupo móvil, necesario, ante todo, para que en el momento decisivo pudiera saltar a la margen occidental del Dniéper, al norte de Moguiliov, ocupar allí una cabeza de puente y mantenerla hasta que llegara el grueso de las fuerzas del 49 Ejército. Temíamos que de no ser así el enemigo pudiese aferrarse a lo largo del Dniéper, reforzando sus posiciones defensivas con las tropas que se replegaran.

Se formó, pues, un grupo móvil compuesto por una división de fusileros, dos brigadas de tanques, una brigada de artillería antitanque y pequeñas unidades de misión especial. Encabezó todas estas fuerzas el general A. Tiurin, adjunto del jefe del 49 Ejército. Durante la operación consiguió, efectivamente, hacer avanzar a su grupo, el cual cruzó el Dniéper junto a Dobreika y en cooperación con el 4 Ejército aéreo rechazó exitosamente los contraataques enemigos, contribuyendo a la ofensiva de toda la agrupación de choque del Frente.

En la aviación cifrábamos grandes esperanzas en todas las direcciones. Preparando la ofensiva sobre un terreno cubierto de bosques y pantanos, debíamos forzosamente prever que en cuanto comenzase la persecución del enemigo, nuestra artillería se rezagaría, ya que para ella no existían itinerarios independientes, y, quisiéramoslo o no, al cambiar de asentamientos tendría que utilizar caminos abarrotados por otras tropas. Esta circunstancia acarrearía, casi inevitablemente, que el apoyo de la artillería fuera débil cuando quisiéramos explotar el éxito. Sólo la aviación podría compensar la insuficienda de fuego artillero.

Ya el 7 de junio, Vasilevski, conjuntamente con Cherniajovski y F. Falaléiev, adjunto del Comandante de las Fuerzas Aéreas, trazaron un plan detallado para la ofensiva de aviación. Sin embargo, posteriormente hubo que hacer modificaciones esenciales al plan, por cuanto a Zhúkov se le ocurrió que participase en la derrota del Grupo de Ejércitos "Centro" no sólo la aviación del Frente, sino también la de acción lejana.

El 10 de junio, a petición de Zhúkov, el Jefe Supremo envió a Bielorrusia al Comandante de las Fuerzas Aéreas, A. Nóvi-

kov. Después, se les reunieron S. Judiakov, Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas A. Golovánov, Comandante de la aviación de bombardeo de acción lejana, y N. Skripkó, su adjunto. El 19 de junio, bajo la dirección de Zhúkov y con asistencia de N. Yákovlev, jefe de la Dirección General de Artillería, y de S. Rudenko y K. Vershinin, jefes de los ejércitos aéreos, se precisó definitivamente la maniobra de toda la aviación existente en apoyo de los Frentes 1 y 2 de Bielorrusia. Los ataques desde el aire se coordinaron exactamente con las acciones de la artillería en el tiempo y con los objetivos y etapas de la ofensiva. Al 3 Frente de Bielorrusia se le agregaron complementariamente 350 bombarderos de acción lejana.

Y, a pesar de todo, la operación no transcurrió sin complicaciones. Tuve que preocuparme por las acciones de la aviación en el 2 Frente de Bielorrusia, para lo que me sobraron razones. Primero, porque en la zona de ofensiva del frente, atravesando continuos bosques, pasaba como un solo hilo la carretera Moguiliov-Minsk, muy estropeada, pero transitable. Por ella esperábamos que se replegaría la masa fundamental de las derrotadas tropas enemigas. Por eso el 4 Ejército aéreo debería contribuir con sus ataques, a que en el camino surgiesen numerosos embotellamientos, castigando aún más a las tropas y material alemanes. Los sitios más a propósito para ello eran también los pasos a través del Bereziná, río relativamente caudaloso, pero escaso de puentes. La aviación, se sobrentiende, necesitaba mucho combustible del que, precisamente, carecíamos, pues se encontraba en los depósitos de la región de Moscú. Muchas veces habían prometido suministrárnoslo, pero quedaban días contados y los transportes con el combustible no se veían por parte alguna. Llegaron solamente la misma víspera de la ofensiva.

No pocos quebraderos de cabeza nos hizo pasar la aviación de acción lejana. En principio, todo estaba claro para su empleo, pero, en la práctica, resultó otra cosa. Dos mariscales, Zhúkov y Vasilevski, que organizaban las operaciones a derecha e izquierda del 2 Frente de Bielorrusia, se habían quedado con todo el material. Después de insistentes peticiones nuestras, Zhúkov nos destinó cierto número de estos aviones, pero sólo en el papel. En la práctica, hasta el último momento, no pudimos fijar misiones a los bombarderos pesados, pues sus representantes no aparecieron por el puesto de mando del 2 Frente de Bielorrusia. Llegó a parecernos que no podríamos contar con esta fuerza en la masa general de fuego del frente. Sin embargo, cuando llegó el comienzo de la operación todo se arregló: quedó establecido que el 1 Frente de Bielorrusia emprendería la ofen-

siva un día después que los demás frentes y que la aviación de acción lejana, planificada para apoyar esta ofensiva, trabajaría de lo lindo en apoyo del 2 Frente de Bielorrusia.

El Gran Cuartel General y el Estado Mayor General trataban por todos los medios de desarraigar todo cuanto implicara desorganización. Debo señalar, que en esta época lo conseguían con mucha más facilidad que en el pasado. Los hombres que dirigían las tropas no sólo se templaban, sino que también perfeccionaban su estilo de mando y el trabajo de los EE.MM. Iban convirtiéndose en verdaderos maestros de su profesión. Por doquier se advertía un proceso de asombroso y rápido desarrollo profesional de oficiales y generales, se ampliaban sus hábitos de organización y su pensamiento militar era más profundo. Esto hizo que todas las dificultades surgidas en el camino hacía el objetivo, en definitiva, se superasen felizmente.

Mientras duraron los preparativos para la operación de Bielorrusia, nuestros jefes y EE.MM., de arriba abajo, no quitaron ojo del enemigo. Los exploradores efectuaban búsquedas noche y día, capturaban "lenguas". En su conjunto, las tropas realizaban una observación constante de la vida cotidiana en las posiciones enemigas. Los oficiales de operaciones se esforzaban por desentrañar las ocultas intenciones del adversario. Sabíamos que el general Tippelskirch, Comandante del 4 Ejército alemán, era un militar bien preparado. ¿Qué pensaba? ¿Qué planes tramaba?

El 10 de junio, en la zona de Moguiliov, los guerrilleros hicieron un prisionero que pertenecía a la 60 División motorizada. Durante el interrogatorio pudo averiguarse que esta gran unidad había sido traída de Narva, estaba muy diezmada y necesitaba urgentemente ser completada. La habían dislocado a lo largo de la carretera Moguiliov-Minsk. ¿De qué se trataba? ¿De una casualidad o de que el enemigo se barruntaba nuestra ofensiva y se preparaba de modo planificado a rechazarla?

Cada día iba siendo más difícil mantener en secreto las próximas operaciones. ¡Casi nada, ocultar los traslados, el despliegue y los adiestramientos de las tropas! Y, a pesar de todo, esperábamos conseguirlo.

La aparición en la zona del 2 Frente de Bielorrusia de una nueva división motorizada del enemigo, naturalmente, nos intranquilizaba. Comenzamos a estudiar más atentamente por los partes diarios su régimen diario de fuego artillero y el carácter de las acciones de su aviación. Al parecer, todo seguía igual, sin

cambios esenciales. Poco a poco, basándonos en muchos indicios, nos convencimos de que la 60 División motorizada había sido traída allí para completarse, simplemente.

Nos preocupaban, además, problemas como el adiestramiento práctico de las tropas para actuar en el peculiar terreno bielorruso, en situación lo más parecida al combate real. Este principio era compartido por todos, pero, en la práctica, no siempre se observaba. El 11 y 12 de junio asistí con G. Zajárov a los supuestos tácticos de las Divisiones de fusileros 32 y 290. A primera vista, los ejercicios se desenvolvían con toda normalidad. Los soldados se camuflaban bien, se arrastraban con destreza y atacaban impetuosamente al "enemigo", animándose con "hurras". Mas, con todo y con eso, no se percibía un espíritu de auténico combate: no se disparaba, faltaban hasta las siluetas. No quedó más remedio que intervenir. Zajárov ordenó que, en adelante, todos los ejercicios se hicieran, obligatoriamente, con fuego real.

Cerca de las primeras líneas esto no es cosa fácil: se carece de campos de tiro y de polígonos fijos. Pero, la dificultad principal no estribaba, incluso, en eso. El quid de la cuestión residía en que los supuestos tácticos debían parecerse al máximo a la situación real de la futura ofensiva y, al mismo tiempo, no descubrir antes de tiempo nuestros verdaderos propósitos. En la organización de tales ejercicios, en el 2 Frente de Bielorrusia se destacó especialmente Y. Cherevíchenko, gran aficionado y maestro en esta clase de adiestramientos. No salía de las unidades pequeñas, prestándoles ayuda inapreciable. Los esfuerzos derrochados en aquellos días fueron recompensados después con largueza.

A los generales fascistas alemanes, hechos prisioneros en los alrededores de Minsk, no les cabía en la cabeza la facilidad con que habían sido arrolladas las mejores grandes unidades de tropas hitlerianas. Para nosotros, por el contrario, aquello no tenía nada de particular. Ese desenlace de las acciones combativas ya se había cimentado sólidamente durante el período preparatorio del ataque. Antes de la ofensiva, realizamos con cada batallón de las divisiones del primer escalón no menos de 10 ejercicios. Lo mismo se hizo en otros frentes. Las tropas y los EE.MM. ensayaron con insistencia las misiones que resolverían después en el combate. Se organizó con toda exactitud la cooperación de la infantería, la artillería y los carros, dedicándose especial atención al batallón y al grupo artillero. Los infantes aprendieron a "pegarse" a las explosiones de los proyectiles de la artillería propia y, los artilleros, a fijar y tras-

ladar sus fuegos, adaptándose a las acciones de la infantería y los tanques. Durante los entrenamientos conjuntos se hizo más monolítica la camaradería combativa entre todas las Armas. Los jefes de batallones y grupos de artillería llegaron a conocerse personalmente, circunstancia también de mucha importancia para el trabajo combativo compenetrado y concordado.

La operación de Bielorrusia tuvo ciertas particularidades respecto a la dirección de las tropas. Los fundamentos de esta dirección en el eslabón operativo dimanaban de las directivas dadas por el Gran Cuartel General el 31 de mayo: las misiones inmediatas, a escala de Frente, quedaban limitadas a una profundidad de 60 a 70 kilómetros y , las misiones posteriores, no pasaban de los 200 kilómetros de profundidad. Para los Frentes 1 del Báltico y 2 de Bielorrusia, las misiones posteriores, en general, sólo se especificaron en forma de indicaciones acerca de la dirección de la ofensiva. En la actualidad, esto se censura por algunos. Hay quienes consideran que tal forma de planificación no aseguró que el Estado Mayor del Frente tuviese una idea clara de sus acciones posteriores y se reflejara negativamente en la preparación oportuna por él de medidas para garantizar la operación.

En cierta medida esto es así. Mas el Mando Supremo Soviético no quiso, conscientemente, que se plantearan de una vez las misiones a las tropas para toda la profundidad de la operación estratégica. Lo aconsejaban así una serie de consideraciones.

Ante todo, que el planteamiento de misiones a los frentes para una gran profundidad inevitablemente habría significado el empleo relativamente rígido de las fuerzas y medios en la dirección elegida, mientras que la situación dictaba todo lo contrario: conservar todas las posibilidades para ejecutar una maniobra rápida y flexible. Hay que tener en cuenta que la idea de la operación preveía la derrota del enemigo en la zona táctica de su defensa y el cerco de grandes fuerzas suyas, sólo después de que hubieran sido arrojadas de las posiciones. Unicamente podía suponerse dónde y en qué lugar debía esto acontecer. Tampoco se excluía que los fascistas maniobraran y retiraran el grueso de sus tropas a nuevas posiciones defensivas, enclavadas no sabíamos a qué profundidad de su zona de defensa. Ahora sabemos que esta variante se discutió realmente por el mando alemán fascista. De ser así, corríamos el peligro de que nuestro golpe se descargase sobre un lugar desguarnecido y el mando soviético tuviera que reestructurar totalmente el plan de

su ofensiva. Cuando las misiones se plantean a tan gran profundidad, semejante reestructuración va siempre acompañada de grandes dificultades. Por consiguiente, las misiones a los frentes debían fijarse de forma que cada uno de ellos pudiera actuar con iniciativa, a tenor de las circunstancias. En opinión nuestra, la forma adoptada por el Gran Cuartel General era precisamente la que mejor correspondía a estas exigencias.

Tampoco podíamos olvidar que nuestras tropas ya habían sufrido varios reveses en Bielorrusia, sus ofensivas se atascaban en algún punto del límite de retaguardia de la zona táctica de la defensa. En la operación que debíamos realizar, esta zona era particularmente sólida y había que hacer todo lo posible para que la atención y los esfuerzos de las tropas se centrasen, primordialmente, en la ruptura de las líneas tácticas. Desde este punto de vista, también podían considerarse acertadas las misiones del primer escalón de los frentes, limitadas a una pequeña profundidad.

Y, por último, la pequeña profundidad de las misiones de los frentes imponía a sus comandantes una gran responsabilidad en cuanto a prever el desarrollo posterior de los acontecimientos. Además, el Gran Cuartel General tenía también en cuenta que la amplia discusión tenida el 22 y el 23 de mayo, para determinar la operación estratégica en su conjunto, con participación de los consejos militares de los frentes, ya había proporcionado a éstos todos los datos necesarios para preparar a las tropas en el espíritu del cumplimiento riguroso de las decisiones tomadas. Los comandantes de los frentes tenían una idea completa del posible desarrollo de la operación y, por consiguiente, podían encauzarla y asegurarla justamente.

Por otra parte, los representantes del Gran Cuartel General en los frentes velaban por que se observasen exactamente el espíritu y la letra de sus directivas. Uno de estos representantes era el primer adjunto del Jefe Supremo y el otro, el Jefe del Estado Mayor General. Todo lo relacionado con la planificación de la ofensiva a escala estratégica, lo conocían con plenitud de detalles y esto significaba que en casos de emergencia podían agregar a las misiones recibidas por el Frente sus propias indicaciones, lo que prácticamente se hizo.

Estos mismos hombres desempeñaron un papel muy considerable en la acumulación de medios materiales y técnicos necesarios para la ofensiva de las tropas. Especialmente costó mucho resolver este problema en los Frentes 1 de Báltico y 3 de Bielorrusia, donde debían entrar en batalla efectivos blindados considerables, incluido el 5 Ejército de carros de la Guar-

dia. Ya el 8 de junio, Vasilevski informó al Gran Cuartel General:

"La llegada de lo destinado a Cherniajovski se retrasa. Obújov, a quien debía haber llegado todo el 5 de junio, hasta hoy no ha recibido más que el 50%".

Tres días después, Vasilevski se dirigió directamente al Comisario del Pueblo de Vías de Comunicación, pidiéndole que acelerara los traslados y que los terminara no más tarde del 18 de junio. Sin embargo, el 17, tuvo que dirigir otro parte alarmante al Gran Cuartel General:

"Crispa los nervios el trabajo de los ferrocarriles y pone en peligro que no termine a tiempo la concentración de algunas de las tropas destinadas a los frentes, así como la entrega de ciertos tipos de suministro".

Un cuadro parecido se daba en el 1 Frente de Bielorrusia. El 11 de junio, Zhúkov informaba al Jefe Supremo:

"El movimiento de los convoyes con municiones para el 1 Frente de Bielorrusia se hace con una lentitud desesperante. El Frente recibe uno o dos trenes cada día... Hay fundamento para suponer que en la fecha establecida el Frente no estará asegurado".

A ritmo muy lento también iban llegando allí las tropas. Se retrasaban la brigada de artillería de grueso calibre y tres regimientos de artillería autopropulsada. Se detenía mucho en su camino el 1 Cuerpo mecanizado de Krasnograd, del teniente general Krivoshein, del que sólo habían llegado cinco trenes al final del día de 12 de junio.

El 2 Frente de Bielorrusia no podía recibir en modo alguno los batallones de camiones y el combustible para la aviación, necesarios en extremo.

Los informes de los representantes del Gran Cuartel General preocuparon a Stalin, quien preguntó a los frentes si podrían comenzar la operación en el plazo fijado. Vasilevski le contestó sin más rodeos: "La fecha definitiva del comienzo depende por entero del trabajo de los ferrocarriles; por lo que a nosotros respecta, hemos hecho y hacemos todo para que se mantengan los plazos por Usted establecidos".

Por lo visto, Stalin supo influir en los ferroviarios. El plan de transportes por tren, insatisfactorio para los frentes, fue revisado. El ferrocarril funcionó, por fin, a ritmo más rápido, se aceleró la concentración de tropas, mas, a pesar de todo, hubo que retrasar el comienzo de la operación del 19 al 23 de junio.

Desde esta fecha hasta finales de agosto no cesó un momento la grandiosa batalla en Bielorrusia. Ya en el primer día, la

defensa del enemigo fue rota en muchas direcciones y nuestros ejércitos se lanzaron incontenibles adelante. Sin embargo, la lucha no se distinguía por su facilidad. Los prisioneros que hicimos declararon que habían recibido la orden de mantener a toda costa sus posiciones, cosa que hacían con toda furia y encarnizamiento. Pero la resistencia del enemigo fue quebrantándose y la oleada de la ofensiva soviética siguió avanzando hacia el oeste.

"Se acerca el fin... Sólo restos dispersos de 30 divisiones han evitado ser aniquilados y caer prisioneros de los soviéticos" —decía, caracterizando la ofensiva de las tropas soviéticas en Bielorrusia, Siegfried von Westphal, uno de los generales hitlerianos más destacados[1].

La operación "Bagratión" demostró palmariamente, una vez más, la superioridad del arte militar soviético sobre el arte militar del Reich germano-fascista. El enemigo fue expulsado de posiciones bien fortificadas y, después, en contados días, copado y aniquilado. Durante la operación, nuestras tropas crearon tres grandes focos de cerco: en las zonas de Vítebsk, Bobruisk y Minsk. Este último, aunque era especialmente grande, tampoco retuvo durante mucho tiempo efectivos considerables del Ejército Soviético. La ofensiva, desplegada en un frente mayor de 1.000 kilómetros, se efectuó con un ritmo medio de progreso de más de 20 kilómetros diarios.

Debemos también subrayar que el Mando Supremo enemigo no sólo se equivocó respecto a la dirección de nuestros esfuerzos principales en esta etapa de la guerra, sino que tampoco esperaba un golpe tan demoledor, tajante como una espada.

La larga y minuciosa preparación de la operación, llevada a cabo por el Gran Cuartel General y el Estado Mayor General, en estrecha cooperación con los mandos de los frentes y sus EE. MM., se justificó plenamente. La bien pensada idea de maniobra y los planes de la operación, elaborados con todo detalle, fueron en manos del Mando Supremo Soviético uno de los medios para el logro de esta victoria, de trascendencia his-

---

[1] *Decisiones fatales*. Traducción del alemán, M., 1958, pág. 258.

Capítulo XIII

EN LOS FRENTES DEL BALTICO

Regreso a Moscú. Una mirada al pasado. Nuevos proyectos. El problema de "los padres y los hijos": acompaño al mariscal S. Timoshenko. El 3 Frente del Báltico. En la tierra de Pushkin. Informe desafortunado de K. Meretskov. En vísperas de operaciones decisivas. Desde las riberas del Narva. L. Góvorov. La lucha por Shiauliai y el ataque a Mémel. I. Bagramián. El acorralamiento de Curlandia.

Al séptimo día de haber comenzado la ofensiva en Bielorrusia, cuando nuestras tropas acababan de romper la posición principal de la defensa enemiga y se lanzaban hacia su profundidad operativa, me llamaron por teléfono del Estado Mayor General. Hablaba Antónov:

— Regrese a Moscú. Su misión en el 2 Frente de Bielorrusia ha sido cumplida y aquí tenemos mucho trabajo.

— Pero, ¿cómo?, camarada Antónov —le rogué—, la operación sólo acaba de comenzar. Déjeme recoger algunos frutos de ella, junto con los demás.

— Los bollos y los dulces no son para nosotros —sin saber por qué, me repuso enojado Antónov—. No pretenda retrasar en nada su regreso. Es orden del Jefe Supremo.

A los pocos minutos me enlacé con Zhúkov, pidiéndole que me ayudara.

— Lo siento pero no puedo hacerlo —me contestó Zhúkov—. Puesto que lo manda el Jefe Supremo, no le queda más remedio que regresar...

Mis preparativos no me llevaron mucho tiempo. El avión Si-47 y su tripulación, mandada por el comandante Butovski, mi perpetuo acompañante en mis salidas al frente, estaban cerca, en uno de los aeródromos de campaña. Levantamos vuelo al cabo de dos horas y al finalizar la tarde del 26 de junio ya me encontraba en el Estado Mayor General, donde me aguardaba un trabajo apremiante con los planes de las sucesivas operaciones de las Fuerzas Armadas Soviéticas, incluida la zona del Báltico.

Debo decir que hasta el verano de 1944 no existieron condiciones suficientemente propicias para desplegar acciones combativas de gran escala en las direcciones del Báltico. En aquel

sector disponíamos de fuerzas y medios relativamente débiles, razón por la que sólo emprendíamos operaciones parciales con muy modestos resultados.

Con la ampliación de la envergadura de nuestra ofensiva en Bielorrusia, la situación cambió en redondo. El avance en la dirección estratégica occidental, la principal, creó premisas para poder emprender operaciones exitosas en Lituania, Letonia y Estonia. Una influencia indirecta, pero también muy positiva, sobre estas nuevas operaciones deberían ejercer nuestras acciones activas en Ucrania Occidental y, más tarde, también en Rumania, Hungría y en los territorios de otros países en la península de los Balcanes.

Esta situación general, favorable, se completaba ahora con las operaciones de nuestros aliados occidentales, quienes, por fin, el 6 de junio de 1944 desembarcaron en Normandia y comenzaron a ensanchar la base de partida ocupada en la costa. Suponíamos que los aliados no tardarían en desencadenar una extensa ofensiva sobre el noroeste de Francia.

Preparando el plan para liberar las tierras del Báltico no habíamos echado en saco roto, se sobrentiende, la experiencia de los combates, no muy risueños para nosotros, en los accesos a las repúblicas bálticas. Por eso me permitiré hacer unas digresiones y referirme, de nuevo, al año 1943.

Los historiógrafos, analizando los documentos de aquella época, subrayan, por lo común, el carácter inconcluso de las operaciones de las tropas soveticas en las direcciones bálticas. En efecto, nuestra ofensiva allí el otoño de 1943 y el invierno de 1944 no acabó, realmente, con la total derrota del enemigo. No conseguimos aislar al Grupo de Ejércitos "Norte" y liquidarlo.

Cabe la pregunta natural: ¿por qué?

En líneas generales ya contestamos a esta pregunta: porque en estas direcciones no teníamos, a la sazón, suficientes fuerzas y material. El lector conoce también las causas de esta carencia: precisamente en aquellas fechas concentrábamos nuestros esfuerzos principales en las tierras ucranianas al oeste del Dniéper con el objetivo decisivo de derrotar al Grupo de Ejércitos "Sur", muy fuerte y activo. Además, se había resuelto proseguir la ofensiva de los frentes de Kalinin, Oeste y Central.

Los éxitos en el ala meridional y en el centro del frente soviético-germano predeterminaban el desenlace de las operaciones en la zona del Báltico.

En su conjunto, el plan era acertado, aunque como más tarde pudimos ver, en él no se tuvo en cuenta, en la medida debida, la posibiladad de que el enemigo trajera reservas del interior de Alemania y trasladara grandes efectivos del teatro de operaciones occidental. Tales omisiones son, claro está lamentables, pero, por lo visto, imposible de evitarlas totalmente. Eso no podía excluirse aun con el buen sistema de trabajo, en opinión mía, que utilizamos en los años de la Gran Guerra Patria.

Ya describí cómo se preparaban los planes de las operaciones y de las campañas en el Estado Mayor General y asimismo la forma en que se examinaban y aprobaban en el Gran Cuartel General. Pero, de esto último, quisiera hablar ahora con más detalle.

Por lo común, todos los miembros del Gran Cuartel General se reunían en el despacho de Stalin para discutir el plan ya terminado. En estos casos, por parte de los militares, casi siempre asistían Zhúkov y Vasilevski, además de Antónov, yo y otros generales que representaban al aparato ejecutivo del E.M.G. y de las direcciones centrales del Comisariado del Pueblo de Defensa.

Por cuanto en aquellas reuniones se decidían también problemas del aseguramiento de las operaciones con armas y material, en el Gran Cuartel General nos encontrábamos a menudo con los famosos diseñadores soviéticos de aviones, tanques y artillería: A. Yákovlev, A. Túpolev, S. Iliushin, A. Mikoyán, Zh. Kotin, V. Grabin y con los comisarios del Pueblo D. Ustínov, V. Málishev, B. Vánnikov y A. Shajurin. Stalin se ocupaba personalmente del material bélico y ni un nuevo modelo pasaba a la producción en serie sin que se analizara en el Gran Cuartel General o en la sesión del Comité Estatal de Defensa.

El examen de cualquier cuestión en el Gran Cuartel General transcurría, como regla, en un ambiente práctico y tranquilo. Cada cual podía manifestar su opinión. Stalin no diferenciaba particularmente a nadie, a todos los llamaba por su apellido y sólo a Mólotov le "tuteaba". En relación a su persona sólo existía una forma de tratamiento: "camarada Stalin". No recuerdo ningún caso en que el Jefe Supremo se equivocara u olvidara el nombre de cualquiera de los que acudían al Gran Cuartel General llamados por él, que eran muchos.

La sesión en la que se discutió el plan de la campaña de otoño e invierno de 1943-44 no fue una excepción. Todo transcurrió como de costumbre y la decisión que siguió fue concreta: dirigir al sur las reservas humanas y los medios materiales

fundamentales. A los frentes del Báltico se les destinó el mínimo necesario. En la práctica, ahora lo sabemos, sus necesidades eran mayores de las que podían cubrirse con este mínimo.

También contribuyó en gran medida al carácter prolongado de las operaciones en el Báltico el otono de 1943 y el invierno de 1944 la circunstancia de que el atacante disponía de peores condiciones para maniobrar. El enemigo tenía a retaguardia de su Grupo de Ejércitos la red de carreteras, bien desarrollada, de las repúblicas del Báltico. En cambio, según íbamos acercándonos a las fronteras de dichas repúblicas, las carreteras eran menos y su estado dejaba mucho que desear.

Tampoco favorecían a la ofensiva las condiciones naturales: extensos bosques, tremedales que no se helaban, infinidad de lagos y ríos que corrían meridionalmente. En un terreno así se restringían considerablemente las posibilidades para el empleo de los carros de combate, recayendo todo el peso de la lucha sobre la infantería. La mala visibilidad reducía también la eficacia del fuego de la artillería, exigiendo más gasto de proyectiles, de los que carecíamos en cantidad suficiente.

A medida que se desarrollaba la operación, las fuerzas de los bandos se iban igualando y la lucha adquiría la forma de ataques frontales, de poco resultado, pero característicos por su gran número de bajas. Desde el mismo comienzo, los efectivos totales del Grupo de Ejércitos "Norte" pasaban de los 700.000 hombres, a los que sólo pudimos contraponer poco más de un millón de hombres. Para una victoria rápida, con unas condiciones naturales tan peculiares y con escasez de municiones, esto, naturalmente, era a todas luces poco.

Tampoco contribuyó en modo alguno al remate de las operaciones el que las tropas soviéticas atacasen al enemigo, de hecho, sólo en los accesos meridionales y sudeste de las repúblicas del Báltico. Hasta enero de 1944, en Leningrado hubo que circunscribirse a acciones de carácter local y centrar casi toda la atención en los preparativos para levantar el asedio de la ciudad.

Todo eso, sin embargo, no significa en modo alguno que las operaciones del otoño de 1943 y del invierno de 1944 en la zona del Báltico fueran infructuosas. Nuestras tropas hicieron grandes bajas al enemigo y retuvieron en esta región a considerables fuerzas adversarias, distrayendo la atención del mando alemán fascista de las direcciones principales. Finalmente, estas operaciones facilitaron, indudablemente, el logro de la victoria en las cercanías de Leningrado, de gran importancia para nosotros.

Es interesante seguir cómo fue formándose hasta concretarse definitivamente, el plan de nuestras acciones de entonces en la zona del Báltico.

En aquella época operaban también en los accesos lejanos a esta zona, sin contar los frentes de Leningrado y de Vóljov, los frentes Noroeste y de Kalinin. También debía acercarse a las fronteras de Letonia y Lituania el Frente Oeste. El otoño de 1943 se analizaron en el Estado Mayor General las posibilidades de asestar el golpe principal con las fuerzas del Frente Noroeste desde la región de Stáraya Russa, directamente hacia el oeste. Se puso en claro, sin embagro, que por su debilidad, terreno difícil y sólida defensa enemiga este frente no podría derrotar al 16 Ejército enemigo que se le oponía.

Después, examinamos si podría romperse el dispositivo enemigo en la zona del Frente Oeste, desviando posteriormente hacia el norte una parte de sus fuerzas. De esta forma se podría arrollar la defensa de los alemanes ante el Frente de Kalinin y que este último pudiera alcanzar Nével, Rezekne. El ataque del Frente de Kalinin en esta dirección dejaría al descubierto el flanco y la retaguardia de los alemanes y debilitaría su resistencia ante el Frente Noroeste, el cual, en este caso, podría avanzar. La idea era muy seductora y, sin embargo, fue también desechada, puesto que dimanaba de los éxitos que pudiera tener el Frente Oeste, donde, precisamente, un día tras otro se aminoraba el ritmo de ofensiva. No podíamos confiar en una ruptura profunda y en el desarrollo de las acciones hacia uno de los flancos.

Existían también otras variantes que se asentaban en una idea general: aislar por tierra al Grupo de Ejércitos "Norte" del resto de las fuerzas enemigas y del territorio de Alemania. Con este fin, uno de los frentes debería avanzar a lo largo del Dvina Occidental en dirección a Pólotsk, Daugavpils (Dvinsk) y salir a Riga. Simultáneamente se fijaba fraccionar a la agrupación enemiga del Báltico mediante ataques de frentes contiguos y su aniquilamiento por partes en condiciones de su aislamiento casi total.

Influyeron un tanto en la elección de este procedimiento operativo las noticias recibidas en el Estado Mayor General acerca de la posible retirada del enemigo ante los frentes de Leningrado, Vóljov y Noroeste. Ahora sabemos que, efectivamente, el mando del Grupo de Ejércitos "Norte" propuso el repliegue de sus tropas al Dvina Occidental. Sin embargo, la dirección militar suprema de la Alemania hitleriana no aceptó la propuesta y el general Lindeman, que insistía en tal manio-

bra, fue sustituido al cabo de algún tiempo en el mando del Grupo por el general Friesaner. De hecho, no se llevó a cabo ningún repliegue. El enemigo siguió defendiendo tenazmente sus posiciones y rechazando furiosamente nuestras tentativas de romper su defensa.

El 7 de octubre de 1943, después de dos semanas de cruentos combates, nuestras tropas tomaron, por fin, la ciudad de Nével, importante punto de apoyo y nudo de comunicaciones enemigas, de importancia operativa. El enemigo perdió el único ferrocarril lateral, próximo a la línea del frente. Pero aún era de más trascendencia el que Nével fuese el intersticio de los dos Grupos de Ejércitos enemigos, "Norte" y "Centro". Con su pérdida, se dificultó la cooperación entre estas dos grandes agrupaciones operativas y en el caso de que nuestro avance prosiguiese hacia el oeste, las tropas enemigas en la zona del Báltico podrían quedar separadas por completo de su vecino derecho. Es natural que el mando alemán tratara a toda costa de impedir que nuestro éxito de Nével se transformara en una gran victoria.

También se enzarzó una lucha encarnizada por Gorodok, cuya toma nos abría la posibilidad de envolver por el norte Vítebsk y todo el flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos "Centro".

El enemigo comprendía perfectamente todas estas sutilezas. Para ayudar a sus fuerzas de tierra trajo a este sector más aviación. Sobre Nével y Gorodok aparecieron nuevas grandes unidades de bombarderos y cazas.

Nosotros adoptamos también algunas medidas más. A mediados de septiembre, en la dirección de Idritsa, a costa del traslado allí el Estado y parte de las tropas del antiguo Frente de Briansk, reservas del Gran Cuartel General y de los vecinos, se creó un nuevo Frente, el del Báltico, bajo el mando del general de ejército M. Popov, quien poco antes había dirigido brillantemente una operación en la que nuestras tropas, atacando por el sector del vecino, salieron a retaguardia de la agrupación enemiga de Briansk, liberándose rápidamente todos los bosques de Briansk y la propia ciudad con su importante nudo ferroviario.

Ahora, Popov debería intentar derrotar a la agrupación enemiga de Idritsa y abrir el camino hacia Riga. Desde el 1 de noviembre empezaron también allí combates muy duros. El mando alemán fascista trajo a esta dirección cinco divisiones de otros sectores del frente. La resistencia del enemigo aumentó considerablemente. Nuestro avance empezó a contarse por centenares de metros.

Se precisaba tomar otras medidas para que la situación cambiara a nuestro favor. Una de ellas fue un desplazamiento de tropas de la dirección de Idritsa a la zona del antiguo Frente de Kalinin[1]. Se suponía que después de esta reagrupacion el 1 Frente del Báltico arrancaría al enemigo Gorodok y Vítebsk, lanzándose luego hacia Pólotsk, Dvinsk y Riga.

En el 1 Frente del Báltico hubo, además, cambios en su jefatura. Desde el 19 de noviembre de 1943 lo mandaba el general I. Bagramián. Al día siguiente de posesionarse del cargo recibió la orden de "acabar con Gorodok". Mas la orden era una cosa y otra tomar esta población, muy importante para poder seguir avanzando sobre Vítebsk y Pólotsk, y no la tomó de golpe y porrazo. La ciudad fue limpiada de ocupantes al cabo de un mes, después de reñidos y cruentos combates.

Stalin no quitaba a la sazón ojo de los acontecimientos que se desarrollaban en los accesos al Báltico. Antónov y yo teníamos que desplazarnos con más frecuencia de lo corriente para informarle a la "Villa cercana". En cierta ocasión llegamos allí a la hora de comer (Stalin comía de 9 a 10 de la noche y, a veces, más tarde). El Jefe Supremo resolvió rápido todas las cuestiones que llevábamos y nos invitó a pasar al comedor. Aquello sucedió varias veces y mi memoria retuvo algunos detalles curiosos.

La comida en casa de Stalin, aunque se tratara de un banquete, siempre se hacía sin camareros. Estos traían al comedor todo lo necesario y salían de allí sin pronunciar palabra. En la mesa ya estaban colocados de antemano los cubiertos, el pan, coñac, vodka, vinos secos, especias, sal, ciertas hierbas aromáticas, legumbres y setas. Embutidos, jamón y otros entremeses, como regla, no se servían. Stalin odiaba las conservas.

Los primeros platos estaban en grandes soperas en otra mesa aparte, con su correspondiente vajilla.

Stalin se acercaba a las soperas, levantaba un poco las tapaderas, miraba su contenido y decía en voz alta, sin dirigirse, no obstante, a nadie:

— Muy bien, sopa ordinaria... Aquí de pescado... Aquí de col con carne. Echémonos de ésta — y él mismo se la servía y llevaba su plato a la mesa.

Los presentes, sin que hubiera que invitarles, hacían lo mismo, no importa cuál fuera su rango. Se servían lo que les

---

[1] Desde el 20 de octubre de 1943, el Frente de Kalinin comenzó a llamarse 1 Frente del Báltico. También entonces, el Frente del Báltico cambió su denominación por la de 2 Frente del Báltico.

gustaba. Después, traían diferentes segundos platos y cada cual volvía a servirse lo que más le apetecía. Bebíamos, naturalmente, poco, una o dos copitas. La primera vez que comimos allí, ni Antónov ni yo probamos una gota. Stalin se dio cuenta y con una leve sonrisa, dijo:

— También los de Estado Mayor General pueden apurar una copita.

En vez de postre, con más frecuencia, se tomaba té. Nos lo servíamos de un gran samovar, colocado en otra mesa. La tetera con la esencia se calentaba en un hornillo.

Durante la comida, la conversación tenía preferentemente un carácter práctico y giraba en torno a todos los problemas y al trabajo de la industria y del agro. El que más hablaba era Stalin, los demás se limitaban a contestar a sus preguntas. Sólo en raras ocasiones él se permitía hablar de otros temas.

Posteriormente, siendo ya Jefe del Estado Mayor General, comí varias veces con Stalin, no sólo en Moscú, sino también en el sur, adonde nos llamaba para que le informáramos durante su temporada de descanso. Este ritual sencillo de sobremesa siguió el mismo.

Mas, volvamos a las operaciones en el Báltico. El invierno de 1944, tanto el Estado Mayor General como el Gran Cuartel General, forjaban nuevos planes respecto a esta zona. Se esperaba que el levantamiento del bloqueo de Leningrado cambiaría aquí la situación a favor nuestro.

Las acciones bélicas de los frentes de Leningrado y Vóljov para descercar la ciudad de Lenin y expulsar a los ocupantes germano-fascistas de la región de Leningrado terminaron hacia finales de febrero. Fue una brillante victoria que colmó de júbilo a todas las personas progresistas de mundo que seguían emocionadas la vida y la lucha de la torturada ciudad. Desde las orillas del Neva, las tropas soviéticas llegaron hasta los márgenes del Narva, pusieron pie firme en la tierra de la RSS de Estonia, alcanzaron Pskov y se acercaron a Ostrov.

Las acciones del 2 Frente del Báltico, parte integrante de la operación para levantar el asedio de Leningrado, transcurrieron con menos éxito. Sólo consiguió fijar a las fuerzas del 16 Ejército enemigo y tomar Novosokólniki, primera parte de su misión. Los combates eran muy tenaces, pero no se transformaban en ruptura profunda, deteniéndose las tropas a unos 40 ó 45 kilómetros al este de Idritsa. Más al sur, el 1 Frente del Báltico estaba en los accesos de Pólotsk y Vítebsk.

Al final de estos combates nuestras tropas tropezaron con una defensa enemiga profunda y bien desarrollada, en el aspecto

ingeniero. Les cerraba el camino, particularmente, la región fortificada Pskov-Ostrov, a la que apoyaban por el sur las fuerzas fundamentales del 16 Ejército alemán.

Desde mediados de febrero, el E.M.G. empezó a plasmar la nueva idea de operaciones para derrotar al enemigo en el territorio del Báltico. Como siempre, encabezó esta labor Antónov. Yo me sumé a ella un poco después, a mi regreso de Crimea.

El Frente de Vóljov ya no se tenía en cuenta, pues desde el 15 de febrero había sido disuelto a propuesta de L. Góvorov, quien consideraba que para centralizar el mando de las tropas en la dirección de Pskov, toda la zona de acción del Frente de Vóljov debía serle transferida. El Gran Cuartel General estuvo de acuerdo. Más tarde se vio que esto fue un error. La realidad combativa no tardó en exigir que se creara, en una extensión aproximadamente igual, el 3 Frente del Báltico.

Proyectando nuevas operaciones en la zona del Báltico, el Estado Mayor General se proponía obligar a que el enemigo dispersara sus esfuerzos en varias direcciones, en tanto que nosotros tratábamos de concentrar en masa las fuerzas y medios propios en los sectores decisivos. De conformidad con este principio general, se planificó asestar el golpe principal del Frente de Leningrado en el istmo de Narva, en dirección a Piarnu, rebasando a Tartu por el norte. Este mismo Frente descargaba un ataque secundario, pero también lo suficientemente fuerte, sobre Pskov, desde donde se presuponía explotar el éxito por el curso bajo del Dvina Occidental. Finalmente, una parte de las fuerzas debería también atacar Tartu, bordeando por el sur el lago Peipus.

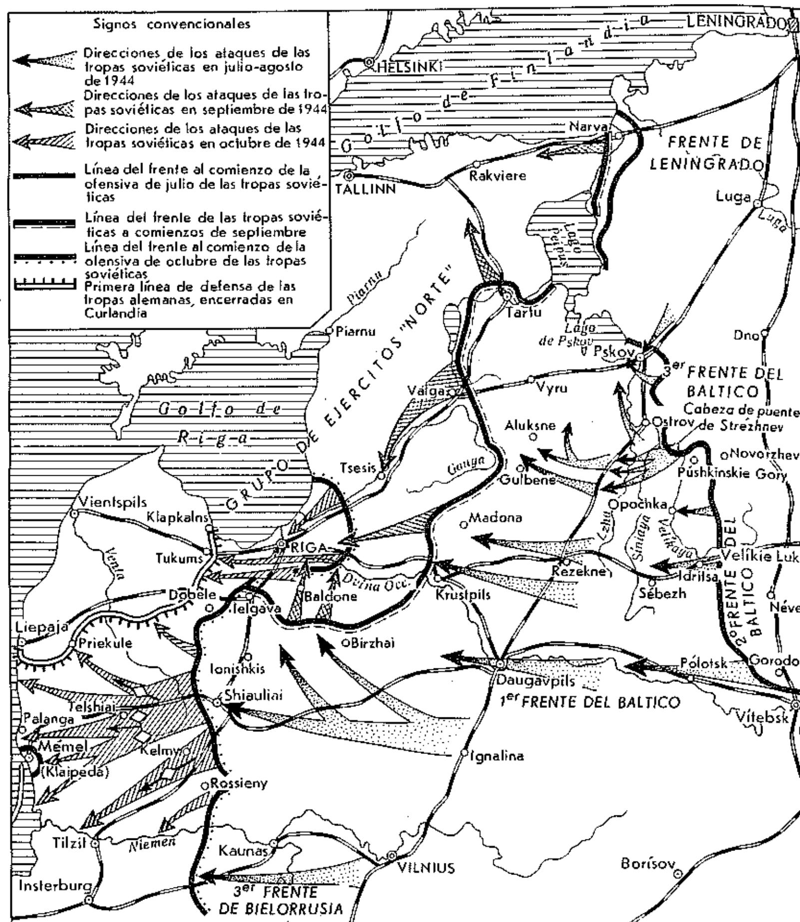
El golpe principal del 2 Frente del Báltico, como anteriormente, se enfilaba contra Idritsa y Rezekne, preparándose golpes auxiliares contra Ostrov y Opochka.

En la dirección de Sébezh, que limitaba por el sur con la de Idritsa, se ideaba una operación con el ala derecha del 1 Frente del Báltico. No obstante, las fuerzas principales de éste tenían como misión desarrollar la ofensiva sobre Vítebsk.

Según la idea rectora, la unificación de esfuerzos en los flancos contiguos de dos Frentes — 1 y 2 del Báltico —, debería cambiar de raíz la situación en Idritsa y reflejarse beneficiosamente en el desenvolvimiento de toda la operación en la zona del Báltico.

Esta correlación de golpes no sólo fraccionaría la defensa alemana, sino que prometía aislar al enemigo en la zona del Báltico y que nuestras tropas alcanzaran Riga.

Las consideraciones del Estado Mayor General fueron apro-



Operaciones de las tropas soviéticas en el territorio del Báltico

badas plenamente por el Gran Cuartel General y, sobre su base, el 17 de febrero de 1944 se plantearon las misiones a los Frentes 1 y 2 del Báltico. Para coordinar las acciones de estas fuerzas, el Gran Cuartel General comisionó a la zona del Báltico, en calidad de su representante, al mariscal de la Unión Soviética Semión Timoshenko, designándome como su Jefe de Estado Mayor. Recibí esta noticia, lo digo con toda franqueza, sin el menor entusiasmo. Primero, porque las operaciones anteriores en el Báltico no habían dado muy buenos resultados. Y, segundo, porque conocía el escepticismo de Timoshenko para con los ofi-

ciales de Estado Mayor General. Pero la orden hay que acatarla. Estudié minuciosamente una vez más todos los materiales, seleccioné oficiales que me ayudaran y me dispuse a partir.

En el día y la hora señalados nos reunimos en el andén de la estación de Riga. El mariscal se retrasaba un poco y el jefe del pequeño tren especial empezaba a ponerse nervioso, pues la demora más insignificante en la salida del convoy amenazaba con transformarse durante el camino en varias horas, debido a que la línea estaba muy recargada.

Llegó por fin el mariscal. Se veía claramente que estaba de mal humor. Nos saludó fríamente y entró en su vagón. Nosotros nos alojamos en otro y el tren se puso en marcha.

Al cabo de cierto tiempo vinieron a decirme que el mariscal me invitaba a cenar. La cena se transformó en un cambio de explicaciones muy desagradable.

— ¿Para qué te han enviado conmigo? — me espetó de sopetón el mariscal y, sin dejarme contestar, prosiguió —: ¿Queréis enseñarnos a nosotros, a los viejos, controlarnos? ¡Es inútil! Todavía andabais a gatas cuando nosotros llevábamos ya divisiones al combate, conquistábamos para vosotros el Poder soviético. Porque habéis terminado la Academia os creéis infalibles... ¿Cuántos años tenías cuando empezó la revolución?

Le respondí que contaba, a la sazón, 10 años y que, naturalmente, yo no había hecho ningún aporte a la revolución.

— ¡Precisamente!— concluyó el mariscal, significativamente.

Esta conversación me dejó perplejo. Subrayé que sólo cumplía una misión, planteada en presencia de Timoshenko. Que no tenía otras encomiendas, que sentía por su persona un gran respeto, que estaba dispuesto a aprender de él y, si se necesitaba en algo mi ayuda, a dar todo de lo que era capaz.

— Basta, diplomático — dijo ya más suave Timoshenko —, vamos a dormir. El tiempo dirá lo que vale cada uno.

Con estas "animadoras" palabras, emprendí el cumplimiento de mis nuevas funciones.

El 28 de febrero llegamos a Spíchino, donde se encontraba el puesto de mando del 2 Frente del Báltico. El general de ejército M. Popov nos creó el máximo de comodidades, posibles en la guerra, destinándonos para todos una isba con trincheras abrigo abiertas frente a ella.

Al día siguiente, 29 de febrero, Timoshenko se informó de la situación y puntualizó los problemas de la cooperación entre

los frentes. Llegó a Spíchino Iván Bagramián, por quien yo sentía profundo afecto desde que le conocí como profesor nuestro en la Academia de Estado Mayor. Bagramián empezó la guerra como jefe de la Sección de Operaciones de un Frente. Luego fue Jefe de Estado Mayor, también de un Frente, y mandó después con acierto un ejército. Con él era fácil y sencillo resolver cualesquiera cuestiones operativas. Se puso rápidamente de acuerdo en todo con Popov y ambos comandantes informaron al mariscal que sus frentes podrían comenzar la ofensiva el 1 de marzo. Como este plazo coincidía con el previsto en el plan y por parte de los comandantes no se habían hecho ningunas enmiendas a éste, Timoshenko se limitó a sancionar la ofensiva.

Algunos autores afirman erróneamente que el 1 de marzo de 1944 el 2 Frente del Báltico pasó a la defensa. En realidad, los acontecimientos se desarrollaron de otra manera.

El 1 de marzo, a las 11 horas y 20 minutos, después de una preparación artillera, las tropas de los Frentes 1 y 2 del Báltico atacaron las posiciones enemigas. Los resultados del primer día de lucha en la zona del 2 Frente del Báltico fueron a todas luces insatisfactorios. Durante toda esta jornada estuvimos en el observatorio del Frente, pudiendo ver por nuestros propios ojos cómo se defendían desesperadamente los alemanes y la gran densidad de su fuego de artillería y de armas automáticas, que no dejaba literalmente levantar la cabeza a nuestra infantería.

En el sector del 1 Frente del Báltico, donde pareció advertirse al comienzo cierto éxito, la ofensiva tampoco pudo desarrollarse. Por los interrogatorios de los prisioneros supimos que el enemigo conocía nuestros propósitos de ofensiva y se había preparado para contrarrestarla. Organizó su sistema de fuegos adaptado a nuestras direcciones de ataque y supo ocultar muchos objetivos al reconocimiento soviético. Durante la preparación artillera no conseguimos neutralizar a buen seguro la defensa enemiga. Tampoco nuestra aviación pudo ayudar como es debido a la infantería, pues el mal tiempo limitaba sus acciones. Los nuevos ataques emprendidos al día siguiente también surtieron poco efecto.

Como no tenía objeto continuar la ofensiva, la detuvimos temporalmente. Había que revelar hasta el fin las causas de los fracasos y pensar cómo organizar mejor las cosas para más adelante. Con este fin, el 3 de marzo nos reunimos de nuevo todos en el puesto de mando del 2 Frente del Báltico. Discutimos mucho hasta llegar a una conclusión general: la ruptura de las posiciones defensivas del enemigo, muy fuertes en la dirección

de Idritsa, no puede dar el resultado apetecido y rápido sin una gran superioridad en fuerzas y armamento sobre el enemigo. Serían inevitables gran número de bajas y un colosal gasto de municiones. El reconocimiento informó que el enemigo había traído a la zona de Idritsa otras tres divisiones de infantería y una de tanques.

Se decidió suspender la operación para 8 ó 10 días, durante los cuales se suponía completar las tropas, acumular municiones y esperar la llegada del 3 Cuerpo de caballería agregado, a petición nuestra, al 2 Frente del Báltico.

Todos convinimos también en que debíamos desistir de la ruptura en un sector y con ataque frontal contra la agrupación de Idritsa. Ofrecía más perspectivas ensanchar el frente de ofensiva al objeto de poder elegir una dirección envolvente más favorable al norte de Idritsa. Nuestras consideraciones las dimos en forma de propuestas, que acompañamos con un plan operativo concreto y que se remitieron el mismo día al Gran Cuartel General. El ataque principal del 2 Frente del Báltico, con dos ejércitos, se fijó realizarlo al norte del ferrocarril Pústoshka-Idritsa, directamente hacia el oeste. En este sector se concentrarían casi todos los medios y fuerzas de las direcciones secundarias. En particular, en el intersticio con el Frente de Leningrado, sólo se dejaban una división y una brigada de infantería. El ataque del 1 Frente del Báltico se planificaba realizarlo a lo largo del mencionado ferrocarril, desde una línea de partida al oeste de Nével y también con los efectivos de dos ejércitos.

Al cabo de unas horas llegó la contestación de Moscú. Se nos prescribía considerar misión principal la salida del grueso del 2 Frente del Báltico a la margen izquierda del río Velíkaya, al norte de Idritsa, y la derrota de esta agrupación enemiga con los esfuerzos mancomunados de los dos frentes. Bajo ningún pretexto se nos permitía debilitar el enlace con el Frente de Leningrado. La misión del 1 Frente del Báltico seguía siendo la de atacar sobre Sébezh.

Por consiguiente el Gran Cuartel General llamaba de nuevo nuestra atención a la zona de Idritsa.

Timoshenko se vio en situación muy delicada. Sabía que en enero de 1944 el Consejo Militar del 2 Frente del Báltico se opuso a que se concentraran los esfuerzos en la direccion de Idritsa. Se demostró que la operación en aquel sector carecía de perspectivas debido a la densa concentración de tropas enemigas, la posibilidad de mover sus reservas, la naturaleza del terreno y por toda otra serie de circunstancias. El Consejo Mi-

litar del Frente proponía un golpe menos profundo sobre Novorzhev, donde luego podían unificarse los esfuerzos de varios ejércitos. Stalin estuvo entonces de acuerdo. Pero pasó más de un mes y la situación cambió. Sin embargo, el comandante y varios altos jefes del Frente mantenían la misma opinión. Timoshenko no podía por menos de tenerla en cuenta, y con mayor motivo, porque él mismo, hasta cierto punto, se había solidarizado con ellos en la reunión de jefes del 3 de marzo. Pero, al mismo tiempo, como al representante del Gran Cuartel General, le correspondía llevar rigurosamente a la práctica sus exigencias.

Existía también otro tipo de complicación. Algunos jefes de los ejércitos estaban aferrados desde hacía mucho tiempo a la perniciosa idea de que el enemigo se replegaría ineludiblemente al otro lado del río Velíkaya. Y, si así era, ¿para qué sacrificar hombres y gastar proyectiles? ¿No sería mejor aplazar la ofensiva?

Después de los desafortunados combates del 1 y el 2 de marzo, los rumores acerca del repliegue de las tropas alemanas fascistas parecieron decrecer. El enemigo había demostrado con los hechos que no pensaba en ceder sus posiciones. Mas, ¿quién podía garantizar que cuantos estaban obligados a organizar nuestra ofensiva, estaban firmemente convencidos de eso?

El mariscal, acompañado por nosotros, iba de un ejército a otro, se pasaba días enteros trabajando con las tropas: comprobaba su estado, ayudaba en el trabajo, persuadía de la necesidad de acabar con la agrupación enemiga de Idritsa. Como en todas partes, las tropas eran también magníficas en este sector: sabían combatir, peleaban audaces y seguras. Todo dependía de cómo se organizase la ofensiva.

Pedí que se reforzara mi grupo. El Estado Mayor General me envió varios oficiales más. Con uno de ellos — el coronel Kruchinin — ocurrió un caso muy desagradable. Volando en un Po-2, el piloto le propuso no aterrizar en el aeródromo, hasta el que había mucha distancia, sino buscar un terreno adecuado en cualquier sitio cerca del puesto de mando. El coronel accedió y tomaron tierra, ni a propio intento, en un campo de minas alemán. Por milagro el aparato no fue destruido. Al salir del avión el piloto fue gravemente herido, sacándose a Kruchinin sin consecuencias. Se tardó varios días en recuperar el aparato.

El 10 de marzo se reanudó la ofensiva. Aunque se realizaba con energía no tuvo más resultado que abrir dos abolladuras en

la defensa enemiga: una de 25 y otra de 20 kilómetros de anchura por 7 a 9 kilómetros de profundidad.

La mañana del 18 de marzo, Timoshenko convocó otra reunión de comandantes de frentes, miembros de sus consejos militares y jefes de los EE.MM. Se efectuó en el puesto de mando de N. Chíbisov, en el 3 Ejército de Choque, en el intersticio de dos frentes. I. Bargramián, D. Leónov y V. Kurásov representaban al 1 Frente del Báltico, M. Popov, N. Bulganin y L. Sandálov asistían por el 2 Frente del Báltico. Se trataba de discutir el informe-resumen que debía presentarse al Gran Cuartel General y concordar el futuro plan de acciones.

Por encargo del mariscal informé brevemente sobre la situación en los frentes (más bien por mantener un orden, pues todos la conocían al dedillo, sin necesidad de que yo lo dijera) y, después, expuse nuestras consideraciones para el futuro, acerca de las cuales Timoshenko quería escuchar la opinión de los mandos de los frentes. Hablaron ambos comandantes. En principio, sus puntos de vista no diferían de los nuestros. No podía ser de otra manera, pues varias veces habíamos intercambiado opiniones sobre la marcha de los preparativos. La conversación giró, principalmente, en torno a la puntualización de algunos detalles y a las peticiones complementarias, que sólo podía satisfacer el Gran Cuartel General.

Después de este cambio de impresiones, Kurásov, Sandálov y yo nos retiramos a otra casa para redactar el parte a Stalin. Al cabo de unas dos horas lo terminamos, lo leímos en voz alta y se firmó.

Se informaba al Jefe Supremo de los exiguos resultados de la ofensiva y de nuestras bajas. Se expusieron con suficiente detalle las causas de nuestro fracaso. Se señalaba, en particular, que el enemigo había logrado trasladar a la dirección de Idritsa, desde el Frente de Leningrado, las Divisiones 24 de infantería y la 28 de infantería ligera, la 12 de carros de combate y traer de otros sectores de los frentes del Báltico las Divisiones de infantería 132, 290 y 83. No ocultábamos tampoco que en las complicadas condiciones del teatro de operaciones del Báltico se precisaba una preparación más minuciosa para la ofensiva y organizar un poco mejor el combate. Para preparar una nueva operación en la misma dirección de Idritsa, se pedía al Gran Cuartel General un mes de plazo. Entre el número de peticiones, dos eran las más sustanciales: completar los frentes con municiones y que las plantillas de las divisiones tuvieran de cinco a seis mil hombres.

El Gran Cuartel General accedió a todo lo solicitado y

nosotros emprendimos con redoblada energía los preparativos. Timoshenko ya no me manifestaba la antipatía anterior. Cuanto más trabajábamos juntos tanto más cordiales se hacían nuestras relaciones. Tomando el té una tarde, me dijo, de pronto:

— Ahora he comprendido que eres distinto de lo que yo pensaba.

— Pues, ¿por quién me había tomado Usted? — me interesé.

— Pensaba que Stalin te había agregado especialmente a mí.

Me turbó que él mismo citara tu apellido cuando se planteó el problema de mi jefe de Estado Mayor...

Aguella tarde el problema de "los padres y los hijos" fue solucionado definitivamente. Cada cosa ocupó su sitio. Y aunque ya antes sentía verdadera estima por este meritorio hombre, sin embargo, en plena medida, sólo supe apreciarle en el proceso de nuestro trabajo conjunto en el Báltico. Lamenté sinceramente separarme de Timoshenko cuando me llamaron de nuevo al E.M.G.

En abril, antes de reanudarse la ofensiva en la zona del Báltico, el propio mariscal pidió nuevamente que se me encomendase la jefatura de su Estado Mayor. Como no accedieron a su petición le recomendé al teniente general N. Lómov, mi adjunto. Timoshenko lo aceptó y posteriormente quedó satisfecho de su labor. Cuando al regreso del frente me encontró, el mariscal elogió mucho a Lómov, agregando con la franqueza que le caracterizaba:

— Resulta que en el Estado Mayor General hay buena gente...

La ofensiva de abril en las tierras bálticas desde la línea de partida por el río Narva y los accesos orientales a Pskov, Ostrov, Idrius, Pólotsk y Vítebsk fue nuevamente poco eficaz. Los frentes casi no avanzaron y se frustró la derrota que pensábamos infligir al enemigo. Se hizo una pausa en todos los frentes que operaban en estos sectores, pausa que duró hasta julio de 1944. Durante este lapso, el Estado Mayor General volvió a estudiar la forma de cómo derrotar a la agrupación enemiga en la zona del Báltico, así como la posibilidad de aislar de Prusia Oriental a todo el Grupo de Ejércitos "Norte".

La defensa enemiga en el Báltico tenía cuatro nudos fundamentales: Narva, Pskov, Ostrov y Riga. En estas zonas estaban concentradas las fuerzas principales del Grupo de Ejércitos "Norte". Riga, se sobrentiende, desempeñaba el papel principal,

pues cerraba los accesos a Prusia Oriental.

Este carácter de la defensa alemana nos permitiría, así lo creíamos, quebrantarla mediante golpes asestados en los intervalos existentes entre los nudos de resistencia, desarticular al Grupo de Ejércitos "Norte" y aniquilarlo por partes. Confiábamos asimismo que llegaría un momento en que el propio enemigo se viera obligado a retirar, mejor dicho, a sacar de allí hombres y material para reforzar otras direcciones y zonas de importancia vital, tales como la dirección de Berlín y Prusia Oriental. Todo dependía, claro está, del éxito que tuviéramos en la dirección estratégica occidental. El desarrollo de nuestra ofensiva en esta dirección obligaría inexorablemente al enemigo a sacar sus fuerzas de la zona del Báltico y llevarlas a Prusia Oriental. Esta última no sólo era muy preciada para la Alemania fascista como cuna del militarismo más desenfrenado y como granero del país. En determinadas circunstancias, Prusia Oriental podría convertirse en plaza de armas que amenazase el flanco de nuestra agrupación central y base de extraordinaria importancia para su Marina de Guerra.

Desde este punto de vista ya hacía mucho que no quitábamos ojo de Shiauliai, desde donde nuestras tropas podrían volverse hacia el norte, sobre Riga, y hacia el oeste, contra Memel. La idea del golpe sobre Riga, en líneas generales, ya se dibujó en la carta de trabajo de Antónov en mayo de 1944, con el plan "Bagratión".

Según este último, sobre la región de Shiauliai se enfilaban las fuerzas princiaples del 1 Frente del Báltico, suficientes a todas luces para tomar esta ciudad. En caso de extrema necesidad también podrían ser lanzados a esta dirección los Ejércitos 51 y el 2 de la Guardia, reserva del Gran Cuartel General. El terreno permitía poder emplear allí grandes masas de tropas y todas las Armas.

De por sí, Shiauliai era un importante nudo de comunicaciones que enlazaba las repúblicas del Báltico con Prusia Oriental y cuya toma complicaría mucho la maniobra del enemigo. Cuándo y hacia dónde virar desde la zona de Shiauliai era cosa que dependería de la situación concreta. En principio, el problema se decidía así: las tropas cambiarían su movimiento de Shiauliai en la dirección y en el momento, dónde y cuándo las fuerzas fundamentales del enemigo se encontrasen maniatadas y fuese más sencillo escindir su frente. Respecto a esta idea no se dijo una palabra a los frentes.

El Estado Mayor General dedicaba atención especial al ala norte de nuestra agrupación atacante en el territorio del Bál-

tico. Ya en marzo nos convencimos de que el Frente de Leningrado, que englobaba las tropas y todo el sector del antiguo Frente de Vóljov, era demasiado voluminoso. Lo componían siete ejércitos que actuaban en cuatro importantes direcciones operativas: Víborg, Tallinn, Pskov y Ostrov. Circunstancia que influía muy negativamente en el control de las tropas. Se precisaba subsanar este error y volver a crear la agrupación de tropas disuelta. Con la entrega a ésta de la parte sur de su frente, los leningradenses no tendrían que atender al extenso sector Pskov-Ostrov, podrían concentrar todos sus esfuerzos en la zona de Narva y en la dirección de Víborg, donde ya se planificaba una operación para derrotar a las tropas finlandesas en cooperación con el Frente de Carelia.

Se analizó también la variante de mejorar la situación de los leningradenses a costa de extender hacia el norte la zona del 2 Frente del Báltico. Mas ya habíamos pasado por esta experiencia, tampoco justificada, debido a que el sector Pskov-Ostrov era un todo único independiente. La agrupación enemiga allí desplegada se había fortificado sólidamente y dominaba de hecho, tres direcciones operacionales: hacia el norte, sobre Tartu, hacia Aluksne y Valga, y hacia el oeste, sobre Aluksne, Tsesis y Riga. Estaba claro que el 2 Frente del Báltico no estaba en condiciones de soportar esta carga suplementaria que le habría llevado, inevitablemente, a la dispersión de sus esfuerzos y a no mejorar en nada la dirección de las tropas.

La única salida acertada de la situación era la formación de un nuevo Frente, el 3 del Báltico, creado el 18 de abril de 1944.

Lo integraron los Ejércitos 42, 67 y 54, que antes pertenecían al Frente de Leningrado, y luego, también el 1 Ejército de Choque del 2 Frente del Báltico. El mando del Frente se constituyó sobre la base del Estado Mayor del 20 Ejército. Se designó comandante al general coronel I. Máslennikov, hasta ese momento adjunto del Comandante del Frente de Leningrado. El teniente general V. Vashkévich, nombrado Jefe de su Estado Mayor, había desempeñado esas mismas funciones en el 20 Ejército.

Creando esta nueva agrupación de tropas comprendíamos perfectamente que no tenía grandes perspectivas, pues 400 kilómetros a vanguardia de su despliegue se extendía ya el mar. Sin embargo, en los límites de este terreno le correspondía resolver misiones operativas de suma importancia.

Ya señalé de pasada que al mismo tiempo que se trabajaba en los planes para la zona del Báltico, a comienzos de junio el E.M.G. estudío también el plan para la operación Svir-Petrozavodsk, por el Frente de Carelia. Debíamos acabar con este foco que retenía considerables efectivos de tropas nuestras. El feliz desenlace de esta operación aceleraría la salida de Finlandia de la guerra y, sin duda, contribuiría al éxito de nuestras fuerzas en las repúblicas del Báltico.

No quisiera recargar al lector con la descripción detallada de la operación de Svir-Petrozavodsk, pues distraería su atención del tema fundamental de este capítulo. Sin embargo, no puedo por menos de mencionar aquí un caso curioso que caracteriza, hasta cierto punto, el ambiente de nuestro trabajo en aquella época.

Kiril Meretskov, Comandante del Frente de Carelia, al exponer su plan de operación en el Gran Cuartel General, quería a toda costa mostrar gráficamente a Stalin la región tan fortificada enemiga que deberíamos romper. Con este objeto trajo a Moscú una maqueta del terreno, de ejecución magnífica, y fotografías panorámicas aéreas. Así, pensaba Meretskov, será más fácil demostrar qué duros combates nos aguardan y sacarle al Jefe Supremo fuerzas complementarias y mayor cantidad de medios materiales.

Nosotros, que ya habíamos estudiado a fondo el carácter de Stalin, tratamos de persuadir a Meretskov de que no llevara aquellos materiales al Kremlin, aduciéndole que al Jefe Supremo le disgustaban los atributos excesivos y no aguantaba que se hicieran pronósticos desde el punto de vista enemigo. El teniente general T. Shtikov, miembro del Consejo Militar del Frente, era de nuestra misma opinión. Mas nada hizo desistir de su empeño al Comandante del Frente.

En el Gran Cuartel General, Meretskov agravó su error, enseñando su maqueta y forografías antes de exponer el contenido de la operación. Stalin le escuchaba, paseando como de costumbre a lo largo de la mesa. De pronto, se detuvo e interrumpió bruscamente a Meretskov:

— ¿Es que pretende asustarnos con sus juguetes? El enemigo, por lo visto, le ha hipnotizado con su defensa... Me asalta la duda de si después de todo esto podrá Usted llevar a cabo la misión planteada.

Y en este punto, Meretskov echó aceite en el fuego: apartando los "juguetes" empezó a renglón seguido a pedir regimientos de tanques pesados y artillería de ruptura. Esto irritó definitivamente a Stalin, que soltó otra réplica brusca:

— ¿Piensa que nos asustó y que le abriremos el bolsillo?.. Se equivoca, no somos tímidos.

El Jefe Supremo no dejó al Comandante terminar su informe, ordenando al E.M.G. analizar una vez más el plan de la próxima operación y especificar su necesidad en efectivos. Al día siguiente se expuso por segunda vez el plan, pero ya en el orden acostumbrado. Stalin no interrumpió, casi no hizo observaciones e incluso dio algunos medios complementarios para romper la posición defensiva del enemigo. Cuando ya nos disponíamos a salir de su despacho, despidió a Meretskov con estas palabras:

— ¡Le deseo suerte! Sea Usted quien amedrente al enemigo, en vez de dejarse influenciar por él...

Después del final exitoso de la operación de Svir-Petrozavodsk, Meretskov me envió dos álbumes con nuevas fotografías de la defensa enemiga (ahora ya derrumbada) y me pidió por teléfono que si tenía ocasión se las enseñase a Stalin. Antónov y yo decidimos no hacerlo, a pesar de que las fotografías eran muy elocuentes y ayudaban, realmente, a imaginarse visiblemente la misión tan difícil que había realizado el Frente de Carelia.

En los primeros días de julio de 1944, contando con la opinión de I. Máslennikov, el Estado Mayor General dio forma definitiva a la idea de la operación ofensiva del 3 Frente del Báltico que era, se sobrentiende, sólo una parte del complejo único de nuestras acciones en el territorio del Báltico y que debería llevarse a cabo en estrecha cooperación con los Frentes de Leningrado, 2 y 1 del Báltico.

La misión próxima de la nueva agrupación de tropas consistía en derrotar a la agrupación enemiga de Pskov-Ostrov y en liberar estas dos antiguas ciudades rusas de ocupantes alemanes. A continuación, las tropas del Frente deberían tomar Tartu y Piarnu y salir a retaguardia de las tropas fascistas que se defendían en la región de Narva.

El Frente de Leningrado, vecino de la derecha, descargaba su golpe principal a través del istmo de Narva, en dirección a Piarnu. Emprendería la ofensiva un poco después que el 3 Frente del Báltico, teniendo como misión, conjuntamente con éste, derrotar al enemigo en Estonia, conquistar Tallinn y con parte de sus fuerzas atacar Tartu.

El 2 Frente del Báltico, vecino de la izquierda, atacaría a lo largo de la margen septentrional del Dvina Occidental en dirección a Madona y Riga. Empezaría sus acciones antes que la operación del 3 Frente del Báltico.

Ya hemos dicho que también el 1 Frente del Báltico parti-

ciparía en la ofensiva.

El 6 de julio, el Jefe Supremo dio al 3 Frente del Báltico directivas para la ofensiva en ciernes. Dos días después, aproximadamente, cuando hacíamos nuestro informe acostumbrado en el Gran Cuartel General, oímos decir a Stalin lo siguiente:

— Nadie ha estado una sola vez con Máslennikov. Es un Comandante de Frente joven, y lo mismo su Estado Mayor, por lo tanto, por ahora no tienen bastante experiencia. Habría que ver sobre el terreno cómo se desenvuelven, ayudarles a planificar y a preparar la operación para la toma de Pskov y Ostrov. Pienso que podría ir allí Shtemenko. ¿Sabrá Usted hacerlo?— y el Jefe Supremo se volvió hacia mí.

— Lo procuraré, camarada Stalin.

— Llévese un artillero y un aviador con experiencia. Tanquista no precisa, pues ese Frente tiene pocos carros.

Después de reflexionar un minuto, Stalin añadió:

— No estaría mal que le acompañaran Yákovlev y Vorozheikin.

Tal fue la bendición recibida para mi primera salida autónoma como representante del Gran Cuartel General.

Aunque la cosa no urgía, al día siguiente salimos en avión para el lugar de destino. Al Jefe Supremo le gustaba que sus indicaciones se cumplieran acto seguido.

En cuanto llegamos al puesto de mando de Máslennikov, como era de rigor, nos informaron de la situación el Jefe del Estado Mayor V. Vashkévich, al que siguieron los comandantes S. Krasnopévtsev, de la Artillería, N. Naúmenko, del Ejército aéreo, y el jefe de los Servisios. En el transcurso de estos informes hicimos preguntas a Máslennikov. Estudiamos la decisión que había tomado y salimos a inspeccionar las tropas. Se comprende que visitáramos primero a las que debían asestar el golpe principal.

Donde más nos detuvimos, quizás, fue en la cabeza de puente de Strézhnev, en la margen occidental del río Velíkaya, franja de terreno de ocho kilómetros de ancho y de dos a cuatro de profundidad. Era pequeña, claro está, pero no teníamos otra. Tratamos de ver el dispositivo enemigo desde diferentes puntos de la cabeza de puente sin poder descubrir mucho, pues el bosque ocultaba magníficamente la primera línea de trincheras enemigas. Peor aún se observaba la profundidad de sus posiciones.

Nuestro dispositivo también lo camuflaba el bosque, y aunque su extensión era reducida, nos permitía dislocar ocultamente las tropas, por lo menos, dos cuerpos. Las aldeas eran

pocas y estaban completamente destruidas. Después de sopesar todos los "pros" y los "contras", convinimos definitivamente en que el ataque principal debería asestarse, precisamente, desde esta base de partida.

Los caminos de la zona contigua al frente nos causaron bastante malestar. Cuando el tiempo estaba seco pendía sobre ellos una impenetrable nube de polvo, especialmente sutil, integrada en su mitad por mosquitos, que salían de la verde espesura para lanzarse implacables contra toda alma viviente. Durante las lluvias, en cambio, los caminos no eran más que profundas rodadas y baches llenos de agua. Cubiertos de barro, dando tumbos y rugiendo fatigosamente sus motores, los camiones sorteaban los baches como buenamente podían. Las caravanas avanzaban a paso de tortuga, se paraban frecuentemente. Los chóferes saltaban a tierra, colocaban bajo las ruedas largos palos y con procedimientos, sólo por ellos conocidos, lograban desatrancar los camiones.

Los camiones eran motivo de preocupación para los jefes de todos los grados. ¡Qué no se les ocurría para salir del paso! En los sitios especialmente intransitables tendían hasta calzadas de madera, por donde los camiones avanzaban como por raíles, pero sin descuidarse un instante, pues bastaba que una rueda resbalase del entarimado, para que el camión se hundiese en el barro hasta la caja.

En su mayoría, los caminos eran de una sola vía, con apartaderos, aunque en algunos tramos eran de dos vías. Los reguladores del tránsito estaban por todas partes. Donde los automóviles no podían en modo alguno ser utilizados, el transporte hipomóvil salvaba la situación. Caballejos de una resistencia increíble tiraban y tiraban de los carros, mientras que los imperturbables carreros, en cuanto se paraban, inmediatamente cortaban hierba con las hoces que llevaban bajo el pescante, siempre preparadas para estos menesteres. Cuidaban de las caballerías más que de su propia persona.

Después de ver las tropas y reconocer el terreno nos pusimos con el Consejo Militar del Frente a preparar el plan de la operación. Realizamos, por decirlo así, un ciclo creador completo y todo el trabajo práctico de organización.

El adversario que se oponía al Frente sólo era una parte de las fuerzas del 16 Ejército alemán, no muy numeroso, pero bien atrincherado, sirviéndole de apoyos las regiones fortificadas de Pskov y Ostrov. Por cuanto la ofensiva frontal contra estos dos poderosos nudos de resistencia no podía prometer éxito, en el plan de la operación se previó derrotar sucesivamente

a las agrupaciones enemigas, primero a la de Ostrov y, después, a la de Pskov, envolviéndola por el sur y con un ataque frontal simultáneo.

La misión inmediata de la operación tenía una profundidad de hasta 120 kilómetros y terminaba con la salida de las tropas soviéticas a la línea Ostrov, Liepna, Gulbene. Se pensaba realizar este objetivo en dos etapas. Primero, con las fuerzas del 1 Ejército de Choque, mandado por N. Zajvatáev, y el 54 Ejército, mandado por S. Roguinski, se derrotaría a las tropas enemigas ante la cabeza de puente de Strézhnev, al sur de Ostrov (el golpe principal se descargaba desde esta base de partida con los flancos contiguos de ambos ejércitos en dirección a Kúrovo, Augshpils, Malupe). En la segunda etapa entraba ya en acción el 67 Ejército de V. Romanovski, el cual, aprovechando el éxito en la dirección principal, debería derrotar a las tropas adversarias que se defendían en la propia zona de Ostrov.

El Frente tenía como misión posterior proseguir la ofensiva en dirección a Vyru. Simultáneamente, la división del flanco derecho del 67 Ejército, rebasando Pskov por el sudoeste, y el 42 Ejército con un ataque frontal, deberían tomar Pskov no más tarde del 28 ó 29 de julio. A continuación, desde la línea Pskov, Vyru, Dzeni, se suponía seguir avanzando en dirección a Tartu o Piarnu.

Nuestro plan fue aprobado por el Gran Cuartel General, fijándose el 17 de julio para el comienzo de la ofensiva. Previamente recorrimos de nuevo ejércitos y cuerpos, puntualizando sobre el terreno las misiones que les correspondían en la ofensiva. N. Yákovlev y G. Vorozheikin preparaban intensamente a la artillería y a la aviación. No obstante, cuando finalizaba la jornada, cada uno de nosotros se apresuraba por llegar al puesto de mando del Frente, donde todos reunidos hacíamos el balance del día y se redactaba el parte a Moscú.

La víspera de la operación, el 16 de julio, en todos los ejércitos se efectuó un combate de reconocimiento. Al amanecer, apoyados por un intenso fuego artillero, los destacamentos de reconocimiento atacaron al enemigo. En la zona del 1 Ejército de Choque los exploradores lograron entrar en las trincheras alemanas y al cabo de hora y media o dos de lucha ocuparon el pequeño poblado Chashki, en el que se hicieron fuertes. El jefe del Ejército envió en su ayuda refuerzos de infantería, pero no pudieron progresar más. En otras direcciones las escaramuzas de reconocimiento no tuvieron éxito. El enemigo se defendía tenazmente.

En la noche del 17 de julio nos dirigimos al observatorio

del general N. Zajvatáev, jefe del 1 Ejército de Choque, situado en la cabeza de puente de Strézhnev.

Aún era de noche cuando cruzamos el río Velíkaya. Nos apresurábamos, pues la mañana se esperaba que fuera despejada y calurosa, en todos los sentidos.

El observatorio del Ejército era un sistema de profundas trincheras, abiertas en una pequeña cota y protegidas por una cubierta de gruesos rollizos. Y aunque llegamos allí con gran antelación, Zajvatáev ya nos aguardaba. Después de escuchar su breve informe, Máslennikov y yo nos acomodamos junto a los instrumentos de observación, mientras que Yákovlev y Vorozheikin se dedicaron a sus especialistas.

Como ocurre siempre en casos análogos, cuantos se encuentran en el observatorio dan muestras de impaciencia. Hablan en voz baja, como si temieran violar la solemnidad de aquellos momentos. Ya hace mucho que todo está organizado y listo. No obstante, cada cual comprueba una vez más algo de sus funciones, precisa algo. Los oficiales de operaciones están absorbidos por sus cartas. Los telefonistas con el oído pegado a sus aparatos. Esta sensación de impaciencia, comprensible, obliga ora a uno, ora a otro, a clavar sus miradas en la oscuridad de la noche, en el dispositivo del adversario.

De pronto, llega el minuto decisivo y el cuadro cambia totalmente. Con las primeras descargas de la artillería todos entraron en movimiento, hablaban a voces.

Apareció en el aire nuestra aviación. Aprovechando el buen tiempo actuó aquella mañana impecablemente. Las explosiones de sus bombas se fundieron en un todo único con los estallidos atronadores de los proyectiles de la artillería.

El sistema de fuegos enemigo fue bien neutralizado y la infantería se lanzó segura al ataque. Pronto nos llegaron los primeros partes alentadores: nuestras fuerzas habían entrado en cuña en la defensa de la 83 División de infantería alemana y continuaban explotando el éxito no sólo en profundidad, sino también hacia los flancos, "enrollando" la defensa enemiga.

Marchaban bien las cosas también en el 54 Ejército, el cual igualmente había roto la defensa enemiga.

Nos trajeron los primeros prisioneros. Por su interrogatorio pudimos establecer que ante nuestros dos ejércitos se defendían las Divisiones de infantería enemigas 32, 83 y 218, más varios regimientos de vigilancia que constituían la retaguardia del grueso de las fuerzas enemigas que habían emprendido el repliegue hacia el oeste. Las noticias de la retirada fueron una novedad, pero en modo alguno una

sorpresa. No habíamos excluido que el mando fascista alemán pudiera esquivar el golpe que preparábamos descargar sobre su 16 Ejército y que intentara oponerse a nuestras tropas en alguna otra línea en la profundidad de su dispositivo. Previendo esta variante, en los Ejércitos 1 de Choque y 54 se constituyeron de antemano grupos móviles, verdad, no muy grandes. El grupo móvil de Zajvatáev lo compusieron un regimiento de fusileros de la 85 División, la 16 Brigada de tanques y el 724 Regimiento de artillería autopropulsada. El grupo móvil de Roguinski lo formaban la 288 División de infantería y la 122 Brigada de carros. Ahora había llegado el momento de que entraran en acción.

Los grupos móviles comenzaron inmediatamente la persecución del enemigo, y aunque Máslennikov nos propuso trasladarnos al observatorio del Frente, no lo aceptamos, pues queríamos sentir mejor el pulso del combate, poniéndonos en seguimiento de las tropas y prometiéndole que por la noche regresaríamos a su puesto de observación.

Nuestro itinerario pasaba cerca de las lomas de Pushkin, donde en el antiguo monasterio de Sviatogor se encontraba la sepultura del gran poeta y, próxima a este punto, la finca de Mijáilovskoe, donde pasó más de dos años de desesperante destierro. Conocíamos esto desde nuestra infancia y nos imaginábamos vivamente la persona del desterrado poeta, las de su encorvada y flaca aya Arina Rodiónovna, de I. Puschin y del miope A. Délvig, que acudieron a visitar a su amigo en el exilio. En esta casa solariega Pushkin creó sus "Gitanos", "Borís Godunov", escribió los capítulos fundamentales de "Evgueni Oneguin" y muchas poesías líricas a las que después se puso música. Todo eso se convirtió en parte inalienable de nuestra cultura, sin la que no se concibe al hombre ruso. ¡No podíamos pasar de largo por estos lugares! Y, naturalmente, desviamos hacia ellos.

Las lomas de Pushkin se habían tomado un poco antes de comenzar su ofensiva las fuerzas principales del 3 Frente del Báltico. De allí fueron arrojadas ignominiosamente una compañía punitiva, que perseguía infructuosamente a los guerrilleros, y algunas pequeñas unidades de tropas de campaña del enemigo. Nuestros zapadores ya habían tenido tiempo de colocar los previsores cartelitos de "minas". Este aviso nos aguardaba también en la escalinata ante el monasterio y junto a la tumba de Pushkin.

Por doquier no se veían más que destrucciones. Al monasterio de Sviatogor — singular monumento de la arquitectura

del siglo XVI— le habían quitado las cúpulas y volado parcialmente. En el interior del monasterio todo estaba destrozado y diseminado, sin orden ni concierto.

En la finca contigua de Mijáilovskoe, el cuadro no era mejor. La casa de los Pushkin, transformada en museo, había sido presa de las llamas y la casita de Arina Rodiónovna desmantelada para hacer abrigos. Los ocupantes talaron la mitad de los árboles seculares de los parques de Mijáilovskoe y Trigórskoe.

Nos alejamos de estos parajes transidos de dolor.

Mientras tanto, la operación continuaba desarrollándose favorablemente. A las tropas se les había ordenado no cesar, bajo ningún pretexto, la persecución nocturna del enemigo...

Sería la medianoche cuando el grupo móvil del 54 Ejército ocupó el importante nudo de carreteras de Krasnogoródskoe, impidiendo a las retaguardias enemigas hacerse fuertes en la línea del río Síniaya. Otras tropas nuestras, que actuaban al norte y al sur de la cabeza de puente de Strézhnev, se habían acercado al río Velíkaya, dispuestas para cruzarlo.

El 18 de julio la operación adquirió el carácter de ofensiva general en toda la zona del 3 Frente del Báltico. Las fuerzas principales de los Ejércitos 1 de Choque y 54 atravesaron el río Síniaya. La aviación continuaba actuando bien. Se advertía la experiencia de Grigori Vorozheikin.

Serían las 6 de la tarde cuando las fuerzas de Zajvatáev se aproximaron por el sudeste a Ostrov, fracasando sus repetidos intentos de tomar la ciudad por el espeso fuego que vomitaban las innumerables fortificaciones enemigas. Al final de la jornada, las divisiones de Roguinski consiguieron arrojar al enemigo a la margen opuesta del río Izha. Al sur de Ostrov, el río Velíkaya fue cruzado este día en gran extensión.

En dos días de ofensiva, el 3 Frente del Báltico progresó no menos de 40 kilómetros, abriendo una brecha de hasta 70 kilómetros de ancho. Durante la ofensiva se tomaron más de 700 poblados, incluidos algunos tan importantes como Shánino, Zélenovo y Krasnogoródskoe. Nos llegaban noticias animadoras de nuestros vecinos, los Frentes 2 y 1 del Báltico, cuyas tropas avanzaban impetuosas hacia Riga.

A las 22 horas del 19 de julio, en nombre de la Patria, Moscú disparó salvas en honor del 3 Frente del Báltico por la derrota de la defensa enemiga, las tropas del cual seguían librando cruentos combates, ya al oeste de Izha. Al final del 20 de julio se consiguió cortar la carretera y el ferrocarril de Ostrov a Rezekne junto a la estación de Brenchanínovo. Todos

los contraataques del enemigo fueron rechazados, haciéndosele muchas bajas.

A las 3 horas del 21 de julio, siguiendo el plan de la operación del Frente, pasó a la ofensiva el 67 Ejército del general V. Romanovski. Sus fuerzas perforaron las fortificaciones permanentes del enemigo en la dirección de Ostrov y, con el apoyo del 1 Ejército de Choque, a las 12 horas del día tomaron por asalto la ciudad de Ostrov, el punto de apoyo más sólido en la defensa alemana que cerraba el camino a las regiones centrales de las tierras bálticas y cuya caída predeterminó el ulterior desarrollo de la operación para envolver Pskov. Moscú saludó por segunda vez a los vencedores. Un día después, el 23 de julio, las salvas solemnes y los multicolores cohetes anunciaron a los soviéticos que el 2 Frente del Báltico había liberado al antiguo Pskov. Debo decir que escuchamos con particular satisfacción estos saludos por la radio.

La misión inmediata planteada al Frente se había cumplido. Ahora se nos abrían los caminos hacia las regiones meridionales de Estonia y hacia Riga.

Cavilamos mucho para ver cómo mejor llevar a cabo la misión posterior, decidiéndonos, por fin, a lo siguiente: asestando el golpe principal sobre Vyru, desarrollar el éxito al sur de los lagos Pskov y Peipus hasta la línea Aluksne y Valga. Esto nos permitiría salir a retaguardia de las agrupaciones enemigas de Tartu, primero, y de Narva, después, con lo que facilitaríamos sustancialmente la ofensiva del Frente de Leningrado a través del istmo de Narva.

El Gran Cuartel General examinó nuestras propuestas y determinó que el golpe principal en la zona del 3 Frente del Báltico convenía desarrollarlo en dirección de Aluksne y Valga, es decir, mucho más al oeste de la fijada por nosotros. Por consiguiente, nuestra agrupación de choque se introducía directamente contra Valga, el nudo de comunicaciones más importante del territorio del Báltico, debiendo aislar de Riga a todas las fuerzas enemigas en Estonia y en la parte septentrional de Letonia-Esta variante ya fue pensada en otro tiempo por nosotros, mas renunciamos a ella, pues considerábamos que el Frente carecía de fuerzas suficientes.

La elaboración definitiva del plan para el desarrollo posterior de la operación del 3 Frente del Báltico, de acuerdo a las indicaciones del Alto Mando, nos llevó varios días. Las tropas, entretanto, seguían su avance impetuoso. Las enmiendas, a tenor de las nuevas misiones, se hacían ajustándose a las circunstancias.

Nuestro golpe sobre Valga repercutió inmediatamente en la situación de nuestro vecino de la derecha. Las tropas del Frente de Leningrado rompieron exitosamente la sólida posición defensiva de los alemanes en la dirección de Narva y, con una maniobra envolvente, combinada con un ataque frontal, tomaron la ciudad y la fortaleza de Narva.

El 2 Frente del Báltico, nuestro vecino de la izquierda, seguía avanzando en dirección a Rezekne y Madona, con el propósito posterior de llegar a Riga. Mandaba ahora este Frente el general de ejército Andréi Eriómenko, trasladado de Crimea. Eriómenko había mandado ya seis frentes y su nombre estaba indisolublemente unido a los heroicos hechos de armas de las tropas soviéticas en Stalingrado.

En el 1 Frente del Báltico todo estaba listo para avanzar hacia Shiauliai y Riga.

Mas nuevamente no pude ver con mis propios ojos el desenlace de los acontecimientos. En cuanto el plan de la operación estuvo definitivamente terminado y se comunicó a Moscú, Antónov telefoneó, anunciándome, como de costumbre:

— Su misión ha concluido, regrese al Estado Mayor General...

Ya hablé anteriormente acerca de los propósitos de nuestro Alto Mando para aislar al Grupo de Ejércitos "Norte" de las restantes fuerzas enemigas. El verano de 1944 esto adquirió visos de realidad.

En la segunda quincena de julio, desde la zona de Panevezhis, el 1 Frente del Báltico había logrado salir a la dirección de Shiauliai, mientras que el 3 Frente de Bielorrusia enfilaba ya sus fuerzas contra Prusia Oriental. Como se decía a la sazón, el Ejército Soviético se aproximaba al "cubil de la fiera fascista". Expresión completamente justa, no sólo en sentido figurado, sino también en el literal, ya que tras los lagos de Masuria, en la zona de Rastenburg, enterrado profundamente, se asentaba "Wolfschanze", sede de la Casa Militar de Hilter.

El 24 de julio, Bagramián, Comandante del 1 Frente del Báltico, determinó que el enemigo retiraba sus tropas hacia Krustpils y más allá, hacia Riga y Mitava (Ielgava). Sólo contra el ala izquierda del Frente los alemanes mantenían aún sus posiciones, advirtiéndose, no obstante, que su resistencia era menos obstinada. Le obligaban a ello intensos ataques del vecino 3 Frente de Bielorrusia, que se encontraba en los accesos de Prusia Oriental.

Las previsiones del Estado Mayor General se confirmaron: los golpes de varios frentes nuestros, bien concordados en el tiempo, maniataron y debilitaron acusadamente a los ejércitos alemanes 18 y 16, que ya habían perdido su libertad de maniobra. Ahora, así lo creíamos, había madurado el momento de acorralar al enemigo en el litoral del Báltico.

Sin embargo, también nuestras fuerzas se iban agotando y las reservas no eran muchas. Las operaciones ofensivas de las Fuerzas Armadas Soviéticas se hacían en escala cada vez mayor. Tras la operación de Bielorrusia, con un breve intervalo de tiempo, empezó la ofensiva en Ucrania Occidental, la más grande por su envergadura. Todo eso exigía reservas, que se agotaban con rapidez. El 1 de julio el Gran Cuartel General sólo tenía en reserva dos ejércitos (el 2 y el 5 de la Guardia) y un ejército aéreo (el 8). De ello se deducía que la ofensiva en la zona del Báltico debería desplegarse, en lo fundamental, a costa de las reservas de los frentes y de hacer reagrupaciones en las direcciones principales con las fuerzas y medios sacados de los sectores secundarios.

En la práctica, los acontecimientos se desarrollaron así. El 25 de julio, el Comandante del 1 Frente del Báltico ordenó al general V. Obújov, Jefe del 3 Cuerpo Mecanizado de la Cuardia, que atacara Shiauliai y ocupara la ciudad al final del día 26 de julio. En Shiauliai deberían entrar también las tropas del 51 Ejército de Y. Kréizer, que emprendían la ofensiva al mismo tiempo, aproximadamente. El 2 Ejército de la Guardia, sacado de la reserva del Gran Cuartel General y desplegado en el flanco izquierdo del 1 Frente del Báltico, protegía sus acciones del lado de Prusia Oriental.

Sólo el 27 de julio se consiguió tomar Shiauliai.

En cuanto el Gran Cuartel General lo supo, ordenó al 1 Frente del Báltico virar inmediatamente el grueso de sus fuerzas contra Riga, pues hacia allí retrocedían, precisamente, las tropas enemigas. Estas directivas se dieron primeramente por teléfono, siendo refrendadas al día siguiente por escrito:

"La misión fundamental de las tropas del Frente es aislar y cortar las comunicaciones con Prusia Oriental de la agrupación enemiga que actúa en el territorio del Báltico, para lo cual, el Gran Cuartel General ordena:

Después de ocupar la zona de Shiauliai desarrollar el ataque principal en dirección general a Riga y con parte de las fuerzas del ala izquierda del Frente avanzar sobre Memel con el objetivo de cortar el ferrocarril costero que enlaza las repúblicas del Báltico con Prusia Oriental".

Bagramián envió a renglón seguido este telegrama al jefe del 3 Cuerpo Mecanizado de la Guardia: "Le agradezco lo de Shiauliai. Cese el combate en esta zona. Concéntrese rápidamente en Meshkuchai[1] y con un ataque hacia el norte, a lo largo de la carretera, con las fuerzas principales, tome al final del 27.7.1944 Ionishkis y con fuertes destacamentos de vanguardia, Bauska y Ielgava".

La ofensiva del cuerpo en la nueva dirección se desarrollaba con tal impetuosidad que el enemigo no pudo oponerle una resistencia suficientemente organizada. No cabe duda que allí influyó la situación, en general desfavorable para el adversario, en todas las tierras bálticas y, particularmente, su derrota en los frentes principales de la guerra, donde las tropas soviéticas ya cruzaron los ríos Vístula y Niemen. Se logró bajar humos a los invasores.

Aprovechando el éxito del cuerpo mecanizado, el 28 de julio Bagramián lanzó en dirección de Ielgava las tropas del 51 Ejército. El 43 Ejército, de A. Beloboródov, se puso también en movimiento hacia el norte.

Ya el 31 de julio fue tomado por combate Ielgava (Mitava), nudo fundamental de comunicaciones que enlazaba las repúblicas del Báltico con Prusia Oriental. La víspera, el 30 de julio, el destacamento de cabeza de la 8 Brigada Mecanizada de la Guardia, que mandaba el coronel S. Krémer, alcanzó Tukums y la costa en las proximidades de Klapkalns. Los caminos del enemigo desde la zona del Báltico a Prusia Oriental quedaron cortados. Según definición de los propios generales hitlerianos, en la zona de Tukums se abrió "una brecha en la Wehrmacht".

En todo eso desempeñó un papel relevante el mariscal Alexandr Vasilevski. Desde el 29 de julio de 1944 no sólo se le había encomendado coordinar, sino también dirigir las operaciones de los Frentes 2 y 1 del Báltico y 3 de Bielorrusia. Posteriormente, como el epicentro de la lucha en el sector del Báltico se desplazó a la dirección de Riga, Vasilevski pasó a dirigir las operaciones de los tres frentes bálticos, retirándosele la responsabilidad por las acciones del 3 Frente de Bielorrusia.

El aislamiento en la zona del Báltico de los Ejércitos alemanes 16 y 18 les amenazaba con el desastre más completo. Se comprende que el mando fascista alemán intentase remendar "la brecha en la Wehrmacht" y restablecer el contacto vivo del Gru-

[1] Meshkuchai se encuentra a 20 km de Shiauliai, hacia nordeste.

po de Ejércitos "Norte" con el flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos "Centro" en Prusia Oriental. Con este objeto se puso en movimiento al 3 Ejército de tanques alemán, teniendo como misión abrirse paso hacia Riga. Su acoso se distinguió por un encarnizamiento extremo, combinado con ataques desde Riga. Sin embargo, el enemigo no logró contrarrestar la acción de las tropas del 1 Frente del Báltico. Los alemanes sólo pudieron conquistar un estrecho pasillo, que unía a Riga con Tukums.

La situación creada tampoco nos satisfacía a nosotros. El pasillo de Curlandia, aunque era angosto, permitía, de todas maneras, que el enemigo pudiera maniobrar con sus fuerzas y, en caso de necesidad, retirar el Grupo de Ejércitos "Norte" por tierra a Prusia Oriental. Las consecuencias de tal maniobra podían ser extraordinariamente desagradables: habrían complicado sustancialmente el desarrollo de nuestras operaciones en Prusia Oriental y en Polonia.

Lamentablemente, en aquella época no teníamos posibilidad de mejorar la situación de la noche a la mañana. Las tropas soviéticas estaban agotadas por los prolongados combates y, en su conjunto, en toda la zona del Báltico carecían de la superioridad numérica necesaria sobre el enemigo. Por lo visto, debíamos completarlas y llevar a cabo la correspondiente reagrupación de fuerzas sin detener, no obstante, la ofensiva para que el enemigo no pudiera reponerse. Precisamente por estas consideraciones, a finales de junio y en agosto de 1944, nuestra actividad en la zona del Báltico, lejos de disminuir, aumentó.

Ya dijimos anteriormente que del 24 al 30 de julio el Frente de Leningrado había realizado la operación ofensiva de Narva, liberado esta ciudad y progresado a vanguardia de 20 a 25 kilómetros. El 2 Frente del Báltico, del 28 de julio al 28 de agosto, llevó a cabo la llamada operación de Madona, en el intersticio de los ejércitos enemigos 18 y 16. Venciendo una resistencia fuerte avanzaba con bastante lentitud sobre Riga, progresando en todo un mes nada más que 20 kilómetros. El 10 de agosto comenzó y duró hasta el 6 de septiembre la operación ofensiva del 3 Frente del Báltico sobre Tartu, que tuvo como resultado la derrota completa de una agrupación bastante nutrida del 18 Ejército alemán. Las tropas de este Frente penetraron hasta 120 kilómetros en el dispositivo enemigo, en dirección noroeste, y hasta 70 kilómetros, al oeste, liberando Tartu y otras localidades de importancia.

Las operaciones simultáneas de varios frentes agravaron seriamente la situación del enemigo en el Báltico, lo gue confirmó el general Friesaner, Comandante del Grupo de Ejército

"Norte", a quien, a finales de julio, bajo un pretexto especioso, Hitler sustituyó por el general Schörner[1].

Las acciones en las repúblicas del Báltico estuvieron coordinadas con la operación de Iasi-Kishiniov de las tropas soviéticas contra el Grupo de Ejércitos adversario "Ucrania del Sur". En este sector, el 20 de agosto de 1944, los Frentes de Ucrania 2 y 3, en cooperación con la Flota del mar Negro y la Flotilla del Danubio, infligieron en contados días una derrota catastrófica al enemigo, cuyo resultado fue que el 2 Frente de Ucrania penetrase en el interior de Rumania, siguiéndole otra operación en Hungría, en la dirección de Budapest. El 23 de agosto, el pueblo rumano, dirigido por el Partido Comunista, derrocó la dictadura fascista de Antonescu. El nuevo gobierno de Rumania rompió con la Alemania hitleriana y le declaró la guerra. El 3 Frente de Ucrania se adentró en Bulgaria, donde el 9 de septiembre, el pueblo búlgaro, a la cabeza con el Partido Obrero, acabó también con el fascismo, formó el Gobierno democrático del Frente Patrio y entró en guerra contra Alemania. Desde la frontera búlgaro-yugoslava comenzó la ofensiva en dirección a Belgrado. También avanzó en dirección a los Cárpatos el 4 Frente de Ucrania, restablecido el 5 de agosto.

Mas regresemos a la zona del Báltico. La línea del frente en este sector adquirió una configuración ventajosa para nosotros. El 29 de agosto pasaba a 20 kilómetros al oeste de Narva y continuaba por la margen occidental del lago Peipus, englobaba Tartu y el lago Vyrts-Yarvi, seguía por el curso alto del río Gauya, se alejaba 20 kilómetros al oeste de Madona, contorneaba Gostini, Poli, Bauska, Ielgava (Mitava), Dobele, Shiauliai, Rossieny y Virbalis. Desde esta línea, partiendo de la zona de Tartu, podían atacarse las retaguardias de la agrupación enemiga, que seguía resistiéndose al oeste de Narva, o bien emprender una ofensiva que tuviera como objetivo desarticular definitivamente a los Ejércitos alemanes 18 y 16. Tal situación de nuestras tropas facilitaba esfuerzos que los tres frentes del Báltico concentraran en la zona de Riga. Por último, los resultados conseguidos permitían realizar un salto al oeste desde Shiauliai y encerrar a toda la agrupación enemiga en las tierras del Báltico. La gran extensión del frente obligaba al mando alemán a actuar, como si dijéramos, con los dedos separados. Mas el enemigo no había agotado aún, ni mucho menos, todas sus fuerzas. Seguía conservando una fuerte agrupa-

[1] Véase: Friesner G. *Batallas perdidas.* Traducción del alemán, M., 1966, pág. 41.

ción blindada en la margen izquierda del Dvina Occidental, al sur de Riga. Además, a la zona del Báltico habían llegado varias divisiones de refresco, de infantería y de tanques, sacadas de otros sectores del frente soviético-alemán, por el momento "inactivos", algunas de ellas transportadas por aire. Continuaba asimismo su abastecimiento con armas y pertrechos bélicos.

El Alto Mando Soviético decidió acabar totalmente la liberación de las repúblicas del Báltico. Con este fin, se planificaron ofensivas del Frente de Leningrado y de la Flota del Báltico en Estonia y de los tres frentes del Báltico en Letonia, especialmente en la región de Riga. El Gran Cuartel General destacó a la zona del 3 Frente del Báltico al 61 Ejército, no hacía mucho sacado a reserva con el propósito de emplearlo, en caso necesario, en la dirección de Riga.

En el sector oriental del territorio del Báltico se efectuó una reagrupación parcial de fuerzas: la región de Tartu pasó a formar parte del Frente de Leningrado, desplazándose allí también al 2 Ejército de Choque. Desde allí se preparó un golpe con 14 divisiones en dirección a Rakviere, a retaguardia de la agrupación enemiga de Narva. Después, el Frente de Leningrado debería tomar Tallinn.

Las misiones de los demás frentes se determinaron así:

El 3 Frente del Báltico, al que además del 61 Ejército se le afectaban también el 10 Cuerpo de tanques y la 2 División de artillería de la Guardia, rompería la defensa enemiga en dos sectores al sur del lago, Vyrts-Yarvi, explotando el éxito en dirección general a Tsesis y posteriormente sobre Riga.

El 2 Frente del Báltico aniquilaría a la agrupación enemiga de Madona, avanzaría desde esta zona sobre Riga a lo largo de la margen septentrional del Dvina Occidental y con parte de sus fuerzas se lanzaría hacia Dzerbene.

El 1 Frente del Báltico con los Ejércitos 43 y 4 de Choque atacaría Riga por el sur, impidiendo que el enemigo se replegase hacia el oeste. Simultáneamente, las tropas de su ala izquierda, protegiéndose de la agrupación enemiga de Memel, deberían avanzar sobre Tukums y Kemeri, aislando al enemigo de Curlandia.

Para aquellas fechas la correlación de fuerzas en la zona del Báltico nos era ya más favorable, lo que no puede decirse en cuanto al aseguramiento de las operaciones con municiones, que seguía dejando mucho que desear. El Alto Mando Soviético no podía suministrarlas a todos en la cantidad suficiente. Había que elegir entre los frentes del Báltico y otros frentes y, como es natural, los proyectiles se enviaban en primer lugar a

los sitios donde se decidía el desenlace de la campaña y de la guerra, en su conjunto.

Hasta el 1 de octubre, la dirección de las operaciones en el territorio del Báltico, la realizó sobre el terreno A. Vasilevski. A partir de esta fecha sólo quedaron a su cargo dos frentes, el 1 del Báltico y el 3 de Bielorussia, donde se preveía que tuvieran lugar los acontecimientos mas importantes. Las operaciones del Frente de Leningrado y de los dos restantes frentes del Báltico, a partir del 1 de octubre, las dirigió L. Góvorov, que seguía mandando las tropas del primero. Esta forma de dirección, un tanto desacostumbrada, permitió al Gran Cuartel General concentrar toda su actividad en la dirección estratégica principal y, al mismo tiempo, asegurar una sólida coordinación de todas las operaciones en el territorio del Báltico.

Leonid Góvorov ya era a la sazón mariscal y disfrutaba entre las tropas de un merecido prestigio. Mandando el 5 Ejército, que cubría la carretera de Minsk, había desempeñado un papel destacado en la batalla por Moscú. En 1943, las tropas del Frente de Leningrado, por él mandadas, en cooperación con las de otros frentes, levantaron el asedio que como garra mortal atenazaba a la ciudad de Lenin. De pocas palabras, conciso, un tanto taciturno, Góvorov no producía favorable impresión cuando se hablaba por primera vez con él. Mas todos cuantos sirvieron a sus órdenes sabían perfectamente que bajo esta severidad externa se ocultaba un gran nombre, bueno y noble.

La operación decisiva para la derrota del enemigo en el territorio del Báltico comenzó el 14 de septiembre simultáneamente en los tres frentes del Báltico y, el 17 de septiembre, también en el de Leningrado. Sin embargo, en la dirección de Riga, la principal, se tenía poco éxito. Tampoco esta vez se logró escindir a la agrupación enemiga que, combatiendo, se replegó a una línea defensiva ya preparada, distante de 60 a 80 kilómetros de Riga. Nuestras tropas, concentradas en los accesos a la capital de Letonia, roían literalmente la defensa del enemigo, desalojándolo metódicamente, metro a metro.

Este desarrollo de la operación no prometía una victoria rápida y estaba relacionado con grandes bajas por nuestra parte. En el ala izquierda del 1 Frente del Báltico, el enemigo contraatacó, incluso. El 16 de septiembre, desde la línea Kelmi-Telshai, pasó a la ofensiva su 3 Ejército blindado, logrando un éxito temporal en el sector de Dobele. Dos días después le

siguió un segundo golpe, bastante fuerte, contra nuestras tropas, esta vez del lado de Riga. El ataque fue parado y aunque los alemanes intentaron repetirlo, acabó también con un fracaso.

Todo evidenciaba que el enemigo trataba a toda costa de mantener la comunicación del Grupo de Ejércitos "Norte" con Prusia Oriental para, en caso de apuro, retirar allí por tierra sus tropas desplegadas en la zona del Báltico. Nuestro reconocimiento ya había descubierto indicios de tal maniobra.

Huelga decir que no podíamos resignarnos a ello. Apreciando cómo estaban las cosas en su conjunto, el Gran Cuartel General reconoció que la operación sobre Riga se desarrollaba insatisfactoriamente, decidiendo, a fin de cambiar radicalmente la situación, trasladar los esfuerzos principales al flanco izquierdo del 1 Frente del Báltico, en el sector de Shiauliai, donde se preveía crear una fuerte agrupación que lanzara una ofensiva sobre Memel. Esto no significaba que decreciera la actividad de los otros dos frentes del Báltico en la dirección de Riga y la del Frente de Leningrado en Estonia.

Stalin dedicó muy especial atención a la operación sobre Memel. Habló personalmente con Vasilevski de todas las cuestiones relacionadas con ella: determinó las fuerzas que se precisaban, el orden de las reagrupaciones y se preocupó de que la maniobra se hiciera oculta. Y aunque se dudaba de que pudiera realizarse por sorpresa, no obstante, después de analizar todos los datos de que disponía el Estado Mayor General, el Gran Cuartel General consideró que el momento era plenamente favorable. En la zona de Shiauliai y al norte de este punto empezaron a concentrarse cuatro Ejércitos (el 4 de Choque, el 43, el 51 y el 6 de la Guardia), un Ejército de carros (el 5 de la Guardia), más dos cuerpos independientes, uno de tanques y otro mecanizado. La distancia máxima de la primera línea a la que se reagrupaban las tropas, no excedía de los 240 kilómetros. El movimiento oculto se aseguraba por un gran número de itinerarios (más de 25) y por nuestro dominio en el aire.

Los ejércitos del 2 Frente del Báltico relevaron a las tropas del 1 Frente del Báltico en las posiciones que éstas guarnecían al sur de Riga.

La operación de Memel tenía por objetivo romper la defensa del enemigo al oeste y sudoeste de Shiauliai, derrotar a su 3 Ejército de tanques y, una vez alcanzado el mar en el sector Palanga, Memel, desembocadura del río Niemen, cortar a las tropas alemanas fascistas los caminos de retirada desde el territorio del Báltico a Prusia Oriental. Una disposición del Gran

Cuartel General del 24 de septiembre encomendaba totalmente esta misión al 1 Frente del Báltico. En días sucesivos, Stalin orientó personalmente a Vasilevski y a Bagramián acerca de que el aniquilamiento de las tropas enemigas, acorraladas entre Prusia Oriental y Riga, correría a cargo de las furzas de los Frentes 1 y 2 del Báltico, que actuaban coordinadamente. También participaría en la operación el 39 Ejército del 3 Frente de Bielorrusia que, atacando a lo largo del Niemen, contribuiría a las acciones del 1 Frente del Báltico.

El enemigo descubrió muy tarde la reagrupación y despliegue de nuestras tropas, viéndose ya imposibilitado para impedir que se llevara a efecto la idea del Gran Cuartel General. La operación de Memel empezó en la fecha fijada —el 5 de octubre— y se desarrolló con éxito. Al segundo día de ofensiva se introdujo en la brecha el 5 Ejército de tanques de la Guardia, que sobre la marcha se lanzó hacia Palanga y Memel.

El enemigo comprendió la amenaza que para él suponía este ataque. Desde la mañana del 6 de octubre comenzó su repliegue de las inmediaciones de Riga, a través de Curlandia, hacia Prusia Oriental. Los Frentes 3 y 2 del Báltico emprendieron su persecución. Sin embargo, debido a la fuerte resistencia de sus retaguardias, al terreno accidentado y a la escasez de municiones, el ritmo de persecución fue también esta vez muy lento.

Al sexto día de operación, el 5 Ejército de tanques de la Guardia, mandado por el general V. Volski, llegó, por fin, a la orilla del mar. Mientras tanto, el 6 Ejercito de la Guardia y el 4 Ejército de Choque cerraron el camino a importantes fuerzas del Grupo de Ejércitos "Norte" que habían llegado a la línea Saldus, Priekulie, parándolas después de duros combates, protegiendo así sólidamente por el norte las acciones de los restantes ejércitos del 1 Frente del Báltico, quienes el 12 de octubre rodearon Memel y alcanzaron la frontera con Prusia Oriental. También el 39 Ejército del general I. Liúdnikov progresaba exitosamente hacia el oeste.

El enemigo, que no pudo vencer a los Ejércitos 6 de la Guardia y 4 de Choque, al fin y a la postre, tuvo que desistir de sus intentos de abrirse paso a Prusia Oriental. Nuestros ataques le compelieron a pasar a la defensiva en Curlandia, en posiciones ya preparadas. Así se formó el famoso "acorralamiento de Curlandia".

En la operación de Shiauliai y Memel se reveló con toda brillantez el talento innato como jefe de Bagramián, sus extensos conocimientos militares y su gran experiencia práctica. Y aunque ya hablé de él, la característica de Bagramián sería in-

completa si no reflejara aquí su solicitud para con los hombres, su respeto a la opinión ajena, su atractivo personal, buen corazón y su hospitalidad. Por lo visto, la conjugación armónica de todas estas cualidades le permiten fundirse de forma tan natural en cualquier colectividad militar y sentirse tan seguro en cualquier cargo. Ya después de la guerra, siendo jefe de la Academia del Estado Mayor General, Bagramián realizó una labor de suma importancia en la preparación de cuadros militares dirigentes y, más tarde, en el puesto del Jefe del servicio de Retaguardia de las Fuerzas Armadas Soviéticas, aportó mucha utilidad al aseguramiento de la preparación combativa de nuestro Ejército, Aviación y Marina de guerra.

Simultánea a la operación de Memel prosiguió la lucha por la capital de la Letonia Soviética. Los ocupantes germano-fascistas eran expugnados paso a paso de sus posiciones. El 13 de octubre Riga fue liberada.

Después de esto, el Gran Cuartel General consideró posible disolver el 3 Frente del Báltico, dando la directiva oportuna el 16 de octubre. El 1 Ejército de Choque del teniente general N. Zajvatáev y el 14 Ejército Aéreo del teniente general I. Zhuravliov pasaron a integrar el 2 Frente del Báltico. El 67 Ejército, del teniente general V. Romanovski, fue transferido al Frente de Leningrado, quedando en reserva del Gran Cuartel General el 54 Ejército, del teniente general S. Roguinski.

La liquidación de la agrupación enemiga en Curlandia, que contaba con 29 divisiones, muchas unidades especiales y material bélico, corrió a cargo de los Frentes del Báltico 1 y 2. El 10 de octubre orientaron su dispositivo hacia el norte, contra los Ejércitos alemanes 18 y 16, nuestros Ejércitos 4 de Choque, 6 de la Guardia, el 51 y el 5 de tanques de la Guardia. A comienzos de noviembre se les sumó el 2 Ejército de la Guardia, trasladado de la frontera con Prusia Oriental. En el Niemen sólo quedó el 43 Ejército.

El 2 Frente del Báltico volvió también sus tropas contra la agrupación de Curlandia.

El Gran Cuartel General se esforzaba por liquidar lo antes posible al enemigo en Curlandia, mas esta tarea resultó ser extremadamente difícil y no pudo llevarse a cabo en los plazos establecidos. En definitiva, nuestras tropas bloquearon a las enemigas en la península de Curlandia.

Así, pues, las operaciones de las tropas soviéticas en el territorio del Báltico tuvieron lugar durante casi todo el año 1944. Todo este tiempo se persiguió un objetivo fundamental: aislar al Grupo de Ejércitos "Norte", desarticularlo y aniqui-

larlo por partes. El cumplimiento de esta misión pasó por varias etapas: en febrero-marzo de 1944 se consiguió la situación operativa necesaria para desplegar acciones en la profundidad del territorio del Báltico; en julio-agosto, las tropas soviéticas infligieron una seria derrota al enemigo y tomaron posiciones favorables para la ofensiva culminante; en septiembre-octubre, se logró causar un desastre a las fuerzas principales del Grupo de Ejércitos "Norte" y acorralar sus restos en Curlandia.

La necesidad de acabar con el adversario en la zona del Báltico adquirió para aquellas fechas especial agudeza, pues las tropas soviéticas alcanzaron ya la frontera de la URSS con Prusia Oriental y tenían abiertas las direcciones estratégicas decisivas, al oeste, sobre Varsovia y Berlín, y al sudoeste, sobre Budapest y Viena. Era inadmisible dejar en manos del enemigo una plaza de armas estratégicas a retaguardia de nuestros frentes en ofensiva. Por eso no la perdían un momento de vista el E.M.G. y el Alto Mando en la etapa final de la lucha en el Báltico.

Con todas las dificultades y peripecias de esta lucha, a pesar de todos los reveses temporales que la acompañaron, la operación de Memel, su remate, brillante por su idea y ejecución, es indudablemente un modelo impecable del arte militar soviético.

Capítulo XIV

LA ULTIMA CAMPAÑA

El Año Nuevo en la quinta de Kúntsevo. Distracción de las fuerzas del enemigo hacia Prusia Oriental y hacia el sur. Se nombra a Zhúkov Comandante del 1 Frente de Bielorrusia. Stalin asume la coordinación de acciones de cuatro frentes. ¿Fue o no posible la ofensiva ininterrumpida sobre Berlín? Cómo Churchill excitaba el apetito a los norteamericanos. Reunión en el Gran Cuartel General el 1 de abril de 1945. La capitulación de Alemania.

La víspera del Año Nuevo de 1945, unas horas antes de la medianoche, Antónov me anunció:

— Acaba de telefonear Poskrióbishev, transmitiéndome que estemos en la quinta "Cercana" a las once y media de la noche, sin mapas ni documentos.

A mi pregunta de qué podía significar eso, Alexéi Antónov respondió en broma:

— ¿Puede ser que nos inviten a recibir el Año Nuevo? No estaría mal...

A los pocos minutos llamó por teléfono Y. Fedorenko, Comandante de las Tropas Blindadas y Mecanizadas, preguntándonos a su vez si sabíamos para qué le llamaban a la quinta "Cercana" y, por cierto, también con las manos vacías.

Le contesté que nosotros mismos nos rompíamos la cabeza tratando de descifrar tan extraña invitación.

A las once de la noche, como de ordinario, Antónov y yo partimos en su coche, haciéndonos toda clase de conjeturas sobre el objeto de la llamada. Nuestros viajes diarios para informar al Jefe Supremo los hacíamos, como regla, a otra hora, aparte de que jamás se nos había invitado a ninguna fiesta. Esta palabra la habíamos olvidado en los años de la guerra.

En la casa de campo de Stalin nos encontramos con otros militares: A. Nóvikov, N. Vóronov, Y. Fedorenko y A. Jruliov. Después llegó S. Budionny. Supimos que se nos había invitado a recibir el Año Nuevo, como lo demostraba la mesa ya servida.

Unos minutos antes de las doce de la noche llegaron juntos todos los miembros del Buró Político, en compañía de algunos Comisarios del Pueblo, de los que sólo recuerdo a B. Vánnikov

y a V. Málishev. Nos reunimos, en total, unos veinticinco hombres y una sola mujer, la esposa de Palmiro Togliatti, Secretario General del Partido Comunista Italiano también presente.

Stalin ocupó su sitio de costumbre a la cabecera de la mesa. Como siempre, a la derecha, había una jarra con agua. No había ningún camarero y cada cual se servía en su plato lo que le apetecía. Cuando empezaron las doce campanadas, el Jefe Supremo pronunció un breve discurso en honor del pueblo soviético, que hizo todo cuanto pudo para derrotar al ejército hitleriano y aproximar la hora de nuestra victoria. Brindó en honor de las Fuerzas Armadas Soviéticas y nos felicitó a todos:

— ¡Feliz Año Nuevo, camaradas!

Todos nosotros nos felicitamos mutuamente y bebimos por la terminación victoriosa de la guerra en el año entrante de 1945. Cierta cortedad, que sentíamos en los primeros momentos, desapareció como por encanto. La conversación se hizo general. El anfitrión no se ceñía a un riguroso ritual: después de varios brindis se levantó de la mesa, encendió su cachimba y se puso a dialogar con uno de los huéspedes. Los restantes siguieron su ejemplo, formaron grupos, en todos los ángulos se reía y se conversaba en voz alta.

Budionny tomó del recibimiento un acordeón, que había traído consigo, se acomodó en una silla y empezó a tocar. Lo hacía con maestría, en particular las canciones populares rusas, los valses y las polcas. Como todo acordeonista consumado, inclinaba su cabeza, pegando el oído al instrumento. Se advertía que ésta era su distracción favorita.

Kliment Voroshílov tomó asiento junto a Budionny, no tardando en sumársele otros muchos.

Cuando Budionny se cansó de tocar, Stalin puso en funcionamiento el gramófono. El mismo elegía los discos. Los invitados intentaron bailar, mas como sólo había una dama, no resultó nada. En vista de ello, el anfitrión, escogió "Bárinia", entre la pila de discos. Budionny no pudo aguantar y se puso a bailar. Marcaba fogoso los pasos de baile ruso, acompañándose con palmadas en las rodillas y en las cañas de las botas de montar. Todos le aplaudimos entusiasmados.

La culminación del programa musical fueron las grabaciones de canciones militares, ejecutadas por el conjunto del profesor A. Alexándrov, que todos conocíamos y coreamos.

Ya eran cerca de las tres de la madrugada cuando emprendimos el regreso de Kúntsevo. Esta primera noche de Año Nuevo durante la guerra, en un ambiente no oficial, nos incitaba a pensar. En todo se dejaba sentir que ya no estaba lejano el final

de la contienda. Respirábamos con más plenitud, aunque sabíamos que dentro de muy poco comenzaría una nueva y grandiosa ofensiva y que todavía tendríamos que librar más de una batalla encarnizada.

De pronto, Antónov me propuso no reintegrarnos al servicio, como siempre, sino pasar el resto de la noche en nuestros domicilios. El nuevo año comenzaba, en cierta forma, de manera totalmente pacífica. Tanto la recepción festiva del Jefe Supremo como el pernoctar a domicilio, se diferenciaban por completo del régimen establecido en el Estado Mayor General durante la guerra.

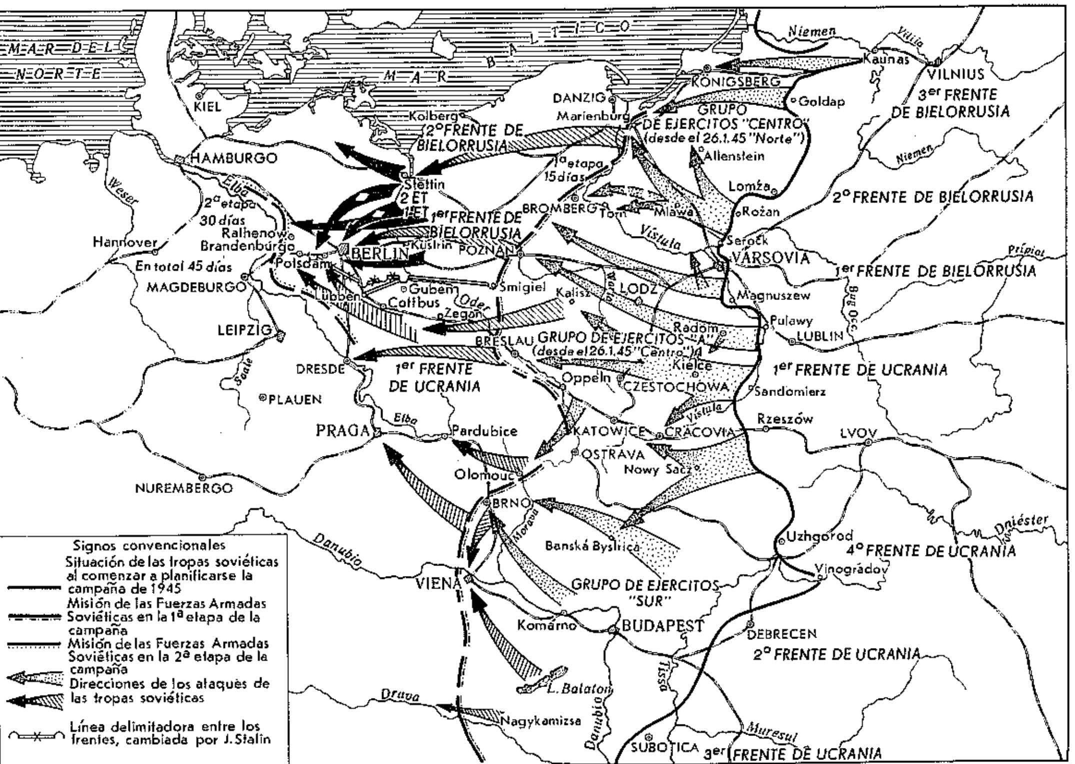
No obstante, el aspecto de Moscú nos seguía recordando la guerra. El coche nos llevaba por calles oscuras y desiertas, junto a sus casas frías con las ventanas herméticamente encortinadas. Sólo raramente advertíamos tras los cristales unos mortecinos destellos. Las patrullas de vigilancia y los soldados de puesto de la defensa antiaérea ya no castigaban con la severidad de antes estas infracciones.

En una palabra, que todo cuanto advertimos aquella noche nos decía que la guerra tocaba a su fin.

La planificación de la etapa culminante de la lucha armada en el frente soviético-germano había comenzado ya durante la campaña veraniega-otoñal de 1944. Las conclusiones prácticas de la situación estratégica no surgieron de golpe y porrazo en el Estado Mayor General y en el Gran Cuartel General, ni tampoco como resultado de cualquier acción simultánea. Fueron tomando cuerpo paulatinamente, en el proceso del trabajo diario.

Los resultados de nuestra ofensiva sin precedentes el verano y otoño de 1944 en todas las direcciones, sin excepción eran más que prometedoras. El Ejército Soviético hizo trizas a 219 divisiones y 22 brigadas enemigas. Los fascistas perdieron un total de 1.600.000 hombres, 6.700 tanques, 28.000 piezas de artillería y morteros y 12.000 aviones. La Alemania fascista ya no estaba en condiciones de reponer estas pérdidas, sin contar la fuerte depresión moral que había sufrido el enemigo.

A finales de octubre de 1944, las tropas soviéticas estaban en la frontera con Finlandia y avanzaban exitosamente por el norte de Noruega, limpiaron el territorio del Báltico, excepto la península de Sirve y Curlandia, profundizaron en Prusia Oriental hasta la línea Goldman y Augustow. Al sur de Prusia Oriental se cruzó en varios sitios el Nárev y el Vístula y tomaron importantes cabezas de puente en Rozan, Serock, Magnus-



Plan de la campaña final de la guerra contra la Alemania hitleriana

zew, Pulawy y Sandomierz; a vanguardia se abría la dirección estratégica de Berlín. El 2 Frente de Ucrania avanzaba sobre Budapest. El 20 de octubre, el 3 Frente de Ucrania liberó Belgrado, capital de Yugoslavia.

Sin embargo, estas victorias no las conseguíamos con facilidad. Nuestras divisiones sufrían bajas y su ritmo de avance se reducía visiblemente. A costa de debilitar algunos sectores de su defensa en Europa Occidental, Hitler logró realizar una maniobra con parte de sus fuerzas en el este y crear allí un frente continuo y sólido, cuya ruptura exigía una preparación minuciosa.

El Estado Mayor General comprendía perfectamente toda la complejidad del desarrollo posterior de éxito. Las condiciones y las perspectivas para la ofensiva no eran en todas partes iguales.

Las posiciones defensivas del enemigo en Curlandia se distinguían por su inexpugnabilidad. Su ruptura y la derrota de las tres decenas de divisiones allí atrincheradas podía costarnos muy caro.

La situación en Prusia Oriental nos parecía más favorable. El 3 Frente de Bielorrusia, comparado con el enemigo que se le oponía, contaba con cierta superioridad en fuerzas[1]. Partiendo de esto, el E.M.G. consideró posible, a condición de reforzar un tanto nuestras tropas con reservas del Alto Mando, descargar un poderoso golpe a través de toda Prusia Oriental hasta la desembocadura del Vístula, con una profundidad de 220 a 250 kilómetros. Más tarde, sin embargo, lamentablemente, hubo que limitarse en aquel sector, por lo menos en los primeros tiempos, a objetivos más modestos.

En lo que se refiere a las direcciones de Varsovia-Poznañ, y también a la de Silesia, donde, de hecho se decidía la suerte de Berlín, esperábamos encontrar una resistencia particularmente fuerte. Considerábamos a la sazón que, tensando al máximo sus fuerzas, los Frentes 1 de Bielorrusia y 1 de Ucrania estaban en condiciones de realizar operaciones ofensivas con una penetración de no más de 140-150 kilómetros.

---

[1] Los alemanes tenían en aquella época en Prusia Oriental: 11 divisiones de infantería, 2 divisiones y dos brigadas de tanques, 2 brigadas de caballería, en total, 17 grandes unidades. Integraban el 3 Frente de Bielorrusia: 40 divisiones de fusileros, 2 cuerpos y 5 brigadas de carros, con un total de 47 grandes unidades. Mas debe tenerse en cuenta que la plantilla de personal en las divisiones enemigas superaba en mucho a la de nuestras divisiones de fusileros. Las posibilidades combativas de los cuerpos blindados soviéticos y de las divisiones de tanques alemanes eran aproximadamente iguales.

En cambio, en las zonas de los Frentes de Ucrania 4, 2 y 3, partiendo, ante todo, de consideraciones de orden político, el Estado Mayor General calculaba que se podía lograr un éxito mucho mayor. Se vislumbraba la perspectiva de un salto impetuoso hasta la línea Moravská Ostrava, Brno y los accesos a Viena. También nos parecía plenamente factible la toma rápida de Budapest y el paso del Danubio. Gran parte de la infantería enemiga en aquella zona la constituían divisiones húngaras, cuya capacidad combativa, según suponíamos entonces, podía ser minada de raíz por las actitudes antibélicas, cada vez más extendidas entre la población, así como por las salvajadas de los fascistas que intentaban retener a toda costa a Hungría sumisa al Tercer Reich. Por desgracia, estos pronósticos no se confirmaron. La dictadura fascista, apoyada por los alemanes, pudo aún durante cierto tiempo mantener a Hungría uncida al carro de guerra alemán. Desde finales de octubre se entablaron combates durísimos y cruentes en la dirección de Budapest. Contra el 2 Frente de Ucrania actuaba una agrupación enemiga con 39 grandes unidades, cuyo núcleo fundamental eran siete divisiones de tanques (cinco alemanas y dos húngaras). El enemigo se apoyaba en un sistema de fortificaciones bien ramificado y preparado, en el que se resistía ferozmente. La lucha por la capital de Hungría duró tres meses y medio.

Los resultados tan exiguos, logrados por nosotros en octubre, evidenciaban la necesidad de que se diera descanso a las divisiones, hacía mucho sin relevo, reagrupar las tropas, acercar los servicios de retaguardia y crear los stoks de materiales necesarios para romper la resistencia enemiga y continuar desarrollando las operaciones. Por último, basándonos en la situación, se precisaba elegir las direcciones más convenientes y preparar los planes para la derrota más rápida y definitiva del fascismo alemán. Para todo eso se necesitaba tiempo.

En los primeros días de noviembre de 1944 el Gran Cuartel General examinó desde todos los puntos de vista cómo estaban las cosas en las zonas de acción de los Frentes 2 y 1 de Bielorrusia y 1 de Ucrania. Ante ellos se encontraban los Grupos de Ejércitos "Centro" y "A", la agrupación estratégica principal del enemigo, si bien es verdad, incompletos. Nuestros frentes carecían de la necesaria superioridad en fuerzas para la ofensiva. De todo eso se deducía que no era conveniente proseguir la ofensiva en la dirección de Berlín y que debíamos pasar temporalmente a la defensiva.

Durante su acostumbrado informe al Jefe Supremo, Antónov insistió particularmente en ello, pidiendo permiso para pre-

parar las directivas correspondientes, autorizándosenos a ello. En la noche del 5 de noviembre de 1944 se ordenó a los Frentes 3 y 2 de Bielorrusia pasar a la defensa. Días más tarde se dio análoga disposición a las tropas del ala derecha del 1 Frente de Bielorrusia.

Desde el mismo comienzo, la última campaña de la guerra contra la Alemania hitleriana se supuso realizarla en dos etapas. En la primera, las actividades deberían continuarse, ante todo, por decirlo así, en la antigua dirección, es decir, en el flanco sur del frente soviético-alemán, en la zona de Budapest. Calculábamos conseguir allí un viraje favorable, introduciendo entre los ríos Tissa y Danubio, al sur de Kechkemet, el grueso de las fuerzas del 3 Frente de Ucrania, quienes desde allí podrían ayudar al 2 Frente de Ucrania, atacando en las direcciones noroeste y oeste. Esperábamos que las tropas de estos dos frentes, en estrecha cooperación, podrían desarrollar la ofensiva a gran ritmo y llegar en 20 ó 25 días a la línea Banská Bystrica, Komárno, Nagykanizsa y al cabo de un mes, a últimos de diciembre, alcanzar los accesos de Viena. No dudábamos de que la amenaza inevitable de destrozarle el flanco meridional obligaría al mando alemán a sacar, para llevarlas allí, fuerzas complementarias de la dirección de Berlín, lo que a su vez propiciaría el avance de nuestras fuerzas principales, las de los frentes desplegados al norte de los Cárpatos. El Estado Mayor General creía firmemente que para comienzos de 1945 el Ejército Soviético, en el curso inferior del Vístula, alcanzaría Bromberg, tomaría Poznañ, se apoderaría de la línea Breslau, Pardubice, Jihlava y Viena, es decir, se alejaría de 120 a 130 kilómetros de la línea que ocupaba en octubre. A continuación, comenzaría la segunda etapa de la campaña, cuyo resultado debería ser la capitulación de Alemania.

Así, pues, en los primeros esbozos de la idea de maniobra, que se refiere a últimos de octubre de 1944, sólo se perfilaba el contenido general de la etapa culminante de la campaña, dividida en dos etapas. La dirección del golpe principal aún no se había fijado. La idea de escindir en dos el frente estratégico del enemigo y desarticular sus agrupaciones, por el momento, no se manifestó.

Para precisar más la idea, a comienzos de noviembre el E. M. G. hizo el balance de lo que habíamos conseguido ya y apreció en forma concisa la situación estratégica de los beligerantes. Se consideró, como un hecho establecido, que el Ejército Soviético había ganado victorias que decidían el desenlace de la guerra. La culminación de la lucha en el frente soviético-ger-

mano estaba predeterminada a nuestro favor, se aproximaba la hora del desastre definitivo del enemigo. No sólo éramos superiores al adversario por el número de tropas, sino también por su adiestramiento y por su equipamiento técnico. Las operaciones estaban plenamente aseguradas por el trabajo engranado de la retaguardia, que prestaba al frente una ayuda cada día mayor.

La situación estratégica de las tropas soviéticas y de los ejércitos de otros países de la coalición antihitleriana la apreciábamos como próxima al cerco completo de Alemania. Nuestros golpes se concordaban armónicamente con las acciones de los aliados en Europa Occidental. De hecho, el Ejército Soviético y las fuerzas anglo-norteamericanas estaban en las posiciones de partida para emprender la ofensiva final contra los centros vitales de Alemania. Ahora debíamos realizar un último e impetuoso acoso para acabar en poco tiempo, y definitivamente, con el enemigo.

Los acontecimientos posteriores confirmaron que este enjuiciamiento, que sirvió de base para la elaboración detallada del aspecto operativo de la idea de maniobra de la última campaña en Europa, fue acertado.

Esta idea se discutió previamente y en toda su profundidad con Antónov, tomando también parte el jefe de la Dirección de operaciones, sus adjuntos A. Grízlov y N. Lómov, más los jefes de las correspondientes direcciones. Todas las opiniones expuestas en esta reunión se puntualizaron luego en la Dirección de Operaciones. Durante este cambio de impresiones se calcularon también las fuerzas y los medios y se analizaron todos los demás elementos de la operación. Por último, la idea de maniobra fue reflejada gráficamente: con todos los cálculos y argumentaciones fue dibujada en el plano, después de lo cual, fue nuevamente examinada con toda rigurosidad. Como en el pasado, las operaciones iniciales se planificaron más detalladamente. Las misiones sucesivas de los frentes sólo se fijaron en líneas generales.

En el proceso de las búsquedas creadoras surgió, y luego se cristalizó definitivamente, la idea general de nuestras futuras acciones. Se reconoció que el sector central del frente soviético-alemán era el decisivo, pues nuestra ofensiva allí llevaría a nuestras tropas por la dirección más corta a los centros vitales de Alemania. A pesar de que, precisamente, en aquel sector se desplegaba la agrupación más nutrida de tropas del enemigo. Al objeto de crear condiciones más favorables para nuestra ofensiva se reconoció como conveniente alargar más el frente

de la agrupación central de tropas fascistas alemanas. Para eso debíamos activarnos al máximo en los flancos del frente estratégico, y no sólo en Hungría y en Austria, sino también en Prusia Oriental. La enérgica ofensiva sobre Budapest y Viena precisaba conjugarse con la ofensiva sobre Königsberg.

Conocíamos perfectamente que el enemigo no quitaba ojo de Prusia Oriental y de Hungría y que en cuanto presionáramos fuertemente en estas direcciones empezaría a trasladar allí sus reservas de tropas de los sectores inactivos del frente. Eso significaba que la dirección oeste, donde se desarrolarían los acontecimientos decisivos, quedaría muy debilitada.

Nuestras esperanzas se justificaron. Como resultado de las operaciones ofensivas de las tropas soviéticas en noviembre y diciembre de 1944, el enemigo concentró, según nuestros cálculos, en Prusia Oriental 26 divisiones (incluidas siete de tanques) y a las puertas de la capital de Hungría 55 divisiones (nueve de las cuales eran de tanques). Más tarde supimos[1] que Hitler consideraba a la sazón que el Ejército Soviético no descargaría en 1945 su golpe principal en la dirección de Berlín, sino a través de Hungría y Bohemia, razón por la que se trasladaron allí las fuerzas principales de la Wehrmacht. Una vez más el mando principal alemán tuvo que someterse a nuestra voluntad, dejando nada más que 49 divisiones, de ellas sólo cinco blindadas, en un sector del frente que para nosotros era el principal.

La circunstancia de que el frente estratégico del enemigo adquiriese una configuración tan *sui generis,* teniendo en sus flancos fuertes agrupaciones de tropas y un centro relativamente poco asegurado con grandes reservas, nos obligó a pensar en las formas más convenientes de acciones en la dirección principal. En este caso, ¿no deberíamos desistir de la idea de avanzar por igual en todo el frente, que hubiera equivalido a rechazar simplemente al enemigo? ¿No sería mejor romper este centro, relativamente débil, y con un golpe frontal desarticular el frente estratégico alemán y, sin perder tiempo, explotar la ofensiva sobre Berlín? Con esta última variante nos sería más fácil liquidar totalmente a las tropas enemigas dispersas, acelerando sustancialmente el logro del objetivo final de la guerra. El Estado Mayor General optó por este plan de acciones. Estábamos persuadidos de que el golpe sobre Berlín había que descargarlo lo antes posible y sin pausas. Las interpretaciones apa-

[1] Véase K. Tippelkirch. *Historia de la segunda guerra mundial.* Traducción del alemán, M., 1956, pág. 542.

recidas muy recientemente de que el E. M. G. demoraba para tiempo indefinido el problema de la toma de Berlín, carecen de todo fundamento. Estábamos plenamente decididos y sólo los acontecimientos posteriores obligaron a enmendar nuestros planes.

No se precisaron sin dificultades las posibles misiones y los métodos más convenientes de acciones para cada uno de los frentes. Ante todo, nos dio que pensar el 3 Frente de Bielorrusia. La agrupación del enemigo en Prusia Oriental era muy fuerte y se apoyaba en poderosas fortificaciones permanentes, obstáculos naturales y poblaciones adaptadas para la defensa. Desde este territorio el adversario podía atacar de flanco a nuestras tropas en la dirección de Berlín. Por consiguiente, a la agrupación de Prusia Oriental no sólo debía neutralizársela mediante combates, sino también aislarla de los restantes sectores del frente estratégico, desarticularla a ser posible, e impedirle que operara concentrada.

Esta misión operativa multilateral —inmovilizar, aislar y desarticular—, exigía que para la ofensiva en Prusia Oriental se emplearan, por lo menos, dos frentes: uno, que atacara a Königsberg desde el este, y otro, que aislara a la agrupación de Prusia Oriental del Grupo de Ejércitos "A" en la dirección de Berlín y también de la retaguardia estratégica. El envolvimiento profundo de Prusia Oriental, simultáneamente por el sur y el sudoeste protegería el flanco de nuestras tropas enfiladas contra Varsovia, Poznañ y Berlín. El 3 Frente de Bielorrusia era quien estaba en mejores condiciones de atacar desde el este a la agrupación de Prusia Oriental, reservándosele al 2 Frente de Bielorrusia la maniobra de envolvimiento.

En cambio, para resolver la misión principal —abrir brecha en el frente estratégico del enemigo y avanzar impetuosamente hacia el oeste—, podrían ser utilizados los Frentes 1 de Bielorrusia y 1 de Ucrania, dislocados en esta dirección y que ocupaban cabezas de puente en el Vístula. A estas tropas correspondía saturarlas al máximo con carros de combate y, ante todo, con formaciones de ejércitos y cuerpos blindados independientes.

En los últimos tres días de octubre y comienzos de noviembre de 1944 se determinaron exactamente las direcciones de golpes para cada uno de los frentes, sus zonas de ofensva y la profundidad de las misiones inmediatas y posteriores. Quedó calculado también, aproximadamente, el plazo mínimo necesario para destrozar definitivamente la máquina bélica hitleriana. Supusimos que esto podríamos realizarlo en 45 días de ofensiva

a una profundidad de 600 a 700 kilómetros con dos esfuerzos (etapas) sucesivos sin pausas operativas entre ellos. Para la primera etapa se daban 15 días y 30, para la segunda. Los ritmos de ofensiva planificados no eran muy elevados, por razón de que en los combates culminantes se esperaba una resistencia encarnizada del enemigo. También en este orden la realidad hizo sus correcciones, pues las heroicas tropas soviéticas superaron todos los planes.

Al precisar la profundidad de las misiones se tuvo en consideración todo el conjunto de condiciones concretas, especialmente la naturaleza del terreno. Para el 3 Frente de Bielorrusia, por ejemplo, cuyas acciones deberían transcurrir en condiciones muy difíciles y contra un enemigo muy fuerte, la profundidad de la misión inmediata se le fijó de 50 a 60 kilómetros. En la zona del 2 Frente de Bielorrusia las posibilidades permitían planificar la misión inmediata hasta la línea Mlawa, Drobin, es decir, a la profundidad de 60 u 80 kilómetros. Para los Frentes 1 de Bielorrusia, 1 de Ucrania y, en parte, también para el 4 de Ucrania, la profundidad de sus inmediatas misiones podría llegar hasta los 120 ó 160 kilómetros. Las misiones posteriores de los Frentes 1 de Bielorrusia y 1 de Ucrania, que operarían en las llanuras occidentales de Polonia, se calcularon para una profundidad que oscilaba entre los 130 y 180 kilómetros.

Asimismo fueron trazadas con toda seguridad las direcciones de golpes. El 2 Frente de Bielorrusia descargaba dos golpes: sobre Marienburg, que aislaba a la agrupación de Prusia Oriental del resto de las tropas enemigas, y sobre Allenstein, que la escindía. El 1 Frente de Bielorrusia debería envolver con parte de sus fuerzas Varsovia y con el resto lanzarse al encuentro de las tropas del 1 Frente de Ucrania, ocupadas en destrozar a la agrupación alemana de Kielce-Radom. Fuerzas contiguas de choque de los Frentes 1 y 4 de Ucrania atacarían Cracovia. Para los Frentes meridionales —2 y 3 de Ucrania— la conquista de Viena continuaba como objetivo final de sus operaciones ofensivas, en la primera etapa de la campaña.

Preparando la idea de la campaña de 1945, el Gran Cuartel General no convocaba a los comandantes de los frentes a una reunión especial, como hizo en el pasado (durante la preparación del plan "Bagratión", por ejemplo). Esta vez se limitó a llamarlos por separado al E. M. G. Con cada uno de ellos se discutieron todos los detalles de la operación de su Frente, poniendo luego en conocimiento del Gran Cuartel General todas las consideraciones concordadas.

Hasta el 7 de noviembre, incluidos los días festivos, tra-

bajaron en el Estado Mayor General los mariscales F. Tolbujin, K. Rokossovski, I. Kónev y el general de ejército I. Cherniajovski. Después de la fiesta, se celebró en el Gran Cuartel General una discusión multilateral de la idea de la campaña, en su conjunto. No se hicieron enmiendas sustanciales en ella. Se convino que en la dirección principal la ofensiva comenzaría el 20 de enero de 1945, aunque los planes de las operaciones, por el momento, no se aprobaron y no se dieron directivas a los frentes.

Al cabo de unos días, el Jefe Supremo determinó que el mariscal Zhúkov, su primer adjunto, mandaría las tropas que tomarían Berlín. El 16 de noviembre de 1944 este mariscal fue designado Comandante del 1 Frente de Bielorrusia. El mariscal Rokossovski pasó de este cargo a la jefatura del 2 Frente de Bielorrusia, en sustitución de Zajárov. Stalin se lo comunicó a los dos personalmente por teléfono.

El Jefe Supremo asumió la coordinación de acciones de los cuatro frentes que actuarían en la dirección de Berlín. Debido a ello, desapareció la necesidad de que Vasilevski continuase trabajando en el 3 Frente de Bielorrusia, dejándosele, como representante del Gran Cuartel General, sólo la dirección de las operaciones de los Frentes 1 y 2 del Báltico. Sin embargo, después de que Cherniajovski sucumbió el 20 de febrero de 1945, Vasilevski se reintegró de nuevo al 3 Frente de Bielorrusia, ahora como Comandante de sus tropas, siendo sustituido por Antónov en la jefatura del Estado Mayor General.

Así, pues, se suponía conmemorar el año 1945, desde su mismo comienzo, con poderosos golpes simultáneos de varios frentes sobre la dirección estratégica de Berlín, que tenían por finalidad, ya en la primera etapa de la campaña, romper y desarticular el frente enemigo, cortar sus vías de transporte y comunicaciones, desorganizar la cooperación de las agrupaciones enemigas allí dislocadas y aniquilar sus fuerzas fundamentales, creando condiciones favorables para dar remate a la guerra.

La atención principal se dedicaba al 1 Frente de Bielorrusia, cuyas tropas avanzarían desde las cabezas de puente de Magnuszew y Pulawy. La ruptura debía caracterizarse por su impetuosidad. Por cierto, que la propia existencia de las cabezas de puente revelaba, en cierta medida, al enemigo la dirección de nuestros golpes y éste, como es natural, adoptaba todas las contramedidas pertinentes.

Relacionada un tanto con esta última circunstancia, el 1

Frente de Ucrania no tendría que llevar adelante su ofensiva por el camino más corto a la frontera de Alemania, sino desviarse un poco más al norte, hacia Kolisz. El E. M. G. suponía que la vía más corta para el 1 Frente de Ucrania tampoco se justificaba por otra serie de consideraciones. No debíamos perder de vista que en este camino a través de Polonia se encontraba la región industrial de la Alta Silesia, con edificios sólidos de mampostería, adaptados para la defensa, y que más allá se extendía la Silesia alemana, donde las condiciones para la defensa no eran en modo alguno peores. Las perspectivas eran de combates largos, pérdida del ritmo de operación y numerosas bajas injustificadas. Por eso, después de discutir varias veces este problema con el mariscal Kónev, el E. M. G. y después también el Gran Cuartel General, eligieron la variante de rodear a Silesia por el nordeste y el norte. Un golpe de esta naturaleza crearía una amenaza inevitable para la retaguardia del enemigo, situado ante el 1 Frente de Bielorrusia, circunstancia que facilitaría considerablemente el avance de nuestras tropas sobre Poznañ. Además, quedarían intactos todos los objetivos industriales de Silesia. Stalin se preocupaba particularmente de que se conservara la región industrial de Silesia, de lo que habló especialmente con Kónev, Comandante del 1 Frente de Ucrania.

Llamado por el Gran Cuartel General, el 27 de noviembre llegó a Moscú G. Zhúkov. Basándose en los datos del reconocimiento táctico, el mariscal estimaba que el avance de sus ejércitos en línea recta al oeste presentaba grandes dificultades debido a la existencia en su eje de progresión de numerosas líneas defensivas del enemigo, ya guarnecidas por tropas. Zhúkov opinaba que se podría lograr un éxito más rápido si las fuerzas principales del Frente operaban sobre Lodz y alcanzaban posteriormente Poznañ. El Jefe Supremo estuvo de acuerdo con esta puntualización. El aspecto operativo de la decisión para la idea de maniobra inicial del 1 Frente de Bielorrusia fue un poco modificado.

Esto cambiaba también la idea de maniobra del vecino de la izquierda, pues perdía ya su importancia que el 1 Frente de Ucrania saliera a Kalisz. Al mariscal Kónev se le señaló Breslau como dirección fundamental de ataque.

Se sobrentiende que mientras se precisaban los planes, los preparativos de las operaciones seguían su curso normal. Se acumulaban reservas y se completaba a los frentes con todo lo necesario.

A finales de noviembre ya se tenía un cuadro completo de la próxima ofensiva, aunque los planes de las operaciones só-

lo fueron refrendados por el Gran Cuartel General a últimos de diciembre. Más tarde sólo se hicieron en ellos cambios parciales, el más sustancial de éstos fue el adelantamiento de la fecha de la operación, condicionado por la situación crítica de nuestros aliados en los Ardennes. A mediados de diciembre, los alemanes emprendieron en aquel frente acciones muy enérgicas que obligaron a que W. Churchill, a la sazón Primer Ministro de Gran Bretaña, tuviera que pedir ayuda a Stalin.

Fieles a sus compromisos de aliadas, las tropas soviéticas emprendieron una ofensiva resuelta el 12 de enero. Su ritmo de avance, como dijimos anteriormente, sobrepasó todos nuestros cálculos. En la dirección central, las tropas de los Frentes 1 de Bielorrusia y 1 de Ucrania alcanzaron ya el 24 de enero la línea Poznañ-Breslau. Las fuerzas fundamentales alemanas del Grupo de Ejércitos "Centro", que se defendían en Polonia, sufrieron un desastre completo. Sus restos se retiraban hacia el oeste y el noroeste.

El análisis de la situación existente a finales de enero de 1945 confirmó la conclusión ya hecha por nosotros sobre la necesidad de proseguir la ofensiva ininterrumpida, hasta que se tomase Berlín. Sin embargo, en aquella época no se podía identificar la caída de Berlin con la capitulación completa de Alemania, por razón de que el enemigo disponía aún de agrupaciones bastante fuertes en Europa Occidental y en Hungría. Sólo en la región de Budapest, según nuestros cálculos de entonces, tenía once divisiones de tanques y otras tropas que estaban en condiciones de mantenerse, probablemente, durante cierto tiempo. Sabíamos asimismo que Hitler se proponía continuar la lucha en la llamada "fortaleza alpina", intenciones que también conocían los aliados, como lo demuestra el que Churchill preguntara a Stalin respecto a los planes soviéticos para el caso de que Hitler "se trasladara al sur". Mas, en cualquiera de los casos, la toma de Berlín minaría definitivamente los pilares del Tercer Reich.

Para evitar errores crasos, el Gran Cuartel General y el E. M. G., como se hacía también por lo común antes, no tomaron una decisión definitiva para la segunda etapa de la campaña sin aconsejarse previamente con los comandantes de los frentes. Cuando nuestros ejércitos alcanzaron la línea Poznañ-Breslau, Moscú preguntó a los jefes de los Frentes 1 de Bielorrusia y 1 de Ucrania qué se proponían hacer en adelante.

El 26 de enero de 1945, el Comandante del 1 Frente de Bielorrusia comunicó al Estado Mayor General que había decidido proseguir sin descanso la ofensiva hasta tomar la capital

alemana. Se suponía que en cuatro días podrían adelantarse las tropas, especialmente la artillería, reunir los servicios de retaguardia, amunicionarse y ordenar el material de las grandes unidades blindadas, poner en primer escalón al 3 Ejército de Choque soviético y al 1 Ejército Polaco, a fin de poder continuar del 1 al 2 de febrero la ofensiva con todas las fuerzas del Frente. Su misión inmediata era cruzar sobre la marcha el Oder. La posterior, atacar Berlín, envolviendo con Ejércitos de tanques la capital, por el noroeste el 2 de la Guardia y por el nordeste el 1.

Un día después recibimos la decisión del Comandante del 1 Frente de Ucrania, quien también se proponía operar sin una pausa visible. Fijaba continuar la ofensiva el 5 ó 6 de febrero, entre el 25 y el 28 del mismo mes alcanzar el río Elba y con su ala derecha colaborar con el 1 Frente de Bielorrusia en la toma de Berlín.

El mismo punto de vista mantenía el Jefe Supremo. El 4 de febrero de 1945, en la célebre Conferencia de Yalta, Stalin — recuerda Churchill — hizo una apreciación sumamente optimista de la situación, señalando que el frente del enemigo había sido roto y que los alemanes sólo tapaban agujeros.

Por consiguiente, los criterios de todos coincidieron en uno: continuar sin descanso la ofensiva y tomar Berlín. Los frentes recibieron de Moscú las indicaciones pertinentes a este respecto y a su vez plantearon las misiones a sus ejércitos.

Al Estado Mayor General sólo le preocupaba un detalle: ¿cómo concordar la ofensiva sobre Berlín de dos frentes con la indicación de Stalin de que la capital de la Alemania fascista la tomaran las tropas mandadas por Zhúkov? Después de acalorados debates se propuso aprobar las decisiones de ambos comandantes de Frente. El Gran Cuartel General dio su consentimiento, pero la línea delimitadora de las zonas de acción entre los frentes se estableció sobre la base de las recomendaciones hechas el 26 de enero por el mariscal Zhúkov: Smigiel, Unruhstadt, río Fauleobra, río Oder, Ratzdorf, Friedland, Gross Köris y Michendorf. Esta línea delimitadora desplazaba, de hecho, al 1 Frente de Ucrania al sur de Berlín, privándole de todo hueco para atacar a la capital alemana, pues su ala derecha se enfilaba sobre Guben y Brandenburgo.

Resultaba un absurdo evidente; de un lado, se aprobaba la decisión del mariscal Kónev — atacar con el ala derecha sobre Berlín — mientras que de otro, se marcaba una línea delimitadora que le impedía realizarlo. Sólo nos quedaba la esperanza de que Berlín estaba todavía lejos y aún podríamos ha-

cer la enmienda necesaria. Y, así fue. Pero no en febrero ni en marzo, e incluso tampoco en abril. El desarrollo posterior de los acontecimientos nos impidió realizar la ofensiva sobre Berlín en los plazos establecidos.

El 1 de febrero de 1945, las tropas de los Ejércitos 5 de Choque y a continuación las del 8 de la Guardia del 1 Frente de Bielorrusia, avanzaron a la margen oeste del Oder, ocupando con parte de sus fuerzas pequeñas cabezas de puente en las proximidades de Küstrin. La propia fortaleza, sin embargo, siguió en poder del enemigo. Más al sur, salió también al Oder el 69 Ejército, en la zona del cual, cerca de Francfort, los alemanes, a su vez, mantenían una cabeza de puente. Alcanzó asimismo el Oder el 33 Ejército. Luego seguía un espacio desguarnecido y después, orientado hacia el sur, ocupaba posiciones por el Oder el vecino 1 Frente de Ucrania.

En esta línea las tropas soviéticas fueron detenidas. La situación operativa se nos presentaba desfavorable. Se había adelantado el 1 Frente de Bielorrusia, con la intención de alcanzar a toda costa Berlín, pero incapaz en aquellos momentos de tomarlo. De hecho, en la dirección berlinesa sólo disponía de cuatro ejércitos inter-arma y dos de carros, incompletos. Además de las considerables bajas sufridas en los combates, dos de ellos (el 8 de la Guardia y el 69) habían tenido que destacar parte de sus fuerzas para luchar contra la guarnición cercada de Poznañ y otro (el 5 de la Guardia), además de participar en la ofensiva sobre Berlín, continuaba el asedio de Küstrin.

Sus restantes ejércitos inter-armas, el mariscal Zhúkov tuvo que virarlos hacia el norte, en dirección a Pomerania Oriental, donde el enemigo acumulaba grandes efectivos y ofrecía una resistencia encarnizada a nuestras tropas, a medida de que éstas iban avanzando a través de Polonia. Poco a poco, al 1 Frente de Bielorrusia se le fue formando un flanco que se extendía en centenares de kilómetros, asegurado por los Ejércitos 3 de Choque, 1 Polaco, 47 y 61, aunque parte de las fuerzas de estos últimos luchaban contra las tropas alemanas cercadas en Schneidemühle y en otras localidades.

La gran extensión del flanco impedía crear una agrupación suficientemente poderosa en la dirección principal, mientras que la resistencia cada vez mayor del enemigo entrañaba el peligro de que éste pudiera irrumpir a retaguardia nuestra, amenaza que se tornaba por momentos más real, debido a que en-

En uno de los días en que se realizaba la operación "Bagratión". De izquierda a derecha: V. Makárov, A. Vasilevski e I. Cherniajovski

El coronel L. Brézhnev, jefe de la Sección Política del 18° Ejército



Los cuadros de mando del Ier Frente de Ucrania. Sentados (de izquierda a derecha): K. Krainiukov, A. Bogoliúbov, N. Vatutin, P. Rybalko, K. Moskalenko y V. Badánov; en pie: N. Nóvikov, N. Kálchenko, N. Pópel, M. Katukov, S. Várentsev, S. Krasovski y N. Pavlovski



I. Kónev va en avión a la región del cerco de la agrupación enemiga en las proximidades de Korsúñ-Shevchénkovski



A. Nóvikov, comandante del las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo, en las cercanías de Minsk. Julio de 1944

I. Yakubovski (a la izquierda) en el Peremyshl liberado. Julio de 1944

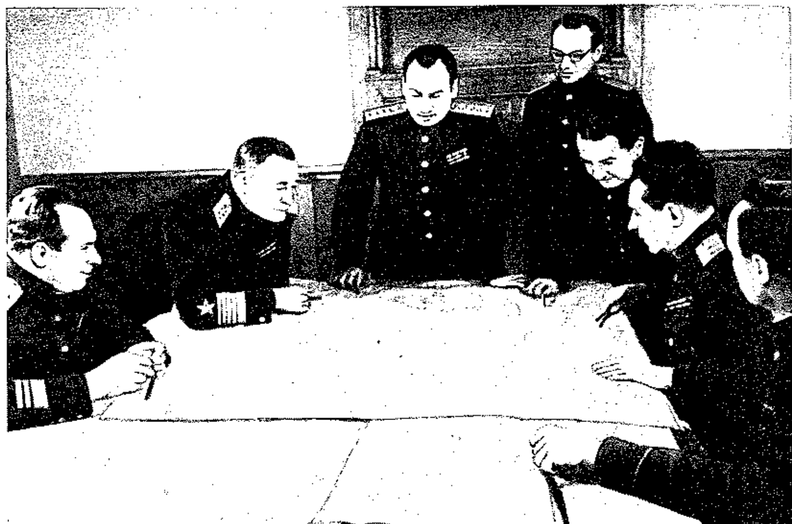
G. Zajárov (en el centro) con un grupo de generales y oficiales



I. Bagramián observando un combate aéreo



El teniente general N. Berzarin, comandante del 5° Ejército de choque (en el centro el de puntero), expone el plan de acción del Ejército en la operación de Berlín



La delegación militar soviética en Yalta. 1945.

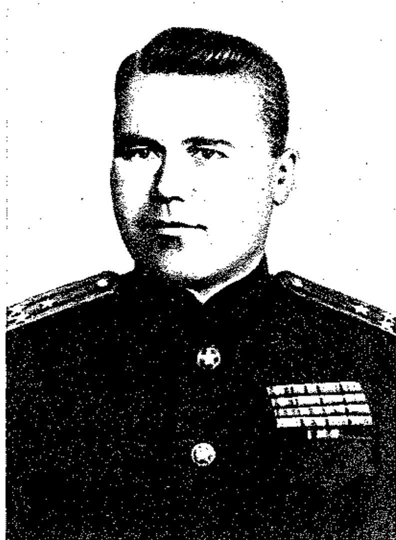
La Bandera de la Victoria ha llegado a Moscú. El aeródromo central, 20 de junio de 1945

En el aeródromo de la ciudad de Dairen (Dalni). De izquierda a derecha: K. Meretskov, comandante del I[er] Frente del Extremo Oriente; R. Malinovski, comandante del Frente del Transbaikal, y A. Vasilevski, comandante en jefe de las tropas soviéticas en Extremo Oriente. Agosto de 1945

A. Vasilevski y S. Ivanov en el cuartel del comandante en jefe



M. Purkáev



I. Artiómenko

La parada de las tropas soviéticas en honor de la victoria sobre el Japón. Jarbín, 16 de septiembre de 1945

tre los Frentes 1 y 2 de Bielorrusia existia un enorme espacio casi no protegido.

Zhúkov intentó reagrupar al 47 Ejército en la dirección principal, impediéndoselo el enemigo. No pudo hacer cambiar la situación a costa de operaciones parciales para derrotar al enemigo en el flanco. Todo eso redujo considerablemente las posibilidades de ofensiva de las tropas soviéticas, sin que por ello se anulase la orden del Gran Cuartel General de tomar Berlín.

Las fuerzas adversarias en Pomerania Oriental engrosaban con rapidez, lo contrario que nos sucedía a nosotros, que cada día éramos menos. En el 8 Ejército de la Guardia, por ejemplo, que había progresado hasta 500 kilómetros sin dejar un momento de librar duros combates, los regimientos ya no tenían más que dos batallones y en las compañías quedaban de 22 a 45 hombres. El mismo cuadro ofrecían nuestros ejércitos restantes, enfilados contra Berlín.

Las dificultades eran aún mayores con el aseguramiento material. Las tropas pasaban gran escasez de municiones. Los proyectiles y cartuchos se traían de los depósitos enclavados aún al este del Vístula.

El 8 de febrero de 1945, V. Chuikov, jefe del 8 Ejército de la Guardia, informó a Zhúkov:

"El Ejército dispone de un promedio de 0,3-0,5 de módulo, mientras que el gasto diario de municiones es grande...

El transporte automóvil del Ejército no está en condiciones de hacer el acarreo desde el río Vístula.

Las bateas ferroviarias cargadas el 2 de febrero de 1945 en la estación Sóbolevo, hasta la fecha no han llegado a la estación de descarga del Ejército en Schwersenz.

Como el enemigo activa sus acciones en la cabeza de puente y siguen los combates en la ciudad de Poznañ, le ruego ayudar a que lleguen las municiones en los próximos dos o tres días".

Al mismo tiempo, el Comandante del Ejército comunicó: "La 43 Brigada de cañones no puede seguir adelante. Los tractores se han deshecho y es imposible repararlos pues no hay piezas de repuesto".

Telegramas análogos se recibieron de los Ejércitos 5 de Choque, 69 y 33. Todos ellos recababan colaboración y ayuda, para lo que disponíamos de muy escasas posibilidadles.

Cada cual salía del paso como podía. El mencionado 8 Ejército de la Guardia, en sus combates para ensanchar la cabeza de puente utilizó las armas y municiones tomadas al enemigo. Mas, planificar el desarrollo del éxito y la conquista de la ca-

pital enemiga, basándose sólo en los trofeos, hubiera sido una imprudencia imperdonable.

La falta de municiones y de combustible impedía emplear adecuadamente la artillería, nuestra fuerza principal de fuego en aquella época. Y sin ella, todos los intentos de proseguir el avance habrían estado de antemano condenados al fracaso.

Con la llegada de las tropas soviéticas al Oder cambió también la situación en el aire. La aviación alemana intensificó repentinamente sus ataques, especialmente contra las tropas en las cabezas de puente. Basada en el nudo de aeródromos fijos de Berlín podía actuar a pesar de las fuertes nevadas y lluvias, que inutilizaban por completo los aeródromos de campaña desde los que volaban las fuerzas fundamentales de nuestro 16 Ejército aéreo. Por si fuera poco, estas bases imperfectas distaban de 120 a 140 kilómetros de la primera línea. En aquellas circunstancias, la aviación táctica no podía prestar el apoyo necesario a las tropas de tierra, en tanto que el enemigo realizaba en algunos días más de 3.000 vuelos-avión y dominaba claramente en el aire. Todo eso nos planteó una serie de problemas urgentes respecto a la defensa antiaérea. Nos vimos precisados, entre otras medidas, a traer a toda prisa de otros frentes artillería antiaérea.

En aquella situación los alemanes podían arrebatarnos la iniciativa y hacer malograr la operación planificada. Seguían avizores nuestras acciones y a últimos de enero, cuando decidimos avanzar sin pausa sobre Berlín, empezaron ya a poner en práctica algunas contramedidas de importancia. Al Oder, donde se defendían las fuerzas principales del 9 Ejército, fueron destacadas algunas escuelas de oficiales y grandes unidades de reserva. La defensa de la dirección de Berlín, en su conjunto, se le encomendó a las SS., nombrándose al propio Himmler Comandante del Grupo de Ejércitos "Vístula", de reciente creación. En un principio integraron esta agrupación los Ejércitos 9 y 2.

El quid no residía, naturalmente, en que Himmler mandara este Grupo de Ejércitos, pues con esta medida no se reforzaba el mando alemán, sino más bien, se debilitaba. Otra cosa era la principal: que con medidas extraordinarias el enemigo logró en poco tiempo cambiar a favor suyo la correlación de fuerzas en la dirección de Berlín, en particular en su flanco de Pomerania Oriental, y colocar a nuestras tropas en situación muy desventajosa.

La propia dirección de Berlín la defendía el 9 Ejército, teniendo parte de sus fuerzas al este del Oder. El 2 Ejército

estaba desplegado en Pomerania Oriental, luchando al mismo tiempo contra las tropas del ala derecha del 1 Frente de Bielorrusia y del ala izquierda del 2 Frente de Bielorrusia.

Según datos alemanes, el 1 de febrero el 9 Ejército contaba con cinco divisiones de infantería y una de tanques. El 22 Ejército lo integraban trece divisiones de infantería y una blindada. Al Grupo "Vístula" se le iban incorporando, como reserva, dos divisiones y una brigada de infantería. Lamentablemente, en aquellas fechas desconocíamos estos datos y nuestras conclusiones acerca del enemigo no fueron del todo muy justas. Calculábamos que al 1 Frente de Bielorrusia no se le oponían más que once divisiones y algunos destacamentos.

A medida que los combates se acercaban al centro de Alemania, aumentaban las posibilidades del enemigo para maniobrar con sus fuerzas y medios. En esta zona, la red de ferrocarriles y de magníficas carreteras era muy densa, sin contar con que los alemanes aún podían, hasta cierto punto, utilizar el mar para traer tropas de Curlandia. Sólo en la primera década de febrero trajeron por vía marítima a Pomerania varias grandes unidades del acorralamiento de Curlandia.

Hacia el 10 de febrero, los alemanes terminaron la formación del 11 Ejército, nuevo, que ocupó una zona al oeste del 2 Ejército. A partir de este momento en el Grupo de Ejércitos "Vístula" hubo ya 38 divisiones (incluidas 6 de tanques) y 6 brigadas, a las que deben sumarse también las tropas, que sin pertenecer orgánicamente al Grupo "Vístula" actuaban en la zona de los Ejércitos 11 y 2 (posteriormente, sobre su base se formaron dos divisiones, "Bährwalde" y "Koeslin").

Sin embargo, las posibilidades del enemigo para incrementar sus fuerzas en las direcciones estratégicas más importantes, incluida la de Berlín, no quedaban reducidas a esto. En la Conferencia de Yalta de los dirigentes de las tres grandes potencias, el de febrero de 1945 el general de ejército A. Antónov expuso los siguientes datos:

"a) En nuestro frente ya se han aparecido:

de las regiones centrales de Alemania	— 9	divisiones
del frente europeooccidental	— 6	divisiones
de Italia	— 1	división
	16	divisiones

b) Se encuentran en camino:
4 divisiones de tanques,
1 división motorizada

5 divisiones

c) Probablemente serán aún trasladadas de 30 a 35 divisiones (sacadas del frente europeooccidental, de Noruega, Italia y de las reservas que existen en Alemania).

Por lo tanto, en nuestro frente pueden aparecer complementariamente de 35 a 40 divisiones"[1].

Si se tiene en cuenta que muchas de estas divisiones enemigas tenían completa su plantilla de personal y que nuestras divisiones contaban a la sazón, como promedio, con 4.000 hombres cada una y añadimos las dificultades que atravesábamos con el suministro de municiones, combustible y de otros medios materiales, más el dominio temporal en el aire de la aviación alemana, se ve a todas luces la razón que nos impidió proseguir sin pausas la ofensiva sobre Berlín. Esto hubiera sido un delito que, naturalmente, no podían permitirse ni el Alto Mando Soviético, ni el Estado Mayor General ni los comandantes de los frentes.

Los acontecimientos futuros confirmaron que el pronóstico del E.M.G., en principio, resultó ser acertado. Efectivamente, en febrero de 1945 el mando alemán fascista disponía de numerosas fuerzas para la defensa de Berlín que, en caso de necesidad, podía aún aumentar. En sus estertores finales, la fiera fascista seguía siendo peligrosa y capaz de segar centenares de miles de vidas. Aparte de que el fracaso a las puertas de Berlín podría acarrear funestas consecuencias políticas.

Simultáneamente con las noticias acerca de importantes reagrupaciones de tropas enemigas, el E.M.G. supo que el mando fascista alemán se proponía aprovechar la situación adelantada de los ejercitos del 1 Frente de Bielorrusia, desfavorable para la defensa, para dejarlos cortados mediante ataques convergentes hacia el sur, desde la zona de Arnswalde en Pomerania, y hacia el norte, desde la línea Glogau-Guben, en Silesia. Ahora sabemos que este plan se propugnaba por Guderian, jefe del E.M. del Ejército de Tierra alemán, y que debería llevarse a efecto con rapidez fulminante, antes de que pudiéramos acumular en aquel sector fuerzas suficientemente numerosas. Ya en los últimos días de enero el enemigo realizó una labor práctica para coordinar las acciones de las tropas que debían ejecutar la maniobra.

[1] Teherán-Yalta-Potsdam. Recopilación de documentos, M. 1967, pág. 60.

La magnitud del peligro que se cernía sobre el ala derecha del 1 Frente de Bielorrusia, se analizó escrupulosamente en Moscú. A este respecto, tanto el Jefe Supremo como el Estado Mayor General sostenían conversaciones incesantes con Zhúkov y su E.M. y también directamente con los jefes de los ejércitos. Para comprobar y precisar los datos acerca de los propósitos y fuerzas del enemigo en la dirección de Berlín y en Pomerania se utilizaron también en gran escala todas las demás fuentes de información.

Un poco menos nos intranquilizaba la amenaza del lado de Silesia, en el intersticio de los Frentes 1 de Bielorrusia y 1 de Ucrania, pues el enemigo precisaba aún crear allí una agrupación de choque y para el contragolpe necesitaría cruzar el Oder y llevar hacia el norte una maniobra de flanco, bastante arriesgada.

Creo que no está de más recordar de nuevo las maquinaciones políticas de la Alemania fascista, que en aquella época sondeaba activamente las vías para llegar a una paz por separado con los EE.UU. e Inglaterra. Muchos cabecillas del Tercer Reich tejían una maraña complicada de conversaciones con la esperanza de indisponer a los miembros de la coalición antihitleriana, ganar tiempo y lograr que nuestros aliados se entendieran con el fascismo a espaldas de la URSS. En aquella situación, que imponía una responsabilidad histórica especial por cada decisión, no se podía actuar apresuradamente. El Gran Cuartel General, el Estado Mayor General y los consejos militares de los frentes compararon una y otra vez nuestras posibilidades y las del enemigo y, en definitiva, llegaron unánimes a la conclusión anterior: que sin acumular en el Oder suficientes stocks de medios materiales, sin poder emplear toda la potencia de la aviación y artillería nuestras y sin asegurar los flancos no podríamos lanzar nuestros ejércitos a la ofensiva sobre la capital de Alemania. En aquellas circunstancias el riesgo no estaba justificado. Las consecuencias políticas y militares, si fracasábamos en la etapa culminante de la guerra, podrían ser para nosotros de una gravedad extrema e irreparables.

En primer lugar debíamos hacer abortar los planes adversarios de asestar contragolpes desde Pomerania Oriental y Silesia, derrotar lo antes posible a las tropas alemanas fascistas concentradas en los flancos. Esta misión no podía resolverse mediante operaciones parciales del 1 Frente de Bielorrusia. Para ello se necesitaba conjugar los esfuerzos de tres Frentes: 2 de Bielorrusia, 1 de Bielorrusia y 1 de Ucrania. Prácticamente, ya se había acordado que el 1 Frente de Ucrania comenzase una

operación el 8 de febrero para derrotar a la muy fuerte agrupación del enemigo en la Baja Silesia, liquidando así la amenaza de un golpe flanco desde esta dirección. Con la misma urgencia, el 2 Frente de Bielorrusia debería virar sus fuerzas hacia Pomerania Oriental, deshacer allí al 2 Ejército alemán y ocupar los puertos del Mar Báltico. Y por último, a las fuerzas principales del 1 Frente de Bielorrusia, incluidos sus ejércitos de carros, les correspondía arrojarse contra la agrupación de Stargard, que amenazaba su flanco.

Este plan estaba en plena correspondencia con las misiones del momento y fue aprobado por el Gran Cuartel General.

Desde su inicio, la operación del 1 Frente de Ucrania en la Baja Silesia se desarrolló con mucho éxito. La región de Glogau quedó limpia de enemigo. Después de esto, el contragolpe pensado por el mando alemán fascista ya no podía realizarse, pues el enemigo perdió para siempre las líneas de partida y su agrupación de Silesia había sufrido una seria derrota. Sólo en el río Neisse se detuvo el avance posterior de nuestras tropas.

En el 2 Frente de Bielorrusia los acontecimientos se desarrollaron de manera un tanto distinta. Pasó a la ofensiva el 10 de febrero sin haber tenido tiempo de crear una agrupación de choque de suficiente potencia. Sus fuerzas estaban dispersas y progresaban con lentitud. Se dejaban sentir, claro está, las consecuencias de los combates anteriores. Veintiséis de sus divisiones no tenían más que tres mil hombres cada una y ocho divisiones — cuatro mil. Sólo 297 tanques estaban en condiciones de combatir. El apoyo de la aviación se dificultaba por el excesivo alejamiento de gran parte de los aeródromos. El 19 Ejército, transferido de la reserva del Gran Cuartel General al Frente, aún estaba en marcha. Al mismo tiempo, apoyándose en las fortificaciones, preparadas de antemano, y utilizando el terreno cubierto de bosques y ciénagas, el enemigo ofrecía en este sector una resistencia muy obstinada. Hacia el 14 de febrero, es decir, a los cinco días de ofensiva, nuestras tropas sólo pudieron avanzar de 10 a 30 kilómetros.

Para aquellas fechas, el 1 Frente de Bielorrusia aún no estaba listo para lanzar a la ofensiva sus fuerzas principales y libraba combates con objetivos limitados. La amenaza de un golpe de flanco desde Pomerania, lejos de desaparecer aumentaba por días.

El 15 de febrero el Jefe Supremo exigió a Zhúkov y a Rokossovski que le informaran acerca de sus futuras acciones. Rokossovski propuso desplegar antes del 24 de febrero el 19 Ejército de la reserva y el 3 Cuerpo de tanques de la Guardia en el

ala izquierda del 2 Frente de Bielorrusia, con la misión de asestar desde allí un golpe concentrado en dirección a Köslin, alcanzar la costa del Báltico, escindiendo a la agrupación enemiga de Pomerania y facilitando así su posterior aniquilamiento.

Zhúkov se proponía, con las fuerzas del ala derecha del 1 Frente de Bielorrusia, arrojar al enemigo, cortar sus comunicaciones con el oeste, contribuyendo de esta forma el avance de su vecino hacia Stettin. Esta operación pensaba emprenderla el 19 de febrero.

Stalin estuvo de acuerdo con las propuestas de los comandantes y los frentes emprendieron preparativos para las operaciones citadas.

Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron de otra manera. Ya el 17 de febrero, el enemigo emprendió un fuerte contragolpe desde la zona de Stargard contra las tropas del 1 Frente de Bielorrusia, haciéndolas retroceder unos 8-12 kilómetros hacia el sur. Por cuanto el 2 Frente de Bielorrusia sólo podía actuar sobre seguro al cabo de una semana, no se excluía la posibilidad de que aparecieran en esta misma dirección parte de las fuerzas del 2 Ejército alemán. Al enemigo le era plenamente factible utilizar esta gran unidad para acrecentar la fuerza del golpe al flanco y a retaguardia de nuestros ejércitos, enfilados contra Berlín. Este peligro se acentuaba aún más debido a que en aquellas fechas el 1 Frente de Bielorrusia se reagrupaba.

Teniendo en cuenta la situación, Zhúkov comunicó el 20 de febrero al Gran Cuartel General la necesidad de pasar temporalmente a una rígida defensa en toda la extensión del 1 Frente de Bielorrusia, incluida la línea del Oder. Antes de que comenzase laofensiva de las tropas del 2 Frente de Bielorrusia se proponía desgastar al enemigo y, luego, con parte de las fuerzas, lanzar un ataque sobre Gollnow al objeto de aislar del resto de Alemania a la agrupación de tropas fascistas dislocada en Pomerania Oriental. En el caso de que Rokossovski tuviera éxito, se suponía pasar a la ofensiva con todos los efectivos del ala derecha del 1 Frente de Bielorrusia en dirección noroeste y, mediante esfuerzos conjuntos con el 2 Frente de Bielorrusia, aniquilar totalmente al enemigo en Pomerania Oriental.

Las consideraciones de Zhúkov se estudiaron atentamente, permitiéndose su ejecución por el Jefe Supremo.

El paso temporal a la defensa en la dirección de Berlín permitía destacar fuerzas considerables para derrotar al adversario en Pomerania Oriental. Las operaciones en esta zona se realizaron del 24 de febrero al 4 de abril de 1945, colaborando

los efectivos de dos frentes, a los que se sumó en la etapa final la Flota del Báltico.

Todos los golpes enemigos desde la zona de Stargard fueron rechazados exitosamente por las tropas del 1 Frente de Bielorrusia. Después, ya el 1 de marzo, este Frente se lanzó adelante con su ala derecha, teniendo en la dirección Stargard-Kolberg una fuerte agrupación de choque, vértice de la cual eran los Ejércitos de tanques de la Guardia 1 y 2. La resistencia encarlizada del enemigo fue hecha trizas y el 4 de marzo los tanques soviéticos salieron a la costa del Báltico cerca de Kolberg, dejando encerrada a una parte considerable de la agrupación enemiga en Pomerania Oriental. Como resultado de estos y posteriores combates fueron totalmente diezmadas once divisiones de infantería, dos motorizadas y una blindada que componían el 11 Ejército alemán. Después de estos combates el 11 Ejército fue reorganizado en 3 Ejército de tanques.

Al mismo tiempo, la agrupación de choque del 2 Frente de Bielorrusia llevaba adelante la ofensiva sobre Köslin. Ya durante la operación, el enemigo había reforzado al 2 Ejército alemán, que guarnecía aquel sector, con grandes unidades llegadas de Curlandia y con fuerzas frescas de otras regiones de Alemania. Sus efectivos, que al comienzo de nuestra ofensiva eran trece divisiones y tres brigadas de infantería y dos divisiones de tanques se vieron aumentados para el 1 de marzo a dieciocho divisiones de infantería, dos de carros, una motorizada, más una brigada de infantería y otra de tanques. Todas esas grandes unidades quedaron completamente destrozadas. Sus restos intentaron aferrarse en las fortificaciones de Dantzig y Gdynia, con el apoyo de su Marina de Guerra, impidiéndoselo las tropas soviéticas que tomaron por asalto estas fortificaciones haciendo, solamente en Dantzig, 10.000 prisioneros y apoderándose de cantidades enormes de armas y pertrechos de guerra.

El 4 de abril se consideró liquidada la agrupación enemiga en Pomerania Oriental. Ahora quedaba totalmente excluido el peligro de hacer fracasar la ofensiva de nuestras tropas contra Berlín mediante ataques a su flanco y retaguardia desde este territorio de Alemania.

El obligado aplazamiento de la operación de Berlín, que no hubo manera de evitarlo, nos garantizó una victoria indudable. Bien preparada y en todos los aspectos asegurada, esta operación revistió un carácter realmente demoledor. Nuestros golpes sobre el enemigo en abril-mayo de 1945 fueron inevitables, como el propio destino.

Tales son los hechos históricos.

El trabajo del Estado Mayor General en la planificación de los ataques culminantes se complicó mucho por la decisión de Stalin acerca del papel especial del 1 Frente de Bielorrusia. Tomar una urbe como Berlín, preparada de antemano para la defensa, aunque se tratara de un Frente tan poderoso como el 1 de Bielorrusia, era misión que no correspondía a sus fuerzas. La situación exigía imperiosamente enfilar contra Berlín, por lo menos, también al 1 Frente de Ucrania. Teniendo en cuenta, naturalmente, evitar de algún modo un ataque frontal, poco eficaz, con las fuerzas principales.

Tuvimos que recurrir de nuevo a la idea expresada en enero de tomar Berlín, asestando golpes envolventes del 1 Frente de Bielorrusia por el norte y el noroeste y del 1 Frente de Ucrania por el suroeste y el oeste. La toma de contacto de las tropas de estos dos frentes se había fijado en la zona de Brandenburgo y Potsdam.

Todos nuestros cálculos posteriores los estructuramos partiendo de las circunstancias más desfavorables: la inminencia de combates duros y prolongados en las calles berlinesas, la posibilidad de contragolpes alemanes en el frente exterior del cinturón de cerco desde el oeste y el sudoeste, el restablecimiento de la defensa enemiga al oeste de Berlín y la necesidad, que todo esto implicaba, de proseguir la ofensiva. Tampoco excluíamos que nuestros aliados occidentales, por las causas que fueran, no pudieran superar la resistencia de las tropas enemigas que se las oponían y quedaran atascados durante largo tiempo.

Sin embargo, el problema relacionado con las acciones de los aliados, quedó pronto descartado. Lenta y precavidamente continuaron su avance. Durante febrero y marzo, los ejércitos aliados arrojaron al enemigo detrás del Rhin y, en algunos sitios, se hicieron con cabezas de puente en su margen oriental.

Consecuencia mucho más importante tuvieron las acciones combativas en el oeste de Hungría, en la dirección de Viena. Hitler se proponía derrotar en este sector a las tropas soviéticas, restablecer la línea del frente por el Danubio y trasladar las fuerzas que quedaran libres, en primer lugar las blindadas, a los alrededores de Berlín, zona en la que iban concentrándose las reservas traídas de Italia y de Europa Occidental, en parte el 6 Ejército blindado de SS.

Queriendo cambiar la situación a favor suyo, el enemigo pasó a la contraofensiva contra el 3 Frente de Ucrania. Diez días duró una cruentísima batalla junto al lago Balatón. La nueva aventura hitleriana, claro está, se vino abajo y nuestras

tropas pasaron acto seguido a la ofensiva sobre Viena. El Gran Cuartel General había advertido previamente al Comandante del 3 Frente de Ucrania que no empeñara al 9 Ejército de Choque de la Guardia en la batalla del Balaton, reservándolo para emplearlo sobre Viena. Simultáneamente, las tropas del 2 Frente de Ucrania avanzaban por el norte sobre la capital de Austria, en tanto que el 4 Frente de Ucrania, día tras día, desalojaba al enemigo de los Cárpatos, de Transcarpacia y de Checoslovaquia Oriental.

El 13 de abril se liberó Viena, prosiguiendo nuestras tropas su avance hacia el oeste. Tal desarrollo de los acontecimientos no sólo nos favoreció en el sector de Berlín, sino que también sirvió para que nuestros aliados se activaran a ojos vistas. Ahora avanzaban más de prisa. La numerosa agrupación de tropas alemanas, cercada por ellos en el Ruhr, fue desarticulada y no tardó en rendirse. Venciendo la débil resistencia del enemigo las tropas fundamentales anglo-norteamericanas se apresuraban por llegar al Elba y a la costa del Báltico, en la zona de Lübeck.

No ofrecía la menor duda que los aliados querían adelantársenos en la toma de Berlín, a pesar de que por los acuerdos de Yalta la capital alemana quedaba dentro de la zona de ocupación de las tropas soviéticas. Por las memorias del difunto Churchill, todo el mundo sabe cómo incitaba a Roosevelt y a Eisenhower para que hicieran esto. En su mensaje al Presidente de los EE.UU. el 1 de abril de 1945, Churchill decía:

"Nada como la caída de Berlín ejercerá tan grande influjo sicológico ni suscitará desesperación mayor entre todas las fuerzas alemanas que resisten. Para el pueblo alemán este será el indicio más convincente de la derrota. De otra parte, si se permite al Berlín en ruinas aguantar el asedio de los rusos, hay que tener en cuenta que mientras allí ondee la bandera alemana, Berlín alentará a que prosigan la resistencia todos los alemanes que están sobre las armas.

Además, existe aún otro aspecto de la cuestión que Usted y yo debemos examinar. No cabe duda que los ejércitos rusos ocuparán toda Austria y entrarán en Viena. Si se apoderan también de Berlín, ¿no llegarán a creerse que ellos hicieron el aporte mayor en nuestra victoria común y no suscitará esto una mentalidad que acarree dificultades serias y en extremo considerables en el futuro? Por eso estimo que desde el punto de vista político debemos penetrar lo más posible hacia el este en Alemania y si se diera el caso de que Berlín se encontrara a nuestro alcance, nosotros, indudablemente, deberemos tomarlo.

Esto me parece racional, también desde el punto de vista militar"[1]

Mas nosotros también estábamos ojo avizor. A la sazón, en el Estado Mayor General ya habíamos preparado todas las consideraciones fundamentales para la operación de Berlín. En el proceso de este trabajo nuestro contacto fue estrechísimo con los jefes de los EE. MM. de los frentes A. Bogoliúbov, M. Malinin y V. Sokolovski (y después con I. Petrov) y en cuanto descubrimos los primeros síntomas de que los aliados se deslizaban hacia Berlín, se llamó inmediatamente a Moscú a Zhúkov y a Kónev.

El 31 de marzo el E. M. G. analizó con ellos la idea de maniobra de las futuras acciones de los frentes. El mariscal Kónev expresó su profundo disgusto porque la línea delimitadora con el 1 Frente de Bielorrusia le privaba de poder atacar Berlín. Nadie, sin embargo, en el E. M. G. pudo hacer desaparecer este obstáculo.

Al día siguiente, el 1 de abril de 1945, el plan de la operación de Berlín se discutió en el Gran Cuartel General. Se informó detalladamente de la situación en los frentes, de las operaciones de los aliados y de sus propósitos. Stalin dedujo de todo eso que debíamos tomar Berlín lo antes posible; la operación había que comenzarla no más tarde del 16 de abril y acabar todo en el transcurso de 12 a 15 días. Los comandantes de los frentes estuvieron conformes y aseguraron al Gran Cuartel General que las tropas estarían listas a su debido tiempo.

El Jefe del E. M. G. estimó necesario llamar una vez más la atención del Jefe Supremo a la línea divisoria entre los frentes. Se subrayó que, prácticamente, excluía la participación directa de las tropas del 1 Frente de Ucrania en los combates por Berlín y tal circunstancia podía reflejarse negativamente en los plazos del cumplimiento de las misiones. El mariscal Kónev fue de la misma opinión. Demostró la conveniencia de enfilar parte de las fuerzas del 1 Frente de Ucrania, particularmente los ejércitos de tanques, sobre las afueras sudoeste de la capital alemana.

Stalin adoptó una decisión conciliadora: sin desistir totalmente de su idea, tampoco desechó por completo las consideraciones de Kónev, apoyadas por el Estado Mayor General. En la carta, donde se reflejaba la idea de la operación, el Jefe Supremo, sin decir una palabra, tachó la parte de la línea que separaba al 1 Frente de Ucrania de Berlín, prolongándola hasta la

[1] Churchill W. *La segunda guerra mundial*, t. 6, pág. 443.

población de Lübben (a 60 kilómetros al sudeste de la capital), y allí la cortó.

— El primero que se abra paso que tome Berlín, —nos dijo más tarde.

El Estado Mayor General quedó satisfecho del giro que tomaron los acontecimientos. Aquella maldita línea divisoria no nos daba un momento de tranquilidad desde hacía más de dos meses. Tampoco hizo objeción alguna el mariscal Kónev, pues le parecía bien.

Aquel mismo día, Stalin firmó la directiva al Comandante del 1 Frente de Bielorrusia sobre la operación para la toma de Berlín y la llegada de sus tropas, antes de que finalizara el mes, al río Elba. El golpe principal se suponía descargarlo desde la cabeza de puente de Küstrin con cuatro ejércitos inter-armas y dos de carros, previéndose que estos últimos sólo debían empeñarse en la batalla después de rota la defensa del enemigo para explotar el éxito, rebasando Berlín por el norte y el nordeste. En la dirección principal se recomendaba utilizar también al 3 Ejército del general coronel A. Gorbátov, segundo escalón del Frente.

El 2 de abril se le entregó asimismo la directiva al Comandante del 1 Frente de Ucrania. La orden le prescribía derrotar a la agrupación enemiga en la zona de Cottbus y al sur de Berlín, y a no más tardar del décimo o duodécimo día de operación, alcanzar la línea Beelitz, Wittenberg y, a continuación, por la margen del Elba hasta Dresde. El golpe principal del Frente se asestaba en la dirección de Spremberg, Belzig, es decir, 50 kilómetros al sur de Berlín. Los ejércitos de tanques (que eran dos, el 3 y el 4 de la Guardia) se pensaba meterlos en combate después de la ruptura de la posición defensiva enemiga para explotar el éxito en la dirección principal. Como variante complementaria, el Gran Cuartel General previó la posibilidad de hacer virar a los ejércitos blindados del 1 Frente de Ucrania sobre Berlín, pero sólo después de que hubieran dejado atrás Lübben.

El 6 de abril se dio la correspondiente directiva al 2 Frente de Bielorrusia. Estas tropas no tomaban parte directa en la toma de Berlín, pero su misión era de suma responsabilidad: avanzar hacia el oeste, más al norte de la capital de Alemania y, después de infligir una derrota a la fuerte agrupación enemiga de Stettin, asegurar toda la operación desde esta dirección.

En su aspecto definitivo, la idea y el plan de la operación de Berlín, que debería obligar a las fuerzas armadas de la Alemania fascista a capitular, tenía en cuenta desarticular y copar el ene-

migo al este de la capital alemana con el simultáneo aniquilamiento de sus tropas cercadas. El avance impetuoso del Ejército Soviético hacia el oeste tenía también como objetivo evitar toda posibilidad de que los hitlerianos pudieran crear un nuevo frente.

En las direcciones fundamentales de nuestros golpes culminantes se concentraron poderosas agrupaciones de tropas con una cantidad enorme de artillería, tanques y aviación. La ofensiva comenzó en la fecha establecida y terminó con el desastre completo del enemigo. El 2 de mayo éste cesó su resistencia y, 6 días después, toda la Alemania fascista capituló sin condiciones.

La campaña final de la guerra en Europa demostró de la manera más palmaria toda la supremacía de nuestras Fuerzas Armadas sobre la máquina de guerra hitleriana. Sus operaciones fundamentales se distinguieron por la diafanidad de objetivos políticos, por un juicioso cálculo y por su sentido de la realidad. La dirección estratégica soviética se apoyó hábilmente para ello en la experiencia adquirida durante la contienda, utilizó exhaustivamente las dotes de mando de jefes militares de toda graduación: comandantes de frentes, de ejércitos, jefes de unidades grandes, medianas y pequeñas. Fueron dignos auxiliares suyos los EE. MM. de todos los rangos, que para el final de la guerra habían adquirido un nivel elevado en la dirección de las tropas.

Capítulo XV

DESASTRE DEL EJERCITO DEL KUANGTUNG

El Primer ministro inglés visita a nuestro Jefe Supremo. Concentración de tropas en las fronteras del Extremo Oriente. El Ejército del Kuangtung, sus fuerzas y disposición. ¿Será posible la sorpresa? Rodión Malinovski es llamado al Gran Cuartel General. La Conferencia de Potsdam y sus ecos. El secreto se filtra fuera del E.M.G. Sonó la hora. Atrevidas acciones de los desembarcos aéreos. La capitulación del Japón.

Con el inicio de la Gran Guerra Patria se agudizó aún más la situación en nuestras fronteras del Extremo Oriente. Y aunque entre la URSS y el Japón existía un pacto de neutralidad, el peligro se había hecho mayor por parte del último. Grandes contingentes de tropas niponas se habían concentrado en Manchuria, aguardando el momento propicio para atacar a la Unión Soviética y apoderarse de Siberia y del Extremo Oriente. Los militaristas japoneses violaban a menudo nuestra frontera estatal, entraban en nuestras aguas territoriales y en nuestro espacio aéreo. El fracaso de la ofensiva de las tropas alemanas fascistas cerca de Moscú los refrenó un poco, pero no renunciaron a sus planes anexionistas. Esto se conoce ahora con toda fidelidad por los materiales del proceso judicial internacional contra los principales criminales de guerra japoneses.

El Estado Mayor General seguía ojo avizor la falaz conducta de nuestro vecino. El aliado oriental de Hitler en el eje Berlín-Roma-Tokio no sólo nos interesaba como foco de peligro bélico directo para la URSS. El "problema japonés" tenía, además, otro significado: estaba íntimamente vinculado a la tarea de acortar la duración de la segunda guerra mundial. Así lo exigía la sangre que derramaba la humanidad. Sin derrotar al Japón imperialista la paz en la tierra era inconcebible. Y, por último, debíamos ayudar a los pueblos de Asia, y ante todo a China, a sacudirse el yugo de la opresión extranjera.

Prestando atención principal a los frentes activos, jamás nos olvidábamos del Extremo Oriente. Diré más, en los momentos críticos de la lucha contra los invasores alemanes fascistas,

nuestras preocupaciones por este territorio se duplicaban.

El lector ya conoce que en los difíciles días de 1942 instituimos el cargo de subjefe del E.M.G. para el Extremo Oriente y que en la dirección de Operaciones existía el departamento especial del Extremo Oriente, encabezado por el general mayor F. Shevchenko, con experiencia en el servicio de Operaciones.

En junio de 1943 fue trasladado a la Dirección de Operaciones el general mayor N. Lómov, subjefe del Estado Mayor del Frente del Extremo Oriente, siendo sustituido por el general mayor Shevchenko. Así pues, el Extremo Oriente no sólo adquirió un general que conocía este teatro de operaciones, sino también compenetrado con los puntos de vista del Gran Cuartel General y las exigencias del E.M.G. respecto a dicho territorio. Al mismo tiempo, en la persona de Lómov el E.M.G. se hizo con un especialista que había estudiado cuidadosamente toda la especificidad del Extremo Oriente.

Ya antes de la guerra, en 1938, la Región Militar del Extremo Oriente, y en 1941 también la Región Militar del Transbaikal, fueron transformadas en frentes con la misma denominación[1]. Su aparato de mando, sin experiencia combativa, fue sustituyéndose paulatinamente durante la guerra por generales y oficiales que habían luchado contra la Alemania hitleriana. Así, al general de ejército M. Purkáev, que hasta entonces había mandado el Frente de Kalinin, se le nombró Comandante del Frente del Extremo Oriente, mientras que al general de ejército I. Apanásenko se le destinó en comisión de prácticas al Frente de Vorónezh. También otros jefes de tropas del Extremo Oriente adquirieron hábitos combativos en el ejército de operaciones.

Desde la segunda mitad de 1943, cuando en el frente soviético-alemán se operó un viraje radical a nuestro favor, toda la lógica de los acontecimientos aconsejaba que, antes o después, a la caída de la Alemania fascista debería seguirle también el derrumbamiento del Japón militarista. Nuestros aliados occidentales se esforzaban por que entráramos lo antes posible en guerra en el Extremo Oriente. Mas sólo en la Conferencia de Teherán, donde se consiguió, por fin, llegar a un convenio concreto para la apertura del Segundo Frente en Europa, la delegación soviética accedió, en principio, a emprender hostilidades contra el Japón imperialista, condicionándose, sin embargo, que sólo

[1] Hasta 1940, el Frente del Extremo Oriente existió con un intervalo no prolongado.

lo haríamos después de que se derrotase a la Alemania hitleriana.

No satisfechos con estos acuerdos, los círculos gobernantes de Inglaterra y de los Estados Unidos de América siguieron apresurando al Gobierno Soviético. A primera vista podría parecer que esta política de los aliados perseguía fines nobles, lograr lo antes posible la paz en la tierra. En realidad, esto hubiera dado resultados completamente distintos. El País de los Soviéts habría diseminado sus esfuerzos militares, habría distraído tropas del frente alemán, el principal, donde el enemigo aún no estaba totalmente derrotado. Cualquier alargamiento de la lucha contra la Alemania hitleriana alejaría también la victoria final y significaría, en la práctica, que duraría más la segunda guerra mundial. Desde el punto de vista de la estrategia tal paso era extraordinariamente indeseable y, por lo mismo, no lo dimos.

El verano de 1944, cuando, por fin, se abrió el Segundo Frente, los aliados intentaron una vez más influir en la decisión tomada por la URSS respecto al Japón. A finales de junio, el general mayor J. Deans, jefe de la misión militar norteamericana en Moscú, se dirigió en nombre del Jefe del Estado Mayor del ejército estadounidense al mariscal A. Vasilevski, Jefe de nuestro E.M.G., pidiéndole insistentemente que se acelerara por todos los medios la entrada de la URSS en guerra en el Extremo Oriente. Conociendo el punto de vista del Gobierno Soviético, Vasilevski declaró inequívocamente que hasta la derrota definitiva de la Alemania fascista no había ni que pensar en ello. Al sondeo análogo de Churchill, Stalin contestó también que la posición del Gobierno Soviético seguía invariable.

Sólo a últimos de septiembre de 1944, después del informe de turno en el Gran Cuartel General, el Jefe Supremo nos ordenó preparar los cálculos para la concentración y aseguramiento de las tropas en el Extremo Oriente.

— Pronto, por lo visto, se necesitarán —concluyó Stalin esta breve, y como de paso, conversación.

A comienzos de octubre estuvieron preparados los cálculos y a mediados del mismo mes, Stalin los utilizó por primera vez en las conversaciones con Churchill y Eden en Moscú.

En aquella ocasión pude ver personalmente, una sola vez, al Primer ministro de Gran Bretaña, una tarde, cuando con el general A. Antónov nos presentamos para el informe ordinario al Gran Cuartel General. Ya en la antesala nos advirtieron que Churchill estaba con Stalin y que éste había ordenado que pasáramos a su despacho en cuanto llegáramos.

Churchill y Stalin ocupaban sendas butacas, uno frente a otro, envueltos en una nube de humo: el primero fumaba un descomunal tabaco y el segundo su acostumbrada cachimba.

Stalin nos presentó y dijo que el señor Churchill quería escuchar el informe sobre la situación en los frentes. Lo hizo Antónov, pero alterando un tanto el orden acostumbrado en el Gran Cuartel General. En aquella ocasión, los frentes se iban citando consecutivamente, de norte, a sur, y la situación se exponía por la llamada breve variante. Churchill se acercó a la mesa examinó atentamente las cartas sobre ella extendidas y sólo hizo una pregunta: ¿qué número de tropas alemanas tenía enfrente Eisenhower? Antónov contestó.

Después del informe nos dejaron libres, pero nos quedamos en la habitación contigua con la esperanza de que Churchill se marcharía en seguida y podríamos poner a la firma del Jefe Supremo algunos documentos de urgencia. Al cabo de unos veinte minutos se nos brindó esa oportunidad.

Antes de salir de su despacho, Stalin llamó a Poskrióbishev y dispuso:

— El whisky y los cigarros puros que me regaló Churchill déselos a los militares. —Después, dirigiéndose a nosotros, anadió—: Pruébenlo, seguramente no estará mal.

Cuando subimos al coche, el cajón con el whisky y la caja de tabacos ya nos esperaban allí.

Las conversaciones con Churchill y Eden se llevaron, al comienzo, sin participación de los militares. Mas cuando la cosa atañó de nuevo al Extremo Oriente, invitaron a Antónov y a Shevchenko. El último ya era teniente general y desempeñaba la jefatura de Estado Mayor del Frente del Extremo Oriente. El Gobierno soviético reafirmó su compromiso de comenzar la guerra contra el Japón y precisó que esto sería tres meses después, aproximadamente, de la capitulación de la Alemania hitleriana. Este plazo era plenamente real a condición de que los aliados ayudasen a crear en el Extremo Oriente reservas de combustible, víveres y medios de transporte, suficientes para dos o tres meses. Incluso la entrega parcial directa de todo aquello por los aliados en nuestros puertos del Pacífico facilitaría considerablemente las reagrupaciones de tropas y reduciría el tiempo y el volumen de los transportes de cargas desde el centro del país. Los aliados estuvieron de acuerdo con nuestros argumentos y asumieron una parte de los suministros.

Por todo lo que recuerdo, inmediatamente después de las negociaciones de octubre de 1944, no se llevaron a efecto ningunas medidas especiales respecto a la planificación estraté-

gica de las operaciones contra el Japón. No debemos olvidar que a la sazón aún no había indicios del pronto cese de la resistencia del ejército alemán fascista, a pesar de que sufría, una tras otra, cruentísimas derrotas.

En febrero de 1945 se reunió una nueva Conferencia de los dirigentes de las tres potencias aliadas, esta vez en Crimea. Además de otros problemas de importancia, en la Conferencia se puntualizó definitivamente el plazo de entrada de la URSS en guerra contra el Japón: dos o tres meses después de haber terminado la guerra en Europa, pero a condición de que se observasen estas tres condiciones planteadas por la Unión Soviética:

1. Mantenimiento de la situación existente en la República Popular Mongola.

2. Restitución de los derechos de Rusia, violados por el Japón en 1904: devolución de Sajalín del Sur; internacionalización del puerto de Dairen y restablecimiento del arriendo de Puerto Arturo, como base naval de la URSS; coexplotación con China de los ferrocarriles Chino-Oriental y Sur-Manchuriano.

3. Entrega de las islas Kuriles a la URSS.

Los aliados aceptaron nuestras condiciones.

El 5 de abril, el Gobierno soviético denunció su tratado de neutralidad con el Japón. Había sido absurdo considerarse sujeto por este acuerdo, mientras que la parte japonesa lo infringía sin el menor recato. Para todos estaba claro que en los próximos 30 ó 40 días la guerra en el oeste terminaría con nuestra victoria completa. El propio Gobierno japonés de Suzuki tenía que verlo también. En interés de su país, le hubiera sido más útil pensar que la guerra en el Océano Pacífico no tenía ya ninguna perspectiva. La declaración de la URSS denunciando el tratado que una seria advertencia que, sin embargo, no se tuvo en cuenta. En el Japón continuaba atizándose la histeria belicista bajo la consigna de vencer, costase lo que costase. En nombre del Gobierno nipón, el Primer ministro Suzuki declaró: "Seguiremos impertérritos nuestro movimiento adelante para el final victorioso de la guerra".

Para nosotros no quedaba otro remedio que activar la preparación para el cumplimiento de nuestros compromisos de aliados. El Jefe Supremo ordenó al Estado Mayor General reforzar los EE.MM. y los mandos superiores de los frentes del Transbaikal y del Extremo Oriente, así como del Grupo de Tropas de Primorie, destinar allí más hombres ejercitadas en la guerra contra la Alemania hitleriana y, en primer lugar, quienes ya hubieran servido en el Extremo Oriente. Al mismo tiempo, el Jefe Supremo dispuso planificar también el traslado de tropas, de

forma que se desplazaron primero al Extremo Oriente los ejércitos y grandes unidades que ya habían combatido en condiciones parecidas a las de aquel teatro de operaciones.

Se decidió no reformar la organización de las tropas, existente en el Extremo Oriente. Este Frente seguía con las mismas fuerzas, en lo fundamental, y mandado por M. Purkáev. El Grupo de Tropas de Primorie lo subordinaron el Estado Mayor del disuelto Frente de Carelia, trasladado al este, nombrándose su Comandante al mariscal de la Unión Soviética Kirill Meretskov.

— El artero yaroslavliano encontrará la manera de hacer polvo a los japoneses —dijo el Jefe Supremo cuando se hizo el nombramiento de Meretskov—. No es la primera vez que tiene que luchar en bosque y abrir brecha en regiones fortificadas.

Para la dirección del Transbaikal, la principal, se precisaban dirigentes con experiencia en acciones de maniobra. Recuerdo que A. Vasilevski, que tomó parte muy activa en la preparación de los planes para la guerra en el Extremo Oriente, fue el primero que propuso la candidatura del mariscal R. Malinovski, recomendando como Jefe de su Estado Mayor al general de ejército M. Zajárov, uno de los jefes con más experiencia en la dirección de los frentes.

Al Jefe Supremo le agradaron las propuestas. Ya hacía mucho que Malinovski disfrutaba en el Gran Cuartel General de reputación sólida como jefe militar de talento, serio, tranquilo y reflexivo. Si pedía algo estaba fundamentado, si informaba lo hacía con todo lujo de pormenores.

En abril de 1945 las tropas y los Estados Mayores fueron concentrándose en el Extremo Oriente. El Estado Mayor completo del antiguo Frente de Carelia fue el primero que emprendió el viaje hacia la ciudad de Voroshílov. La partida para el nuevo destino del nuevo Comandante del Grupo de Tropas de Primorie, mariscal K. Meretskov, se demoró un poco para no descubrir antes de tiempo nuestros propósitos, pues al nuevo mando no sólo le conocían bien los militares.

El 30 de abril se dio la directiva para que el 39 Ejército del general coronel I. Liúdnikov se trasladara desde la zona de Insterburg al Transbaikal. Cuando Alemania capituló, emprendieron tan largo camino otros gloriosos Ejércitos: el 5, mandado por el general coronel N. Krilov, al Grupo de Tropas de Primorie; el 53, del general coronel I. Managárov y el 6 de carros de la Guardia al mando del general coronel de tropas

blindadas A. Krávchenko, al Frente del Transbaikal. También a este territorio, hacia Chitá, se dirigieron muchos de los que habían sido jefes del antiguo 2 Frente de Ucrania, entre ellos, el mariscal R. Malinovski, el general de ejército M. Zajárov, el general coronel I. Plíev y el teniente general N. Pavlovski. El teniente general A. Luchinski tomó el mando del 36 Ejército, ya dislocado en el Transbaikal.

Para encabezar los ejércitos en Primorie se pusieron en camino: el general coronel A. Beloboródov (1 de la Bandera Roja), el general coronel I. Chistiakov (25) y el teniente general N. Zajvatáev (35). Casi todos los que antes mandaban estos ejércitos quedaron como adjuntos de los nuevos comandantes, conocían a las mil maravillas aquel teatro de operaciones y no ofrecía duda que serían útiles.

En abril empezó en gran escala la renovación del material de las grandes unidades blindadas del Extremo Oriente.

Mientras tanto, el Estado Mayor General recibió la orden de preparar definitivamente el plan de guerra contra el Japón. Primeramente, la tarea de la campaña se expuso de la forma más general, con una sola exigencia de principio, subrayada por el Jefe Supremo: terminar la guerra en el plazo más breve.

Esta era una tarea con muchas incógnitas.

No estábamos totalmente seguros de si el militarismo nipón había o no desistido de agredir a la URSS, convencido en la inminente derrota de las tropas hitlerianas, aunque la posibilidad de que nos atacara no se excluía de ninguna manera. La situación crítica de la Alemania fascista podía, indudablemente, activar a su aliado asiático en interés del objetivo común. La disposición de considerables efectivos de tropas terrestres del Japón a lo largo de la frontera estatal soviética y la proximidad de las bases aéreas y navales niponas al territorio de la URSS permitían a los contumaces militaristas descargar un golpe contra nuestros objetivos de importancia y contra nuestras tropas, de consecuencias graves para nosotros. Esto implicaba que el plan de la guerra en el Extremo Oriente debería obligatoriamente prever que se pudiera rechazar ese ataque por sorpresa. En el transcurso de los acontecimientos posteriores desapareció, naturalmente, la necesidad de pensar en acciones defensivas por las Fuerzas Armadas Soviéticas. Y no obstante, a las tropas se les planteó la misión de organizar la defensa, se creó ésta y los documentos históricos reflejan esta peculiaridad en las consideraciones operativo-estratégicas del E.M.G. en aquella época.

Tampoco teníamos del todo claro el plan de acciones de los

japoneses para el caso de nuestra ofensiva. Los componentes fundamentales de las fuerzas armadas del Japón eran la Marina de Guerra y el Ejército de Tierra. A la aviación nipona la considerábamos relativamente débil. La dislocación de las agrupaciones principales de las tropas terrestres y de la Flota permitía hacer infinidad de combinaciones. También en este sentido debíamos analizar las cosas, a fin de elaborar el plan de acciones más racional.

Las tropas terrestres del Japón estaban dispersas. En China se encontraban en agrupaciones de ejércitos, dislocadas por todo el territorio de este enorme país. Lo mismo podía decirse de Indochina. Pero, especialmente diseminadas, se encontraban las fuerzas japonesas por las islas de los mares meridionales: no sólo aisladas allí por las extensiones oceánicas, sino también por las junglas y montañas en tierra. En el territorio de la metrópoli japonesa aún quedaba una nutrida agrupación de tropas terrestres con grandes reservas potenciales, más los efectivos fundamentales de la Marina y de la Aviación. Nuestros aliados no se atrevían a atacar la metrópoli y ni pensaban hacerlo en un futuro próximo.

La agrupación más compacta y potente, lista para acciones, era el llamado Ejército del Kuangtung mandado por el general Yamada, en el que pasaban la escuela práctica militar muchos generales y oficiales del Japón.

Analizamos infinidad de variantes, buscando el eslabón principal, con cuya rotura se desmoronara todo el sistema de resistencia bélica del Japón. Trabajábamos sin gran apresuramiento, pues teníamos tiempo de sobra. Nikolái Lómov fue en esta labor la figura central, pues su carácter equilibrado correspondía al análisis profundo de la situación en el Extremo Oriente.

La que más nos atraía, naturalmente, era la dirección manchuriana, donde estaba el Ejército del Kuangtung. Derrotando a éste quedaría aniquilada la fuerza de choque fundamental de las fuerzas terrestres japonesas y se cortaría de raíz la resistencia del país. El Estado Mayor General y después también el Gran Cuartel General fueron afianzándose gradualmente en esta idea que en definitiva, sirvió de base para el plan de la guerra.

El Ejército del Kuangtung llegaba casi al millón de hombres. Era el mejor equipado y mejor adiestrado para la lucha. El servicio en este Ejército se consideraba como testimonio de lealtad al régimen y a los pilares del imperialismo nipón. A sus soldados y oficiales se los educaba en el espíritu de fidelidad fanática al imperio y de odio a otros pueblos y, ante todo, a los

soviéticos y a las poblaciones de Mongolia y China.

Hasta el comienzo de la guerra integraban el Ejército del Kuangtung los Frentes 1 y 3, el 4 Ejército Independiente y el 2 Ejército Aéreo. Con el comienzo de las hostilidades lo completaron con el 17 Frente, de nueva formación, y el 5 Ejército Aéreo.

El 1 Frente, o de Manchuria Oriental (Ejércitos 3 y 5), mandado por el general Kita, disponía de diez divisiones y una brigada de infantería. Estaba desplegado en las fronteras con Primorie, teniendo sus fuerzas principales en la dirección de Mutankiang, que conducía a Harbin y a Kirin. Su Estado Mayor se encontraba en Mutankiang.

El 3 Frente (los Ejércitos 30 y 44), que mandaba el general Ushiroku, se dislocaba con parte de sus fuerzas (dos divisiones) cerca de la frontera de la República Popular Mongola, mientras que su agrupación principal (seis divisiones y tres brigadas de infantería, más una brigada de tanques) estaba más al interior de Manchuria, en la región de Mukden, donde se encontraba también el Estado Mayor del Frente.

El 4 Ejército Independiente del general Uemura estaba diseminado en una gran extensión de la Manchuria Septentrional, en el cuadrilátero Hailar, Tsitsihar, Harbin y Sajalián. Contaba con tres divisiones y cuatro brigadas de infantería.

El Frente 17 (los Ejércitos 34 y 59) estaba acampado en Corea. Su jefe, general Kozuki, tenía su sede en Seúl y disponía de nueve divisiones.

El Comandante del Ejército del Kuangtung tenía en reserva: una división de infantería y dos brigadas, una de fusileros y otra de tanques. Una misión específica recibió la brigada de "suicidas", formación especial de exploradores y cazadores de tanques. Estos "suicidas" también existían en la Aviación y en la Marina.

El 2 Ejército Aéreo del general Harada estaba dislocado en el centro de Manchuria, contaba con cerca de 1.200 aparatos, (de ellos los de combate eran mucho menos). En Corea se basaba el 5 Ejército Aéreo con 600 aviones de combate.

Al Comandante del Ejército del Kuangtung se le subordinaban también las tropas del Manchukuo, de la Mongolia Interior y de la provincia de Suiyuán, en total, hasta una veintena de divisiones de infantería y de 14 a 15 Brigadas de caballería. A diferencia de las tropas japonesas, aquéllas estaban mal adiestradas y peor armadas, pero su número total era de unos 300.000 hombres, aproximadamente.

En ayuda del Ejército del Kuangtung, el Alto Mando japonés podía destacar también su reserva estratégica (dos ejércitos,

con seis u ocho divisiones) desplegada en la región de Pekín.

La situación estratégica del Ejército del Kuangtung se caracterizaba, ante todo, por su alejamiento de la metrópoli. Su enlace con el Japón no por doquier era bueno y sus comunicaciones muy largas. En las partes septentrional y occidental de Manchuria se dejaba sentir con mucha agudez la escasa ramificación de la red ferroviaria. En las partes central y oriental del país las principales vías ferroviarias se encontraban al alcance de la aviación soviética.

El Ejército del Kuangtung se encontraba, podríamos decir, dentro de un colosal arco de casi 4.500 kilómetros de longitud, formado por las fronteras estatales de la Unión Soviética y la República Popular Mongola. A todo esto podía agregársele la inseguridad de la retaguardia china. La población del Estado marioneta del Manchukuo, creado por el Japón para camuflar su política imperialista, era hostil a los ocupantes. Toda China estaba contra los militaristas nipones. Se había creado una situación en la que hasta el propio Chang Kai-Chek era adversario del Japón y, ni qué decir tiene, el Ejército Popular de Liberación chino.

El general Yamada tenía que orientarse a Corea, donde los japoneses ya hacía muchos años que se habían afianzado. Para el Ejército del Kuangtung, Corea era la fuente fundamental de avituallamiento y base de operaciones en caso de circunstancias extraordinarias. Pero también las masas populares coreanas odiaban a muerte a los ocupantes. Con la particularidad, además, de que Corea se encontraba a considerable distancia de la agrupación manchuriana de tropas japonesas y podía ser fácilmente aislada con un ataque desde el Primorie soviético. Así, pues, desde cualquier punto de vista, la retaguardia del Ejército del Kuangtung era su talón de Aquiles.

Durante muchos años que ocuparon China, los militaristas nipones hicieron intensos trabajos de fortificación en las fronteras con la URSS. A lo largo de la cordillera fronteriza con nuestro Primorie había una línea de regiones fortificadas, magníficamente adaptadas a la taigá y a las montañas. Al abrigo de las obras de hormigón y de los obstáculos naturales, los generales japoneses se sentían con relativa seguridad. Por el norte, los accesos a Manchuria no sólo se protegían por las montañas del Pequeño Jingán, sino también por el anchuroso Amur, defendidos del noroeste por la cresería del Lljury-Alín y las estribaciones del Gran Jingán. La agreste cordillera de este último, de una cota media de 1.000 a 1.100 metros sobre el nivel del mar, se extiende a muchos centenares de kilómetros en

sentido meridional por el territorio de la propia Manchuria. Unas veces se aproxima a 50 kilómetros de la frontera (en la dirección de Solun), otras, se aleja a 200-250 kilómetros de ella. En la Mongolia Interior las montañas del Gran Jingán se conjugan, además, con una meseta semidesértica arenosa, continuación del desierto de Gobi, situado al sudoeste.

No obstante, debo señalar que en condiciones de una extensión tan grande del teatro de operaciones bélicas, el Japón no tenía fuerzas suficientes para cubrir, toda la frontera o las líneas naturales del terreno. De grado o por fuerza tenía que elegir las direcciones operacionales más probables. A lo largo de la frontera con la URSS y en parte, con la de la República Popular Mongola, se levantaron regiones fortificadas que protegían los accesos a los pasos principales a través de las cordilleras. Varios sectores de la frontera estatal de Manchuria con la República Popular Mongola, de gran extensión y abiertos para las acciones de todas las Armas, estaban desprovistos de obras ingenieras y carentes de unidades de cobertura. Eran especialmente débiles las direcciones montañosas y desérticas a Dolonnor y Chagkiakow (Kalgan), en el flanco extremo derecho mongol. Nosotros, naturalmente, tuvimos todo esto en cuenta al elaborar nuestra idea de las operaciones.

Pero al mismo tiempo, la situación que ocupaba el Ejército del Kuangtung le daba varias ventajas indiscutibles en algunos sectores del futuro frente, particularmente tangibles en el Extremo Oriente. Ya señalamos que la frontera de Primorie, en las direcciones accesibles para nuestra ofensiva, estaba cerrada por regiones fortificadas y por las tropas del Frente de Manchuria Oriental, una especie de primer escalón de la defensa del enemigo. Detrás, a distancia relativamente pequeña estaban las tropas del 17 Frente, que en caso de necesidad también podrían ser utilizadas en el este de Manchuria. Nuestra ofensiva en este sector se transformaría, inevitablemente, en la rotura sucesiva de regiones fortificadas y el paso en lucha de cordilleras y de la taigá, es decir, el tipo más difícil de ofensiva que exige superioridad aplastante en fuerzas y una gran masa de poderosos medios de destrucción.

En la llanura manchuriana, protegida por barreras naturales, regiones fortificadas y posiciones defensivas el enemigo podía maniobrar libremente por líneas operativas interiores, destacar tropas a los sectores amenazados y desplegarlas en líneas ventajosas. Las acciones por las líneas operacionales interiores, aún en el caso de repliegue, si a ello obligaba la situación, daban a los japoneses la posibilidad de poder mantener compacta

su agrupación de tropas. Su maniobra estaba plenamente asegurada por los ferrocarriles y carreteras.

Todas estas ventajas, de parte de los nipones, se sobrentiende que las tuviéramos en consideración.

El minucioso análisis de la situación del Ejército del Kuangtung permitió que el Estado Mayor General pudiese hacer conclusiones previas de mucha importancia. Estaba claro, ante todo, que en las condiciones de Manchuria esta agrupación japonesa se vería constreñida a luchar relativamente aislada de otras agrupaciones de tropas niponas. Mas para que este aislamiento relativo se transformase en completo se exigía que, por nuestra parte, al mismo tiempo que atacábamos con nuestras fuerzas principales, desplegáramos también la ofensiva en los sectores de donde Yamada podía recibir ayuda. Esto atañía, en primer lugar, a Corea y, hasta cierto punto, también a Sajalín del Sur. Asimismo era de suma importancia que tuviéramos el dominio en el aire. En lo que a la forma de maniobra se refiere, en aquella fase del estudio del enemigo, nos parecían mejores las acciones de flanco, que llevarían a nuestras tropas a la región de Kirin, Mukden, dejando cortada a toda la agrupación japonesa en Manchuria e interceptada su cooperación con el grupo de tropas en Corea y con las reservas dislocadas en las proximidades de Pekín. La debilidad del flanco mongol del Ejército del Kuangtung nos permitía calcular que allí podríamos salir a retaguardia del enemigo.

El carácter del escalonamiento del Ejército del Kuangtung evidenciaba, en opinión nuestra, que si la lucha de Manchuria tenía un desenlace desfavorable, el mando japonés retiraría a las fronteras de Corea sus tropas de los sectores norte y oeste de la zona de operaciones, creando así condiciones favorables para proseguir la lucha. Y el Estado Mayor General no se equivocó. Los japoneses contaban, efectivamente, con este plan. Sin embargo, no pudieron llevarlo a la práctica por la impetuosa y arrolladora ofensiva de las tropas soviéticas.

También debo señalar, que en el caso de que nuestras agrupaciones de choque no actuaran simultáneamente, los japoneses podrían rechazarlas por partes, trasladando sus tropas de una a otra dirección. Y de aquí, como es natural, las nuevas conclusiones prácticas hechas por nosotros.

El E.M.G. tuvo que resolver muchos problemas mientras daba forma a la idea de la operación. El logro de una victoria rápida presuponía impetuosidad de ofensiva. El Ejército del

Kuangtung debía ser derrotado de un golpe, impidiéndole que se retirara al interior de China o de Corea.

La agrupación de tropas soviéticas en el Extremo Oriente en abril de 1945 no podía llevar a cabo esta tarea. Sólo estaba destinada para el cumplimiento de misiones defensivas. Su dispositivo en aquella época sólo nos permitía asestar golpes en la dirección de Mutankiang (del lado de Primorie) y en la dirección Hailar Tsitsihar (desde el Transbaikal). Mas estos golpes no podían cercar al Ejército del Kuangtung ni cortaban sus comunicaciones. Podían rechazar, pero no aniquilar a las tropas enemigas, lo que contradecía la esencia de la misión planteada por el Gran Cuartel General y el carácter resuelto de la operación. Rechazando al enemigo, éste podría seguir reforzando sus tropas desde la profundidad, especialmente desde Corea y, por consiguiente, no se podía pensar en acabar pronto la guerra. La densidad de sus efectivos crecería inevitablemente a costa de la llegada de reservas. Al mismo tiempo, las regiones fortificadas del enemigo en la frontera con la República Popular Mongola constituían una amenaza para el flanco derecho de nuestro Frente del Transbaikal.

Para evitar tal desarrollo de los acontecimientos e impedir a los japoneses un repliegue organizado, no sólo se precisaba modificar el dispositivo de nuestras fuerzas y elegir una dirección más favorable para el golpe principal. Se necesitaba, además, asegurarse condiciones para explotar el éxito, es decir, resolver acertadamente el escalonamiento de las fuerzas en los frentes, crear, donde fuera necesario, segundos escalones. Todo esto debíamos hacerlo, naturalmente, no en perjuicio de la potencia del golpe inicial, sino a costa del traslado complementario de tropas desde el oeste.

Nos parecía mejor la ofensiva de uno de los frentes desde el territorio de Mongolia con un golpe simultáneo del lado de Primorie. En este caso podríamos aislar totalmente al Ejército del Kuangtung. No obstante, no desechábamos tampoco los golpes frontales por el norte, a través del Amur y a lo largo del Sungarí, acciones que debían coadyuvar a la desarticulación y aniquilamiento de las tropas niponas.

El golpe desde Primorie, en cualesquiera circunstancias requería la rotura de las regiones fortificadas del enemigo. Asestado hacia el centro de Manchuria, garantizaría la derrota del 1 Frente japonés y la salida de nuestras tropas al mismo Changchun, donde se encontraba el Estado Mayor del Ejército del Kuangtung.

Lanzándonos a la ofensiva desde Mongolia no deberíamos,

claro está , distraer fuerzas para las direcciones de pocas perspectivas, en las que, en general, no existía enemigo. Y no lo había en el flanco extremo derecho, en la dirección Kalgan-Pekín, en los territorios desérticos. La ofensiva en estas extensiones no nos prometía más que una lucha infructuosa contra las duras condiciones naturales. Debíamos guiarnos por el principio probado de asestar el golpe allí donde nos reportara antes el resultado apetecido y enfilarlo hacia donde con toda seguridad quebrantara la potencia del grueso de las fuerzas del enemigo. La dirección de Solun era, a juicio nuestro, la que satisfacía plenamente estas exigencias.

Pensamos mucho en la agrupación de fuerzas. ¿Cuántas tropas se necesitarían y cuáles? ¿En qué formación se aseguraría mejor la derrota del enemigo y se favorecería más a una ofensiva en extensiones tan enormes, vinculada con el paso de montañas, de la taigá, de desiertos, el cruce de ríos caudalosos y la rotura de regiones fortificadas? Cuando todos estos componentes fueron analizados tuvimos claro que en Manchuria necesitaríamos un ejército de carros, grandes unidades blindadas independientes y caballería. Se precisarían fuerzas navales, incluidas para el Amur y el Sungarí, y poderosa aviación de todos los tipos.

Se examinó también dónde concentrar el ejército de tanques y cómo utilizarlo. El Estado Mayor General volvió a fijar su atención en el Frente del Transbaikal, donde no existían el caudaloso Amur, la taigá ni las numerosas regiones fortificadas. El Ejército blindado era el medio principal de combate que comunicaría a las tropas del Frente potencia de golpe, elevado ritmo y profundidad garantizada de ofensiva. Cierto que en la profundidad de su eje de ataque se levantaba la cordillera del Gran Jingán, y la sola idea de que los tanquistas tendrían que abrirse paso a través de las montañas nos parecía algo muy complicado. Sin embargo, en lo insólito del empleo de grandes masas de tanques residía, tal suponía el E.M.G., la clave que permitiría solucionar las misiones fundamentales de la operación. Fuimos irrevocables en que se utilizara el ejército de carros en la dirección principal, que pasaba a través del Gran Jingán, y obligatoriamente en el primer escalón del orden de combate del Frente.

Motivábamos nuestra propuesta en que era poco probable que los japoneses esperaran en aquel sector un golpe de tal fuerza. Sus posiciones en el Jingán, según nuestras noticias, no estaban preparadas y algunas fortificaciones de campaña las guarnecían tropas relativamente débiles. Las montañas, en cambio,

las considerábamos plenamente franqueables para tanquistas con experiencia. Si nos anticipábamos al enemigo en la toma de los pasos montañosos, aquél no encontraría fuerzas capaces de oponerse al Ejército blindado.

También pensamos mucho en cómo apoderarnos de la iniciativa. Mediante un ataque por sorpresa, el potente e impetuoso ejército de carros podría hacer muchísimo y marcar la pauta necesaria a toda la operación del frente.

Tampoco fue fácil solucionar el problema de la cooperación de los frentes, en particular lo relacionado con los plazos del comienzo de sus operaciones. La importancia de esta cuestión es notoria, pero en las condiciones de Manchuria la coordinación adecuada de los esfuerzos entre los frentes adquiría particular transcendencia debido a las condiciones extraordinariamente difíciles, y ni mucho menos iguales, existentes en las distintas direcciones.

Nos seducía mucho la posibilidad de poder atraer fuerzas japonesas de la zona de acciones del Grupo de Primorie. A primera vista, nos parecía que para ello convenía más que emprendiera antes la ofensiva el Frente del Transbaikal. Según nuestros cálculos, el enemigo podría trasladar a este sector sus tropas de Primorie hacia el décimo día, aproximadamente, de operación. Entonces era cuando deberíamos descargar el golpe del lado de Primorie.

Sin embargo, esta variante entrañaba muchos peligros ocultos. Nadie podía asegurar que el mando nipón debilitara obligatoriamente la dirección de Primorie y que no utilizara otras tropas para rechazar nuestra ofensiva desde el Transbaikal. Si así resultaba, el enemigo podría golpear a los frentes soviéticos, valga la frase, por turno. Además, nuestras acciones en Primorie perderían su sorpresa: el adversario esperaría allí el golpe y, naturalmente, tomaría medidas para detenerlo.

Razonando así preferíamos la ofensiva simultánea de los frentes.

A fin de cuentas no se desechó ninguna de las variantes. Por indicación del Gran Cuartel General, el Estado Mayor General siguió pensando y preparando cada una de ellas. El Gran Cuartel General suponía que la situación en vísperas del comienzo de las hostilidades aconsejaría por sí misma qué decisión sería la más justa en la alternativa que se presentara.

Nuestro afán de actuar por sorpresa se complicaba bastante por razón de que los japoneses ya hacía mucho que estaban convencidos de la inevitabilidad de la guerra contra la Unión Soviética. El logro de la sorpresa estratégica era poco menos que

irrealizable. Y no obstante, reflexionando sobre este problema, recordamos varias veces los primeros días de la Gran Guerra Patria: también nuestro país la esperaba, se preparaba para ella y, sin embargo, el golpe de los alemanes nos sorprendió. Por consiguiente, también en esta ocasión no debíamos, de buenas a primeras, renunciar al factor de sorpresa.

Lo inesperado del comienzo de la guerra en el Extremo Oriente dependía, ante todo, de que se mantuviera en secreto el grado de disposición de las fuerzas soviéticas. Con este fin se preparó y se observó de la forma más rigurosa un régimen especial de reagrupaciones. A nadie se comunicó, naturalmente, la fecha del comienzo de las operaciones. La posibilidad de lograr la sorpresa residía también en el orden desacostumbrado de hacer la concentración de medios materiales. Estimábamos que aunque el enemigo llegase a conocer los suministros de los aliados, de todas maneras, daría plazos más largos a nuestros transportes por el único ferrocarril que había en Siberia. Esperábamos que sobre la base de la relativa poca capacidad de tránsito del Transiberiano, los japoneses fijarían el comienzo de la guerra, allá para el otoño y, por lo visto, sólo para entonces podrían ellos mismos estar preparados para ella.

Confiábamos también en que el enemigo no pensaría que las tropas soviéticas pudieran emprender la ofensiva en malas condiciones meteorológicas, pues el plazo para el inicio de las hostilidades contra el Japón, acordado con los aliados —a los "dos o tres meses después de terminar la guerra con Alemania"— coincidía, precisamente, con el período de lluvias en el Extremo Oriente, muy desfavorable desde el punto de vista formal de la lógica militar. Según todas las reglas de ésta, el mando japonés esperaría nuestro golpe un poco más tarde, cuando se estableciera un tiempo magnífico, seco. Posteriormente se confirmó que el E.M.G. acertó en sus suposiciones. El mando nipón creyó que la guerra comenzaría a mediados de septiembre.

Para favorecer la sorpresa se utilizaba también el terreno de lo que ya hablamos parcialmente. Es por completo natural que el enemigo no creyera en la posibilidad de que, en general, pudiera atacársele, y menos aún con tanques, atravesando montañas de difícil acceso, la taigá y el desierto. Eso se refería, en primer lugar, al sector mongol del frente, que parecía estar separado de Manchuria y de la Mongolia Interior por la cordillera del Gran Jingán y las estepas sequizas, adyacentes al desierto de Gobi. Las cadenas montañosas, las espesuras taigareñas y las arenas movedizas, contraviniendo a esta misma lógica formal, también fueron aliadas de las armas soviéticas.

Y, por último, hay que mencionar asimismo la osadía y la impetuosidad de la ofensiva soviética, a primera vista, rasgos ordinarios de cualquier operación ofensiva. Sin embargo, aquí debe tenerse en cuenta el pasado histórico de las fuerzas armadas japonesas. En contiendas pasadas, el ejército nipón fue el primero en atacar y, por cierto, con asombrosa perfidia. Así lo hizo en 1904, cuando desencadenó la guerra contra Rusia. Lo mismo se repitió el 7 de diciembre de 1941 en Pearl Harbour. Durante las acciones defensivas en la segunda guerra mundial, el Japón se enfrentaba a un adversario que realizaba, como regla, una ofensiva demasiado cautelosa y metódica con larga preparación y fuerte apoyo de artillería y aviación. Por todo lo que conozco, hasta entonces, el Japón no se había visto precisado a rechazar grandes ataques de fuerzas blindadas. El ejército nipón estaba acostumbrado a esta forma metódica y tímida en las acciones de su adversario y al ritmo relativamente lento de su ofensiva. Otra experiencia, por lo visto, no se tenía en cuenta. Por eso, además de la sorpresa estratégica, tratábamos de poner en juego, todos los procedimientos admisibles para la sorpresa operativa y táctica, particularmente, los ataques sin preparación artillera y las acciones nocturnas. Hasta cierto punto, todo eso nos ayudó también a lograr la victoria.

Mayo pasó sin darnos cuenta, llegó junio...

En las primeras fechas del mes que iniciaba el verano, la idea de las operaciones contra el Ejército del Kuangtung, en su aspecto general, estaba terminada. Se la dimos a conocer, acompañada de los correspondientes cálculos, al Jefe Supremo. Stalin aceptó todo sin objeciones, limitándose a ordenar que se llamase a Moscú al mariscal Malinovski y al general Zajárov, invitados al Desfile de la Victoria un poco antes que otros jefes de frentes.

Malinovski y Zajárov vinieron acompañados, previsoramente, por N. Pavlovski, jefe de la Dirección de Operaciones del E. M. del Frente, y después de recibir cinco días para preparar el plan de la operación de éste, emprendieron inmediatamente su tarea. Huelga decir que en el Estado Mayor General se les informó con todo detalle de la idea estratégica, de los efectivos que integraban su Frente y de los plazos de concentración de las tropas. Se suponía que los últimos convoyes se descargarían del 1 al 5 de agosto.

El 18 de junio Malinovski presentó su informe. Tal y como

exigía el Gran Cuartel General, el Comandante del Frente del Transbaikal arrancaba de la necesidad de derrotar al Ejército del Kuangtung en un corto plazo. La derrota completa de sus fuerzas principales calculaba realizarla en uno y medio o dos meses. Hacía, no obstante, la salvedad de que, si las condiciones eran favorables, el enemigo podría ser aniquilado mucho antes.

En la zona del Frente del Transbaikal no sólo se preveía chocar contra fuerzas considerables de infantería japonesa, sino también con sus tanques y contra las tropas del Manchukuo y del príncipe Devan, de la Mongolia Interior. "Los japoneses —informó Malinovski— harán cuanto puedan para reforzar esta dirección. Por consiguiente, hay que esperar que trasladen a esta zona fuerzas del Norte de China, equivalentes a 7 u 8 divisiones de infantería. En total, por lo tanto, en los primeros mes y medio o dos el Frente del Transbaikal podrá encontrarse con 17 ó 18 divisiones japonesas, 6 ó 7 divisiones del Manchukuo y de la Mongolia Interior y dos divisiones de tanques."

Después de analizar sus posibilidades, contando el Frente con cuatro ejércitos inter-armas (17, 36, 39 y 53), el 6 Ejército de tanques de la Guardia, un Grupo de caballería mecanizada y el 12 Ejército Aéreo, Malinovski hizo esta conclusión: "Estas fuerzas... bastarán para romper su resistencia y, si nos favorecen las condiciones, para aniquilar de 18 a 25 divisiones niponas, teniendo en cuenta nuestra superioridad en tanques y artillería".

Lo mismo que el E.M.G., Malinovski reconocío la dirección Solun, Szepingkai como la más conveniente para asestar el golpe principal. Se pensaba alcanzar el objetivo con dos operaciones: la primera, calculada para ocupar la Manchuria Central, considerándose terminada la segunda con la llegada de nuestras tropas a las fronteras de Manchuria con China del Norte y la liquidación del enemigo en la península de Liaotung.

La formación operativa del Frente se fijó hacerla en dos escalones, reservándose al 6 Ejército de tanques de la Guardia "para actuar tras el grupo de tropas de choque del Frente". Se planeó emprender la ofensiva del 20 al 25 de agosto.

El Estado Mayor General aprobó, en lo fundamental, este plan, pero, manteniendo su anterior criterio en cuanto al empleo del ejército blindado. En el segundo escalón no podría desempeñar el papel fundamental en el salto a través del Jingán. En este caso, su ritmo de avance hacia el este se regularía por la infantería que progresaba a vanguardia. Al propio tiempo, este poderoso ariete blindado, por lo visto, no podría apoyar a la infantería en la toma y mantenimiento de los puertos montaño-

sos. Tampoco cabía esperar que bajo la protección de la infantería los tanques pudieran salir por los desfiladeros a la llanura de Manchuria, cuando todas estas angosturas y caminos de montaña los embotellara la propia infantería y los trenes. Resumiendo, que con esta formación operativa de las fuerzas del Frente la agrupación blindada perdería sus principales cualidades combativas.

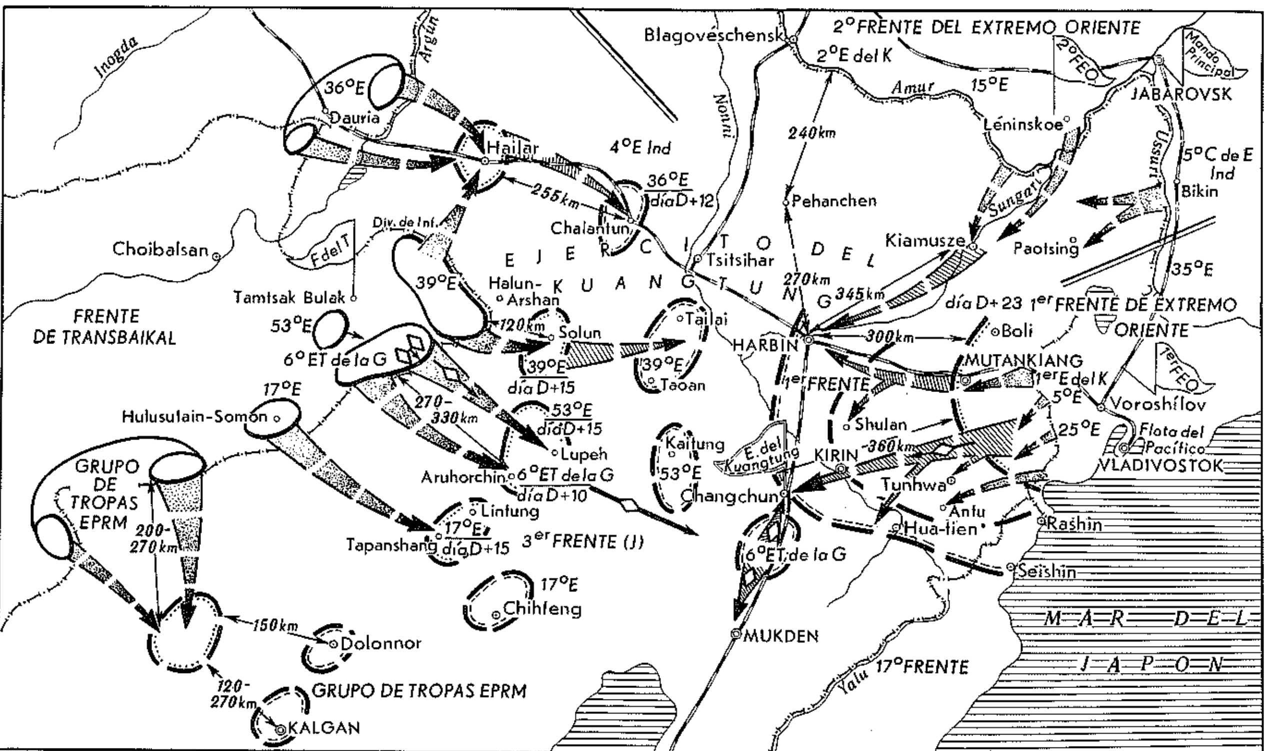
El Gran Cuartel General reconoció como convincentes los argumentos del Estado Mayor General. A Malinovski se le propuso que en cuanto llegase al Transbaikal reconsiderara de nuevo los elementos del plan, que eran discutibles, conociera complementariamente sobre el terreno otras opiniones y, sólo entonces, adoptara una decisión definitiva. Malinovski aceptó estas observaciones, proponiendo más tarde utilizar el 6 Ejército de tanques de la Guardia en el primer escalón de sus tropas.

Como resultado de este trabajo creador conjunto con todos los jefes de frentes, hacia el 27 de junio de 1945 quedó definido el contenido fundamental del plan estratégico del Alto Mando Soviético. Se fijó asestar tres ataques demoledores simultáneos que convergieran en el centro de Manchuria: desde la República Popular Mongola con las fuerzas principales del Frente del Transbaikal, partiendo del llamado saliente de Tamtsak; desde una zona al sudoeste de Jabárovsk, con la agrupación fundamental del 2 Frente del Extremo Oriente, y desde Primorie, con el grueso de las fuerzas del 1 Frente del Extremo Oriente. Estos golpes tenían como finalidad desarticular a las tropas del Ejército del Kuangtung, aislarlas en las Manchurias Central y Meridional y aniquilarlas por partes.

Las tropas del Frente del Transbaikal desempeñaban el papel principal. Su golpe se enfilaba contra los puntos de importancia vital del enemigo: Mukden, Changchun y Puerto Arturo, cuya toma decidiría el desenlace de la lucha.

El golpe de las tropas del 1 Frente del Extremo Oriente, desde Primorie, se dirigía sobre Kirin, por la vía más corta, al encuentro del golpe lanzado desde el Transbaikal. La ofensiva en la cuenca del Amur por las tropas del 2 Frente del Extremo Oriente, inmovilizaría al enemigo y contribuiría a la derrota del Ejército del Kuangtung.

Esta idea del plan fue dibujada en el mapa de Vasilevski, designado Comandante en Jefe de las tropas soviéticas en el Extremo Oriente, haciéndosele insignificantes puntualizaciones en el trabajo posterior preparatorio realizado directamente en los frentes. El plan reflejaba diáfanamente la idea fundamental del Alto Mando Soviético para aislar y aniquilar al Ejército del



Idea de maniobra para la derrota del Ejército del Kuangtung

Kuangtung. Sobre la base de este plan se confeccionó después la directiva del Gran Cuartel General para las operaciones en Manchuria.

El 27 de junio se la autorizó a Meretskov a salir para el Extremo Oriente. Abandonó Moscú unos días antes que Vasilevski y Malinovski.

Al objeto de guardar el secreto, a los tres se les ordenó despojarse de los distintivos de mariscal.

Meretskov se encaminó a su nuevo destino bajo el seudónimo de general coronel Maxímov y no en tren, como quería, sino en avión. Stalin temía que en el ferrocarril alguien pudiera identificar a Meretskov. De paso, el Jefe Supremo deseaba comprobar cuánto tiempo ocupaba este vuelo.

Meretskov tardó en llegar hasta la ciudad de Voroshílov 36 horas y 55 minutos, de las que 28 horas y 30 minutos las pasó en el aire. El 29 junio llegó al punto de destino.

Malinovski, bajo el seudónimo de general coronel Morózov, se personó en Chitá el 4 de julio, acompañado de Zajárov, con el nombre supuesto de general coronel Zólotov. El 5 de julio llegó también allí Vasilevski, quien por sus documentos figuraba como "general coronel Vasíliev, adjunto del Comisario del Pueblo de la Defensa".

Lo primero que hizo Vasilevski fue entregar a Malinovski la directiva de Stalin para la próxima operación. En el documento se prestaba especial atención al aseguramiento del trabajo ininterrumpido de los ferrocarriles en los límites del Frente y a la protección de la zona de dislocación de nuestras fuerzas principales.

Se proponía acabar para el 25 de julio la preparación de las acciones ofensivas conjuntas de las tropas del Frente del Transbaikal y del Ejército Popular Revolucionario de Mongolia. El objetivo de la operación, derrotar al Ejército del Kuangtung y conquistar la regíon Chihfeng, Mukden, Changchun, y Chalantun, debería lograrse irrumpiendo arrolladoramente en Manchuria Central en estrecha cooperación con las tropas del Grupo de Primorie y del Frente del Extremo Oriente. La directiva recordaba la necesidad de anticiparse a los japoneses en la toma del Gran Jingán, para lo cual se creaba un fuerte grupo de choque de tres Ejércitos inter-armas (39, 53 y 17) y un Ejército de tanques (6 de la Cuardia) que, envolviendo la región fortificada Halun-Arshan, se lanzaría sobre Changchun. Se exigía impedir que el enemigo se replegara a la cordillera

montañosa. El Frente tenía como misión inmediata derrotar al enemigo que se le opusiera, atravesar el Gran Jingán y al decimoquinto día de ofensiva alcanzar con las fuerzas principales de línea Tapanshang, Lupeh y Solun. La ocupación de esta línea y el mantenimiento en nuestras manos de la cordillera del Jingán eran condiciones importantísimas para explotar después el éxito de la operación.

A Stalin no le gustaban las ambigüedades y, recordando nuestras discusiones sobre el empleo del ejército blindado, al firmar la directiva ordenó que se incluyese en ella el siguiente punto: "El 6 Ejército de tanques de la Guardia, actuando en la zona del golpe principal en dirección general a Changchun, al décimo día de operación atravesará el Gran Jingán, se hará fuerte en sus collados y hasta que lleguen las fuerzas principales de la infantería impedirá el paso de reservas enemigas de las Manchurias Central y Meridional." Esta formulación excluía toda clase de dudas respecto al lugar que debía ocupar el ejército de tanques en la formación operativa de las tropas del Frente. Sólo debería encontrarse en el primer escalón, llevando tras él a los restantes ejércitos.

La misión posterior del Frente era alcanzar con el grueso de sus fuerzas la línea Chihfeng, Mukden, Changchun, Chalantun, esto es, el centro de la ubicación del Ejército del Kuangtung.

La directiva del Gran Cuartel General determinaba asimismo las acciones de las tropas en las direcciones secundarias. Concluía con la exigencia tajante de ocultar todos nuestros preparativos. "Permitir que participen en la elaboración del plan completo de la operación: el comandante, el miembro del Consejo Militar, el jefe del E. M. del Frente y el jefe de su Dirección de Operaciones. A los jefes de las Armas y Servicios permitirles que participen en la preparación de los apartados especiales del plan, sin darles a conocer las misiones generales del Frente. A los jefes de los ejércitos deben planteárseles sus misiones verbalmente, sin entregarles disposiciones escritas del Frente. El mismo orden de elaboración del plan, establecido para el Frente, mantenerlo también para el plan de la operación de cada ejército. Toda la documentación relacionada con las acciones de las tropas guardarla en las cajas fuertes particulares del Comandante del Frente y de los jefes de los ejércitos".

Las indicaciones referentes a la observancia del secreto de la operación eran extensivas a todas las tropas del Extremo Oriente.

El mismo día en que Vasilevski llegó a Chitá, tuvo que estudiar con el Consejo Militar del Frente infinidad de cuestiones organizativas que no admitían demora. Algunas de ellas no podían resolverse sin la ingerencia urgente de Moscú. Faltaba, por ejemplo, carbón para los ferrocarriles. Los recursos locales se estaban agotando y, para no malograr los traslados operativos, se precisaba autorización para utilizar las reservas estatales, de las que nadie podía echar mano.

También era objeto de seria preocupación el ritmo de acumulación de municiones. Debía acelerarse su remisión de las fábricas y su entrega a las tropas. Los convoyes con acciones tampoco se distinguían por su diligencia.

En las tropas se dejaba notar una aguda carencia de recipientes para agua, sin la cual nuestra ofensiva podría atascarse en las zonas desérticas y montañosas de Manchuria.

Faltaba personal de transmisiones. Se retrasaba el completamiento de las unidades de sanidad. La reparación de las máquinas blindadas dejaba mucho que desear.

Intranquilizaba, particularmente, el estado de las cosas en el 6 Ejército de tanques de la Guardia. Un día tras otro se infringía el gráfico de movimiento de los convoyes ferroviarios que transportaban su personal y marerial bélico. El ejército carecía de transporte automóvil, que había quedado en el lugar de su anterior dislocación. La insuficiencia de camiones, según la plantilla era de 2.274 unidades, y con las dos divisiones motorizadas agregadas al Ejército, alcanzaba a casi 3.000 camiones.

En conversaciones y entrevistas pasó todo el 5 de julio. En días sucesivos, Vasilevski y Malinovski, por separado y juntos, estuvieron en las direcciones operativas fundamentales del Frente del Transbaikal, realizaron con los jefes de los ejércitos un reconocimiento detallado del terreno e inspeccionaron las tropas. Durante este trabajo sobre el terreno surgieron multitud de consideraciones que posteriormente determinaron el éxito brillante de las operaciones ofensivas del Frente.

El Comandante del Frente introdujo mejoras sustanciales en el plan inicial de operaciones.

Para el 6 Ejército de tanques de la Guardia consideró posible que cruzara el Gran Jingán no más tarde del quinto día de operación, en vez del décimo, como se había pensado en el Estado Mayor General. A primera vista, aquel ritmo de ofensiva en difíciles condiciones de montaña podría parecer inverosímil y, sin embargo, en la práctica, nuestras tropas no sólo lo mantuvieron, sino que lo sobrepasaron.

Se redujo considerablemente también el plazo fijado anteriormente para la salida de los ejércitos inter-armas a la llanura de Manchuria. Al 36 Ejército, por ejemplo, cuya ofensiva se desarrollaría en el flanco izquierdo del Frente y que según el plan inicial debería ocupar la región de Hailar al duodécimo día de operación, el Comandante del Frente le puso como misión lograr este objetivo al décimo día y proseguir la ofensiva en dirección a Chalantun y Tsitsihar. Al 53 Ejército se le ordenó seguir pegado a los tanques y por consiguiente, el ritmo de progresión de la infantería a través del Gran Jingán también se aceleraba mucho. La toma de Tapanshang por las tropas del 17 Ejército, planificada en un principio para la decimoquinta jornada de ofensiva, ahora, a propuesta de su jefe A. Danílov, quedaba reducida a diez días. Mas, en la práctica, los destacamentos de vanguardia del 17 Ejército alcanzaron el punto fijado al quinto día de operación y deshicieron a la caballería enemiga allí desplegada.

En el flanco derecho del frente, donde operaba el grupo de caballería mecanizada mongolo-soviética, mandado por I. Plíev, también se esperaba que se acortaran considerablemente los plazos de llegada a Kalgan y Dolonnor, donde debía y así lo fue, entrar en contacto con el 8 Ejército Popular Revolucionario de China.

El Gran Cuartel General estuvo de acuerdo, naturalmente, con todas las mejoras del plan propuestas por Malinovski, después de que éste estudió detalladamente todas las condiciones locales.

Una labor análoga se realizó en los restantes dos frentes, en el de Primorie y en el del Amur. Con la activa participación personal de Vasilevski, los comandantes de los frentes K. Meretskov y M. Purkáev, sus EE. MM., órganos políticos y los jefes de los Servicios estudiaron en todos sus detalles en terreno, al enemigo, las tropas propias, precisaron los plazos del plan y tomaron medidas para mejorar el aseguramiento material de las operaciones. Les aguardaba una guerra contra un nuevo enemigo, artero y peligroso, en un teatro de operaciones sumamente original y complicado. Se precisaba tener todo en cuenta, no equivocarse en nada, utilizar al máximo la enorme experiencia adquirida en cuatro años de dura lucha contra la Alemania fascista.

En un principio, en el E. M. G. no se pensó, especialmente, en cómo coordinar mejor las acciones de los frentes. La for-

ma de hacerlo ya se conocía y se había probado durante toda la guerra: mediante un representante del Gran Cuartel General.

Sin embargo, la situación y las misiones que deberían cumplir los órganos de dirección suprema de las tropas en las operaciones contra el Japón imperialista se diferenciaban mucho de las empleadas en el oeste. El alejamiento del teatro de operaciones del centro del país, sus colosales dimensiones y complejidad, la diversidad de las fuerzas y armas que actuarían en él creaban dificultades complementarias. En el oeste, como regla, los frentes vecinos avanzaban paralelamente, manteniendo contacto entre sí. En el Extremo Oriente, en cambio, debido a la disposición específica del enemigo, los frentes debían derrotarlo mediante golpes convergentes, avanzando desde tres direcciones y con el apoyo activo de la Flota. Para organizar y mantener una cooperación exacta entre ellos se precisaba disponer de un organismo de dirección suficientemente sólido y calificado.

De manera distinta se planteaba en el Extremo Oriente toda una serie de misiones respecto a la dirección local. Hasta el representante de más autoridad del Gran Cuartel General no tenía en relación a ellas ninguna clase de derechos. Hablando en rigor, incluso los frentes no se le subordinaban.

En otro sentido, completamente distinto, debería actuar el Comandante en Jefe de las tropas soviéticas en el Extremo Oriente, de lo que ya habló Stalin en abril de 1945 cuando anunció por primera vez a Vasilevski que tenía el propósito de enviarle al Extremo Oriente. Presenciamos esta conversación Antónov y yo. Posteriormente, el Partido y el Gobierno invistieron al Comandante en Jefe de grandes prerrogativas y le destinaron auxiliares seguros.

El Gran Cuartel General confirmó al general coronel I. Shikin, miembro del Consejo Militar de las tropas del Extremo Oriente. Como Jefe del Estado Mayor, por todo lo que sé, Stalin recomendó al general M. Zajárov. A su llegada a Chitá, Vasilevski habló con Zajárov de ello. Este, no obstante, no accedió y pidió que se tuviera en cuenta que la labor de jefe del Estado Mayor del Frente del Transbaikal sería más activa. Al Gran Cuartel General y al propio Vasilevski les convenció este argumento y tuvieron en consideración que Zajárov había trabajado mucho tiempo con Malinovski. Al parecer, sobre este mismo problema, Vasilevski habló con el general coronel V. Kurásov, pero éste rogó también que no se le diera un nuevo nombramiento. En vista de ello se designó Jefe del Estado Mayor al general coronel S. Ivanov.

Sin pérdida de tiempo fue formado el Estado Mayor, del que pasaron a formar parte los generales y oficiales que llegaron con Vasilevski y un grupo de oficiales del Estado Mayor General que trabajaba en el Extremo Oriente bajo la dirección del general mayor N. Menzelíntsev. La jefatura de las Fuerzas Aéreas quedó concentrada en las hábiles manos de A. Nóvikov, Mariscal Principal de aviación, contando el Estado Mayor del Comandante en Jefe con un pequeño grupo de dirección encabezado por el teniente general E. Bélitski. Las tropas de Ingenieros se encontraban a las órdenes del general coronel K. Nazárov y las de Transmisiones las dirigía el general coronel N. Psúrtsev. Había también representantes plenipotenciarios de todos los departamentos centrales, relacionados con el aseguramiento material y técnico. Con su ayuda se solucionaron con gran diligencia todas las cuestiones que competía examinar a Moscú. Este grupo, compuesto por 52 personas, lo encabezaba el general coronel V. Vinográdov, subjefe de la Logística de las Fuerzas Armadas.

Todo el desarrollo de los acontecimientos demostró que esta organización del mando se justificó en todos los sentidos.

Poco después de la capitulación de Alemania, Stalin tuvo una entrevista con Harry Hopkins, destacado político de los Estados Unidos. Entonces mismo, al E.M.G. se le ordenó prepararse para una nueva conferencia de dirigentes de las potencias aliadas, celebrada en la segunda quincena de julio de 1945 en Potsdam, antigua residencia de los reyes prusianos.

La delegación soviética la encabezó Stalin. Por los militares participaron en la Conferencia G. Zhúkov, N. Kuznetsov, F. Falaléiev y S. Kúcherov. Al Estado Mayor General lo representaron A. Antónov, A. Grizlov, N. Slavin y M. Vavílov con un reducido aparato auxiliar. Me quedé en el E.M.G. para realizar el trabajo corriente.

Como es sabido, la Conferencia transcurrió sin Roosevelt, fallecido poco antes de la victoria sobre la Alemania fascista. A Potsdam acudió el ex vicepresidente H. Truman, que había pasado a ocupar automáticamente la Presidencia de los Estados Unidos.

La segunda mitad de la Conferencia transcurrió también sin Churchill, quien cedió su puesto a Attlee, líder de los laboristas, vencedores de las elecciones en Inglaterra.

En Potsdam se determinó, en primer lugar, la política conjunta de los países partícipes en la coalición antihitleriana sobre el problema alemán. Los acuerdos aprobados por los aliados preveían la desmilitarización y democratización de Alema-

nia, el pago de reparaciones a los países que habían sufrido la agresión fascista y el establecimiento de fronteras estatales justas. Se resolvieron otras muchas cuestiones que atañían al futuro de Alemania y de la paz en Europa.

Ya el primer día de la Conferencia la delegación soviética confirmó que estaba dispuesta a cumplir sus compromisos en la guerra contra el Japón. El general Antónov hizo una comunicación detallada respecto a los planes soviéticos en el Extremo Oriente. Los aliados informaron también acerca de sus propósitos, pero no dijeron una palabra sobre la bomba atómica. Sólo después de una semana de labores, Truman, con la anuencia de Churchill, se decidió a comunicar a Stalin que los Estados Unidos tenían una bomba de potencia singular. Esto aconteció en una conversación no oficial a solas, cuando los asistentes a la Conferencia se apresuraban a reintegrarse a sus residencias después de una sesión agotadora. El presidente norteamericano no dijo una palabra respecto a los planes del empleo de tal bomba.

Posteriormente, Antónov me dijo que Stalin le había comunicado que los norteamericanos tenían una nueva bomba de colosal fuerza destructora. Pero Antónov y, por lo visto, el propio Stalin, no sacó de la entrevista con Truman la impresión de que se trataba de un arma nueva en principio. En todo caso, al Estado Mayor General no se le dieron ningunas indicaciones complementarias.

Los Estados Unidos, Inglaterra y China suscribieron en Potsdam una declaración conjunta que exigía al Japón su capitulación incondicional. La idea fundamental del documento estaba en consonancia con los intereses de la URSS, razón por la que antes de comenzar la guerra contra el Japón nuestro Estado se adhirió también a esta declaración como cuarto firmante.

El 3 de agosto, en cuanto el Jefe Supremo regresó de Potsdam, el mariscal Vasilevski le informó con todo detalle de cómo marchaban los preparativos para la ofensiva, que ya estaban terminándose. En el Frente del Transbaikal los ejércitos de I. Liúdnikov e I. Managárov se encontraban ya en sus zonas de concentración, situadas nada más que de 50 a 60 kilómetros de la frontera de la República Popular Mongola con Manchuria. Conjuntamente con el 6 Ejército de tanques de la Guardia y demás tropas del Frente podían comenzar las operaciones desde la mañana del 5 de agosto.

Otras agrupaciones de choque nuestras se encontraban asimismo en las zonas de concentración o cerca de ellas. La

denominación de los frentes para aquellas fechas se había puesto en concordancia con la situación real que ocupaban. Desde el 2 de agosto, el antiguo Frente del Extremo Oriente comenzó a llamarse el 2 Frente del Extremo Oriente y el Grupo de Tropas de Primorie, el 1 Frente del Extremo Oriente. En total, al comienzo de las hostilidades contra el Japón, nuestras tropas tenían dispuestos millón y medio de hombres, más de 29.000 cañones y morteros, pasaban de 5.200 los tanques y piezas artilleras autopropulsadas y casi 5.200 aviones de combate.

Estaba también planificado que la Flota del Pacífico estuviera lista para el combate del 5 al 7 de agosto.

Vasilevski fue partidario de que el paso de la frontera no se demorase más allá del 9 ó 10 de agosto. Debíamos aprovechar el buen tiempo reinante en los últimos días en el Transbaikal, bonanza que nos permitiría utilizar con la máxima potencia nuestra aviación y fuerzas blindadas. Es verdad que en Primorie continuaban las lluvias, pero éstas no pudieron estropear los camines y los aeródromos, magníficamente construidos. Peor estaban las cosas con los campos de aterrizaje de la Marina, convertidos en barrizales. Sin embargo, se esperaba que entre el 6 y el 10 de agosto también mejorase el tiempo en Primorie.

En modo alguno nos interesaba cualquier demora en el comienzo de la guerra, máxime que el reconocimiento había descubierto ciertos síntomas de reagrupación de tropas japonesas en Manchuria y en Corea, donde en el mes de julio la cantidad de divisiones del enemigo aumentó desde 19 hasta 23 y el número de aviones de combate de 450 a 850. Con la particularidad de que la infantería se reforzaba, particularmente, en las direcciones de Primorie y Solun. Estos hechos eran alarmantes y podían evidenciar que el adversario había descubierto nuestros propósitos y se disponía para hacerlos fracasar.

El Comandante en Jefe de las tropas soviéticas en el Extremo Oriente estimaba que sus Frentes 1 y 2 debían emprender las acciones combativas el mismo día y a la misma hora que el Frente del Transbaikal, pues así se garantizaría plenamente la sorpresa.

La simultaneidad de acciones se extendía, sin embargo, sólo a las unidades reforzadas de vanguardia, especialmente designadas para tomar los objetivos más importantes en la defensa de los japoneses, y no atañía a las fuerzas principales de los frentes. Vasilevski propuso: la operación fundamental del 1 Frente del Extremo Oriente, y por ende, de sus fuerzas principales, "en dependencia del desarrollo de la operación del Frente

del Transbaikal, emprenderla a los 5 ó 7 días de haber empezado la última".

El Comandante en Jefe pidió asimismo que se destinara con toda urgencia al Extremo Oriente al Comisario del Pueblo de la Marina de Guerra, almirante N. Kuznetsov, para que coordinase las acciones entre las fuerzas navales y las tropas terrestres y que se tuviera también en cuenta reforzar más tarde los frentes con hombres y material, especialmente tanques.

Las consideraciones de A. Vasilevski para adelantar el comienzo de la guerra en uno o dos días, respecto a la fecha que se había planificado, así como el orden de empezar sus acciones el 1 Frente del Extremo Oriente fueron minuciosamente analizadas en el Estado Mayor General y verificadas por los cálculos. Sobre la base de estos últimos, el Gran Cuartel General comparó el probable desarrollo de los acontecimientos, ateniéndose a dos variantes. Resultado de ello fue que las propuestas de Vasilevski para romper las hostilidades el 9-10 de agosto fuesen aceptadas. Pero el Gran Cuartel General rechazó su variante del paso a la ofensiva de las tropas del 1 Frente del Extremo Oriente. Se temía, que por muy fuertes que fueran los destacamentos de vanguardia, era poco probable que pudieran combatir ellos solos durante 5 ó 7 días. Se exigía explotar sin demora el éxito logrado por los destacamentos avanzados empeñando el grueso de las fuerzas.

La decisión del Gran Cuartel General se transmitió inmediatamente a Vasilevski. Pero el Jefe Supremo firmó la orden de operaciones sólo el 7 de agosto a las 16 horas y 30 minutos. En ella se confirmaban las misiones planteadas con anterioridad a los frentes. Se proponía que la aviación entrara en combate en todos los frentes desde la mañana del 9 de agosto. A esas mismas horas también deberían atravesar la frontera las tropas terrestres de los Frentes del Transbaikal y 1 del Extremo Oriente. El 2 Frente del Extremo Oriente empezaría sus acciones cuando se lo ordenase el mariscal A. Vasilevski.

La Flota del Pacífico pasaba a la situación de alerta № 1. Los submarinos empezarían a actuar al mismo tiempo que la aviación, desde la mañana del 9 de agosto.

Como una pesadilla recuerdo un suceso verdaderamente extraordinario.

Unos días antes del comienzo de la guerra, exactamente el 3 de agosto, en mi correspondencia diaria, entre otros documentos, encontré un pequeño sobre que me remitía la redacción del periódico *Krásnaya Zviezdá*. La carta había llegado al periódico por conducto normal y, exteriormente,

no se diferenciaba en nada de otros centenares de cartas. Sin embargo, ya la lectura de los primeros renglones nos dejó estupefactos. Resultaba, que en el momento culminante de los preparativos para la guerra contra el Japón, cuando sus planes estaban totalmente determinados, las fechas de la ofensiva fijadas, cuando el mariscal Vasilevski y los comandantes de los frentes concentraban día y noche las tropas en las bases de partida, las noticias de todo este trabajo, que debían mantenerse en el secreto más riguroso, podían ser, o ya lo eran, conocidas por el enemigo.

He aquí lo que comunicaba el camarada Petrov, desconocido para nosotros:

"Circunstancias extraordinarias me han obligado a mí, anciano, a escribirles esta carta. En los últimos días de julio, en un lugar público, donde se encontraban más de una veintena de personas ajenas, un teniente coronel del Ejército Rojo se daba mucho bombo, divulgando al mismo tiempo una especie de secreto militar y estatal. Me parece que se apellidaba, algo así como Pólub o Gólub, y su nombre era Nikolái Ivánovich. Según decía, se están haciendo intensos preparativos para la guerra contra el Japón y para dirigir las operaciones contra los japoneses se destina al Extremo Oriente a un grupo de oficiales del Estado Mayor General con el mariscal Vasilevski a la cabeza...".

A continuación, el autor de la carta pedía que se diera al charlatán la sanción merecida: "Que comprenda que los intereses de nuestro Estado son para nosotros, gentes sencillas, mucho más caros que el propio bienestar de ese joven. Respetuosamente, Petrov".

Comenzó la investigación. Pronto se encontró al hombre denunciado por Petrov, que resultó ser una de las personas seleccionadas para trabajar en el aparato de Vasilevski. Se probó asimismo que este oficial había hablado mucho y en voz alta entre sus amigos acerca de su jefe, un general, personalmente relacionado por su trabajo con el Comandante en Jefe de las tropas del Extremo Oriente y mencionó algunas medidas del Alto Mando para la preparación de la guerra contra el Japón.

Huelga decir que a dicho oficial no sólo no le permitieron seguir trabajando en el aparato del Comandante en Jefe, sino tampoco en ningún otro Estado Mayor. Fue expulsado, pero no se informó de ello a Stalin.

La carta nos desagradó y nos alegró: de una parte, evidenciaba que cometíamos fallas en nuestro trabajo con los cuadros aunque, de otra parte, demostraba que millones de

patriotas soviéticos velaban porque no se descubriese el secreto militar. Por fortuna, las noticias divulgadas por el parlanchín no salieron, posiblemente, del círculo de amigos, acerca del cual escribió Petrov. Por lo menos, no llegaron al enemigo.

Se aproximaba la hora del comienzo de la guerra. Continuaba preocupándonos el incremento de las fuerzas japonesas en Manchuria. No obstante, la información no comunicó ninguna otra noticia alarmante y teníamos razón para confiar que el enemigo ya no tendría tiempo de arrebatarnos la iniciativa en las acciones.

Precisamente, en aquellos momentos aconteció el bárbaro acto cometido por los EE.UU., contraviniendo toda razón y necesidad militar: el 6 de agosto lanzaron sobre Hiroshima la primera bomba atómica y dos días después, la segunda, hizo pasto de las llamas a Nagasaki. La tragedia sufrida por estas dos ciudades es imposible describirla.

El bombardeo atómico, sin embargo, no influyó en la capacidad bélica del Japón para proseguir la lucha ni en nuestros planes de guerra.

El 8 de agosto, en Moscú, se hizo al embajador japonés una declaracíon motivada del Gobierno soviético de que desde el 9 de agosto la URSS se consideraba en situación de guerra contra el Japón. Aquel mismo día se declaró el estado de guerra en el Extremo Oriente.

A las 00 horas y 10 minutos del 9 de agosto, hora local, empezaron a actuar los destacamentos de vanguardia del Frente del Transbaikal y, al cabo de cuatro horas y media, entraron en acción las fuerzas principales, no encontrando en su camino apenas resistencia.

A la una de la madrugada cruzaron la frontera estatal las tropas del 1 Frente del Extremo Oriente. En la zona del 35 Ejército, desplegado en el ala derecha, el ataque fue precedido de una incursión de fuego artillero de 15 minutos. En la dirección principal, en cambio, los Ejércitos 1 de la Bandera Roja y 5 comenzaron la ofensiva sin preparación artillera (hubiera podido decirse que en el silencio más absoluto, si en aquellos momentos no descargara sobre Primorie una tormenta acompañada de aguacero). El golpe cogió al adversario desprevenido, y al final de la jornada las tropas del 1 Frente del Extremo Oriente se internaron en el dispositivo enemigo hasta 10 kilómetros, y en algunos sitios más. En la zona del 5 Ejército fue tomado el islote de resistencia Volynski, perteneciente a la

región fortificada de Pogranichny. También progresaba con éxito el 25 Ejército del flanco izquierdo.

Se pudo mantener por completo la simultaneidad de ofensiva de los frentes envolventes. Ahora, los japoneses ya no podían en modo alguno golpear a nuestras tropas por partes. Su defensa se derrumbaba por doquier y se precisó sólo unos cuantos días para que el gigantesco envolvimiento del Ejército del Kuangtung fuese magistralmente terminado...

En el 2 Frente del Extremo Oriente la ofensiva comenzó también el 9 de agosto, a la una de la madrugada. Sus acciones se sincronizaban insuperablemente con las de los otros frentes. Los destacamentos de vanguardia y los guardafronteras empezaron a cruzar el Amur, teniendo como misión ocupar islas y sectores en la margen opuesta del río, tarea que cumplieron brillantemente, facilitando que el grueso de las fuerzas del Ejército pudiera emprender el paso del Amur.

Aproximadamente igual se desarrollaban los acontecimientos en la zona del 5 Cuerpo de Ejército Independiente, que pasó a viva fuerza el río Ussuri.

Los barcos de la Flotilla del Amur condecorada con la Bandera Roja entraron en la desembocadura del río Sungarí y entablaron combate contra la región fortificada de los japoneses. Las lanchas torpederas hicieron en el Océano Pacífico sus primeros ataques contra los navíos del enemigo.

La aviación, a su vez, atacó a las tropas japonesas y a otros objetivos militares.

La guerra tuvo un buen comienzo en todas partes.

Las preocupaciones del Estado Mayor General se centraban ahora en impedir que no decayera el ritmo de ofensiva, en no dejar que el enemigo se repusiera y pudiera organizar una defensa firme.

Las acciones de nuestras tropas no daban motivos para intranquilizarse. Ya el 12 de agosto, las fuerzas principales de los cuerpos mecanizados del 6 Ejército de tanques de la Guardia cruzaron el Gran Jingán e irrumpieron en la Llanura Manchuriana. Esta importantísima línea natural, donde los japoneses hubieran podido ofrecer una dura resistencia, había quedado atrás. Ahora se trataba de continuar avanzando con la misma velocidad hacia el centro de Manchuria, hacia el "objetivo № 1", como llamábamos entonces a Mukden, con cuya caída quedaría desbaratada toda la defensa de los japoneses en Manchuria.

Las cosas marchaban igualmente bien en los dos frentes del Extremo Oriente. En Primorie, nuestra infantería tomaba una tras otra las regiones fortificadas del enemigo, dejando a un lado los focos de resistencia especialmente duros, al objeto de no aminorar el ritmo de ofensiva.

El Gobierno japonés intentó maniobrar. El 14 de agosto, cuando, después de atravesar la taigá, las montañas y las estepas desérticas, los ejércitos soviéticos avanzaban arrolladores por la Llanura Manchuriana, declaró que estaba dispuesto a aceptar las condiciones de la Declaración de Potsdam y a capitular incondicionalmente ante los aliados. Sin embargo, ni el Ejército del Kuangtung, ni otras tropas ni la Flota recibieron orden alguna a este respecto. Según los partes de los frentes, las divisiones y guarniciones niponas continuaban luchando.

El Estado Mayor General informó de la situación al Jefe Supremo. Stalin adoptó una actitud bastante tranquila, ordenándonos que esclareciéramos en la prensa la situación real en los frentes y que indicáramos a las tropas proseguir enérgicamente las operaciones en tanto no se llevara a cabo una auténtica capitulación incondicional del enemigo.

El 16 de agosto, la prensa publicó una comunicación firmada por A. Antónov. El Jefe del Estado Mayor General soviético explicaba que la declaración del emperador japonés acerca de la capitulación del Japón no era más que una declaración general. "Todavía no se ha ordenado a las fuerzas armadas niponas cesar las hostilidades y ellas continúan resistiéndose. Por consiguiente, aún no existe una capitulación real de las fuerzas armadas del Japón. Sólo podrá considerarse que éstas han capitulado desde el momento en que el emperador japonés les mande que cesen las acciones combativas y depongan las armas y cuando esta orden sea llevada a la práctica..."

Mientras tanto, la ofensiva de nuestras tropas se desarrollaba de acuerdo al plan establecido. No pudiendo detener nuestro avance, el mando del Ejército del Kuangtung se vio obligado a ordenar que sus tropas cesaran las hostilidades. Sin embargo, también en esta ocasión se puso en juego una sutil astucia: en la disposición no se decía una palabra para que las tropas se entregaran prisioneras. El general Uemura declaró que el texto entregado a las tropas, decía: "El emperador ha mandado cesar las acciones combativas". Y ninguna puntualización más, a pesar de que los soldados y oficiales se educaron durante años en las llamadas tradiciones samuráis, que les prohibían entregarse prisioneros. No queriendo rendirse, era natural que siguiesen resistiendo. Es más, en algunos sectores del frente

incluso pasaban al contraataque.

El 17 de agosto, el Comandante en Jefe de las tropas soviéticas en el Extremo Oriente se dirigió por radio al Jefe del Ejército del Kuangtung con la exigencia categórica de obligar a que todas las guarniciones japonesas depusieran las armas y se entregaran prisioneras. Esta conminación ya no dejaba campo para los subterfugios. El mismo día, el mando japonés dio la orden de capitulación, poniéndolo en conocimiento a A. Vasilevski. Pero, incluso después de eso, aún prosiguieron los combates en diversas zonas de Manchuria, mientras que en las islas Kuriles y en Sajalín, la lucha sólo se desencadenaba.

Para acelerar la capitulación práctica de las tropas japonesas y evitar un derramamiento inútil de sangre, se decidió lanzar desembarcos aéreos en los puntos clave del territorio enemigo: Harbin, Kirin, Mukden, Changchun y en algunas otras ciudades de Manchuria y Corea.

A las cinco de la tarde del 18 de agosto despegaron del aeródromo de Horol rumbo a Harbin los aviones con 120 hombres bajo el mando del teniente coronel Zabelin, primer grupo de desembarco. Tenían por misión tomar el aeródromo y otros objetivos de importancia militar, garantizar la conservación de los puentes sobre el Sungarí y defenderlos hasta que llegaran las fuerzas princirales del 1 Frente del Extremo Oriente. Con el primer escalón del desembarco aéreo iba el general mayor G. Shelájov, subjefe del Estado Mayor del Frente, designado plenipotenciario especial del Consejo Militar. Le correspondía presentar el ultimátum de capitulación y dictar sus condiciones al mando de las tropas japonesas en Harbin. Se carecía de datos exactos sobre la situación en la ciudad y acerca del consulado soviético allí existente. Sólo se sabía que se replegaban a Harbin las fuerzas principales del 1 Frente del Ejército del Kuangtung, muy considerables por su número, derrotadas en los alrededores de Mutankiang.

A pesar de todo, el grupo de desembarco aterrizó a las siete de la tarde en el aeródromo de Harbin, ocupándolo totalmente en el transcurso de unos minutos. No tardó en presentarse allí, acompañado por varios oficiales, el general H. Hata, jefe del Estado Mayor del Ejército del Kuangtung, informando al enviado especial soviético que las unidades japonesas en la zona de Harbin estaban desorganizadas y casi no se controlaban por el E.M. El general Shelájov exigió su capitulación incondicional y le dictó el siguiente ultimátum:

"1. Para evitar un derramamiento inútil de sangre, el mando de las tropas soviéticas propone que cese inmediatamente

la resistencia y comience la rendición organizada, para lo cual, dentro de dos horas deben presentársele datos sobre los efectivos de las tropas japonesas en la zona de Harbin;

2. A los generales y oficiales del Ejército del Kuangtung que capitulen voluntariamente, hasta que no haya otra disposición especial, el mando soviético les permite tener armas blancas y vivir en sus aposentos;

3. Hasta la llegada de las tropas soviéticas, el mando japonés asume absoluta responsabilidad por la conservación y entrega de armamento, municiones, depósitos, bases y otro material militar;

4. Hasta la llegada de las tropas soviéticas, a las unidades japonesas se les encomienda guardar el orden correspondiente en la ciudad de Harbin y en sus alrederores, para lo cual se permite tener pequeñas unidades armadas mandadas por oficiales japoneses;

5. Los objetivos más importantes en Harbin y sus alrededores, como aeródromos, puentes sobre el río Sungarí, el nudo ferroviario, Telégrafos y Correos, los Bancos y otros puntos importantísimos serán ocupados inmediatamente por las pequeñas unidades desembarcadas;

6. Para examinar los problemas relacionados con la capitulación y desarme de todo el Ejército del Kuangtung en el territorio de Manchuria, propongo que el teniente general Hata, jefe del E.M. del Ejército del Kuangtung, el cónsul japonés en Harbin, F. Miyakawa, y las personas que estime conveniente el mando japonés suban a las 7 horas del 19.8 al avión de nuestro desembarco y se dirijan al puesto de mando del Comandante del 1 Frente del Extremo Oriente".

Hata pidió tres horas "para preparar la documentación necesaria", petición que le fue satisfecha.

A las 23 horas, el Jefe del 4 Ejército Independiente japonés entregó la orden de capitulación de todas las tropas japonesas en Manchuria, una relación con los nombres de los generales y datos sobre los efectivos de la guarnición de Harbin. Para aquella hora, G. Shelájov estaba ya en el consulado soviético con nuestro cónsul G. Pávlichev. Mientras tanto, los combatientes de desembarco aéreo ocupaban todos los puentes y otros objetivos de importancia de la ciudad.

El 19 de agosto, Hata, Miyakawa y los generales y oficiales japoneses que les acompañaban fueron llevados al puesto de mando de K. Meretskov. También acudió allí el Comandante en Jefe de las tropas soviéticas en el Extremo Oriente, quien dictó en persona a los japoneses el orden de capitulación del Ejército

del Kuangtung. La rendición y desarme de todas sus tropas deberían terminarse hasta las 12 horas del 20 de agosto.

Mientras tenían lugar estas conversaciones, los desembarcos aéreos soviéticos tomaban tierra en varios puntos importantes de Manchuria.

Al amanecer del 19 de agosto salió en avión desde el Frente del Transbaikal, directamente hacia Changchun, donde se encontraba el Estado Mayor del Ejército del Kuangtung, el coronel I. Artiómenko, plenipotenciario especial que debía recibir la capitulación de la guarnición de Changchun y de todas las demás tropas japonesas dislocadas en los alrededores de la ciudad. Acompañaron al coronel cinco oficiales y seis soldados, sin contar la escolta aérea de cinco cazas.

Aparecieron inesperadamente sobre el aeródromo central de Changchun, en el que se encontraban casi tres centenares de aviones enemigos. Los aparatos soviéticos lo sobrevolaron varias veces y tomaron tierra, ocupando la pista de despegue y teniendo al aeródromo cierto tiempo dominando por sus armas. Sólo después de cerciorarse de que la situación no presentaba peligro, Artiómenko dio la señal convenida para que emprendiera el vuelo hacia Changchun el desembarco aéreo, dirigiéndose él mismo a entrevistarse con el Comandante del Ejército de Kuangtung.

En el despacho de Yamada había una reunión. El oficial soviético la interrumpió y entregó a los japoneses la exigencia de capitulación incondicional inmediata. El jefe japonés enmudeció. Sólo recobró el habla cuando aparecieron sobre la ciudad nuestros aviones con fuerzas de desembarco y los bombarderos. Yamada intentó presentar sus propias condiciones. De acuerdo a lo estipulado por las instrucciones, Artiómenko las rechazó tajante, exigiendo con energía la capitulación inmediata. El general japonés fue el primero que se desciñó el sable y se lo entregó al plenipotenciario especial, dándose prisionero al Ejército Soviético. Su ejemplo lo secundaron los restantes generales que se encontraban en el despacho.

A las 11 horas, en el mismo aeródromo, aterrrizaron sin novedad todas las fuerzas de desembarco mandadas por P. Avrámenko, comandante de la Guardia y Héroe de la Unión Soviética, compuestas por oficiales y soldados de la 3 Brigada mecanizada de la Guardia. Los desembarcados retiraron los puestos de guardia japoneses del aeródromo, organizaron una defensa circular y comenzaron a desarmar a las tropas nipono-manchurianas.

En el despacho de Yamada los acontecimientos seguían su

curso normal: el comandante japonés y el Primer ministro del Manchukuo firmaron el acta de capituación de la guarnición de Changchun.

La tarde del 19 de agosto se arrió la bandera japonesa que ondeaba sobre el edificio del Estado Mayor del Ejército del Kuangtung y fue izada la soviética. Las pequeñas unidades de desembarco aéreo ocuparon el nudo ferroviario, el Banco, Correos, la radioemisora y Telégrafos. Las tropas enemigas fueron evacuadas de la ciudad. La casa donde se hospedó Artiómenko con su plana mayor improvisada estaba custodiada por una sección especial de samuráis. A la entrada hacía las veces de centinela el pequeño nieto de Yamada. Según la antigua costumbre japonesa, el reposo de los huespedes lo cuidan las personas más íntimas del dueño. En este caso, el nieto del Comandante en el puesto de centinela fue una garantía de la seguridad de los parlamentarios soviéticos. La mañana del 20 de agosto entraron en Cnahgchun las unidades de vanguardia del 6 Ejército de carros de la Guardia.

El 19 de agosto, a las 13 horas y 15 minutos, 225 valientes, también del 6 Ejército de tanques de la Guardia, aterrizaron en Mukden. Como plenipotenciario especial llegó con este grupo el general mayor A. Pritula, jefe de la Sección Política del Estado Mayor del Frente del Transbaikal.

En esta ciudad los acontecimientos se desarrollaron de forma un tanto diferente, que en Changchun. A las fuerzas de desembarco las recibieron un representante del emperador del Manchukuo y el jefe de la guarnición japonesa. Cuando inspeccionaban las dependencias del aeródromo, en una de ellas descubrieron al propio "emperador" Pu Yi, casualmente retenido allí. Sus amos le habían ordenado presentarse en el Japón, mas al no poder encontrar un avión adecuado, el "emperador" y su séquito decidieron aguardar su llegada en el aeródromo. Y, en aquellos momentos, llegó nuestro desembarco aéreo.

Pu Yi empezó a rogar que no le entregaran a los japoneses. Después derramó lágrimas de cocodrilo por la opresión de que fue objeto la población manchuriana durante la ocupación japonesa. Finalmente, entregó al plenipotenciario especial un mensaje que terminaba con esta original declaración: "Con profundo respeto a Su Excelencia el Generalísimo de la Unión Soviética, Stalin, a quien expreso sincera gratitud y deseos de buena salud".

La situación en Mukden era muy compleja. La población

de la ciudad ascendía a 1.700.000 personas, de las que 70.000 eran japoneses (exceptuadas las tropas que se replegaban allí) y cerca de millar y medio de rusos blancos emigrados. En la ciudad actuaban el consulado alemán e incluso un "führer" de las organizaciones germano-fascistas. Estaban en servicio 180 empresas industriales diversas, incluidas las de reparación de aviones y tanques. Sus amos japoneses habían huido.

A los 225 hombres del desembarco aéreo les era sencillamente imposible gobernar los asuntos de una tal ciudad. Al día siguiente les llegaron refuerzos. Y, no obstante, un millar de hombres de la guarnición soviética en Mukden tenía que desarmar a 50.000 soldados japoneses. No ocurrieron ningunos incidentes durante este cometido, pero inquietudes y preocupaciones hubo para dar y tomar.

Desde el 20 de agosto comenzó a funcionar en Mukden la Comandancia Militar soviética, encabezada por el general mayor A. Kovtun-Stankévich, que con su orden № 1 estableció la autoridad y el orden en la ciudad.

No faltaron casos curiosos. Al segundo día de haber ocupado las tropas soviéticas Mukden, un avión norteamericano apareció sobre el mismo centro de la ciudad y empezó a lanzar proclamas con un llamamiento del Comandante de las tropas norteamericanas en China, dirigido a los oficiales del ejército japonés. En las hojas se decía que, tratando de establecer contacto con los soldados y oficiales de las tropas aliadas, prisioneros de los japoneses, el mando militar norteamericano se proponía desembarcar sus representantes en el aeródromo de Mukden. Se hacía, además, la salvedad de que estos representantes no perseguían otros fines y se proponía, si se estaba de acuerdo, extender sobre el terreno un lienzo blanco de señales. Nuestros soldados así lo hicieron. El avión norteamericano aterrizó. Cuál no sería la estupefacción de los llegados cuando salieron a recibirles militares soviéticos.

Tampoco nosotros nos vimos exentos de "despistes". La situación en la ciudad era tan incierta que nadie podía responder de la seguridad de Pu Yi y de su séquito. Para evitar cualesquiera imprevistos, las fuerzas desembarcadas consideraron conveniente encerrar al "emperador", bien custodiado. Se informó de ello a Vasilevski. Este revocó inmediatamente el arresto y ordenó explicar a todos cómo debía tratarse a las personas de este género.

Su misión principal —acelerar la capitulación del Ejército del Kuangtung— los desembarcos aéreos la cumplieron a las mil maravillas. Con su intrepidez y valor a toda prueba, ellos

aseguraron la integridad de las empresas industriales, centrales eléctricas, instalaciones de comunicaciones, ferrocarriles y otros muchos objetivos militares y permitieron restablecer pronto el orden civil y excluir la posibilidad de muchas aventuras políticas.

En cuanto las tropas japonesas en Manchuria comenzaron a entregar las armas, el Gran Cuartel General decidió cesar las operaciones en los sectrores del frente donde el enemigo había capitulado. Sin embargo, los ejércitos y divisiones soviéticos continuaron su avance hacia las regiones fijadas. A vanguardia marchaban fuertes destacamentos. Las fuerzas principales que iban detrás se ocupaban, propiamente dicho, de recibir la capitulación del enemigo.

Nuestras tropas entraron en el territorio de Corea. Los desembarcos marítimos ocuparon sus puertos más importantes. El soldado soviético llegó a Puerto Arturo, tierra para él sagrada.

El desastre del Ejército del Kuangtung se hizo un hecho. Sólo en Sajalín la resistencia de los japoneses, en algunos sitios, duró hasta el 25 y 26 de agosto. En las islas Kuriles, la rendición de los japoneses ante las fuerzas de los desembarcos navales acabó el último día de agosto.

Después del cese de las hostilidades, en el Estado Mayor General recibimos respuesta exhaustiva a la pregunta que tanto nos preocupaba: ¿conseguimos la sorpresa? Nos contestaron a ella los hechos históricos y lo confirmaron los generales japoneses prisioneros. El enemigo no esperaba en modo alguno que comenzáramos la ofensiva en agosto, suponían que empezaría mucho más tarde. Debido a eso se retrasó la preparación de las líneas defensivas, no sólo en las direcciones del Transbaikal y de Primorie, sino también en las de Sipingai y Mukden donde los japoneses suponían que se desarrollarían los acontecimientos principales. El prisionero general Uemura, Comandante del 4 Ejército nipón, declaró que la preparación de las posiciones defensivas en su zona sólo habría podido acabarse en octubre de 1945. El general Shimizu, ex jefe del 5 Ejército japonés, confirmó también que no habían podido acabar la preparación ingeniera de las líneas defensivas.

Son muy características las declaraciones que hizo M. Tomokatsu, subjefe del Estado Mayor de Ejército del Kuangtung.

— Para el mando del Ejército del Kuangtung fue una sorpresa completa la declaración de guerra por la Unión

Soviética el 8 de agosto —declaró el general mayor Tomokatsu.

Nuestras acciones pillaron de improviso también a los japoneses en cuanto a su envergadura, ritmo de ofensiva y direcciones de los ataques.

— No esperábamos una ofensiva tan veloz de los rusos —testimonió Shimizu—. Y menos aún que los ejércitos rusos avanzarían a través de la taigá.

Por consiguiente, se justificó plenamente todo lo que esperábamos conseguir mediante un amplio complejo de medidas.

El 2 de septiembre de 1945, el Gobierno japonés firmó, a bordo del buque de línea "Misuri", el acta de capitulación incondicional. En nombre de la Unión Soviética, el acta fue firmada por el teniente general K. Derevianko, nuestro representante en las tropas aliadas en Lejano Oriente. La segunda guerra mundial había terminado. La Unión Soviética asumió en ella la parte decisiva de las penalidades, cumpliendo el papel principal en la derrota del desenfrenado militarismo, no sólo en el oeste sino también en el este.

Capítulo XVI

A LOS VENCEDORES Y HEROES

El partido y el pueblo glorifican a quienes se lo merecieron. Acerca de las primeras condecoraciones y de las primeras unidades de la Guardia. Primera orden de felicitación. Las salvas de saludo en Moscú, su historia y continuación de las tradiciones. El Desfile de la Victoria. Pecepción en el Gran Palacio del Kremlin. Un recuerdo a los jefes militares.

A cada cosa le llega su fin. Yo también he llegado al término de mis recuerdos, englobados en los cuatro años que duró la guerra. Quisiera mucho acabarlos mencionando a quienes defendieron con su pecho la Patria Soviética.

Tal es el objeto de este capítulo, un tanto diferente de los demas. Los recuerdos del autor se entrelazan intimamente en él con documentos que dan una representación diáfana de cómo nuestro partido y gobierno recompensaron dignamente los méritos de armas de los héroes y de los vencedores. Al mismo tiempo, se sigue la historia de algunos de estos documentos, que pasaron a través del Estado Mayor General y que, en cierta medida, reflejan una parte de su labor cotidiana.

Planificando las operaciones, controlando su desenvolvimiento y analizando su desenlace, en el E. M. G. teníamos que entendérnoslas con masas colosales de tropas y con las posibilidades combativas de grandes agrupaciones operativas, que debíamos utilizar de la mejor forma, para vencer al enemigo por todas las reglas y leyes de la guerra. Al parecer, con toda esta labor no habría tiempo para preocuparse de personas aisladas. A primera vista, el Estado Mayor General es un organismo muy distante del soldado y del oficial de tropa.

No discuto que haya diferencias entre la situación y carácter de las acciones de las tropas y el trabajo del Estado Mayor General. Y, por cierto, grandes. Mas, en la práctica, entre ellos no hubo un aislamiento.

Sin entrar aquí en disquisiciones filosóficas acerca del papel del hombre en la guerra, debo decir, no obstante, que en aquellos tiempos, como nunca, percibíamos hasta qué punto todos nuestros planes e ideas dependían, en definitiva, del soldado soviético, de su afán por vencer al enemigo. Por los textos concisos de los partes y comunicados de operaciones, la vida nos lo recorda-

ba diariamente. Conceptos como el "arrojo", el "valor" y el "heroísmo" se percibían por el E. M. G. de forma tangible y visible.

El 24 de junio de 1941, por decisión del CC del PC(b) de la URSS fue instituido un órgano especial para informar de la situación en los frentes y del heroísmo de nuestras tropas, al que llegaban las noticias por distintos canales. Uno de éstos era la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General. Obligándonos a preparar materiales para el Buró de Información Soviético, el Partido estrechó aún más nuestros vínculos con las tropas, fijó nuestra atención en el hombre que iba al combate invocando al Partido y dispuesto a sacrificar la vida por la libertad e independencia de su querido país, de su pueblo.

A pesar de la crítica situación en el período inicial de la contienda, no se dio al olvido la recompensa de los héroes. A los militares distinguidos en los primeros combates contra los fascistas alemanes el Soviet Supremo de la URSS los condecoró con órdenes y medallas y a los que realizaron destacadas hazañas se les adjudicó el alto título de Héroe de la Unión Soviética. Sin embargo, el orden habitual en tiempos de paz para la imposición de condecoraciones discordaba con la situación de guerra y con el carácter masivo en que se manifestaba el heroísmo, por lo que un Decreto del Presídium del Soviet Supremo del 18 de agosto de 1941 anuló estos trámites. A los consejos militares de frentes, flotas y ejércitos independientes se les concedieron prerrogativas para entregar órdenes y medallas, en representación del organismo supremo de Poder estatal, directamente en el ejército de operaciones, donde prestaban su servicio los recompensados.

En el primer año de guerra, a los militares se les condecoraba con tres órdenes: la de Lenin, de la Bandera Roja, de la Estrella Roja, y también con medallas. En el transcurso de la guerra la concesión de estas distinciones fue, correspondientemente, de 8.800, 238.000 y 2.811.000.[1]

Después surgió la necesidad de recompensar de manera especial las heroicidades de soldados y jefes en la lucha, precisamente, contra los ocupantes fascistas alemanes. Con este fin, el 20 de mayo de 1942 se instituyó una nueva condecoración, la Orden de la Guerra Patria de I y II grados, que se concedían a oficiales y soldados.

[1] Aquí y en adelante el número de condecoraciones se da aproximadamente.

El 29 de julio de 1942, se instituyeron las órdenes de Suvórov y de Kutúzov, ambas de tres grados, y la orden de Alexandr Nevski. Con estas condecoraciones sólo se distinguía a jefes, adjudicando la Orden de Suvórov de I grado: "...a Comandantes de frentes y ejércitos, sus sustituitos, jefes de EE. MM., direcciones y secciones de operaciones, de Armas (artillería, aviación, tropas blindadas, etc.) de frentes y ejércitos.

El número global de condecoraciones entregadas durante la guerra fue: de la Guerra Patria de I grado, 324.800 y, de II grado, 951.000; de Alexandr Nevski, 40.000; de Suvórov de I grado 340, de II grado 2.100 y de III grado 3.000; de Kutúzov de I grado 570, de II grado 2.570 y de III grado 2.200.

En octubre de 1943, cuando se libraban cruentos combates por la liberación de Ucrania, se instituyó la orden de Bogdán Jmelnitski, también de tres grados, con la que se condecoraba a jefes superiores, oficiales y soldados del Ejército Soviético, a jefes de guerrillas y a guerrilleros rasos. En total, se concedieron de los tres grados, correspondientemente, 200, 1.450 y 5.400.

El 3 de marzo de 1944, para condecorar a quienes servían en la Marina de Guerra, el Presídium del Soviét Supremo de la URSS instituyó las órdenes de Ushakov y Najímov, ambas de dos grados, y medallas con los nombres de estos célebres almirantes. El reglamento de estas órdenes estipulaba concedérselas a los almirantes, generales y oficiales de la Marina de Guerra y las medallas, a las clases y marineros. Durante la guerra se concedieron 30 órdenes de Ushakov de I grado y 180 de II grado, siéndolo correspondientemente las de Najímov 70 y 450. La medalla de Ushakov se concedió a 14.000 personas y la de Najímov a 12.800.

Entre las distinciones de la Gran Guerra Partia ocupó un lugar especial la orden de la Gloria de tres grados para clases de tropa, instituida el 8 de noviembre de 1943. En la aviación se concedía también al personal de vuelo con graduación de oficiales subalternos. La condecoración con esta orden se hacía sucesivamente, comenzando por el III grado, con la salvedad de que la orden de la Gloria de I grado sólo podía hacerse por decreto del Presídium del Soviét Supremo de la URSS. Ordenes de los tres grados recibieron 2.200 personas, de las que tres, I. Drachenko, A. Alioshin y P. Dubinda, fueron distinguidos, además, con el título de Héroe de la Unión Soviética [1]. La orden de la

[1] En 1980 se conoció el nombre del cuarto Héroe, que había sido condecorado con la orden de la Gloria de los tres grados: N. I. Kuznetsov.

Gloria de II grado se concedió a 46.000 soldados y la de III grado, a 868.000.

El 8 de noviembre de 1943, el Presídium del Soviét Supremo de la URSS instituyó la orden de la Victoria, la suprema condecoración militar, que se concedía a los altos jefes militares por la realización exitosa de operaciones de gran envergadura. Fueron distinguidos con esta orden A. Antónov, L. Góvorov, L. Kónev, R. Malinovski, K. Meretskov, K. Rokossovski, S. Timoshenko y F. Tolbujin. Y la recibieron dos veces J. Stalin, A. Vasilevski y G. Zhúkov[1].

Durante toda la guerra, el heroísmo era el rasgo característico de nuestros combatientes, directamente relacionado con la fuente principal de las hazañas: el ferviente partiotismo soviético. No tienen culpa los jefes y soldados que participaron en los difíciles primeros combates contra los fascistas y no fueron señalados con condecoraciones. Retrocediendo de la frontera, nuestros combatientes lucharon contra el enemigo sin escatimar fuerzas ni la propia vida. Destruyeron las hordas hitlerianas, detuvieron al enemigo y quebrantaron la potencia de la máquina militar del Tercer Reich.

Por varias causas —en primer término porque no era la hora para pensar en las condecoraciones—, en el primer año de la contienda se concedieron algo más de 32.700 condecoraciones, en 1942 ya fueron cerca de 395.000 y en 1943, año de brillantes victorias de las tropas soviéticas, se caracteriza al mismo tiempo por el gran aumento de condecorados, que llega hasta los 2.050.000. Este número acrece aún más en 1944, alcanzando a 4.300.000 las recompensas por méritos de guerra. Y aunque en 1945 las acciones militares duraron menos de 6 meses, el número de condecoraciones pasó de 5.740.000, de las que 3.530.000 fueron impuestas por los jefes de los regimientos, es decir, directamente en el campo de batalla.

En total, por sus hazañas y arrojo demostrados en los combates contra los invasores alemanes fascistas y contra los imperialistas japoneses, según datos del 1 de septiembre de 1948, el número de condecorados, sólo con órdenes, pasó de los 5.300.000. Se les adjudicó el título de Héroe de la Unión Soviética a 11.603 personas, incluidas 87 mujeres. Dos veces fueron distinguidos con este alto honor 98 militares y tres veces, I. Kozhedub, A. Pokrishkin y G. Zhúkov.

---

[1] En 1978, L. I. Brézhnev fue condecorado con la orden de la Victoria - *Nota de la red.*

Una gran masa de militares recibieron las medallas "Por el Valor" y "Por méritos de guerra", la primera 4.230.000 y la segunda 3.320.000 personas.

Al parecer, nadie había sido olvidado. Por indicación del Gran Cuartel General, el Comisariado del Pueblo de la Defensa preparó con todo detalle y anunció mediante órdenes especiales a quién debía condecorarse por el aniquilamiento de aviones y tanques enemigos, por la evacuación de heridos y sus armas del campo de batalla y por el paso a viva fuerza de ríos. A las personas distinguidas especialmente en el paso de grandes obstáculos acuáticos, el Gran Cuartel General instó a que se solicitara para ellas el título de Héroe de la Unión Soviética y se les distinguiera con órdenes, incluidas las de Suvórov y Kutúzov. Y no obstante, cuando silenciaron los cañones, se puso en claro que buen número de modestos luchadores en la guerra no había recibido la recompensa merecida. En 1946, por hechos de armas se condecoró a 240.000 personas, en 1947 a 408.000 y en 1948 a 4.000 personas más. Esta labor continúa, como lo evidencian las condecoraciones concedidas con motivo del 20 Aniversario del final victorioso de la Gran Guerra Patria. Son objeto de especial estima aquellos que derramaron su sangre en el combate. En el período posbélico son 840.000 los condecorados.

En 1942 se instituyeron las medallas: "Por la defensa de Leningrado", "Por la defensa de Odesa", "Por la defensa de Sebastópol", "Por la defensa de Stalingrado". En 1944 se les agregaron otras tres: "Por la defensa de Moscú". "Por la defensa del Cáucaso" y "Por la defensa de la Región Polar". Y, por último, ya después de la guerra, el 21 de junio de 1961, apareció la medalla "Por la defensa de Kíev". Fueron condecorados, correspondientemente: más de 930.000 defensores de Leningrado; 477.000 de Moscú; cerca de 25.000 de Odesa; más de 39.000 de Sebastópol; 707.000 de Stalingrado; 62.000 de Kíev; 580.000 del Cáucaso y más de 307.000 de la Región Polar. Además, pasaron de 6.716.000 quienes recibieron medallas "Por la toma de Budapest", "Por la toma de Königsberg", "Por la toma de Viena", "Por la toma de Berlín", "Por la liberación de Belgrado", "Por la liberación de Varsovia" y "Por la liberación de Praga".

Se acuñaron medallas en conmemoración de nuestra victoria completa sobre la Alemania fascista y sobre el Japón militarista. La medalla "Por la victoria sobre Alemania en la Gran Guerra Patria de 1941-1945" se concedió a unas 13.666.000 personas y casi 1.725.000 recibieron la medalla "Por la victoria sobre Japón".

Por último, más de 127.000 guerrilleros y guerrilleras, así

como organizadores y dirigentes del movimiento guerrillero fueron distinguidos con medallas especiales de "Guerrillero de la Guerra Patria" de I y II grados.

El número global de condecoraciones a los participantes en la Gran Guerra Patria pasa de 35.234.000.

A partir del año 1943 comenzó también a concederse órdenes a las unidades medianas y grandes del ejército de operaciones y de la Marina de Guerra. En total, durante la guerra, se impusieron más de 10.900 de estas condecoraciones, entre ellas: más de 200 órdenes de Lenin, 3.270 de la Bandera Roja, 3 de Suvórov de I grado, 8 de Ushakov de I grado, 3 de Kutúzov de I grado, 10 de Bogdán Jmelnitski de I grado, 5 de Najímov de I grado, 676 de Suvórov de II grado, 13 de Ushakov de II grado, más de 530 de Kutúzov de II grado, 850 de Bogdán Jmelnitski de II grado, 2 de Najímov de II grado, 849 de Suvórov de III grado, 1.060 de Kutúzov de III grado, 216 de Bogdán Jmelnitski de III grado, más de 1.480 de Alexandr Nevski, 7 de la Guerra Patria de I grado y más de 1.740 de la Estrella Roja.

Existían asimismo, otras medidas estimulatorias de las tropas por sus exitosas y hábiles acciones combativas.

Ya en 1941, en las difíciles condiciones de nuestra retirada, se distinguieron particularmente cuatro divisiones de fusileros: 100, 127,153 y 161. Actuando en la dirección estratégica principal descargaron repetidos contragolpes demoledores al enemigo, que a toda costa quería llegar a Moscú. Por sus proezas en el campo de batalla, espíritu de organización, disciplina y orden ejemplar, el Comisario del Pueblo de la Defensa, en orden del 18 de septiembre les adjudicó el título de divisiones de fusileros de la Guardia, pasando a denominarse desde aquella fecha, correspondientemente, 1, 2, 3 y 4 divisiones de la Guardia.

Tal fue el surgimiento de la Guardia soviética. Para ella se estableció un orden especial de servicio. A toda la oficialidad y personal de mando se les pagaba sueldo y medio y al personal raso doble soldada. Se instituyó para las tropas de la Guardia una insignia especial que llevaban prendida al pecho, y para las unidades medianas y grandes, se crearon banderas de la Guardia.

Posteriormente —el 16 de abril de 1943—, el Gran Cuartel General determinó cómo debería utilizarse la Guardia. A sus divisiones, como de más experiencia y firmeza, se las designaba para cumplir las misiones de más importancia en las operaciones ofensivas, y en la defensa, para contraatacar al enemigo. Esto fue justo en todos los sentidos y, lo principal, que fortaleció

aún más el prestigio de pertenecer a la Guardia, aunque ya antes era también para las tropas símbolo de valentía y pundonor militares.

En 1943 se hizo una innovación más en el sistema de estímulo a las unidades medianas, grandes unidades e importantes agrupaciones de tropas más distinguidas. Es notorio que aquél fue el año del viraje cardinal en la guerra. Ya en sus mismos comienzos, los ejércitos hitlerianos eran rechazados en los sectores decisivos del frente soviético-alemán. En las estepas nevadas en torno a Stalingrado se iba dando fin a la agrupación de choque enemiga cercada. Después de desalojar al enemigo de las cercanías de Vorónezh, el Ejército Soviético había alcanzado los accesos lejanos a Járkov y estaba a las puertas del Donbáss. Comenzó la expulsión en masa de los ocupantes de la tierra soviética. En conmemoración de las victorias obtenidas, el Gran Cuartel General propuso al Estado Mayor General preparar una orden de felicitación a las tropas de ocho frentes.

Esta orden de felicitación del Jefe Supremo, la primera en la historia de la Guerra Patria, fechada el 25 de enero de 1943, revestía un carácter un tanto general. En ella no se enumeraban las grandes unidades distinguidas, así como los nombres de sus jefes e inclusive de los comandantes de los ejércitos y de los frentes. Su texto era muy lacónico:

"Como resultado de dos meses de ofensiva, el Ejército Rojo rompió en un frente ancho la defensa de las tropas germano-fascistas, derrotó a ciento dos divisiones del enemigo, hizo más de 200.000 prisioneros, se apoderó de 13.000 piezas de artillería y de otros muchos pertrechos y avanzó hasta 400 km. Nuestras tropas han logrado una gran victoria y prosiguen su ofensiva.

Felicito a los combatientes, jefes e instructores políticos de los frentes Sudoeste, Sur, Don, Norcaucásico, Vorónezh, Kalinin, Vóljov y de Leningrado por su victoria sobre los ocupantes germano-fascistas y sus aliados rumanos, italianos y húngaros a las puertas de Stalingrado, en el Don, en el Cáucaso del Norte, en la zona de Velíkie Luki y al sur del Lago Ládoga.

Expreso mi agredecimiento al mando y a las valerosas tropas que destrozaron a los ejércitos hitlerianos en los accesos a Stalingrado, que rompieron el bloqueo de Leningrado y liberaron de ocupantes alemanes las ciudades de Kantemírovka, Belovodsk, Morózovski, Míllerovo, Starobelsk, Kotélnikovo, Zimóvniki, Elista, Salsk, Mozdok, Nálchik, Mineralnie Vody, Piatigorsk, Stávropol, Armavir, Valuiki, Róssosh, Ostrogozhsk, Velíkie Luki, Shlisselburg, Vorónezh y otras muchas ciudades y miles de localidades".

La orden del día terminaba con una alocución en la que se formulaba la misión inmediata:

"¡Adelante, por la derrota de los ocupantes alemanes y su expulsión de los límites de nuestra Patria!".

Este documento fue publicado en toda la prensa y radiado repetidamente.

Una semana después, exactamente la noche del 3 de febrero de 1943, el Mariscal de Artillería N. Vorónov, representante del Gran Cuartel General, y el coronel general K. Rokossovski, Jefe del Frente del Don, notificaron que habían liquidado completamente al enemigo cercado en la zona de Stalingrado. El Jefe Supremo ordenó enviarles inmediatamente un telegrama de respuesta, escrito acto seguido, y cuya redacción definitiva era ésta:

"Les felicito a Ustedes y a las tropas del Frente del Don por haber terminado felizmente la liquidación de las tropas adversarias cercadas en Stalingrado. Expreso mi agradecimiento a todos los soldados, jefes e instructores políticos del Frente del Don por sus brillantes hechos de armas".

La mañana del 3 de febrero, por iniciativa del Estado Mayor General, este telegrama fue formulado íntegro como orden del Día del Jefe Supremo.

La guerra continuaba. El 5 de julio de 1943, con la ofensiva del enemigo, comenzó la etapa defensiva de la célebre batalla de Kursk. Al final del día 23 de julio nuestras tropas rechazaron a los hitlerianos a sus posiciones anteriores, quedando completamente restablecida la situación inicial.

Antes de presentar el informe acostumbrado al Jefe Supremo, enjuiciamos la situación con A. Antónov, jefe interino del E. M. G., sacando la siguiente conclusión: nuestras tareas defensivas se han cumplido felizmente, ha fracasado definitivamente la ofensiva de las fuerzas principales de las tropas germano-fascistas en la dirección Oriol-Kursk y con ello se ha desbaratado el plan de su campaña de verano. Ahora se nos planteaba un nuevo objetivo: derrotar a la agrupación principal del enemigo y desarrollar la ofensiva de acuerdo a los planes fijados por el Jefe Supremo.

De todo ello se informó a Stalin en la noche del 24 de julio. Por la mañana, el Jefe Supremo telefoneó al E. M. G., disponiendo que preparáramos urgentemente una orden de felicitación a las tropas que habían vencido al enemigo en la batalla de Kursk. Era la tercera orden de este género. Terminamos su proyecto al mediodía. Iba dirigida a los comandantes de las tropas de los frentes Central, de Vorónezh y de Briansk, generales

de ejército K. Rokossovski y N. Vatutin y general coronel M. Popov.

Serían las cuatro de la tarde cuando nos llamaron a Antónov y a mí al Gran Cuartel General. Stalin no podía ocultar su alegre excitación. No quiso escuchar nuestro informe acerca de la situación, pues sin necesidad de él ya la conocía, exigiéndonos pasar inmediatamente a leer en voz alta el proyecto de orden del Día.

El documento por nosotros redactado empezaba subrayando el importantísimo resultado estratégico, conquistado por el Ejército Rojo: "Ayer, 23 de julio, con las brillantes acciones de nuestras tropas, ha quedado definitivamente liquidada la ofensiva alemana de julio, emprendida, en dirección a Kursk desde las zonas al sur de Oriol y al norte de Biélgorod".

A continuación se hacía una breve característica del enemigo: "Desde la mañana del 5 de julio grandes efectivos de tanques e infantería germano-fascista, apoyados por numerosa aviación, pasaron a la ofensiva en las direcciones Oriol-Kursk y Biélgorod-Kursk. Los alemanes lanzaron contra nuestras tropas sus fuerzas principales concentradas en las regiones de Oriol y Biélgorod".

Como este comienzo de la orden no suscitó ningunas objeciones por parte del Jefe Supremo, su lectura continuó:

...En total, el enemigo empeñó en la ofensiva 17 divisiones blindadas, 3 motorizadas y 18 de infantería.

Concentradas estas fuerzas en sectores estrechos de frente, el mando alemán calculaba, mediante golpes concéntricos desde el norte y desde el sur, en dirección general a Kursk, romper nuestra defensa, cercar y aniquilar a nuestras tropas desplegadas por el perímetro del saliente de Kursk".

A continuación se decía que la ofensiva alemana no nos había sorprendido, que nuestras tropas no sólo estaban dispuestas a rechazar el empuje de los alemanes, sino también a descargar poderosos contragolpes. En este punto se aportaban datos numéricos concretos:

"Al precio de colosales pérdidas en personal y material, el enemigo sólo consiguió entrar en cuña en nuestra defensa en la dirección Oriol-Kursk hasta una profundidad de 9 kilómetros y en la dirección Biélgorod-Kursk penetrar en nuestro dispositivo de 15 a 35 kilómetros. En combates encarnizados, nuestras tropas desgastaron y diezmaron a las divisiones selectas de los alemanes y con sucesivos contragolpes enérgicos no sólo rechazaron al enemigo y restablecieron completamente las líneas que ocupábamos hasta el 5 de julio, sino que rompieron la defensa

fascista y progresaron en dirección a Oriol de 15 a 20 kilómetros".

La conclusión era ésta: "Por lo tanto, el plan alemán de su ofensiva de verano debemos considerarlo totalmente fracasado". El Jefe Supremo nos interrumpió la lectura y nos dictó la siguiente inserción: "Con ello ha quedado destruida la leyenda de que los alemanes siempre tienen éxito en la ofensiva de verano, en tanto que las tropas soviéticas se ven obligadas a replegarse".

— Hay que hablar de esto —nos aclaró—. Los fascistas, con Goebbels a la cabeza, después del desastre de invierno en las cercanías de Moscú, recurren incesantemente a esta patraña.

Después, en la orden se citaban las tropas distinguidas y los nombres de los jefes de los ejércitos. El documento tampoco se parecía en su final a las órdenes anteriores. No podíamos dejar de mencionar en él a quienes habían perdido la vida en aras de la victoria. El documento terminaba así:

"Felicito a Ustedes y a las tropas a su mando por la liquidación exitosa de la ofensiva de verano alemana.

Expreso mi agradecimiento por sus magníficas acciones combativas a todos los soldados, jefes e instructores políticos de las tropas por Ustedes dirigidas.

¡Gloria eterna a los héroes caídos en el campo de combate en lucha por la libertad y el honor de nuestra Patria!".

La orden fue firmada a renglón seguido y transmitida por radio. El documento agradó en el Gran Cuartel General. Nos propusieron que en el futuro nos atuviéramos a esta forma, es decir, remitir la orden del Día a los comandantes de los frentes, citando los nombres de los jefes de los ejércitos y de las tropas distinguidas y exponiendo brevemente el resultado de la batalla. Se conservó también el final en honor de los héroes caídos. Cada nueva orden iba perfeccionándose hasta que, por último, adquirió esta redacción:

"¡Gloria eterna a los héroes caídos en la lucha por la libertad e independencia de nuestra Patria! ¡Mueran los invasores alemanes!".

Este mismo final, excepto las tres últimas palabras, figuró en la orden del Día dedicada a la culminación victoriosa de la guerra.

El 5 de agosto, cuando se tomaron Oriol y Biélgorod, en el Gran Cuartel General surgió una nueva idea. En cuanto los comandantes de los frentes informaron al Jefe Supremo que se habían liberado estas ciudades (victorias que siempre trataban de comunicarle ellos mismos), nos llamaron al Gran Cuartel General a Antónov y a mí. Stalin acababa de regresar del Frente

de Kalinin. Iban llegando los restantes miembros del Gran Cuartel General.

—¿Leen Ustedes la historia de las guerras? —dijo el Jefe Supremo, dirigiéndose a Antónov y a mí.

Quedamos de una pieza, no sabiendo qué responder. La pregunta nos pareció extraña: ¿como si las cosas estuvieran para ocuparnos de la historia?

Stalin siguió diciendo:

— Si Ustedes la hubieran leído, sabrían que ya en la antigüedad, cuando los ejércitos ganaban victorias, todas las campanas redoblaban en honor de los caudillos y de sus tropas. Tampoco estaría mal que nosotros conmemoráramos de alguna forma más remarcada la victoria, y no sólo mediante órdenes de felicitación. Pensamos nosotros —y señaló con la cabeza a los miembros del Gran Cuartel General, sentados a la mesa—, que se debieran disparar salvas artilleras de saludo en honor de las tropas distinguidas y de los jefes que las mandan. Y acompañarlas de cierta iluminación...

Quedó, pues, decidido conmemorar las victorias de nuestras tropas con salvas solemnes en Moscú y acompañar cada descarga con un lanzamiento de cohetes multicolores, todo eso precedido de la lectura por todas las radioemisoras de la Unión Soviética de la orden del Jefe Supremo. El Estado Mayor General quedaba encargado de este ritual.

Aquel mismo día, el 5 de agosto, se anunció la orden del Día de Felicitación y se dispararon las primeras salvas de saludo en honor de la liberación de Oriol y Biélgorod. Simultáneamente, a tres divisiones de fusileros (5, 129 y 380) se las añadió a su numeración organíca el título de Oriol y a otras dos (89 y 305), el de Biélgorod.

En los primeros saludos artilleros participaron 124 piezas que hicieron 12 salvas. Pensábamos que así sería en el futuro. Pero, el 23 de agosto, cuando fue tomado Járkov, comprendimos que no a todos los vencedores podía medírselos por un mismo rasero. Járkov tenía gran trascendencia y, por lo mismo, se propuso disparar en conmemoración de su liberación 20 salvas por 224 piezas. Así se hizo.

Estas salvas no sólo eran acogidas entusiásticamente por la población civil de la capital, sino también por las tropas del ejército de operaciones. Varias veces al día nos llamaban por teléfono desde los frentes, exigiéndonos que se dieran salvas, poco menos, que por cada localidad tomada. Surgió la necesidad de establecer cierta gradación, pues no tenía el mismo significado, ni con mucho, la liberación, digamos, de Kíev y de Berdíchev, la

de Riga y de Shiauliai, Minsk y Dujovshina.

En lo sucesivo, el E. M. G. preparó, y el Jefe Supremo confirmó, tres categorías de saludo: 1 categoría, 24 salvas de 324 piezas; 2 categoría, 20 salvas de 224 piezas, y 3 categoría, 12 salvas de 124 piezas. El Jefe Supremo era quien permitía personalmente cada saludo. Con raras excepsiones, Moscú homenajeaba a los vencedores el mismo día que habían desalojado al enemigo de esta u otra localidad. La enumeración de las tropas y los nombres de los jefes, que debían citarse en la orden del Día, los presentaba el Comandante del Frente. El documento se redactaba por la Dirección de Operaciones, con la salvedad de que su introducción, que caracterizaba las acciones de las tropas la "cabecera" de la orden, como la llamábamos entonces, se ponía obligatoriamente en conocimiento del Jefe Supremo. Ordinariamente, lo hacíamos por teléfono, concordándose al mismo tiempo la categoría del saludo.

Las "cabeceras" las redactábamos el teniente general A. Grízlov a yo. El primero llegó a hacerlo impecablemente. La "cabecera" se modificaba muy raramente, y cuando se hacía, más a menudo desde un punto de vista histórico. En la orden del Día del 27 de enero de 1945, por ejemplo, dictada con motivo de haberse roto la defensa enemiga en la zona de los lagos de Masuria, el Jefe Supremo añadió esta frase: "considerada por los alemanes desde los tiempos de la primera guerra mundial como un sistema defensivo inexpugnable". Con ello se remarcaba el valor de la victoria conseguida.

Los saludos de primera categoría —24 salvas de 324 piezas— sólo se hacían cuando se liberaba la capital de una República Federada, se tomaban capitales de otros Estados o en honor de otros acontecimientos de especial importancia. En total, durante la guerra hubo 23 saludos de esta índole, correspondientes a la derrota y expulsión del enemigo de Kíev, Odesa, Sebastópol, Petrozavodsk, Minsk, Vilnius, Kishiniov, Bucarest, Tallinn, Riga, Belgrado, Varsovia, Budapest, Cracovia, Viena, Praga, así como por la toma de Königsberg y Berlín. Además, salvas de primera categoría se dispararon cuando nuestras tropas alcanzaron la frontera estatal meridional el 26 de marzo de 1944, cuando llegaron a nuestra frontera sudoeste el 8 de abril de 1944 y en honor de su encuentro con las tropas anglo-norteamericanas en la zona de Torgau, el 27 de abril de 1945. Durante la guerra contra el Japón imperialista se hicieron dos saludos de esta categoría: uno, con motivo de la derrota del Ejército del Kuangtung, y el segundo, el 3 de septiembre de 1945, en honor de la victoria completa sobre el Japón.

Con la segunda categoría —20 salvas de 224 piezas—, Moscú saludó 210 veces, de las que: 150 correspondieron a la liberación de grandes ciudades; 29 a la ruptura de fuertes posiciones defensivas del enemigo; 7 por la derrota total de importantes agrupaciones adversarias; 12 por el paso a viva fuerza de ríos, y 12 por la entrada de nuestras tropas en las provincias alemanas, el paso de los Cárpatos y la ocupación de islas.

De la tercera categoría —12 salvas de 124 piezas—, hubo 122, principalmente, por la toma de nudos de ferrocarriles y carreteras y de grandes puntos poblados, que tenían importancia operativa.

El Día de la Victoria sobre la Alemania fascista, el 9 de mayo de 1945, se dispararon 30 salvas de 1.000 piezas.

Se publicaban también órdenes de felicitación, cuyo conocimiento no iba acompañado de saludos artilleros. Así lo fue, por ejemplo, el 12 de agosto de 1943, cuando cuatro divisiones nuestras tomaron la ciudad de Karáchev. Otra orden del Día análoga se dio el 18 de septiembre de 1943. En ella se felicitaba al 2 Cuerpo de caballería de la Guardia por su infiltración a retaguardia del enemigo, el cruce del río Desná y la conservación de la cabeza de puente hasta la llegada de las fuerzas principales. El cruce del Dniéper fue señalado con dos órdenes de idéntica naturaleza.

A veces, nos ocurrían casos como éste: en honor de la liberación de Kíev, el saludo se hizo el 6 de noviembre de 1943, enterándonos al cabo de diez días que el Frente no había mencionado a cinco regimientos independientes (tres de morteros, uno de cañones y otro de tanques) que habían participado en los combates por la capital de Ucrania. Se dio cuenta de esta omisión al Jefe Supremo, indicándosenos que se publicara una orden del Día complementaria, sin salvas artilleras, y se adjudicara a los cinco regimientos el nombre de Kíev.

Durante la guerra contra la Alemania hitleriana se dieron en total 373 órdenes de felicitación, de las que 20 no fueron acompañadas de salvas artilleras.

Como regla, las salvas se disparaban en honor de las tropas de un solo Frente. Pero hubo 27 casos en que los saludos se dedicaron simultáneamente a tres, cuatro e incluso a cinco frentes, que cooperaban en una misión. Si el saludo estaba relacionado con una ciudad del litoral, en cuya liberación, además de las tropas de tierra, participaban los navíos de guerra, las salvas se hacían también en honor de la Flota.

Ni que decir tiene que la preparación de las órdenes de felicitación y la organización de los saludos era una obligación

agradable, por cuanto estaba relacionada directamente con las victorias de nuestras Fuerzas Armadas. En el volumen general del trabajo de la Dirección de Operaciones no ocupaba, ni mucho menos, un lugar de primer orden, lo que no era óbice para que exigiera bastante tiempo y atención. Para preparar el documento había que verificar minuciosamente la numeración de todas las unidades grandes y medianas, los nombres de sus jefes, y no equivocarse ni olvidarse de nada. Por otra parte, siempre nos exigían mucha premura y era muy raro cuando teníamos para este trabajo más de dos horas. Los partes sobre la toma de ciudades, por lo común, los recibíamos al final de la jornada, debiendo dispararse las salvas cuando fuera noche (de lo contrario se perdía el efecto de la cohetería), pero, tampoco después de las 23 horas. Hubo días en que los saludos se sucedieron uno a otro y sólo salimos del apuro gracias a la gran diligencia de nuestros oficiales y generales, que conocían la situación al dedillo, la numeración de las tropas y cómo se llamaban los jefes. Las órdenes se estructuraban, por lo corriente, en el despacho del jefe de la Dirección de Operaciones, y mientras leía yo al Jefe Supremo la "cabecera", mis auxiliares inmediatos terminaban ya la preparación del texto restante. Hasta el 30 de noviembre de 1944, las órdenes de felicitación sólo estaban dirigidas a los comandantes de los frentes. Después, se agregó un destinatario más, el Jefe del E. M. del Frente. En este caso, la iniciativa partió de abajo. Preparando una de estas órdenes en honor de las tropas del 2 Frente de Ucrania, como era habitual, comenzamos a puntualizar ciertos detalles con el Jefe del E. M. del Frente, general coronel M. Zajárov. Este nos criticó que subestimáramos el papel de los EE. MM., pues en las órdenes se mencionaban los méritos de todos, pero no se decía una palabra de los EE. MM. Cuando se lo hicimos saber al Jefe Supremo, éste justificó la pretención:

— Zajárov tiene razón. El papel de los EE. MM. es grande De ahora en adelante hay que dar dos destinatarios, el Comandante y el Jefe de su Estado Mayor.

Y así comenzamos a efectuarlo. La primera orden con esta innovación se dirigió al 2 Frente de Ucrania aquel mismo día, el 30 de noviembre de 1944.

Mas no siempre todo salió a pedir de boca con las órdenes de felicitación y con las salvas de saludo. Tuvieron lugar discusiones sobre quién había tomado una u otra localidad. Tampoco faltó el descontento cuando el E. M. G. se negaba a disparar salvas de saludo. Los comandantes de algunos frentes, cuyas tropas operaban en terrenos con pocas poblaciones de importan-

cia, nos insistían en que hiciéramos salvas por la toma de localidades relativamente pequeñas. Si el E. M. G. se negaba, recurrían directamente al Jefe Supremo, que a veces accedía a sus exigencias. Así ocurrió, por ejemplo, con la liberación de Dujovschina. Otras veces, no accediendo al saludo artillero, Stalin disponía que preparáramos una orden de felicitación.

Estas últimas las redactábamos con gran esmero. El propio Jefe Supremo lo controlaba y no nos perdonaba ningún descuido. En cierta ocasión, dispuso que al citar las ciudades que en otro tiempo cambiaron de nombre, se escribiera obligatoriamente entre paréntesis su vieja denominación, por ejemplo: Tartu (Yúriev, Derpt). Tuvimos que designar especialmente una persona que se ocupara de este género de puntualizaciones. Posteriormente, cuando se liberaba Polonia, se le encomendó que las ciudades arrebatadas al enemigo figurasen en las órdenes en polaco y en alemán.

En un principio, todas las unidades medianas y grandes, sin excepción, que se citaban en la orden de felicitación, recibían el nombre honorífico en dependencia de la ciudad que habían liberado. Aparecieron divisiones de Vorónezh, Kursk y Járkov. Pero a medida que se desarrollaba nuestra ofensiva eran más las ciudades que se liberaban. Surgió por sí misma la cuestión de qué hacer con las unidades grandes y medianas a quienes les había correspondido liberar tres, cuatro y más ciudades. ¿No habría que adjudicarles cuatro nombres honoríficos a cada una? También en esta ocasión el Jefe Supremo dio una solución exhaustiva a este dilema: el título honorífico sólo podía ser doble, por ejemplo, la 291 División aérea de asalto Vorónezh-Kíev. A las tropas muchas veces distinguidas, empezó a estimulárselas con otras recompensas: o se les concedían condecoraciones o se les hacía de la Guardia.

Con el Jefe Supremo teníamos convenidos en principio todos los detalles de la orden de felicitación. Y, con todo y con eso, debido a las prisas con que redactábamos el texto, ocurrían a veces descuidos. Recuerdo este caso. Un día que informábamos de la situación en el Gran Cuartel General, Kónev llamó por teléfono comunicando personalmente a Stalin que había liberado una gran localidad. Eran ya cerca de las 22 horas, pero el Jefe Supremo dispuso que las salvas se hicieran aquel mismo día. Para todos los preparativos nos quedaba una hora, aproximadamente. Allí mismo escribí la "cabecera" de la orden, que fue aprobada. A continuación, desde la pieza contigua, donde estaban los teléfonos, llamé, primero a Grizlov para que me comunicara inmediatamente la numeración de las unidades y los

nombres de sus jefes, y después, me puse al habla con Puzin, en la Radio, advirtiéndole que transmitiríamos una orden del Día y, por último, con el Comandante Militar de la ciudad, previniéndole de que se haría un saludo. Llevé la "cabecera" a las mecanógrafas y me dispuse a montar el texto restante del documento, utilizando mi carta de trabajo y la relación de jefes que llevaba conmigo. Al cabo de media hora confronté con Grizlov nuestros datos y pasé de nuevo a dictar a las mecanógrafas la parte que faltaba de la orden, envié ésta a la radio, volví al despacho del Jefe Supremo y le informé que todo estaba listo, que a las 23 horas se darían las salvas.

— Escuchemos —dijo Stalin y conectó un sencillo altavoz que tenía sobre su mesa de escritorio.

La orden del Día se radiaba siempre de manera que al minuto de terminar su lectura, los cañones dispararan. Así sucedió en aquella ocasión. Con su voz solemne e inigualable, Y. Levitán comenzó:

— ¡Al Comandante del 1 Frente de Ucrania! Las tropas del 1 Frente de Ucrania, como resultado...

En este instante, de pronto, Stalin gritó:

— ¿Por qué Levitán se olvidó el nombre de Kónev? ¡Deme el texto!

En el documento no figuraba el nombre de Kónev. Y yo era el culpable de la omisión, pues cuando preparaba la "cabecera" escribí abreviadamente. "Con. IFU", olvidándome de que no eran las mecanógrafas del E.M.G., quienes las escribían, que ellas mismas descifraban la abreviatura.

Stalin se irritó sobremanera.

— ¿Por qué se le olvidó el nombre del Comandante?— me preguntó, con la mirada fija en mí —. ¿Qué orden del Día anónima es ésta?.. ¿Qué lleva Usted en los hombros?

Yo no dije una palabra.

— ¡Suspender la transmisión y leer la orden de nuevo!— ordenó el Jefe Supremo.

Me abalancé al teléfono. Advertí al puesto de mando que no se dispararan las salvas cuando terminara de radiarse la orden. Luego llamé a la Radio, donde Levitán ya había acabado la lectura, pidiéndole que repitiera todo, desde el comienzo, pero citando obligatoriamente el nombre de Kónev.

Levitán, casi sin pausa, comenzó a leer la orden por segunda vez, mientras que yo llamaba de nuevo al puesto de mando para que ahora hicieran el saludo como correspondía. Todo esto ocurrría en presencia del Jefe Supremo. Parecía seguir cada movimiento mío y, cuando conseguí, por fin, enmendar mi error,

me dijo enfadado:

— Puede marcharse.

Recogí los mapas de la mesa, abandoné la pieza y esperé a Antónov.

— La cosa está fea — me dijo éste, cuando salió del despacho.

Como antes de que yo desempeñara el cargo, la Dirección de Operaciones había cambiado cinco veces de jefe, me figuraba cuáles serían las consecuencias. A decir verdad, me asaltaba un doble pensamiento: de una parte, lo sentía, pero, de otra, me alegraba. Mi destitución me permitiría incorporarme al frente. Deseo que era compartido por muchos de nosotros, pues el servicio en el E.M.G. nos exigía una tensión nerviosa inconcebible y constante. Aparte de que el deseo de marchar al frente era en aquella época un anhelo natural para cada soviético.

La desdichada omisión en el encabezamiento de la orden del Día pasó inadvertida para el Estado Mayor General y para el 1 Frente de Ucrania. Sólo nos preguntaron por qué se había leído dos veces. Para nosotros, en cambio, fue una lección. Se ordenó de la forma más rigurosa a todos, que no se hicieran más abreviaturas en los borradores y que el texto y el encabezamiento se escribieran completos.

Dos días estuve sin ir al Gran Cuartel General, ni el Jefe Supremo me hizo las acostumbradas llamadas telefónicas mañaneras. Todas las cuestiones relacionadas con el E.M.G., ahora, las resolvía sólo con Antónov.

Al tercer día, cuando Antónov marchó al Gran Cuartel General para hacer el informe ordinario, nos comunicaron que las tropas del 2 Frente de Ucrania habían liberado una importante localidad. Como lo hacíamos habitualmente, preparamos a toda prisa la "cabecera" de la orden de felicitación. Telefonée a Poskrióbishev, rogándole que se la leyera a Antónov. Casi seguido me llamó al teléfono este último:

— Preséntese Usted mismo con la orden...

Al cabo de unos minutos entraba en el despacho del Jefe Supremo.

— Lea — me ordenó —. ¿No se olvidó del nombre?

Leí el documento, permitiéndoseme radiarlo. Desde aquel día todo transcurrió como antes.

Las "órdenes saludadoras", como las denominábamos nosotros, nos daban cada día más trabajo. Casi no teníamos tiempo para escribirlas. A veces, mandábamos la orden a la Radio por partes. Levitán leía segunda página sin tener aún en su poder la tercera. Pero Levitán y nosotros, encontrábamos salida. Todo

terminaba bien y, de pronto, una nueva falla.

Aconteció ésta en el mismo final de la guerra, cuando se disparaban salvas por la toma de Berlín. En la orden del Día por este motivo no se citó el nombre del general V. Nóvikov. Fuera porque el E.M. del Frente no lo incluyera o porque nos equivocáramos en el E.M.G., el caso es que objetivamente resultó que el 7 Cuerpo de tanques no había participado en la conquista de la capital de Alemania. Al día siguiente, V. Nóvikov dirigió un telegrama al Jefe Supremo, en el que expresaba su descontento.

El Jefe Supremo blasfemó de lo lindo, reprendiéndonos con epítetos poco lisonjeros. Manifestó la suposición de que, por lo visto, no estaba descartado que el E.M.G. hubiera omitido los nombres de otros jefes. A fin de cuentas, se nos mandó preparar para Nóvikov una orden del Día aparte, remitírsela personalmente, pero no radiarla y castigar a los culpables. El 4 de mayo, Stalin firmó en persona la orden № 11.080, en la que se decía:

"Al 7 Cuerpo de tanques del general mayor de tropas blindadas Nóvikov, que por error no figuró en la orden del Jefe Supremo, entre las grandes unidades que participaron en la toma de Berlín, incluirlo complementariamente en la orden del Día y proponer a las unidades del Cuerpo para que se les adjudique el nombre de Berlín y sean condecoradas".

Nóvikov, por lo visto, quedó satisfecho. Pero el caso nos causó algunos disgustos, siendo castigadas varias personas.

Para el aniversario de la Revolución de Octubre, el Primero de Mayo y para el Día del Ejército Rojo, se escribieron órdenes del Día especiales que también se radiaban a todo el país. En estas órdenes de los tiempos de guerra se hacía, obligatoriamente, una breve característica de la situación en el frente, se planteaban en nombre del Partido y del Gobierno misiones a las tropas y tareas a los trabajadores de la retaguardia para un futuro próximo y se rendía el homenaje debido a los héroes de la guerra y del trabajo. Posteriormente, aparecieron los días conmemorativos de las Armas: Día de la Artillería, Día del Tanquista y otros. En estas fechas, Moscú también disparaba salvas, ahora extensivas a las ciudades-héroes.

Los saludos con iluminaciones se hicieron tradicional ritual para las solemnidades de todo el pueblo.

El 8 de mayo de 1945, en Karlshorst — arrabal de Berlín — fue firmada el acta de capitulación incondicional de las fuerzas armadas alemanas. La máquina bélica hitleriana quedó destrozada. Se derrumbó el Tercer Reich.

Sin embargo, la noche del 8 de mayo la pasamos alarmados. ¿Cumplirían los cabecillas fascistas las condiciones de la capitulación o las acogerían como lo hicieron en el pasado con otros compromisos internacionales asumidos por ellos? Cuando llegó la mañana comenzaron a disiparse estos temores: el Estado Mayor General y el Gran Cuartel General empezaron a recibir partes de que las tropas alemanas deponían las armas por doquier y se entregaban prisioneras. Sólo en Checoslovaquia la situación continuaba tensa, pues el enemigo allí no había capitulado, seguía resistiéndose e intentando retirarse hacia el sur y el oeste. Las tropas de los Frentes ucranianos 1, 4 y 2 corrían en ayuda de la Praga insurreccionada, descargando potentes golpes al enemigo.

Partiendo de Berlín, iban lanzados hacia la capital checoslovaca el 3 y 4 Ejércitos de tanques de la Guardia. Al amanecer entraron en Praga y, conjuntamente con sus habitantes, limpiaron completamente la ciudad de enemigo en el transcurso de unas horas. Después del mediodía irrumpieron en Praga las tropas del 4 Frente de Ucrania, a quienes por la tarde se unieron las del 2 Frente de Ucrania. Los lastimosos restos de la Wehrmacht, mandados por el mariscal de campo hitleriano Schörner y el general Woehler, hacían los últimos esfuerzos, mas por todo se apreciaba que pronto les llegaría su fin.

Mientras tanto, el júbilo se desbordaba en Moscú. El 9 de mayo fue declarado Día de la Victoria, fiesta nacional. Desde la mañana estuvo escrita la orden para las salvas del triunfo. Contraviniendo lo habitual, Yuri Levitán fue llamado al Gran Cuartel General para radiar la orden. Desde allí, desde el Kremlin, a las 21 horas, Stalin se dirigió con un breve discurso por radio al pueblo soviético. Anunció que la capitulación de la Alemania fascista era una realidad, sin ocultar, no obstante, la resistencia de la agrupación de Schörner y de Woehler.

— Pero confía —agregó a continuación el Jefe Supremo—, que el Ejército Rojo les sabrá hacer entrar en razón. Ahora podemos declarar con pleno fundamento que ha llegado el histórico día de la derrota definitiva de Alemania, el día de la gran victoria del pueblo sobre el imperialismo alemán. Los colosales sacrificios que hicimos por la libertad y la independencia de nuestra Patria, las innumerables privaciones y sufrimientos pasados por nuestro pueblo durante la guerra, el trabajo tenso en la retaguardia y en el frente, ofrendado en el altar de la madre Patria, no fueron baldíos y se han visto coronados por la victoria completa sobre el enemigo...

Debo hacer constar que, desde finales de abril, el riguroso

orden existente en el Gran Cuartel General durante toda la guerra, de pronto, cambió. Antónov y yo teníamos que presentarnos allí varias veces al día y a distintas horas. Muchos documentos los redactábamos allí mismo. Los acontecimientos se sucedían con tal rapidez que no había manera de ajustarlos a ningún marco.

Desde el 2 de mayo, cuando fue tomado Berlín, todo Moscú se encontraba bajo los efectos de una excitación comprensible. Las calles estaban en fiesta. Día y noche llenaba la Plaza Roja la muchedumbre.

En uno de los primeros días de mayo, cambiando nuestro itinerario acostumbrado del Kremlin al E. M. G., Antónov y yo decidimos salir por las puertas del Salvador, con la intención de ver a los jubilosos moscovitas. Nos dimos cuenta de la imprudencia que habíamos cometido cuando nuestro automóvil se atascó literalmente en medio del gentío que llenaba la plaza. Con gritos de "hurra" empezaron a sacarnos del coche para "mantearnos", como hacían aquellos días con todos cuantos vestían uniforme militar y nosotros, naturalmente, no podíamos ser una excepción. Nuestras razones no tuvieron ningún valor. Al fin y a la postre, pudieron hacerse con Antónov y, un instante después, vi cómo sus piernas se agitaban por el aire, mientras que yo, sentado en el coche, abrazaba tembloroso dos carteras repletas con documentos operativos. Sólo con ayuda de la guardia del Kremlin pudimos regresar a pie a éste y salir para el E. M. G., en otro automóvil, por las puertas Borovitski.

Al cabo de unos días de haberse firmado la orden del Día de la Victoria, el Jefe Supremo nos ordenó pensar y comunicarle nuestras propuestas acerca del desfile conmemorativo de la victoria sobre la Alemania hitleriana.

— Hay que preparar y realizar una parada especial —nos dijo—. Qué participen en ella representantes de todos los frentes y de todas las Armas. Tampoco estaría mal, siguiendo la tradición rusa, que conmemoráramos la victoria a la mesa, organizando un banquete solemne en el Kremlin, al que invitáramos a los comandantes de los frentes y a otros militares que proponga el Estado Mayor General. El banquete no vamos a dejarlo para muy tarde, pienso que lo haremos antes de la parada.

Al día siguiente empezó un trabajo ardoroso en el E. M. G. Se constituyeron dos grupos: uno, que con la Dirección Política General preparó la relación de personas que debían ser invitadas al banquete, y otro grupo, ocupado exclusivamente de preparar el desfile militar. Se precisaba puntualizar quiénes debían participar en la parada, establecer todo su ritual, distinto del ordina-

rio, determinar el uniforme, los plazos de preparación y dónde alojar a los hombres que llegaran a Moscú de los frentes, amén de otros muchos problemas organizativos que exigían una solución acertada.

Al cabo de dos o tres días todos los cálculos previos estuvieron listos. Por más que probamos, resultó que para preparar el desfile se necesitaba no menos de dos meses, plazo dictado principalmente por la necesidad de coser más de 10.000 uniformes de gala, de los que ya nos habíamos olvidado en los frentes y en la retaguardia y que nadie, claro está, conservaba. Se precisaba también, aunque no fuera más que un poco, entrenar a los hombres en formación cerrada, que tampoco habíamos practicado en los largos cuatro años de guerra.

Propusimos sacar a la parada un Regimiento selecto de 1.000 hombres de cada Frente de operaciones, sin contar los jefes. Otro Regimiento selecto debería representar a todas las Armas del Frente dado y salir a la Plaza Roja con 36 banderas de combate de las unidades grandes y medianas más distinguidas.

En total, había que formar para la parada 10 regimientos selectos de los frentes y uno de la Marina de Guerra, que portarían 360 banderas de combate. Además, se preveía que participaran también en el desfile las academias, escuelas militares y las tropas de la guarnición de Moscú.

Pensábamos que la Bandera de la Victoria, que ondeara sobre la cúpula del Reichstag en Berlín, debía encabezar el desfile y que la llevaran y la escoltaran quienes la habían enarbolado con sus manos sobre la capital de la Alemania hitleriana: M. Kantaria, M. Egórov, I. Siánov, K. Samsónov y S. Neustróev.

El 24 de mayo, el día precisamente del banquete solemne, informamos de todo esto a Stalin. Aceptó nuestras propuestas, no así con los plazos de preparación.

— La parada hay que realizarla, exactamente, dentro de un mes, el veinticuatro de junio —dispuso el Jefe Supremo, y añadió, aproximadamente, estas palabras—: Aún no ha terminado la guerra y el Estado Mayor General ya se ha puesto en son de paz. Breguen para terminar en la fecha fijada. Y una cosa más: en el desfile hay que sacar las banderas hitlerianas y arrojarlas con ignominia a los pies de los vencedores. Piensen en comó hacer esto... ¿Quién mandará la parada y quién pasará revista?

Callamos, a sabiendas de que él ya habría resuelto, con toda seguridad, esta cuestión y que nos preguntaba por pura fórmula. Para aquella época ya conocíamos hasta en sus detalles más nimios las costumbres del Gran Cuartel General y raramente nos

equivocábamos en nuestras suposiciones. Tampoco la erramos en esta ocasión. Después de un breve silencio, el Jefe Supremo anunció:

— Revistará la parada Zhúkov y la mandará Rokossovski...

Aquel mismo día, M. Shvérnik impuso la Orden de la Victoria a los mariscales G. Zhúkov, K. Rokossovski, I. Kónev, R. Malinovski y F. Tolbujin.

Los nombres de estas destacadas figuras del arte militar soviético pasaron a ser parte inalienable de la historia de la Gran Guerra Patria. Bajo su dirección se prepararon y se llevaron a la práctica brillantes operaciones que culminaron, en definitiva, con el enarbolamiento de la Bandera de la Victoria sobre el Reichstag y la derrota completa de la Alemania hitleriana. A la primera "Estrella de Oro" de Héroe de la Unión Soviética recibida por G. Zhúkov en 1939, se le agregaron durante la guerra otras dos. Fueron distinguidos con esta misma condecoración dos veces I. Kónev, K. Rokossovski y R. Malinovski. A F. Tolbujin se le adjudicó el título de Héroe de la Unión Soviética en 1965, a título póstumo.

Del mariscal Gueorgui Zhúkov hemos hablado mucho en todos los capítulos anteriores. Pero, al llegar aquí, de todas formas, debemos añadir que era un caudillo militar de gran talento, audaz y original en sus apreciaciones, que con gran firmeza ponía en práctica sus decisiones y para quien no existían obstáculos en el logro de los objetivos militares planteados. Persuadido de que tenía razón en uno u otro problema, Zhúkov podía objetar con bastante acritud a Stalin, cosa a la que nadie se atrevía.

Gran realce tiene como jefe militar la figura de Konstantín Rokossovski, a quien le correspondió el papel más difícil en la famosa batalla de Smolensk en 1941 y en los combates defensivos librados en los accesos cercanos a Moscú. Mandó también las tropas del Frente del Don en Stalingrado y terminó impecablemente la liquidación de la agrupación de choque de tropas fascistas alemanas cercada. Luego, bajo el mando de Rokossovski, el Frente Central aguantó a pie firme el ariete alemán en el Arco de Kursk y durante la contraofensiva nuestra que siguió en cooperación con otros frentes, destrozó a la agrupación enemiga de Oriol. Rokossovski mandó también el 1 Frente de Bielorrusia, que operaba en la dirección principal de la histórica batalla de Bielorrusia. A su nombre están vinculadas las victorias en las operaciones de Prusia Oriental, Pomerania Oriental y, finalmente, en la operación de Berlín de la Gran Guerra Patria. A todo eso puede agregarse el extraordinario atractivo personal

de Rokossovski. No me equivoco si digo que no sólo le estimaban infinitamente, sino que también le querían de todo corazón cuantos con él estuvieron relacionados por el servicio militar.

Iván Kónev reveló especialmente su talento militar cuando mandó los Frentes de Kalinin, de la Estepa y el 2 de Ucrania. Bajo su dirección, las tropas soviéticas liberaron en 1943 Járkov, cruzaron el Dniéper y llevaron a cabo la operación de Kirovogrado. Una página gloriosa en la historia de la Guerra Patria es la operación de Korsuñ-Shevchénkovski, a la que está íntimamente ligado el nombre de Kónev. No fue menos importante la derrota que infligió a la agrupación de tropas alemanas fascistas en Umañ. Le sigue la operación ofensiva de Lvov-Sandomierz, con la que culminó la liberación de Ucrania Occidental y comenzó la expulsión del invasor del territorio de Polonia. En 1945, las tropas del 1 Frente de Ucrania, acaudilladas por Kónev, y en cooperación con las de otros frentes, causaron una dura derrota del enemigo en Silesia y cumplieron una misión auténticamente histórica durante la operación de Berlín. Y, por último, en la etapa final de la guerra, Kónev realizó la impetuosa operación de Praga, que terminó con la liberación de la capital de la fraternal Checoslovaquia. En los medios militares Kónev siempre tuvo reputación de jefe firme y resuelto. Muchos le envidiábamos sinceramente su energía y actividad. En cualesquiera circunstancias, siempre trataba de ver el campo de batalla por sus propios ojos y preparaba minuciosamente cada operación. Tratando de calar en todos sus detalles, Kónev hacía sudar la gota gorda a sus subordinados.

Rodión Malinovski ya se destacó en los combates a las puertas de Stalingrado. Como Comandante del 2 Ejército de la Guardia descargó allí un golpe demoledor (conjuntamente con el 51 Ejército) al mariscal de campo Manstein, el favorito de Hitler. Posteriormente, las tropas mandadas por Malinovski expulsaron al enemigo de Rostov y, en cooperación con las fuerzas de Tolbujin (Frente Sur), limpiaron de fascistas el Donbáss. Después, cruzaron el Dniéper y participaron en la liberación de las tierras ucranianas situadas al oeste de dicho río. En su historia, como jefe de tropas, son un ejemplo la operación de Iasi-Kishiniov, conjuntamente con el 3 Frente de Ucrania, las victorias en Budapest y Viena y los combates por la liberación de Checoslovaquia. Finalmente, como, ya dijimos, Malinovski mandó el Frente del Transbaikal, en la dirección principal contra el Ejército del Kuangtung.

Fiódor Tolbujin llegó a los cargos de mando desde los de Estado Mayor. También se destacó como Comandante de un

Ejército durante la batalla de Stalingrado y, desde julio de 1943, empezó a mandar el Frente Sur. Dirigió la ruptura de la defensa enemiga por el río Mius y las acciones que liberaron el Donbáss meridional, machacó al enemigo en el río Molóchnaya y en el Sivash y liberó Crimea. Bajo su mando, las tropas del 3 Frente de Ucrania destrozaron al enemigo en el sector de Kishiniov, se abrieron paso en los Balcanes, liberaron Bulgaria y, hombro a hombro con los patriotas yugoslavos, desalojaron a los ocupantes de Belgrado. Su camino de guerra posterior lo jalonan la victoria en el lago Balatón y su arrolladora ofensiva sobre la capital de Austria. Recuerdo a Tolbujin como a hombre muy bondadoso y, quizá, como al más modesto de cuantos mandaron frentes. Sus hábitos de servicio de Estado Mayor no los perdió en toda su vida y, a veces, prevalecían sobre los de mando. Tolbujin procuraba siempre que sus subordinados manifestaran amplia iniciativa.

Para nosotros, oficales del Estado Mayor General, el 24 de mayo de 1945 fue casi el día más atareado que tuvimos después de la capitulación de la Alemania hitleriana. En cuanto expusimos a Stalin nuestras consideraciones acerca de la parada, nos pusimos a preparar las directivas a los frentes, logrando remitírselas antes del banquete solemne en el Kremlin. Como este documento, creo, no se ha publicado en ningún trabajo impreso, accesible a la masa de lectores, me permitiré reproducirlo aquí completo.

"El Jefe Supremo ha ordenado:

1. El Frente destacará un regimiento, seleccionado de entre todas las fuerzas que lo integran, para la parada en Moscú en honor de la victoria sobre Alemania.

2. Este regimiento selecto formarlo ateniéndose al siguiente cálculo: cinco batallones de dos compañías con 100 hombres en cada una (10 escuadras de a 10 hombres). Además, 19 hombres del personal de mando, a saber: el jefe del regimiento, 2 adjuntos de éste (uno de mando y otro del trabajo político), el jefe de Estado Mayor, 5 jefes de batallones, 10 jefes de compañía y 36 abanderados con 4 oficiales-escolta; en total, el Regimiento selecto tendrá 1.059 hombres, más 10 de reserva.

3. El regimiento selecto constará de seis compañías de infantería, una de artilleros, una de tanquistas, una de aviadores y otra mixta, formada por personal de caballería, zapadores y transmisiones.

4. Completar las compañías de manera que las escuadras las

manden oficiales y las escuadras estén integradas por soldados y sargentos.

5. Seleccionar para la parada a los soldados y oficiales que más se distinguieron en los combates y que estén condecorados.

6. El regimiento selecto debe estar armado: tres compañías con fusiles, otras tres con metralletas, la compañía de artilleros con carabinas a la espalda, las compañías de tanquistas y de aviadores con pistolas, la compañía mixta de zapadores, transmisiones y soldados de caballería con carabinas en bandolera, los últimos llevarán también sable.

7. Asistirán a la parada el Comandante del Frente y todos los jefes de los ejércitos, incluidos los aéreos y los de carros.

8. El regimiento selecto debe estar en Moscú el 10 de junio próximo con 36 banderas de combate de las unidades grandes y medianas del Frente, que más se distinguieron en la lucha, y todas las banderas tomadas por las tropas del Frente a las unidades del enemigo, no importa su número.

9. El uniforme de gala para todo el regimiento será entregado en Moscú.

24 de mayo de 1945.

Antónov"

Todo el personal de dirección del Estado Mayor General fue invitado para las 8 de la tarde en el Kremlin. En la Sala de San Jorge se reunieron militares, los miembros del gobierno y del Comité Central del Partido, destacadas personalidades de la economía, la ciencia, cultura, literatura y arte nacionales.

El primer brindis fue a la salud de los soldados, marineros, oficiales, generales y almirantes. El segundo brindis, acogido con una ovación ensordecedora, fue en honor del Partido y de su Comité Central.

Después se brindó por la Polonia democrática y amiga, cuyo pueblo fue el primero que entró en lucha armada contra las hordas hitlerianas. Asistía al banquete una delegación de mineros polacos, vestidos con pintorescos trajes, que habían traído a Moscú, como regalo, un tren de hulla. Los camaradas polacos se acercaron a la mesa presidencial, donde se encontraban los dirigentes del partido y del gobierno y los mariscales de la Unión Soviética, los saludaron cariñosamente y después entonaron magistralmente a coro una canción de brindis. Atronadores aplausos los saludaron.

Gran entusiasmo suscitó el brindis en honor de Mijaíl Kali-

nin, al que siguieron otros en honor de cada uno de los comandantes de los frentes, por los antiguos caudillos del Ejército Rojo, K. Voroshílov, S. Budionny y S. Timoshenko. También se brindó por los mandos de la gloriosa Marina de Guerra, mariscales de las Armas, por el Comité Estatal de Defensa y su presidente, por el Estado Mayor General.

Las prolongadas pausas entre uno y otro brindis, las amenizaba un programa de concierto magnífico. En el escenario se entonaban nuestras canciones rusas, actuaban los maestros del ballet y de las danzas típicas.

Al final de la fiesta, Stalin se puso en pie, levantó su copa y se dirigió a todos los presentes:

— Camaradas, permítanme hacer un brindis más, el último. Quisiera brindar a la salud de nuestro pueblo soviético, y ante todo a la salud del pueblo ruso.

La sala respondió con estentóreos "hurras" y con una ovación atronadora.

— Bebo —continuó Stalin—, ante todo, a la salud del pueblo ruso porque es la nación más destacada de entre todas las naciones que integran la Unión Soviética.

Levanto mi copa a la salud del pueblo ruso porque en esta guerra se mereció el reconocimiento general como la fuerza rectora de la Unión Soviética entre todos los pueblos de nuestro país.

Yo no sólo brindo a la salud del pueblo ruso porque sea el pueblo dirigente, sino también porque tiene un talento preclaro, firmeza y paciencia.

Nuestro gobierno cometió bastantes errores, pasamos por momentos de desesperación en 1941-1942, cuando nuestro ejército se retiraba, abandonando nuestras queridas aldeas y ciudades de Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, de la región de Leningrado, las Repúblicas del Báltico y de la República de Carelia, las abandonaba porque no había otro remedio. Otro pueblo hubiera podido decir al gobierno: Ustedes no han justificado nuestras esperanzas, lárguense, pondremos otro gobierno que concierte la paz con Alemania y nos asegure la tranquilidad. Pero el pueblo ruso no hizo eso, pues confiaba en la justeza de la política de su gobierno y prefirió los sacrificios, al objeto de asegurar la derrota de Alemania. Pues bien, esta confianza del pueblo ruso en el Gobierno soviético fue la fuerza decisiva que garantizó la victoria histórica sobre el fascismo, el enemigo de la humanidad.

¡Gracias, al pueblo ruso, por esta confianza!

¡A la salud del pueblo ruso!

Todos consideramos que por boca de Stalin nos hablaba el propio partido. Y bajo las bóvedas del Kremlin resonó una nueva ovación.

Aquella velada quedó profundamente grabada en el corazón de cada uno de nosotros. Mucho fue lo que recordamos y lo que reflexionamos.

El país estaba pasando de la guerra al trabajo pacífico. Teníamos que superar el desbarajuste económico, la desorganización de la vida, devolver la salud y la capacidad de trabajo a los mutilados en los campos de batalla, rodear de solicitud y atenciones a los niños huérfanos, a las viudas de los soldados, a las madres que habían perdido a sus hijos. ¡Qué difícil era todo eso!

El Estado Mayor General ya trabajaba preparando el retorno a la economía nacional de millones de soldados.

Mientras tanto, en los frentes habían empezado a formar y a concentrar en las estaciones de embarco los regimientos selectos.

Mientras llegaban los regimientos, casi todas las sastrerías de Moscú estaban confeccionando los uniformes de gala para la tropa. Para los oficiales y generales trabajaban numerosos talleres de costura. Se buscaban locales para alojar a los participantes en el desfile. El aeródromo central fue reservado para que las tropas se entrenaran en formación cerrada.

Se detalló el plan de las salvas festivas y de las iluminaciones. La Dirección Política General propuso elevar sobre Moscú aerostatos con retratos y banderas rojas con imágenes de las órdenes de la Victoria y de la Estrella Roja, todas ellas, de 18×18 m de superficie, deberían iluminarse con potentes reflectores. En los aerostatos se preveía instalar potentes altavoces.

El 10 de junio las unidades destinadas para la parada se concentraron en Moscú y comenzaron los entrenamientos. Se eligieron de antemano los caballos, para el mariscal Zhúkov, que pasaría revista al desfile, uno blanco, y para el mariscal Rokossovski, que mandaría la formación, un corcel moro. Ambos, viejos caballistas, no necesitaban casi entrenarse.

Los regimientos selectos trajeron muchas banderas de las unidades grandes y medianas hitlerianas que habían destrozado, incluido el estandarte personal de Hitler. No tenía sentido sacarlas todas a la Plaza Roja. Sólo se escogieron doscientas. Estas reliquias guerreras enemigas debería portarlas una compañía especialmente destinada para ello. Se convino que las llevaría inclinadas, casi arrastrando sus sedas, y, luego, bajo el redoble de decenas de tambores, las arrojaría al pie del Mausoleo de

Lenin. Quisimos que el Jefe Supremo conociese el ritual preparado, pero no quiso escucharlo.

— Eso es cosa de los militares. Decidan Ustedes mismos —nos dijo Stalin.

A continuación, G. Zhúkov y K. Rokossovski se encargaron por completo de la preparación de la parada. Todo el ceremonial fue por ellos examinado. Fueron objeto de su atención especial las enseñas de combate, tras las que los regimientos selectos deberían desfilar por la Plaza Roja, cada una de las 360 representaba cierta unidad grande o mediana, símbolo de la sangre vertida en las batallas y expresión de los duros caminos de la guerra, que arrancaban de los muros de Moscú y de Stalingrado, de las estribaciones del Cáucaso y de la ciudad de Lenin, cuna de nuestra revolución, y que pasaban a través de Bucarest y Budapest, Viena y Belgrado, finalizando en Berlín y Praga, últimos reductos donde se rindieron los últimos soldados hitlerianos.

Se ordenó traer a Moscú con honores militares especiales la Bandera de la Victoria, enarbolada sobre el Reichstag. La mañana del 20 de junio, el coronel F. Lisitsin, jefe de la Sección Política del 3 Ejército de Choque, la entregó solemnemente en el aeródromo de Berlín a los Héroes de la Unión Soviética, sargento de primera Siánov, sargento de segunda Kantaria, sargento Egórov y a los capitanes Samsónov y Neustróev. Estos llegaron aquel mismo día al aeródromo central de la capital, donde rindió honores a la Bandera de la Victoria una guardia de honor de la guarnición de Moscú de la que era abanderado el sargento de primera F. Shkiriov y escoltas, el brigada de la Guardia I. Pánishev y el sargento P. Mashtakov, los tres Héroes de la Unión Soviética.

La víspera de la parada —el 23 de julio— se clausuró la Sesión del Soviét Supremo del la URSS en la que, después de escuchar el informe del Jefe del Estado Mayor General A. Antónov, se aprobó desmovilizar el personal de más edad, del ejército activo. La Parada de la Victoria, designada para el día siguiente, fue, digamos, su culminación lógica. La Unión Soviética entraba en una época de paz.

Desde la mañana del 24 junio comenzó a llover, pero esto no desanimó a nadie. Nosotros, no obstante, nos preocupamos, comprendiendo la singularidad del próximo desfile, sin precedentes en la historia de la Fuerzas Armadas Soviéticas. Es más, la Plaza Roja no había presenciado nada semejante en sus 800 años de existencia.

A las 9 horas y 45 minutos, las graderías rompieron en apla-

usos. Los diputados al Soviét Supremo de la URSS, los obreros de vanguardia de empresas y fábricas moscovitas, trabajadores de la ciencia y la cultura y los numerosos invitados extranjeros que llenaban sus escaños saludaban al Gobierno y a los miembros del Buró Político del Comité Central del Partido que acababan de subir al Mausoleo. Los generales soviéticos se agrupaban en un estrado, especial, levantado delante del Mausoleo. Rokossovski se situó, dispuesto para ir al encuentro del mariscal Zhúkov, que debía revistar las fuerzas formadas.

Comenzó sus campanadas el carillón del Kremlin. Con la última —la décima— resuena en la plaza la voz de mando, "¡Firmes!". Se oye distintamente cómo golpean en el adoquinado de la plaza los cascos de los dos corceles, después, la voz del jefe de la parada que rinde el parte y, finalmente, inunda la Plaza Roja la música solemne de la banda militar.

Comienza la revista de las tropas. A las felicitaciones del mariscal Zhúkov, los regimientos selectos responden con regocijantes "hurras". Después, cuando ambos mariscales regresan hacia el Mausoleo, este grito de guerra, aumentado su volumen más y más desde la calle Gorki y desde las plazas Teatral y del Maniezh (Picadero), pasa nuevamente por toda la Plaza Roja.

La banda de 1.400 músicos, dirigida por el general mayor S. Chernetski, avanza hacia el centro de la plaza y ejecuta "Gloria al pueblo ruso".

Zhúkov, en nombre y por encomienda del Gobierno soviético y del Partido Comunista de la URSS, desde la tribuna del Mausoleo, hace un breve discurso y felicita con motivo de la victoria a todos los presentes. La radio difunde su felicitación por toda la capital, por todo el país. También llega, naturalmente, hasta nuestras tropas en Alemania y Polonia, Checoslovaquia y Hungría, Romania y Yugoslavia. Escuchan también la felicitación quienes después del triunfo en el oeste tuvieron que ir al Extremo Oriente.

Los regimientos selectos hacen la marcha solemne en el mismo orden en que estaban desplegados los frentes, de norte a sur. Va primero el Regimiento del Frente de Carelia, con el mariscal K. Meretskov a su cabeza. Le sigue el de Leningrado, encabezado por el mariscal L. Góvorov. A continuación, desfila el Regimiento del 1 Frente del Báltico, mandado por el general de ejército I. Bagramián. Delante del Regimiento del 3 Frente de Bielorrusia marcha el mariscal A. Vasilevski. Conduce el Regimiento del 2 Frente de Bielorrusia el general coronel K. Trúbnikov, adjunto del Mariscal Rokossovski. Le sigue el Regimiento del 1 Frente de Bielorrusia, con el teniente general I. Rosly, mar-

chando delante el general de ejército V. Sokolovski, adjunto del Comandante del Frente.

En columna especial desfilaron los representantes de las Tropas Polacas, mandadas por V. Korchitz, Jefe de su Estado Mayor.

Pasa a continuación el Regimiento del 1 Frente de Ucrania, con el mariscal I. Kónev a la cabeza. La bandera de este Frente la portó A. Pokrishkin, tres veces Héroe de la Unión Soviética.

El Regimiento del 4 Frente de Ucrania lo conducía el general de ejército A. Eriómenko. Le siguió el 2 Frente de Ucrania, con su Comandante, mariscal R. Malinovski. Por último, el Regimiento del 3 Frente de Ucrania, el más meridional de los frentes, con el mariscal F. Tolbujin delante. La parada de los regimientos selectos la cerraron los marinos, encabezados por el vicealmirante V. Fadéiev.

Una gigantesca banda de música acompañó el paso de las formaciones de tropas con marchas militares, ejecutadas una tras otra, sin pausas. De pronto, la banda cesó de tocar. Esta única pausa parece no tener fin. Hasta que, en medio de un silencio expectante, redoblan los tambores y aparece una columna con dos centenares de banderas fascistas, cuyos lienzos casi arrastran por los adoquines mojados. Al llegar frente al Mausoleo, los soldados hacen giro a la derecha y arrojan iracundos su afrentosa carga sobre las piedras de la Plaza Roja.

Las graderías rompen en aplausos atronadores, muchos gritan "hurra". El redoble de los tambores prosigue, mientras delante del Mausoleo crece incesantemente el montón de banderas enemigas, cubiertas de ignominia.

A los acordes de la banda de música entran en la plaza las tropas de la guarnición de Moscú. Desfila primero el Regimiento selecto del Comisariado del Pueblo de la Defensa, seguido de las academias militares: M. Frunze, de Artillería, de Fuerzas Blindadas, de Aviación y todas las demás. Después de las academias desfila la caballería al trote corto frente a las tribunas. Pasan rápidos la artillería, los tanques y los cañones autopropulsados.

La parada duró dos horas. Y aunque llovía a mares, miles de personas reunidas en la Plaza Roja, parecían no advertirlo. No obstante, el mal tiempo obligó a suspender el desfile de las columnas de trabajadores de la capital.

Por la tarde cesó la lluvia y las calles de Moscú se convirtieron en escenario de fiesta. Los rayos de los potentes reflectores

iluminaban en lo alto del cielo la Orden de la Victoria, que flameaba majestuosa sobre el fondo bermejo de los lienzos. En las plazas tocaban orquestas, actuaban artistas, se bailaba en masa.

Al día siguiente, el 25 de junio, se celebró en el Gran Palacio del Kremlin una recepción en honor de los partícipes de la parada, a la que también fueron invitadas las personalidades más destacadas de la ciencia, la técnica, la literatura y el arte. Acudieron asimismo al Kremlin los stajanovistas de las empresas moscovitas, koljosianos de choque, representando a quienes forjaron las armas para el frente, extraían el metal, alimentaban y vestían a nuestro ejército y Flota. En total, asistieron más de dos mil quinientos invitados.

Igual que en la recepción anterior, el primer brindis que por los soldados y jefes del Ejército Rojo y de la Marina de Guerra y por quienes habían caído en aras de la victoria. Después se brindó por el Jefe Supremo, Mariscal de la Unión Soviética, Stalin, por cada uno de los comandantes de los frentes de la Gran Guerra Patria y por sus compañeros de lucha.

Cuando se nombraba a los comandantes de los frentes y a otros jefes, éstos se acercaban a la mesa del gobierno y chocaban sus copas con todos. En la galería, la orquesta ejecutaba fanfarrias o marchas. El Jefe Supremo decía algo a casi todos.

Cuando se propuso brindar por el Comandante del 1 Frente de Bielorrusia, mariscal G. Zhúkov, y por los generales V. Sokolovski, V. Chuikov, V. Kuznetsov, S. Bogdánov, M. Katukov, A. Gorbátov, P. Belov, V. Kolpakchí, F. Perjoróvich y S. Rudenko, y éstos se acercaron a la mesa, Stalin cambió la copa de Chuikov por otra mayor. Este último la chocó con la del Jefe Supremo y la apuró hasta el fin.

Debo hacer la salvedad de que a la recepción solemne en el Kremlin sólo asistió una parte de la gloriosa pléyade de jefes de ejércitos. Durante la guerra mandaron estas grandes unidades cerca de 200 hombres. Todos ellos, con rara excepción, eran generales excelentemente preparados, con gran experiencia de trabajo práctico en las tropas. Sesenta y seis de ellos eran Héroes de la Unión Soviética y once tenían dos veces este título. Posteriormente, cuatro, A. Grechko, N. Krilov, K. Moskalenko y V. Chuikov, ascendieron a Mariscal de la Unión Soviética. Este alto título lo merecieron también los ex jefes de cuerpos de Ejército, P. Batitski y P. Koshevói, así como I. Yakubovski, jefe de cuerpo blindado.

Me detendré especialmente en los que mandaron ejércitos blindados. Estas agrupaciones operativas aparecieron en el Ejército Soviético en mayo de 1942. En 1944, el número de ejércitos

de carros de combate llegó a seis y no aumentó hasta el final de la guerra. En épocas diferentes los mandaron once hombres: S. Bogdánov, V. Badánov, V. Volski, M. Katukov, A. Krávchenko, D. Leliushenko, A. Radzievski, A. Rodin, P. Romanenko, P. Rótmistrov y P. Ribalko. Cinco de ellos, dos veces Héroes de la Unión Soviética. A otros tres se les concedió después de la guerra el grado de mariscal de Tropas Blindadas y a P. Rótmistrov el de Mariscal Principal de Tropas Blindadas.

Para mandar los ejércitos acorazados se elegía a los generales de más talento, audaces y resueltos, capaces de asumir toda la responsabilidad por sus acciones, sin preocuparse por su retaguardia. Sólo estos hombres podían cumplir las misiones que se encomendaban a los ejércitos de tanques. Estas agrupaciones, como regla, se introducían en la ruptura y, actuando en la profundidad operativa, alejadas de las fuerzas principales del Frente, destrozaban las reservas del enemigo, sus retaguardias, desbarataban su sistema de dirección y se apoderaban de líneas favorables y de los objetivos de más importancia.

Pável Ribalko fue quien mandó más tiempo un ejército de tanques. Era un hombre de gran erudición y férrea voluntad. En los primeros años que siguieron a la contienda le correspondió el honor de encabezar nuestras tropas blindadas, cargo en el que puso mucho trabajo y energías, reorganizándolas y equipándolas con nuevo armamento.

Entre los jefes más destacados de carros de combate figura, indudablemente, Pável Rótmistrov. Valiéndose de su rica experiencia práctica adquirida en el campo de batalla y de sus amplios conocimientos teóricos, también hizo un aporte valioso en el desarrollo posbélico de las tropas blindadas y en la preparación de sus cuadros de mando.

Mijaíl Katukov es auténtico soldado, gran conocedor de la preparación combativa y de la táctica de las tropas blindadas. La brigada de carros, que mandó en la batalla por Moscú, fue la primera en el Ejército Soviético que recibió el título de la Guardia. Desde el mismo comienzo y hasta el último día de la Gran Guerra Patria, Katukov no salió de los campos de batalla.

A Dmitri Leliushenko se le conoce más en nuestras Fuerzas Armadas como jefe de infantería. Sólo en marzo de 1944, por lo visto, debido a su energía, optimismo y movilidad, que puesto a la cabeza del 4 Ejército de tanques, que mandó con honor hasta el final de la guerra. Quienes le conocían la llamaban general "adelante". Leliushenko casi no permanecía en el puesto de mando, día y noche se los pasaba en la primera línea y era muy difícil encontrarlo durante la batalla. Recuerdo que cuando se

luchaba en el Donbáss, el Jefe Supremo quiso hablar personalmente por teléfono con Leliushenko. El E. M. G. gastó para buscarle casi un día, a pesar de que existía un enlace seguro con el E. M. de su Ejército. Esto hizo que apareciera una disposición especial que prohibía a los jefes de Ejército abandonar para mucho tiempo su puesto de mando.

Semión Bogdánov, Comandante del 2 Ejército de carros de la Guardia, se distinguía por su valor extraordinario. Desde septiembre de 1943, su ejército participó en casi todas las batallas decisivas de la Gran Guerra Patria. También en la época posbélica Bogdánov reveló sus grandes cualidades: dirigió una academia y durante casi cinco años fue Comandante en Jefe de las Tropas Blindadas de las Fuerzas Armadas Soviéticas.

Con el nombre de Andréi Krávchenko están indisolublemente ligados todos los éxitos guerreros del 6 Ejército de tanques de la Guardia, incluido su singular paso a través de la cordillera del Gran Jingán.

Un destacamento especial, valga la frase, lo formaban los que mandaron ejércitos aéreos. En total, durante la contienda, en las Fuerzas Armadas hubo 17 ejércitos de aviación táctica subordinados a los distintos frentes. Los mandaron mucho tiempo: M. Grómov, S. Krasovski, N. Papivin, K. Vershinin, S. Goriunov, F. Polinin, I. Sokolov, T. Jriukin, A. Senátorov, V. Vinográdov, V. Bíbikov, T. Kutseválov, S. Ribálchenko, I. Zhuravliov, N. Naúmenko, S. Rudenko y V. Sudets. Desempeñaron también este cargo seis hombres más: S. Judiakov, K. Smirnov, D. Kondratiuk, V. Zhdánov, D. Slobozhán e I. Piatijin. Mandaron las Fuerzas Aéreas en las flotas navales M. Samojin, N. Ostriakov, V. Ermachénkov, A. Kuznetsov, A. Andréiev, E. Preobrazhenski y P. Lemeshko. Durante largo período de la guerra (de febrero de 1942 hasta diciembre de 1944) A. Golovánov fue el que mandaba la aviación de acción lejana, fuerza de choque del gran Cuartel General. P. Zhígarev dirigió (hasta mayo de 1942) y A. Nóvikov (desde mayo de 1942 hasta el fin de la guerra) las acciones de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo.

Repito, que no todos estos dignos militares pudieron asistir a las solemnidades en el Kremlin, ni el nombre de cada uno de ellos fue citado en el banquete, pero las ovaciones, indudablemente, se hicieron también en honor de cada uno de ellos. El camino de guerra de algunos fue breve, pero el resultado de la lucha de las tropas que ellos mandaron fue colosal.

También les correspondió una parte de las entusiastas ovaciones a quienes en los años de la guerra encabezaron distintos tipos de nuestras Fuerzas, Armas e importantísimos servicios del

Departamento de Guerra. Se acercan a la mesa del Gobierno los artilleros y, delante, alto y marcial el Mariscal Principal de Artillería, N. Vóronov. Le siguen los mariscales de esta Arma N. Yákovlev y M. Chistiakov, los generales G. Degtiariov, G. Odintsov, N. Jlébnikov, M. Barsukov, A. Sokolski, V. Kazakov, S. Varentsov, N. Fomín y M. Nedelin.

Después aclamamos ardientemente a M. Kalinin, Presidente del Presídium del Soviét Supremo de la URSS, que tanto nos ayudó a los militares, que comprendía nuestra labor y era un ferviente propagandista de las tradiciones combativas y de principios morales tan sublimes como el arrojo, el valor y el sentimiento del pundonor militar, la fidelidad a la Patria. Se recibió con ovaciones el brindis en honor de la certera política exterior de la Unión Soviética.

También se brindó a su salud y se ovacionó a los mariscales K. Voroshílov, S. Budionny y S. Timoshenko, al Mariscal Principal de Aviación A. Nóvikov, al Mariscal de Tropas Blindadas Y. Fedorenko y al Comisario del Pueblo de la Marina de Guerra, almirante N. Kuznetsov.

Cuando recordaron al Estado Mayor General nos citaron a A. Antónov y a mí. También nos acercamos al gobierno, saludamos a todos y bebimos por nuestra victoria.

De todo corazón se aplaudió a quienes trabajaron en los servicios de Retaguardia del Ejército Rojo y a su incansable dirigente, el general de ejército A. Jruliov.

Se mencionaron especialmente los méritos de las personalidades de la ciencia, representadas en la solemnidad por V. Komarov, Presidente de la Academia de Ciencias de la URSS, y muchos académicos.

Levantamos nuestras copas por los mejores diseñadores de armamento: A. Yákovlev, B. Shpitalni, V. Grabin, F. Tókarev, V. Degtiariov, S. Símonov, S. Iliushin, A. Mikulin, A. Mikoyán, S. Lávochkin, V. Boljovítinov, A. Shvetsov, A. Túpolev y V. Klímov.

Stalin hizo el último brindis "Por la salud de nuestro Pueblo Soviético".

Salimos del Kremlin cuando las últimas luces del largo dia de junio aún iluminaban las cúpulas de las catedrales del Kremlin. No se borraba de mi imaginación el cuadro de la sala de solemnidades, llena preferentemente de caudillos y jefes militares, todos distintos entre sí. Pero por más que se diferenciaran sus rasgos físicos, sus caracteres, estilo de trabajo, experiencia y conocimientos, a todos les era común un rasgo principal y determinante: que siempre y en cualesquiera circunstancias si-

quieron siendo fervientes partiotas de su país y verdaderos comunistas.

No pocos años pasaron desde aquel día. Muchos son los cambios operados en nuestro planeta, en nuestro país y en nuestro querido ejército. Los comunistas, empero, no dejan de ser comunistas. Sus mejores cualidades se transmiten de padres a hijos y a nietos, a los que con las armas empuñadas montan la guardia del trabajo pacífico de los soviéticos, hoy y mañana.

INDICE

369 Editorial Progreso

Aparecerá

SVETLISHIN N. Destacados jefes militares en la Gran Guerra Patria de
398 **1941—1945.**

El autor es historiador especializado en temas militares y periodista. Ha escrito varios libros y numerosos ensayos dedicados a las Fuerzas Armadas Soviéticas.

438 Sobre la base de numerosos ejemplos y documentos, así como de muchos materiales poco conocidos y no publicados, expone la actividad desplegada por los jefes militares soviéticos más destacados, su estilo individual en la esfera militar, y su aporte al desarrollo del arte militar soviético. En el libro se describen asimismo las batallas en las cuales participaron.

El libro viene ilustrado y está destinado al amplio círculo de lectores.

Editorial Progreso

Se ha editado

La Gran Guerra Patria de la Unión Soviética.

El libro, escrito por historiadores militares soviéticos, encabezados por el teniente general P. Zhilin, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la URSS, es un ensayo de divulgación científica sobre los acontecimientos acaecidos entre 1941 y 1945 en los frentes soviético-alemán y soviético-japonés. Se relatan en forma sencilla e intensa las batallas más importantes que las Fuerzas Armadas Soviéticas libraron durante la segunda guerra mundial, y el papel que desempeñaron en la liberación de muchos países de Europa y Asia del fascismo alemán y el militarismo japonés.

En el libro se le concede un lugar relevante al respaldo económico de la victoria sobre el enemigo y al aseguramiento de las condiciones externas favorables para sostener la lucha armada. La narración está escrita sobre la base de numerosos datos (tomados del archivo) poco conocidos o nuevos.

El libro cuenta con buenas ilustraciones y está destinado al amplio círculo de lectores.

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica Usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de su traducción, presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 17
Moscú, URSS